


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARY
Gift of
Charles W. Drees



HISTORIA GENERAL

DE MÉJICO.

HISTORIA GENERAL

DE MÉJICO.

HISTORIA

DE MÉJICO,

DESDE SUS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA NUESTROS DIAS,

ESCRITA EN VISTA DE TODO LO QUE DE IRRECUSABLE HAN DADO A LUZ LOS MAS CARACTERIZADOS HISTORIADORES,
Y EN VIRTUD DE DOCUMENTOS AUTÉNTICOS, NO PUBLICADOS TODAVÍA, TOMADOS DEL
ARCHIVO NACIONAL DE MÉJICO, DE LAS BIBLIOTECAS PUBLICAS, Y DE LOS PRECIOSOS MANUSCRITOS QUE, HASTA HACE POCO, EXISTIAN EN LAS DE LOS CONVENTOS DE AQUEL PAÍS.

POR

DON NICETO DE ZAMACOIS.

La obra va ilustrada con profusion de láminas que representan los personajes principales antiguos y modernos, copiados fielmente de los retratos que se hallan en los edificios del gobierno; batallas, costumbres, monumentos, paisajes, vistas de ciudades, etc., etc.:

POR REPUTADOS ARTISTAS.

TOMO III.

BARCELONA: HOSPITAL, 42 Y 44. | MÉJICO: CHIQUIS, 11.

J. F. PARRES Y COMP.ª

1877.

Barcelona: Tipografía de T. Monge, Riera Alta, 12, bajos.



HISTORIA DE MÉJICO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La antigua Tenochtitlan.—Diminucion de los lagos desde la conquista.—Causas que han influido en ello.—Terreno que ocupaba el palacio de Moctezuma, situado en el lugar del actual palacio nacional.—Extension del *teocalli* que estaba donde se halla la catedral.—Visita Cortés á Moctezuma.—Tratan de diversas materias.—Cortés le propone que abrace el catolicismo.—Contestacion de Moctezuma.—Regalos qne hace á los españoles.

1519. Noviembre 9. La afamada capital del imperio azteca, la grandiosa ciudad, corte de Moctezuma, se hallaba asentada en el mismo sitio que ocupa la moderna Méjico, fundada por los españoles sobre las ruinas de la antigua. Situada en una islita del ancho lago de Texcoco, distante cinco leguas, al Poniente, de la capital de los reyes texcocanos y una y media al Oriente de Tlacopan, se habia extendido maravillosamente, levantando sobre el lago, palacios, templos, alcázares y jardines de sorprendente belleza.

Ciento noventa y seis años hacia que los mejicanos habian echado los primeros humildes cimientos á la ciudad en que asentaron definitivamente su errante planta desde la salida de su patria Aztlan. Pero su grandeza, su poder y su belleza, databan desde los últimos años de reinado del valiente Itzcoatl, cuarto rey de Méjico; esto es, desde 1430; hacia ochenta y nueve años. Tres grandes calzadas de piedra y tierra, fabricadas sobre la laguna, ponian en comunicacion á la ciudad con el continente. La de Iztapalapan, al Mediodía, por donde acababa de entrar Hernan Cortés, de dos leguas de longitud y de una anchura que permitia marchar á diez ginetes de frente: la de Tlacopan, al Poniente, de tres cuartos de legua, y la de Tepeyacac, al Norte, de una. (1) Para conducir el agua desde Chapultepec á la ciudad por medio de dos cañerías, se habian hecho otras dos calzadas mas estrechas, pero igualmente sólidas. Las tres principales, que podian considerarse como notables obras del arte, tocaban en los mismos puntos que actualmente; pero tenian varios puentes de trecho en trecho, por donde entraba y salia, de una parte

(1) El Sr. Robertson padece un error al ocuparse de las calzadas. Al describir la ciudad de Méjico, en vez de la de Tepeyacac, habla de una calzada de Texcoco, situada al Nordeste, y al pintar el asedio puesto á Méjico por los españoles, al Oriente de los puntos ocupados por estos, siendo así que antes dijo que no existia calzada ninguna sobre la laguna en ese rumbo. Jamás se construyó calzada en la laguna de Méjico á Texcoco, ni hubiera sido posible construir. por la gran profundidad de agua que entonces habia hácia aquella parte. Si hubiera existido, que no existió esa calzada, en vez de una legua de largo que le da el Sr. Robertson, hubiera tenido cinco leguas, que era el espacio intermedio de la laguna.

á la otra, el agua de la laguna, haciendo casi inespugnable la ciudad. Las calles guardaban casi la misma direccion que actualmente, de Norte á Sur y de Oriente á Poniente; pero eran la mitad de agua y la otra mitad de tierra, cruzando por aquella las ligeras canoas cargadas de mercancías, y pasando por esta los transeuntes que no tenian necesidad de embarcarse. En cuatro cuarteles estaba dividida la ciudad, siendo las líneas divisorias de ellos, cuatro prolongadas calles que correspondian con número igual de puertas del espacioso átrio de un templo, que se levantaba en el sitio que ocupa actualmente la grandiosa catedral. No haciendo mérito de la extension que ocupaban los arrabales, el ámbito de la ciudad excedia de tres leguas, y el número de sus habitantes no bajaba de ciento veinte mil. (1)

Veinte mil eran las casas que embellecian la ciudad, adornadas de almenas y de torres, separadas entre sí por el agua, contando cada una con su puente levadizo para dar paso ó quitarlo, segun la voluntad de los que la habitaban. (2) Pintorescos canales cruzaban en distintas direc-

(1) Robertson sufre una equivocacion al decir que solo tenia sesenta mil almas. Sin duda tomó la noticia de la traduccion italiana de la obra del conquistador anónimo, que, con efecto, dice sesenta mil habitantes, en vez de sesenta mil vecinos, que equivalian á 180,000 mil almas, pues entonces se contaba por vecinos que equivalia á familia de dos á tres individuos. Yo he tomado la poblacion que resulta de las palabras de Cortés. «Es tan grande la ciudad, dice, como Sevilla y Córdoba.» Y ya he manifestado en otra nota del primer tomo, al hablar de la descripcion de la ciudad de Méjico, que Sevilla tenia entonces 80,000 habitantes y Córdoba 40,000.

(2) Ninguno de los que entraron á Méjico antes de la toma de la ciudad, dijo el número de casas que tenia; pero hay motivo para creer que eran veinte

ciones la poblacion, y multitud de islitas brotaban del seno de las aguas, dejando admirar algun magnífico palacio rodeado de jardines, y coronada su azotea de almenas y de torres.

Méjico era la Venecia del Anáhuac, sino comparable en las obras arquitectónicas, á la régia matrona que acarician las ondas del Adriático, sí mas risueña y poética, presentando en cambio de bellezas en el arte, ámplios alcázares, floríferos jardines flotantes, y ligeras canoas, que, en número asombroso, se deslizaban por la tersa superficie del lago en que dulcemente se reclinaba.

El mismo sitio ocupa la moderna Méjico, que la antigua Tenochtitlan; la misma direccion guardan sus calles: los cuatro cuarteles en que estaba dividida la ciudad, aun son conocidos entre los indios con los nombres que tuvieron; (1) y sin embargo, si un observador azteca de los

mil, puesto que ese número es el que corresponde al de 120,000 habitantes que, segun las palabras de Cortés debemos deducir que contaba la ciudad, que era «como Sevilla y Córdoba.» Cierto es que Gomara hace subir el número de casas á 60,000, lo mismo que Herrera que le sigue; pero, sabido es que además de que escribió por informes, era excesivamente exagerado en sus cálculos, hasta el grado de que criticándole Bernal Diaz, dice que, si se trata de número de habitantes, lo mismo «le da poner mil que ochenta mil.»

El escritor mejicano D. Márcos Arroniz, en un curioso manual intitulado: «El Viajero en Méjico.» pone que la ciudad tenia «unas veinte mil casas.»

(1) La ciudad estaba divida en cuatro cuarteles, y cada uno de ellos en varios barrios. El primer barrio, llamado Tecpan, que hoy es San Pablo, abarcaba la parte que se encontraba entre las dos calles correspondientes á las puertas meridional y oriental del templo que ocupaba el sitio en que hoy está la catedral. El segundo, llamado Moyotla, hoy San Juan, entre las calles meridional y occidental. Tlaquechiuhcan que era el tercero, y hoy es Santa María, entre las calles occidental y septentrional, y el cuarto llamado Atzacualco, actualmente San Sebastian, entre las calles septentrional y oriental. A las referidas

que formaron la corte de Moctezuma se levantase de la tumba y se viese colocado en la moderna Méjico, no podria reconocer la antigua capital en que fué recibido Hernan Cortés por su soberano. La Tenochtitlan de los emperadores aztecas que, como la Vénus de la fábula, naciendo de la espuma de los mares, descansaba acariciada por las salobres aguas del lago de Texcoco que la rodeaban, cruzadas sus calles de pintorescos canales cubiertos de canoas, se encuentra hoy fundada sobre tierra firme y á distancia de una legua del lago.

Semejante á una de esas creaciones fantásticas atribuidas á las misteriosas hadas, de cualquier parte de la tierra firme por donde el hombre trataba entonces de llegar á sus puertas, tenia que cruzar dos leguas de agua. (1) Hoy penetra el viajero en ámplios carruajes, y el agua que entra en la ciudad por un estrecho y largo canal, pertenece á la laguna de Chalco. (2) La salobre del lago de Texcoco, que

cuatro partes se le añadió despues otra, la parte de la ciudad de Tlatelolco, situada al nordeste, que quedó unida cuando la conquistó el rey Axayacatl á la de Tenochtitlan, formando las dos ciudades una sola, la ciudad de Méjico.

(1) «Esta gran ciudad de Tenochtitlan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar á ella, hay dos leguas.»—Carta segunda de Cortés á Cárlos V.

(2) Este canal viene desde la espresada laguna, por en medio de pueblecitos de indios, entre los cuales se encuentran Xochimilco (*campo de las flores*), Mexicalcingo, Ixtacalco, que viene de la voz Ixtlacalli, que significa *casa blanca;* Santanita, y pasando á un lado del paseo de la viga, entra, en línea recta por una parte de la ciudad, distante del centro, y cuyas calles se llaman Puente de Curtidores, calle de Roldan, y la recta que le sigue, cruza algunas varas de un lado de la calle de la Alhóndiga, y marchando por detrás de la calle de la Alegría, llega al Puente de la Soledad de Santa Cruz, siguiendo así su curso.

por otro canal avanza, solo llega hasta la garita de San Lázaro.

Este notable cambio operado en la forma y en el aspecto de la ciudad, reconoce por causa, la diminucion de las aguas de la gran laguna, que empezaba á percibirse desde antes de la conquista, por la notable evaporacion en aquellas elevadas regiones; diminucion que despues se aumentó considerablemente por causas artificiales. (1) Hoy el nivel del lago de Texcoco se encuentra cuatro piés mas bajo que el centro de la ciudad.

El paso de una calle á otra se verificaba por anchos puentes hechos de gruesas y bien labradas vigas, que se quitaban y ponian con facilidad, para dejar cortado al enemigo en caso de guerra, y de que penetrase en la poblacion. Grandes mercados entre los cuales se hacia notable la plaza de Tlaltelolco, á donde diariamente concurrian mas de sesenta mil personas de la ciudad y de los alrededores; magníficos palacios de que nos iremos ocupando á medida que lo exija el asunto de la historia: soberbios teocallis, destacándose como un gigante por encima de todos, el inmediato á la expresada plaza de Tlatelolco; bellos jardines adornando los vastos edifi-

(1) Segun el padre Motilinia, que marchó á Méjico poco despues de la toma de la capital, las aguas del lago habian empezado á disminuir visiblemente antes de la conquista. Con efecto, en 1498, el rey mejicano Ahuitzotl, viendo que empezaba á hacerse difícil la navegacion, por ir menguando el agua, construyó un ancho acueducto desde Coyohuacan á Méjico, que llevaba las aguas del abundante manantial de Huitzilopochco, alimentando así los canales de la ciudad. Pero lo que ha contribuido muy poderosamente á la diminucion del lago de Texcoco, ha sido el grandioso desagüe de Huehuetoca, comenzado en 1607, para evitar las inundaciones á que estaba expuesta la ciudad.

cios fabricados por los feudatarios de la corona; huertos nadantes ó chinampas; pensiles colocados en diminutas islas; canoas cubiertas de flores y de verdura; azoteas convertidas en deliciosos pensiles; hé aquí, en conjunto, la pálida pintura de la emperatriz del valle, de la grandiosa Tenochtitlan, corte de los emperadores aztecas. (1)

Hernan Cortés habia entrado admirándola y examinando la fuerte posicion que ocupaba.

Durante la noche habia aumentado el número de centinelas, encargando suma vigilancia y cuidado.

La recepcion habia sido brillante; pero el general castellano abrigaba algunos motivos para temer que la hospitalidad se cambiase en hostilidad. La conspiracion de Cholula, en la que, en su concepto, habia influido en algo el emperador Moctezuma, y algunos desagradables sucesos verificados entre la guarnicion de la Villa-Rica y un cacique feudatario de la corona, le hacian vivir con alguna desconfianza.

Sin embargo, nada revelaba mala voluntad ni falsía en el monarca azteca. Por el contrario; su afabilidad, su noble porte, su generosidad, indicaban al hombre franco y ageno á toda accion innoble.

La abundancia reinaba en el alojamiento de los españoles.

Considerable número de gallinas, pan, frutas y legumbres habia mandado Moctezuma que se les llevase, para que de nada carecieran.

(1) La minuciosa descripcion de la ciudad, la hice en el primer tomo de esta obra, desde la página 669 hasta la 690, donde la podrá ver el lector.

Hernan Cortés, deseando conocer la posicion que guardaba el edificio que ocupaba, subió, al brillar la aurora del siguiente dia, á la azotea, con algunos capitanes, y tendió la vista al rededor; pero poco pudo alcanzar á ver. A corta distancia se descubria la puerta occidental de un gran templo, cuya notable altura y extension, impedia ver mas allá por aquel rumbo. El templo que habia sido empezado por el monarca Tizoc y terminado por Ahuitzotl, en 1482, al dios de la guerra Huitzilopochtli, ocupaba el mismo sitio en que hoy figura la grandiosa catedral católica. Comprendia el recinto del teocalli, la expresada catedral con sus oficinas; todas las casas actuales que fueron, hasta hace poco, seminario, y que llegan hasta las Escalerillas; la manzana entera del Arzobispado que da vuelta á la de Santa Teresa; toda la que está á espaldas de la catedral hasta la calle de la Enseñanza, y parte de la siguiente al Oriente, terminada por la de Montealegre. Pero este templo no era, como se ha creido, el principal. El gran teocalli, en cuyo extraordinario circuito, rodeado de un alto muro, se encontraban los seminarios aztecas, varios templos menores, jardines, estanques y ámplias habitaciones para los sacerdotes y peregrinos; el teocalli elevado al númen sangriento y tutelar que llamó la atencion de los conquistadores, se ostentaba junto á la notable plaza de Tlatelolco, en el lugar mismo en que hoy se encuentra la humilde iglesia de Santiago. (1)

(1) En el primer tomo de esta obra espongo las pruebas que patentizan mi aserto. El lector que quiera conocerlas las encontrará desde la página 637 hasta la 643. No dejaré, sin embargo, al ir refiriendo los sucesos, de ir exponiendo otras muchas razones en que apoyo mi opinion.

A poca distancia tambien del cuartel, y en el sitio en que hoy se encuentra el palacio nacional, se levantaba el de Moctezuma, formando un conjunto irregular de sólidos edificios de piedra, que abrazaban una inmensa extension. Ocupaba el suntuoso palacio, todo el terreno que ocupa el actual, con los diversos edificios anexos, como el correo, la casa de moneda, el jardin y los cuarteles, la plaza del Volador, la Universidad y las casas que detrás se encuentran hasta la calle del Correo Mayor. Su vasta capacidad puede comprenderse por el aserto de uno de los conquistadores, que asegura haber visitado varias veces el edificio con objeto de verlo todo, sin que hubiese logrado su objeto. (1) Estaba construido con roja piedra de tezontle, ostentando en la fachada principal las armas de Moctezuma, esculpidas en mármol, figurando una águila despedazando en sus garras una pantera. (2)

Cortés tendió la mirada hácia otros puntos, y no alcanzó á ver mas que las espaciosas azoteas de los edificios,

(1) «Yo entré mas de cuatro veces á uno de los palacios del gran señor, sin mas objeto que verlo, y siempre andaba tanto que me cansaba y nunca acabé de ver todo.»—Relacion de un gentil hombre.

(2) Prescott citando á Humbolt, dice que el palacio de Moctezuma se levantaba «al sudoeste de la catedral, en el mismo sitio ocupado despues en parte por la casa del Estado, palacio de los duques de Monteloene, descendientes de Cortés.»

Pero el baron de Humboldt sufrió una equivocacion en esto, ignorando, sin duda, que el actual palacio de Méjico fué propiedad de Cortés por espacio de cincuenta años despues de la conquista; y que en el edificio levantado en ese sitio vivia Moctezuma cuando entraron los españoles, y no en la casa del Estado que hoy es Montepio, situado en el Empedradrillo y esquina de Mecateros; pues aunque tambien allí tuvo otro palacio, hacia tiempo que no lo habitaba.

cubiertas de flores y de plantas, y las torres y almenas de los palacios, que en distintas direcciones se encontraban.

Llegada una hora conveniente de la mañana, el caudillo español, queriendo cumplir con el deber de pagar la visita al soberano azteca, le envió un recado, solicitando pasar á saludarle á su imperial palacio. Moctezuma concedió inmediatamente la audiencia solicitada, y envió á cuatro de sus principales personajes para que acompañasen á Cortés á la régia morada.

El jefe castellano, acompañado de los capitanes Pedro de Alvarado, de Juan Velazquez de Leon, de Diego de Ordaz, de Gonzalo de Sandoval, vestidos con sus mas lucidos trajes, y de cuatro soldados, entre los cuales iba el sincero Bernal Diaz del Castillo, se dirigió, pocos momentos despues, á ver al monarca mejicano. Habia muy corta distancia del cuartel castellano á la real habitacion.

Hernan Cortés y sus compañeros llegaron al imperial edificio, que ostentaba veinte espaciosas puertas que daban á la plaza y á las calles. Al penetrar en el patio principal, igual en magnitud á otros dos que el edificio contaba, se sorprendieron de su capacidad y de su belleza. Una preciosa fuente, con millares de peces de diversos colores, se levantaba en medio, circunvalada de fragantes y delicadas flores. Espaciosas piezas, con techos de olorosas maderas, y graciosamente tapizadas con finas telas de algodon, se miraban al rededor. El general español, pasando los tres patios, cruzó varios salones y grandes corredores, donde se paseaban mas de seiscientos nobles y señores feudatarios, que desde muy temprano, y diariamente, asistian á palacio con el exclusivo objeto de acom-

pañar y estar dispuestos á desempeñar las órdenes d·l soberano. El pavimento de esos espaciosos salones, estaban cubiertos de finas esteras de palma; vistosas cortinas de brillantes plumas adordaban sus puertas; delicadas telas en que estaban pintados varios pasajes históricos, velaban las bruñidas paredes, y labradas vigas de cedro, formaban los techos.

Mas de cien piezas de notable amplitud; considerable número de baños; ámplios departamentos, que formaban el serrallo del emperador, donde cuidadas por nobles matronas, de inquebrantable fidelidad, vivian, sin ser vistas mas que de su señor, las mas notables bellezas indias, hijas la mayor parte de nobles y de caciques; numerosas piezas para las mujeres, las esclavas y los criados; magníficas habitaciones con paredes de blanco mármol, bellas techumbres perfectamente labradas, tapizadas de ricas pieles y mosaicos de pluma, destinadas para alojar á los reyes de Texcoco y de Tlacopan; jardines, estanques y miradores, constituian el suntuoso palacio de Moctezuma. (1)

Hernan Cortés y sus capitanes cruzaron los vastos salones, admirando, interiormente, la grandeza del monarca azteca, que les hacia recordar las bellas descripciones de los voluptuosos palaciós orientales.

Al pasar, la nobleza que encontraba en su marcha, se colocaba de uno y otro lado, para que pasase libremente por en medio.

Al llegar á la sala de la audiencia, los personajes azte-

(1) En el primer tomo, desde la página 694 hasta la 710, puede ver el lector la descripcion que hago de todo lo perteneciente á la vida de Moctezuma y sus palacios.

cas que le acompañaban, se quitaron las sandalias y se cubrieron el rico vestido con una humilde manta, para poder presentarse ante el soberano; pues á nadie, sino á los de la familia real, les era permitido entrar calzados y con lujo á la pieza en que estaba el monarca. Descalzos y con los ojos bajos, sin levantar para nada la vista hácia su soberano, se presentaron, conduciendo á los españoles.

Moctezuma dió algunos pasos hácia Cortés para recibirle, le tomó de la mano, y haciéndole sentar, indicó á los capitanes y soldados que con él iban, que tomasen asiento.

Pronto se entabló una conversacion animada, sirviendo de intérpretes en ella, Marina y Gerónimo de Aguilar que acompañaban á Cortés en todas las audiencias con los nativos. El monarca mejicano hizo algunas preguntas respecto del sistema de gobierno de los españoles, de la distancia á que se hallaba el país, de su clima, de sus producciones, de su industria, de sus costumbres y de otras varias cosas, á que Cortés contestó afectuosamente, satisfaciendo su justa curiosidad. Al hablar de las costumbres, el general español supo hacer recaer diestramente la conversacion sobre el punto religioso, que era el objeto que ocupaba su pensamiento.

La conversion del soberano equivalia á la del país entero, que hubiera seguido inmediatamente su ejemplo, pues el pueblo no tenia mas voluntad que la del monarca. Cortés, deseoso de alcanzar aquella gloria, que la hubiera considerado superior á todas las conquistas, se propuso echar mano de toda su elocuencia y de todos los recursos de su oratoria, para ver si lograba alcanzar su fin. Le habló de la existencia de un solo Dios, del misterio de la

Trinidad, de la creacion del mundo, de Adan y Eva; de la culpa de los primeros padres; de la Redencion del género humano; de los preceptos santos del catolicismo: comparó los sangrientos sacrificios de víctimas humanas inmoladas á los ídolos, con el santo sacrificio de la misa; pintó con los mas vivos colores la repugnante costumbre de comer en los banquetes la carne de los séres racionales, cuando todos los hombres no forman mas que una sola familia; y acabó suplicándole que abandonase la sangrienta idolatría, abrazando la religion humanitaria y salvadora del Crucificado.

Escuchó atentamente Moctezuma la religiosa prédica del caudillo español; pero la materia era demasiado profunda y delicada para resolver la cuestion en un momento. Por mucha que fuese la elocuencia del guerrero predicador, y por grande que fuese, como realmente era, su celo por la propagacion del cristianismo, no era posible que convirtiese, con un solo sermon, al hombre que habia heredado de sus antepasados, las ideas idólatras, y que habia ejercido el sacerdocio antes de subir al trono.

Moctezuma contestó, que respecto á la creacion del mundo, estaba conforme en que habia sido formado por un Ser Supremo; pero que por lo que hacia referencia á los dioses, aunque creia que el Dios de los cristianos era muy bueno y poderoso, buenos eran tambien los suyos, toda vez que á ellos debia el imperio su prosperidad y riqueza. Tampoco creyó malos los sacrificios. Segun él, los dioses eran dignos de que los hombres dieran por ellos la vida; y no encontraba censurable que les fuesen sacrificados los prisioneros, los niños y los esclavos.

Cortés conoció que era preciso mas número de conferencias para hacer perceptíble la excelencia de la doctrina del Evangelio. Sin embargo, su prédica no fué del todo infructuosa. La pintura que habia hecho presentando los banquetes de carne humana como repugnantes y contrarios á la naturaleza, produjo su efecto. Desde aquel dia, ordenó Moctezuma que no se sirviese en su mesa ningun plato de carne humana. Era mas de medio dia, y el general español creyó que era prudente no alargar mas la visita.

Terminada la conferencia, en que Moctezuma demostró muy buen juicio y claro talento, presentó, con su acostumbrada liberalidad, varias alhajas de oro, perfectamente trabajadas, á Hernan Cortés y sus capitanes, como señal de su estimacion, sin olvidarse de los soldados que con ellos iban, á cada uno de los cuales regaló dos collares tambien de oro, cuyo valor no excedia de diez duros, y dos cargas de finas mantas. (1)

Agradecido el general español á las manifestaciones de aprecio del monarca azteca, expresó, en atentas frases, su reconocimiento. «El magnánimo soberano Moctezuma, dijo, tiene por costumbre honrarnos repitiendo sin cesar sus obsequios. Gracias, por todo; perdonad las molestias que os podamos causar, y marchad á comer, pues segun tengo entendido, es la hora en que acostumbrais hacerlo.»

(1) «E á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

Moctezuma, lleno de amabilidad contestó, que la visita la habia recibido como un distinguido favor que agradecia en el alma. (1)

Gratamente conmovidos los españoles con las sinceras demostraciones de profundo aprecio del bondadoso Moctezuma, se despidieron de él verdaderamente emocionados. Los capitanes, con la gorra en la mano, hicieron una profunda cortesía al retirarse, y Cortés le saludó con agrado y respeto.

Asombrados de la finura, buen trato, dignidad y magnificencia del soberano azteca, se dirigieron al cuartel, sin poder hablar de otra cosa que de la cortesanía y liberalidad del monarca azteca. (2)

A profundas reflexiones se entregó Hernan Cortés al verse en su alojamiento. Se hallaba en el centro de una ciudad populosa; en el corazon de un poderoso imperio que dejaba ver, por todas partes, las evidentes pruebas de una civilizacion muy superior á la de los otros pueblos de la América que habia recorrido. La pintura que los tlaxcaltecas le habian hecho de la grandeza de la capital, estaba muy lejos de aproximarse á la realidad. Era esta muy superior á aquella. No era solo la grandeza material la

(1) Le dijo Cortés: «El señor Moctezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que vuestra majestad coma; y el Montezuma dijo que antes por haberle ido á visitar le hicimos merced.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

(2) «Y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, ó que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato.»—Bernal Diaz del Castillo.

que patentizaba el poder de la nacion, sino tambien la cultura que se notaba en la clase alta de la sociedad, y el adelanto en las artes que distinguia á la media. La visita hecha á Moctezuma, le habia dado á conocer el respeto de los grandes al soberano, la subordinacion del pueblo y del ejército á sus respectivas autoridades, y la obediencia de todos al monarca; enlace sólido de la sociedad entera, que constituye la fuerza de las naciones. La notable disposicion de las espaciosas calzadas que conducian á la capital; la sólida y bella construccion de sus espaciosos palacios; el gusto y perfeccion con que trabajaban sus telas y sus alhajas; el adorno de sus habitaciones; la urbanidad de los magnates y nobles; la buena forma en los discursos; el respetuoso ceremonial de la corte; la actividad del comercio; el buen órden de sus mercados y el inmenso pueblo que cruzaba por las calles entregado á sus ocupaciones, le indicaban claramente los adelantos de la nacion azteca. Veia en los mejicanos, los guerreros de mas nombradía en el Anáhuac; los conquistadores de un considerable número de naciones. Se encontraba en una vasta capital, edificada sobre un extenso lago, llena de puentes levadizos; y cada una de las calles, podia quedar cortada por el agua, en caso de hostilidad. Al mandato del soberano, los españoles podian verse completamente aislados en sus cuarteles; sin medios para pasar los canales que cruzaban en todas direcciones la poblacion; sin víveres; cercados de numerosos escuadrones, y obligados á rendirse ó perecer de hambre. (1) Cierto es que el monarca azteca

(1) Estaba tan fuerte esta ciudad, que parecia no bastar poder humano pa-

habia reconocido el derecho del rey de España á la posesion del pais y se habia declarado feudatario suyo; pero esto podia haber sido efecto de las circunstancias que habian excitado su supersticion religiosa. Si aquellas se presentaban mas tarde favorables, podia creerlas como dispuestas por sus dioses, para vengar terribles ofensas, disponiendo la ruina de los extranjeros, armando el país entero para aniquilarlos.

Cierto es que en aquellos instantes eran vistos los españoles, como enviados del dios Quetzalcoatl; pero fácil era que, pasado el error, el respeto se convirtiese en odio. Que la creencia de considerarles como herederos de los países que, segun la tradicion, habian sido gobernados por aquel, no descansaba en base en que Cortés debia confiar mucho, se advierte en la resistencia á dejar la religion idolátrica. A estar Moctezuma y el país absolutamente persuadidos de que eran enviados por su venerada deidad, no hubieran titubeado en admitir las doctrinas religiosas que, por medio de ellos, les recomendaba como salvadoras.

Si, pues, en lo religioso no se manifestaban dispuestos á abrazar los consejos de su dios, de suponerse es que se desentendiesen de la obediencia prometida á un monarca desconocido, y se rebelasen contra él, en cuanto

ra ganarla; porque además de su fuerza y municion que tenia. era cabeza y señorio de toda la tierra, y el señor de ella gloriábase de en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchedumbre de sus vasallos.» Hist. de las Indias, MS.

viesen una coyuntura favorable para destruir á sus enviados.

Hernan Cortés preveia todas las eventualidades que podian surgir de la difícil posicion que guardaba, y para prevenirlas, se propuso examinar detenidamente la ciudad, visitando sus principales puntos y edificios.

Veia á una nacion en ese término medio de la civilizacion, mas inferior, es verdad, á la de los pueblos de la Europa; pero muy superior á la de los otros del Nuevo-Mundo.

Aunque el caudillo español se habia formado una idea bastante clara del estado próspero y fuerte de la capital, quiso, para obrar con el acierto necesario en el caso de un conflicto, estudiar detenidamente los recursos de ella, sus sitios principales de defensa, la anchura y profundidad de los canales en las calles que conducian á las calzadas, y cuanto exigia la ciencia militar del deber de un esperto general.

Cuatro dias llevaba el ejército español de haber llegado á la corte azteca, cuando Hernan Cortés, deseando hacer un provechoso reconocimiento, solicitó de Moctezuma el permiso de visitar el gran *teocalli*, los palacios reales y los edificios mas notables de la ciudad. El emperador mejicano, cifrando su satisfaccion en complacerle, contestó concediéndole lo que pedia, bien ageno de sospechar el intento del sagaz general español.

Hernan Cortés, contento de la buena disposicion del monarca azteca, se dispuso para hacer el reconocimiento que anhelaba.

Los pensamientos que preocuparon su mente despues de haber examinado, con ojo escudriñador, la grandeza y situacion de la ciudad, nos lo dirán los actos posteriores del general castellano.

CAPÍTULO II.

Visitan los españoles el gran *teocalli*. Se manifiesta que estaba en Tlatelolco. —Gran mercado de Tlatelolco.—Número de personas que concurren al mercado.—Gran templo de Huitzilopochtli.—Los españoles contemplan la ciudad desde sus elevadas torres ó santuarios.—Cortés indica á Moctezuma que seria conveniente colocar allí una cruz.—Contestacion del monarca azteca.

Pocos momentos despues de haber recibido la atenta contestacion de Moctezuma, Hernan Cortés, dejando en el cuartel una fuerza suficiente, montó á caballo, y poniéndose al frente de su pequeño escuadron y de la mayor parte de los soldados españoles, se dirigió al gran teocalli, al templo principal, edificado al númen de la guerra Huitzilopochtli.

No se levantaba ese suntuoso templo en el sitio que hoy

ocupa la catedral católica, sino á un lado de la gran plaza de Tlatelolco, como ya tengo indicado. (1)

Varios personajes, de la primera nobleza azteca, enviados por Moctezuma, acompañaban á Hernan Cortés para enseñarle las calles que conducian al teocalli.

Los soldados españoles, recelando siempre alguna celada, iban prevenidos para luchar, aunque sin demostrar desconfianza ninguna. (2)

El caudillo castellano observaba, al pasar, la disposicion de las calles, los puentes y la anchura de los canales.

Una hora antes de que el general castellano hubiera salido del cuartel, Moctezuma se habia dirigido al templo, para evitar que se profanase el santuario de su deidad tutelar.

Sentado en sus ricas andas y acompañado de la grandeza del reino, salió de su palacio, precedido de los tres nobles que siempre que se presentaba en público, marchaban con unas varas de oro levantadas, advirtiendo así al pueblo, la presencia de su soberano. Al llegar á corta distancia del templo, descendió á tierra; y apoyado en los brazos de dos distinguidos señores de la corte, caminó á

(1) Si el templo principal como todos han creido, hubiera sido el levantado por Ahuitzotl en 1482, Cortés hubiera ido á él, por estar á unos cuantos pasos de su cuartel, á pié, con algunos oficiales, como fué á visitar á Moctezuma que se hallaba á mas distancia aun, y no con todo su ejército.

(2) «Muy apercibidos fuimos al Tlatelolco» (así llamaban los españoles al templo, por estar en Tlatelolco).—Bernal Diaz del Castillo. Si hubiera estado á un lado de los cuarteles españoles como estaba el templo que ocupaba el sitio en que hoy está la catedral, no hubiera sido necesario ir como quien marcha á dar una batalla.

pié hácia el teocalli, pues era tenido por desacato acercarse de otra manera á la casa de los dioses. (1)

Mientras el emperador Moctezuma, rodeado de sacerdotes de la mas alta gerarquía, se entregaba á las prácticas religiosas, y humilde y respetuoso incensaba al númen de la guerra, Hernan Cortés marchaba lentamente por las calles, observando cuidadosamente cuanto le rodeaba.

Un numeroso gentío se agolpaba á ver pasar á los españoles, con el mismo afan y curiosidad que el dia de la recepcion. Las azoteas, las puertas y las ventanas se veian llenas de personas de todos sexos y edades.

El caudillo español veia en el traje, en el porte, en el despejo de los habitantes de la capital azteca, la gran superioridad que tenian sobre los habitantes de los pueblos de otras provincias. (2) Los ricos llevaban finas capas de algodon, atadas al cuello por un nudo hecho con las dos puntas de la manta, y muchos nobles, ricos mantos de vistosas pieles ó de bellas plumas de dos fases, de una belleza

(1) Esta marcha de Moctezuma al templo, en litera, precedido de los que llevaban las insignias reales, que la refiere Bernal Diaz, es otro dato que demuestra que el temblo principal estaba en Tlatelolco. Si hubiese estado donde se halla hoy la catedral, hubiera salido á pié, puesto que de su palacio al teocalli levantado por Ahuitzotl, solo habia unos cuantos pasos.

«Y acordó—dice el soldado historiador—de ir él en persona con muchos de »sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del »camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, etc.»

(2) «La gente de esta ciudad es de mas manera y primor en su vestido y servicio, que no la otra de estas provincias, y ciudades; porque como allí estaba siempre este señor Montezuma, y todos los señores sus vasallos, ocurrian siempre á la ciudad, habia en ella mas manera y policía en todas las cosas.»—Cortés, segunda carta á Cárlos V.

y finura sorprendentes. (1) Las mujeres llevaban una tela de algodon, mas ó menos rica, segun la posicion social que ocupaba, arrollada á la cintura, que les bajaba hasta cerca del tobillo, y una especie de camisa, llamada huepilli, que caia de los hombros á la cintura. Algunas de estas estaban bellísimamente trabajadas, ostentando preciosas labores y vistosas orlas.

Al llegar los españoles á la plaza de Tlatelolco, ó gran mercado de la capital, quedaron sorprendidos de su animacion, belleza y buen órden. Mas de sesenta mil personas se encontraban reunidas en aquel espacioso sitio que, segun Hernan Cortés, era dos veces mayor que la famosa de Salamanca. Bellísimos y ámplios portales la cercaban, y en ella se encontraban reunidos los traficantes de todos los pueblos inmediatos, con los productos y manufacturas en que cada provincia se habia singularizado por la perfeccion de sus obras. Para cada artículo habia un departamento separado; de manera que el comprador encontrase lo que necesitaba, dirigiéndose directamente al sitio señalado al objeto que deseaba adquirir. Allí se veian las bellas obras de orfebrería de los famosos artífices de Azcapozalco, notables en el arte de trabajar el oro y la plata; los vendedores de magníficos mosaicos de pluma; de ricas telas de algodon; los comerciantes en cacao; los

(1) «Vi muchas mantas»—dice Zuazo,—«de á dos haces labradas de plumas de pavos de aves tan suaves, que trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era mas que una manta zebellina muy bien adobada: hice pesar una de ellas no pesó mas que seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno una abasta por encima de la camisa sin otro cobertor ni mas ropa encima de la cama.»

herbolarios; los alfareros de Cholula con su exquisita loza altamente estimada en todas las provincias; los estereros de Cuautitlan; las ramilleteras de Xochimilco; los vendedores de pieles de tigre, de venado, de leones y de nutrias; los fruteros de tierra caliente; las tortilleras que elaboraban el pan de maíz; los comerciantes en gallinas, aves de caza, conejos, liebres y venados; y todos, en fin, los que algo tenian que poner en venta. Nada faltaba en aquel mercado de lo que la naturaleza, la agricultura, el arte y la industria producian.

En determinados puntos de la plaza se veian grandes sacos de cacao, fardos de algodon, y finas telas de tapicería, de preciosos dibujos. Pero lo notable por la belleza y perfeccion, eran las preciosas alhajas de oro, plata y pedrería, en que cifraban su principal lujo los nobles y los grandes. Nada se podia pedir de mas perfecto. Los mas diestros plateros de Europa, no superaban á los plateros aztecas en imitar, con aquellos ricos metales, las aves y los peces, sus plumas y sus escamas, sus brillantes ojos y sus matizadas colas. (1)

Allí encontraba el que deseaba estrenar un traje, vestidos completos, desde la tela mas ordinaria hasta la mas fina y delicada. Tiendas habia destinadas exclusivamente á la venta de espejos, hechos de obsidiana, especie de lava

(1) Ponderando Cortés las obras de orfebrería, plumas y piedras, dice: «Contrahechas de oro y plata, y piedras y plumas, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio á comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfectamente, y lo de pluma, que ni de cera, ni en ningun broslado se podria hacer tan maravillosamente.»—Cortés, segunda carta á Cárlos V.

de aspecto semejante al del vidrio, perfectamente bruñidos. Las zapaterías ocupaban un estremo de la plaza. En otro departamento se encontraban las barberías; en ellas usaban los barberos navajas de un pedernal durísimo, cuyo filo cortaba como si fuese de acero, y que bastaba para afeitar á los indios que, como es sabido, tenian escasísima barba; generalmente entraban á esas barberías á arreglarse el pelo y á que les lavase la cabeza.

El militar encontraba en aquella plaza cascos de madera, figurando cabezas de feroces animales, abriendo la boca y enseñando sus agudos dientes; arcos, flechas, y el formidable *maquahuitl,* ó espada mejicana, cubierta de cortantes hojas de obsidiana. En otras tiendas se vendian libros en blanco, de hojas de maguey, que era el *papyrus* mejicano, doblados como abanicos, para la escrito-pintura geroglífica.

En un sitio ventilado, se vendia pescado fresco, cogido en las diversas lagunas; y en otro próximo, la leña; navajas de pedernal; hachas de laton; y abundante cobre y estaño.

Abundaban las legumbres, las semillas, las verduras, las raices alimenticias y el grano mas apreciado en aquellos países, el nutritivo maíz. Tambien se vendian empanadas de pescado y de aves; sabrosos tamales, pasteles, miel de abejas, de caña y de maguey. No faltaban figones en que regalar el paladar, con viandas perfectamente preparadas, cuyo agradable olor excitaba el apetito, ni bebidas espirituosas, como el pulque y la delicada hecha del cacao. (1)

(1) «Véndense huevos asados, crudos, en tortilla, é diversidad de guisados

Era una plaza perfectamente provista, donde se reunian todos los frutos de los diversos señoríos sujetos al imperio, y en consecuencia, de todas las zonas.

Allí estaban reunidos todos los ramos de la agricultura, de la industria y de las artes.

No habia una sola tienda que no estuviese adornada con flores, á las cuales eran sumamente aficionados los antiguos aztecas. El gusto por ellas ha continuado en los modernos mejicanos, y raro es el edificio de la moderna ciudad, que no tenga convertidos sus anchos corredores en otros tantos pensiles de las mas exquisitas flores.

Bajo uno de los pórticos principales, se veian de venta, esclavos de ambos sexos, unos sin atadura ninguna, y otros atados á largas varas y con collares al pescuezo. El número de estos desgraciados era considerable, y su fin, generalmente, el de ser conducidos á la piedra de los sacrificios en alguna de las fiestas celebradas en honor de los dioses. (1)

Respecto del órden nada podia exigirse mas cumplido. Celosos agentes de policía velaban de la legalidad de los contratos, de impedir los abusos, de inspeccionar las aves muertas y los pescados, á fin de que no estuviesen pasapos, y de conducir presos á los contraventores del reglamento de mercados.

que se suelen guisar, con otras cazuelas y pasteles, que en el mal cocinado de Medina, ni en otros lugares de Flamencos dicen que hay, ni se pueden hallar tales trujamanes.»—Zuazo. Carta MS.

(1) En el primer tomo de esta obra, al hablar de la misma plaza, puse en una nota lo que Bernal Diaz refiere respecto al número de esclavos de ambos sexos que llevaban á vender al mercado.

En uno de los ángulos de la misma plaza habia un tribunal, compuesto de doce jueces, revestidos de ámplias facultades, para resolver las cuestiones y castigar á los que cometiesen alguna falta. Las cuestiones y diferencias se resolvian en el acto, y los castigos se aplicaban á los pocos momentos, sin salir del mercado. La severidad de aquellos jueces era muchas veces excesiva, y algunas hasta cruel; pero preciso es confesar que pocas veces tenian necesidad de aplicar castigos.

Hernan Cortés y sus soldados miraban con asombro la admirable distribucion, la abundancia y arreglo que existia en todo, y formaron una alta idea de los recursos grandiosos del país, de su riqueza y del poder de su emperador.

Sorprendidos de la diversidad de objetos y del numeroso gentío que cruzaba por todas partes, muchos soldados juzgaron superior aquella plaza á la de otras notables ciudades de diversos países del viejo mundo que habian recorrido. (1)

Todo se vendia por cuenta y medida. El peso y las balanzas eran desconocidos, cosa singular en un país que habia hecho bastantes progresos en las artes.

Muchos contratos se hacian por medio de cambios; pero generalmente se verificaban las compras con la moneda usada en el país. Consistia esta, en saquitos de cacao, cuyo valor se regulaba por su calidad y tamaño; en cañuti-

(1) «Entre nosotros hubo soldado que habia estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y Roma, y dijeron, que plaza tan bien compasada, y con tanto concierto y tamaña, y llena de tanta gente, no la habian visto.» —Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

tos llenos de polvo de oro, y en pedacitos de estaño que tenian grabada una cifra semejante á una T.

El número de personas que concurrian al gran mercado de Tlatelolco, ha sido apreciado de diversas maneras por los historiadores. Hernan Cortés calcula que concurrian diariamente sesenta mil individuos, (1) y nadie aprecia el número en menos de cuarenta mil.

Cierto es que á estos mercados que se celebraban cada cinco dias, con el nombre de *tianguis,* concurrian millares de personas de los pueblos inmediatos, y aun los traficantes de lejanas ciudades que llevaban sus mercancías en grandes canoas que atravesaban el lago; pero no por esto debe de llamar menos la atencion la notable cifra señalada.

Los tianguis venian á ser lo que en Europa las ferias que periódicamente se celebraban en los siglos medios, que servian de centro al comercio de las diversas provincias, por la dificultad que habia entonces de comunicacion.

Pero en la capital habia, además del tianguis expresado, otros varios y espaciosos mercados á donde diariamente concurrian los comerciantes y compradores.

El gran mercado de la plaza de Tlatelolco, llamó altamente la atencion de Hernan Cortés y de sus compañeros,

(1) «Donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil personas.»—Cortés, segunda carta á Cárlos V.—Zuazo pone ochenta mil; y el conquistador anónimo dice que de cuarenta á cincuenta mil. «Y el dia del mercado, que se hace de cinco en cinco dias, se reunen de cuarenta á cincuenta mil personas.» Relacion de un gent.

que veian reunidos en él todos los rasgos de la civilizacion y adelantos que distinguian á cada una de las diversas provincias que formaban el imperio. Allí veian el grado de perfeccion á que habian llegado en las artes, en la industria y en la agricultura; tenian ante los ojos, objetos de gusto y hábilmente trabajados, que daban á conocer la habilidad mecánica y la inteligencia de sus autores.

El exámen de aquel gran cuadro que presentaba reunidas á las diversas clases de la sociedad, al comerciante, al agricultor, al artífice, al noble y al plebeyo, les hizo concebir una idea ventajosa de la sociedad azteca. La actividad comercial, la abundancia de artículos de toda especie; el órden establecido; el respeto á la autoridad; el movimiento y animacion que reinaba á donde quiera que se dirigia la vista, les hizo comprender que el país contenia todos los elementos y recursos necesarios para ser grande.

Examinado detenidamente el mercado, los españoles se dirigieron al gran *teocalli*, ó templo principal de la ciudad, que se hallaba á muy pocos pasos, y á quien por lo mismo le daban el nombre de Tlatelolco que tenia la plaza. (1)

(1) «Muy apercibidos,—dice Bernal Diaz,—fuimos al Tatelolco,» (al templo principal). Y luego para distinguir el mercado del *teocalli*, agrega: «y cuando llegamos á la gran plaza, que se dice el Tatelolco.» Esta es otra prueba de que el teocalli principal de la ciudad no estaba, como se ha creido, en el sitio que ocupa la catedral. Si así hubiera sido, no tenian necesidad los españoles al ir á ver el gran templo, para lo cual habian pedido licencia, de pasar por la gran plaza de Tlatelolco, como lo hicieron, guiados por los nobles que Moctezuma envió al general español. Las siguientes palabras del expresado Bernal Diaz confirman que el templo mayor ocupaba el sitio que he indicado. «Nos dijo Cortés que seria bien ir á la plaza Mayor á ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y queria envialle á decir al gran Moctezuma que lo tuviese por bien.»

El gran *teocalli*, aunque anterior al levantado por Ahuitzotl en el sitio en que hoy se ostenta la catedral, no podia considerarse como obra de mucha antigüedad. Habia sido edificado en 1468 por Moquihuix, rey de Tlatelolco, pocos años antes de haber sido conquistada la ciudad por el monarca mejicano Axayacatl, formando desde entonces un barrio, ó una parte de la capital azteca.

El gran teocalli se levantaba eminente y soberbio en medio de una extensa área; junto á la notable plaza de Tlatelolco, en el sitio mismo en que hoy se encuentra la sólida iglesia de Santiago. Un notable muro de cal y piedra, de ocho piés de altura le rodeaba, dejando ver en su parte exterior varios relieves figurando culebras y serpientes que le dieron el nombre de *coatepantli*, que significa, *pared de serpientes*. En Anáhuac, lo mismo que en Egipto, era muy comun este emblema en la escultura.

Los cimientos del gigantesco teocalli dedicado al númen de la guerra Huitzilopochtli, estaban empapados con la sangre de víctimas humanas, para que fuesen dignos del magnífico santuario levantado á la sanguinaria deidad tutelar. Gran número de prisioneros, hechos en diversas batallas, fueron sacrificados, y en los enrojecidos cimientos depositaron, los nobles y los grandes, joyas de oro y

Que la plaza mayor era la de Tlatelolco, está dicho por el mismo Cortés y por la relacion que hace de ella. Luego el teocalli que llegando se tenia que ver, era el de Tlatelolco y de ninguna manera otro. He insistido en estas observaciones, por ser el primero que se ha separado de la opinion de los demas escritores que colocaban el templo mayor ó gran *teocalli* en el sitio que ocupa actualmente la catedral. Creo que es un punto curioso para la historia, y por lo mismo juzgo que se me disimulará el que me haya ocupado de él.

plata, finas perlas, piedras preciosas, aljófar y varias alhajas de notable mérito y valor, como ofrenda de respeto á la divinidad. (1)

El muro que rodeaba el vasto templo era cuadrangular, y ostentaba, en cada uno de sus lados, una ancha puerta almenada que daba entrada al átrio inferior.

El general español y sus compañeros, no pudieron ver sin asombro, la capacidad, la limpieza y la majestad de aquel átrio. Era mayor, dice Bernal Diaz, «que la plaza que hay en Salamanca;» y Hernan Cortés asegura que dentro del circuito que encerraba el muro, «se podia muy bien facer una villa de quinientos vecinos.» (2) El pavimento era de finas y blancas losas, perfectamente labradas y bruñidas, sin que se notase ni una mancha, ni una piedrecita, ni la menor cosa que empañase el notable brillo que le hacia aparecer como un limpio espejo. (3)

En el centro de ese extenso y luciente átrio, se levantaba la gigantesca fábrica dedicada al sangriento númen de la guerra. Era una colosal pirámide de tierra y piedra, suelta, cubierta exteriormente de iguales y sólidas losas cuadradas, en que se veian diversas y simbólicas figuras geroglíficas. Su forma era cuadrada, mirando sus lados á los cuatro puntos cardinales. Cinco cuerpos, iguales en altura, pero no en latitud y longitud, pues iban en diminu-

(1) Véase en el tomo primero de esta obra la página 644.

(2) Segunda carta de Cortés.

(3) Todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no habia de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él.—Bernal diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

cion de la base á su cima, ostentaba el templo colosal. Cada cuerpo tenia su escalera exterior, hecha de grandes losas, practicada del lado del Sur, que conducia al inmediato cuerpo superior; pero ninguna de ellas iba á encontrarse con la inmediata, sino que conducia á un punto del terrado próximo que cada uno de los cuerpos ostentaba. De esta manera, el que subia, se hallaba precisado á dar vuelta al cuerpo á que llegaba, para encontrar la escalera que conducia al otro. Por motivo de esa extraña construccion, era preciso girar cuatro veces en derredor del edificio, para llegar á la parte mas alta; lo cual imprimia á las procesiones religiosas un aspecto imponente, cuando los sacerdotes, arrojando aromáticas nubes de incienso de sus incensarios, entonando religiosos himnos, al son de una música inarmónica y ruidosa, subian al átrio superior, precedidos de las inocentes víctimas destinadas al sacrificio.

La base de este sorprendente *teocalli* medía de largo, de Oriente á Poniente, ciento diez y siete varas, y ciento cuatro de ancho de Norte á Sur. Su altura, desde su base hasta la cúpulà de sus torres, no bajaba de sesenta y tres varas. (1)

En cuanto Hernan Cortés y sus soldados llegaron á penetrar en el espacioso átrio inferior, envió Moctezuma, que se hallaba en la parte superior, dos sacerdotes de alta gerarquía y algunos nobles, para que le acompañasen. Al poner el general español el pié en la primera grada del

(1) Aunque en el tomo primero de esta obra está descrito detalladamente el templo, he creido conveniente volver á decir algo sobre él, por exigirlo así l relacion histórica al presentar á Hernan Cortés visitándolo.

teocalli, los nobles se dispusieron á tomarle de los brazos para ayudarle á subir, como habian hecho con Moctezuma; pero Cortés rehusó el favor, prefiriendo subir por su pié, seguido de los suyos.

La escalera era muy ámplia, y los castellanos empezaron á subir por ella, sin dejar sus armas, quedando algunos en el átrio cuidando de los caballos.

Ciento catorce eran los escalones que tenia el edificio, segun asegura el honrado Bernal Diaz que tuvo la curiosidad de contarlos.

Lo primero que se presentó á la vista de los españoles al llegar á la última plataforma, fué una gran piedra de basalto, cuya peculiar forma y convexa superficie, indicaban claramente, que era aquella en que se tendia á las desventuradas víctimas que los sacerdotes sacrificaban á las sangrientas divinidades, arrancándoles el corazon. Dos torres de diez y nueve varas de altura, con tres cuerpos, se levantaban en la extremidad oriental de la misma plataforma. Eran verdaderamente los santuarios en donde se hallaban las imágenes de sus falsas divinidades. Delante de las puertas de estos santuarios, se veían dos enormes braseros de piedra, de dos varas de alto, en los cuales ardia constantemente el fuego sagrado, que estaban encargados de mantenerlo vivo, noche y dia, los sacerdotes, como en Roma las vestales el fuego de Vesta, pues su extincion se tenia como presagio de horribles calamidades.

En cuanto Hernan Cortés llegó á la plataforma, salió Moctezuma, acompañado de dos sacerdotes, de una de las torres ó santuarios en que habia estado incensando á los ídolos, y dirigiéndose hacia él le saludó con notable acata-

miento. «Fatigado estareis, Malinche, de haber subido á nuestro gran templo.» El caudillo español, cuya política era que apareciesen siempre incansables y fuertes sus soldados, contestó con dulce afabilidad. «Los españoles jamás encuentran cansancio en cosa ninguna.»

Moctezuma, manifestando en su semblante el agrado y la satisfaccion, tomó á Cortés de la mano y le dijo, que contemplase desde allí la ciudad y los pintorescos pueblos que le rodeaban.

Nada podia presentarse mas hermoso á la vista, que el grandioso panorama que desde allí alcanzaban á descubrir los ojos.

El teocalli descollaba como un gigante, sobre los sólidos edificios que embellecian la ciudad. Cortés y sus compañeros, dirigieron la vista al rededor, y se sintieron gratamente emocionados, ante el sorprendente expectáculo que presentaba la rica naturaleza. Bajo sus plantas veian extenderse la ciudad con sus rectas calles, formando hileras de palacios y de floríferos jardines. Miraban deslizar por los límpidos canales que cruzaban la poblacion, ligeras canoas, cubiertas de verdura y de legumbres, conducidas por los alegres indios, mientras por las ámplias calzadas, que daban paso á la ciudad, entraban y salian millares de individuos de todos sexos y edades, vestidos con su pintoresco traje de variados colores. Desde allí contemplaban la extension de la laguna, cubierta de jardines flotantes ó chinampas que se trasladaban de un punto á otro, como huertos mágicos, y millares de embarcaciones, cargadas de comestibles, que salian de las acuáticas ciudades fundadas en las márgenes del lago. A sus ojos se presentaban

las sólidas cañerías de barro cocido que conducian á la ciudad la cristalina y excelente agua de Chapultepec, así como la de Amilco, cerca de Churubusco. Ambas cañerías tenian dobles conductos, para que mientras uno se limpiaba, el agua fuese por el otro. (1) Veian la capital en toda su extension y belleza, en medio de las salobres aguas de la laguna de Texcoco, y levantarse de sus ondas, pequeñas islas donde descollaban las blancas torres de algun teocalli, semejante á una imponente fortaleza. Mas lejos, pasada la línea en que se encerraban las aguas del lago, se descubrian inmensas llanuras cubiertas de maizales, y numerosas aldeas diseminadas por la campiña, cuyas casitas blancas se descubrian al través de las ramas de los copudos árboles. La vista abarcaba desde aquel punto culminante, dirigiéndose á todos lados, gratas florestas, productivos magueyales, deliciosas huertas y doradas mieses balanceando al suave impulso de las brisas, que se extendian hasta la base de las escuetas y nevadas montañas que circundaban el valle.

Aquel era para Hernan Cortés un plano inapreciable en que podia estudiar exactamente los puntos mas precisos de la ciudad.

Viendo Moctezuma lo complacido que se hallaba el general castellano con el bello paisaje que le rodeaba, le dijo que desde allí podria examinar, con toda comodidad, la

(1) Aun se ven las ruinas de este gran acueducto de dos cañerías que conducia el agua de Amilco. Pero la obra mas notable de los antiguos indios en este género, es el acueducto de la famosa ciudad de Texcoco. Allí se admiran todavía las ruinas de un dique que construyeron para aumentar el nivel de las aguas.

plaza del mercado, por la cual habia pasado. Con efecto; la plaza, conteniendo en sus ámbitos sesenta mil personas que se movian incesantemente de un lado á otro, hablando todas á la vez de sus personales negocios, remedaba un inmenso océano, agitando sus olas y lanzando amenazantes bramidos.

Hernan Cortés, lo mismo que sus soldados, dirigieron la vista hácia el sitio indicado, que parecia mas animado y concurrido en aquellos instantes. La gente se movia en todas direcciones y «el rumor y el zumbido de sus voces y palabras, dice Bernal Diaz, podian escucharse á una legua de distancia.» (1)

El caudillo español, en quien la vista de la magnificencia de la naturaleza despertaba siempre ideas religiosas, sintió un deseo íntimo de transformar aquel gran templo que dominaba la poblacion, en santuario del verdadero Dios. Le pareció que donde se levantaba la piedra de los sacrificios, debia elevarse la cruz de la redencion, enseña de paz y de caridad. Dominado por este pensamiento religioso, se dirigió al padre Fray Bartolomé de Olmedo que estaba á su lado, y le indicó el deseo que le animaba, solicitando antes el permiso de Moctezuma. El prudente sacerdote, con el recto juicio que le distinguia, le manifestó

(1) Bastaria este pasaje para probar que el gran templo estaba en Tlatelolco no donde se encuentra actualmente la catedral. Desde este punto, que estaba á larga distancia del mercado, hubiera sido imposible ver los detalles y gentío de él, por los muchos edificios que se interponian, por mucho que el teocalli les excediese en altura. Que estaban junto al gran mercado se desprende claramente de las siguientes palabras, que segun refiere Bernal Diaz, dirigió Moctezuma á Cortés. «Y que si no habia visto bien su gran plaza (el mercado) que desde allí la podriamos ver muy mejor.»

que no juzgaba oportuno el momento para hacer la peticion que deseaba, pues aun no habia visto en el monarca mejicano señal ninguna en favor del catolicismo. (1)

Hernan Cortés, respetando la opinion del sabio misionero mercedario, desistió, por entonces, de su peticion. Luego dirigiendo la palabra al monarca azteca, le suplicó que le permitiese penetrar en el santuario para conocerlo, y ver las imágenes de sus divinidades. Moctezuma conferenció un instante con los sacerdotes, respecto á si se podia acceder á la solicitud sin ofensa de los dioses, y recibiendo una contestacion afirmativa, condujo á los españoles al interior del santuario. Era este bastante espacioso. Sus altares y paredes eran de cantería, maravillosamente trabajada, llenos de caprichosas labores y de figuras perfectamente esculpidas. (2)

Sobre el altar, que se descubria enfrente de la entrada, se levantaban las estátuas de los númenes de la guerra, figurando, en primer término, la horrenda imágen del sanguinario Huitzilopochtli, deidad tutelar de los aztecas. Su rostro se veia cruzado de lineamientos misteriosos. Rodeaba su garganta un ancho collar con rostros de plata y corazones de oro, emblema de los sacrificios humanos en que se complacia. Una serpiente, brillante de rica pedrería y perlas, ceñia su cintura. Tres flechas de oro, de sobresaliente mérito artístico, empuñaba en la mano izquierda; y un arco del mismo precioso metal, adornado de pe-

(1) Bernal Diaz. Hist. de la Conquista.

(2) «De muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento.» Segunda carta de Cortés.

drería, sostenia en la derecha. Todas las estátuas eran colosales y de diferentes materias, siendo algunas de masa de semillas y legumbres mezcladas, amasadas con la sangre de víctimas humanas. (1)

En aquellos momentos, y acaso para desagraviar á los dioses de la visita de los españoles al templo, ardian, mezclados con incienso, en unos braseros colocados delante del dios de la guerra, varios corazones de personas sacrificadas en las primeras horas de la mañana. El humo del copal, impregnado en la sangre, se levantaba espeso y negro, exhalando un olor repugnante. (2)

En el santuario inmediato, que formaba la otra torre, figuraban los ídolos de otras divinidades mas benignas, ocupando un lugar privilegiado la estátua del dios Texcatlipoca, inmediato en dignidad al *Ser invisible* llamado *Teotl,* á quien en sus plegarias llamaban «el dios por quien vivimos:» «El que todo lo tiene en sí mismo.» (3) Era Texcatlipoca, que significa *espejo reluciente,* el autor del cielo y de la tierra, *alma del mundo* y señor de todo lo creado. Representaba á un jóven de belleza perpetua. Su estátua, que era colosal, estaba hecha de una piedra negra y reluciente, llamada *teotell,* esto es, *piedra*

(1) Sus ídolos, en quien estas gentes creen, son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, é amasándolas con sangre de corazones de cuerpos humanos.» Seg. carta de Cortés.

(2) «Y estaban allí unos braseros con incienso, que es copal, y con corazones de indios de aquel dia sacrificados, é se quemaban.».—Bernal Diaz del Castillo.

(3) Tomo primero de esta obra, pág. 460.

divina, y descansaba sobre un sólido altar de cinco piés de alto. Tenia atado el cabello con un cordon de oro, de cuyo extremo pendia una oreja, tambien de oro, para indicar que escuchaba los ruegos que los afligidos le dirigian. Colgaba de su labio inferior un cañuto transparente, con una brillante pluma verde en el fondo, que imitaba una rica piedra. Una lámina de oro macizo cubria su pecho, y preciosos brazaletes del mismo rico metal, ceñian sus brazos. De sus orejas pendian notables pendientes de oro; y en la mano izquierda tenia un bellísimo abanico, tambien de oro, adornado de brillantes plumas, en que se reflejaban los objetos como en un limpio espejo. (1)

Pero aunque era considerada esta divinidad como menos exigente de víctimas humanas, no por eso dejaba de ser sangriento el homenaje que le ofrecian. Sobre su altar se veian en aquel momento, cinco corazones que habian sido arrancados pocas horas antes, del pecho de cinco desgraciados séres humanos. (2)

Las paredes de ambos templos, los altares y el pavimento, se veian manchados de sangre de las víctimas humanas allí sacrificadas desde su construccion. Las costras del rojo líquido, tapaban las preciosas labores de la cantería; y el «hedor,» dice Bernal Diaz, era mas insoportable que el que se percibe «en los mataderos de Castilla.» (3)

(1) Tomo primero de esta obra, pag. 462.

(2) «Y allí le tenian presentado cinco corazones de aquel dia sacrificados.» —Bernal Diaz.

(3) «Y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor.»—Bernal Diaz.

A un lado de los altares de los horrendos ídolos, se veian trompetas, bocinas, y agudas navajas de *iztli* para los sacrificios.

El segundo y tercer cuerpo de estos dos santuarios del gran *teocalli*, eran de exquisito maderámen, con relieves de oro y plata, y figurando entre sus adornos, mónstruos raros, y misteriosos geroglíficos. Un mónstruoso tambor cilíndrico, hecho de pieles de serpiente, que venia á ser la campana del gigantesco templo, se hallaba en una de las torres. Su melancólico y aterrador sonido, se escuchaba desde los alrededores de la ciudad.

Cortés y sus compañeros, no pudiendo sufrir la fetidez que despedia la sangre impregnada en todas partes, salieron de los adoratorios á respirar el aire libre que reinaba en la plataforma. Horrorizado el caudillo español con el triste espectáculo que acababa de presenciar de los corazones recientemente arrancados á los que habian sido inmolados, creyó como un deber sagrado intentar, de una manera prudente, la manera de separar á Moctezuma de que se continuasen las hecatombes humanas. Tomando un aire agradable y dejando asomar á sus labios una grata sonrisa, le dijo en tono amistoso: «No comprendo cómo un monarca del talento y claro discurso que distinguen al magnánimo Moctezuma, puede creer y adorar en esos falsos dioses, que no son otra cosa que los representantes del demonio. Si quereis convenceros, lo mismo que vuestros sacerdotes, de la verdad de mis palabras, permitidme que en lo alto de este santuario coloque la cruz de la redencion, y vereis enmudecer á los sangrientos ídolos que os tienen engañados.»

Un profundo disgusto se marcó en el semblante del emperador azteca y de los sacerdotes, al escuchar aquellas palabras. «Si hubiera imaginado,—contestó Moctezuma con severidad—que pronunciariais las frases ofensivas que habeis pronunciado contra nuestros dioses, jamás hubiera dado permiso para que visitaseis nuestro templo. Estos dioses son buenos. Por ellos alcanzamos grandes cosechas; y por ellos la nacion mejicana ha conseguido grandes victorias. Para honrarlos, continuaremos sacrificando como hasta aquí; y os ruego que no pronuncieis otra palabra que pueda ultrajarles.»

Hernan Cortés dió algunas escusas, manifestando que no habia sido su intento ofenderle, y se despidió del monarca azteca diciendo que era ya hora de retirarse. Moctezuma le contestó, que él se quedaba aun en el templo, pues tenia precision de orar y hacer alguna penitencia, para alcanzar el perdon de los dioses por haber llevado al templo á hombres de otra religion. (1)

Despues de haber bajado del gigantesco *teocalli,* los españoles se detuvieron á examinar otros muchos edificios comprendidos dentro del recinto. Habia entre ellos varios templos, aunque mas pequeños, dedicados á diversas divinidades, levantando cuarenta torres ó santuarios, manchados todos con sangre de desgraciadas víctimas. Uno de los mas notables era el consagrado al dios del aire, cuya entrada imitaba la boca de un dragon, cuyos afilados colmillos estaban rojos de sangre. A su lado se hallaba la piedra del sacrificio y los horribles instrumentos prepara-

(1) Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

dos para las víctimas. A corta distancia se levantaba un edificio que caracterizaba la sangrienta religion que formaba contraste con el grado de adelanto y el amor á las flores y á la bella naturaleza que distinguia á los antiguos aztecas. Era una pirámide en cuya ancha cumbre, se veian colocados, en sesenta vigas altísimas, agujereadas de arriba á abajo, un número considerable de cráneos humanos, pertenecientes, en su mayor parte, á los prisioneros de guerra sacrificados á los ídolos. Uno de los oficiales de Hernan Cortés, llamado Andrés de Tapia, tuvo la curiosidad de contar aquellos horribles trofeos, que ascendian, segun afirma, á ciento treinta y seis mil.

No muy lejos de este horripilante edificio, se levantaba uno altamente original, por el destino á que estaba dedicado. Era una cárcel, de notables dimensiones, donde tenian aprisionados á los ídolos de las provincias conquistadas, que habian sido conducidos á la capital como prisioneros de guerra.

Además de los templos, habia dentro del mismo recinto, varios seminarios para ambos sexos; vastos edificios destinados para habitacion de los sacerdotes; un hospicio para alojar á los peregrinos que llegaban de lejanos pueblos; un hospital; fuentes, jardines, un ámplio estanque, alimentado por las limpias aguas de Chapultepec, destinado para el servicio de los dioses; grandes graneros, en que estaban almacenados los productos pertenecientes á las propiedades que tenia el clero, y otros departamentos dedicados á diversos objetos. Aquel recinto contenia, por decirlo así, una sociedad con todos los elementos de existencia para sus habitantes y el servicio del culto. Era

una ciudad en miniatura, encajonada dentro de la capital, cuyos rasgos de civilizacion revelaban los adelantos de la nacion entera en sus obras de arte, en sus seminarios, en su ornato, jardines, fuentes y buen órden, así como la aberracion de sus ideas religiosas, en los instrumentos de muerte para los sacrificios, y en la elevada pirámide de cráneos, lúgubre página en el apreciable libro de la marcha del pueblo azteca por la senda de la civilizacion. (1)

Los españoles, despues de haber recorrido los diversos edificios, próximos al gran *teocalli*, volvieron á su cuartel, admirados de la grandeza de la ciudad, y profundamente conmovidos con la vista de los instrumentos de muerte que en los templos ocupaban un lugar preferente.

Hernan Cortés, dominado por sus ideas religiosas, meditaba en la manera de inclinar á Moctezuma al catolicismo, para evitar que se continuasen las hecatombes de víctimas humanas.

La empresa era difícil.

Usar de la fuerza, hubiera sido provocar una guerra, para la cual se hallaba en muy malas condiciones.

Cortés pensó tratar al siguiente dia, con el padre Fray Bartolomé de Olmedo, lo que seria conveniente hacer sobre aquel delicado asunto; y habiendo pasado la tarde ocupado en el buen arreglo de lo concerniente al ejército, se entregó al reposo, poco despues de las primeras horas de la noche.

(1) En el tomo primero de esta obra desde la página 682 hasta la 685, he hablado de los edificios contenidos dentro del recinto en que estaba el gran templo.

CAPITULO III.

Cortés solicita de Moctezuma el permiso de convertir en capilla católica una de las salas del cuartel, y le es concedido.—Hallan el tesoro que guardaba Moctezuma de su padre Axayacatl.—Se vuelve á tapar la puerta por órden de Cortés, sin tocar ni una sola alhaja.—Palacios y casas de recreo de Moctezuma.—Rumores de un ataque contra los españoles.—Hostilidades de un gobernador azteca contra la guarnicion de la Villa-Rica.—Manda matar alevosamente á cuatro soldados castellanos que solicita vayan á su ciudad.—Muere en una accion el gobernador de la Villa-Rica.—Crítica posicion de Cortés.—Consulta cón sus capitanes sobre el partido que se debe tomar para salir bien de la terrible situacion en que se hallan.—Se dividen las opiniones.—Cortés emite la suya y es admitida.—Se resuelve prender á Mectezuma en su propio palacio.

El primer cuidado de Hernan Cortés al siguiente dia de haber visitado el templo dedicado al dios de la guerra, fué tener una conferencia con el prudente misionero mercedario, relativa al asunto religioso. El padre Olmedo manifestó que no era conveniente, por entonces, insistir en solicitar de Moctezuma la cesion de un templo suyo para

el culto católico, y el general español acató la opinion del ministro del Señor.

Lo que ambos juzgaron conveniente y que no encontraria oposicion en el monarca azteca, era solicitar que les permitiese convertir en capilla católica, uno de los salones del palacio en que estaban alojados. Hasta entonces se habia celebrado la misa, improvisando un altar sobre una mesa; pero era preciso procurar lo mas decoroso para el culto, y creyeron que la peticion, á la vez que era justa, no podia ofender al monarca mejicano.

Cortés envió á su paje Orteguilla, á Gerónimo de Aguilar y á Marina, á solicitar la gracia en su nombre. Moctezuma, no encontrando en ello ofensa ninguna á sus dioses, y anhelando complacer al general castellano, no solamente accedió á la súplica, sino que envió las cosas necesarias para la formacion del altar.

Cuando los soldados españoles miraban al rededor de la sala, con objeto de elegir el mejor punto para construir el altar, uno de ellos, llamado Alonso Yañez, que era carpintero, vió, en una de las paredes, una señal que indicaba haber estado allí una puerta. Era voz general, que Moctezuma conservaba guardados los tesoros de su padre Axayacatl, en aquel mismo palacio. La noticia habia llegado á oidos de los castellanos como un rumor vulgar; pero á la vista de la señal descubierta, la idea de los tesoros escondidos se presentó verosimil á la imaginacion de los soldados. Alonso Yañez fijó mas la vista; y aunque la pared se hallaba perfectamente encalada y bruñida, se afirmó en que era una puerta oculta. Manifestada la sospecha á Hernan Cortés, se procedió, con mucho secreto, á

descubrir la verdad. Se quitó, con mucha curiosidad, el yeso que parecia cubrir la entrada, y, con efecto, se encontró que daba paso á otra pieza. Cortés fué el primero que penetró en ella, acompañado de varios capitanes. Los rumores del vulgo basaban sobre la verdad. Allí se veian preciosas telas, ricos mosáicos de plumas; numerosas alhajas de las mas raras y exquisitas formas; barras y planchas de oro y de plata, piedras preciosas y valiosas perlas.

El general español y sus capitanes quedaron sorprendidos ante el brillo de los preciosos metales. Los soldados entraron en seguida y participaron del asombro de sus oficiales. Bernal Diaz, que fué uno de los que contemplaron el tesoro, dice que, como «era jóven, quedó maravillado, creyendo que no podian existir riquezas iguales en todo el mundo.» (1) La plata, el oro, las perlas y las piedras preciosas que allí miraban, constituian el tesoro privado de Moctezuma: las joyas heredadas de su conquistador padre Axayacatl, que el monarca azteca las tenia guardadas, sin tocarlas jamás.

Aunque los españoles se regocijaron con el encuentro inesperado de aquellas riquezas, un sentimiento de noble delicadeza y el deber prescrito por el honor y la conciencia, les hizo mirar como sagrado aquel tesoro que no les pertenecia. Nadie se creyó con derecho para apoderarse ni del mas insignificante objeto. Nadie llegó ni aun á coger

(1) «Y como yo lo ví, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

en sus manos la joya de menor valía. Cortés mandó que inmediatamente se volviese á tapar la puerta de la manera misma con que habia estado, dejando todo en el órden que lo encontraron, y ordenando que no se dijese la menor palabra sobre aquel asunto.

La puerta se cubrió con las piedras que antes la cubrian, y el tesoro de Moctezuma volvió á quedar encerrado.

La obra para convertir la sala en capilla católica se empezó en el instante, y tres dias despues se encontraba terminada del todo. Una cruz y la imágen de la Vírgen, con el Niño Jesús en brazos, se colocaron sobre el altar. Bajo su amparo y proteccion se habian puesto los españoles al acometer la atrevida empresa de penetrar en el vasto país, y á donde quiera que llegaban, era su primer cuidado rendirles el homenaje puro del alma. Diariamente celebraban misa Fray Bartolomé de Olmedo y el padre Diaz, asistiendo á ella, con devocion y recogimiento, el ejército castellano.

No era una devocion aparente, sino real y llena de fé. Desde Hernan Cortés hasta el último soldado obraban como sentian, y procuraban no distraer su pensamiento, mirando como un deber de conciencia, hacer apreciable su religion con el buen ejemplo. «Lo uno,—dice Bernal Diaz,—por lo que éramos obligados á cristianos y buena costumbre; y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen á ello.»

Al siguiente dia de haber estado en el gran *teocalli*, Cortés y sus compañeros se ocuparon en visitar el palacio de Moctezuma y los grandes edificios que tenia destina-

dos, uno á las fieras de toda especie que se conocian en aquella parte de la América, y el otro á la diversidad de aves que pueblan los árboles de sus espesos bosques. El edificio destinado á los últimos, estaba adornado de bellísimos corredores, sostenidos por columnas de mármol, que daban á un delicioso jardin. Diez ámplios estanques de agua dulce unos y de salada otros, rodeados de corpulentos árboles que formaban una verde bóveda, se veian cubiertos de millares de aves acuáticas de diversas especies, mientras en inmensas pajareras lucian su brillante plumaje los papagayos, los parlantes loros, los guacamayos, los diminutos colibrís, los rojos cardenales, las águilas y otro infinito número de curiosos pájaros que seria prolijo enumerar. Trescientas personas de ambos sexos estaban destinadas exclusivamente para el cuidado de las aves.

No era de menos lujo y capacidad el destinado á las fieras. Se hallaba situado en el sitio en que hasta hace pocos años se levantaba el convento de San Francisco, y que hoy ocupa una gran casa que hace esquina á la calle que lleva el mismo nombre del expresado convento y á la de Santa Brígida. La gente empleada en cuidarlas, era igual en número á la encargada de las aves. (1)

Todos los palacios de Moctezuma estaban con bellísimos jardines, baños, estanques y muchos patios.

El que habia habitado antes de construir el que en aquellos momentos habitaba, estaba situado enfrente del otro extremo de la plaza. Era un magnífico edificio que

(1) En el tomo primero, desde la página 706 hasta la 708, hablo detalladamente de estos edificios.

ocupaba toda la actual calle del Empedradillo, las de Plateros, la de Tacuba y de San José el Real.

Pero el notable, el palacio que llamaba la atencion por su capacidad y belleza, era el que ocupaba á la llegada de los españoles. Allí se habia propuesto desplegar toda su grandeza y el lujo del servicio. Los españoles lo recorrieron varias veces; pero si maravillados quedaron de los grandes patios, estanques, baños, salones y espaciosas alcobas que contaba, mas aun quedaron de la profunda veneracion con que los nobles y altos personajes se presentaban ante el monarca; del lujo desplegado por éste en el servicio de su persona, y del regalo y esplendidez ostentado en el servicio de su mesa. Comia solo, en una mesita baja que guardaba proporcion con el asiento que ocupaba, que era tambien bajo, aunque blando y rico. Trescientos platos, de los manjares mas delicados y sabrosos, se colocaban en el espacioso salon en que comia, para que eligiese aquellos que gustase. Faisanes, gallinas, perdices, patos, codornices, pichones, venado, conejos, liebres, variedad de pajaritos, peces de mar y de rio, frutas de todas las zonas, y cuanto, en fin, de exquisito habia en los numerosos señoríos sujetos á la corona de Méjico, formaban el banquete diario del soberano. Ni los manteles, ni la bajilla, ni las servilletas, ni las copas, volvian á servir otra vez. En cada comida se estrenaban distinto juego de mantelería y de bajilla. Lo mismo sucedia respecto de los trajes. Los vestidos que se ponia una vez, no volvian á servirle.

En las audiencias que daba, nadie podia, por alta que fuese su jerarquía, entrar en el salon sin quitarse el calza-

do y ponerse un traje que revelase humildad. Nadie levantaba los ojos del suelo en su presencia; y al entrar en la sala, por noble que fuese, no entraba de frente, sino rodeando un poco por el lado de la puerta y haciendo tres reverencias, acompañadas de las palabras, *señor, mi señor y gran señor*. (1)

Cuanto mas examinaban los españoles la grandeza de la corte de Moctezuma y los elementos de riqueza de su poblado imperio, mas comprendian el temerario arrojo de haber penetrado en su capital. Veian, es cierto, la benevolencia del monarca azteca hácia ellos, procurándoles las mayores comodidades y regalos; pero no podian contar con que continuaria favoreciéndoles en lo sucesivo. Habia resistido constantemente á recibirles en la corte; y si por último accedió á la exigencia de Hernan Cortés, no fué por expontánea voluntad, sino por un temor nacido de su supersticion religiosa. Debia, por lo mismo, temerse que, viendo la corta fuerza de sus huéspedes, y conociendo los grandes medios de que podia disponer para destruirles, cambiase de conducta. Era fácil que, pasados los recelos supersticiosos, tratase de borrar su pasada debilidad, con actos dignos de un soberano puesto al frente de una nacion guerrera. La presencia de las tropas tlaxcaltecas dentro de la capital del imperio, podia considerarla como una humillacion, y solicitar de Hernan Cortés la salida de ellas. Nada habia que garantizase la duracion de la buena armonía hasta entonces establecida entre el jefe español y el emperador de Méjico. Por el contrario; la resistencia

(1) Véase en el primer tomo las págs. 695 y 696.

de Moctezuma á las indicaciones de Cortés respecto al cristianismo, era un elemento del que fácilmente podrian surgir dificultades que diesen por resultado un conflicto. Empezaban á circular entre los soldados, alarmantes noticias que inquietaban sus ánimos. Los tlaxcaltecas les habian asegurado, que los mejicanos fraguaban un plan semejante al de los choluleses. Aseguraban que les habian amenazado con que muy ponto levantarian los puentes de las calles y de las calzadas para cogerles prisioneros. Añadian que Moctezuma habia consultado con sus oráculos, y que, aconsejado por ellos, se proponia hacer prisioneros á los extranjeros y á sus aliados, para sacrificarlos al dios Huitzilopochtli.

Ciertos ó no los rumores, los españoles los escuchaban y temian por instantes que se pusiesen en ejecucion. Una noticia alarmante vino á dar un colorido de certeza á las sospechas que abrigaban respecto de la conducta de Moctezuma. Hernan Cortés, que la sabia desde Cholula, la habia ocultado hasta entonces á sus soldados, para que no opusiesen resistencia á la marcha sobre la capital. El jefe español habia dejado en la Villa-Rica, como se ha dicho ya, una corta guarnicion, bajo el mando de un distinguido oficial llamado Juan de Escalante. Poco despues de haber partido Cortés, recibió el gobernador que dejó en la nueva ciudad, un mensaje de un jefe azteca llamado Quauhpopoca. Era señor de Nauhtlan, ciudad situada á doce leguas de la villa española, en la costa del Seno Mejicano y en los confines del imperio, por aquella parte. Habia recibido órden de Moctezuma, de cobrar los tributos á los pueblos totonacos, que se habian rebelado desde que con-

taron con el apoyo de Cortés. En esta justa pretension de Moctezuma, no habia nada ofensivo para los españoles. Pero el jefe azteca traslimitándose de las instrucciones recibidas de su soberano, dió antes un paso que debia producir funestas consecuencias. Quauhpopoca envió algunos mensajeros al establecimiento castellano, manifestando un vivo deseo de celebrar una alianza firme con la autoridad española. El gobernador Juan de Escalante recibió á los enviados, con verdadera satisfaccion, obsequiándoles cumplidamente. El jefe azteca, por medio de sus mensajeros, solicitó de Escalante el favor de que le enviase cuatro españoles, con objeto de poder defenderse contra algunas tribus vecinas, que sin duda le harian la guerra al saber que habia ofrecido vasallaje al rey de España. El gobernador de la Villa-Rica obsequió la solicitud del jefe azteca, y cuando los tuvo en su palacio, mandó asesinarlos. Dos perecieron en el acto mismo; y los otros dos, defendiéndose y luchando, lograron escaparse por los montes, aunque heridos, y volver á Veracruz, donde refirieron lo acontecido.

Quauhpopoca penetró al mismo tiempo, por los pueblos totonacos, aliados de los españoles, para reducirlos á la obediencia de Moctezuma, y obligarles á pagar los tributos que se habian negado á dar. Los totonacos se quejaron á Juan de Escalante, suplicándole que se opusiese á la tiranía del jefe mejicano, y ofreciendo auxiliarle con un buen número de tropas. Escalante envió dos mensajeros al gobernador mejicano, amenazándole por los asesinatos cometidos en los españoles, y diciéndole que se abstuviese de hostilizar á los que se habian puesto bajo la proteccion del

rey de España, pues aquella era la voluntad del mismo Moctezuma. Quauhpopoca respondió que, la voluntad del soberano de Méjico la conocia como nadie; y que si los extranjeros trataban de ir en defensa de los rebeldes, en el campo los esperaba.

La arrogante respuesta del jefe azteca y el acto alevoso cometido con los cuatro españoles, indignaron al gobernador Escalante. Reunió algunos escuadrones totonacos, y poniéndose al frente de cincuenta infantes españoles, de los menos enfermos, y de dos de caballería, marchó sobre las tropas de Quauhpopoca, llevando dos cañoncitos.

Desde el principio de la accion, los totonacos, acostumbrados á mirar con respeto á los mejicanos, y menos espertos que ellos en el arte de la guerra, se desbandaron, huyendo del campo de batalla. Los españoles, no obstante de verse solos, continuaron el combate, con un valor extraordinario, causando grande estrago, con sus armas, á los mejicanos. Era la primera vez que estos escuchaban el estruendo del cañon y de los arcabuces. Sin embargo, lucharon con bastante decision ; pero viendo los claros que dejaban las balas enemigas y la manera de atacar de los españoles, se retiraron intimidados á la ciudad de Nauhtlan, conocida por los castellanos con el nombre de Almería, que se hallaba á corta distancia del sitio del combate. Los castellanos les persiguieron tenazmente y pusieron fuego á varios edificios, obligando á sus contrarios á continuar la fuga. Sin embargo, la victoria fué costosa para los españoles. Herido gravemente el gobernador Juan de Escalante, la fuerza se detuvo á descansar un momento en la poblacion. Otros seis soldados se hallaban tambien

heridos, aunque no gravemente ; y uno, llamado Juan Argüello, hombre robusto y de fuerza hercúlea, que temerariamente se habia lanzado en medio de sus contrarios, fué llevado prisionero, despues de haber recibido muchas y graves heridas.

Los españoles volvieron á la Villa-Rica, donde murió, de resultas de sus heridas, el jefe castellano Juan de Escalante, á los tres dias de la accion.

El jefe azteca Quauhpopoca, envió á Méjico al español hecho prisionero. Era Juan Argüello, como he dicho, hombre membrudo y de mucha fuerza; y tenia, segun Bernal Diaz, «la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa.» El objeto del jefe mejicano era que fuese sacrificado en la capital al dios Huitzilopochtli. Pero habiendo muerto de sus heridas en el camino, le cortaron la cabeza, que la presentaron á Moctezuma. El emperador azteca se llenó de pavor ante el imponente gesto de aquel rostro que aun parecia dotado de fuerza y de vida, y cuyas grandes barbas le daban un aspecto amenazador. Horrorizado de ver aquel severo semblante, en cuyos pronunciados rasgos creia leer la terrible profecía del derrumbamiento de su trono, apartó la vista, sobrecogido de espanto, de la amenazadora cabeza, y ordenó que no la ofreciesen á sus dioses en ninguno de los santuarios de la ciudad. Este hecho, sabido por los soldados de Cortés en los momentos en que circulaban los rumores de que se disponian los mejicanos á levantar los puentes de las calles, produjo una sensacion profunda. Todos juzgaban á Moctezuma un hombre de carácter falaz y doble, que trataba de adormecer con sus dádivas, para alcanzar sus sangrientos fines. Lo hecho con los españo-

les de la Villa-Rica, la conspiracion de Cholula y la acusacion que sobre él pesaba de haber mandado obstruir uno de los caminos, para destruir á los españoles en el otro, se presentaban ya como argumento incontestable de que se proyectaba una nueva conspiracion. Los soldados, preocupados con esta alarmante idea, creyeron ver un aire altanero en los encargados de proporcionarles los víveres; y aun creyeron notar diminucion en la cantidad de aves y de frutas. No se hablaba en el cuartel sino del peligro en que se hallaban. Una vez declarado Moctezuma contrario á Cortés, quedarian aislados en una ciudad rodeada de agua, sin víveres, sin embarcaciones para salir, y cercados de millares de enemigos por todas partes. Ningun auxilio debian esperar de la república de Tlaxcala; y respecto de los pueblos del valle, que se les habian manifestado adictos al creerles invencibles, se declararian contrarios para no despertar el enojo de su soberano.

Ante el inminente peligro que les amenazaba, perdian su prestigio los espléndidos regalos de Moctezuma así como los tesoros de Axayacatl, allí cerca encerrados; y hasta el alimento que tomaban, dice Bernal Diaz, iba acibarado con aquel pensamiento que alejaba el sueño de sus párpados. (1)

No eran mas lisonjeras las ideas que se agolpaban á la mente de Cortés. Habian llegado á sus oidos los mismos

(1) «Y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma, ni el que habiamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comíamos, que todo se nos hacia rejalgar en el cuerpo, é que ni de noche ni de dia no dormíamos, ni reposábamos, con aqueste pensamiento.»—Bernal Diaz del Castillo.

siniestros rumores; y los hechos pasados que presentaban á Moctezuma como promotor, le hacian no confiar en las promesas del monarca azteca. Por otra parte, los dias pasaban y se hallaba á igual distancia del objeto que le habia conducido á la capital, como se halló en el momento de llegar á ella. No era posible que diese cima á la empresa de atraerse la adhesion del país, mientras no se encontrase en posesion de la capital. La voz del soberano azteca, era escuchada con veneracion por el pueblo, acostumbrado á mirarle como á una divinidad. Esa voz podia hacer fracasar sus atrevidos planes, si se alzaba en contra de los españoles; pero podia realizar sus ensueños de gloria, si conseguia, por algun medio, subordinarla á su voluntad. Las circunstancias eran críticas. La resolucion debia ser pronta y definitiva. El tiempo urgia La tardanza podia traer funestas complicaciones. Temia que, de un momento á otro, apareciese en la costa alguna escuadra enviada por el gobernador de la isla de Cuba y le arrebatase lo que tenia á cortas varas de distancia, aunque se interponia en esa distancia, una profunda sima que, á no salvarla con un salto atrevido, podia ser su tumba.

Hernan Cortés se propuso dar ese salto peligroso, que resolvia su gloria ó su ruina. Poco antes de emprenderlo, quiso consultar el proyecto que habia concebido, con sus capitanes y con algunos de los soldados de recto juicio y sano criterio, que solian concurrir á las juntas, entre los cuales se hallaba Bernal Diaz del Castillo.

Reunidos todos, el caudillo español refirió brevemente, las difíciles circunstancias en que se encontraban. Pintó con exactitud, los peligros de que se hallaban rodeados;

refirió las alarmantes noticias que los tlaxcaltecas habian comunicado á Marina, relativas á las amenazas de los mejicanos; y sin indicar el pensamiento por él concebido, les dijo que manifestasen lo que convenia activar para hacer menos grave el peligro. De esta manera, cualquiera que fuese la determinacion que se tomara, se hacia comun la responsabilidad, sin que nadie pudiera acusar á Cortés de arbitrario.

Las opiniones respecto de la medida que se debia tomar para conjurar la tempestad, ó si estallaba vencerla, fueron diversas. Solo en un punto estaban acordes oficiales y soldados; en que la medida, cualquiera que fuese la que se tomase, fuera pronta. Para unos, lo acertado era dar por terminada la supuesta embajada, con la admision de las ofertas hechas por Moctezuma, pidiéndole, en consecuencia, permiso para volver á Veracruz. Otros opinaban, porque se abandonase la capital de noche, secretamente, sin dar lugar á que tomasen los mejicanos determinacion ninguna. Algunos juzgaron que lo conveniente era permanecer en la capital, sin darse por entendidos de los sucesos de la Villa-Rica, y procurar conseguir de Moctezuma algunas ventajas antes de retirarse.

Despues de haberse discutido el punto suficientemente, tomó Hernan Cortés la palabra. Segun él, dar por concluida la embajada cuando nada se habia conseguido, y pedir licencia para retirarse, era confesarse temerosos al encontrarse enfrente de un poder que no esperaban; dar á conocer á Moctezuma la debilidad de sus huéspedes, para que, alentado á vista de la cobardía de sus huéspedes, se decidiese á lo que acaso no se hubiera atrevido por algun

tiempo. No era, en su concepto, mas aceptable la salida de noche, pues ella equivalía á una fuga vergonzosa y aun mas expuesta á graves desastres, puesto que de esperarse era que los puentes se hallasen levantados desde la caida hasta la salida del sol, y guardados los puntos inmediatos por numerosas fuerzas. Respecto á procurar y conseguir algunas ventajas sin darse por entendidos de los sucesos de Veracruz, podia resultar que Moctezuma se negase á conceder lo que se le pidiese, si es que estaba resuelto á hostilizarles; y en ese caso, se tenia que pasar por la humillacion de su negativa absoluta, ó declararle la guerra; en cuyo último caso nada se habia adelantado. Entonces propuso un medio que, en su concepto, era el único que podia dar un resultado cumplido y satisfactorio: un medio que, por lo temerario, parecia absurdo, y que solo un espíritu sin miedo podia concebir confiando á su brazo el éxito. Resolucion atrevida habia sido penetrar con un puñado de hombres en una ciudad populosa y fuerte, á cien leguas de la costa, rodeado de vastas provincias y guerreros pueblos que se levantarian como un solo hombre á la voz de su soberano. Su temerario arrojo solo podia ya sostenerse con nuevos actos de audacia; y el que habia concebido, era uno de esos mas extraordinarios que la historia ha legado á la posteridad. Cortés propuso ir al palacio del emperador con unos cuantos capitanes; decirle que se le acusaba de haber dispuesto la muerte de los españoles enviados por Escalante al jefe azteca Quauhpopoca; y que, por tal motivo, pasase con ellos á vivir á su cuartel, mientras se descubria la verdad de los hechos. Si accedia voluntariamente, bien; pero si se re-

sistia, se emplearia la fuerza. Apoderarse de su persona era de todas maneras indispensable. Teniendo en su poder al monarca, nadie se atreveria á intentar un movimiento contra los españoles. Si accedia sin oposicion, los mejicanos creerian que habia sido un acto expontáneo del soberano, por gozar de la compañía de sus huéspedes; y dejándole ejercer su soberanía, podian descansar sin temor, y alcanzar las ventajas que se habian propuesto al acometer la empresa.

La idea de Hernan Cortés que parecia mas bien creacion de uno de esos héroes maravillosos de las leyendas de caballerías, que concepcion meditada por un hombre pensador, fué acogida con entusiasmo por los mas distinguidos capitanes de su ejército; jóvenes de imaginacion inflamable, dispuestos siempre á las empresas atrevidas. Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y otros no menos resueltos, se ofrecieron á ejecutar el atrevido pensamiento.

Aceptado el plan propuesto por Cortés, se aplazó la ejecucion para el siguiente dia.

Preocupado el caudillo español con el pensamiento que iba á ponerse en obra, no pudo entregarse al sueño; y toda la noche se le escuchó pasear de un lado á otro de su cuarto, esperando, con impaciencia, la luz del nuevo dia.

Su gloria ó su ruina dependian del éxito que tuviese el atrevido golpe dispuesto.

¿Cuál seria el resultado de su disposicion?

Los acontecimientos contestarán á nuestra pregunta.

CAPÍTULO IV.

Prision de Moctezuma.—Es conducido á los cuarteles españoles.—Dice al pueblo que va por su voluntad.—Ejerce su autoridad como en su palacio.—Llega Quauhpopoca y los que tomaron parte en la muerte de los españoles.—Moctezuma les reprende y los entrega á Cortés.—Se les condena á ser quemados.—Se ejecuta la sentencia enfrente al palacio de Moctezuma.—Se le ponen grillos á éste durante la ejecucion.—Despues de terminada, le quita los grillos el mismo Cortés.—Opinion de algunos escritores sobre este hecho y errores en que han incurrido.

1519. Noviembre 7. La mañana del 7 de Noviembre se presentó clara y risueña.

Los soldados españoles, que habian pasado las primeras horas de la noche en oracion, pidiendo al cielo que protegiese la empresa, se encontraban dispuestos para recibir las órdenes de su general. (1)

(1) «Toda la noche—dice Bernal Diaz—estuvimos en oracion con el Padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio.»

Hernan Cortés puso sobre las armas á todas sus tropas, y las situó en los puntos del cuartel que juzgó mas convenientes.

Dispuesto lo necesario y dadas las instrucciones para obrar con acierto, solicitó una audiencia de Moctezuma, que le fué concedida inmediatamente. El emperador azteca no podia extrañar la visita del caudillo español, puesto que casi diariamente solia hacerle alguna, precediendo siempre la súplica.

Alcanzado el permiso, Hernan Cortés eligió cinco de sus mas adictos y valientes capitanes para que le acompañasen. Esos capitanes, que poseian no menos bizarría y espíritu caballeresco que su denodado caudillo, fueron Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Avila y Francisco de Lugo. Todos, lo mismo que el jefe español, estaban completamente armados. Esta circunstancia no podia alarmar de ninguna manera al monarca mejicano, puesto que siempre se habian presentado de igual manera en las anteriores conferencias.

Llegada la hora dispuesta para la visita, salió Hernan Cortés con sus cinco capitanes, llevando de intérpretes á Gerónimo de Aguilar y á Marina, hácia el palacio de Moctezuma que, como queda dicho, se hallaba bastante próximo.

Pocos instantes despues se dirigian, como á visitar el palacio, pero no juntos, sino de dos en dos, veinticinco soldados, que tenian la órden de ir entrando al salon en que se celebrase la reunion, como atraidos por la curiosidad.

El caudillo castellano y sus oficiales fueron recibidos, con la afabilidad de costumbre, por el monarca azteca, en la sala de audiencia. Moctezuma, muy ageno de pensar que el objeto de la visita envolvia ningun daño contra su persona, hizo que tomasen asiento; les regaló algunas joyas de oro, y presentó á Cortés una de sus hijas, dándosela por mujer, como prueba de su mas alta distincion, así como á sus capitanes, otras de distinguidos caciques. (1) El general castellano manifestó su gratitud con expresiones las mas atentas; pero se excusó de recibirla, diciendo que estaba casado en Cuba y que su religion no permitia al hombre tener mas que una esposa.

La conversacion giró en seguida, sobre varios asuntos agradables, manifestándose Moctezuma sumamente afable y contento.

Viendo Cortés que el tiempo pasaba en asuntos que le separaban del objeto importante, dejó el estilo festivo que hasta entonces habia usado, y dando á su semblante un aire serio y noble, expresó el asunto que habia motivado aquella visita. Puso en conocimiento de Moctezuma la muerte alevosa dada por su gobernador Quauhpopoca, á los españoles enviados por Escalante; la insultante contestacion al jefe español, provocando á un combate á la guarnicion de Veracruz, resultando la muerte del comandante de la villa y de algunos otros soldados, cuando se le habia ofrecido paz y buena amistad. Se veia en la obligacion de dar cuenta á su monarca de la muerte de sus compatrio-

(1) «Y de haberme el dado algunas joyas de oro y una hija suya, y otras hias de señores á algunos de mi compañía, le dije, etc.—Cortés. Segunda carta á Cárlos V.

tas, y para cumplir con el deber de enviado, se habia visto precisado á tomar informes del hecho. Segun ellos, las acusaciones recaian sobre el emperador de Méjico, pues las desagradables escenas se habian ejecutado por órden suya.

Moctezuma, despues de haber escuchado sorprendido los hechos referidos por Cortés, negó haber ordenado al jefe azteca nada contra los cristianos. Para desvanecer hasta la mas leve duda, le ofreció que haria comparecer en la corte á Quauhpopoca, poniéndole en sus manos, á fin de que, viendo que habia obrado arbitrariamente, le aplicase el castigo que apreciase justo. Dichas estas palabras, el emperador llamó á dos de sus cortesanos, y tomando de un cordon de oro que llevaba en el brazo, una piedra en que estaba grabada la imágen del dios de la guerra, que era su sello real, se las entregó, diciendo que se pusiesen inmediatamente en camino, y trajesen al jefe azteca y á los principales que habian intervenido en el hecho.

Los cortesanos salieron sin detenerse un instante, á ejecutar la órden recibida. Hernan Cortés se manifestó satisfecho de la distinguida deferencia del monarca, que argüia en favor de su inocencia. Dijo que nunca habia llegado á dudar de ella; pero que, obligado á esclarecer los hechos para referirlos con exactitud á su soberano, se habia visto en la dura precision de dar aquel desagradable paso. «Ahora, agregó, solo falta que nos deis la última prueba de vuestra benevolencia, con la cual vuestros vasallos, que están en la creencia de que por órden vuestra se han cometido los atentados contra los españoles, se convenzan,

como nosotros, de que han estado en un lamentable error.» Cortés terminó diciendo, que la prueba que acabaria de convencer á los calumniadores del favor del monarca hácia los extranjeros, seria que trasladase su residencia á los cuarteles españoles, mientras llegaba Quauhpopoca á dar cuenta de su reprobable conducta.

Moctezuma se sorprendió con la proposicion de Cortés. Por muy estudiadas y atentas que fuesen las palabras del caudillo español, para no ofender la dignidad del monarca azteca, era imposible que no penetrase en el fondo de ellas la clara inteligencia del emperador mejicano. Conoció el intento del jefe castellano. Se turbó un instante; pero sucediendo bien pronto á la turbacion el sentimiento de la dignidad, exclamó con noble altivez: «¿En dónde ha llegado á verse que los reyes se dejen llevar prisioneros?»

Hernan Cortés le aseguró que no se trataba de humillar su dignidad, ni de llevarle prisionero. Le dijo que nadie extrañaria verle mudar de residencia, puesto que el cuartel en que estaban los españoles, habia sido el palacio de su padre, muchas veces habitado por él mismo. Le aseguró que allí ejerceria su autoridad y entenderia en los negocios de su gobierno, lo mismo que hasta entonces; que estaria rodeado de su familia y de su servidumbre; y que trataria con su pueblo sin alterar en nada sus costumbres. «Respecto de nosotros, añadió, yo os empeño mi palabra de que estareis tan honrado y bien servido, como podeis estarlo por vuestros mas leales vasallos.»

Moctezuma insistió en que no podia dar un paso que repugnaba á su dignidad. «Si yo llegase á envilecer mi persona accediendo á vuestros deseos, mis vasallos se le-

vantarian para impedirlo.» Viendo que Cortés no desistia, ofreció dar, en rehenes, un hijo y dos hijas, mientras llegaba el acusado Quauhpopoca.

No habiendo sido admitida su proposicion, continuó manifestando su desagrado en lo que de él se solicitaba.

Dos horas transcurrieron en aquellas desagradables contestaciones, hasta que disgustado por la tardanza, que podia serles perjudicial, el jóven y valeroso capitan Velazquez de Leon, exclamó con rudo acento: «Basta ya de palabras; ó le llevamos preso, ó le daremos muerte.» (1)

Moctezuma, al oir la imponente voz y ver el airado gesto del impaciente oficial, perdió su serenidad, y preguntó sobresaltado á Marina lo que decia. La graciosa intérprete, le explicó lo que habia dicho, suavizando, en lo posible, la amenaza; y le aconsejó que accediese á lo que Cortés le pedia sin temor ninguno. «Id; pues segura estoy de que sereis tratado con todas las consideraciones debidas á un gran monarca; al paso que si rehusais, os exponeis á que os den aquí la muerte.» (2)

Las palabras de Marina hicieron comprender al monarca azteca, que era inútil su resistencia. Débil y supersticioso, se amortiguó su espíritu y le abandonó el sentimiento de su dignidad, que poco antes habia manifestado. Miró sobresaltado á su derredor; y al encontrarse su

(1) «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? Ó le llevamos preso, ó le daremos de estocadas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

(2) «Lo que yo os aconsejo es que os vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo sé que os harán mucha honra como gran señor que sois; de otra manera aquí quedareis muerto; y en su aposento se sabrá la verdad.» —Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

mirada con los severos rostros de los extranjeros, cuya brillante armadura les daba un aspecto aun mas guerrero, creyó realizada la profecía de su caida; se juzgó abandonado de sus dioses; y dominado del supersticioso terror que embargó su razon desde el arribo de los españoles á las playas de Veracruz, consintió en ir á los cuarteles castellanos; en abandonar el magnífico palacio donde habia sido visto por sus vasallos casi con veneracion, y de donde iba á salir como triste prisionero. No habia heredado el monarca azteca el valor de su padre Axayacatl, ni el temerario arrojo de Moctezuma primero. Si hubiera alentado un corazon heróico, dispuesto al peligro, como alentaron sus predecesores, en vez de amilanarse ante la amenaza de unos cuantos extranjeros, hubiera llamado á sus guardias; y antes que permitir que se ultrajase su dignidad, hubiera muerto luchando, dejando á la posteridad un nombre glorioso. Pero su corazon se hallaba poseido de una invencible preocupacion que supeditaba su esfuerzo y que le encadenaba á un fatal destino. No carecia de patriotismo ni de elevados sentimientos; pero no pudiendo hacerse superior á las preocupaciones que dominaban á la sociedad en que vivia, creyó que debia resignarse á la voluntad de los dioses.

Manifestada su disposicion en pasar á la residencia de los españoles, mandó que se le dispusiese inmediatamente la real litera. Al mismo tiempo llamó á los nobles que se hallaban en los salones inmediatos, y les manifestó que habia resuelto pasar algunos dias con sus apreciables huéspedes; y que, por lo mismo, se adelantasen á disponer las habitaciones que habia elegido, y que eran

las que ocupaban un punto importante del palacio. (1)

Hernan Cortés le dió las gracias por haber accedido á sus pretensiones, asegurándole de nuevo, que ejerceria su poder de igual manera que lo habia ejercido hasta entonces.

Los capitanes castellanos se acercaron á protestarle respeto y amistad; y el mismo Velazquez de Leon, deseando manifestarle su aprecio, le dió una satisfaccion por las palabras que, dominado por la impaciencia, habia proferido, y le pidió perdon por ellas. (2)

Poco despues entraron varios personajes, descalzos y con humildes vestiduras, como lo hacian siempre por respeto á la persona real cuando se presentaban á ella. Cuatro de ellos llevaban las ricas andas, y los demás iban para formar su séquito. Al sentarse Moctezuma en ellas, los nobles las cogieron llorando y en el mayor silencio, dejando ver en sus rostros las señales de una profunda tristeza. (3)

Salió de la morada régia, con el mismo fausto y grandeza con que acostumbraba siempre que se presentaba en público. Los grandes de la corte y sus mas ilustres generales le acompañaban. Todos iban en la creencia, porque para dar á su debilidad un tinte honroso así les habia asegurado el monarca, que marchaba por su voluntad y por

(1) «Y mandó luego ir á aderezar el aposento donde él quiso estar, el cual fué muy puesto, y bien aderezado.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «Y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedian por merced que no hubiese enojo.»—Bernal Diaz del Castillo.

(3) «Traian unas andas; llorando lo tomaron en ellas con mucho silencio.» —Cortés. Segunda carta.

obsequiar la disposicion de los dioses á quienes habia consultado. El pueblo, admirado, se agolpaba á ver pasar al emperador, cuya resolucion le habia llenado de asombro.

Cortés y sus capitanes, con algunos soldados, iban junto á él para guardarle; pero como si formasen una guardia de honor. La plebe, por ese instinto que rara vez le engaña, receló que allí se ejercia alguna presion sobre el monarca; y numerosas personas lloraban, y no pocas se arrojaban al suelo manifestando su pena y su desesperacion. Una sola palabra del soberano en aquellos instantes, hubiera bastado para que la ciudad entera se hubiera arrojado sobre los españoles, con el objeto de arrancar de su poder al cautivo monarca. Pero aquella palabra estaba muy lejos de ser pronunciada por los labios del rey. Muy al contrario; procurando calmar el descontento que en sus vasallos notaba contra los extranjeros, les dijo, por medio de sus nobles, que se tranquilizasen ; pues el paso que daba, habia sido dictado por su gusto y por complacer á sus dioses. Al llegar á la puerta del cuartel, salieron á recibirle algunos oficiales españoles, á quienes acarició afablemente. Viendo que el pueblo se agolpaba, y queriendo evitar todo conflicto, le ordenó, por medio de sus ministros, que se retirase, y amenazó con la pena de muerte á cualquiera que promoviese el mas ligero motin.

Moctezuma fué recibido por los españoles con las mas altas distinciones, y se dirigió á las magníficas habitaciones que habia elegido, donde le esperaba su numerosa servidumbre.

Hernan Cortés mandó á todos los españoles, lo mismo que á los aliados, que le tratasen y sirviesen con el res-

peto debido á su dignidad, y con las consideraciones de á un alto monarca.

Bien pronto se vieron las nuevas habitaciones de Moctezuma respirando la misma animacion que las del palacio en que habia vivido. Allí daba audiencia libremente á sus vasallos; recibia á los embajadores de diversos reinos; escuchaba las peticiones de los gobernadores; consultaba con sus consejeros y ministros, y gobernaba con ámplia libertad el reino. Pendientes de sus órdenes, y dispuestos para hacerle compañía, se hallaban siempre los principales personajes de la corte por él escogidos. Tenia numerosos criados. Vivian con él sus mujeres, y le servian la mesa con la misma abundancia, lujo y esplendidez que en su palacio. Parco en la comida, despues de haber escogido los platos que mas le agradaban, repartia los demás entre los soldados españoles que le asistian y entre los nobles aztecas que tenia á su servicio. Bondadoso y franco, no se ceñia su generosidad únicamente al obsequio que hacia á los castellanos con los ricos manjares que le servian, sino que, con frecuencia, agregaba otros magníficos regalos.

La bondad del espléndido monarca azteca, cautivó á los soldados españoles, que empezaron á sentir hácia él un aprecio y un respeto profundos. Su bondad, su afabilidad, conquistaban las simpatías de los que le rodeaban. Ningun español, ni aun el mismo Cortés, pasaba por delante de él, sin quitarse la gorra ó el casco, con sumo respeto y consideracion. (1) Nadie tomaba asiento en su presencia,

(1) «Siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honra á todos.»—Bernal Diaz.

si no le invitaba antes á tomarlo. El caudillo castellano era el primero que se esmeraba en tratarle como correspondia á su elevado rango.

Todas estas consideraciones y respetos hácia el monarca azteca, las presenciaban, á todas horas, los nobles; pero al través de las demostraciones de aprecio, creian traslucir algo que revelaba que su soberano se hallaba preso. Cacamatzin, su sobrino, rey de Texcoco, así como el señor de Iztapalapan, que habian ido á visitarle, sospechando la verdad, se ofrecieron á levantar sus ejércitos para libertarle; pero Moctezuma les aseguró que no era cierto lo que recelaban; que su permanencia en el cuartel español, reconocia por causa obsequiar una disposicion del dios Huitzilopochtli; que se guardasen, por lo mismo, de promover ninguna asonada; y que, si algun dia, necesitaba de su favor, les avisaria sin demora.

El sobrino y el hermano del monarca no se atrevian á dudar de sus palabras; pero la vigilancia constante que veian observar á los españoles, se opònia á que diesen entero crédito á ellas.

Bajo la apariencia del respeto, creian ver, con bastante claridad, una verdadera prision. La entrada principal del edificio estaba cuidada por una fuerza de arcabuceros y cuatro piezas de artillería. Todas las puertas que daban salida á la calle, se hallaban defendidas por fuertes guardias de ballesteros y soldados de espada y rodela. De noche y de dia recorrian diversos vigilantes los patios y los jardines. Las azoteas y las torres del muro que cercaba el palacio, tenian dobles centinelas; y una guardia, bajo las órdenes de Velazquez de Leon, se hallaba constantemente

en la antecámara real. Este incesante servicio tenia fatigado al soldado, que apenas podia disponer del tiempo necesario para comer y dormir un instante durante la noche. Los soldados, lo mismo que los oficiales, comprendian que si el preso lograba huir de la prision, debian esperar verse atacados, en el mismo dia, por los numerosos ejércitos mejicanos, que anhelaban la lucha. Esta consideracion hacia que todos prestasen gustosos sus servicios. Sin embargo, no faltó un soldado que se manifestó descontento del continuo trabajo, y que, disgustado, profiriese palabras poco respetuosas delante de Moctezuma. Era un excelente ballestero llamado Pedro Lopez. Al tocarle el cuarto de vela, que tenia que hacer en la guardia del monarca, exclamó de mal humor, dirigiéndose al compañero que relevaba: «Reniego de la vela que hay que hacer á este perro, pues por cuidarle está uno muriéndose de fatiga.» (1) Oyó Moctezuma las referidas palabras, y entendiendo el sentido de ellas, puso en conocimiento de Cortés lo acontecido. Indignado el caudillo español de la falta de respeto al monarca azteca, mandó azotar al soldado, y le hubiera mandado ahorcar, segun algunos historiadores refieren, á no haber intercedido en su favor el mismo Moctezuma. Pero eran muy raros los casos de irreverencia hácia el monarca azteca. Por el contrario; todos los soldados parecian competir en el deseo de manifestarle su respeto y cariño. Su bondad, su generoso desprendimiento, su apacible trato, le conquistaron las simpatías del ejército entero, que llegó á sentir por él un aprecio profundo.

(1) «Oh pesia tal con ese perro, que por velalle á la continua estoy muy malo del estómago, para me morir.»—Bernal Diaz del Castillo.

La prision de Moctezuma, ejecutada en su mismo palacio, fué uno de esos golpes atrevidos que mas que á la historia parecen pertenecer á los hechos fabulosos. Todos los historiadores lo han considerado como un acto de osadía que solo pudo ser concebido por un hombre extraordinario, que reunia á una imaginacion de grandes recursos, un corazon resuelto y un brazo poderoso para ejecutar lo concebido. (1) Respecto de la legalidad ó ilegalidad del acto, reconocido como estaba en aquella época, por todas las naciones, el derecho de conquista, se han emitido diversas opiniones; pero todos convienen en que no siendo las circunstancias en que se hallaba Hernan Cortés, nada á propósito para detenerse ante la forma de los procedimientos del derecho de gentes, la determinacion que tomó, era la única que podia salvarle. Aun cuando Moctezuma, hasta entonces, no tuviese proyectado ningun acto hostil contra los españoles, podia de un momento á otro, mirar sus consejos como ofensivos á su diguidad, y tratar de librarse de los que se mostraban contrarios á su religion y á sus dioses. Varias dificultades podrian surgir de la crítica posicion que ocupaba, que diesen por resultado la determinacion de la ruina de los extranjeros. El sostenimiento del ejército español y del tlaxcalteca, altamente gravoso para el erario, debia disgustar así al monarca como al pue-

(1) Prescott dice que fué «un arbitrio, que solo el mas resuelto espíritu en el extremo mas desesperado pudiera concebir.» El historiador D. Antonio Solis le llama «atrevimiento sin ejemplar: accion que siendo verdad parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporcion cuando se hallara entre las demasías ó licencias de la fabula.» D. Lúcas Alaman: «golpe de audacia de los mas pasmosos que la historia presenta.»

blo. La presencia de las tropas tlaxcaltecas que odiaban á los mejicanos como estos odiaban á ellas, podian provocar conflictos graves. Por otra parte, Hernan Cortés temia que se repitiesen las conspiraciones de Cholula que, en su concepto, habian sido dispuestas por el soberano. Lo acontecido con el gobernador de Veracruz Juan de Escalante, le hacia ver que no debia confiar en las promesas de afecto y de amistad. Los estorbos puestos en uno de los caminos en su marcha á la capital, para hacerle caer, como le habian asegurado, en una celada puesta por Moctezuma; las amenazas del pueblo dirigidas á los aliados; todo persuadia á un cambio próximo que diese por resultado la ruina de los castellanos. No podia esperar de sus contrarios, que respetasen el derecho de gentes; sino que aprovechasen la oportunidad de atacarle cuando mas confiado estuviera. Hernan Cortés creyó evitar ese golpe, apoderándose del jefe del Estado antes de que estallase la tempestad. Moctezuma era, para los mejicanos, una especie de divinidad; una persona sagrada, elegida por los dioses para regir los destinos de la patria, y cuyas determinaciones estaba obligado á respetar el pueblo. Su mandato era una garantía segura de la obediencia del país entero. Una vez en poder de los españoles, se veria precisado á dictar órdenes favorables á ellos, y nada se debia temer.

Habian transcurrido cerca de veinte dias desde la prision de Moctezuma. La llegada de Quauhpopoca que habia mandado matar en su palacio á los españoles que por solicitud suya le envió el gobernador de la Villa-Rica, se esperaba de un momento á otro. En su compañía debian llegar los demás jefes y caciques que habian hecho la

guerra á los castellanos, causado la muerte de varios y la del mismo gobernador Juan de Escalante. Pronto, con efecto, se vió entrar en la ciudad á los enviados por el monarca, con los que debian dar cuenta de los actos de que eran acusados. Iba Quauhpopoca, en ricas andas, llevadas en hombros de sus esclavos, ostentando un rico traje y valiosas joyas. Detrás, en otra litera de menos lujo, marchaba un hijo suyo; y en seguida otros quince nobles, cómplices en las hostilidades contra los castellanos de Veracruz.

Cuando llegó Quauhpopoca al cuartel, bajó de sus andas y se dirigió hácia las habitaciones de Moctezuma. Antes de entrar al salon en que se hallaba, se descalzó, segun el ceremonial observado en palacio, y cubrió sus ricos vestidos con una manta ordinaria hecha de los rudos hilos del maguey. Introducido así á la sala de audiencia, saludó al rey con las ceremonias humillantes de casi veneracion que la etiqueta palaciega exigia de todos los vasallos, y que en aquel momento hubiera podido tomarse por un sarcasmo, viendo la situacion de la persona que recibia los actos de profundo respeto.

Indicándole el rey, con una señal, que hablase, el gobernador azteca manifestó que, acatando la órden suprema, se habia puesto inmediatamente en camino, pronto á cumplir en todo, la voluntad de su magnánimo soberano. Moctezuma le reprendió, con enojo, los actos de hostilidad cometidos contra los españoles, y añadió, que seria castigado como traidor, por haber tenido la temeridad de mentir diciendo que obraba por órden de su soberano. Quauhpopoca quiso disculparse; pero el rey se negó á escuchar-

le, y le entregó á Cortés con los demás cómplices, para que les juzgase.

El general español procedió al interrogatorio, y confesaron llanamente los hechos, sin culpar en nada al monarca. Preguntó en seguida Cortés á Quauhpopoca, si era vasallo de Moctezuma. «¿Acaso hay otro señor, de quien yo pudiera serlo?» Contestó con arrogancia el jefe azteca. (1)

El interrogatorio continuó; y aunque insistieron en negar que habian obrado por órden superior, cuando se vieron sentenciados á muerte, hicieron recaer la culpa sobre el monarca, diciendo que, sin sus órdenes, jamás se hubieran atrevido á hostilizar á los extranjeros. (2)

Hernan Cortés, manifestando que no creia en la disculpa que daban, sino en que habian obrado por voluntad propia, y contra las órdenes de su rey, les condenó á ser quemados vivos delante del palacio real, como reos de lesa majestad.

Mientras se hacian los preparativos para ejecutar la sentencia, Hernan Cortés se dirigió á la habitacion de Moctezuma con tres capitanes y un soldado que conducia en la mano unos grillos. El jefe español se acercó al monarca azteca, saludándole con el mismo respeto con que

(1) «Les hice interrogar si ellos eran vasallos de Muteczuma; y el dicho Quauhpopoca respondió que si habia otro señor de quien pudiera serlo.»—Cortés. Segunda carta.

(2) «E asimismo les pregunté si lo que allí se habia hecho habia sido por su mandado, y dijeron que no, aunque despues, al tiempo de que en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados, todos á una voz dijeron que era verdad que el dicho Muteczuma se lo habia enviado á mandar, y que por su mandado lo habian hecho.»—Cortés. Segunda carta.

acostumbraba hacerlo siempre. Con acento severo le dijo, que los acusados le culpaban de haber ordenado la muerte de los españoles. Los vasallos habian sido sentenciados á perder la vida por haberse excedido en sus hostilidades. El monarca, si era digno de consideracion por los notables beneficios hechos hasta entonces, no por esto podia quedar sin recibir algun castigo. Terminadas estas palabras, mandó al soldado, que le pusiese los grillos en los piés. Quieto, y con severo semblante, esperó Cortés hasta verlos colocar; y en seguida, volviendo la espalda, salió del aposento sin pronunciar una palabra.

Moctezuma quedó aterrado. Le parecia que su espíritu era presa de alguna horrible pesadilla. El cetro de sus manos estaba deshecho, y sus piés sentian el peso del hierro que les sujetaba. Aquel golpe inesperado y humillante, anudó su lengua y suspendió su pensamiento. Largo rato permaneció sin movimiento: sin poderse dar cuenta de lo que le pásaba; privado de sus facultades intelectuales. Sentia un enorme peso en el corazon que le impedia respirar y que le ahogaba. El llanto asomó al fin á sus ojos, y la honda pena que le abrumaba, empezó á salir deshecha en llanto y en suspiros que aliviaron la opresion de su pecho. Los nobles que le acompañaban, conmovidos por la abatida situacion de su bondadoso soberano, derramaron copioso llanto y procuraban evitar que los grillos lastimasen sus piés, colocando entre el fierro y el cutis, blandos algodones que impidiesen el contacto.

Yo no puedo considerar, sin conmoverme, sin experimentar una pena profunda que llena de tristeza mi corazon, en lo que el desventurado Moctezuma sentiria al ver

convertidos, de repente, su grandeza, los respetos, las consideraciones y el poder, en vilipendio, abandono y humillante prision. Habia caido de la mayor y deslumbrante altura, á la mas oscura y profunda sima. Sobre su persona, considerada hasta entonces por inviolable, acababa de colocar sus rudas manos, un oscuro soldado, para ponerle los pesados grillos del criminal. Su prestigio y su dignidad habian acabado. Para los extranjeros, nada era ya. Los mismos vasallos que á su lado lloraban, veian ya su pequeñez, su humillacion, sus lágrimas.

Todas estas reflexiones que se agrupaban en la mente del infeliz monarca, oprimian su corazon horriblemente.

Los que le han juzgado por las acusaciones de los que habian sido sentenciados á muerte, lejos de compadecerse, han arrojado sobre su nombre nuevas manchas con que han hecho poco apreciable su memoria. (1) No seré yo el que contribuya, con mis humildes escritos, á dar fuerza á esa opinion ofensiva contra la honra del monarca azteca. Bastante es el cargo que pesa sobre él de irresoluto y débil, sin que se trate de agregarle aquellos de que no hay una íntima certeza. Yo no creo que Moctezuma hubiese

(1) Un escritor, que no es español, y que con el nombre de Pedro Pruneda, publicó en Madrid en 1867 la «Historia de la guerra de Méjico,» desde 1861 á 1867, califica de «hipócrita y rastrera» la conducta de Moctezuma. Dice despues que «Moctezuma, de suyo poco animoso, como todos los déspotas y traidores, cuando han de habérselas frente á frente con otro hombre, negó que tuviese participacion alguna en los atentados de su general Quauhpopoca.» Hablando luego de las demostraciones de aprecio hácia los españoles, le niega que fuesen nacidas de un sentimiento noble y sincero. «No se crea, dice, que este afecto era hijo de un sentimiento bondadoso y sincero de Moctezuma: en pechos tan ruines, que abandonan su patria á un pueblo extraño, no caben nunca tan be-

ordenado á Quauhpopoca el alevoso asesinato de los españoles enviados por el gobernador Juan Escalante. Este acto no pudo ser sino obra del que lo ejecutó. No dudo que le daria instrucciones para sujetar á los pueblos totonacos que se habian negado á pagar el tributo. Esta disposicion era justa, y en nada contraria á los españoles. Los totonacos eran unos rebeldes al soberano azteca; y en su dignidad y en su derecho estaba reducirlos al órden. Podia aun haber ordenado, porque estaba en su derecho, que se combatiese contra cualquiera que se presentase á impedir sus órdenes; pero no es verosimil, que un soberano descendiese á dar instrucciones para un asesinato que no podia dar sino resultados funestos. Hay vehementes indicios, que casi tienen la fuerza de una prueba poderosa, para creer que la muerte de los castellanos solo fué dispuesta por el gobernador Quauhpopoca y sus adictos. Si de órden del emperador se hubieran ejecutado las hostilidades contra los españoles, en vez de hacer que compareciesen los acusados para entregarlos á Cortés, les hubiera dicho que se fingiesen rebeldes, con lo cual se hubiera podido disculpar con el general castellano, manifestándole, con sentimiento, que sus órdenes ya no eran obedecidas.

llos instintos. Moctezuma no desconocia los odios y rencores que su crueldad habia hecho nacer entre sus vasallos, y los remordimientos de su conciencia le anunciaban con miedo y espanto que llegaria un momento de horrible expiacion.» No se pueden dirigir cargos que mas empañen la memoria de un gobernante, que los dirigidos por el Sr. Pruneda al monarca azteca. Yo no me hubiera atrevido á hacerlos, si tener mas pruebas que las que existen, las cuales se reducen á lo dicho por los que tal vez, por salvar la vida, quisieron hacer responsable de sus actos al monarca.

Mientras los nobles que rodeaban á Moctezuma, procuraban hacer menos penosa su triste situacion, Hernan Cortés pasó á dar las órdenes para la ejecucion de la sentencia pronunciada contra los reos. Mandó á las guardias del cuartel, que no permitiesen entrar á nadie á ver al soberano. Formó luego la tropa, y dando las instrucciones necesarias, mandó que fuesen conducidos al suplicio, Quauhpopoca, su hijo y los demás cómplices. Los sentenciados á muerte, atadas las manos, salieron del cuartel, en medio de una respetable fuerza española que marchaba en órden de batalla. El pueblo, asombrado, se agolpaba á ver pasar á los altos personajes que iban á sufrir la muerte públicamente, por sentencia de los extranjeros. El sitio dispuesto para la ejecucion, era la plaza en que se hallaban los palacios de Moctezuma, enfrente del que éste habitaba antes de ser conducido preso, y que, como he dicho, se hallaba en el mismo sitio que ocupa actualmente el palacio nacional. Una gran cantidad de arcos, flechas, macanas, lanzas, cascos y escudos de madera que estaban en la armería real, se hallaba, formando grandes piras, enfrente del palacio. Era la leña destinada á la hoguera en que debian perecer los sentenciados. La tropa formó el cuadro para impedir que el pueblo tratase de oponerse á la ejecucion. El gentío era inmenso; pero permanecia mudo, absorto. Ignoraba lo que dentro de los cuarteles habia pasado. No sabia que su monarca se hallaba, en aquellos instantes, sufriendo el duro peso de los grillos, y no se atrevia á tomar una actitud hostil por no desobedecer las órdenes dadas por Moctezuma, que habia recomendado la paz y el sosiego de la ciudad. Los reos, que llevaban ligadas las manos,

fueron atados allí de los piés, y conducidos al lugar en que debian sufrir la pena. Quauhpopoca, colocado sobre la leña en que debia ser quemado, volvió á manifestar que habia obrado por órden de su soberano. Luego, dirigiéndose á su hijo y á los demás que con él iban á perecer, les alentó á que sufriesen con resignacion la muerte. Pronto se aplicó el fuego á la pira; y pocos instantes despues dejaron de existir, á la vista de un inmenso pueblo que habia acudido de todos los barrios, y aun de varios pueblos comarcanos. (1)

Si la multitud hubiera llegado á saber que su soberano gemia, en aquellos momentos, aherrojado como un criminal, no debe dudarse que se hubiera lanzado sobre los españoles, dando principio desde el mismo instante á un combate sangriento. Pero ignoraba el suceso, y estaba en la creencia de que el castigo á Quauhpopoca, era por disposicion del soberano.

Por lo que hace al género de muerte, no podia llamarles la atencion. Estaban familiarizados, en sus fiestas religiosas al «dios del fuego,» á ver quemar en la hoguera á los prisioneros; y el castigo aplicado á los que habian contravenido á las órdenes del monarca, no tenia nada de extraordinario. (2) Ni era el primer caso en que personajes

(1) Prescott sufre un error al decir que se «verificó la ejecucion en el patio del palacio.» Claramente dice Hernan Cortés que fué en la plaza. «E así fueron estos quemados públicamente en una plaza, sin haber alboroto alguno.» Lo mismo asegura Bernal Diaz.—«Fueron quemados, dice, delante de los palacios del Montezuma.»

(2) En la fiesta que en el décimo mes, que empezaba el 26 de Agosto, dedicaban á Xiuhteuctli, dios del fuego, se ataba de piés y manos á los prisioneros

de alta categoría fuesen condenados á la hoguera. Aun no hacia mucho tiempo que el príncipe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, habia hecho quemar vivo, delante de todo su ejército, y sobre un monton de cañas secas, á un primo del emperador Moctezuma que hizo prisionero. (1)

No seria, sin embargo, esta una disculpa para Hernan Cortés, si para tratar de justificar el género de muerte por él aplicado, se intentase hacer valer la costumbre de los aztecas en conducir á la hoguera á los prisioneros en un mes determinado del año. La sentencia mandada aplicar por él á los acusados como reos de lesa majestad, no puede sorprender á los que conozcan los códigos penales observados en los países mas cultos y civilizados de Europa en el siglo XVI. Por terrible que nos parezca, como realmente lo es, el castigo del fuego, no podemos culpar á los hombres, porque vivieron en una época en que regian leyes que están en pugna con las ideas actuales. (2)

No soy panegirista ni contrario de Cortés. Soy historia-

destinados al sacrificio, y se les llevaba al átrio, donde se encendia una inmensa hoguera. Los dueños de los prisioneros ó esclavos, llevando á estos á cuestas, bailaban al rededor del fuego, y los arrojaban á las llamas. Luego los sacaban con unos instrumentos de madera, les conducian al altar de los sacrificios, les abrian el pecho, y les arrancaban el corazon. El lector puede ver en la descripcion de las fiestas del año, que hago en el primer tomo, los pormenores de la celebrada al «dios del fuego.»

(1) Tomo primero de esta obra, página 763.

(2) Solís da á entender en su historia, que los reos fueron quemados despues de muertos. «Juzgóse militarmente la causa, dice, y se le dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos.» Pero no es así. El mismo Hernan Cortés escribe á Cárlos V, diciéndole que «en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados.»

dor, y presento los hechos y hago presente las costumbres de las épocas que toco, á fin de que el lector pueda juzgar con imparcialidad, de los actos de los hombres que figuran en las páginas de mi obra.

Hernan Cortés les aplicó la pena mas terrible del código penal que, como he dicho, regia entonces en las naciones mas civilizadas de Europa.

El objeto fué que los mejicanos viesen que Moctezuma castigaba con la hoguera, á los que hostilizaban á los españoles, que eran enviados de un monarca á quien, segun las profecías, correspondia el gobierno del país entero.

Terminada la terrible ejecucion, se dirigió Cortés á la estancia de Moctezuma, acompañado de cinco capitanes. Respetuoso y atento se acercó al emperador azteca, dobló la rodilla, y le quitó los grillos con sus propias manos. (1)

Con acento dulce y expresivas palabras, le manifestó la honda pena que habia sentido al verse obligado á imponerle aquel castigo, en virtud de las acusaciones de los que habian pagado con la vida el delito cometido.

Aquel acto de perdon que debiera haber abatido aun mas el espíritu de Moctezuma, haciéndole ver que su soberanía era ficticia, llenó de júbilo su alma. Miró en la disposicion de Cortés una gracia de inestimable precio; el placer ocupó el lugar de la tristeza; desapareció el temor que le habia sobresaltado de perder la vida, y recibió la libertad con las demostraciones de la mas profunda gratitud. ¡Cuánto habia perdido de su dignidad aquel poderoso

(1) «Fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos.—Bernal Diaz del Castillo.

monarca, que pocos dias antes no consintió que le abrazase el mismo que en aquel instante le ponia libre!

Reconocido á lo que consideraba como un favor de alta estima, abrazó al caudillo español con sincera efusion de gratitud, y le expresó su reconocimiento. Poco despues obsequió con algunos ricos presentes, á los soldados castellanos y á sus leales vasallos.

Transcurridos algunos dias, queriendo el general español manifestar al monarca azteca, la confianza que tenia en su lealtad y sus promesas de adhesion al rey de España, quitó las guardias próximas á sus habitaciones, y le dijo que podia volver, si gustaba, á su palacio. Moctezuma le dió las gracias y rehusó admitir la oferta. Dijo que varias veces le habian ofrecido sus nobles y los grandes caciques, levantar sus ejércitos para vengar los ultrajes recibidos; pero que habia logrado disuadirles, asegurándoles que permanecia por su voluntad en el cuartel español. Agregó que juzgaba como garantía de la paz, el permanecer allí, pues temia, volviendo á su palacio, no poder evitar algun conflicto que envolviese á la capital en luto y sangre.

Si este sentimiento era el que realmente le hacia no admitir la libertad, no hay duda que le haria mucho honor. Seria un rasgo de abnegacion en bien de la humanidad, digno de elogio. El mismo sentimiento habia manifestado cuando su hermano, el señor de Iztapalapan opinó porque no se recibiese á los españoles. «Yo pereceria, dijo entonces, combatiendo al lado de mis vasallos; pero me da pena la suerte de los niños, de las mujeres y de los ancianos.»

Pero es de creerse que al temor de una asonada, se agre-

gase la consideracion de que sus vasallos no le verian ya con la casi veneracion de otros dias. Muchos de ellos habian presenciado su humillacion al ser conducido de su palacio al cuartel español, y no pocos eran testigos de la degradante escena en que habian sujetado sus piés con ignominiosos grillos. Conoció que su prestigio habia muerto : que su fama habia acabado. Podia recelar además que, como dice el malicioso soldado historiador, solo fuesen «palabras las de Cortés.»

Pero sean cuales fueren las razones que pesó al escuchar la halagadora proposicion de pasar á su palacio, es lo cierto que rehusó. Hernan Cortés, contento de la resolucion de Moctezuma, le abrazó con vivo afecto, expresándole con agradables frases su gratitud, y diciéndole que «le apreciaba como á sí mismo.» (1)

Algunos autores juzgan que el caudillo español no debió haber impuesto castigo ninguno al emperador azteca, puesto que habia aplicado la pena á los que habian matado á los españoles. Si el gobernador merecia la muerte, opinan que no habia razon para humillar al soberano poniéndole grillos en los piés. «Si aquel era reo, el segundo estaba inocente; y si el cacique habia obrado en cumplimiento de las órdenes de su señor, la responsabilidad era solo de éste. No podian ambos ser á un mismo tiempo culpables.» (2)

Digna es la observacion, de escritores de recto juicio. El

(1) «Y le abrazó y dijo: No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) Prescott. Hist. de la Conquista de Méjico.

historiador está en el deber de analizar los actos de los personajes que presenta, para que el público los pueda juzgar sin tropiezo. Yo, en cumplimiento de ese mismo deber, creyendo, en conciencia, que no debe el escritor dar ni quitar nada á los hombres que figuran en las páginas de los acontecimientos humanos, voy á tomarme la libertad de explicar esa disposicion que, á primera vista, parece contraria á los principios abstractos de la justicia, y que, sin embargo, no envuelve la contradiccion que se ha creido encontrar. Moctezuma, no habia dado, en mi concepto, como he dicho ya anteriormente, órden ninguna para hostilizar á los españoles. El gobernador Quauhpopoca, su hijo, y algunos otros caciques, fueron los que dispusieron los hechos que motivaron la reclamacion de Cortés. Ellos, pues, únicamente debian sufrir el castigo. Pero la muerte dada por el jefe azteca á los españoles enviados por Juan de Escalante, así como los demás acontecimientos de hostilidad, habian acaecido mucho antes de que Hernan Cortés llegase á Cholula. Moctezuma tenia conocimiento de ellos; le habia sido enviada la cabeza de una de las víctimas; y sin embargo, ni habia reprendido al gobernador Quauhpopoca por sus actos, ni habia referido al general castellano, las desgracias acaecidas. Pues bien; esta tolerancia de las hostilidades de parte del monarca, fué lo que castigó Hernan Cortés en Moctezuma, colocándole los grillos. Impuso la pena de muerte á los caciques que promovieron la lucha, porque habian faltado á las instrucciones del soberano; aherrojó los piés del monarca, porque no habia castigado á los que habian contravenido á sus órdenes.

Cortés trató de evitar, con la pena impuesta á los primeros, que otros gobernadores hostilizasen á los castellanos. Con la aplicada á Moctezuma, que no tolerase, en lo sucesivo, que se les ofendiese.

Pero aun concedamos que los jefes aztecas hubiesen obrado en virtud de una órden de su monarca. No existiendo mas que la simple acusacion de los que iban á sufrir la pena de muerte, y la negativa del soberano que les hizo comparecer ante sus jueces, cuando pudo evitar que se presentasen, Cortés podia castigar severamente á los que habian ejecutado el hecho, sin dejar de imponer alguna pena al monarca, sobre quien de todas maneras existia la culpa de haber tolerado, como he dicho, las hostilidades. (1)

Examinando detenidamente los hechos, se ve que la apreciacion del respetable historiador Robertson, al calificar de «conducta irregular» la de Cortés, juzgándole «desvanecido con la prosperidad de los sucesos,» carece de toda fuerza, pues descansa únicamente sobre la suposicion

(1) Gomara, Herrera, Solís y otros, dicen que el poner á Moctezuma los grillos, «fué una precaucion para evitar que tratase de defender á los que morian por haber cumplido sus órdenes.» Igual cosa dice Bernal Diaz, acaso porque esa voz corriera entre los soldados. Pero Hernan Cortés, que era el que obraba, dice terminantemente á Cárlos V, que lo habia hecho para castigar el hecho de la muerte de los españoles. «Porque confesaron que el dicho Mutezuma les habia mandado que matasen á aquellos españoles.» Ni podia temer Cortés nada del monarca azteca, toda vez que no podia salir de palacio y se habia prohibido que se dejase entrar á nadie. El soberano que no se habia atrevido á dar una voz cuando fueron á prenderle á su palacio, mal podria infundir temor de que tomase la defensa de los que él mismo habia entregado para que los castigasen y se encontraba aislado de los suyos.

de que Cortés habia obrado, no conforme á su criterio, sino conforme al que el historiador se ha figurado que obró.

Muchas de las inexactas apreciaciones de los escritores respecto de los hechos referentes á la conquista de Méjico, han nacido del laconismo con que Hernan Cortés se veia precisado á escribir sus cartas al emperador Cárlos V. Referia los hechos; pero no podia detenerse en detalles que diesen á conocer los pensamientos mas pequeños, por importantes que fuesen á su intento. Al historiador filósofo le pertenece descubrirlos; pero siempre de acuerdo con las circunstancias que los enlazaban: buscando las razones que le podrian acompañar, conforme al derecho, á obrar de la manera que obró.

Difícilmente se registrarán en la historia sucesos mas extraordinarios que los referidos en este capítulo. Un número insignificante de españoles, penetra en la populosa y fuerte capital de Méjico, despreciando los avisos en que les anunciaban celadas y peligros insuperables; se dirige al palacio real, cuyos patios y salones se veian llenos de nobles guerreros y de cortesanos poderosos; prende al rey en el salon de audiencias; le conduce á sus cuarteles en pleno dia, por en medio de la multitud; castiga en la plaza, enfrente al palacio real, con ignominiosa muerte, á distinguidos personajes del imperio, y carga de grillos los piés del monarca. Si se hubieran verificado estos hechos en la corte de un humilde cacique de provincia; con un gobernante decrépito y odiado de sus vasallos, y en presencia de un pueblo inculto y afeminado, no nos sorprenderia, por mas que juzgásemos atrevida la empresa. Pero llevarla á cabo en una capital que podia competir con muchas

de Europa; con un monarca jóven y orgulloso, mirado con veneracion por los pueblos, y á cuya sola voz se hubieran levantado imponentes; en una poderosa nacion, culta y valiente, cuyos ejércitos habian conquistado innumerables reinos y señoríos; en el centro de un país lleno de recursos, cuyos intrépidos hijos hubieran derramado gustosos su sangre por la patria y el monarca; esto excede á lo verosimil y raya en los límites de la fábula y del romance. Y, sin embargo, nada es mas cierto. Verdad es que los mejicanos lo presenciaron todo, ignorando lo que pasaba; creyendo que se obraba con anuencia del soberano; pero no por esto dejó de ser un acto de arrojo inconcebible; un hecho increible que supera al de los mas estupendos de los libros de caballerías.

Los mismos hombres que fueron actores en esas extraordinarias escenas, las juzgaban como imposibles, y no se podian explicar cómo las pudieron acometer, sino atribuyendo su temerario arrojo á disposicion de la Providencia.

Bernal Diaz del Castillo, que desempeñó la parte que le correspondia en el escenario de la conquista; soldado veraz y no menos religioso que valiente, al referir esos hechos en 1568, cuarenta y nueve años despues de acaecidos; cuando al ardor de la juventud habia reemplazado la reflexion de la vejez, se asombra de lo pasado, y atribuye los resultados, no al esfuerzo de sus brazos, sino al favor divino. «Muchas veces, ahora que soy anciano, dice el valiente militar, me pongo á meditar en los heróicos hechos de aquella época notable, que se me presentan claros y firmes, como si en este instante pasaran delante de mis ojos. La destruccion de la flota; la prision de Moctezuma den-

tro de sus propios palacios; la ejecucion de los altos personajes en medio de la plaza; el acto de poner los grillos al monarca, todo me parece estarlo viendo realmente; y al considerar en nuestras hazañas, me convenzo que no eran ejecutadas por nosotros, sino por Dios que dirigia nuestras acciones. A no haber sido así, no hay hombres en el mundo, atendido el insignificante número que componiamos, que hubieran podido dar cima á la empresa.» (1)

Estas palabras de Bernal Diaz, al dirigir una mirada medio siglo atrás, revelan el espíritu religioso que animó á Cortés y á sus soldados en la difícil empresa que acometieron. Juzgándose soldados de una cruzada santa, se arjaron á los mayores peligros, en medio de una nacion guerrera y valiente, esperando de dia en dia la muerte; pero resueltos á recibirla como un deber, en defensa de la cruz. Otros hombres se hubieran desvanecido con sus triunfos; se hubieran llenado de orgullo, haciéndose intolerables á los neutrales, y odiosos á sus contrarios. Cortés y sus soldados jamás atribuyeron á su solo esfuerzo las victorias. Por el contrario; creian que por sí solos hubiera sido imposible alcanzarlas; que hubieran perecido sin remedio. Llenos de fé, todo lo juzgaban obra de Dios y no de ellos. Jamás, por lo mismo, dejaron de considerar á sus contrarios como valientes, como realmente lo eran.

(1) «Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo, que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegábamos á ellos, en una fuerte ciudad como Méjico, etc.?»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Todas las cartas de Cortés están manifestando su creencia en la proteccion divina, y en todas ellas ensalza el caudillo español á Cárlos V, el valor y el valer de sus contrarios.

Las mismas ideas resaltan en los sinceros escritos del bravo y veraz soldado historiador.

Uno y otro elogian y respetan el esfuerzo de los nativos de aquel rico y bello país.

Nadie como ellos probó ese esfuerzo.

La prision de Moctezuma y la muerte de Quauhpopoca, habian dado, es cierto, el resultado que Cortés se habia propuesto. Se consiguió que nadie osase hostilizar á la guarnicion de Veracruz. Pero no por esto se habia dado cima á la empresa de dominar el imperio.

Aun faltaba una larga distancia para llegar al fin de la jornada.

En esa distancia se iban levantando escollos terribles para la marcha de los españoles.

Aquella misma populosa ciudad en que habian entrado recibiendo las distinguidas consideraciones del monarca y de la nobleza, podia convertirse muy pronto en un campo de batalla.

El cuartel en que tenian al real prisionero, en sitiada fortaleza; y las acequias y los canales que cruzaban las calles, en sepulcro de muchos de ellos.

La guerra con los mejicanos aun no habia empezado; pero todo se iba preparando para empezarla.

Cuando estallase, debia ser terrible.

Muchos de los españoles que habian subido al gran templo de Huitzilopochtli y se habian horrorizado al contem-

plar la piedra de los sacrificios, se verian llevados á ella para ser sacrificados delante de la horrible deidad. .

La primera página de esa guerra, empezaria con *La Noche Triste*.

La última debia terminar con la heróica defensa de Méjico.

CAPITULO V.

Envia Cortés nuevo comandante á la Villa-Rica de la Veracruz.—Atenciones de Cortés con Moctezuma.—Le dice que puede marchar ya á su palacio.—Moctezuma no admite.—Marcha con gran pompa al templo principal.—El pueblo le recibe con aclamaciones.—Moctezuma sale á paseo con frecuencia.—Cortés le pide licencia para construir dos bergantines.—Estreno de los bergantines.—Va en uno de ellos Moctezuma.—El rey de Texcoco se dispone á hacer la guerra á los españoles.—Cortés le envia una embajada recordándole su amistad.—Altiva contestacion del monarca texcocano.—Cortés se dispone á marchar contra él.—Moctezuma le disuade.—El rey de Texcoco se ve reducido á prision por órden de Moctezuma.—Pone á disposicion de Cortés al preso.—Coloca Moctezuma en el trono de Texcoco á Cuicuitzca, hermano del destronado.—Algunas reflexiones sobre la prision del rey de Texcoco.

De suma importancia era para Hernan Cortés la fundacion de la Villa-Rica de la Veracruz, donde habia dejado una corta guarnicion á fin de tener un puerto por donde recibir recursos de algun buque que arribase, y noticias de cualquiera expedicion que contra él enviase el gobernador de la isla de Cuba.

La muerte de Juan de Escalante, leal caballero y adicto á su persona, le fué, por lo mismo, altamente sensible. Necesitaba enviar otro hombre que le reemplazase dignamente, sino en el valor, en el don de gobierno.

Todos los pueblos totonacos seguian siendo fieles á los españoles, y las guarniciones mejicanas no volvieron á inquietarles, temerosos los gobernadores, de incurrir en el enojo de Moctezuma y sufrir el castigo ejecutado en Quauhpopoca.

Hernan Cortés dió el cargo vacante á un individuo llamado Alonso de Grado, hombre de muy buena presencia, de agradable conversacion, de buenas maneras y de vasta instruccion. Alonso de Grado habia sido uno de los que siempre se mostró contrario á la marcha á la capital de Méjico y opinado por la vuelta á la Villa-Rica. El general español, teniendo presente esta circunstancia, le dijo con gracia y con un aire agradable que revelaba su aprecio: «Al fin veis cumplidos vuestros ardientes deseos de volver á la Villa-Rica: cuidad de su fortaleza, y no os metais en ir á dar guerra á territorio enemigo, y os maten como á Juan de Escalante.»

Estas últimas palabras las dijo Cortés haciendo un gracioso guiño de inteligencia á los que se hallaban presentes, pues todos sabian que no era el estruendo de las armas el que mas seducia al galante caballero. (1)

(1) «Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro capitan Cortés, porque no fuésemos á Méjico y nos volviésemos á la Villa-Rica... y si como era hombre de buenas gracias, fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto,» y como Cortés era gracioso en lo que decia, le dijo: «Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que ireis ahora á

Pero contra lo que generalmente acontecia, Cortés se equivocó en la eleccion.

La conducta observada por Alonso de Grado, al tomar posesion de su cargo, fué poco ceñida á la recta justicia; y Hernan Cortés se vió bien pronto obligado á destituirle, para obsequiar los deseos del vecindario de Veracruz que se quejó de sus exacciones y desaciertos. El caudillo español hizo que le condujesen preso á Méjico para castigar sus demasías. Cuando se presentó ante el general, le reprendió éste severamente por su mal comportamiento, y le puso en una prision, donde permaneció por algunos dias.

Envió, para que le sucediera en el mando, á Gonzalo de Sandoval, jóven y esforzado caballero que se habia distinguido por su arrojo y sagacidad. Tenia veintidos años; era de buena estatura, de gallardo cuerpo y de musculatura atlética; de ancha espalda, y de elevado y robusto pecho. Su rostro era expresivo y varonil; rosado el cutis; de barba y cabello castaños, suavemente rizados; mas amante de las armas que de las letras; franco; leal; sin ambicion de oro, ni de riqueza; modesto en el vestir; frugal, afable, excelente militar, y cuidadoso de que nada faltase á sus soldados. Gonzalo de Sandoval era, por sus bellas cualidades, apreciado del ejército entero; desde el general hasta el último de los soldados. (1)

la Villa-Rica, como lo deseábades, y entendereis en la fortaleza; y mirad que no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten; y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallábamos y sintiésemos á que fin lo decia.»—Bernal Diaz del Castillo.

(1) Bernal Diaz que le conoció, como á todos los capitanes y soldados de Cortés, hace el siguiente retrato de él: «Su estatura muy bien proporcionada y

La eleccion no podia haber sido mas acertada.

Hernan Cortés necesitaba tener en aquel importante punto, un hombre leal que se hiciese amar de los nativos, como Juan de Escalante; que procurase el bienestar de la corta guarnicion; y que obrase como cumplido caballero en caso de que apareciese por la costa alguna escuadra perteneciente al gobernador de Cuba.

Este último pensamiento le tenia siempre inquieto.

Conocia á Diego Velazquez, y temia sus manejos.

Gonzalo de Sandoval partió para la Villa-Rica, instruido en lo que debia hacer.

Hernan Cortés le encargó que le enviase dos herreros con algun fierro sacado de las naves echadas á pique, jarcias, velas, pez y cuanto suele emplearse en la construccion de los buques.

Aunque reinaba la mejor armonía entre mejicanos y españoles, y Moctezuma se mostraba cada dia mas obsequioso y deferente, el general castellano, previsor y cuidadoso, se habia propuesto poder transportar sus fuerzas, en caso necesario, por en medio de la laguna, sin necesidad de las calzadas.

de razonable cuerpo y membrudo: el pecho alto y ancho, y asimismo tenia la espalda, y de las piernas algo estevado; el rostro tiraba algo á robusto, y la barba y el cabello que se usaba, algo crespo y acastañado, y la voz no la tenia muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabia letras, sino á las buenas llamas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente hacer sus cosas como buen capitan esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva-España, siempre tenia cuenta de mirar por los soldados que le parecia que lo hacian bien, y les favorecia y ayudaba; no era hombre que traia ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado.»

Para alcanzar su objeto, ideó construir dos barcos pequeños, para lo cual necesitaba los objetos que habia encargado á Gonzalo de Sandoval.

La conducta observada por Hernan Cortés con Moctezuma era altamente respetuosa, delicada y atenta. Varias veces volvió á repetirle que podia dejar los cuarteles españoles y trasladarse á su palacio. El emperador mejicano, ya fuese porque sus parientes y nobles no le comprometiesen á declarar la guerra á los extranjeros, como él decia; ya porque se imaginase que la oferta solo fuese un fino cumplimiento, jamás quiso admitir, manifestando que era su deseo permanecer allí. (1)

Contento el caudillo español de la resolucion del monarca azteca, en permanecer en los cuarteles, procuraba proporcionarle todo lo que pudiera causarle solaz y satisfaccion. Diariamente iba Cortés, acompañado generalmente de Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz, á visitarle, para informarse si tenia algo que ordenarles y servirle inmediatamente.

Moctezuma desempeñaba todos los negocios de su go-

(1) «E fué tanto el buen tratamiento que yo le hice, y el contentamiento que de mí tenia, que algunas veces y muchas le acometí con su libertad, rogándole que fuese á su casa, y me dijo todas las veces que se lo decia, que él estaba bien allí y que no queria irse, porque allí no le faltaba cosa de lo que él queria, como si en su casa estuviese; é podria ser que yéndose y habiendo lugar que los señores de la tierra, sus vasallos, le importunasen ó le induciesen á que hiciese alguna cosa contra su voluntad, que fuese deservicio de Vuestra Alteza; y que él tenia propuesto de servir á Vuestra Majestad en todo lo á él posible; y que hasta tanto tuviese informados de lo que queria hacer, que él estaba bien allí.»—Cortés. Segunda carta á Cárlos V.

bierno, lo mismo que si se hallase en su propio palacio. La vida que hacia, en nada diferia de la que hasta entonces tuvo costumbre de hacer. Daba audiencia, á las horas acostumbradas, á los vasallos que tenian algun negocio importante. Recibia á los embajadores de las diversas naciones; enviaba sus instrucciones á los gobernadores; le informaban del pago de los tributos de las diversas provincias del imperio; y tenia un número considerable de nobles en las piezas contiguas á la sala del consejo, dispuestos á recibir sus órdenes. Terminados los negocios de Estado, Moctezuma se entretenia en ver á los soldados españoles hacer algunos simulacros en los anchos patios, y maniobrar á la caballería. Algunas veces jugaba con Hernan Cortés á uno de los juegos aztecas, que los castellanos habian aprendido. Se llamaba el *totoloque,* y pertenecia á los pasatiempos de la aristocracia. Se jugaba con bolitas de oro, que se tiraban de lejos, á unos rodelitos del mismo metal, que servian de blanco. La apuesta consistia en ligeras alhajas de oro. Cuando ganaba Moctezuma, repartia lo ganado entre los soldados españoles. Cuando la suerte favorecia á Cortés, éste las regalaba á los mejicanos que acompañaban al monarca.

El soberano azteca parecia complacerse con la compañía de los españoles. Habia pedido al general castellano que le cediese, para que le sirviera, á un paje suyo llamado Orteguilla, que hablaba algo ya el idioma mejicano, y por medio de éste, se informaba de la condicion, rango y cualidades de cada uno. El paje era un jóven de claro ingenio, que apreciaba con todas veras á Moctezuma, y que se complacia en servirle. De esta manera, el soberano de Mé-

jico llegó bien pronto á conocer á la mayor parte de los que formaban el ejército. Afable y bondadoso con todos, no habia oficial ni soldado que no le respetase y quisiese. Velazquez de Leon, capitan de su guardia, el mismo que pronunció las palabras de impaciencia en los momentos de prenderle, era uno de los que mas notables se hacian por la afabilidad y deferencia que le mostraban. Moctezuma, que sabia apreciar las buenas cualidades de los hombres, le distinguia con su amistad, y pasaba largos ratos de agradable conversacion con él. Tambien manifestaba particular predileccion por Pedro de Alvarado, á quien por el color rúbio de su pelo y barba, le llamaban, como tengo ya dicho, *Tonatuch*, esto es, «el sol,» y cuyos francos modales y agradable presencia cautivaban.

La benevolencia hácia los españoles se manifestó marcadamente, al darles por alojamiento el palacio de su padre Axayacatl, donde tenia sus teroros. Deseando que nada faltase á la comodidad de ellos, dió á cada uno, varios criados de ambos sexos para que les hiciesen el pan, la comida y les sirviesen en lo que fuese necesario. Conociendo Hernan Cortés que el sostenimiento de aquel número de sirvientes debia ser gravoso á Moctezuma, hizo que disminuyera notablemente. El emperador azteca no admitió la economía: reconvino con dulce afabilidad por ella á Cortés, y le obligó á que volviese á admitirlos, diciéndole, que así anhelaba manifestar á sus amigos, el distinguido aprecio que les tenia. No seria digno de la magnificencia real, añadió, una economía que le privase de la satisfaccion que esperimentaba en proporcionar á los nobles extranjeros, las comodidades que podia.

Moctezuma, que tenia por devocion visitar en determinadas épocas, el gran templo del dios Huitzilopochtli, pidió permiso á Cortés para verificarlo. El general castellano le contestó que era un exceso de atencion solicitar como favor, lo que le correspondia de derecho. Le habia dicho que podia dejar los cuarteles españoles y volverse á su palacio. Por lo mismo, dueño era de obrar segun su voluntad soberana. «Lo que os suplico es, que no sacrifiqueis víctimas humanas á vuestros dioses.» Moctezuma ofreció complacerle, y dispuso su visita al *teocalli*.

Era la vez primera que se presentaba á su pueblo desde su permanencia en los cuarteles españoles. Sentado en sus ricas andas, precedido de los tres personajes que, siempre que salia, llevaban en alto varas de oro, como insignias de la majestad real, y acompañado de toda la nobleza, se dirigió al templo. En calidad de guardia de honor y de respeto, pero en realidad para asegurar su regreso, marchaba una escolta de ciento cincuenta soldados españoles, y los capitanes Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Alonso de Avila y Francisco de Lugo. (1)

(1) Prescott dice que al darle la licencia, le amenazó con que «si intentaba escaparse pagaria con la vida.» No es verosimil que Cortés le dirigiese esta amenaza, cuando le habia dicho anteriormente y repetidas veces, que era libre para volver á su palacio. Ni habia necesidad de hacérsela, cuando bastaba la escolta que enviaba como guardia de honor. Cierto es que Bernal Diaz refiere lo mismo; pero debe creerse que lo dedujo de ver la escolta que le acompañaba. A la política de Cortés le convenia que se presentase en público, para que el pueblo viese que no se ejercia cohibicion sobre el monarca; y no menos le interesaba que éste se juzgase con libertad al salir á la calle, cuando estaba persuadido de que no dejaria de volver á los cuarteles, ignorando las órdenes que tenia la escolta.

El pueblo prorumpió en gritos de entusiasmo al ver salir á su soberano. Moctezuma se conmovió con las demostraciones de cariño de sus vasallos.

Las calles se veian llenas de gente, ansiosa de manifestar su adhesion y respeto al monarca, y se prosternaba á su paso. La alegría era intensa. Nadie dudaba ya de que su permanencia en los cuarteles españoles era voluntaria; permanencia aceptada por consejo del dios Huitzilopochtli, á quien se dirigia en aquellos instantes á venerar. El resentimiento contra los castellanos cambió en aprecio; y la escolta fué mirada con afecto de simpatía, como dispuesta para honrar al rey.

En medio del entusiasmo de la multitud, que se agolpaba á los sitios por donde tenia que cruzar el soberano, los nobles que llevaban las insignias reales, se detuvieron. Los que conducian las andas hicieron alto, y Moctezuma descendió de las andas. El templo mayor se hallaba ya cerca, y el respeto á los dioses exigia que el espacio que faltaba se anduviese á pié. Moctezuma, apoyado en el brazo de dos altos personajes y bajo de un pálio de plumas verdes, que conducian cuatro nobles, y marchando sobre blandos tapetes de algodon, que tendian en el suelo, entró en el gran *teocalli,* levantado al númen de la guerra junto á la magnífica plaza de Tlatelolco. (1)

(1) Aquí se presenta otra prueba de que el gran templo de Huitzilopochtli no estaba donde existe la catedral católica. Si así hubiera sido, Moctezuma hubiera marchado á pié, puesto que la puerta del *teocalli,* allí situado, distaba unos cuantos pasos. Pero que el templo se encontraba á bastante distancia, se ve por las siguientes palabras de Bernal Diaz, que fué uno de los que formaban

ó cinco oficiales, manifestando así el afecto que profesaba á los españoles. Muchas veces, sus excursiones se extendian hasta dos leguas fuera de la capital, volviendo luego á los cuarteles, altamente contento y satisfecho. Generoso y amable, en cada uno de esos agradables paseos, se complacia en hacer ricos presentes de telas y joyas, así á los castellanos que le acompañaban, como á sus leales vasallos. (1)

Entre tanto, habian llegado de la Villa-Rica, los materiales encargados á Gonzalo de Sandoval, para la construccion de los dos barcos. Hernan Cortés, para construirlos sin dar á entender que era una medida precautoria, excitó en Moctezuma el deseo de conocer la forma de los barcos maravillosos en que habian cruzado los mares. Eran desconocidas las velas en las canoas mejicanas, y tenia curiosidad de ver cómo se movian en todas direcciones, sin necesidad de remos, como aves marinas, extendiendo sus blancas alas. Pedido el permiso por el general español y concedido por el monarca azteca, se puso inmediatamente en ejecucion el pensamiento. Moctezuma envió la gente

(1) «Y muchas veces me pidió licencia para ir á holgar, y pasar tiempo á ciertas casas de placer que él tenia, así fuera de la ciudad como dentro, y ninguna vez se la negué. E fué muchas veces á holgar con cinco ó seis españoles, á una y dos leguas fuera de la ciudad, y volvia siempre muy alegre y contento al aposento donde yo le tenia. E siempre que salia hacia muchas mercedes de joyas y ropa, así á los españoles que con él iban, como á sus naturales, de los cuales siempre iba tan acompañado, que cuando menos con él iban, pasaban de tres mil hombres, que los mas dellos eran señores y personas principales.» —Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

necesaria para que cortase la madera en los reales bosques; y la obra se puso bajo la direccion de dos soldados llamados Martin Lopez y Alonso Nuñez, experimentados constructores de navíos. El monarca azteca facilitó los carpinteros que eran precisos, y pronto las ligeras embarcaciones se vieron terminadas.

Deseoso Moctezuma de navegar en ellas, para poder apreciar las ventajas de la ciencia náutica de los extranjeros, dijo á Hernan Cortes que anhelaba ir á cazar á unas posesiones que tenia á orillas de la laguna. El general español le ofreció sus bergantines, que fueron aceptados inmediatamente por el monarca azteca.

Todo se dispuso para el estreno. El soberano de Méjico dió órdenes para que se preparasen tambien las mejores canoas; y pocas horas despues se dirigia en sus ricas andas, acompañado de un numeroso séquito, hácia el sitio del embarque.

La vista de los dos bergantines era una novedad. Aunque pequeños, como construidos para una laguna escasa de agua en sus orillas, eran airosos y bien hechos. Los mástiles y las jarcias eran proporcionados á las reducidas proporciones de los buques; y un toldo de bellos colores adornaba la cubierta. Sobre el castillo de popa flotaba la bandera de Castilla, con las armas imperiales; y en el remate de los mástiles, vistosas banderolas. Expertos marinos, enviados de la Villa-Rica por Sandoval, se hallaban á bordo para gobernar el timon y hacer las maniobras necesarias.

Al lado de los bergantines se veian centenares de pintorescas canoas dispuestas á partir con ellos. Gran número

de noblès, que debian acompañar al monarca en su cacería, se hallaban á bordo de las embarcaciones indias, ostentando ricos y vistosos trajes. Los remeros mas diestros se habian escogido, con objeto de dejar atrás á los bajeles extranjeros que juzgaban torpes y pesados. Moctezuma entró en uno de los bajeles con lo principal de la nobleza azteca, y con los capitanes españoles Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. En el otro iban un hijo de Moctezuma y muchos distinguidos caciques. Cada uno de los pequeños bergantines montaba dos cañones del calibre de dos libras y media, notables en aquella época en que la artillería se encontraba en mantillas. Una fuerza respetable de soldados castellanos marchaba en ambas embarcaciones.

En el momento de embarcarse, empezó á soplar una fresca y favorable brisa. Los marineros tendieron las velas, y los bajeles emprendieron su majestuosa marcha sobre el lago, deslizándose rápidamente como blancos cisnes tendidas las nevadas alas, dejando atrás á las numerosas canoas, cuyos remeros hacian inútiles esfuerzos para alcanzarles.

Los mejicanos que estaban en la orilla, miraban, sorprendidos, alejarse rápida y suavemente aquel que á sus ojos se presentaba como un fantasma viviente, que recorria á su albedrío y sin impulso del hombre, el líquido elemento.

Moctezuma miraba á lo lejos las canoas en que le seguia parte de su nobleza, y ponderaba las ventajas de las velas y del timon sobre los remos.

Notable era el placer que sentia al cruzar la laguna

con la rapidez y suavidad que excedia á lo que su imaginacion habia concebido.

Cruzada la laguna, el monarca mejicano saltó á tierra, y se dirigió á uno de los bosques inmediatos, pertenecientes á la corona, para entretenerse en la caza. Toda la nobleza y algunos capitanes españoles le acompañaron. El resto esperó su vuelta en los buques.

Los reales bosques abundaban en venados, liebres, conejos y vistosos pájaros de brillante plumaje. Moctezuma era diestro tirador, y logró matar, con sus certeras flechas, muchas liebres y venados, y no pocas aves y conejos con su lujosa cerbatana. (1)

Terminada la caza, volvió á embarcarse en el mismo bergantin en que habia marchado, manifestándose alegre y contento.

Al llegar á la ciudad, Pedro de Alvarado, Velazquez de Leon y los demás capitanes, deseando complacerle, mandaron disparar las piezas de artillería, haciendo un solemne saludo. Moctezuma les agradeció el afan que manifestaban en agradarle, y se mostró altamente satisfecho.

Su noble carácter, su afable trato y su liberalidad, hacian que le amasen todos los españoles. (2)

(1) Generalmente tiraba con cerbatana á las aves y á los conejos. «La caza á que Moctezuma iba por la laguna, era á tirar á pájaros y á conejos, con cerbatana, de la cual era diestro.»—Herrera, Hist. general.

(2) «Mandó Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes que disparasen el artillería de que se holgó mucho Montezuma, que como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los Reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo.»—Bernal Diaz del Castillo.

Mientras el emperador azteca vagaba contento por entre los espesos bosques en pos del ligero ciervo y de la asustadiza liebre, procurando obsequiar á los extranjeros que le acompañaban, otro monarca de una nacion vecina, meditaba el plan de arrojarlos del valle para siempre. Era el jóven Cacamatzin, rey de Texcoco, sobrino de Moctezuma. En las conferencias celebradas cuando se trató de recibir ó no á Hernan Cortés, opinó siempre porque se admitiese la embajada, diciendo que le sobraba poder á la nacion para hacerla salir, si algo se exigia contrario á la dignidad del soberano. Fué el mismo príncipe que el emperador azteca envió de embajador á Cortés, cuando el ejército castellano entró en el valle. En su concepto, las pretensiones del caudillo extranjero eran inadmisibles: el poder que ejercia, contrario á la dignidad del imperio azteca. El momento de apelar á las armas para combatirle habia llegado.

Ya he dicho en otra parte de esta historia, que el derecho á la corona del reino de Acolhuacan habia sido disputado entre los dos príncipes hermanos, Ixtlilxochitl y Cacamatzin. La guerra civil terminó con un convenio que concedia, al primero, el gobierno de los pueblos situados en la parte montuosa; y dejando al segundo la capital y la parte plana, que era mas poblada.

Moctezuma habia favorecido á Cacamatzin en aquella lucha; y éste, como sobrino y como aliado, se manifestó siempre fiel al emperador azteca.

Aunque mermado el poder de Cacamatzin por la division del reino celebrada con su hermano Ixtlilxochitl, no por esto dejaba de ser aun bastante considerable. La ciu-

dad de Texcoco era una de las mas importantes del valle, y las villas y aldeas á ella próximas, eran de las mas pobladas del Anáhuac. El rey poeta Nezahualcoyotl, monarca notable por su amor á las ciencias, no menos que por su talento y buen gobierno, la habia colocado á una altura de civilizacion, cultura y belleza, que le daban el lugar preeminente entre las demás capitales. Sus edificios eran verdaderamente notables. Uno de sus palacios, denominado Hucitecpan, ó gran palacio, que sirvió de morada á la familia de aquel ilustre gobernante, hubiera bastado, por sí solo, para dar una excelente idea del esplendor de la corona. Era un conjunto de soberbios edificios reunidos, donde, además de las magníficas y espaciosas habitaciones de la familia real, se encontraban todas las oficinas públicas. Media de Oriente á Occidente, mil doscientas treinta y cuatro varas; y de Norte á Sur, novecientas setenta y ocho. No eran menos notables los demás palacios pertenecientes á la corona, con los cuales se hallaban en relacion los de los nobles y la grandeza. Entre los bellos jardines de recreo que poseia la corona, llamaba la atencion el que se conocia con el nombre de Texcotzinco. Era mas bien un bosque-jardin, con profundas albercas, espaciosos estanques, baños, fuentes, arroyos, sitios de cacería, grutas, colinas, cascadas y flores. (1)

Mucho habia perdido Texcoco, sino de su belleza, sí de su poder, en los últimos años; pero, sin embargo, el número de gente que tenia y la posicion ventajosa que guar-

(1) La descripcion de Texcoco se encuentra en el primer tomo de esta obra desde la página 343 hasta la 352.

daba, la hacian respetable. No bajaban de ciento veinte mil habitantes los que contenia la capital solamente, ni de treinta mil los que reunian las tres poblaciones juntas de Huexotla, Coatlichan y Atenco, que podian considerarse como tres notables suburbios de ella. (1)

El jóven monarca texcocano, indignado de la conducta humillante de su tio y anhelando vengar los ultrajes hechos á la persona real, convocó á los principales nobles y magnates de su corte, y les representó el estado lamentable que guardaba Méjico. Pintó al monarca supeditado á la voluntad de los españoles; expuestos á los gobernadores á sufrir la afrentosa muerte de Quauhpopoca; y á los dioses recibiendo continuas ofensas que no podian ser toleradas por mas tiempo. Dijo que habia llegado el momento de vengar los ultrajes inferidos por un puñado de osados extranjeros, y de combatir por la religion, por la patria y por la libertad.

Su breve, pero enérgico discurso, fué apoyado por la mayoría; pero personas muy respetables del consejo opinaron porque no se tomase una determinacion violenta. El voto general se declaró por la lucha, y el guerrero monarca ordenó que se hiciesen todos los preparativos para ella, con el mayor secreto. Resuelto á arrojar del valle á los españoles, invitó á entrar en la lucha al señor de Iztapalapan, her-

(1) Hernan Cortés, como he dicho en el primer tomo, dice que Texcoco seria como «de hasta treinta mil vecinos;» pero se ve que incluia en ese número á los habitantes de las tres expresadas poblaciones, puesto que en su segunda carta á Cárlos V, asegura que no habia mas que otras dos ciudades próximas á Texcoco, «la una á tres leguas, que se llama Acuruman (Acolman), y la otra á seis leguas, que se dice Otumpa, (Otumba).»

mano de Moctezuma, que siempre se manifestó contrario á la recepcion de los españoles, al de Tlacopan y á otros varios que aceptaron gustosos la invitacion. Para asegurar el golpe y alcanzar un triunfo completo sobre los extranjeros, trató de que los nobles aztecas tomasen una parte activa en las hostilidades; pero los mejicanos que si eran valientes, eran tambien respetuosos con su monarca, manifestaron que no darian paso ninguno sin la aprobacion del soberano. Cacamatzin les echó en cara su falta de resolucion, y se propuso llevar adelante la empresa, con los recursos que tenia. (1) Pero además del profundo respeto que indudablemente consagraban al monarca los valientes aztecas, existia otro motivo para que no se colocaran del lado de Cacamatzin. Temian, que mas que el celo por la honra del rey su tio, le llevase la ambicion de su corona, á la cual se juzgaba con derecho.

Los aprestos para marchar á sitiar á los españoles en sus propios cuarteles, se hacian con actividad y sigilo. Pero á pesar de la reserva, la noticia llegó bien pronto á oidos de Cortés. La nueva era alarmante; y el caudillo español, aunque sabia que los mejicanos se habian negado á tomar

(1) «Cacama reprendió ásperamente á la nobleza mejicana, porque consentia hacer semejantes desacatos á cuatro extranjeros y que no los mataban; se excusaban con decir les iban á la mano y no les consentian tomar las armas para libertarlo, y tomar sobre sí una tan gran deshonra como era la que los extranjeros les habian hecho en prender á su señor, y quemar á Quauhpopocatzin, los demás, sus hijos y deudos sin culpa, con las armas y municion que tenian para la defensa y guarda de la ciudad, y de su autoridad tomar por sí los tesoros del rey y de los dioses, y otras libertades y desvergüenzas que cada dia pasaban, y aunque todo esto veian lo disimulaban por no enojar á Motecuhzoma que tan amigo y casado estaba con ellos.»—Ixtlilxochitl, Hist. chich.

parte en el movimiento por no desobedecer las órdenes de su monarca, se previno, aunque sin darse por entendido de lo que pasaba. Pronto tuvo aviso Moctezuma del proyecto del rey de Texcoco; y bien informado de los pormenores por varios señores de pueblos que no quisieron tomar parte en la liga, puso en conocimiento del jefe castellano la actitud hostil de su sobrino. Hernan Cortés se convenció entonces de la sinceridad de las promesas de Moctezuma. Le dió las gracias, y conferenció con él, respecto de los medios que se debian emplear para que Cacamatzin desistiese de su intento. El caudillo español que siempre habia encontrado felices resultados en las empresas temerarias, resolvió marchar inmediatamente sobre Texcoco, atacando á su rey en su misma corte. Un golpe decisivo y pronto le daria la victoria, y la chispa de la guerra encendida por el monarca texcocano, quedaria apagada sin que pudiese comunicar el fuego á otros estados. Para que la nacion se convenciera de que el emperador azteca reprobaba la actitud hostil contra los españoles, solicitó de Moctezuma algunas tropas mejicanas que le acompañasen. El soberano de Méjico le disuadió de la determinacion, manifestándole las grandes dificultades de tomar por asalto la plaza; los numerosos y aguerridos ejércitos de que podia disponer, y el valor personal de Cacamatzin que no cederia sino despues de una lucha sangrienta. Hernan Cortés determinó entonces enviarle una embajada. Le recordaba la amistad contraida cuando fué enviado por su tio Moctezuma para darle la bienvenida. Le pintaba los males que podia llevar sobre su pueblo, provocando una guerra contra los que en nada le ofendian, pero que podrian destruir-

le si les provocaba al combate. Se esforzó en hacerle ver que nada era mas conveniente que mantener una correspondencia amistosa con el monarca de Castilla, y terminaba aconsejándole que no alterase la paz.

Una contestacion altiva fué la que recibió el caudillo español, del valiente rey de Texcoco. Cortés reprimió su enojo, y volvió á enviarle otro mensaje de paz, procurando evitar un rompimiento. Cacamatzin, resuelto á la guerra, contestó en tono mas arrogante, á las proposiciones del jefe castellano. Dijo que no reconocia la autoridad del soberano de Castilla, á quien no conocia, de quien jamás habia oido hablar hasta entonces, y á quien no queria conocer: que no podia tener por amigos á los que llegaban como señores, castigaban el patriotismo de elevados personajes, ultrajaban la dignidad real de su pariente y eran enemigos de sus dioses y de su religion.

Hernan Cortés, dispuesto á tocar todos los medios de conciliacion antes de apelar á las armas, suplicó á Moctezuma, que interpusiese su influencia y parentesco para evitar la lucha. (1) Con gusto tomó á su cargo el monarca azteca la comision. Envió á personas altamente respetables para que viesen al soberano de Texcoco. Por medio de ellas, le suplicaba que pasase á Méjico, donde le prometia arreglar honrosamente sus diferencias con los españoles.

(1) El apreciable historiador Clavijero dice que Cortés, «para empeñar á Moctezuma en aquel negocio, fingió sospechar de él que tuviese algun influjo en los proyectos hostiles de su sobrino.» Pero no consta esto ni por Cortés ni por Bernal Diaz. Todo lo contrario. El último dice: «Nuestro capitan rogó á Montezuma, pues era tan gran señor, y dentro de Texcoco tenia grandes caciques y parientes, etc.»

Cacamatzin creia ver en la intervencion de su tio una nueva degradacion indigna de un soberano; se imaginó que la mano de Cortés habia tenido influencia en aquel mensaje; y llenándose de indignacion al ver á su tio tratando de detener el brazo levantado para herir á los que le humillaban, le contestó con breves y enérgicas expresiones. Le dijo que si hubiera quedado en su corazon algun sentimiento de honor, se avergonzaria de interceder por los que le habian humillado y le tenian preso; pero que toda vez que se habia extinguido en él la llama santa del patriotismo, el celo por la religion ultrajada por los extranjeros, y envilecia con su vergonzosa cobardía la gloria conquistada por sus antepasados, él se proponia salvar el lustre de su familia, defender la religion, vengar á sus dioses y volver la libertad á la patria oprimida. El intrépido jóven terminaba diciendo: «que iria, sí, á la capital de Méjico; pero que marcharia, no con las manos cruzadas sobre el pecho, sino con el brazo levantado y empuñando la espada, para arrojar á los osados extranjeros del suelo del Anáhuac, y lavar con su sangre la mancha arrojada sobre el país entero.» (1)

Hernan Cortés se manifestó indignado con la altanera respuesta del rey de Texcoco, y se propuso marchar á combatirle. Moctezuma, que temia ser la víctima si llegaba á

(1) «Y que para reparar la religion, y restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iria de muy buena gana, mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habian hecho á la nacion de Colhúa.»—Gomara, Crónica.

estallar la tempestad, se propuso conjurarla con su astuta política. Dijo á Cortés que le dejase obrar; que él tenia al lado del soberano de Texcoco, individuos de elevada categoría á su servicio. (1) Por medio de ellos creia fácil atraer á su partido á una gran parte de la gente de Cacamatzin, prenderle y conducirle preso á la capital, desbaratando la conjuracion sin derramamiento de sangre.

Moctezuma puso inmediatamente en juego los resortes de su política, para alcanzar el objeto que se habia propuesto.

Ponderó á los oficiales mejicanos, que se hallaban al servicio del rey de Texcoco, la necesidad de apoderarse de él para evitar graves males á la nacion. Les dijo que un sentimiento de bastarda ambicion era el móvil único que reconocia el grito de guerra contra los españoles, que eran sus amigos, y les dió las instrucciones necesarias para lograr fácilmente su aprehension.

Todo se verificó de la manera anhelada por el monarca azteca. Solicitaron algunos caciques principales una entrevista con el rey de Texcoco, para tratar de los asuntos de la guerra contra los extranjeros. El monarca residia entonces en un palacio de recreo que tenia á orillas de la laguna, y les citó para él. Se hallaba la casa de recreo, á poca distancia de la capital, y como la mayor parte de los

(1) «Que él tenia en su tierra del dicho Cacamazin muchas personas principales que vivian con él y les daba su salario; que él fablaria con ellos para que atrajesen alguna de la gente del dicho Cacamazin á sí, y que traida y estando seguros, aquellos favorecerian nuestro partido, y se podria prender seguramente.» Seg. Carta de Cortés á Cárlos V.

edificios principales, se elevaba sobre el lago, corriendo un ancho canal por debajo, permitiendo el paso á las canoas.

Cuando Cacamatzin se presentó en la sala para celebrar la conferencia, se vió sujetado por sus oficiales, conducido á una canoa dispuesta al efecto, y conducido á Méjico sin que nadie de sus partidarios se apercibiese de la prision del rey.

Cuando saltó en tierra, le presentaron unas ricas andas, como correspondia á los soberanos, y con el respeto y consideraciones debidas á su elevado carácter, fué llevado á la presencia de Moctezuma. No se abatió el jóven monarca al verse ante la presencia del soberano azteca. Por el contrario; teniendo la accion que acababa de cometer como la mas indigna de un rey y de un pariente, le echó en cara su conducta pasada, y le afeó su pusilanimidad y su cobardía. Moctezuma á su vez, le acusó de ambicioso; le dijo que su pretendido patriotismo, no habia sido mas que un pretesto para que le proclamasen rey de Méjico. Terminadas estas palabras, mandó que le condujesen á la presencia de Cortés, poniéndole á su disposicion. El jefe castellano, atendiendo mas al resultado que pudiera dar la pena que le impusiese, que á la categoría del personaje, mandó reducirlo á prision y ponerle grillos. Hernan Cortés se creyó relevado de guardar con el distinguido preso las consideraciones debidas á un monarca, pues sabia que á él le habia reservado conducirle á la piedra del sacrificio en caso de vencerle. Bajo este punto de vista creo que se debe ver el acto de Cortés mandando poner grillos á Cacamatzin. Los que han apreciado de otra manera el hecho,

no han tenido presente la pena que le tenia destinada su valiente contrario.

La prision del jóven monarca de Texcoco, destruyó la terrible tormenta preparada contra el ejército español, y libró á Moctezuma del temor que le habia asaltado de que le usurpasen la corona.

Deseando el monarca azteca colocar sobre el trono de Acolhuacan un hombre que le fuese deudor del cetro que empuñara, para contar con su fidelidad, eligió á uno que le habia manifestado siempre la mas cordial adhesion. Era un sobrino suyo, el príncipe Cuicuitzca, hermano menor del monarca Texcocano. Hacia algun tiempo que, para esquivar el castigo que este queria imponerle por asuntos de familia, habia huido de Texcoco, refugiándose en la capital de Méjico. Moctezuma, interesado por la suerte de su jóven sobrino, le amparó en su palacio, quedando así bajo su proteccion.

Tomada su resolucion, manifestó á Cortés su pensamiento, y la corona fué destinada al jóven Cuicuitzca.

Mas derecho tenian á la corona los príncipes Ixtlilxochitl y Caonaco, hermanos ambos del rey de Texcoco. Pero Ixtlilxochitl, que gobernaba la parte montuosa del reino de Acolhuacan, era enemigo de Moctezuma y se habia manifestado amigo de los españoles. Dándole mayor poder, temia que se coligase con los últimos y le derrocasen del trono.

El nombramiento de Cuicuitzca le libraba de todo temor. Le era deudor de la vida, y siéndolo tambien del trono, tendria en él un fiel aliado, dispuesto siempre á corresponder á los favores que le debia.

La influencia que el monarca azteca ejercia con la nobleza texcocana, allanó las dificultades para la eleccion. Cierto es que Ixtlilxochitl y Coanaco tenian mas legítimos derechos al trono; pero los nobles eligieron al candidato de Moctezuma. El nuevo rey, acompañado de los grandes de su reino, marchó á Texcoco, donde fué recibido con entusiastas aclamaciones, arcos de triunfo, bailes y música.

Solo le faltaba á Cortés apoderarse de los demás jefes que se habian coligado con Cacamatzin. Nada era ya mas fácil. La autoridad de Moctezuma era acatada en todas partes, y sus órdenes cumplidas inmediatamente. El emperador azteca, de acuerdo con el general castellano, mandó que condujesen presos á la capital, al rey de Tlacopan y á los señores de Iztapalapan y de Coyohuacan, que eran los que habian abrazado el plan de Cacamatzin.

La órden fué obedecida, y los personajes conducidos á la presencia del rey de Méjico. Poco despues fueron encerrados en la prision destinada á los nobles.

Así acabó el plan de guerra proyectado por el valiente Cacamatzin.

Cortés se hallaba libre de todos sus contrarios. Los tenia en su poder. Los señores mas poderosos se hallaban aherrojados. El mismo monarca de Texcoco era su fiel aliado; y el poderoso emperador azteca, no era mas que un dócil instrumento de su voluntad.

La conducta observada por Moctezuma con el noble Cacamatzin, no fué digna de un monarca; fué vergonzosa. No disculpa sus actos el creer que promovia la lucha contra los españoles, con el siniestro fin de que los mejicanos

le proclamasen rey. El monarca azteca contaba con la fidelidad de sus vasallos: sabia que á la invitacion del rey texcocano, habian respondido, protestando no obrar jamás sin órden expresa de su soberano. El hombre que fué obedecido por los mismos servidores del rey de Texcoco para prenderle, mal podia temer que le despojasen de la corona para colocarla en las sienes de otro monarca.

Si declarándose su contrario porque se disponia á ofender á los españoles, que él habia recibido como amigos, hubiera marchado á combatirle como anhelaba Cortés, nadie tendria derecho para acusarle por su conducta; pero recurrir al soborno de sus vasallos cuando la guerra no se dirigia contra él, fué un acto reprobable.

Cacamatzin era monarca de una nacion independiente, sobre la cual no ejercian dominio ninguno los soberanos aztecas. Era, por lo mismo, libre para poner en estado de defensa su patria contra cualquiera invasion extraña. Moctezuma carecia, por lo mismo, de todo derecho para despojarle de la corona. La acusacion de rebelde, carecia de fundamento; pues ni era feudatario de la corona de Méjico, ni se habia declarado vasallo del rey de España.

Cortés, aprovechándose de la conducta irregular de Moctezuma para destruir á sus contrarios, obró en el círculo que le correspondia. Moctezuma, valiéndose de la supercheria y del dolo para entregarle atado su enemigo, se apartó de la pauta de la justicia, del deber y del honor. (1)

(1) Solís presenta el asunto referente á la prision de Cacamatzin, de una manera que no está de acuerdo con la verdad histórica. Le pinta como conspi-

El rasgo de patriotismo de Cacamatzin, ha sido mal interpretado por la mayor parte de los historiadores. Se le ha presentado como rey orgulloso y cruel, odiado de sus vasallos, ambicioso y desleal. (1)

No existe ni un ligero rasgo de semejanza entre ese retrato y el que presenta la historia antes de los acontecimientos que causaron su prision.

Hijo del rey Nezahualpilli, el Consejo, por unanimidad, le eligió monarca, en 1516, prefiriéndole á todos sus hermanos, por ver en él las distinguidas dotes que deben adornar al que se le confia la direccion de un reino. Sentado en el trono, cedió á su hermano Ixtlilxochitl, el gobierno de todos los pueblos de la montaña para evitar la guerra civil, dando así una prueba inequívoca de su amor

rador contra su soberano, poniendo en boca de Cortés este motivo para que Moctezuma diese la investidura y señorío de Texcoco á Cuicuitzca, «pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar habiendo conspirado contra su príncipe.» Luego agrega: «fué desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como rebelde á su príncipe.» Repito que no existió semejante rebelion. En el primer tomo de esta obra puede ver el lector los diversos gobiernos independientes que habia, y encontrará que los soberanos de Texcoco fueron siempre independientes. Llamar rebelde á un monarca, porque en virtud de su derecho se dispone á hacer la guerra á los que juzga enemigos de su patria, no es justo. El error del apreciable historiador debe nacer sin duda, de creer al rey de Texcoco feudatario de la corona de Méjico.

(1) Es sensible que sobre el nombre de un individuo se arroje una mancha, acogiendo sin exámen las acusaciones, y sin ver el punto de donde parten. Solís, para justificar su destronamiento, le pinta con los colores mas desfavorables. «Era, dice, mozo inconsiderado y bullicioso, y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los españoles con pretesto de poner en libertad á su rey... para esperar en la primera eleccion el imperio.» Ya he dicho que no era su rey Moctezuma. Cacamatzin era rey independiente, y como rey independiente no pesa sobre él la nota de rebelde que se le imputa.

á la patria y de su poca ambicion. Su carácter blando y el cariño que profesaba á su tio Moctezuma, fueron causa de que el astuto emperador mejicano, fingiendo proteccion y aprecio, y valiéndose de las estratagemas y de los pretestos, despojase á su aliado y sobrino, de algunas importantes poblaciones, debilitando así el poder de la nacion acolhua.

La historia, como se ve, le presenta con bellas dotes de gobierno; ageno de ambicion bastarda, y afectuoso y blando con su tio el emperador Moctezuma.

Al pintar el anterior retrato, no habia interés en los pintores, en hacerle aparecer con distintos rasgos y colorido que los que realmente le correspondian. Los parciales á Moctezuma, los que siendo desleales vasallos le aprisionaron, debe suponerse que tratarian de pintarle con las mas horribles tintas, para justificar la infamia cometida.

Prudente es desconfiar de la exactitud de ese retrato.

Yo veo en Cacamatzin una figura mas alta: mas noble.

Yo veo un rey cumpliendo con el primero y mas sagrado de los deberes de un soberano.

La defensa de la patria.

El sentimiento del patriotismo debe ser respetado en todo individuo, cualquiera que sea la raza y la nacionalidad á que pertenezca, la religion que profese, y el estado de cultura en que se halle el país en que ha nacido.

Cacamatzin obró como digno príncipe; como leal patricio.

Su llamamiento á su nacion y á los aliados á las armas, le enaltece. Su prision, es una mancha en la vida de Moctezuma.

CAPÍTULO VI.

Moctezuma jura vasallaje al rey de España.—Cortés se informa de la extension, riqueza y clima del país.—Envia á reconocer la costa á varios individuos: las producciones de cada provincia; sus rios y sus minas.—Todos los señores de las provincias envian su tributo para el rey de España.—Moctezuma da sus tesoros á Cortés, como obsequio al monarca castellano.—Suma á que ascendian los tesoros de Moctezuma.—Como se recogia el oro y la plata antes de la conquista.—Disgustos sobre el reparto del tesoro.—Lo que le tocó á cada soldado.—Algunos rehusan recibir su parte.—Cortés renuncia al quinto de la cantidad en favor de los soldados.—Cortés pide á Moctezuma que prohiba los sacrificios humanos, ó que arrojará los ídolos.—Respuesta de Moctezma.—Cortés consigue que se le permita colocar un altar en el *teocalli* principal.—Excitacion que produce en el país aquel hecho.—Moctezuma dice á Cortés que salga de la ciudad y del país, pues la nacion se prepara á hacerle la guerra.—Cortés pide que se le permita estar en tanto que construye tres bergantines.—Se le concede, y se le da gente para que los empiece inmediatamente.—Crítica posicion de Cortés.

Los últimos sucesos le hicieron comprender á Hernan Cortés, que Moctezuma subordinaria fácilmente su voluntad á sus deseos. Juzgó que su autoridad estaba suficientemente asegurada, y creyó que habia llegado el momento

de pedir al emperador azteca, el reconocimiento formal de la soberanía de los reyes de España. Moctezuma habia manifestado, espontáneamente, desde la primera entrevista, que estaba dispuesto á obedecer las disposiciones que dictase el monarca de Castilla; y sus actos posteriores confirmaron á Hernan Cortés en que cumpliria su promesa. El caudillo español se presentó á indicarle su deseo, que fué aceptado por el emperador de Méjico, sin que hiciese la menor objecion. Moctezuma convocó á la nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas. Todos los personajes llamados, acudieron prontamente á recibir las órdenes de su soberano. Reunidos en el salon de audiencia, Moctezuma envió un recado á Hernan Cortés, suplicándole que asistiese á donde se celebraba la junta. (1)

El caudillo español, acompañado de varios oficiales y

(1) Solís dice que fué Moctezuma quien propuso á Cortés reconocer al rey de España, con la mira de que acabase el pretexto de que permaneciesen en Méjico los españoles. Asegura que fué una astucia del sagaz monarca azteca, con tal destreza preparada, «que no le conoció entonces Hernan Cortés.» Es extraño que el caudillo español, en sus cartas al rey, no le indicase ese acto de sagacidad; y que, al contrario, le haya presentado como sin doblez. Por lo que hace á su juramento de vasallaje, fuese solicitado por Moctezuma ó pedido por Cortés, yo he seguido á Bernal Diaz que afirma que fué por súplica del general. Hé aquí las palabras del soldado historiador que presenció los hechos: «Dijo á Montezuma..... pues que ya habia entendido el gran poder de nuestro Rey y señor, é que de muchas tierras le dan parias y tributos, y le son sujetos muy grandes Reyes, que será bien que él y todos sus vasallos le den la obediencia, porque ansi se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que den las parias é tributo. Y Montezuma dijo que juntaria sus vasallos..... y en diez dias se juntaron todos los mas caciques.» Estos pormenores de Bernal Diaz que veia las cosas y hablaba con el intérprete Gerónimo de Aguilar, per-

del escribano real, se presentó respetuosamente en el salon. Iba vestido con elegancia, aunque sencillamente, pues era enemigo del lujo, como era afecto al buen gusto y al aseo. Llevaba al cuello, como tenia costumbre, una cadenita de oro de graciosa hechura, de donde colgaba, por un lado, un medallon con la imágen de la Vírgen con su divino Hijo en los brazos, y por el otro, con la de San Juan Bautista. Un precioso anillo, con un diamante, llevaba en uno de sus dedos; y una gorra de terciopelo, con un gracioso escudo, cubria su despejada cabeza.

Al penetrar en el salon se quitó la graciosa gorra, y tomó asiento en un lugar que le señaló el emperador azteca.

Despues de un instante de silencio, Moctezuma tomó la palabra, haciéndoles saber á sus vasallos, el objeto de aquella reunion. Les protestó el amor que les consagraba, y del cual habian recibido las pruebas mas inequívocas en los honores y distinciones recibidas de su munificencia. Trajo á la memoria de todos, la antigua profecía de que el país seria gobernado por los descendientes de Quetzalcoatl, á quienes pertenecia. Les dijo que los actuales habitantes del Anáhuac eran hijos de extranjeros que se habian apoderado del territorio, y que ellos, por lo mismo, no tenian derecho á gobernarlo. Habian llegado los que la tradicion señalaba, y es-

suaden que fué Cortés quien indicó el reconocimiento. El general español no dice en su carta de donde partió la proposicion, y solo manifiesta «que Muteczuma hizo llamamiento y congregacion de todos los señores de las ciudades y tierras allí comarcanas;» y que cuando estuvieron reunidos, «envió á decir que subiese adonde él estaba con ellos.» Esto mismo hace creer que los convocó porque se le habia pedido vasallaje.

taban obligados, en conciencia, á reconocerles como legítimos dueños. Refirió las señales prodigiosas que poco despues de ocupar el trono, se habian presentado en el cielo, anunciando la llegada de los anunciados por las profecías, y les recordó el maravilloso aviso que hacia diez años les habia enviado el cielo por medio de su hermana la princesa Papantzin, que habia resucitado y vivia entre ellos para presenciar la entrega del imperio. (1) «Siempre

(1) Es digno de conocerse el caso que se refiere á la hermana de Moctezuma y que acabó de preocupar su imaginacion supersticiosa, presentándole como próxima la llegada de los que tenian derecho á despojarle del trono. La princesa Papantzin, hermana de Moctezuma, era esposa del gobernador de Tlatelolco. Muerto éste, quedó la princesa viuda, viviendo en su mismo palacio. Habiendo fallecido en 1509, asistieron á sus funerales su hermano Moctezuma y todos los grandes de la corte. El cadáver fué sepultado en una cueva subterránea, hecha en el jardin, junto á un estanque donde solia bañarse, y la entrada del sepulcro se cerró con una lápida elegante, pero ligera. Al siguiente dia, al cruzar una niña de seis años el jardin, para pasar de unas habitaciones á otras, vió sentada, en las gradas del estanque, á la enterrada princesa. La niña se quedó mirándola, y la dama la llamó con el nombre de *cocoton*, que significa *niña* ó mas bien *querida niña*. La amable criatura que no estaba en la edad de reflexionar sobre la muerte de la princesa, y creyendo que la llamaba para que se bañase con ella, como otras veces lo hacia, se acercó sin temor. La princesa la acarició y la dijo que fuese á llamar á la mujer del mayordomo. La niña marchó inmediatamente; pero la mujer besándola con vivo afecto, le dijo: «Preciosa niña, tu excelente protectora, la princesa Papantzin, dejó ya de existir y ayer la enterraron.» La niña insistió en que le siguiese, y la cariñosa mujer, para complacerla y hacerla ver que habia sido creacion de su fantasía, la acompañó al estanque. La princesa estaba allí. La esposa del mayordomo, sorprendida de terror, cayó sin sentido. La niña avisó á los demás criados, y todos acudieron, lo mismo que el mayordomo, á socorrer á la desmayada. La sorpresa de todos fué grande al ver á la princesa; pero ella les tranquilizó, diciéndoles que el cielo le habia vuelto á la vida. En seguida encargó al mayordomo que pusiese en conocimiento de su hermano, el emperador Moctezuma, el suceso; pero el fiel servidor, temiendo que el soberano le mandase castigar, acusándole de vi-

me habeis obedecido como fieles vasallos,—añadió Moctezuma.—Mis deseos, para vosotros, han sido preceptos que os habeis apresurado á satisfacer. Está dispuesto por el dios que rigió estos países, que reconociésemos por sucesores suyos en el mando, á los hombres blancos que habian de venir del otro lado de los mares. Los enviados han lle-

sionario, marchó á Texcoco, á dar aviso al rey Nazahualpilli, gran amigo y aliado de Moctezuma. El monarca texcocano marchó inmediatamente á Tlatelolco, y pasó á las habitaciones del palacio, donde la princesa le esperaba. La sorpresa del soberano fué grande. Avisado por él Moctezuma, del suceso y de que su hermana deseaba hablarle para instruirle de cosas importantes, fué á Tlatelolco. A pesar de ir preparado para verla, se extremeció de pavor y se llenó de asombro. «Soy vuestra hermana Papan, á quien antier enterraron: estoy verdaderamente viva, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os interesa mucho. Despues que dejé de existir, ó si no quereis creer que haya muerto' despues de haber quedado privada del sentimiento y de los sentidos, me hallé de repente en una llanura sin término con un camino en medio, que despues se dividia en varias sendas. Corria por una parte un ancho y profundo rio. Iba á arrojarme á él para pasarlo, cuando vi delante de mí, á un joven de gallarda presencia, con un traje talar blanco, resplandeciente como el sol, sobre cuya frente se veia esta señal (la princesa hizo con los dedos la señal de una cruz), y tomándome la mano exclamó: *Detente, todavía no es tiempo de que pases este rio. Dios te ama, aunque tú no le conoces.* Dicho esto me condujo á lo largo del rio cuya orilla estaba cubierta de cráneos humanos y montones de hosamentas. Dirigí la vista á lo lejos y descubrí varias embarcaciones grandes, donde llegaban hombres blancos y barbados, llevando estandartes con el mismo signo que el jóven tenia en la frente, y cubiertas las cabezas con resplandecientes yelmos. *Dios quiere que tú vivas, me dijo el jóven, para que presencies el cambio que va á verificarse en estos reinos. Los hombres blancos que ves acercarse son los que se harán dueños del país, y con ellos vendrá el conocimiento del verdadero Dios. Cuando se haya acabado la guerra, sé tú la primera en entrar en el gremio de su Iglesia, y guia con tu ejemplo á tus nacionales.* Dicho esto, desapareció el jóven, y yo me encontré restituida á la vida; me levanté; quité la losa del sepulcro, y salí al jardin donde me encontraron mis criados.»

Es indispensable que lo que se creyó muerte en la princesa Papantzin, fuese

gado, y nuestro deber, en conciencia, es acatar la voluntad celestial, reconociendo por soberano al monarca de Castilla. Espero que me complacereis en lo que voy á exigir de vosotros, como me habeis complacido siempre. Yo os pido que como me habeis obedecido hasta hoy, obedezcais, en lo sucesivo, al rey de España, que es el legítimo soberano de todos. A él le pagareis los tributos, como me habeis pagado á mí desde que subí al trono. Yo tambien lo pagaré, porque tengo obligacion de hacerlo, pues tambien soy vasallo suyo.» (1)

una catalepsia; ese accidente instantáneo, caracterizado por la suspension de las sensaciones y de los movimientos naturales. Accidente que dura muchas veces tres dias, y con el cual han sido enterradas muchas personas creyéndolas víctimas de muerte repentina. Pero entonces no se tenia noticia, y mucho menos entre los indios, de esas muertes aparentes; y la vuelta del parasismo fué tenida por una resurreccion, aun por la misma princesa. La pintura de los hombres blancos y de los yelmos, fácil fué que se fijase en su imaginacion, puesto que correspondia con la que hacian del dios del aire Quetzalcoatl. Moctezuma quedó atónito con la relacion, y con la mente turbada por mil funestos pensamientos. Sobresaltado y triste salió del palacio de su hermana, y se encerró en uno suyo destinado para orar. No quiso volver á visitar á la princesa, para olvidar los funestos presagios de la ruina de su imperio; pero no por esto podia desechar de su pensamiento la triste idea de su caida. La princesa, preocupada con el sueño que juzgó realidad, vivió muchos años en completo retiro y abstinencia. Ella fué la primera que en 1524 recibió el bautismo en Tlatelolco, tomando el nombre de doña María Papantzin.

(1) «Y mucho os ruego, pues á todos os es notorio todo esto, que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á éste su capitan; y todos los tributos y servicios que fasta aquí á mí me haciades, los haced y dad á él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare: y demás de hacer lo que debeis y sois obligados, á mí me hareis en ello mucho placer.» —Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

Al pronunciar la palabra vasallo, se le ahogó la voz en la garganta, y las lágrimas corrieron abundantemente por sus mejillas. Los sollozos le impidieron continuar su discurso, y la tristeza nubló su semblante. Los nobles y los señores, conmovidos por el llanto de su monarca, lloraron tambien; y no hubo un solo soldado español que tuviese enjutos los ojos ante aquella escena verdaderamente tierna y conmovedora. (1)

Aquel respetado rey que poco antes se consideraba el mas poderoso de la tierra; aquel á quien se habia mirado hasta entonces como á un sér casi divino, cuya voluntad era reverenciada como omnipotente en el Anáhuac, acababa de caer de su deslumbrante altura, para declararse humilde vasallo de otro monarca. ¡Terrible cambio de la fortuna! Por grande que fuese la conviccion de Moctezuma de que cumplia con un deber sagrado dispuesto por los dioses, preciso es que sintiera una honda pena, al despojarse de las consideraciones, de la grandeza y del poder, para descender á la humilde condicion de vasallo. Los sacrificios por la religion se hacen; pero no por eso deja de

(1) «Les dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podia manifestar, é asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder. Y certifico á V. S. M. que no habia tal de los españoles que oyese el razonamiento, que no hubiese mucha compasion.»—Seg. Carta de Cortés á Cárlos V.

Bernal Diaz dice: «Y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; é queríamoslo tanto é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma; tanto era el amor que le teníamos.»

padecer la humana naturaleza del hombre. Por eso se llama sacrificio á lo que hace padecer, y sin embargo, se lleva á cabo, posponiendo las comodidades, el bienestar y los honores, á lo que se juzga obligacion sagrada. El sacrificio se consume; pero no sin que cueste tormentos al corazon y lágrimas á los ojos. Moctezuma, al reconocer por soberano al rey de España, sacrificaba en aras de su religion, los honores, el mando, la autoridad suprema; y al desprenderse de todo lo que constituia su felicidad, preciso es que sintiera su corazon, la pérdida de los preciados bienes que habia disfrutado. (1) Los nobles, conmovidos, porque comprendian toda la magnitud de aquel acto de abnegacion, se manifestaron dispuestos á servirle. Le dijeron que su voluntad para ellos tenia mas fuerza que una ley; y que si creia que debian reconocer como soberano al rey de España, lo harian para darle una prueba de su adhesion y del respeto profundo á sus mandatos. En seguida se prestó el juramento de obediencia al soberano de Castilla, siendo testigos los españoles que se hallaban en el salon, y anotándose todo por el escribano de la corona. El documento se extendió con toda la solemnidad que se creyó necesaria, para enviarlo, en la primera ocasion, al emperador Cárlos V.

(1) El llanto de Moctezuma hace creer al historiador Oviedo, que su homenaje no fué voluntario, «porque la obediencia que se suele dar á los príncipes, dice, con risa é con cantares,é diversidad de música é leticia en señales de placer, se suele hacer; é no con luto ni lágrimas é sollozos.» Yo creo que los regocijos que expresa el historiador Oviedo se harán por los que nada ceden y algo esperan. Pero en Moctezuma no podia existir esa alegría, cuando la obediencia le privaba de toda su pompa y grandeza.

Hernan Cortés dió las gracias á Moctezuma y á los personajes aztecas, por la obediencia ofrecida, y declaró que no era la intencion de su soberano quitar del poder al rey de Méjico, ni alterar en nada el órden establecido en la nacion, sino únicamente hacer que se le reconociese como jefe supremo. Por lo demás, no se introduciria la menor novedad en la marcha de los negocios. El emperador Moctezuma continuaria gobernando á sus vasallos, ejerciendo la misma autoridad que antes de la llegada de los españoles. (1)

La noticia del vasallaje prestado por Moctezuma y los grandes del reino, al monarca de Castilla, sorprendió al país entero. A nadie le quedó ya duda de que los extranjeros eran los anunciados por las escrituras. El paso dado por el poderoso monarca que habia consultado con los

(1) El historiador Solís no cree sincero el juramento de vasallaje prestado por Moctezuma. «Pero se debe creer, dice, que Motezuma, por mas que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel imperio, no tuvo intento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fué deshacerse de los españoles, y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra.» No participo yo de la opinion del respetable Solís en este punto. Yo creo, porque todo me induce á creerlo así, que fué sincero el ofrecimiento de Moctezuma. Si hubiera sido un artificio para engañar á Cortés y alejarle de Méjico, la cesion del mando no le hubiera costado lágrimas, puesto que no tenia intencion de cumplir lo que ofrecia. Pero nada patentiza de una manera mas clara la ninguna razon de la suposicion de Solís, como el testimonio dado por la corte de España. Esta, en algunos escritos expedidos en favor de los descendientes del monarca azteca concediendo esenciones y privilegios extraordinarios declara, que no pueden servir de ejemplar esos privilegios á ninguna otra cosa. Agrega que ha prestado tan notable servicio á España, como el que el emperador Motezuma hizo en incorporar con su voluntaria cesion á la corona de Castilla un reino tan rico y tan grande como el de Méjico.

dioses, era una prueba inequívoca de que se habia realizado la profecía. La promesa de Quetzalcoatl, anunciando que enviaria al país á unos hombres blancos para gobernarlo, estaba cumplida. Todos conocian la antigua tradicion y nadie dejó de recordar las misteriosas señales que se presentaron en el cielo poco despues de haber subido al trono Moctezuma. Su hermana que vivia retirada en su palacio de Tlatelolco, desde que volvió de su ataque cataléptico, lo habia predicho. La creian vuelta á la vida para presenciar los hechos, como ella misma se imaginaba, y la época esperada habia llegado.

La creencia de la tradicion religiosa habia puesto á Cortés en posicion la mas ventajosa. Desde el monarca hasta el mas humilde habitante del Anáhuac, le respetaba como al enviado del monarca heredero de los países que gobernó Quetzalcoatl.

Moctezuma, como lo habia ofrecido Cortés, continuó rigiendo los destinos de la nacion, sin que en nada se hubiese alterado el órden establecido.

El caudillo español, así como sus capitanes y soldados, se mostraron cada vez mas respetuosos y serviciales con él.

Seguro Hernan Cortés de la buena voluntad de Moctezuma hácia el soberano de Castilla, le manifestó vivo deseo de enviar al monarca español una noticia exacta de la riqueza agrícola y minera del país; de la extension y circunstancias de la costa, así como de la diversidad de climas, de las distintas provincias que componian el imperio, y le suplicó que se dignase darle una noticia circunstanciada que llenase el objeto. Moctezuma deseando obsequiar el deseo del general español, man-

dó á sus mejores geógrafos que sacasen un plano exacto, que presentase los rios y ancones de la costa, que le fué entregado al siguiente dia, (1) y por lo que hacia relacion á las minas de oro, hizo comparecer á los hombres que mas conocimiento tenian de ellas. El emperador azteca nombró para cada provincia donde se recogia el codiciado metal, dos individuos que condujesen á otros dos españoles para enseñarles los sitios que lo producian. Así se hizo; y por este medio, Cortés adquirió importantes noticias de la riqueza del país. Siendo muy importante el conocimiento de la costa, envió con el plano que le dió Moctezuma, una comision compuesta de varios españoles, entre los que iba el piloto Gonzalo de Umbria, el mismo á quien mandó cortarle los piés en la Villa-Rica por conspirador. Varios aztecas les acompañaban.

El mapa señalaba todos los rios y ancones que se encontraban desde el Pánuco á Tabasco. Los españoles los conocian por haber sido reconocidos en el viaje que hicieron con Grijalva, á excepcion del gran rio de Goatzacoalco. Este fué el que encontraron con mejores condiciones para formar un puerto seguro. Se eligió un sitio conveniente para levantar una fortificacion, y Hernan Cortés envió una fuerza de ciento cuarenta soldados, á las órdenes de Velazquez de Leon, para fundar una colonia. Respecto de los que habian marchado á reconocer los sitios de donde los indios

(1) «Pero que él me faria pintar toda la costa y ancones y rios della, y que enviase yo españoles á los ver, y que él me daria quien los guiase y fuese con ellos, y así lo hizo. E otro dia me trajeron figurada en un paño toda la costa.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

obtenian el oro, aunque recogieron poco metal, dieron los mas lisonjeros informes de la riqueza del país y del afectuoso recibimiento que les habian hecho en todas las provincias. Dijeron que el oro lo recogian los nativos en los cauces de los rios; pero que el país abundaba en minas del mismo metal.

Deseando Hernan Cortés asegurar sólidamente el vasallaje prestado por el monarca azteca y los grandes señores del reino, manifestó á Moctezuma lo agradable que le seria al rey de España, recibir una prueba inequívoca del cariño de sus nuevos súbditos. Le dijo, que reconocido como estaba ya el dominio del monarca de Castilla, por los países de Anáhuac, juzgaba oportuno que los jefes aztecas le enviasen un presente de oro y plata que patentizase su lealtad, con lo cual se atraerian mas y mas el aprecio de su soberano. Le refirió que éste agradeceria mucho el obsequio, porque necesitaba precisamente oro, para dar cima á varias obras notables que habia emprendido, y que esperaba que el mismo Moctezuma diera el ejemplo de su magnificencia régia. (1)

(1) «Y le dije que Vuestra Majestad tenia necesidad de oro para ciertas obras que mandaba hacer, y que así le rogaba que enviase algunas personas de los suyos, y que yo enviaria asimismo algunos españoles por las tierras y casas de aquellos señores que allí se habian ofrecido, á les rogar que de lo que ellos tenian, sirviesen á Vuestra Majestad con alguna parte: porque demás de la necesidad que Vuestra Alteza tenia, pareceria que ellos comenzaban á servir, y tendria Vuestra Alteza mas concepto de las voluntades que á su servicio mostraban, y que él asimismo me diese de lo que tenia, porque lo queria enviar, como el oro y las otras cosas que habia enviado á Vuestra Majestad con los mensajeros.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

El monarca azteca creyó justa la observacion de Cortés. No queriendo retardar ni un momento lo que solicitaba, envió á sus colectores, acompañados de algunos españoles, por las principales provincias y ciudades, á recoger el tributo de costumbre en nombre del soberano de Castilla. El pago del tributo se hacia siempre con la mayor puntualidad. Los recaudadores llevaban los libros de escrito-pintura en que constaban, con la mayor exactitud, los cobros que se tenian que hacer. Los señores de las provincias se esmeraron en cumplir las órdenes recibidas de su soberano; y los castellanos enviados con los empleados régios, se presentaron al cabo de tres semanas á Cortés, llevando gran cantidad de oro y plata, telas de algodon, mosáicos de plumas y otros varios efectos en que habia costumbre de pagar el tributo. Moctezuma, desprendido y generoso, agregó, por su parte, el tesoro de su padre Axayacatl, que lo conservaba, como se ha dicho, en la pieza que descubrieron los españoles. Aquellas riquezas habian sido atesoradas con indecible afan. Eran los brillantes despojos adquiridos por aquel belicoso rey en sus conquistas, y el producto de los onerosos tributos de los pueblos sojuzgados. Es imposible que jamás se imaginase, al guardarlas, el extraño destino que les estaba reservado.

Moctezuma, al hablar de los tesoros de su padre, se manifestó agradecido de que los hubiesen respetado. «Bien sé, dijo á Hernan Cortés, que descubristeis, por casualidad, la pieza en que estaban, y que volvisteis á cerrar la puerta de la manera misma que la encontrasteis.» (1) Lue-

(1) «Bien sé que luego que aquí venistes, abristes la casa y lo vistes é mi-

go llamó á sus mayordomos para que abriesen la pieza y entregasen la riqueza que en ella habia. (1) El tesoro se hallaba intacto como antes de la llegada de los españoles. No faltaba ni una sola joya. La puerta no se habia vuelto á abrir hasta entonces.

Las palabras del emperador azteca vienen á probar que se han equivocado los escritores que han referido algunas curiosas anécdotas acaecidas entre soldados españoles y Moctezuma, referentes al tesoro. Todas basan en dar por hecho que, algunos soldados españoles habian vuelto á abrir clandestinamente la pieza en que estaban las alhajas y extraido algunas de ellas, á pesar de las órdenes de Cortés. Como la base parte de un principio falso, nada queda de ellas mas que la buena forma con que han sido referidas por los que las publicaron juzgándolas ciertas. (2)

rastes todo, y la tornates á cerrar como antes estaba.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

(1) »Luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) Hé aquí algunas de esas anécdotas. «Un soldado robó algunas piezas de oro del tesoro guardado en el aposento, que despues de la llegada de Montezuma á los cuarteles españoles se habia vuelto á abrir. Cortés le hubiera castigado severamente; pero interponiéndose el emperador, le dijo: «Pueden vuestros compatriotas tomar el oro y demás cosas que gusten, respetando solamente lo perteneciente á los dioses.» Algunos soldados, aprovechándose de este permiso, llevaron á sus cuarteles centenares de cargas de fino algodon; y cuando se le manifestó á Moctezuma, solo contestó; «*lo que una vez doy, jamás vuelvo á tomarlo.*» Si estas anécdotas referidas por Gomara y admitidas por Prescott y otros escritores fueran ciertas, Moctezuma se hubiera ahorrado de decir á Cortés, como cosa que éste le ocultaba, que sabia que habian abierto el cuarto

Moctezuma entregó á Hernan Cortés el tesoro referido y todo lo que habian enviado los señores de las provincias. Formaban los objetos reunidos tres montones bastante considerables. Eran hojas de oro y plata, oro en polvo y en grano, ricas joyas del mismo metal, piedras preciosas, ricos adornos, y un número considerable de curiosos dijes de oro y plata, figurando mariposas, aves, peces, insectos y diversidad de flores. No eran menos numerosos los brazaletes, las cadenas, los collares, los abanicos y las guirnaldas de oro, pluma y pedrería. El mérito artístico de la mayor parte de los ricos objetos presentados, excedia á toda ponderacion. Hernan Cortés, admirando el exquisito trabajo de algunas delicadas alhajas, las separó para regalo del emperador Cárlos V. En la descripcion que de ellas hace, califica el trabajo de «maravilloso,» y dice que, «consideradas por su novedad y extrañeza, no tenian precio, ni podia vanagloriarse ningun monarca del mundo de poseer joyas que pudieran rivalizar con ellas.» (1)

No obstante la magnificencia del regalo, Moctezuma manifestó pena de no poder enviar un presente mayor al monarca de España. Dijo á Cortés y á sus capitanes, que

volviéndolo á cerrar. Si les hubiese dado á los soldados el permiso de coger el oro y demás cosas que gustasen, no hubiera podido asegurar á Cortés que le iba á dar los tesoros de su padre, ni hubiera llamado á sus mayordomos para que abriesen la puerta y los entregaran, pues debia supónerse que esta se hallaba abierta y que las joyas no existian ya en la pieza.

(1) »Las cuales, demás de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundó de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales y de tal calidad.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

por la prontitud con que se habia obrado para enviar el obsequio, no se habia podido adquirir mas oro. Les sulpicó que hiciesen saber al soberano de Castilla el respeto y buena voluntad que le tenia, y agregó: «decidle en vuestras cartas, que es un recuerdo de cariño de su buen vasallo Moctezuma.» (1)

Al tesoro heredado de su padre Axayacatl, añadió el monarca azteca parte de sus propias alhajas, diciendo que «eran pocas, porque habian disminuido con los anteriores presentes que les habia enviado.» (2)

Aunque ya habian visto los españoles el tesoro de Axayacatl el dia que penetraron en la pieza en que estaba guardado, no lo habian analizado como en aquellos momentos en que lo contemplaban ya como de ellos. Veian realizados los dorados sueños que habian halagado su fantasía al lanzarse á buscar las auríferas regiones de un mundo desconocido. La régia munificencia de Moctezuma habia excedido los límites de la liberalidad; y sorprendidos de su generosidad y desprendimiento, se sintieron profundamente agradecidos, y se descubrieron con respeto cuan-

(1) «Y cuando se lo enviáredes, decidle en vuestros anales y cartas: Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

(2) Prescott hace pronunciar esas palabras á Moctezuma al entregar el tesoro de su padre, suponiendo que los regalos hechos á Cortés anteriormente habian sido tomados de allí. «A esto agregó Montezuma por su parte, dice, el tesoro de Axayacatl, del cual habia ya dado una parte á los españoles.» Pero claramente está demostrado por Bernal Diaz, que se referia á sus propias joyas. «Y tambien yo le quiero dar de lo que tuviere, pone el soldado historiador, aunque es poco, porque todo el mas oro y joyas que tenia os he dado en veces.»

do dijo que iba á darles las riquezas de su padre. (1)

Hernan Cortés se valió de los inteligentes plateros de Azcapozalco, para separar la plata y el oro que en muchas alhajas estaban formando caprichosas figuras. Muchos fueron los artífices llamados para ese solo objeto, y sin embargo, la operacion duró tres dias. Terminada la separacion, se fundieron los montones de oro y plata, reduciéndolos á barras que se marcaron con el sello real. Unicamente las alhajas de exquisito mérito por su trabajo, se dejaron intactas para enviarlas al soberano de Castilla.

Reducidos á barras los ricos metales, se trató de repartir en todo el ejército el presente, despues de separar el quinto perteneciente á la corona.

Siendo desconocidos los pesos y balanzas entre los aztecas, y habiendo necesidad de pesar las barras para la distribucion de la cantidad correspondiente á cada individuo, segun su grado, los españoles hicieron unas grandes balanzas y pesos, que sino de bello trabajo, como debe suponerse, sí de grande utilidad en aquellos momentos. Pesadas las ricas barras, resultó que la cantidad que de las de oro quedaba para el real quinto, perteneciente á la corona, ascendia, segun dice Hernan Cortés, á «treinta y dos mil cuatrocientos pesos de oro.» (2) De las de plata, cuyo

(1) «Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todas las gorras de armas, y le dijimos que se lo teníamos en merced.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(2) «Que fundido todo lo que era para fundir, cupo á Vuestra Majestad del quinto, treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

metal se cogia entonces muy poco, se apartó para el quinto del rey, cien marcos; esto es, mil duros. (1) En esta parte destinada á la corona no se incluia el valor de muchas y preciosas joyas de oro y plata, plumajes y pedrería, que ascendian á «cien mil ducados,» que equivalian á cincuenta y cinco mil duros, de la moneda actual. (2)

La suma total referente á los objetos de oro y plata que constituian el verdadero tesoro de Moctezuma, incluso las joyas enviadas por los señores de las provincias, ascendia á un millon novecientos sesenta y tres mil quinientos duros. (3)

(1) «Cupieron á Vuestra Alteza asimismo del quinto de la plata que se hobo, ciento y tantos marcos.»—Seg. C. de Cortés á Cárlos V.

(2) El ducado era una moneda de oro que se usó en España, cuyo valor era de once reales y un maravedí.

Prescott, creyendo que Cortés habla únicamente del quinto, hace subir el valor de esas alhajas que no se pesaron, á «quinientos mil ducados.» Pero Cortés dice expresamente que «todas las joyas de oro y plata y plumajes y piedras y otras muchas cosas de valor, que para V. S. M. yo asigné y aparté, que podrian valer cien mil ducados y mas suma.» Estas palabras dejan ver claramente que no era el quinto, sino el todo lo que separó para el rey.

(3) El oro que se pesó, segun resulta del quinto que se separó para la corona, ascendia todo, á ciento sesenta y dos mil pesos de oro. El peso de oro equivalía á once duros y quince reales, que hace la suma de un millon novecientos tres mil quinientos duros. El quinto de la plata separada ascendia á cien marcos ó sea á quinientos toda ella, que importan, á diez duros marco, cinco mil duros. El valor de las joyas separadas para el rey, en las cuales no hubo quinto, era, como he dicho, de cien mil ducados, ó sean cincuenta y cinco mil duros. Resulta, pues, de todas estas cantidades reunidas, un millon novecientos sesenta y tres mil quinientos duros. Prescott dice que, «considerando el cambio que ha sufrido el valor del oro desde el principio del siglo décimosexto, equivaldrian actualmente á «seis millones, trescientos mil pesos.» Pero si cierto es que la plata y el oro valian mas, tambien es cierto que los artículos de arte,

Esta cantidad que, aunque importante, no llamaria hoy la atencion, pues hay muchísimos particulares que cuentan con mayores sumas, era entonces respetable. Aun parecerá actualmente mucho menor, cuando se sabe que aquel bello país es el mas rico que se conoce en minas de oro y plata. Pero es preciso tener presente que el laborio de esas minas y el beneficio de sus metales, han sido obra de la conquista, pues eran desconocidos por los aztecas. Antes de la llegada de los españoles, la cantidad de plata que se extraia era insignificante, á causa de los insuficientes medios que empleaban los nativos para sacarla. Desconociendo el beneficio por azogue, y consistiendo las fundiciones en braseritos de barro, sin otro soplo que el de un aventador hecho de petate, no podian sacar provecho de los preciosos metales en que abundaba el país; y la plata que labraban era, ó de exuberantes minerales que

tenian un valor cuadruple que el actual. Siendo, pues, todo relativo, debemos atenernos á presentar la cantidad que realmente fué. Bernal Diaz, al hablar de las barras de oro que se pesaron, dice que su valor era de «mas de seiscientos mil pesos.» Prescott cree que habla de pesos de oro; pero no lo especifica Bernal Diaz, lo cual hace creer que habla de pesos de plata; y se afirma uno en esta idea cuando tratando mas tarde, de hacer burla de los soldados de Pánfilo de Narvaez, que creian apoderarse de todo lo que Moctezuma habia dado, dice: «¡Oh, á que buen tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés mas de *setecientos mil pesos de oro,* y todos seremos ricos.» No solo agrega para burlarse de los delirios de sus contrarios, cien mil pesos mas, sino que añade la palabra de *pesos de oro.* Sin embargo, la cantidad puesta por Bernal Diaz está muy lejos de la exactitud. Si se refiere á pesos de plata, es dos terceras partes menos que la recibida. Si habla, que no es de creerse, de pesos de oro, la hace notablemente mayor. La suma presentada por Cortés es la cierta, pues estaba revisada por el tesorero del rey y los testigos; tenia que dar cuenta exacta en su carta al monarca, del quinto perteneciente á la corona, y no era posible el mas ligero fraude.

se fundian casi sin esfuerzo, ó del que se hallaba en estado nativo. El oro, no exigiendo las combinaciones que la plata, y hallándose en estado de pureza, abundaba mas, pues lo recogian, en muy corta cantidad, en los rios, con bateas ó tazas, ó en las minas muy abundantes de metal. (1) La riqueza mineral del país se hallaba, por decirlo así, vírgen; encerrada en las entrañas de sus pintorescas montañas. Solo se recogia lo que se presentaba á flor de tierra ó marchaba en vistosos granos, arrastrado por las aguas, denunciando los inagotables tesoros de aquellas auríferas regiones.

Además de la cantidad dada en oro y plata por Moctezuma á Hernan Cortés, para enviar al monarca de Castilla, habia en el regalo algunas curiosidades de gran mérito, que el soberano azteca dedicó particularmente para el rey de España.

Admirables fueron tambien las telas de algodon, tapices, colchas y tapetes de matizados colores que formaban otra parte del regalo. Nada podia compararse á la finura y delicadeza de su tejido, que superaba, segun asegura Hernan Cortés, á la suavidad de la seda. (2)

Desde que los españoles habian pisado el Nuevo-Mun-

(1) «Y les mostraron siete ú ocho rios, de donde dijeron que ellos sacaban el oro, y en su presencia lo sacaron los indios.»—Seg. C. de Cortés á Cárlos V.

(2) «Demás desto, me dió el dicho Muteczuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodon y sin seda, en todo el mundo no se podia hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni tan diversas y naturales colores ni labores; en que habia ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas, y habia paramentos para camas, que heçhos de seda no se podian comparar.»—Seg. C. de Cortés á Cárlos V.

do, era la primera vez que veian reunidas las joyas de oro y plata en la considerable cantidad que tenian delante de los ojos. Cierto es que aquella riqueza era muy inferior á la enorme que, mas tarde, encontraron los conquistadores en el Perú; pero no por eso dejó de ser respetable y digna de llamar la atencion, así por su valor intrínseco, como por el mérito artístico de muchas de sus joyas.

Dispuesta la distribucion, los soldados esperaban con impaciencia el reparto del tesoro, lisonjeándose de haber hecho la fortuna de toda su vida. ¡Doradas ilusiones que se desvanecieron con la rapidez de un delicioso ensueño! Separado el quinto de la corona, se mandó apartar igual parte para Cortés, como le tocaba, segun estaba dispuesto por el Ayuntamiento de Veracruz, al nombrarle capitan general y justicia mayor. Otra cantidad se tomó para indemnizarle de los gastos hechos en Cuba cuando dispuso la flota; y se apartó, con el mismo objeto, la suma que habia puesto el gobernador Velazquez, á fin de enviársela en la primera oportunidad. No tenian menos derecho á entrar en el reparto, los soldados que habian quedado de guarnicion en la Villa-Rica, pues guardaban la espalda á sus compañeros de Méjico. Los oficiales fueron recompensados segun la graduacion que tenian: los individuos de caballería, en consideracion á que habian gastado cerca de mil duros en comprar el caballo en la Habana, recibieron proporcionada al desembolso que habian hecho: los arcabuceros recibieron paga doble, y lo mismo cobraron los ballesteros. Quedaron en último lugar los soldados de espada y rodela, á los cuales solo les tocó cien pesos á cada uno; cantidad insignificante que muchos no la quisie-

ron recibir, despechados por el desencanto sufrido. (1)

Como acontece siempre que se desvanecen las esperanzas concebidas, los soldados empezaron á murmurar de la manera con que se habia hecho el reparto. Habian soñado con grandes riquezas á la vista del tesoro que juzgaron inagotable, y solo vieron llegar á su poder una insignificante parte que, mas que recompensa á sus afanes, la juzgaron sarcasmo de la fortuna. Soldado hubo que, al tocar el triste desengaño de su ilusion desvanecida, se sintió acometido de una tristeza profunda que empezó á quebrantar su salud. Habia dejado su país, su mujer, sus hijos, seducido por las halagadoras descripciones que habia oido hacer en su patria, esperando volver pronto á ella con una regular fortuna, y se encontraba con un amargo desengaño. (2) «Si el reparto se hubiera hecho legalmente, decian algunos, todos tendriamos lo suficiente para vivir; pero mientras unos han cobrado como reyes, otros han sido pa-

(1) «De manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir... é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq. El señor Prescott pone que les tocó «á los soldados rasos, cien pesos de oro á cada uno, cantidad tan insignificante respecto de lo que esperaban, que varios rehusaron aceptarla.» Bernal Diaz solo dice pesos. A ser pesos de oro, la cantidad, aunque corta, no hubiera sido tanto como para ser desechada, pues valiendo cada peso de oro once duros y quince reales vellon de nuestra moneda, le hubiera tocado á cada uno mil ciento setenta y cinco duros.

(2) «Aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del condado; el pobre tenia en su tierra mujer é hijos, y vino á buscar la vida para volverse á su mujer é hijos; é como habia visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas é tejuelas y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

gados como domésticos. En Veracruz cedimos nuestra parte, desprendiéndonos de lo que á fuerza de peligros y de privaciones habiamos adquirido: aquí se nos despoja de la fortuna, dedicando el tesoro al pago de lo que costó la armada y al quinto de nuestro general.» Los descontentos llevaron su murmuracion hasta el caso de suponer que algunos jefes se habian apoderado de varias alhajas, antes de haberse hecho el reparto. Pero esto, que no era mas que un desahogo del disgusto que sentian, no podia, ni aun cuando hubiera sido cierto, haber perjudicado notablemente á ninguno. Una joya, ni dos, ni media docena, no eran para aumentar ni disminuir el peso general de la plata y el oro en un grado sensible. Siempre los ricos metales han sido causa de disgustos entre los hombres y los que han desunido las mas estrechas amistades. No dejó entonces tampoco de crear desavenencias serias en dos individuos respetables en el ejército. Eran Juan Velazquez de Leon y el tesorero Gonzalo Mejía. Habia el primero mandado hacer á los plateros de Azcapozalco, varias cadenas de oro. El tesorero, viendo que no estaban quintadas, le dijo que se las entregase, porque pertenecian á las regaladas por Moctezuma para el soberano. Velazquez de Leon, gran amigo de Cortés y pariente del gobernador de la isla de Cuba, se dió por ofendido, y le respondió destempladamente. Pronto de las palabras marcharon á los hechos, y sacando las espadas se acometieron fieramente. Los dos eran diestros en el manejo de las armas y de notable valor y fuerza. Dos heridas habia recibido Gonzalo Mejía de Velazquez de Leon y otras dos éste de Mejía, y aun continuaban luchando. Hernan Cortés llegó entonces al sitio

en que combatian, y á no haberse interpuesto entre ellos, de creerse es que los dos hubieran perecido. El jefe español les reprendió; y conociendo que era preciso no dejai sin correctivo el duelo, mandó arrestar á uno y otro, para evitar que cundiese el mal ejemplo entre los demás oficiales.

Sabedor luego del disgusto y de las murmuraciones de los soldados, mandó que se reuniesen, y se presentó á ellos con el objeto de hacerles comprender que no eran justos en sus apreciaciones. Les dijo que nadie como él, anhelaba la felicidad de los sufridos soldados que le habian acompañado en la empresa mas difícil y peligrosa. Ponderó el valor por ellos desplegado; los servicios prestados á la religion y al rey, manifestando que no quedarian sin recompensa, ni por el monarca ni por Dios. Dijo que el reparto del tesoro se habia hecho con la equidad que reclamaba la justicia: que la parte separada para él, era la que realmente le correspondia. «Sin embargo, añadió, nada quiero del tesoro; todo lo que tengo es de mis soldados; el que lo necesite, que me pida: yo renuncio á la cantidad que por justos derechos me pertenece.» No dejó de pintar con vivos colores, la obligacion en que todos estaban de sufrir algunas contrariedades en servicio de la cruz. «Justo es el deseo de adquirir riquezas, añadió; pero no debe ser ese únicamente el objeto del soldado católico. Mi ambicion, al menos, es mas elevada; y no dudo que es la misma que anima á todos los buenos españoles que están á mi lado. Nada debe importarnos lo mucho ó poco que nos haya tocado en este reparto. Todo el oro que habeis visto, no es mas que una leve muestra del inagotable

que podreis sacar de las numerosas minas en que abunda el país.» (1) Hernan Cortés terminó recomendándoles que no diesen lugar á que Moctezuma y sus nobles, advirtiesen el menor disgusto, y asegurándoles un porvenir de honra y de riquezas.

Las palabras del caudillo español, pronunciadas de una manera seductora, disiparon el descontento de los soldados. Aquel hombre que sabia sacrificarlo todo á sus grandes designios, cedió gustoso, en favor de los soldados mas pobres, el quinto que le pertenecia; regaló á varios algunas alhajas de las que poseia, y no se olvidó del melancólico soldado que anhelaba enviar algo á su mujer y á sus hijos, á quien regaló trescientos pesos que le volvieron su natural alegría. (2)

La conformidad de los que se habian manifestado descontentos, está revelando la influencia que Hernan Cortés ejercia sobre sus soldados. Sus palabras suaves y halagadoras, desbarataban las tormentas del disgusto, como los vivificantes fulgores del astro principal la niebla de los campos. Se veia el dominio que ejerce el genio superior, sin intentarlo, sobre la multitud. Su elocuencia habia arrebatado siempre al soldado, haciéndole aceptar con entusias-

(1) «Y dijo que todo lo que tenia era para nosotros: que él no queria quinto. sino la parte que le cabe de capitan general, y cualquiera que hubiese menester algo, que se lo daria: y aquel oro que habiamos habido que era un poco de aire: que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seriamos señores dellas, y muy prósperos é ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista.

(2) «Y le prometió que con los primeros navíos le enviaria á Castilla á su mujer é hijos, é le dió trescientos pesos.»—Bernal Diaz.

mo, lo mismo que poco antes rechazaba; pero nunca
puso mas en relieve la fuerza de esa elocuencia, que
aquellos instantes en que se le hacia renunciar al solda
á la fortuna que acababa de tener delante de sus ojos; q
habia acariciado como cierta. En la Villa-Rica, bastó u
insinuacion suya, para que todos se desprendiesen volu
tariamente, del oro que á fuerza de privaciones habian a
quirido. Les habia hecho concebir lisonjeras esperanzas,
nadie se mostró avaro para servirle. En Méjico habian a
canzado los tesoros que les habia prometido: los habia
visto y tocado; y cuando al verlos desvanecer entre s
manos como una sombra, rugen de ira anunciando u
tormenta, basta una palabra de aquel mismo hombre e
traordinario á quien acusan, para calmar la amenazado
tempestad.

Grande maravilla es en un hombre persuadir con su el
cuencia, á los que participan de opinion contraria, á q
acepten la suya. Pero hacer que renuncien á la riqueza,
oro que tienen en sus manos y que constituye el porven
de su vida, eso no lo pueden alcanzar, y mucho menos d
rudo soldado, sino los que están dotados de un genio su
perior. La posesion del oro que cada individuo habia rec
bido, y el deseo de aumentarlo, fomentó en la tropa el v
cio del juego. Un soldado hizo naipes del parche de l
tambores viejos, y el codiciado metal que habian adquiri
do á fuerza de sufrimientos y penalidades, poniendo e
riesgo sus vidas y afrontando los mayores peligros, pa
de unas manos á otras, segun el capricho de la fortun
quedando algunos mas pobres que cuando pisaron el sue
del Anáhuac.

La atrevida empresa de Hernan Cortés parecia terminada. El emperador de Méjico se habia declarado feudatario de la corona de Castilla. La nobleza, el clero, los gobernadores de las provincias, el pueblo entero, consideraba como legítimo soberano al rey de España. Todos habian prestado el juramento de vasallaje. La agregacion del imperio azteca á la patria de Hernan Cortés, parecia completamente terminado, sin que se hubiese disparado ni un arcabuz ni una flecha. Pero si en lo político habian caminado en armonía Moctezuma y el caudillo español, acaso surgirian dificultades al tocar el punto religioso, que era el recomendado con especialidad por los reyes de Castilla.

El asunto de religion era para Cortés altamente esencial. Los sacrificios humanos continuaban diariamente, y nada se creia logrado, si no se suprimian las sangrientas hecatombes. En vano Hernan Cortés y el padre Olmedo, habian agotado toda su elocuencia para el establecimiento del culto católico. Moctezuma se manifestaba profundamente adicto á sus creencias y menos dispuesto cada vez, á separarse de ellas. Tal vez de cada conferencia relativa al asunto sobre religion, resultaba el aumento de algunas víctimas, con el objeto de ofrecer su sangre á los dioses, para calmar su ira por las injurias que les inferian.

Los altares humeaban diariamente con el caliente líquido de las numerosas víctimas.

Hernan Cortés creyó que estaba en el deber de evitar la muerte de millares de inocentes, y se dirigió á ver á Moctezuma, acompañado de varios capitanes y soldados. Le dijo que veia, con sentimiento, conducir á todas horas á la piedra del sacrificio á desventurados inocentes, á pesar de

haberle suplicado que mandase cesar aquellos actos crueles que estaban en pugna con la naturaleza. Horrorizados de las inhumanas escenas que sin cesar se repetian, iban los capitanes que le acompañaban, á pedirle licencia para quitar los sanguinarios ídolos de los altares del gran templo, y colocar en ellos el humanitario signo de la redencion, que difundiese la luz de la verdad por todos los ámbitos del imperio. «Esperan, añadió, que atendereis á su justa solicitud. De no ser así, están resueltos á marchar á quitarlos en el momento mismo.» (1)

Escuchó aterrado Moctezuma las palabras del caudillo español. Sabia que serian cumplidas si no lograba disuadirle de su intento. La idea de que sus dioses iban á verse profanados, le llenó de consternacion, y exclamó con acento conmovido: «¿Por qué pretendeis, Malinche, ofender á nuestros dioses alterando la quietud de la ciudad y provocando la ira de los primeros? Os ruego que no los toqueis, porque al hacerlo pondreis en riesgo vuestras vidas, pues nunca sufrirá el pueblo la profanacion de sus templos. Esperad: yo consultaré con los sacerdotes, y os comunicaré su respuesta.» (2)

Hernan Cortés viendo la emocion de Moctezuma, hizo

(1) «Y dijo al Montezuma: Señor, ya muchas veces he dicho á vuestra majestad que no sacrifiqueis mas ánimas á estos vuestros dioses, que os traen engañados y no lo quereis hacer; hágoos, Señor saber, que todos mis compañeros y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pondremos á Nuestra Señora Santa María y una cruz; y que si ahora no les dais licencia, ellos irán á los quitar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(2) «¡Oh Malinche, y cómo nos quereis echar á perder toda esta ciudad.

una señal á los que le acompañaban para que le dejasen solo con él, quedándose únicamente con los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina. El caudillo español, manifestándose interesado en obsequiar los deseos del monarca azteca, le dijo que, en obsequio suyo y por amor á la paz, interpondria su influjo con los oficiales y soldados para que no llevasen á cabo su proyecto. Pero necesitaba para conseguir calmarles, que concediese un lugar, en el mismo templo, donde se colocase un altar con la imágen de la Vírgen y una cruz. Moctezuma, con semblante triste y conmovida voz, volvió á contestar, «que lo consultaria con los sacerdotes.»

La consulta dió por resultado la concesion de lo que los españoles habian solicitado. El sitio que anhelaban en el templo para colocar un altar, les fué cedido. Podian, desde aquel momento, celebrar públicamente su culto, inclinando al pueblo á la doctrina dulce y fraternal del Evangelio.

Conseguido el permiso, inmediatamente se puso en obra el pensamiento. Se quitaron las endurecidas costras de sangre que manchaban las paredes y pavimento del santuario: se construyó un sencillo, pero elegante altar, en que se colocó la cruz y la imágen de Nuestra Señora; ramos y coronas de flores adornaban los muros del templo, y blancas velas de cera enviaban su limpia luz sobre el apacible rostro de la Vírgen.

Porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufrais, que yo enviaré á llamar á todos los pápas, y veré su respuesta.»—Bernal Diaz del Castillo.

Para inaugurar con la mayor solemnidad posible el sitio destinado al culto de la religion del Crucificado, el ejército subió las gradas del templo llevando en procesion la imágen de la madre del Salvador, que fué colocada, con religiosa alegría, sobre el enflorado altar. Terminada la conmovedora ceremonia, el venerable padre Olmedo, asistido del sacerdote Diaz, celebró misa cantada, ayudado de varios soldados de buenas voces que conocian los cánticos de la Iglesia. El recogimiento mas profundo reinaba en los católicos asistentes. Al entonarse el *Te Deum*, la emocion religiosa embargó el alma de los soldados de la cruz, y las lágrimas rodaron por los varoniles rostros de aquellos hombres que manifestaban con ellas, su intensa gratitud al Hacedor Supremo.

Era un espectáculo sublime.

El signo de la redencion uniendo en lazo fraternal á todos los hombres, se levantaba á corta distancia del sanguinario Huitzilopochtli anhelante de hecatombes humanas.

La cruz se habia plantado en lo mas alto del teocalli.

Hernan Cortés no dudó que produciria los saludables efectos que su corazon, lleno de fé, le hacia presentir. Un anciano veterano quedó en el templo, encargado de cuidar del departamento católico, y de impedir la entrada á los que pudieran profanarlo.

Los dos cultos, diametralmente opuestos, se hallaban establecidos en un mismo templo. Al lado de donde se levantaba al cielo la plegaria pidiendo piedad para el género humano, se escuchaba el suspiro desgarrador de las víctimas, á quienes los sacerdotes aztecas arrancaban el corazon sobre la piedra del sacrificio. Parecia que el senti-

miento natural debia inclinar al pueblo en favor de una religion de paz y de caridad; pero las ideas religiosas estaban profundamente arraigadas en el país entero; habian visto desde niños, ofrecer á sus dioses víctimas humanas; y no hubieran creido honrar á sus divinidades, sino les hubieran seguido ofreciendo diariamente algunas.

Al ver, pues, levantada la cruz junto al altar del númen de la guerra Huitzilopochtli, creyeron profanado el templo de su deidad tutelar, y ver en sus ojos el odio contra la nueva religion.

El antagonismo contra los españoles empezó entonces á manifestarse claramente. Nada hay mas delicado que el sentimiento religioso. El hombre sufrirá que se le ataque en sus ideas políticas, en sus costumbres, en sus gustos y hasta en sus intereses; pero no tolerará al que trate de arrebatarle su religion. La idea religiosa en que se ha nacido, que las madres han enseñado á sus hijos desde que empezaron á balbucear las primeras palabras; que ha servido de consuelo en los amargos instantes de la vida y de satisfaccion en el logro de alguna ventura; esa no pertenece á un partido; pertenece á todo un pueblo; afecta al rico, al pobre, al niño, al jóven, á la mujer, al anciano, á la sociedad entera. Es el verdadero lazo de union que da la fuerza á los pueblos; que no se rompe, como se rompe el lazo formado por el interés cuando la conveniencia nos seduce.

El pueblo azteca habia visto, sin quejarse, conducir á su monarca á los cuarteles de los extranjeros; aplicar la pena de muerte á los jefes que hostilizaron á la guarnicion de la Villa-Rica; entregar los tesoros reales y protestar

obediencia al rey de España. Todo esto habia presenciado con disgusto, aunque resignado, porque aparecia como el cumplimiento de una profecía. Pero al ver invadir á otra religion el lugar destinado á sus divinidades; al ver que se intentaba atacar su religion y suprimir los sangrientos ritos que juzgaban lo mas acepto á sus dioses, se sintieron heridos en lo mas sagrado de la conciencia, y procuraron que llegase á los oidos del monarca el descontento, próximo á estallar en un ataque sangriento contra los españoles.

El mismo Moctezuma, que hasta entonces habia parecido complacerse con el trato de Cortés y de sus capitanes, procuraba evitar su encuentro, y se manifestaba frio y reservado. Amante de su religion y celoso de la veneracion á sus dioses, veia, con disgusto, planteado otro culto, con que les creia justamente ofendidos. Temia que irritados contra él y la nacion entera, si continuaba por mas tiempo permitido otro culto junto á los altares de sus ídolos, enviase horribles calamidades sobre el país entero, en castigo de su tolerancia. Los sacerdotes mas respetables; los inspirados por los dioses, le habian asegurado que la deidad tutelar, el venerado Huitzilopochtli, exigia que terminase la profanacion en su templo, y que se exterminase á los extranjeros, si no abandonaban la ciudad en un plazo corto. Los nobles y los principales jefes del ejército azteca, asociados á los ministros de los sangrientos ídolos, le habian manifestado en varias conferencias, la obligacion sagrada en que estaban de obedecer á los dioses, haciendo la guerra á los enemigos de su religion.

La excitacion producida en toda la sociedad por el sentimiento religioso, era indescriptible.

Moctezuma envió, con el paje Orteguilla, un recado á Hernan Cortés, diciéndole que tenia que hablarle de cosas del mas alto interés. El paje se presentó al jefe español, y al desempeñar su encargo, le refirió algunas circunstancias que habian llamado su atencion. Le dijo que, en la noche anterior, se habian reunido en la sala de audiencias, muchos sacerdotes aztecas, lo mas granado de la nobleza y los capitanes principales del reino, á conferenciar, secretamente, con su soberano. Añadió que, contra lo que hasta entonces habia sucedido, Moctezuma no le permitió que le acompañase; y que al salir de ella el monarca mejicano, lo mismo que en aquellos momentos que le enviaba, dejaba conocer en su rostro la alteracion y la tristeza de su ánimo.

Hernan Cortés marchó sin detenerse un instante, á la habitacion de Moctezuma, ansioso de saber lo que tenia que comunicarle, llevando en su compañía á Cristóbal de Olid, que era entonces el capitan de la guardia, y á otros cuatro oficiales.

El monarca azteca les recibió atentamente; pero mas como quien se ve precisado á cumplir con un deber de política, que con la expontaneidad de un afecto cariñoso que nace del corazon. Dirigiendo la palabra á Cortés, le dijo que las noticias que iba á comunicarle eran graves. Los dioses, indignados de la profanacion de sus templos, habian ordenado que se empezase la guerra contra los extranjeros que les habian ofendido. Habian amenazado á los sacerdotes con abandonar el país, si no se hacia salir de él á los que les ultrajaban. El pueblo, la nobleza, el ejército, toda la nacion en fin, iba á obedecer á sus deidades; á lanzarse sobre los hombres blancos para aprisionarles y

conducirles despues al sacrificio. Moctezuma terminó aconsejándoles «que saliesen sin demora de la ciudad, porque de lo contrario perecerian sin remedio.» (1)

Hernan Cortés, aunque alarmado interiormente con la fatal noticia, no dejó percibir en su semblante ni la mas leve señal que denunciase su inquietud. La entereza con que se habia expresado el monarca azteca, manifestando la resolucion definitiva de obedecer la voluntad de sus dioses, le hizo comprender que la intimacion debia estar apoyada en suficientes fuerzas de guerra, dispuestas á hacerla cumplir. El horizonte político, que pocos dias antes se habia presentado á los ojos de Cortés risueño y halagador, se miraba cargado de espesos y negros nubarrones. Cuando soñó encontrarse al fin del logro de su empresa, se miraba expuesto á perecer sin alcanzarla. El peligro era inminente; la situacion crítica, alarmante; capaz de intimidar el ánimo mas esforzado. Pero Hernan Cortés era uno de esos hombres para quienes nada habia insuperable; que encuentran para cada peligro, un remedio; para cada dificultad, una salida. Aunque le sobresaltó la inesperada noticia de la actitud amenazadora que tomaba el país para aniquilarle, supo reprimir su afecto; y manifestando una indiferencia y sangre fria admirables, contestó con dulce afabilidad á la intimacion. Dijo que le agradecia cordialmente el aviso de lo que contra él se intentaba. Por su parte

(1) «Lo que he colegido dello y me parece es que antes que comiencen la guerra, que luego salgais de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene: si no, mataros han, y mira que os van las vidas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

creia no haber dado motivo á la enemistad del pueblo. Enviado del legítimo soberano, habia cumplido, como leal vasallo, con las instrucciones que habia recibido. Respecto á las creencias religiosas, eran las mismas que profesaba el monarca español, heredero de los derechos de Quetzalcoatl. Por lo demás, hacia algunos dias que habia pensado en la vuelta á su país para informar al soberano del resultado de su mision. No tenia, por lo mismo, inconveniente en obsequiar un deseo que era el súyo. Solo sentia no tener buques para embarcarse, por haberse inutilizado los que le condujeron al país; pero si le daba gente y permiso, podria construir tres bergantines en la costa, donde se embarcaria con todos los españoles que le habian acompañado. Otra de las cosas, dijo, que le causaria pena al dejar el país, era la de tener que llevar al emperador de Méjico. (1)

Estas últimas palabras turbaron visiblemente á Moctezuma. Hernan Cortés las habia pronunciado con intencion, sabiendo que servirian para contener, de pronto, el golpe que se trataba de dirigirles.

El caudillo español volvió á manifestar su buena disposicion en regresar á su patria, y á suplicar que le facilitase los carpinteros necesarios para la construccion de los tres buques. El monarca azteca ofreció obsequiar su deseo, y le dijo que pediria á los sacerdotes y á los capitanes, que

(1) «De dos cosas le pesaban: no tener navíos en que se ir, que mandó quebrar los que trajo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

no diesen ningun paso hostil, puesto que su detencion no era mas que lo que exigia el tiempo necesario para hacer los barcos. «Procurad, pues, que terminen pronto, añadió, y sean obras y no palabras las que hablen sobre este asunto.» (1)

Cumplió Moctezuma con el ofrecimiento hecho á Cortés. Llamó á los sacerdotes y principales capitanes, y logró calmarles, haciéndoles saber que los españoles se alejarian en el momento que estuviesen terminados los buques. Calmada así la efervescencia del pueblo, envió á Cortés el número de carpinteros que le habia pedido. Poco despues salian los artesanos aztecas hácia la Villa-Rica, en compañía de los constructores de buques, Martin Lopez y Andrés Nuñez, que eran los mismos que pocos dias antes habian hecho los dos bergantines para la laguna.

Llegados al puerto, se dió principio al corte de maderas con una actividad extraordinaria, y la obra de construccion empezó con el mismo empeño. Se ha dicho que Hernan Cortés dió instrucciones secretas al vizcaino constructor Martin Lopez para prolongar la obra disimuladamente, pues esperaba que volviesen de un momento á otro de España, sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo. Si esto sucedia, llegarian indudablemente con bastantes soldados y buques, enviados por el rey para que continuase la empresa comenzada. (2)

(1) «Y dijo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras: y que entre tanto que él mandaria á los papas y á sus capitanes que no curasen de alborotar la ciudad.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «E Cortés proveyó de maestros é personas que entendiesen en la labor

El aserto anterior no está de acuerdo con lo que dice el franco soldado Bernal Diaz. El veterano historiador, al hacer referencia á esas instrucciones secretas de que tambien habla Gomara, dice que «el mismo Martin Lopez le aseguró que la construccion la hizo con toda la brevedad posible.» (1)

La situacion de los soldados españoles habia cambiado por completo. A la confianza y seguridad en que habian vivido por algun tiempo, sucedió, de repente, el sobresalto y el recelo.

Aunque Moctezuma habia prometido que nadie haria armas contra ellos, no por esto dejaban de hallarse cuidadosos. Temian que de un momento á otro los sacerdotes le hiciesen cambiar de resolucion, diciéndole que los dioses exigian la guerra sin demora. La voz de ellos no podria ser desatendida por el supersticioso monarca, y el pueblo se arrojaria sobre los cuarteles, ansioso de hacer prisione-

de los navíos, é dijo despues á los españoles desta manera: Señores y hermanos, este señor Montezuma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan navíos. Id con estos indios é córtese la madera; é entre tanto Dios nos proveerá de gente é socorro; por tanto, poned tal dilacion que parezca que haceis algo y se haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escribid é avisad que tales estais en la montaña, é que no sientan los indios nuestra disimulacion. E así se puso por obra.»—Oviedo. Hist. de las Ind.

(1) «Lo que Cortés le dijo á Martin Lopez sobre ello, no lo sé; y esto digo porque dice el coronista Gomara en su historia, que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remítome á lo que ellos dijeron, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martin Lopez que de hecho y apriesa los labraba; y así los dejó en astillèro tres navíos.»—Bernal Diaz del Castillo.

A Gomara siguen Oviedo, Solís y otros, acaso porque el hecho habla en favor de la sagacidad del jefe español.

ros á los hombres blancos, para conducirles á la piedra de los sacrificios.

El paje Orteguilla que recogia algunas palabras que los nobles aztecas pronunciaban, cerca de la estancia real en sus conversaciones, aumentaba la inquietud, asegurando que no desistian de su proyecto de guerra. Iguales funestos anuncios repetia Marina, y las mismas noticias comunicaban á Cortés los jefes tlaxcaltecas.

Todos esperaban por instantes, que se presentase la tormenta.

La vigilancia era constante en los cuarteles. Al llegar la noche se duplicaban los centinelas; y los soldados, al descansar de sus fatigas, se acostaban armados y vestidos sobre un poco de paja y un petate, que era el lecho de que disponian. (1) Los caballos se hallaban á todas horas ensillados y enfrenados, y ningun individuo dejaba las armas ni de dia ni de noche.

Hernan Cortés, infatigable y activo, recorria todos los puntos, y cuidaba de que nadie descuidase, en lo mas mínimo, las órdenes que tenia dictadas, á fin de que todo el ejército estuviese listo para el combate en cualquier momento que estallase el grito de guerra. Cuando encontraba á algun soldado que se habia despojado del calzado para dormir, ó no tenia las armas, le reprendia severamente; le decia que, «á la oveja ruin le pesaba la lana,» y le obligaba á que inmediatamente remediase su descuido. (2)

(1) «Y dirán ahora dónde dormiamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(2) «Y al que hallaba sin armas ó estaba descalzo los alpargates, le repren-

Esta disposicion de Hernan Cortés, observada extrictamente desde el primer dia que el ejército español pisó las playas, connaturalizó á los expedicionarios con las fatigas, la vigilancia y la carga de las armas. Casi se habia hecho una necesidad para los soldados, la penosa costumbre; y muchos de ellos, despues de transcurridos numerosos años de la conquista, no podian descansar sino vestidos y levantándose varias veces del lecho, como en los dias de sus pasados peligros. (1)

El cuartel español se hallaba convertido en una ciudadela, cuya guarnicion estaba dispuesta á defenderla hasta que nadie quedase con vida.

Hernan Cortés tomó todas las disposiciones que exigian las críticas circunstancias, y esperó los sucesos con serenidad.

Nadie se alejaba del cuartel, á fin de hallarse todos juntos para el combate.

dia y le decia que á la oveja ruin le pesaba la lana.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(1) Bernal Diaz del Castillo que era uno de los que llegaron á no poder despojarse de la costumbre adquirida, dice cuarenta y nueve años despues de los sucesos: «Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostumbrado de andar armado y dormir de la manera que he dicho, que despues de conquistada la Nueva-España, tenia por costumbre de me acostar vestido y sin cama, é que dormia mejor que en colchones duermen: é ahora cuando voy á los pueblos de mi encomienda no llevo cama, é si alguna vez la llevo no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, porque no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar á ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete ni paño ni cosa ninguna, y gracias á Dios no me hace mal, por la costumbre que tenia.»

Solamente un soldado permanecia aislado y lejos de sus compatriotas, expuestos á todas horas á las iras del pueblo. Aquel soldado era el anciano que quedó en el gran teocalli, encargado de cuidar el altar católico y de la imágen de la Vírgen.

Si se lanzaba el grito de guerra, él seria la primera víctima que sacrificasen los sacerdotes aztecas al sanguinario Huitzilopochtli.

CAPITULO VII.

Obstáculos que hallaron en España los comisionados de Cortés.—Reune el gobernador de Cuba una escuadra para enviarla contra Cortés.—Nombra á Pánfilo de Narvaez jefe de la armada.—La audiencia de Santo Domingo se opone á que salga la expedicion.—El gobernador Diego Velazquez la desobedece.—Sale la escuadra.—Número de buques y de tropas que salen.—Salta el ejército á tierra en el mismo sitio en que desembarcó Cortés.—Envia Narvaez sus comisionados á la Villa-Rica de la Veracruz.—Gonzalo de Sandoval los despacha para Méjico.

Mientras Hernan Cortés y sus soldados se preparaban á la defensa en sus cuarteles y Martin Lopez se ocupaba de la construccion de los tres buques, veamos lo que habian alcanzado en la corte de Cárlos V, los enviados Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo. Despues de haber tocado el navío, contra las instrucciones del caudillo español, en la isla de Cuba, y esparcido las noticias del presente que enviaba Cortés al soberano, continuó su viaje á España. La navegacion fué feliz; y en los prime-

ros dias de Octubre de 1519 llegó á Sevilla, donde produjo una sensacion profunda la noticia de las apreciables riquezas que conducia. Era el primer buque que llevaba, desde el descubrimiento de la América, una cantidad razonable de oro, pues hasta entonces, casi todo lo que se habia enviado de las Antillas, pertenecia á productos agrícolas.

Se hallaba en Sevilla, á la llegada de los enviados de Cortés, Benito Martin, capellan del gobernador de la isla de Cuba, que habia marchado de la Habana á la corte de España, con el fin de alcanzar, para Diego Velazquez, el título de Adelantado y otras distinciones importantes. Todo lo habia logrado; y despues de haber remitido al gobernador de Cuba los documentos anhelados, marchó á Sevilla, donde esperaba el primer barco que se hiciese á la vela para marchar en él. La llegada de los enviados de Cortés y la noticia que alcanzó de lo que llevaban y de las pretensiones con que iban á la corte, le causaron notable disgusto. Si los comisionados alcanzaban el objeto que Cortés se habia propuesto, la autoridad de Diego Velazquez no podia extenderse al territorio azteca. El capellan de Diego Velazquez elevó una queja ante los ministros de la casa de contratacion, con objeto de destruir los proyectos de Hernan Cortés. Dijo que el buque enviado por él, pertenecia al gobernador de Cuba; que los que acababan de llegar en él, lo mismo que el general que los enviaba con el rico presente, eran unos rebeldes á la autoridad de la isla, y en consecuencia al rey.

En virtud de esta queja presentada por una persona respetable, que debia hallarse enterada de los asuntos de la

América, el buque fué embargado, y á ninguna persona que se hallaba á bordo, se le permitió sacar ni aun los efectos que le pertenecian. Respecto de los comisionados, se les dijo que podian acudir al rey; pero saltaron á tierra sin que se les dejase tomar los fondos indispensables para los gastos del viaje; ni aun la cantidad que Hernan Cortés enviaba á su anciano padre. Ante aquel inesperado contratiempo, los enviados comprendieron que no quedaba otro medio para alcanzar justicia, que presentarse al monarca, entregarle los despachos que les habia encargado el ayuntamiento de Veracruz, y pedir contra la injusticia que acababa de cometerse con ellos. Antes de emprender el viaje á la corte, creyeron conveniente pasar á Medellin, donde vivia el padre de Hernan Cortés, y ver si queria acompañarles. El noble anciano, al saber el objeto que llevaban, les recibió lleno de emocion y de alegría. Tiempo hacia que Martin Cortés ignoraba lo que habia sido de su hijo; y al tener noticias de que vivia, de que se acordaba de él y de la importancia de su expedicion, sintió rodar por sus mejillas el llanto del amor paternal. Inmediatamente se dispuso para seguirles; y juntos llegaron á Tordesillas, residencia de Juana la Loca, madre de Cárlos V, donde se habia detenido este monarca, al marchar á Compostela, á donde habia convocado las córtes castellanas. Los comisionados y Martin Cortés, acompañados del piloto Alaminos, se presentaron al monarca. Casi al mismo tiempo tuvieron la fortuna de que llegase el rico regalo de Cortés, que la casa de contratacion no se atrevió á detener por estar destinado al soberano. La perfeccion con que estaban trabajadas las diversas y multiplicadas piezas de oro

y plata; la delicada manufactura de las finas telas de algodon que podian competir en suavidad con la seda; las bellísimas colchas de pluma, formando caprichosos y admirables dibujos, y la noticia de la grandeza del país, de la suntuosidad de sus ciudades y de la abundancia de preciosos metales que ostentaba en sus feraces provincias, llamaron la atencion de los cortesanos. El rey escuchó atentamente á los comisionados, y tuvo varias conferencias con ellos, manifestándose satisfecho de la lealtad y relevantes prendas de Cortés. Debe creerse que hubiera accedido á la peticion de los enviados y admitido como buena la irregular conducta observada por los expedicionarios al nombrar su ayuntamiento de Veracruz, si hubiera comprendido toda la importancia del país descubierto, y los males que podian surgir de la tardanza en el despacho de aquel asunto. Pero habia recibido noticias de su eleccion para la corona de Alemania, y su ardiente afan era marchar, lo mas pronto posible, á Flandes, para cuyo viaje habia prevenido ya su armada.

Con su partida quedó remitida la instancia de Hernan Cortés, al cardenal Adriano y á las personas que, durante la ausencia del monarca, le habian de aconsejar en el gobierno. En los negocios relativos á las posesiones de América, se habia de escuchar el parecer del Consejo de Indias; y en consecuencia, en el exámen de las pretensiones de Velazquez y de la solicitud de Cortés, se observaron las instrucciones prescritas.

No dudaron los enviados de Veracruz que la determinacion seria pronta y favorable para su general; y es de creerse que hubiera sido así, á no haber estado al frente del

Consejo de Indias, una persona que se habia declarado protectora del gobernador de Cuba. Esa persona era el obispo de Búrgos, D. Juan Rodriguez de Fonseca, presidente del referido Consejo de Indias, desde que fué creado por el rey Fernando el Católico. Hombre de clara inteligencia y conocedor de los negocios relativos á la América, su voto en ellos era respetado por todos, y generalmente cedian á su autoridad y experiencia. Por desgracia, no correspondia á su inteligencia, actividad y conocimientos, la sinceridad. Cuando se empeñaba en favorecer á una persona que habia logrado atraerse su aprecio, no perdonaba medio ninguno para conseguirlo. Cuando le profesaba antipatía, le hacia una guerra declarada. Protector de Diego Velazquez, opinaba que, segun el título de adelantado que tenia del emperador, era el dueño de la empresa confiada por él á Cortés, y se esforzaba en probar lo expuesto que seria ceder á la peticion del último, cuando no podia considerársele sino como á un rebelde. Los miembros del Consejo, aunque veian en la argumentacion del obispo de Búrgos mas pasion que justicia, no se atrevieron á resolver definitivamente un negocio que consideraban altamente grave, y creyeron prudente dejar sin resolver el punto, hasta que volviese de Alemania el emperador. Lo único que entre tanto pudieron conseguir los representantes de Cortés y su anciano padre, fué que se les mandase entregar algunas cantidades, á cuenta de los mismos bienes que se hallaban detenidos en Sevilla, á fin de que pudieran atender á los gastos que hacian durante el tiempo que se detenia la resolucion.

Mientras encontraba esas terribles trabas la solicitud de

Hernan Cortés, el gobernador de Cuba hacia grandes aprestos de navíos y de gente, para castigarle como á rebelde.

En otro capítulo hemos visto ya la indignacion que sintió contra Cortés cuando supo que el barco en que enviaba el rico presente al monarca, no habia sido capturado por los que envió en su persecucion.

Entonces dirigió sus quejas al obispo de Búrgos D. Juan Rodriguez de Fonseca, pintando, con los mas negros colores, la conducta del que llamaba rebelde capitan, y pidiendo que se pusiera término á su ambicion. Iguales quejas elevó á la audiencia de Santo Domingo y á los padres gerónimos que, como he dicho, formaban el gobierno de las colonias españolas en América. La contestacion de los últimos, lejos de apoyar sus deseos de venganza, se detenia en observaciones prudentes, que tenian por objeto persuadirle á que viese en Hernan Cortés un fiel vasallo que enviaba á su monarca grandes riquezas, y llevaba á los pueblos envueltos en la idolatría, la salvadora luz del Evangelio.

Diego Velazquez, estallando en ira al recibir aquella contestacion, que se oponia á sus miras, resolvió castigar, por sí mismo, la conducta de Hernan Cortés. Sin pérdida de momento empezó á trabajar, con infatigable actividad, en reunir una respetable flota. Para conseguir recursos y gente, recorrió personalmente la isla, interesando á todos en la empresa, con lisonjeras esperanzas y premios envidiables. No fueron estériles sus esfuerzos. Sus prometimientos y las halagadoras noticias que se tenian de la abundancia de oro que existia en la Nueva España, despertó, en muchos, el deseo de marchar en la expedicion.

Velazquez se lisonjeó alcanzar, en plazo no muy lejano, un completo triunfo sobre Hernan Cortés. Merced á su actividad y á su influjo, logró reunir una armada relativamente formidable. Diez y ocho buques formaban la escuadra, y estaban dispuestos á darse á la vela. En ellos se hallaban novecientos hombres, inclusos ochenta de caballería, con magníficos corceles; noventa ballesteros, setenta escopeteros, diez y ocho piezas de artillería, y quinientos hombres de mar. Aquella armada era la mas formidable que se habia dispuesto, hasta entonces, en los mares de la América. Velazquez habia elegido para jefe de ella, á Pánfilo de Narvaez, hidalgo castellano, que habia militado al lado del gobernador en la conquista de la isla de Cuba. Era hombre de cuarenta y dos años, alto y membrudo, de largo rostro y barba rubia, de agradable presencia; pero algo presuntuoso y arrogante; hablaba con estilo enfático, dando á su acento una entonacion hueca, como si su voz, dice Bernal Diaz, «saliese de una bóveda.» Poseia vastos conocimientos militares; pero era demasiado tolerante en la disciplina militar, y carecia de aquella prevision y actividad que distinguian al hombre á quien iba á combatir. Como ginete, podia considerarse de los primeros; y respecto de valor, disfrutaba la fama de muy esforzado. Amigo de Velazquez, habia desempeñado cargos honoríficos en la isla de Cuba, y su posicion social era distinguida. (1)

(1) Bernal Diaz, que conoció á Pánfilo de Narvaez, le describe de la manera siguiente: «Era el Narvaez al parecer obra de cuarenta y dos años, é alto de cuerpo é de recios miembros, é tenia el rostro largo é la barba rubia, é agradable presencia, é la plática é voz muy vagarosa ó entonada, como que salia de bóveda; era buen ginete é decian que era esforzado.»

La audiencia real de Santo Domingo, que desde un principio habia aconsejado al gobernador de Cuba que no sembrase obstáculos en el camino emprendido por Cortés, se alarmó al saber que la flota se hallaba próxima á zarpar. Revestida como estaba la audiencia de Santo Domingo de la suprema autoridad, resolvió impedir la salida de la escuadra, que no podia dar mas que tristes resultados á los intereses de España. Eligió, para desempeñar la delicada comision, al licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de la misma real audiencia. La eleccion no podia ser mas acertada. Ayllon reunia á una entereza noble y digna, una instruccion vasta y una prudencia recomendable. Siendo urgentes los momentos, se embarcó, sin pérdida de tiempo, en el bajel mas velero, y partió para la isla de Cuba. Debia, segun las instrucciones que llevaba, interponer su autoridad, y contener, si le era posible, la salida de la expedicion. Llegó el oidor en los instantes en que mas activo se manifestaba Velazquez en despachar la flota. El prudente licenciado, valiéndose de las razones mas sólidas, trató con el lenguaje de la amistad y del consejo, de disuadirle de su empresa. Presentó los males que resultarian á la corona y á la religion, de impedir la terminacion de una conquista que habia empezado bajo los mas favorables auspicios. Enviar fuerzas contra el hombre que se hallaba prestando servicios importantes al rey y á la doctrina del Evangelio, era llevar la guerra civil, para destruirse mútuamente, y quedar impotentes ambos para dar cima á la civilizadora empresa acometida. Ante el sagrado deber de la patria y de la religion, debian callar todos los afectos de enemistad y de odio personal. Desistir del envio de la es-

cuadra seria un rasgo honroso, que le enalteceria á los ojos del soberano y del mundo entero, puesto que el verdadero heroismo consiste en la abnegacion de sí mismo, en servicio de la patria. Debia, por lo mismo, hacer á un lado todo resentimiento personal; olvidar, por entonces, las antiguas faltas de subordinacion de que se quejaba; y lejos de oponer obstáculos á la obra grandiosa que marchaba felizmente, facilitar su realizacion, enviando recursos que el monarca y la nacion sabrian agradecer cumplidamente. No impedia esto que manifestase los poderes que hubiese recibido del rey de España, para exigir de Hernan Cortés y de los suyos la obediencia; pero si ponian óbice á su reconocimiento, libre tenia la accion de los tribunales, que resolverian con arreglo á justicia. Entre tanto, como súbdito leal y como católico, debia emplear los buques, la gente y los elementos de guerra que tenia reunidos, no en impedir los descubrimientos de Cortés, sino en hacer otros no menos importantes por diferente rumbo.

El razonado discurso del juicioso licenciado Ayllon, aunque descansando en una verdad clara como la luz meridiana, no hizo cambiar en nada la resolucion de Diego Velazquez, que se manifestó obstinado en su pensamiento de hacer entrar en la obediencia á Cortés por medio de la fuerza. El gobernador de Cuba no podia tolerar los elogios que se tributaban á Cortés, porque se imaginaba que él era el único á quien pertenecia la gloria que á su rival se le daba. Creia que la parte que habia tomado en el apresto de la expedicion primera, le daba derecho al título de conquistador; y que el envio de los tesoros al monarca, de ninguna manera le correspondia al hombre á quien habia con-

fiado el mando de la armada. Cortés no era mas que un rebelde que habia usurpado un puesto y unas facultades que no le correspondian.

Viendo el oidor que eran inútiles las razones y los consejos, pasó á lo judicial. Manifestó las órdenes que llevaba, y se las notificó por medio de un escribano real que habia llevado consigo, acompañándolas de varios requerimientos y protestas. El gobernador se exaltó con aquel paso; y creyendo que el nombramiento de adelantado que habia recibido poco hacia del rey de España, le daba derecho á disponer lo que juzgase conveniente en su distrito, contestó que eran inútiles las razones y los requerimientos, porque estaba resuelto á castigar al rebelde Hernan Cortés.

Conociendo Ayllon que era imposible detener la partida de la flota, no insistió mas en disuadir al iracundo gobernador. La prudencia del oidor cautivó á Velazquez, quien desde aquel instante le trató con las mas altas consideraciones. En una de las amistosas conversaciones, Ayllon manifestó al gobernador vivos deseos de ir con la escuadra, para conocer el rico país de que todos hacian extraordinarios elogios. Velazquez le ofreció que podia marchar en uno de los buques; y aceptada la oferta, el oidor pasó á bordo en los momentos de ir á salir la armada. El gobernador celebró la resolucion del licenciado, porque así llegaria mas tarde á noticia de la real audiencia, las atrevidas contestaciones que habia dado á su representante. Por su parte Ayllon se habia propuesto, al embarcarse, el fin mas noble y mas digno. Viendo que era de todo punto imposible impedir la salida de la escuadra, resolvió marchar en ella para evitar, si era posible con su presencia, un rom-

pimiento entre las fuerzas de Pánfilo Narvaez y de Hernan Cortés. Lejos de la isla de Cuba, acaso el primero respetaria las disposiciones de la Audiencia, y podria avenirse á un arreglo amistoso y justo con el segundo.

El gobernador de Cuba saboreando anticipadamente el triunfo sobre su rival, discurria con el jefe de la expedicion, sobre las disposiciones que serian convenientes para el gobierno de las provincias de la Nueva-España. Respecto de Hernan Cortés, le dió instrucciones privadas, que Pánfilo de Narvaez escuchó con marcada satisfaccion. Debia no perdonar medio ninguno para prenderle; y conseguido esto, enviarle con buena y segura guardia á Cuba, para aplicarle, por sí mismo, el castigo que como rebelde merecia. Lo mismo debia hacer con los capitanes que le seguian, si no desertaban de sus banderas antes de ser vencido. El nuevo general en jefe iba facultado por Diego Velazquez, para tomar posesion, en nombre de éste, de todas las provincias conquistadas, adjudicándolas al territorio de la jurisdiccion.

Muchas personas notables de la isla se habian alistado para ir en la expedicion. Se contaba, entre ellas, Andrés de Duero, secretario del gobernador de Cuba, que, en union del contador Amador de Lares, trabajó activamente en favor de Cortés al principio de su fortuna, recomendándole á Diego Velazquez como el mas digno para el mando de la armada. Hay quien juzga que el objeto de Duero, al ir en la expedicion, no reconocia mas móvil que el de recordar á su recomendado, la parte que, sin mas fundamento que el de la suposicion, dicen que le ofreció de sus ganancias. Para otros, su embarque reconocia un prin-

cipio mas patriótico y noble. Poner todos los medios que estuviesen á su alcance para evitar un rompimiento entre los dos ejércitos, evitando así la ruina de su antiguo amigo, en cuya conducta nada encontraba contrario al servicio del rey ni de la religion. Lo primero está en contraste con la digna conducta que observó en los acontecimientos que se sucedieron. Lo segundo es lo admisible, pues se encuentra en perfecta armonía con los actos en que tomó parte.

1520. Marzo. Sale de Cuba Narvaez contra Cortés.

La flota se hizo á la vela en los primeros dias de Marzo de 1520. La isla de Cuba quedaba casi sin gente de guerra. Toda se habia apresurado á alistarse en aquella expedicion, entusiasmada por las noticias lisonjeras que se tenian de la belleza y dulce clima del rico suelo de la Nueva-España. La escuadra siguió el mismo rumbo que habia llevado la de Hernan Cortés, y costeando la península de Yucatan donde se desató una tormenta que echó á pique un buque, ahogándose algunas personas, llegó el 23 de Abril á San Juan de Ulua, donde ancló.

Pánfilo de Narvaez mandó en un bote varios soldados á tierra, para que adquiriesen noticias de lo que deseaba saber. Pronto encontraron quien les diese informes exactos. Un soldado de los que Hernan Cortés habia enviado á saber noticias de la flota, se presentó en la playa. Habia visto, desde la costa, aproximarse los buques, y se acercó á sus compatriotas, resuelto á quedarse con ellos y separarse de su general. Por él supo Pánfilo de Narvaez, la alianza de los cempoaltecas con los españoles; las victorias alcanzadas sobre los tlaxcaltecas; la union íntima de estos con

Cortés; la entrada en Méjico; la prision de Moctezuma; el reparto del tesoro, y todos los acontecimientos que se habian operado desde que habian pisado las playas de la Nueva-España. Despues de ponderar la riqueza del país y la belleza de sus grandes ciudades, concluyó diciendo que Cortés era obedecido por los indios, como si fuese el soberano, y que «un solo español podia recorrer de un extremo al otro el país entero, sin temor de ser molestado en lo mas mínimo.» (1) Pocos instantes despues se presentaron otros dos soldados de los encargados por Cortés de reconocer los sitios minerales. Ambos pertenecian á los que siempre se habian manifestado partidarios de Velazquez; y pintaron á Cortés como opresor y tirano de sus soldados; castigándolos severamente por la menor falta; haciéndoles trabajar constantemente como á míseros esclavos, y prohibiéndoles aun del consuelo de quejarse. Calumnias con que pretendian lisonjear á Pánfilo de Narvaez y ganar su favor y consideracion.

Las noticias fueron escuchadas con asombro por los nuevos expedicionarios. Pánfilo de Narvaez se regocijó interiormente, acariciando la lisonjera esperanza de ver preso y humillado á Hernan Cortés, y de alcanzar el respeto y

(1) «La cual tierra sabe é ha visto este testigo que el dicho Hernan Cortés tiene pacífica é le sirven é obedecen todos los indios; é que cree este testigo que lo hacen por cabsa que el dicho Hernan Cortés tiene preso á un cacique que dicen Montezuma, que es señor de lo mas de la tierra, á lo que este testigo alcanza, al cual los indios obedecen, é facen lo que les manda, é los cristianos andan por toda esta tierra seguros, é un solo cristiano la ha atravesado toda sin temor.» Proceso y pesquisa por la real audiencia, MS.

la obediencia de todos los habitantes de aquellas fértiles regiones.

El general saltó á tierra con el ejército, dejando en los buques la marinería, y pronto se levantaron, en el mismo sitio de la playa en que desembarcó Hernan Cortés, y en que hoy está el puerto de Veracruz, ligeras chozas de palos y enramada. El campamento español se llenó al momento de indios, ansiosos de ver á los hombres blancos que juzgaban amigos de los que ya estaban en el país.

Narvaez manifestó deseos de formar una colonia en el sitio en que se hallaba el campamento; pero uno de los tres soldados le hizo desistir de su intento, ponderándole lo mal sano del clima. Le dijo que á corta distancia se encontraba la poblacion de la Villa-Rica, fundada por Cortés. Estaba guarnecida por unos pocos inválidos, mandados por Gonzalo de Sandoval; y era seguro que entregarian la plaza en cuanto se acercase á ella. Narvaez envió entonces unos comisionados, para que manifestasen sus poderes al gobernador de la colonia y exigiesen la obediencia de la guarnicion. Las personas encargadas de presentar sus poderes, fueron un sacerdote, llamado Guevara, hombre de carácter vivo y de talento; un pariente del mismo Diego Velazquez, apellidado Amaya, persona de alguna suposicion; y un escribano llamado Vergara. Deseando desempeñar pronto y fielmente su comision, se dirigieron á la Villa-Rica, acompañados de tres soldados que debian servir de testigos.

Llegados á la presencia de Sandoval, y despues de los saludos que exige la buena educacion, el sacerdote Guevara pronunció un estudiado discurso, que no dudó produciria un resultado brillante. Puso en conocimiento del go-

bernador de la plaza, las numerosas fuerzas que enviaba Diego Velazquez á las órdenes de Narvaez para castigar la desobediencia de Cortés. La conquista pertenecia al gobernador de Cuba, pues por disposicion suya y á sus expensas, se habia dado principio á ella. Trató de rebelde á Hernan Cortés, acusando de igual delito á los que le seguian; y terminó pidiendo á Sandoval que pusiese á disposicion de la autoridad legítima la plaza, y exigiendo que prestase obediencia al jefe enviado por el gobernador y adelantado Diego Velazquez.

Irritado el gobernador de la villa con las ofensivas palabras pronunciadas contra Hernan Cortés y sus adictos, contestó lacónica, pero enérgicamente, al discurso del enviado de Narvaez. Le dijo que habia andado torpe al acusar de rebeldes á los que blasonaban de nobles caballeros. «Aquí, añadió, somos todos, sin excepcion ninguna, mejores servidores del rey y de Dios, que Diego Velazquez y el general que envia con la escuadra; y creed que si no fuera por el respeto que tengo á vuestro carácter sacerdotal, os aplicaria el severo castigo que merece vuestro atrevimiento y falta de educacion.» (1) Guevara, exaltado á su vez por la amenaza, ordenó al escribano Vergara, que mostrase las órdenes que llevaba para que todos obedeciesen. «Guardaos de sacar ni de leer ningun papel aquí, dijo Sandoval al notario, porque mandaré castigaros seve-

(1) «Señor padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de su majestad que no Diego Velazquez ni ese vuestro capitan; y porque sois clérigo no os castigo conforme á vuestra mala crianza.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

ramente. Si algo teneis que comunicar, en Méjico está la persona á quien debeis dirigiros.» Se detuvo temeroso el escribano; y Guevara, ciego de ira, exclamó, «que obrase como correspondia con aquellos traidores.» (1)

No pudo tolerar esta última palabra Sandoval. Mandó á sus soldados que los pusiesen presos; y poco despues mandó que en hombros de los indios *tamemes* ó cargadores, fuesen llevados á Méjico á toda prisa y presentados á Cortés.

La órden fué obedecida en el acto. Les colocaron en una especie de redes en que los indios cargaban, y valiéndose de los nativos que trabajaban en hacer las fortificaciones, se emprendió aquel viaje original. La marcha era rápida. Los indios corrian sin cesar, y solo se detenian en las postas, donde los entregaban á otros que corrian hasta la otra posta para hacer lo mismo, sin darles lugar á volver de su sorpresa ni de tomar mas que, á toda prisa, algo de comer. De esta manera caminaron de noche y de dia, pasando por bosques, montañas, villas y ciudades, sin poderse dar cuenta de lo que les acontecia, creyéndose dominados de algun sueño del que no podian despertar, y mirando cada uno asombrado, cómo llevaban á sus compañeros. Así llegaron á Méjico á los cuatro dias, cruzando una distancia de cien leguas, en que vieron pasar las cosas á sus ojos como figuras de fantasmagoría, que les hacia aun dudar si estaban despiertos. (2)

(1) «¿Qué haceis con estos traidores? Sacad esas provisiones y notificádselas.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

(2) Bernal Diaz pinta este hecho con bastante gracia. «Que los llevasen presos á Méjico; y no lo habia bien dicho, cuando en jamaquillos de redes, como

Al aproximarse á las puertas de la ciudad, algunos soldados españoles que iban custodiando á los presos, mandaron hacer alto á los indios, para que descansasen y tomasen algun alimento los custodiados.

Entre tanto veamos lo que pasaba en los cuarteles españoles.

ánimas pecadoras los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron á cuestas, y en cuatro dias dan con ellos á Méjico, que de noche y de dia con indios de remuda caminaban; é iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos grandes que les traian de comer, y unos les dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si eran encantamiento ó sueño.»

CAPÍTULO VIII.

Sabe Cortés, por Moctezuma, la llegada de la escuadra de Narvaez.—Llegan á Méjico los presos enviados por Gonzalo de Sandoval.—Afectuoso recibimiento que les hace Cortés.—Los capitanes y soldados ofrecen á Cortés serle fiel.—Hernan Cortés escribe á Pánfilo de Narvaez y no recibe contestacion.—El padre Olmedo marcha al campo de Narvaez para procurar un avenimiento y lleva cartas de Cortés para varios oficiales.—Narvaez destierra al oidor Ayllon porque habla en favor de un arreglo.—Cortés dispone ir al encuentro de Narvaez.—Envia órdenes á Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon para que se dirijan á un punto donde irá á reunirse con ellos.—Moctezuma le ofrece cinco mil guerreros, que no acepta.—Cortés dispone su salida de la capital.

1520. Hernan Cortés y sus soldados ignoraban los acontecimientos de Veracruz. Nada sabian de la expedicion de Narvaez, ni tenian noticia de la llegada de la flota enviada por Velazquez.

Temerosos de verse asaltados de un momento á otro, vi-

gilaban sin descanso, armados constantemente y dispuestos para el combate.

Ocho dias hacia que habian partido los encargados de construir los buques, y ocho tambien que se habia triplicado la fatiga que, aun antes, habia sido casi insoportable.

Pero si Hernan Cortés y sus fatigados compañeros ignoraban el desembarco de la expedicion enviada contra ellos, no le sucedia lo mismo al emperador Moctezuma. El monarca azteca lo sabia todo. Desde el instante que el ejército de Narvaez saltó á tierra, los gobernadores de la costa le enviaron pintados los buques y los hombres, acompañando las pinturas con la relacion del número de gente que habia llegado.

Narvaez fué obsequiado por los jefes aztecas, pues tenian órden de Moctezuma de facilitar víveres á todos los hombres blancos. El jefe enviado por Velazquez se manifestó agradecido, y les obsequió con vistosas cuentas de vidrio, que estimaron en mas que si hubieran sido exquisitos diamantes.

Moctezuma, al tener noticia de la llegada de los buques, se llenó de regocijo. Sintió ensanchársele el corazon. Ya no habia necesidad de esperar á que se terminasen los barcos mandados construir. Los españoles que acababan de desembarcar, debian sin duda estar á las órdenes de Hernan Cortés. Lisonjeado por la consoladora esperanza de que muy en breve disfrutaria de absoluta libertad, experimentaba una intensa alegría, que se revelaba claramente en su semblante.

El cambio repentino de la tristeza al júbilo operado en Moctezuma, llamó la atencion de los españoles. Cuidado-

sos como estaban, creian que algo funesto se tramaba en la ciudad contra ellos. En los instantes en que mas sospechas les infundia el buen humor que en él notaban, envió un recado á Hernan Cortés, diciéndole que tenia que hablarle. El caudillo español, experimentó alguna inquietud con aquel llamamiento; pero dueño siempre para dominar sus afectos, se presentó al momento, manifestando la mas completa tranquilidad de espíritu. El monarca azteca le dijo que ya no existia obstáculo ninguno para su marcha. La necesidad de construir bajeles habia terminado. Diez y ocho buques, iguales á los suyos, habian llegado al puerto, donde podia embarcarse con su gente. Esperaba, por lo mismo, que hiciese los preparativos de marcha, y saliese de la ciudad. El caudillo castellano hizo algunas preguntas para cerciorarse de la verdad. Moctezuma contestó á ellas, presentándole el lienzo que le habian enviado los gobernadores de la costa, en que se veian pintados los buques, los caballos y los soldados castellanos. Hernan Cortés fijó con avidez los ojos en el lienzo, brilló la alegría en su semblante, y no pudiendo contener la emocion de gozo que sentia, exclamó: «¡Bendito sea Dios, que así nos favorece!» (1) Luego dando gracias al monarca mejicano por la noticia, añadió: que si los bajeles llegados hacian su viaje á Cuba, estaba dispuesto á embarcarse en ellos; pero que si se dirigian á otro punto, seria preciso esperar á que se acabasen los tres que estaban ya en construccion.

Vuelto á su alojamiento, y comunicada á los capitanes y soldados la nueva de hallarse en el puerto una numerosa

(1) «Gracias á Dios, que al mejor tiempo provee.»—Bernal Diaz.

escuadra, el ejército prorumpió en gritos de alegría; dió entusiastas vivas; se hicieron algunas salvas de artillería, y se entregaron á otras demostraciones de contento. (1) Creian que era un refuerzo enviado de España, donde sin duda debian llegar los comisionados Portocarrero y Montejo, que llevaron los regalos al emperador.

La misma idea acarició Hernan Cortés en los primeros instantes. Habia recibido, pocos dias antes, una carta enviada por uno de los soldados que habia despachado á la costa para que le diesen aviso del primer barco que se presentase. En ella le decia que, frente al puerto de San Juan, se habia presentado un buque sin que hubiese aparecido otro en cuanto alcanzaba la vista. Añadia que, «en su concepto, era el barco mismo en que Portocarrero y Montejo se embarcaron con el presente enviado al soberano.» (2) En virtud de este aviso, el caudillo español despachó varios soldados á distintos puntos de la costa, para que se informasen de todo lo relativo á la nave anunciada.

(1) «Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podiamos estar quietos, y de alegría escaramuzaron los caballos y tiramos tiros.»—Bernal Diaz.

(2) «Me trajo una carta de un español que yo tenia puesto en la costa para que si navíos viniesen, les diese razon de mí y de aquella villa que allí estaba cerca de aquel puerto, porque no se perdiesen. En la cual dicha carta se contenia: «Que en tal dia habia asomado un navío frontero del dicho puerto de San Juan, solo; y que habia mirado por toda la costa de la mar cuanto su vista podia comprehender, y que no habia visto otro; y que creia que era la nao que yo habia enviado á V. S. M., porque ya era tiempo que viniese. Y que para mas cercificarse él quedaba esperando que la dicha nao llegase al puerto para se informar della, y que luego vernia á me traer la relacion.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

Quince dias habian transcurrido desde la partida de ellos, sin saber donde se hallaban, cuando Moctezuma le hizo saber la llegada de la flota. (1) El primer sentimiento de Cortés fué de placer. Creyó, como he dicho, que eran buques enviados con refuerzos, para dar término á la empresa; pero pronto desapareció para él la alegría, ocupando su lugar otro sentimiento diametralmente opuesto. Veia á los soldados contentos y llenos de esperanza, y sentia tener que destruir las risueñas ilusiones que les halagaban. Se imaginó que la escuadra era enviada por su enemigo el gobernador de Cuba, para combatirle. Franco y leal, comunicó sus sospechas á los oficiales, y de estos pasaron á los soldados.

El júbilo se cambió súbitamente en pena, y la confianza en nuevos sobresaltos. Sin embargo, no decayó en ninguno el valor ni la constancia. Hernan Cortés, haciéndose superior á las dificultades y lleno de fé en salir triunfante de todos los peligros, habló á su ejército con la arrebatadora elocuencia que sus palabras encerraban para la tropa, y todos, capitanes y soldados, ofrecieron ser fieles á su causa, luchando á su lado hasta vencer ó morir. Entonces se vió claramente la poderosa influencia que ejercia el afortunado caudillo español sobre aquellos rudos soldados que posponian su conveniencia á su lealtad; su vida y su afan de oro, al amor de su general. Cortés no dejó sin recompensa la fidelidad de sus subordinados. Desprendido y generoso, regaló, de las joyas y del oro que le pertenecian,

(1) «Y enviados estos dichos mensajeros se pasaron quince dias que ninguna cosa supe, ni hobe respuesta de ninguno dellos.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

bastante cantidad á los soldados, y les aseguró que nun olvidaria su lealtad, su valor y su constancia.

Todas las sospechas se vieron realizadas con los pres enviados de la Villa-Rica.

Mientras descansaban los indios que los condujeron ca gados hasta las puertas de la capital, y comian algo l custodiados, marchó al cuartel castellano, uno de los sol dados españoles. Sin detenerse á hablar con ninguno c sus antiguos camaradas, se presentó á Hernan Cortés y entregó una carta de Gonzalo de Sandoval. El gobernad de la Villa-Rica ponia en conocimiento de su general, to lo que habia ocurrido; el número de buques y de trop enviados por Diego Velazquez, y el nombre del jefe q iba al frente de la expedicion.

Hernan Cortés preguntó al portador de la carta, por l presos; y al saber que habian quedado custodiados fue de la ciudad, marchó á recibirlos. Político y conocedor d corazon humano, comprendió que era conveniente mani festarse atento con ellos para ganar su aprecio. Cuando ll gó á donde estaban, mandó ponerles en libertad; les abr zó afectuosamente, y les dirigió las frases mas agradabl de aprecio y de amistad. Juzgando que estarian indign dos contra Sandoval por haberles enviado presos, manife tó al licenciado Guevara y á sus dos compañeros, que se tia profundamente la disposicion tomada, y les ofreció q castigaria á su comandante por el acto injusto cometi con ellos. En seguida les dió caballos para que entrasen e la ciudad con el respeto y decencia debidos á su clase; juntos y en grata conversacion, penetraron en las call de la capital. Cuando llegaron á los cuarteles españoles,

general mandó que les dispusiesen una de las mejores piezas para habitacion; les llevó á su mesa, y les trató con las mas altas consideraciones. El afable trato del caudillo español hizo desaparecer la mala prevencion que contra él llevaban los representantes de Narvaez, y empezando por apreciarle, acabaron por ser sus amigos. Obsequioso y fino, regaló á Guevara y sus compañeros, estimables alhajas de oro, como prueba de estimacion y de afecto, á que correspondieron protestándole sincera amistad. Establecida así la confianza, Hernan Cortés supo por ellos, el espíritu que animaba á la tropa de Narvaez y los proyectos de este general. Le dijeron que los soldados no se manifestaban muy gustosos de tener que combatir contra sus compatriotas, y que con satisfaccion entrarian en un arreglo, á permitírselo su general. Por lo que hacia á la oficialidad, no se manifestaba muy satisfecha de servir bajo sus órdenes. Veian en su jefe la soberbia y la arrogancia, unidas á la ruindad y la miseria, cualidades con que se habia enagenado las pocas simpatías que algunos le tenian al salir de Cuba.

Hernan Cortés procuró sacar todo el provecho posible de los informes adquiridos.

Su primer paso fué escribir una carta atenta y conciliadora á Pánfilo de Narvaez. En ella le recordaba su antigua amistad; le felicitaba por su llegada, y se manifestaba dispuesto á entrar en conferencias, para venir á un arreglo conveniente á los intereses del rey, de Dios y de la patria. Pintaba la buena disposicion en que estaba el país para admitir á todos los españoles; la protesta de vasallaje hecha por Moctezuma y la nobleza al monarca de Castilla;

y le pedia que no hiciese comprender á los nativos mucho menos al emperador azteca, las desavenencias (les desunian, porque .seria fácil que, desconfiando todos, desconociesen y rechazasen lo admitido. Le h: ver que la situacion en que se hallaba el ejército espaĩ en la capital, era de las mas críticas. Una palabra Moctezuma podia poner en armas toda la ciudad y el re entero; y todo lo que á fuerza de afanes se habia alcan do, se perderia, con perjuicio de los intereses de la pat Era preciso, le decia, evitar un choque, si se queria c servar la obediencia de los nativos y el respeto al mona que habian reconocido. Apelar á las armas para soste cada cual lo que juzgaba su derecho, no daria por res tado mas que destruirse mútuamente, quedando impote para sostenerse en el país, aquel que tuviese la triste ria de quedar vencedor. Añadia que, por su parte, est dispuesto á unir sus tropas á las de Narvaez y á compa con él los peligros y la gloria, para dar feliz cima á la presa que estaba próxima á realizarse, y que la me imprudencia podria hacer irrealizable. Hernan Cortés c cluia su carta protestando su fidelidad al rey, y manifesta á Narvaez que estaba dispuesto á entregarle inmediatam te el mando, si acreditaba que su nombramiento era c cedido por el soberano. Seguro estaba el caudillo espa de que la comision de Narvaez no dimanaba sino del bernador de Cuba.

Narvaez leyó la carta de Cortés, llevada por un inc con aire despreciativo. Burlándose de sus consejos, la señaba á todos sus oficiales, tratando de ridiculizarle, mismo que á sus soldados. Pocos eran los capitan

asociaban sus burlas á la de su jefe. La mayor parte de ellos sabian respetar el valor de Hernan Cortés, y disimulaban el disgusto que les causaba la vanidad y el orgullo del que le ofendia. Solamente un oficial llamado Salvatierra, que iba de veedor en el ejército, hombre alto y membrudo; pero mas injusto que corpulento, asociaba sus insultos á las ofensivas palabras de su general. Varias veces le habia dado el epíteto de traidor, y con frecuencia repetia que tendria el gusto de cortar con su tajante tizona las orejas al desleal Cortés, y sazonar una de ellas para tomarla en el almuerzo. (1)

Pánfilo de Narvaez no contestó á la carta de Cortés. Cuatro dias despues de haberla enviado, el sacerdote Guevara y sus dos compañeros se dispusieron á marchar á su real, para dar cuenta del resultado de su comision. Hernan Cortés volvió á hacerles varios regalos, y les despidió ofreciendo servirles en lo que pudiera.

Durante aquellos dias, el ejército enviado por Diego Velazquez, habia cambiado de residencia. Aconsejado Narvaez por los tres soldados desertores, dejó la malsana playa en que habia formado su campamento, y se marchó á Cempoala, donde fué acogido con demostraciones de aprecio por el cacique, creyéndole amigo de Cortés.

El sacerdote Guevara llegó á los pocos dias con sus compañeros, y se presentó á Narvaez, para darle cuenta de

(1) «Y decia al Narvaez, reprendiéndole, que para qué leia la carta de un traidor como Cortés é los que con él iban, é que luego fuese contra nosotros, é que no quedase ninguno á vida; y juró que las orejas de Cortés que las habia de [illegible], y comerla una dellas; y decia otras liviandades.»—Bernal Diaz del Castillo.

lo acaecido desde su salida. El general se manifestó profundamente indignado contra el proceder de Gonzalo de Sandoval con sus enviados, y pronunció palabras injuriosas contra Cortés, no descuidando el epíteto de traidor y de desleal. Guevara manifestó que tenia razon de indignarse contra la medida violenta de Sandoval; pero que, con respecto á Hernan Cortés, todos se hallaban equivocados. Habia observado de cerca su conducta, le dijo; examinado detenidamente sus actos, y descubierto en las conversaciones que habia tenido con él, sus ideas y sus pensamientos. Nada habia omitido para conocer al hombre contra quien iba predispuesto. Al observarle y conocerle, rectificó su opinion. Cortés era un leal caballero y un buen servidor del rey; le veia dispuesto á entrar en un arreglo conveniente que evitase todo choque entre españoles, del cual resultarian graves daños para la corona, no menos que para la religion. Le hizo una descripcion de la grandeza y poder de la capital de Méjico; ponderó la importancia de las numerosas ciudades que en su tránsito habia visto; la riqueza de las vastas provincias que obedecian á Moctezuma y el aprecio de los nativos hácia los hombres blancos. La lucha entre uno y otro ejército, echaria por tierra lo que se tenia adelantado. Guevara terminó suplicándole que arreglasen sus diferencias pacíficamente; pero que, si no estimaba honroso entrar en convenios, podia dirigirse á cualquiera de los vastos y ricos señoríos que habia en la Nueva-España, dejando á Cortés en los puntos que dominaba.

Pánfilo de Narvaez estalló en ira, cuando acabó de hablar el eclesiástico Guevara, y vió apoyada su opinion por el escribano Vergara y aun por Amaya, pariente, como he

dicho, de Velazquez. La favorable opinion de los que habia enviado para intimarle la entrega del mando, le hizo prorumpir en injurias contra Hernan Cortés y aun se manifestó ofendido del eclesiástico y del notario. Pero aunque en Narvaez no encontrasen buena acogida los consejos de sus enviados, en los soldados causaron distinta impresion. Los elogios hechos del general y de los soldados, contra quienes les enviaban; la bella descripcion de la riqueza del país, y el respeto y amor que el monarca azteca y sus vasallos consagraban á Cortés, inclinó el ánimo de la tropa en favor de éste último.

En las conversaciones amistosas que Guevara, lo mismo que el escribano y Amaya, tenian con los soldados, no hacian mas que ensalzar la liberalidad de Cortés con sus subordinados; ponderar la abundancia de oro que entre la tropa habia. Las muchas alhajas de oro y pedrería que ellos mismos llevaban, eran una prueba inequívoca de la generosidad del hombre á quien se habia calumniado, queriendo oscurecer los notables servicios que habia prestado al rey y á la religion. Los elogios prodigados á Cortés y que inclinaron en su favor el espíritu del soldado, fueron confirmados por el padre Olmedo que se presentó en el campamento de Narvaez, enviado por Hernan Cortés, con el noble fin dé evitar un rompimiento. El caudillo español, conociendo el genio recto que distinguia al venerable sacerdote, le eligió para que desempeñase la delicada comision de hacer desistir á Narvaez de toda actitud hostil. Confiando en su claro talento y en el acertado tino que siempre habia demostrado en los negocios mas árduos, le entregó una carta para el jefe de la expedicion, concebida

en los términos mas conciliativos. Deseando que nadie dudase de su lealtad en el servicio del rey, envió con el mismo sacerdote, dos cartas mas; una para el licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, y la otra para el antiguo secretario de Velazquez, Andrés de Duero. El ardiente anhelo de Cortés era evitar una lucha entre españoles, que tenia que producir graves males á los intereses de la corona.

El ilustrado religioso entregó al jefe de la expedicion el pliego que para él llevaba, y esperó á que lo leyera. Narvaez estrujó con ira el papel entre sus manos, y se expresó en los términos mas ofensivos contra el que habia declarado su enemigo. El padre Olmedo se atrevió á decirle que le habian informado mal del hombre á quien juzgaba desleal. Le aseguró que era un verdadero servidor del monarca, y que su comportamiento era digno de los mayores elogios. Narvaez, que se hallaba envanecido por la fuerza con que contaba, se manifestó indignado y aun pronunció palabras ofensivas contra el venerable sacerdote. (1)

No se desanimó el buen sacerdote por la obstinacion del favorecido de Velazquez en no avenirse á un arreglo amistoso. Celoso del cumplimiento de su deber, pasó inmediatamente á visitar al licenciado Ayllon y al secretario Andres de Duero, á quienes entregó las cartas de Cortés. Ambas se reducian á suplicarles que interpusiesen su influencia y su respeto con los oficiales y los soldados, infundiendo en ellos el espíritu de avenimiento. El padre Olmedo les refirió el enojo que en Narvaez habia producido la respetuosa carta de Cortés y lo mal prevenido que le

(1) «E porque el fraile respondió que antes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra.»—Bernal Diaz.

veia para entrar en un arreglo pacífico. El licenciado Ayllon, lo mismo que el secretario Andrés de Duero, elogiaron la conducta noble de Hernan Cortés, y le prometieron poner todos los medios que estaban al alcance de ellos, para conseguir que no se disparase un solo tiro. En las conversaciones con varios oficiales y soldados, el padre Olmedo manifestaba á todos, el laudable deseo que animaba á Cortés de celebrar un arreglo conveniente; inclinaba el ánimo de los oyentes á la paz, y repartia con acertado tino y discrecion, valiosas joyas que, con ese objeto, le habia dado el caudillo español. La respetable opinion del licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon y de Andrés de Duero, en favor de las proposiciones hechas por Cortés; las elocuentes palabras del venerable religioso, enalteciendo la patriótica intencion del generoso jefe que le habia enviado; los elogios que de su liberalidad hacian el escribano y el sacerdote Guevara, formaron un partido numeroso en favor de Cortés, ó al menos de sus proposiciones para un avenimiento.

La tropa veia las ricas joyas regaladas por el jefe del ejército que iban á combatir, escuchaba ponderar su amabilidad y franqueza, y no podia menos que sentir simpatías hácia él. Pánfilo de Narvaez no habia dado á sus soldados ni una manta, ni una joya de las muchas que habia recibido en los presentes hechos por los gobernadores de las poblaciones de la costa. Comparaban su ruindad con las valiosas dádivas de Cortés; la afabilidad de éste, con la altanería de su general; y estas comparaciones nada favorables para Narvaez, iban dando por resultado la popularidad de su rival.

Las conferencias que el padre Olmedo tenia con varios capitanes, en favor de la paz y de las proposiciones de Hernan Cortés, llenaron de indignacion á Pánfilo de Narvaez. Exaltado de ira, hizo comparecer al respetable religioso, y le dirigió, delante de varios oficiales, frases durísimas y altamente injuriosas. Le llamó fomentador de traiciones y le hubiera puesto preso, si no hubiera mediado en su favor el secretario Andrés de Duero. Narvaez comprendió que habia estado demasiado severo con el sacerdote, y trató de remediar su falta, usando de las atenciones debidas á su elevado carácter. Sin embargo, para evitar que continuase inclinando el ánimo del soldado á un avenimiento con su rival, le mandó que regresase á Méjico. El religioso obedeció; pero en el ejército quedó sembrada la idea ventajosa hácia Cortés, que debia fructificar con mas ó menos abundancia.

La conducta de Narvaez, obstinándose en no querer escuchar las proposiciones del general contrario, que se manifestaba dispuesto á un avenimiento, disgustó en extremo al oidor Lúcas Vazquez de Ayllon. El sincero licenciado manifestó que el interés de la patria exigia que, antes de dar el escándalo de un rompimiento entre españoles, se debia convocar una junta de los principales capitanes del ejército, á fin de que se discutiese sobre la resolucion que seria mas conveniente tomar. Lo contrario era dejar el servicio de la corona y la vida de los que formaban la expedicion, al capricho de un solo hombre. Notable efecto produjo esta opinion en los oficiales y soldados. El licenciado Ayllon era un respetable miembro de la Audiencia de Santo Domingo, y nadie podia dudar de que el deseo

del buen servicio hácia el rey dictaba sus palabras. Pánfilo de Narvaez, resuelto á atropellar por todo antes que ceder de su propósito de aprisionar á Cortés, mandó prender al ilustre oidor y que lo llevasen, en uno de los buques, á la isla de Cuba, para entregarlo al gobernador Diego Velazquez. La órden se ejecutó con asombro del ejército, que veia ultrajada la dignidad de una persona que pertenecia á uno de los cuerpos mas respetables de las colonias. (1) Ayllon logró atemorizar al capitan del buque que le llevaba, diciéndole que la Audiencia se quejaria al rey del atropellamiento cometido con uno de sus miembros. La arbitrariedad y el desacato, añadió, no podrian quedar sin castigo, y Narvaez sufriria la pena que merecia, como la sufririan todos los que obedecian sus órdenes. El capitan entonces, desobedeciendo la disposicion del jefe del ejército y obsequiando el deseo del licenciado, se dirigió á Santo Domingo. La Audiencia, al escuchar de los labios de uno de sus miembros, la conducta observada por los que habian dispuesto la expedicion, hizo un escrito exacto de todo lo acaecido, presentando de relieve la conducta desleal de Diego Velazquez y de su general, y lo envió á la corte de España. (2)

(1) Prescott pone la prision y embarque de Ayllon, antes que el sacerdote Guevara llegase á la capital de Méjico, y asegura que cuando el padre Olmedo llegó á Cempoala con las cartas de Cortés, «escribió al licenciado Ayllon, cuya partida ignoraba.» Yo he seguido á Bernal Diaz, que la pone despues de la llegada siguiente de Guevara, pues dice: «Como el oidor vió las cartas de Cortés, (las que envió por el padre Olmedo) si de antes decia que aquella armada que enviaba era injusta,» etc.

(2) Se conserva esta relacion en el archivo de la real academia de la histo-

Notable disgusto causó en las personas pensador
medida violenta tomada contra un personaje distin
de la real Audiencia. La disposicion fué censurada
mayor parte del ejército; y algunos respetables indiv
insistieron en que debian escucharse las proposicior
Hernan Cortés. Entre las personas que mas sinceral
conducta de éste, se hallaba el letrado Gonzalo de C
co, individuo de noble cuna y de rectos sentimi
Pánfilo de Narvaez, siguiendo su conducta de rigor,
dó ponerle preso. Oblanco se exaltó con aquel acto
trario con él cometido, y murió á los cuatro dias,
derráme de bilis, por la indignacion que causó en s
mo recto la injusticia. (1)

El rigor desplegado por Narvaez hizo que nadie se
viese á pronunciar una palabra que pudiese desagra
severo general.

Creyendo fácil y seguro el triunfo contra Cortés,
festó al ejército su irrevocable resolucion de hacer la
ra á su rival, declarándole traidor al rey. Anhelaba
humillado y enviarle cargado de cadenas á la is
Cuba.

Los cempoaltecas se sorprendieron cuando llega
comprender que los hombres blancos, recien llegad
disponian á luchar contra los que con ellos vivian.

ria, entre los manuscritos del señor Vargas Ponce. Su título es: «P
pesquisas hechas por la real Audiencia de la Española é tierra nuevame
cubierta. Para el consejo de su majestad.»

(1) «Y por esto que le dijo, le mandó echar preso; y como el Go
Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro dias.»—Ber
del Castillo. Hist. de la Conq.

Entre tanto, Gonzalo de Sandoval, dispuesto á morir defendiendo la plaza de la Villa-Rica, en caso de ser acometido, construia á toda prisa las fortificaciones, y daba á Cortés importantes noticias respecto de lo que pasaba en el campo de Narvaez. Leales y valientes los pocos soldados que tenia, se introducian en número de dos ó tres, disfrazados de indios y pintados los rostros, en el campamento enemigo, observando y oyendo todo, sin que nadie sospechase de ellos. De dos que eran bastante morenos, se valia generalmente Sandoval para adquirir noticias. Iban vendiendo ciruelas, ó yerba para los caballos. El corpulento Salvatierra, el que habia prometido cortar las orejas á Cortés, les compraba muchas veces lo que llevaban, dándoles cuentas de vidrio. Los fingidos indios, queriendo vengar las injurias que proferia contra su general, se apoderaron, una noche, de un hermoso caballo que tenia, y se volvieron á la Villa-Rica con la apreciable presa. El burlado Salvatierra se desató en improperios contra los que entonces conoció que eran soldados de Sandoval. (1)

Tambien le dieron importantes noticias del campamento y del espíritu que en él reinaba, cinco soldados, parientes del licenciado Ayllon, que abandonaron las filas de Narvaez.

Instruido Hernan Cortés por Sandoval, de las disposi-

(1) «E fueron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí tanto... Y van á donde tenia el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él.»—Bernal Diaz.

ciones que tomaba el general enemigo, comprendió que habia llegado el momento de obrar.

Habia dado todos los pasos que juzgó necesarios para evitar un rompimiento. Se habia valido de las personas mas respetables de ambos ejércitos, para llegar á un avenimiento. Narvaez se habia negado á todo. Sobre él únicamente pesaba la responsabilidad de la sangre que se derramase y de los males que sobrevinieran. Así pensaba Cortés, y, en consecuencia, se apresuró á remitir al éxito de las armas, la solucion del asunto.

A las amenazas y á los insultos de su rival, de que le dieron aviso, por medio de cartas, Sandoval y el padre Olmedo, no contestó ni con una sola frase mal sonante. (1) Las frases injuriosas eran agenas á su carácter y á su educacion. Su juramento era decir, «en mi conciencia:» en su enojo contra algun soldado, «¡oh, mal pese á vos!»; y en el caso de mayor exaltacion de cólera, que se revelaba en que se le hinchaba una vena en la frente y otra en la garganta, «callad,» ó «idos con Dios.» En estos casos de notable enojo, arrojaba una manta, y no pronunciaba palabra ninguna injuriosa contra nadie. (2)

(1) «Y tenia Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala al Narvaez.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «Cuando juraba decia: «En mi conciencia;» y cuando se enojaba con algun soldado, decia: «¡Oh, mal pese á vos!» Y cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningun capitan ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo desconsiderados que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy soberbia ni mala; y aunque habia materia [illegible]

Narvaez se manifestaba intransigente. Considerándose con sobradas fuerzas para aniquilar á su rival, sin dificultad ninguna, manifestó su irrevocable determinacion de marchar sobre Cortés, apoderarse de él y tratarle como traidor al rey. Pronto comprendió el cacique de Cempoala, lo mismo que sus vasallos, que los nuevos hombres blancos, aunque compatriotas de los primeros, eran enemigos de éstos. A dar toda la fuerza de verdad á su sospecha, vinieron bien pronto los hechos. Pánfilo de Narvaez ordenó al cacique cempoalteca, que le entregase las telas y las joyas que le habia dejado á guardar Hernan Cortés cuando salió de Cempoala para Méjico. El cacique manifestó que no se atrevia á entregar los efectos que tenia en depósito, temiendo «que le castigase Malinche, cuando volviera.» Entonces le exigió imperativamente la entrega, haciéndole saber que Cortés era un rebelde á su rey. Grande fué la admiracion que produjo en los cempoaltecas la inesperada noticia, y pronto empezaron, muchos de ellos, á dejar de conducir víveres á la Villa-Rica, declarándose por los que juzgaban legítimos enviados del monarca de Castilla.

Gonzalo de Sandoval puso en conocimiento de Cortés la intencion manifestada por Narvaez de ir sobre la capital de Méjico, y la actitud hostil que empezaban á tomar los nativos contra la guarnicion de Veracruz y en favor del general contrario.

Las noticias no podian ser mas alarmantes. Crítica era

idos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, ó os haré castigar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

la situacion en que se encontraba el caudillo español. Te ribles las circunstancias que le rodeaban; pero en ell brillaron de una manera notable, su heróica constancia, s genio, su valor, su prudencia y su sagacidad. Se ve amenazado por todo el poder de la nacion azteca si no sa lia de la capital en el instante que estuviesen construid los buques, y tenia á su espalda un ejército de sus mism compatriotas, de triplicadas fuerzas al suyo, dispuesto destruirle. La piedra del sacrificio por un lado; la prisic y la vergüenza por el otro. Si esperaba á Narvaez en capital, ningun mejicano, empezado el combate, se acer caria á sus cuarteles para llevarle víveres, mientras el en migo que le cercaba podia proveerse de todo lo necesario aun interesar á los habitantes en su favor, diciendo que disponia á dejar libre al monarca y castigar al que le ten prisionero. Si marchaba al encuentro de Narvaez, ten que abandonar la ciudad, perdiendo todo lo que á costa peligros y de trabajos habia adelantado. Si dividia la fue za, demasiado corta ya, que formaba su escaso ejércit dejando una parte en Méjico y marchando con la otra combatir á su contrario, era exponerse á sucumbir en ar bas partes, por no poder atender á ninguna con los eleme tos mas indispensables. Era preciso elegir uno de los extr mos; y el extremo que abrazó fué el último. Comprend lo difícil, lo desesperado de su situacion; pero nada era c paz de abatir ni de arredrar el espíritu de aquel homb extraordinario. Lleno de fé en su causa, convocó á sus c pitanes y principales soldados. Les informó de la bue disposicion en que se hallaba la oficialidad y la tropa Narvaez respecto de ellos: la poca vigilancia que habia

el campamento, y el disgusto marcado contra la guerra. En su concepto, lo conveniente era dejar una corta fuerza en la capital, custodiando á Moctezuma, para evitar un levantamiento, y situarse á poca distancia del campamento de Narvaez, procurando entablar de nuevo negociaciones. Si, como no era difícil, el general enemigo, viendo inclinada su gente hácia la paz, accedia á un avenimiento, quedaban en el alto lugar que les correspondia. Si insistia en la guerra, sus soldados no podrian batirse con entusiasmo; se rendirian fácilmente al ser sorprendidos, como estaba seguro de sorprenderles; y entonces podrian volver todos juntos, formando un solo ejército, á la capital, y asegurar para siempre los tesoros adquiridos y la dominacion del imperio.

El pensamiento de Hernan Cortés fué admitido sin titubear, por capitanes y soldados. Nadie pensó en la poca fuerza de que se podia disponer, sino en la fortuna del caudillo que habia salido airoso hasta entonces, de las mas peligrosas empresas.

El jefe español se entregó con actividad, á preparar los elementos de que podia disponer para la guerra. Para poder combatir contra la caballería, meditó un medio que juzgó daria brillantes resultados. Los indios de la provincia de Chinantla, situada al Sudeste de Cholula, y enemigos de los mejicanos, se habian declarado, expontáneamente, hacia muy poco tiempo, vasallos del rey de España. Usaban en campaña una lanza mucho mas larga que los españoles, con dos brazos de cortante pedernal. Hernan Cortés mandó á un soldado llamado Tovilla, hombre muy práctico en el arte de la guerra, á pedir al cacique de la

provincia que le enviase trescientas lanzas, á las cuales, en vez de las dos puntas de cortante pedernal, les pusiesen de cobre, metal que abundaba en Chinantla. Las nuevas lanzas con que el jefe español pensaba resistir á la caballería, debia llevarlas Tovilla á un pueblo situado en el camino por donde debia marchar Cortés con su ejército. Tambien se le pedia al gobernante de la provincia, dos mil hombres de guerra, que debian esperar en el mismo punto.

No pedia el caudillo castellano esa gente porque pensase batir con ella á las tropas de Narvaez. Estaba muy lejos de él ese pensamiento. Lo hacia para que su rival se inclinase á entrar en un arreglo, viendo que Cortés no solamente contaba con sus soldados, sino que podia levantar al país entero en su favor, en caso de romperse las hostilidades. Con el mismo objeto suplicó al senado de Tlaxcala que le tuviese dispuestos cuatro mil hombres.

El general español habia enviado, como queda dicho en otro capítulo, una fuerza de ciento cincuenta soldados, al mando del capitan Juan Velazquez de Leon, á establecer una colonia en Goatzacoalco. Formando, por decirlo así, aquella tropa la mitad de su ejército, despachó un mensajero al expresado oficial, diciéndole que abandonase el punto y se dirigiese á Cholula, donde se reunirian.

Era Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba y persona de alta importancia, por su posicion social y por sus recomendables cualidades como militar. Pánfilo de Narvaez, tratando de dejar reducido á la impotencia á Cortés, le habia escrito una carta desde los primeros dias que desembarcó, suplicándole, en nombre de su pariente Diego Velazquez, que abandonase [illegible]

balde jefe que les habia engañado, y diciéndole que pasase á las suyas, donde hallaria las recompensas á que era acreedor por su nacimiento, por su mérito y por su valor.

Narvaez no dudó que conseguiria atraer con su invitacion al valiente capitan. Sabia, por los tres soldados que se le habian presentado al desembarcar, que era uno de los que habian conspirado contra Cortés cuando el ayuntamiento de Veracruz nombró á éste capitan general y justicia mayor de la villa. Estaba igualmente informado de que por ese motivo fué conducido preso á uno de los buques por órden del mismo Cortés, que mandó ponerle grillos; y sabia que entonces se manifestó celoso de los derechos del gobernador de Cuba. Se lisonjeaba que el parentesco con uno y el resentimiento hácia el otro, darian el resultado que esperaba. Pero se equivocó. Juan Velazquez de Leon habia olvidado su resentimiento contra Cortés, desde que conoció la rectitud con que obraba. Mejor dicho, aquel resentimiento no habia existido. Habia sido reducido á prision porque conspiró contra un hombre mientras dudó de la rectitud de sus obras; pero se adhirió á él con la lealtad del verdadero caballero, al ver en él un ardiente servidor del rey y de la religion, y un jefe digno de la estimacion de todos. Hernan Cortés, noble en sus sentimientos y justo apreciador del mérito, le habia distinguido siempre; le habia dado pruebas inequívocas de su amistad; le habia tratado con las mas altas consideraciones, y habia puesto, por último, en sus manos, la mitad del ejército, confiándole la formacion de una colonia. Juan Velazquez de Leon, veia, como hombre de levantados sentimientos, sobre el parentesco, el deber; sobre los ofreci-

mientos, la lealtad; sobre el interés personal, los intereses de la patria. Contestó, en consecuencia, dando las gracias á Pánfilo de Narvaez por sus lisonjeras ofertas; pero manifestando que no podia admitirlas. Pundonoroso y noble, envió la carta á Hernan Cortés, para que supiese lo que pasaba, y pocos dias despues se puso en marcha con su gente hácia la capital de Méjico. (1) El mensajero de Cortés le encontró en el camino, y en virtud de la órden recibida del general, se dirigió á Cholula para esperarle allí.

Desde que el caudillo español y sus capitanes resolvieron marchar al encuentro de Narvaez, se trabajó sin descanso en hacer algunas obras de fortificacion en los cuarteles españoles, para que la guarnicion que iba á quedar en ellos cuidando de Moctezuma, pudiera defenderse en caso de ser atacada por los mejicanos. Hernan Cortés confió el mando de la fuerza que quedaba, y ascendia á ciento cuarenta hombres, á Pedro de Alvarado, oficial de grandes prendas militares, de extraordinario valor, fiel amigo suyo, de cuya lealtad no podia dudar, y persona á la vez á quien el emperador azteca miraba con particular predileccion.

(1) «Y me envió una carta que el dicho Narvaez le habia enviado con un indio, como á pariente del dicho Diego Velazquez y cuñado del dicho Narvaez, en que por ella le decia cómo de aquellos mensajeros mios habia sabido que estaba allí con aquella gente, y que luego se fuese con ella á él, porque en ello haria lo que cumplia y lo que era obligado á deudos, y que bien creia que yo le tenia por fuerza; y otras cosas que el dicho Narvaez le escribia. El cual dicho capitan como mas obligado al servicio de V. M. no solo dejó de aceptar lo que el dicho Narvaez por su letra le decia, mas aun luego se partió, despues de me haber enviado la carta, para se venir á juntar conmigo con toda la gente que tenia.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

Le suplicó muy encarecidamente que se continuase teniendo con el emperador azteca las consideraciones debidas á su elevado rango. Tambien le recomendó que respetase los usos y costumbres de los habitantes, pues dar algun paso opuesto, seria exponerse á ser atacado por el pueblo entero. Estribando la seguridad de todos en la permanencia de Moctezuma en los cuarteles españoles, le dijo que vigilase mucho para evitar que se ausentase de sus habitaciones. No le recomendó menos el cuidado del valiente Cacamatzin, destronado rey de Texcoco, y de los demás personajes que se habian adherido á él cuando trató de dar el grito de guerra. Por lo que hacia á Cuitlahua, señor de Iztapalapan y hermano de Moctezuma, á quien habia puesto en libertad hacia algunos dias, porque no apareció culpable, le encargó que mantuviese con él la mayor armonía. Previsor en todo, mandó traer de Tlaxcala gran cantidad de maíz y de aves, á fin de que estuviesen los cuarteles provistos de víveres, en caso de un conflicto.

Comprendiendo que de la rapidez en la marcha dependia el éxito de la empresa que acometia, dejó toda la artillería y municiones á la guarnicion, y marchó á despedirse de Moctezuma, acompañado de varios capitanes.

El emperador azteca habia notado desde el dia que mostró á Cortés el lienzo en que estaban pintados los buques de Narvaez, el desasosiego y agitacion de los españoles. Aunque los gobernadores de los puntos próximos al campamento del nuevo general, le habian indicado las señales de hostilidad que habian advertido entre ambos ejércitos, no tenia una certeza de ello. Deseando descubrir la verdad, preguntó al paje Orteguilla la causa de la inquietud y movimiento

que reinaba en los castellanos, y por ese medio supo c ramente el objeto de la expedicion de Narvaez. ·

Se ha dicho, por algunos escritores, que Pánfilo de N vaez, al pisar las playas del país, habia enviado un men á Moctezuma, diciéndole que llegaba comisionado por rey para castigar á Hernan Cortés y volverle la libert Desde ese momento, al decir de los mismos, el empera azteca le envió grandes regalos, y se estableció entre dos una correspondencia activa, por medio de corr que cruzaban de Cempoala á Méjico y de esta capital campamento del jefe enviado por Diego Velazquez. ro no es verosimil que haya existido comunicacion n guna entre el soberano de Méjico y el jefe de la nu expedicion. Narvaez no tenia intérprete ninguno pudiese explicar á los mejicanos el objeto de su e presa.

El mismo Hernan Cortés, á pesar de hallarse ha mucho tiempo en el país, necesitaba de Marina y de rónimo de Aguilar para tratar sus negocios con los aztec No habia otra persona que pudiese servir de intérpr No existia ni un solo mejicano que comprendiese el es ñol, ni un solo español que poseyese el azteca. Unicam te el paje Orteguilla entendia lo muy preciso y se ha comprender algo. Pero ni Marina, ni Gerónimo de Ag lar, ni el paje Orteguilla podian haber referido á Mocte ma lo que no les habia comunicado ni encargado Pán de Narvaez. No se habian presentado en Méjico, de pa del jefe de la nueva armada, mas que el cura Gueva el escribano Vergara y un pariente del gobernador de ba llamado Amaya. Pero éstos jamás hablaron á Mocte

ma, pues ignoraban el idioma, y además se habian declarado amigos de Hernan Cortés.

Los mejicanos habian traslucido la rivalidad de los dos ejércitos, por la conducta observada entre los jefes españoles. Habian visto mantenerse separados unos de otros; enviar una embajada á Sandoval, y conducirla presa á Méjico, custodiada por soldados de la Villa-Rica, y enviada á toda prisa en hombros de los indios.

No existe prueba ninguna de esas confidencias establecidas entre Narvaez y Moctezuma. Tampoco los regalos enviados al nuevo jefe español, arguyen que tuvieran relaciones amistosas. Los regalos no habian sido enviados por el monarca mejicano, sino por los gobernadores que tenian órden de obsequiar á los hombres blancos que llegasen, juzgándolos compañeros de los que estaban en el país. Esos presentes eran además una costumbre establecida en aquellas provincias, que se hacian como una prueba de aprecio y de respeto.

Cuando se presentó Hernan Cortés con sus oficiales al monarca azteca para despedirse de él, se admiró Moctezuma de su resolucion. Sabia, por el paje Orteguilla, que marchaba á campaña; y al ver la corta fuerza con que contaba, no pudo menos que maravillarse de su arrojo. Estaba informado de la mucha gente que tenia su rival, de su buena caballería, de la abundancia de municiones, de su mayor artillería, así como del buen armamento de los soldados, y juzgó temeridad que se dirigiese al encuentro de sus enemigos. El emperador azteca profesaba un verdadero afecto de cariño al caudillo español, y sentia verle expuesto á perecer.

Nada le habia dicho Cortés respecto del motivo que le obligaba á salir. Creyó que era prudente ocultarle la desunion de los dos ejércitos, para no desconceptuar la empresa con perjuicio de los intereses del rey y de la religion, y se propuso marchar sin comunicarle la causa. Moctezuma, sin embargo, quiso manifestarle que sabia el objeto de su marcha. Veia en el país dos generales y dos ejércitos de una misma nacion. Uno de los generales, Cortés, se habia presentado como embajador del soberano de Castilla; ante él habia jurado vasallaje á la corona de España. El otro general, Pánfilo de Narvaez, acababa de llegar asegurando que él era el verdadero embajador, y amenazando castigar al primero como desleal á su rey. El monarca azteca intentó descubrir algo de la verdad, dirigiendo algunas palabras relativas al objeto de la partida. Le dijo que habia notado hacia algunos dias, bastante agitacion en los soldados y preparativos de viaje. Al verles así, habia juzgado que los buques llegados á la costa les esperaban. Pero ahora estoy persuadido, agregó, de que han venido con distinto objeto. Añadió entonces, que estaba informado del objeto de la nueva expedicion; los recien llegados eran compatriotas; tenian la misma religion; servian á un mismo soberano, y sin embargo, eran enemigos. Esto le sorprendia, y anhelaba la explicacion de aquel misterio para saber la conducta que debian observar sus gobernadores con Narvaez y su ejército.

El caudillo español le contestó que, con efecto, los recien llegados eran compatriotas suyos; cristianos como él y vasallos de un mismo soberano. Pero iban engañados por su general, quien, separándose de las instrucciones

que tenia, llegaba á presentarse como embajador, sin haber podido entregarle el nombramiento del monarca, que le habia exigido. «Mi obligacion, por lo mismo, terminó diciendo Cortés, es marchar para castigarle severamente por su impostura.» Le advirtió Moctezuma que llevaba poca gente para luchar contra su contrario, que tenia triplicadas fuerzas. El caudillo español le contestó que los que combaten contra su rey nunca luchan con el ardor de los leales servidores del monarca. La respuesta halagó al soberano azteca, y le ofreció cinco mil de sus guerreros, como auxiliares y aliados. Hernan Cortés agradeció el ofrecimiento; pero no lo admitió; más, en mi concepto, para persuadir que le acompañaba la justicia, que por falta de confianza en la lealtad de ellos, como algunos han supuesto.

El ofrecimiento del monarca azteca arguye en contra de las relaciones supuestas entre Moctezuma y Narvaez. Si el primero esperaba el favor del segundo, al dar los cinco mil guerreros, perdia su proteccion y se atraia su odio. Ni aun le quedaba, en caso de ser derrotado Cortés, la disculpa de que habia tratado de que le hostilizasen en momento oportuno. Para ayudar al jefe enviado por el gobernador de Cuba, pudo haberlo hecho reuniendo aquellas tropas á sus demás ejércitos y á los habitantes de la capital, atacando á Cortés en sus cuarteles, impidiendo su salida. Entonces Narvaez hubiera ido sobre Méjico, y la ruina de su rival era segura.

Pero nada, en mi concepto, estaba mas lejos del pensamiento de Moctezuma, que la correspondencia que se le ha querido atribuir con Narvaez. Si hubieran existido esas relaciones, no las hubiera callado Hernan Cortés en sus

cartas al emperador; pero lejos el caudillo español de creerlo así, refiere á su monarca los ofrecimientos del soberano azteca como sinceros. (1)

El caudillo español, despues de haber manifestado á Moctezuma su determinacion de ir á castigar al rebelde general, le dijo que su ausencia seria corta. Agregó que allí le dejaba, ocupando su lugar y para servirle en todo, al capitan *Tonatiuh, el sol,* como era conocido entre los mejicanos Pedro de Alvarado. Le suplicó que continuase favoreciendo con su proteccion á los españoles que allí dejaba. Luego, cuidadoso del respeto á la religion católica, le recomendó que no permitiese desacato ninguno contra la cruz y la imágen de la Vírgen, colocadas en el gran *teocalli*, y terminó diciendo, que el monarca de Castilla sabria corresponder á sus repetidos actos de lealtad.

Moctezuma le hizo nuevas protestas de fidelidad, y ofreció obsequiar cumplidamente sus deseos.

Hernan Cortés abrazó dos veces al monarca azteca, y en seguida marchó á disponer su marcha, que debia verificarse á los pocos momentos.

(1) «El me prometió (Moctezuma) de los hacer proveer de todo lo necesario, (á los soldados que dejaba Cortés) y guardar mucho de todo lo que allí le dejaba puesto para V. M., y que aquellos suyos, que iban conmigo, (varios nobles aztecas que quisieron acompañar á Cortés) me llevarian por camino que no saliese de su tierra, y me harian proveer en él de todo lo que hobiesen menester, y que me rogaba, si aquella fuese gente mala, (Narvaez y los suyos) que se le ficiese saber, porque luego proveeria de mucha gente de guerra, para que fuesen á pelear con ellos y echarlos fuera de la tierra. Lo cual yo todo se le agradecí.»—Seg. carta de Cortés á Cárlos V.

Confiando en que el altar y la imágen que dejaba en el templo serian respetados, retiró al soldado que hasta entonces habia cuidado de ellos, y lo unió á la guarnicion que quedaba en los cuarteles.

CAPÍTULO IX.

Sale Cortés de Méjico con setenta hombres.—Llega á Cholula, donde se le reune Juan Velazquez de Leon con su fuerza.—Continúa Cortés la marcha y encuentra en el camino al padre Olmedo que le entrega una carta de Velazquez.—Llega Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres á unirse á Cortés.—Envía Narvaez unos mensajeros á Cortés.—Contestacion de éste á los enviados.—Manda Cortés á Juan Velazquez de Leon á proponer un avenimiento á Narvaez.—Leal conducta que observa.—Cortés se aproxima con su gente á Cempoala.—El padre Olmedo y Juan Velazquez de Leon van á unirse con Cortés en el camino.—Requerimiento de Cortés á Pánfilo de Narvaez.

1520. Mayo. Era en los primeros dias del mes de Mayo de 1520.

Hacia seis meses que los españoles habian llegado á la corte de Moctezuma.

En el cuartel castellano se notaba un movimiento extraordinario.

Hernan Cortés daba sus últimas instrucciones á Pedro de Alvarado, recomendándole la prudencia y la seguridad del emperador azteca, á quien debia tratar con las altas distinciones debidas á un soberano.

Recomendó á los ciento cuarenta hombres que dejaba de guarnicion, el buen comportamiento con los nativos y la exactitud en el cumplimiento de sus deberes. (1)

Los soldados formados para seguirle, se reducian á setenta. (2) Eran los mas adictos á Cortés y los mas bizarros del ejército. No llevaban bagajes ni indias para hacer el pan de maíz. Iban armados á la ligera; sin un cañon, sin nada que pudiese detener su marcha. El éxito dependia de la actividad y del arrojo.

Los soldados que quedaban y los que partian se abrazaron; y poco despues, el osado caudillo español, confiando en Dios y en su fortuna, salia al frente de sus setenta intrépidos compañeros.

Moctezuma, queriendo darle una prueba de su particular aprecio, le acompañó hasta las puertas de la ciudad.

(1) En las ediciones modernas de las cartas de Cortés, se ha cometido un error notable. Se dice que el número de soldados que dejó fué quinientos siendo así que este número es mayor al del ejército con que fué á la capital En una edicion antigua se dice que dejó con Alvarado ciento cuarenta hombres; y en un documento que contiene las relaciones juradas de algunos testigos respecto del manejo del real quinto por Cortés, se dice que el número de soldados que dejó ascendia á ciento cincuenta.

(2) «E así, me partí aquel mismo dia, dejando la fortaleza muy bien bastecida de maíz y de agua. E con la otra gente que allí tenia, que serian hasta setenta hombres, seguí mi camino con algunas personas principales de los de dicho Muteczuma.»—Seg. Carta de Cortés.

llevado en sus ricas andas y seguido de un séquito numeroso. Pedro de Alvarado, con pretesto de darle guardia de honor al monarca azteca, le escoltó con una fuerza de cien hombres. Allí se despidieron de nuevo con las palabras del mas sincero afecto, abrazándose cordialmente al separarse. (1)

Moctezuma volvió á los cuarteles españoles con la misma pompa, mientras Hernan Cortés, acompañado de varias personas de la nobleza azteca, que quisieron ir con él hasta una distancia de algunas leguas, se dirigia á resolver la cuestion mas importante de su vida política.

Al marchar el caudillo español por la calzada de Iztapalapan, que era la misma por donde hacia seis meses entró en la capital, acaso meditaria en las evoluciones de la fortuna. Entonces, aunque con corto ejército, se sentia alentado por la fé, pues iba á combatir por la propagacion del Evangelio. Su muerte hubiera sido gloriosa porque moria por la cruz, y su nombre se habria pronunciado con respeto, como todos los de aquellos que habian perecido por Dios, por la patria y por el rey. Ahora iba á combatir contra hombres de su misma religion y patria. Ahora su muerte se trataria de presentar como castigo de su ambicion, y sobre su nombre acaso se haria recaer la terrible

(1) Antonio de Herrera supone que salió á acompañarle, porque anhelaba verse libre de los españoles y miraba ya con desagrado á Cortés y á los suyos. No me atreveré á juzgar de si fueron sinceras ó no las demostraciones de Moctezuma; pero lo positivo es que cumplió religiosamente lo que habia ofrecido, permaneciendo siempre en los cuarteles.

mancha de traidor y de rebelde al monarca. Pero cuale quiera que fuesen los pensamientos que ocupaban su me te, se puede asegurar que no bastaban á separarle del pl que habia concebido para luchar contra su rival.

La tropa, comprendiendo como su jefe, que de la pront tud en las operaciones dependia el éxito de la empres cruzaba á paso veloz el hermoso valle, sin detenerse á co templar lo que á su llegada les habia sorprendido y adn rado. La estacion era de las mas deliciosas. Una temper tura templada y constante, favorecia al soldado haciénd menos penosa la agitada marcha. Pronto cruzó la cade de montañas que, como una formidable muralla, circund el majestuoso valle; y pasando por entre los dos volcan coronados de perpétuas nieves, que los nativos reputab poderosos dioses, empezó á entrar en las deliciosas y cul vadas llanuras de la fértil provincia de Cholula.

Las autoridades de los pueblos por donde el ejército p saba, le proveian de los víveres necesarios, sin retribuci ninguna. Tenian órden de su emperador para ello, y ad más sentian satisfaccion en manifestarse generosos c los hombes blancos, á los cuales miraban con cariño y re peto.

Hernan Cortés llegó con rapidez asombrosa á la ciud de Cholula, donde fué recibido por los gobernantes c demostraciones de singular benevolencia. Grato le fué v la buena disposicion de sus habitantes en servirle; pe aun superó á la satisfaccion de la excelente recepcion, encontrar allí al capitan Juan Velazquez de Leon, que esperaba con ciento veinte soldados de aquellos con que f enviado á colonizar Goatzacoalco. La alegría de la tro

fué extraordinaria. Los soldados se abrazaban, contándose mútuamente lo que cada cual habia pasado desde que se separaron, y lo mismo hacia la oficialidad.

El caudillo español, prendado de la lealtad del pundonoroso Juan Velazquez de Leon, se manifestó con él sumamente afectuoso y atento. Hablaron largamente de la conducta que se debia observar antes de llegar á un rompimiento con Narvaez, y del plan de campaña, en caso de ser precisa la lucha.

Hernan Cortés escribió inmediatamente á Gonzalo de Sandoval, diciéndole que saliese de la Villa-Rica con todos sus soldados, y marchase á reunirse con él, indicándole la poblacion á donde se dirigia, distante doce leguas de Cempoala.

Poco despues de haber llegado á Cholula, recibió el general español considerable cantidad de gallinas, maíz y otros víveres, que le envió el senado de Tlaxcala. Respecto de los cuatro mil guerreros que habia pedido, le enviaron á decir los senadores, que la república entera estaba dispuesta á combatir á su lado contra cualquiera nacion que le ofendiese; pero que encontraba repugnancia en combatir contra los españoles.

Cortés que no habia pedido la gente con objeto de hacerla entrar en combate, sino de manifestar que le eran adictos los pueblos, admitió la observacion del senado como justa, y envió á las personas que lo componian, algunos regalos con sus embajadores.

Al siguiente dia de haber llegado el general castellano á Cholula, emprendió el ejército su marcha, al mismo paso veloz con que habia salido de Méjico. Despues de cru-

zar las fértiles llanuras, cubiertas de bellísimos maizales y pintorescos caseríos situados en medio de espesas arboledas, continuaron su marcha por entre difíciles senderos, mas poéticos que agradables, donde se encontraban diseminadas algunas frágiles chozas de humildes labradores. A distancia de quince leguas de Cholula, se encontró Hernan Cortés con el padre Fray Bartolomé de Olmedo y otros tres individuos que volvian del campo de Narvaez, á donde, como se dijo, habian sido enviados. El venerable religioso entregó, al caudillo castellano, una carta que llevaba para él, escrita por el jefe de la nueva expedicion. En ella le decia que estaba facultado plenamente por el gobernador de Cuba, Diego Velazquez, para entrar, en su nombre, á gobernar las provincias que habian reconocido al rey de España. Le hacia saber que habia nombrado un ayuntamiento, y le exigia que, sin pérdida de momento y sin escusa, se presentase, con toda su gente, en Cempoala, para obedecer y cumplir como leal vasallo. El padre Olmedo le dió importantes noticias, referentes al campamento enemigo. Pintó á Narvaez envanecido con la fuerza que llevaba, y confiado ciegamente en el triunfo contra su rival. Presentó disgustada á la tropa con su jefe, y rodeado á éste de unos cuantos oficiales, llenos de presuncion, que se desdeñaban de tomar precauciones contra sus contrarios, que juzgaban impotentes y amilanados.

Describió la situacion de la provincia, sufriendo vejaciones del general enviado por Velazquez, y á los habitantes empezando á reconocerle como representante legítimo del soberano de Castilla.

Hernan Cortés al recibir las anteriores noticias, aceleró mas la marcha.

Los soldados, participando del espíritu emprendedor de su general, caminaban apercibidos para el combate; pero confiando en el triunfo.

Por donde quiera que pasaban, salian los vecinos de los pueblos á obsequiarles con víveres y refrescos.

En una de las aldeas donde hizo alto el ejército para descansar un instante, alcanzó á Cortés el soldado Tovilla, acompañado de doscientos indios con las trescientas lanzas que habia pedido al cacique de Chinantla. El jefe español las encontró perfectas; enteramente iguales al modelo que habia dado para hacerlas. Tenian dos puntas largas de cobre y de notable resistencia. El soldado Tovilla, que habia hecho la guerra en Italia y era diestro en el manejo de las armas, enseñó á sus compañeros el ejercicio de aquella formidable lanza, única con que se podia combatir contra la caballería de Narvaez. (1)

La tropa continuó su marcha, prevenida siempre para el combate, llevando alguna gente de descubierta, y dos soldados de toda confianza, que iban siempre á una jornada de distancia, á la vanguardia del ejército. (2) Así atravesó el corto ejército los penosos caminos de la cordillera, hasta que empezó á descender hácia las floríferas llanuras

(1) «Y nos imponia el soldado y nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de á caballo.»—Bernal Diaz.

(2) «Y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza.»—El mismo.

de la tierra caliente, en que pudo caminar con mas confianza.

Cortés se dirigió hácia un pintoresco pueblo, distante doce leguas de Cempoala, donde pensaba establecer su cuartel general. Se llamaba el pueblo Tapanacuetla. Tenia ámplios edificios para alojar la tropa, y estaba situado en medio de cultivadas campiñas. Al dia siguiente llegaba al mismo sitio, para reunirse con su jefe, el valiente Gonzalo de Sandoval, con sesenta soldados útiles, pues los enfermos los habia dejado en un pueblo de indios, próximo á la Villa-Rica. El refuerzo era de suma importancia, así por la lealtad y decision de los soldados de que se componia, como por las bellas cualidades de su comandante que era, sin duda, uno de los mas cumplidos y valerosos caballeros de aquel ejército de bravos capitanes.

Al mismo tiempo que Hernan Cortés se habia dirigido á Tapanacuetla, enviaba Narvaez á su encuentro una embajada compuesta del sacerdote Guevara, de otro eclesiástico, del secretario Andrés de Duero y de otras dos personas que les acompañaban. Los enviados se encontraron con el jefe español, cuando éste entraba en la referida poblacion. Andrés de Duero habia sido, como tengo dicho, la persona que mas llegó á influir con Diego Velazquez para que se diese á Cortés el mando de la expedicion, cuando se dispuso en Cuba el desembarco en las playas de la Nueva España. Era hombre de rectos sentimientos, de finos modales y de notable prudencia. El caudillo español, confiando en su rectitud y patriotismo, le habia enviado una carta, como he dicho, con el padre Olmedo. Hernan Cortés se alegró de verle llegar comisionado por Pánfilo de Narvaez. Am-

los se abrazaron con el afecto de dos antiguos amigos y se manifestaron contentos de verse.

Despues de un rato de conversacion agradable, recordando pasadas tertulias y amigos ausentes, pasaron al objeto que motivaba la entrevista.

Las proposiciones que él y sus compañeros le hicieron de parte de Narvaez, eran ya mas razonables y menos humillantes que lo que se le habia exigido en la carta enviada por su rival con el padre Olmedo. Cierto es que se le pedia que entregase el mando al jefe enviado por Diego Velazquez y que se presentase con toda su gente á prestarle obediencia; pero se le ofrecia, en cambio de su obediencia, los barcos necesarios y los víveres suficientes para que se dirigiese libremente en ellos, con los que quisieran seguirle, al sitio que anhelase. Esta concesion de Narvaez debe creerse que fué arrancada por Andrés de Duero, que no veia otro medio de favorecer á su acosado amigo. Lleno de interés por su suerte, y temiendo que, de no ceder, cayese prisionero y le condujesen aherrojado á la isla de Cuba, se esforzó en persuadirle á que admitiese la proposicion. «La fuerza con que Narvaez cuenta es grande, y la vuestra muy poca;» le dijo: «Los nativos, que antes os obedecian, se han ofrecido á servirle. Luchar contra un ejército muy superior en número, perfectamente abastecido, con mucha artillería y excelentes caballos, es buscar la derrota, por muy valientes que sean los soldados que os siguen.» La respuesta de Cortés fué lacónica y resuelta. «Si trae Narvaez alguna órden, que la muestre; la obedeceré en el acto. Si no la presenta, yo y mis compañeros moriremos en servicio del monarca, defendiendo la

tierra que hemos ganado para él. Si perecemos, habremo alcanzado el mayor timbre de gloria, que es morir por su rey y el deber de caballeros.» (1)

La determinacion de Cortés de no acatar sino la órden del rey para entregar lo conquistado, y de ninguna manera la del gobernador de Cuba, ha sido considerada, por algunos escritores, como insostenible en el terreno del derecho. La autoridad de Hernan Cortés, dicen, no se apoyaba en fundamento diverso de la de Narvaez: ambo habian recibido el nombramiento de Diego Velazquez; y si este tuvo poder para nombrar al primero como jefe de la expedicion primera, tambien lo tenia para relevarle de cargo, enviando otro general á sustituirle. Si Pánfilo de Narvaez no podia presentar un documento dado por la corona, su rival se encontraba en idéntico caso. (2)

(1) «Yo le respondí que no veia provision de vuestra alteza por donde debiese entregar la tierra, é que si alguna traia, que la presentase ante mí ante el cabildo de Veracruz, segun órden y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer y cumplir; y que hasta tanto, por ningun interés partido haria lo que él decia; antes yo y los que conmigo estaban, moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por vuestra majestad, pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales á nuestro rey... considerando que morir en servicio de mi rey, y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, á mí y á los de mi compañía se nos seguia farta gloria.»—Seg. Carta de Cortés á Cárlos V.

(2) Oviedo, haciendo algunas reflexiones sobre este punto, dice: «E tambien que me parece donaire, ó no bastante la excusa que Cortés da para fundar justificar su negocio, que es decir, que el Narvaez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés hobiera ido á aquella tierra por mandado de S. M. ó con mas, ni tanta autoridad como llevaba Narvaez; pues que es claro é notorio, que el adelantado Diego Velazquez, que envió á Cortés era parte, segun derecho, para le enviar á remover, y el Cortés obligado á obedecer.» Hist. de las Ind., MS.

Yo creo, sin embargo, que en Cortés existian circunstancias que en aquellos momentos le favorecian altamente. Si bien se reflexiona sobre la manera con que se formó la primera expedicion, se notará que, mas que un subalterno, fué Cortés un socio de Velazquez. El puso la parte mayor en aquella empresa. Consumió en ella todo su caudal y grandes sumas que le facilitaron sus amigos, porque tenian confianza en él. Velazquez le nombró, porque contaba con que de esta manera se realizaria su deseo. Mas tarde, cuando saltó en las playas de la Nueva España y se formó un ayuntamiento, cuerpo entonces que gozaba de grandes prerogativas, fué investido con los mandos de capitan general y justicia mayor de la Villa. Desde aquel instante, no derivaba ya su autoridad del nombramiento de Velazquez. Por aquel artificio legal, no eran las fuerzas enviadas por el gobernador de Cuba las que se encontraban ocupadas en la conquista de Méjico, sino la milicia veracruzana. Seria un ardid de que se habian valido los amigos de Cortés, acaso propuesto por éste, para independer sus actos de la autoridad de Diego Velazquez; pero era un ardid que le daba toda la fuerza de autoridad legítima. La expedicion de Hernan Cortés, además, se habia hecho con permiso de la Audiencia de Santo Domingo. El gobernador de Cuba, para proceder á la empresa, habia enviado á la isla Española á Juan de Salcedo, para obtener la licencia de los monjes gerónimos. Pues bien, ninguna de las circunstancias referidas concurrian en Pánfilo de Narvaez. Los gastos se habian hecho por cuenta de Diego Velazquez. Era la autoridad y el capitalista á la vez. Su general no era un socio, sino únicamente un servidor.

Pero ni el que enviaba la flota ni el que la mandaba habian obtenido permiso de la real Audiencia de Santo Domingo, que era entonces la autoridad suprema en las colonias, para hostilizar á Cortés. Por el contrario; habia enviado, como hemos visto, á uno de sus respetables miembros, al licenciado Ayllon, para interponer su autoridad y evitar que la escuadra saliera. Diego Velazquez, atropellando los fueros de la real Audiencia y despreciando las enérgicas protestas del individuo por ella enviado, hizo salir la armada. Hernan Cortés tuvo noticia de estos hechos, y era imposible que se hallase dispuesto á entregar el mando á un jefe que llegaba sin autorizacion de la suprema autoridad judicial que, en nombre del rey, gobernaba las posesiones españolas en América.

Antes de volver el secretario Andrés de Duero con sus compañeros á poner en conocimiento de Narvaez la contestacion de Cortés, tuvo algunas secretas conferencias con este, respecto al importante asunto de un avenimiento. Andrés de Duero ofreció á su antiguo amigo emplear toda su influencia en que se llegase á un arreglo. Tambien le indicó que podria inclinar mucho el ánimo de Narvaez á celebrar un convenio, la presencia del capitan Juan Velazquez de Leon. Manifestó que, como pariente del gobernador de Cuba, su opinion, respecto á la conveniencia de un arreglo amistoso, seria bien acogida por los oficiales del ejército, la mayor parte de los cuales eran amigos suyos. Por lo que hacia á Pánfilo de Narvaez, siempre le habia oido que deseaba verle en su campamento para conferenciar con él.

Deseando Hernan Cortés llegar á un avenimiento, y no

queriendo perdonar medio ninguno para conseguirlo, se propuso enviar á Juan Velazquez de Leon, como le habia aconsejado el secretario Andrés de Duero. Conocia su inquebrantable fidelidad, de la cual tenia una prueba muy reciente en la carta que le habia enviado escrita por Narvaez, y creia que lo que no se alcanzase por su medio, no se lograria de ninguna otra manera. «He pensado, le dijo, en daros la comision de disponer el ánimo del general contrario, á la paz. Se me ha asegurado que desea veros; que sus razones os convencerán de la justicia que le asiste y de lo engañado que estais en creerme leal y buen servidor del rey. Sin conocer vuestra hidalguía y haciendo poca justicia á vuestra caballerosidad, se ha imaginado que al veros en su campamento y escucharle, dejariais mis banderas por las suyas, siendo entonces segura mi derrota. Yo que sé lo que valeis; lo que vale para vos el honor y el servicio del rey; yo que tengo la conciencia de que he obrado bien y de que estais en la persuasion de que no he cumplido mal, he resuelto confiaros el importante asunto de un arreglo, para probarles su ofensivo error, y darles una prueba de la seguridad que tengo de vuestra rectitud.»

Juan Velazquez de Leon dijo que, mal le conocia Pánfilo de Narvaez al creer que las consideraciones de parentesco que le unian con el gobernador de Cuba, pesasen mas en su ánimo, que la obligacion sagrada de su deber. «Por eso quiero que vayais;—le contestó Cortés—y os pido que lleveis todas vuestras alhajas y oro, sin olvidaros de llevar al cuello, la hermosa y pesada cadena de oro llamada la fanfarrona.» (1) «Iré y haré lo que me mandeis; contestó

(1) «Que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro y

Juan Velazquez de Leon; pero marcharé sin oro ni joyas de mi pertenencia; porque mas me satisface serviros, que la posesion de todas las riquezas del mundo.» (1)

La contestacion no podia ser mas noble, ni mas lisonjera para Cortés. «Lo sé, dijo éste, estrechándole la mano; y por lo mismo deseo que las lleveis. Así verán que no habeis dejado aquí mas bienes que la justicia y el buen servicio del rey, por los cuales les hareis ver que volveis á mi campamento, si se desprecian las proposiciones de paz.» Velazquez de Leon contestó: «Haré como lo mandais.»

Hernan Cortés le dió algunas joyas suyas para que obsequiase con ellas á las personas que estimase, y poco despues salia el fiel capitan á caballo, con direccion á Cempoala, acompañado de un mozo de espuelas de Cortés, llamado Juan del Rio.

Dos dias antes habia enviado el caudillo español otra embajada con el padre Olmedo, con el objeto de inclinar á un avenimiento el ánimo del general contrario. La carta que llevó para el jefe de la nueva expedicion, estaba concebida en los términos mas persuasivos á la paz. Narvaez trató con muchas consideraciones al religioso, procurando persuadirle de que no estaba de parte de su rival la razon,

la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro).»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(1) «Y el Juan Velazquez respondió que él haria lo que su merced mandaba, más que su oro ni cadenas que no llevaria consigo; salvo lo que le diese para dar á quien mandase; porque donde su persona estuviere es para le siempre servir, más que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber.»—Idem.

y mucho menos, por lo mismo, el servicio del rey. El sacerdote, que anhelaba interesar á los oficiales y soldados en que se celebrase un arreglo amistoso, no se manifestó contrario á las ideas emitidas por Narvaez; y éste, creyendo hacerle adicto, dijo que permaneciese en Cempoala, mientras resolvia lo que seria mas conveniente contestar.

La llegada de Juan Velazquez de Leon al campamento de Narvaez, hizo creer al ejército entero que iba dispuesto á seguir las banderas de su pariente el gobernador de Cuba. Los soldados corrieron á dar parte á su general de aquel suceso ; y Narvaez salió á la puerta de la calle á recibirle. Despues de abrazarse y dirigirse los saludos de costumbre, el jefe de la expedicion le hizo entrar á su casa para obsequiarle cumplidamente. Pronto llegaron casi todos los oficiales del ejército á verle y abrazarle, entrando luego en una animada conversacion. Esta giró, como era natural, sobre los sucesos del dia. Las palabras contra Cortés, acusándole de desleal, de ambicioso y de traidor, tardaron poco en salir de los labios de Narvaez, repitiéndose luego por algunos de sus aduladores. Juan Velazquez de Leon tomó la palabra en defensa de su jefe. Dijo que su presencia en Cempoala no reconocia otro motivo que el de procurar la paz con un convenio digno; mision que le habia confiado su general. Por lo que hacia á la conducta que habia observado desde que se hallaba al frente del ejército, nadie era mejor servidor del rey que Cortés, ni nadie estaba mas lejos de la infame traicion, que él.

Quedó sorprendido Narvaez con la inesperada defensa de Velazquez de Leon. Se habia lisonjeado con que llegaba á unirse á sus banderas, y le encontraba resuelto á de-

fender á su rival. El mismo asombro causó en los capita nes que habian marchado á saludarle.

El digno enviado de Cortés, se destacaba en aquél cua dro con la majestad de un noble caballero. Su elevada es tatura, su musculatura atlética, su gallarda presencia, s rostro varonil y agradable, su elegante cabeza y su pobl da barba, perfectamente arreglada, le hacian interesan y simpático; iba con gusto vestido, y una gran cadena d oro, descansando sobre el hombro y dando vueltas p debajo del brazo, daba notable realce á su vistoso uni forme. (1)

Pánfilo de Narvaez, aunque manifestó su disgusto p verle interesado en defender á su rival, contra los intere ses de un cercano pariente, moderó sus espresiones, con fiando en que lograria atraerle á su partido, haciéndo proposiciones ventajosas, y presentando á su vista toda fuerza de que podia disponer, para que comprendiese desesperada situacion de Cortés y abandonase sus ban deras.

Terminada la visita, Narvaez le hizo lisonjeros ofrec mientos, y le suplicó que volviese, para tener el gusto hablar detenidamente y dar un paseo juntos. Obsequ Velazquez de Leon el deseo del jefe de la nueva exped cion, y fué tratado con las mas altas consideraciones. invitó luego á ver el personal de su ejército, y mandó q

(1) «El Juan Velazquez era muy de palacio y de buen cuerpo, membru y de buena presencia y rostro, y la barba muy bien puesta, y llevaba una dena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el b zo, y parecíale muy bien, como bravoso y buen capitan.»—Bernal Diaz.

maniobrasen todas las fuerzas en un sitio espacioso en que pudiesen correr los caballos y lucir la artillería. «Mucha fuerza y grandes elementos de guerra traeis,» dijo Velazquez de Leon al terminar el ejercicio: «os doy el parabien por ello.» (1) «Esto os convencerá, le contestó Narvaez, de que en el momento que me dirija sobre Cortés, quedará prisionero, y destrozada su gente. Pero quiero evitar la efusion de sangre, esperando que los que le acompañan reconozcan su error y vengan á unirse á las banderas del rey.»

La conversacion siguió en este sentido, teniéndose mútuas consideraciones; y al separarse, como buenos amigos, Narvaez convidó á comer, para el dia siguiente, á Velazquez de Leon.

El general abrigaba grandes esperanzas de hacer cambiar de opinion al valiente capitan. Con el fin de que le ayudasen á convencerle, invitó á varios oficiales á la misma mesa.

Llegada la hora del banquete, nadie faltó á la cita. Los mas adictos á Narvaez habian sido convidados. La conversacion fué al principio entretenida; pero al fin fué preciso entrar en la política, objeto con que se habia dado aquel banquete para atraer á las filas á Velazquez de Leon. Se trató de halagar el amor propio de éste y de presentarle ante los ojos, mando y honores. El valiente capitan daba las gracias á los que le favorecian con galantes frases, y se manifestaba tolerante con todas las opiniones. Se hallaba

(1) «Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se la acreciente.»—Bernal Diaz.

en la mesa un sobrino del gobernador de Cuba, lla como éste, Diego Velazquez; jóven y distinguido pero de genio vivo y de carácter impetuoso. Anim la conversacion y dejándose arrastrar de su enemista tra Cortés, trató á éste y á los que con él estaban, d dores. Juan Velazquez de Leon se puso en pié al es aquellas palabras, y pidió á Narvaez que prohibies en la honra á ninguno de sus compañeros. «Admiti tro convite, dijo con robusto acento, con la condic que no se proferiria la mas ligera expresion injurio cia los que se encuentran en el bando contrario al tro. Espero, pues, que se cumplirá lo prometido. que hace á las frases que imprudentemente se acal pronunciar, debo repetir lo que ya otra vez he Nadie es mejor servidor del rey que Hernan C los que le siguen. Lo dicho por el que ha trat ofenderle, añadió mirando al sobrino de Velazque mal dicho.» «Está bien dicho;»—esclamó el sobri gobernador;—«y cuando defendeis á un traidor, es vos lo sereis tambien, y no perteneceis á los Vel buenos.»—«Mentis;» gritó Juan Velazquez de Leon do mano á la espada. «Soy mejor caballero que vos de los Velazquez buenos, que vos y vuestro tio.» (

Narvaez y los capitanes se interpusieron, evitan se efectuase un duelo.

Cuando Velazquez de Leon se retiró á su alojar varios oficiales, favoritos de Narvaez, aconsejaron que mandase prenderle. Salvatierra, el que habia cortar las orejas á Cortés, era uno de los que mas l

(1) Bernal Diaz pinta bastante bien esta escena.

ban á ello. Por fortuna logró el secretario Andrés de Duero, disuadirles de su intento. Dijo que pareceria un acto de cobardía aprehender á un individuo que habia ido á desempeñar una comision. Nada era un Velazquez de Leon ni diez, por valientes que fuesen, para resistir el choque del bravo ejército de Narvaez. Detenido así el golpe por Andrés de Duero, el capitan Salvatierra y otros, aconsejaron á Narvaez que hiciese salir inmediatamente del campamento al insolente defensor de Cortés y al padre Olmedo. La órden se dió en el acto. El sacerdote se puso en camino sin despedirse de nadie; pero Juan Velazquez de Leon hizo lo contrario. Al recibir la intimacion, montó en su briosa y arrogante yegua, y se dirigió al alojamiento de Narvaez para despedirse. Estaba al lado del general, el sobrino de Diego Velazquez, con quien habia tenido la cuestion en la mesa. «Vengo á saber si algo se os ofrece para nuestro real.» Dijo Velazquez de Leon á Narvaez. «Marchaos; exclamó exaltado de indignacion el general; y mas valiera que no hubieseis venido nunca.» (1) El sobrino del gobernador, tomando la despedida por un insulto, dirigió frases altamente ofensivas á su contrario. «Grande es vuestro atrevimiento y digno de castigo:» exclamó Velazquez de Leon, reprimiendo su cólera, porque tenia á su lado seis oficiales de Narvaez que le impidieron echar mano á la espada. «Veremos dentro de pocos dias si á vuestras palabras corresponde vuestro esfuerzo.» (2)

(1) «Y dijo el Narvaez: «¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?» Y respondió el Narvaez, muy enojado, que se fuese, é que valiera mas que no hubiese venido.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «Es grande su atrevimiento y digno de castigo; y echándose mano á la

Los oficiales de Narvaez, asiéndole del brazo, le dijeron que se marchase.

Mientras acontecian en Cempoala las escenas que dejo referidas, veamos las disposiciones que habia tomado Hernan Cortés.

Dos horas despues de haberse separado de él Juan Velazquez de Leon, en cuyo conocimiento puso lo que pensaba hacer, dispuso salir de Tapanacuetla para continuar la marcha. El objeto de Hernan Cortés era aproximarse todo lo posible á la poblacion en que se hallaba el ejército contrario. Tocó el tambor llamada, y pronto se vieron todos los soldados, empuñando sus armas, presentarse en disposicion de marcha. El ejército, si este nombre puede darse á un número insignificante de guerreros, se componia de doscientos sesenta y seis hombres, inclusos cinco de caballería. No contaba Cortés con ninguna pieza de artillería. Pocos eran los que llevaban arcabuz; habia algunos ballesteros; y el resto de la tropa iba armada ya de espada y rodela, ya con las nuevas lanzas de dos puntas fabricadas por los indios de Chinantla. Respecto de armas defensivas, aun se encontraba la gente en mas lastimoso estado. La cota de la mayor parte de los soldados era de algodon, llamada *escaupil*, que habian adoptado en lugar de la de acero, por ser mas ligera y ser suficiente para resistir el golpe de la flecha. Pero en aquellos instantes eran casi inútiles, pues no podian oponer resistencia á la bala de cañon ni del arcabuz. Aun esas mismas cotas de algo-

barba, le dijo: «Por éstas, que yo vea antes de muchos dias si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar.»—Bernal Diaz.

don se encontraban deterioradas, revelando en sus remiendos, su largo servicio y los golpes recibidos en los combates. Sin embargo, el valor lo suplia todo. El corazon de aquel puñado de guerreros era mas fuerte en los combates, que las relucientes corazas de acero. Acostumbrados á las privaciones y á desafiar la muerte, nada temian, todo les sobraba. Tenian fé en la capacidad y en la fortuna de su general, y creian que bajo sus banderas jamás serian vencidos.

La tropa se puso en marcha despues de haber tomado algun alimento. Las ámplias llanuras de la tierra caliente por donde atravesaban, se veian cubiertas de ricas sementeras y de la vistosa planta del algodon, que se extendia á distancias considerables. En medio del sofocante calor de un clima abrasante, llegó el ejército, al aproximarse la noche, sediento y fatigado, á un riachuelo que corria al pié de una cuesta bastante pendiente, donde se levantaban robustos algunos árboles. Mitigada la sed devoradora, y situadas las centinelas y corredores de campo en puntos convenientes, pernoctó allí la division, teniendo los soldados por lecho el suelo, y por almohada las enormes piedras que abundaban en la orilla. (1)

Al brillar la aurora del siguiente dia, continuaron su camino por entre bellas florestas y deliciosos bosques, que les prestaban benéfica sombra. Era medio dia cuando llegaron á un rio, orillado de árboles y de cabañas, que brindaban al soldado al descanso y al reposo. El sol bañaba

(1) «Y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas.»—Bernal Diaz del Castillo.

con sus quemantes rayos, la tierra. Los soldados, cargadc con sus rodelas, espada y largas picas, llegaban cubiertc de sudor. Hernan Cortés mandó hacer alto en aquel deli cioso sitio, para que la tropa descansase. Era un punt que se hallaba á corta distancia de la Villa-Rica de la V(racruz. La tropa se tendió bajo la fresca arboleda, conten plando correr las limpias aguas del rio. Las rondas, l avanzadas y los centinelas vigilaban, en tanto que s compañeros reposaban. Pocos momentos llevaba el ejérci de haberse entregado al reposo, cuando llegó corriend uno de los vigilantes avanzados, anunciando que se ace caban tres personas, dos de ellas á caballo, por el rum de Cempoala. Todos se imaginaron que serian el padre C medo, Velazquez de Leon y el mozo de espuelas Juan d Rio. No se equivocaron. Eran ellos. El regocijo de He nan Cortés y de todo el ejército, al verlos llegar, fué gra de. Por ellos adquirieron noticias importantes respecto d espíritu que reinaba en el campamento enemigo, y sint ron redoblar su esperanza de triunfo.

El caudillo español vió, por la relacion que el pad Olmedo y Velazquez de Leon le hicieron de lo ocurrido las conferencias celebradas con Narvaez, que habia lleg do el momento de obrar con energía y prontitud. Env una persona de su entera confianza y un escribano, c una carta para el general enemigo, en que le intimaba que presentase, sin demora, el nombramiento dado por rey. Al mismo tiempo mandó que nadie de los que se ha llaban con el jefe de la nueva expedicion salida de Cub contra las órdenes de la real Audiencia de Santo Domin go, obedeciese á Narvaez, ni le reconociese como capita

general ni justicia. Ordenaba, asimismo, que todos compareciesen ante él para darles instrucciones respecto del servicio del monarca; y terminaba amenazándoles que procederia contra los que desoyesen su llamamiento, tratándoles como traidores, aleves y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey. (1)

Con este requerimiento amenazador, Hernan Cortés conseguia introducir la duda en muchos de los que habian seguido á Narvaez juzgándole legalmente nombrado, y arraigar mas y mas en sus soldados la poderosa fuerza moral de que eran realmente los defensores de los derechos del rey. Transcurrido el corto término fijado, el ejército se dirigió hácia Cempoala.

El caudillo castellano marchaba lleno de fé en el triunfo de su causa. El padre Olmedo, Andrés de Duero y otros amigos que se hallaban en el campamento contrario, habian logrado disponer los ánimos de un gran número de oficiales y soldados en favor de Cortés. Las dádivas á unos y las promesas á otros, habian producido un efecto brillante.

El cielo empezó de repente á cubrirse de nubes, nublando

(1) «Por los cuales (mandamientos) requeria al dicho Narvaez que si algunas provisiones de V. A. traia, me las notificase... E asimismo mandaba, y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban, que no tuviesen ni obedeciesen al dicho Narvaez por tal capitan ni justicia: antes dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese lo que debian hacer en servicio de V. A., con protestacion que, lo contrario haciendo, procederia contra ellos como contra traidores y aleves y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey, y querian usurpar sus reinos y señoríos.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

; rayos del sol, y poco despues el agua empezó á caer
n bastante fuerza.

Los soldados que iban cubiertos de sudor, sintieron un
mpresion desagradable con el brusco cambio producid
por la lluvia.

Nada hay mas mortífero para el europeo en aquellas r
giones cálidas, que recibir un aguacero en los moment
de caminar sudando. Pero la gente de Hernan Cortés es
taba acostumbrada á todos los climas, á todas las tempera
turas, á todas las privaciones.

Era de noche cuando el sufrido ejército llegó á un ex-
tenso prado, por donde pasaba un riachuelo, orillado po
copudos y gigantescos árboles. Los cuarteles de Narvae
se encontraban á una legua de distancia. Un paso, por de
cirlo así, mediaba entre los dos campamentos.

El caudillo español mandó hacer alto en aquel sitio. L
lluvia era mas ligera, y los árboles prestaban algun abrig
para defenderse de ella. No descuidando jamás las precau
ciones de un cauto general, distribuyó en diversos punte
los vigilantes de campo, y despachó algunos soldados
confianza y ligeros, á distancias avanzadas, á fin de c
diesen aviso de cualquiera novedad que advirtiesen.

En aquellos momentos se presentó en el campamento
desertor del ejécito de Narvaez. Los soldados corrier
verle con objeto de adquirir algunas noticias. El n
compañero satisfizo á las preguntas que le hicieron,
seguida se dirigió á donde estaba Hernan Cortés. El
tor era enviado por el secretario Andrés de Duero, c
ticias importantes respecto de lo mucho que iba g
~ convenio en las tropas y en la ofic

Ignoraba, al enviar aquellas nuevas, que su amigo se disponia para un asalto.

El caudillo español supo, por el soldado desertor, la disposicion que guardaban las tropas enemigas; los puntos que ocupaban; el lugar y disposicion en que se hallaba la artillería, el espíritu del soldado, y todo cuanto en fin podia interesarle para su plan de campaña.

Hernan Cortés pareció quedar contento con las nuevas recibidas, y el soldado fué á reunirse con sus nuevos camaradas.

El caudillo español fué á recorrer en seguida los puntos avanzados y á recomendar la vigilancia y el silencio.

Tomadas todas las providencias de seguridad, los soldados, sin mas ropa que la que llevaban puesta y que estaba empapada en agua, se acostaron debajo de los árboles, sin dejar sus armas, y sin haber encontrado nada que comer.

Sin embargo, todos se manifestaban contentos. Nadie tenia sino elogios para su general. Dispuestos á seguirle á donde les llevase, se entregaron al reposo sobre la mojada yerba, acariciando en su mente la lisonjera esperanza de un porvenir de gloria y de felicidad.

CAPITULO X.

Hernan Cortés sorprende á Narvaez y le derrota.

Un silencio profundo reinaba en el campamento de Hernan Cortés.

La lluvia habia cesado; pero el cielo continuaba cubierto de negros y espesos nubarrones, al través de los cuales brillaba, de vez en cuando, algun fugaz relámpago. Una completa oscuridad envolvia la naturaleza. La luna luchaba para abrirse paso por entre las densas nubes, tratando de enviar un ténue rayo de luz á la tierra; pero quedó vencida por el nubífero cortinaje, que fué cubriendo el cielo como un manto mortuorio.

En medio de aquel silencio, velaba un hombre, entregado á sérias meditaciones. Habia recorrido el campamen-

to, deteniéndose á contemplar á los soldados que dormian como si se hallasen en un lecho de plumas.

El hombre se retiró á larga distancia, miró el cielo, y pareció contento de verlo negro y amenazante.

Aquel hombre que velaba, era Hernan Cortés.

Tenia puesto su pensamiento en Cempoala. Su enemigo se encontraba solo á una legua de distancia. Acaso dormia descuidado, teniendo por imposible que nadie osase atacarle. La oscuridad de la noche, amenazando una nueva tormenta, juzgó que podia favorecerle para dar un asalto á Cempoala.

En los ojos de Cortés brilló la luz de la esperanza.

Habian transcurrido tres horas desde su llegada al sitio en que el ejército reposaba, y creyó que habia llegado el momento oportuno de obrar.

Mientras su gente descansaba, él habia meditado un plan de ataque. Conocia los puntos que ocupaba el enemigo, y sus oficiales y tropa, que los conocian tambien, podian dirigirse á ellos sin tropiezo, como en pleno dia. Hernan Cortés llamó á todos los capitanes y soldados. Al verles reunidos, suplicó que guardasen silencio por un momento, y les dirigió una de aquellas alocuciones con que sabia mover el corazon de la tropa, inspirando en ella el deseo de los peligros y el amor á la gloria. Reseñó con resaltante y seductor colorido, los notables acontecimientos que en servicio del rey y de Dios, y en honra imperecedera de ellos, se habian operado desde que salieron de la isla de Cuba hasta el momento en que les hablaba. Pintó las fatigas, las privaciones, las batallas y la osadía de penetrar en Méjico, con una elocuencia arrebatadora, en-

salzando el heróico esfuerzo de su valiente ejército, cuyos notables hechos consignaria la fama á las edades futuras, en las imperecederas páginas de la historia. Todo lo habian alcanzado: todo lo habian vencido. Un país bellísimo y rico, abundante en minas de oro, feraz y encantador tenian ganado, para agregarlo á la corona de Castilla, y lo guardaban para el rey. Codiciables tesoros, debidos á la constancia y al valor, tenian en los cuarteles de Méjico, donde les esperaban sus compañeros: francos y leales, habian enviado al monarca un rico presente, renunciando generosamente cada uno á la parte que le tocaba, por manifestar su afecto al soberano. Pues bien; un hombre envidioso; un capitan enviado por un ambicioso que habia desobedecido las órdenes de la real Audiencia; un rebelde á esa autoridad suprema, puesta por el rey para ser obedecida, trataba de arrebatarles su gloria, su fama, sus riquezas, el país que habian conquistado, para presentarse él como el único héroe digno de renombre. Nadie tenia derecho mas que ellos, porque lo habian ganado con su sangre en cien combates y con las multiplicadas heridas que aun mostraban frescas sus cuerpos, á la estimacion de la patria, á la gratitud del rey y á la admiracion del mundo. Sin embargo, el orgulloso jefe, enviado por un gobernador rebelde, tenia la osadía de pretender arrebatarles lo que les pertenecia; y lejos de que sus nombres apareciesen en la historia con el brillo del esclarecido patriota, iban á verse manchados con infamante nota, como si fuesen de viles traidores; presentados sus notables servicios, como negros crímenes de miserables rebeldes, y sus familias, vistas como indignas de la sociedad. Pero

Dios estaba allí para defender los fueros de la justici Hasta entonces habian combatido por la cruz, por el rey por salvar sus vidas. Entonces iban á combatir, además, p su honra. Dijo que estaba seguro del triunfo. Su confian la ponia en Dios, y despues en el esfuerzo de sus sold dos. (1) La eterna fama y limpio nombre de todos, depe dia del éxito de aquel encuentro. Nada importaba la mue te; pues mas valia morir como valientes y buenos e el campo de batalla, que vivir cubiertos de ignomi nia. (2)

La alocucion del general fué acogida con imponderab entusiasmo, por el ejército entero. Los soldados, seduci dos, como dice Bernal Diaz, por las dulces y espresiv palabras de su general, anhelaban que no se retardase momento del combate. (3) Arrebatados de entusiasmo va rios capitanes, entre los cuales se contaban Gonzalo Sandoval, Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lug exclamaron que nada deseaban mas que el combate; que protestaban vencer ó morir á su lado, como leales v sallos del rey, considerándole como el único representan de sus derechos.

(1) «Teniendo confianza en Dios y de vosotros; que todo lo ponia en manos de Dios primeramente, y despues en las nuestras.»—Bernal Diaz Castillo.

(2) «En esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jam y mas vale morir por buenos, que vivir afrentados.»—El mismo.

(3) «De que nos vió juntos dijo que nos pedia por merced que callásem y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dich ciertas otras palabras mas sabrosas y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré cribir.»—Idem.

Quedó satisfecho Hernan Cortés del ardor bélico que animaba á sus oficiales y soldados, y no dudó de la victoria si tenia el acierto de dirigir bien el golpe. Nada quiso decirles en su alocucion, respecto á los partidarios que dentro del mismo campamento de Narvaez tenia. Quiso que contasen únicamente con sus propios esfuerzos, temiendo que la confianza en el favor de otros, les hiciese descuidar su energía y su actividad. Bernal Diaz elogia el silencio de Cortés, diciendo que fué de cuerdo capitan. (1)

La lluvia empezó á caer de nuevo al terminar la alocucion, y el caudillo español manifestó su resolucion de atacar en aquella misma noche á Narvaez. (2) La oscuridad, en su concepto, les favorecia; pues además de que ocultaba su corto número, permitia acercarse á la ciudad sin ser vistos. La tropa aplaudió la idea; pues aunque se hallaba hambrienta, fatigada y con los vestidos mojados por la lluvia, no por eso se encontraba menos dispuesta para la lucha. Vencer ó morir pronto, era su anhelo.

Hernan Cortés procedió, sin pérdida de tiempo, á la formacion de tres cuerpos, al mando de tres capitanes que debian atacar tres puntos principales, formando él, con el resto de los soldados y demás oficiales, otro cuerpo que debia acudir á donde mas comprometida se hallase la accion.

(1) «Sino que peleásemos como varones; y esto de no decirnos que tenia amigos en el real de Narvaez fué de muy cuerdo capitan, que por aquel efecto no dejásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino, despues de Dios, en nuestros grandes ánimos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y porque en aquella sazon llovia y era tarde no dijo mas.»—Idem.

A un jóven y valiente capitan apellidado Pizarro, perte neciente á la familia de los Pizarros, que mas tarde con quistaron el Perú, le encomendó la arriesgada empresa c apoderarse de la artillería, que estaba situada delante d alojamiento de Narvaez. Le dió para ello, sesenta soldad que puso bajo sus órdenes: todos eran jóvenes y suelto y entre ellos se encontraba el bravo Bernal Diaz del Ca tillo. (1) Acompañaba á Pizarro, con cuarenta y seis hom bres, Cristóbal de Olid, formando ambas fuerzas, que de bian obrar unidas, ciento seis combatientes. A Gonzalo d Sandoval le confió la difícil empresa de acometer á Nar vaez en su mismo alojamiento, situado en la alta platafo ma del *teocalli* principal, á donde se hallaba con lo m granado de su gente. Puso á sus órdenes ochenta hom bres, (2) y le dió un documento, como alguacil mayor q era, para que le prendiese como rebelde al rey; y en ca de resistencia, le matase. (3) En esos ochenta hombr iban incluidos los distinguidos capitanes Alonso de Avil Jorge y Gonzalo de Alvarado, hermanos de Pedro de A varado, Juan Nuñez de Mercado y Diego de Ordaz. I

(1) «Era Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos entre ellos me nombraron á mí; y mandó que despues de tomada la artiller acudiésemos todos á los aposentos de Narvaez.»—Bernal Diaz.

(2) «Dí mi mandamiento á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para pr der al dicho Narvaez... al cual dí ochenta hombres.»—Seg. carta de Cortés.

(3) «Y como era alguacil mayor le dió un mandamiento que decia así: Go zalo de Sandoval, alguacil mayor desta Nueva-España por su majestad, yo mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiere, n teisle, que así conviene al servicio de Dios y de su majestad, y le prendió á oidor. Dado en esta real, etc.»—Bernal Diaz del Castillo.

gente que llevaba Pizarro, debia, despues de apoderarse de la artillería, cubrir el asalto de Sandoval al *teocalli,* conteniendo á los enemigos que intentasen impedirlo. A Juan Velazquez de Leon le dió á mandar otro cuerpo de setenta soldados; y Hernan Cortés, con veinte hombres que se reservó, debia acudir á donde las circunstancias del combate lo exigiesen. La señal para conocerse en medio de la lucha y de la oscuridad, era la palabra, repetida dos veces, de «Espíritu Santo,» por ser la noche del dia de Pentecostés.

Dada la distribucion de los cuerpos y las órdenes á los capitanes que iban al frente de ellos, prometió un premio de tres mil pesos al primer soldado que prendiese á Narvaez, dos al segundo, y mil al tercero.

Los capitanes encargados de conducir las fuerzas, reunieron los hombres que les correspondian, y esperaron el momento de partir. Los soldados arreglaron sus mojadas cotas de algodon y dispusieron sus armas. Iban á combatir contra cuádruples fuerzas, provistas de cimeras y armaduras, mientras ellos carecian de corazas y de cascos, únicos que podian oponer resistencia al golpe de la espada ó bote de lanza de la caballería. Hubieran cambiado con gusto los soldados, en aquellos momentos, todas las joyas de oro que les habian tocado en el reparto del tesoro, por un peto ó casco de hierro. (1)

Pero debajo de aquellas viejas y débiles armas defensi-

(1) «Tambien quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto ó capacete ó casco ó babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habiamos ganado.»—Bernal Diaz.

vas, destrozadas por las flechas, en cien combates, la corazones esforzados, como acaso no habian latido ja otros en pechos de hombres. Familiarizados con los] gros y con la muerte; cubiertos sus cuerpos de cicatı das heridas; acostumbrados á todo linaje de sufrimieı al hambre, á la sed, á la intemperie y á la fatiga; die en el manejo de las armas, que no las habian soltad las manos desde que pisaron el país; con una fé cieg la fortuna y el acierto de su infatigable general; gui por valerosos capitanes que reunian al consejo el a de los héroes mitológicos, aquellos soldados se sentian cer á la voz de su caudillo y capaces de acometer has que pudiera tenerse por imposible.

Entre tanto que Hernan Cortés se habia aproxima la poblacion ocupada por el enemigo y se prepara combatirle, veamos lo que su rival habia hecho en C poala. Despreciando á su enemigo y arrullado dulcen por las lisonjas de algunos aduladores que le rodea esperaba tranquilo que su contrario, encontrándose i tente para resistirle, solicitase al fin perdon y cleme apelando á su generosidad. Los dias los habia pasad ciendo alarde de sus fuerzas, disfrutando de los goces que podia proporcionar la poblacion, y proyect grandes y risueñas empresas que juzgaba de fácil re cion. Se habia apoderado de todas las telas y oro que tés habia dejado en Cempoala, al cuidado del caciq la ciudad, y aun habia hecho que le entregasen las ı res que á su rival y capitanes les fueron cedidas, y ellos las dejaron en poder de sus padres. (1)

(1) Tomó por fuerza al cacique gordo (que así le llamábamos) to

Mientras envanecido con su poder se entregaba á lisonjeros proyectos, el cacique de Cempoala vigilaba los pasos de Cortés. Temiendo que le reclamase los objetos que habia dejado en su poder y de los cuales se habia apoderado su rival, se vió precisado á adherirse á Narvaez. Viendo la negligencia de éste y conociendo la actividad de su contrario, vivia inquieto, esperando de un momento á otro una sorpresa. No era, pues, la simpatía al nuevo general, sino el miedo á ser castigado por el primero, quien le hacia espiar los pasos de Hernan Cortes. Al saber, por sus vasallos, que el activo general se habia detenido á descansar en el sitio en que fué alcanzado por Juan Velazquez de Leon y el padre Olmedo, corrió á dar parte de lo que pasaba, á Narvaez. «¿Por qué estais con este descuido?» le dijo: «¿Pensais que Malinche y la gente que trae se descuidan un instante? Estad alerta; porque cuando menos lo espereis, caerá sobre vosotros y os esterminará.» (1)

Narvaez no se sobresaltó por aquel aviso, pues consideraba sumamente fácil vencer á su rival. Sin embargo, mas por ostentar su fuerza que por temor, mandó sacar toda la artillería, formó el ejército, y poniéndose al frente de la caballería, se dirigió á una llanura que se encontraba á un

mantas é ropa labrada é joyas de oro, é tambien le tomó las indias que nos habian dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casas de sus padres é hermanos, porque eran hijas de señores, ó para ir á la guerra muy delicadas.»—Bernal Diaz del Castillo.

(1) «¿Qué haceis, que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catareis será aquí y os matará.»—El mismo.

cuarto de legua de la ciudad. Allí, juzgando un sitio propósito para destrozar á Cortés y su poca gente, situ sus tropas. La tarde estaba airosa, y pronto cesando viento, empezó á caer una espesa lluvia que fué aumentando hasta convertirse en terrible aguacero. No habia e aquella llanura ni una casa donde guarecerse. Los soldados quietos, empapados desde la cabeza á los piés, y desesperados de aguardar en vano á sus contrarios, empezaron á murmurar. Creian que habia sido ridículo aviso el del cacique. Acostumbrados á la molicie desde su llegada á Cempoala, miraban con disgusto las incomodidades y la fatiga.

Los oficiales que rodeaban á Narvaez, no creyendo que Cortés se atreviese jamás á presentarse en campaña, y manifestando hácia el enemigo el mas alto desprecio, aconsejaron á su general que volviesen á Cempoala. Lisonjeando su desmedido amor propio, le dijeron que era afrentoso permanecer en aquel sitio, sufriendo la tormenta, manifestando temor á unos cuantos traidores, que sin duda se habrian ido á esconder en alguna selva, temiendo ser perseguidos. Pero ya que era un deber la vigilancia, bastaba que situase los cañones enfrente de su alojamiento; colocase la tropa en los puntos principales; situase una fuerza de cuarenta soldados de caballería en el camino, por donde se calculaba que pudiese llegar el enemigo, y pusiese algunos vigilantes en la orilla del rio, por donde precisamente tendria que pasar Cortés. Encontrando Narvaez conveniente el consejo, volvió con sus tropas á Cempoala, dejando custodiado el camino por cuarenta ginetes, y enviando á que se situasen á la orilla del rio, dos vigilantes que diesen aviso de cualquiera novedad que ocurriera. Estas noticias

dadas por el desertor, sirvieron de base para las disposiciones dadas por Cortés.

Narvaez ocupaba en Cempoala, el *teocalli* principal, á cuya plataforma, donde se hallaba el santuario, se subia por un número considerable de escalones. En este punto tenia una respetable fuerza de arcabuceros y ballesteros y á sus mas adictos capitanes. El cacique de Cempoala, recelando de un momento á otro un ataque, se habia ido al mismo sitio en que se hallaba el general, cuyo alojamiento era el santuario. El capitan Diego Velazquez, sobrino del gobernador, y el capitan Salvatierra, ocupaban, con bastante gente, otros dos teocallis, que se levantaban á corta distancia del principal. La artillería, compuesta de diez y ocho piezas de corto calibre, se hallaba situada en el átrio inferior, enfrente del sitio en que estaba Narvaez, defendida por el resto de la caballería.

Estas eran las disposiciones tomadas por el jefe de la expedicion enviada contra Cortés, cuando éste se preparaba á dar un asalto á la plaza.

Las tropas estaban dispuestas, teniendo al frente á sus respectivos capitanes. Pero antes de partir, debian cumplir con el deber del soldado católico. Una cruz se levantaba en aquel sitio, que los mismos españoles habian colocado cuando pasaron por allí la primera vez, para dirigirse al interior del país. Hernan Cortés se arrodilló ante el sagrado signo de la redencion, y el ejército entero siguió su ejemplo. Todos levantaron una ferviente plegaria al Eterno, pidiendo su amparo y su perdon. El padre Olmedo, colocado al lado de la cruz y elevando los ojos al cielo, les exhortaba á que cumpliesen como soldados de la fé, sin

odios y sin rencores; pero con el deseo ardiente de que n
se perdiese lo que se habia adelantado en el país por l
doctrina del Evangelio. Pronunció despacio y en alta vo
el acto de contricion, que el ejército iba repitiendo co
voz conmovida, y pidió á todos, en seguida, que dijesen l
confesion general. Era aquel un acto sublime, por su no
ble sencillez y el religioso sentimiento que lo dictaba. E
medio del campo; de rodillas sobre la mojada tierra; en
medio de la densa oscuridad de una noche lluviosa; sin
mas testigos que Dios, ni mas luz que la fugaz que de vez
en cuando despedia el deslumbrante relámpago; descubierta la cabeza y apoyados en sus armas, aquellos hombres esforzados que miraban con indiferencia los peligros
y la muerte, elevaban á Dios su plegaria, confesándose
impotentes sin su amparo. Nunca aparece mas grande el
hombre, que cuando se humilla al Ser Supremo. Dicha la
confesion general, el venerable sacerdote, levantándose, y
despues de elevar los ojos al cielo, les bendijo con la forma
de la absolucion. Los soldados, sintiendo en sus corazones
el bálsamo de consuelo que deja la religion, se abrazaron
con regocijo, y fortalecidos con el espíritu de la fé, se sentian con doble esfuerzo para el combate. Este acto marca
perfectamente el carácter de aquella época, en que cada
combatiente, se juzgaba un instrumento elegido por Dios
para propagar la luz de la verdadera doctrina, y salvar al
mundo del error y del espíritu del mal.

Formadas las fuerzas, Cortés les recomendó que para
llegar á Cempoala sin ser sentidos por el enemigo, guardasen el mayor silencio. «En las guerras y batallas,
agregó, «se alcanzan mas victorias con la prudencia y e

saber, que con el arrojo y la osadía. Conozco vuestro esfuerzo, y deseo que no os disputeis el ser cada uno el primero en atacar. Todos los puestos son iguales: del buen órden depende el éxito de la empresa. Adelante, pues; silencio, fé en Dios, y obediencia á los jefes: por lo demás, nada tengo que pedir de vuestro valor, pues tengo bien conocido vuestro denuedo y bizarría. (1)

Dadas estas instrucciones, el ejército emprendió la marcha, enviando de descubierta los hombres mas ligeros. Los soldados, obedeciendo la órden de su caudillo, caminaban en el mayor silencio y á paso largo, en medio de la oscuridad mas completa, y recibiendo la lluvia que continuaba con bastante fuerza. Así llegaron al rio, junto al cual habia mandado colocar Narvaez, dos vigilantes. Aunque de poco caudal, iba en aquellos momentos bastante crecido por la lluvia. Los soldados empezaron á cruzar el rio, llevando en alto sus armas para no mojarlas. El agua les daba al pecho. Esto hacia difícil el paso. Cubierto el fondo de piedras grandes y lisas, los piés resbalaban á cada paso, y la tropa, para no caer, marchaba despacio. Al fin, empezaron á poner la planta en la orilla opuesta. (2) La densa oscuridad y el ruido del agua,

(1) «Que nos pedia por merced que callásemos y que en las guerras y batallas es menester mas prudencia y sáber para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía: y que porque tenia conocido de nuestros grandes esfuerzos, que por ganar honra cada una de nosotros se queria adelantar de los primeros é encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanzas y capitanías.»—Bernal Diaz.

(2) Prescott dice que «dos fueron arrebatados por la violencia de la corriente.» No era la fuerza que llevaba ni la cantidad para ello. Bernal Diaz que no callaria ese episodio, cuenta que pasaron sin novedad.

habian impedido á los vigilantes de Narvaez, ver á los que á ellos se acercaban y escuchar sus pasos. Uno de ellos, llamado Gonzalo Carrasco, fué sorprendido y hecho prisionero por los que iban de avanzada. El otro, apellidado Hurtado, que estaba un poco mas lejos, echó á correr hácia Cempoala dando el grito de alarma. Hernan Cortés mandó acelerar el paso, con el objeto de llegar antes que el soldado que huia; pero era imposible vadear el rio con la prontitud que todos deseaban. Ganada la opuesta orilla y reunida la tropa, continuó su marcha á toda prisa. El vigilante prisionero fué presentado á Cortés. El general, sin detener la marcha, le hizo las preguntas necesarias para informarse de la posicion que guardaban las tropas de Narvaez. El prisionero satisfizo cumplidamente á ellas, dando noticias que estaban en completa armonía con las que ya le habia dado el desertor, que se habia presentado pocas horas antes. (1)

El ejército apresuró la marcha anhelando llegar antes de

(1) Dice Prescott que con el vigilante que cayó prisionero, se «hicieron todos los esfuerzos posibles para conseguir de él algunas noticias sobre la posicion que guardaba Narvaez; pero el hombre se mantuvo obstinadamente silencioso, y aunque se le amenazó con la horca, y aun se le puso el dogal al cuello, no se logró vencer su heroismo espartano.» Esto podrá tener mas interés dramático; pero no está de acuerdo con el hecho histórico. Al ser interrogado, sencilla y llanamente confesó, sin necesidad de acudir á echarle dogal ninguno, todo lo que se deseaba saber. Cortés, que es quien mejor que nadie debia estar informado de lo que pasó, dice á Cárlos V en su segunda carta: «... antes topé las dichas espías. que el dicho Narvaez tenia puestas, y las que ydelante llevaba prendieron la una dellas, y la otra se escapó, de quien me informé de la manera que estaban.» Es sensible alterar la verdad. Si cada uno que escribe la historia va adulterando algun hecho solo por dar mas vivo colorido, lo que se conseguirá es hacer dudosa la misma verdad.

que el vigilante diese aviso de que se acercaba. Como el piso estaba empapado y los caballos resbalaban, Hernan Cortés y otros dos ó tres que iban montados, bajaron de sus corceles en un montecillo próximo á Cempoala, y dejándolos atados á unos árboles, continuaron el avance. Todos iban en el mayor silencio. El ruido de la lluvia, hacia que no se percibiese el de los pasos. Hernan Cortés iba con la esperanza de llegar antes de que el enemigo tuviese aviso de su llegada. Pero no era así. El vigilante que habia logrado no caer prisionero, llevaba algunos momentos de haber llegado á Cempoala dando el grito de alarma. Narvaez se levantó inmediatamente del lecho, se puso su armadura, llamó á sus capitanes, y dió las órdenes conducentes para esperar al enemigo. Como acontece en esos instantes de sospresa, todo era confusion y desórden. Los ginetes ensillaban sus caballos; los artilleros corrian á sus baterías; y los infantes, soñolientos y aturdidos, se dirigian á tomar sus armas. La voz con que debian conocerse los suyos en el combate, era la de «Santa María,» repetida dos veces. (1)

(1) Varios historiadores, entre ellos Oviedo, Solís y Prescott, dicen que Narvaez ni sus soldados quisieron dar crédito á lo que les decia el vigilante: que el general «despreció el aviso y al que lo llevaba.» Pero esto no es verosimil, y además está en pugna con lo que asegura Hernan Cortés, el cual terminantemente dice: «Me dí la mayor prisa que pude, aunque no pude tanta, que la dicha espía no llegase primero casi media hora. E cuando llegué al dicho Narvaez, ya todos los de su compañía estaban armados y ensillados sus caballos y muy á punto, y velaban cada cuarto docientos hombres.» Todas estas disposiciones en tan breve tiempo, prueban que dió crédito al aviso. Ni ¡podia ser de otra manera, pues no hay general que desprecie el aviso del que ha puesto de vigilante, y mucho menos cuando sabe que alguno de los que le acompañaban ha caidó prisionero.

Eran las doce de la noche cuando el ejército de Cortés en el mayor silencio, sin caballería y sin artillería, ni otras armas que espadas, rodelas, lanzas y puñales, protegido por la oscuridad, llegaba á Cempoala. Los soldados, agachados y sin hablar palabra, siguiendo á sus respectivos capitanes, penetraron en las calles y se dirigieron hácia el templo principal, en que se hallaba la fuerza contraria. Aun se encontraban las tropas de Narvaez en alguna confusion, acabando de colocarse en sus respectivos puestos. En aquellos angustiosos momentos en que aun no pasaba el sobresalto, se presentaron las tropas de Cortés delante del gran *teocalli*, en cuyo átrio inferior se hallaba la artillería. El jóven capitan Pizarro y el valiente Cristóbal de Olid, que estaban encargados de apoderarse de ella, se dirigieron resueltamente á tomarla. Los artilleros vieron al enemigo cuando casi lo tenian encima. Aunque sorprendidos, trataron de defenderse; pero no tuvieron tiempo mas que para disparar cuatro piezas, cuyas balas pasaron muy alto, excepto una que mató á tres de los asaltantes. Los soldados de Pizarro y de Olid se lanzaron entonces sobre los artilleros, y derribándolos con sus largas lanzas, se apoderaron de los cañones. En esos momentos llegaron todos los demás capitanes de Cortés al son de ataque, tocado por los tambores y pífanos. Una seccion de caballería enemiga trató de disputarles el paso; pero derribados por las largas lanzas seis de los ginetes, se lanzaron sobre los puntos que tenian órden de tomar. Gonzalo de Sandoval, á la cabeza de sus ochenta intrépidos soldados, subia las gradas del alto teocalli, cuya toma le habia sido encomendada, y donde se hallaba Pánfilo de Narvaez. La empresa era difícil. Una lluvia de ba-

las y saetas descendia sobre él y su valiente partida, oponiéndole una vigorosa resistencia. Pero nada habia que pudiese detener el avance de aquellos hombres. Despreciando la muerte, subieron las gradas del gran templo, en cuya elevada cúspide se trabó una lucha terrible. El corpulento Narvaez, cuyo valor estaba en relacion con su fuerza hercúlea, animaba á los suyos con su voz y con su ejemplo. Su espesa barba rubia; su acento hueco y severo; su rostro largo y varonil, donde se veian pintados el enojo y la resolucion, le daban un aspecto imponente. Su vigoroso brazo descargaba formidables golpes sobre los asaltantes. Pero éstos se habian propuesto vencer ó morir, y nada era capaz de hacerles retroceder. Por el contrario, acometieron con nuevo vigor no dudando en la victoria. Narvaez se esforzó entonces en la defensa; y cuando ciego de ira trató de arrojarse sobre sus contrarios, recibió un lanzazo, de uno de los soldados que acompañaba á Sandoval. La punta de la lanza dió en el párpado del general enemigo, haciéndole saltar el ojo izquierdo. «¡Santa María, amparadme!» exclamó el desgraciado Narvaez, cayendo en tierra: «¡Me han muerto!» (1)

Los soldados de Hernan Cortés al oirle, gritaron llenos de gozo: «¡Victoria por los del nombre del Espíritu Santo; que Narvaez es muerto!»

Pero aun les faltaba mucho para alcanzarla. Aunque el jefe estaba herido, sus capitanes seguian combatiendo, al mismo tiempo que algunos soldados le conducian al san-

(1) «Santa María, váleme; que muerto me han y quebrado un ojo.» —Bernal Diaz.

tuario, donde estaba su alojamiento. Los asaltantes procuraron penetrar; pero defendian los velazquistas con teson la entrada. Entonces el soldado Martin Lopez, el mismo que habia construido los bergantines en Méjico, que era de estatura gigantesca, encendiendo una tea, la arrojó al techo de paja que cubria la torre; y pronto el fuego, comunicándose con el maderámen interior, empezó á levantar inmensas llamas. Los defensores, para no morir abrasados, se vieron precisados á salir y rendirse. Entonces un soldado llamado Pedro Sanchez Farfan, fué el primero que se apoderó de Narvaez, y Bernal Diaz del Castillo se lo entregó á Gonzalo de Sandoval.

Conducido Pánfilo de Narvaez al átrio, fué aherrojado con un par de grillos, para evitar que se fugase. Todos sus capitanes y soldados, despojados de las armas, estaban á su lado, custodiados por Gonzalo de Sandoval y su tropa. Tambien se encontraba allí herido, aunque levemente, el cacique de Cempoala, que se habia ido á refugiar, como he dicho, á las habitaciones de Narvaez.

El grito de «¡viva el rey!» y «¡victoria por Cortés!» resonaba en lo alto del *teocalli*. Aquella voz, repetida por cien soldados, llegaba á los oidos de los parciales de Narvaez, que aun combatian en otros puntos, y á la de sus contrarios, desanimando á los primeros y aumentando el valor de los segundos.

Entre tanto que en el gran templo habia terminado todo, en los otros dos *teocallis* continuaba la lucha.

Hernan Cortés mandó asestar contra ellos los diez y ocho cañones tomados á sus contrarios; pero antes de romper el fuego de artillería, intimó rendicion á las tropas que guar-

necian ambos puntos. Desechada la intimacion, empezó el cañoneo y la subida á los templos. Defendian los teocallis los capitanes Diego Velazquez, sobrino del gobernador de Cuba, y Salvatierra, aquel que habia ofrecido cortar las orejas á Cortés y cenar una de ellas bien asada. El primero luchó como un valiente; pero el segundo se fingió enfermo desde que escuchó la muerte de su general, y se colocó donde no pudiera alcanzarle algun sablazo, esperando el resultado del combate. (1)

Juan Velazquez de Leon, á la cabeza de sus setenta hombres, subió las gradas del teocalli defendido por el jóven Diego Velazquez, contra quien estaba justamente irritado por las palabras ofensivas que le dirigió en Cempoala. El sobrino del gobernador de Cuba era valiente, y defendió su punto con heróico esfuerzo; pero viéndose herido, lo mismo que la mayor parte de sus soldados, tuvo que rendirse al hombre á quien hacia pocos dias habia injuriado. Juan Velazquez de Leon, olvidando las pasadas ofensas, le trató con las mas altas consideraciones, y ordenó que le curasen inmediatamente, asistiendo él mismo á la curacion. Le habia visto valiente en la lucha, y le veia vencido. Al rencor sucedió el sentimiento generoso del caballero y el afecto del parentesco.

Los soldados de Salvatierra, notando el desaliento de su

(1) «Vamos á los del Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombre para menos ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar al arma... Dicen que luego dijo que estaba muy malo del estógamo, é que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros y braveas.» —Bernal Diaz del Castillo.

capitan, mas largo en palabras que en obras, depusier
las armas, quedando el triunfo por los asaltantes.

Una circunstancia inesperada y curiosa concurrió
esta sorpresa, segun Bernal Diaz, en favor de Hern
Cortés. Cruzaban por el aire, á distancia de dos varas
la tierra, infinidad de cocuyos, insecto semejante á la h
ciérnaga; pero que despide mayor y mas viva luz que
ta. Preocupada por la sorpresa la fantasía de los asaltado
juzgaron, en medio de la oscuridad que reinaba, que en
fogonazos de los arcabuces, persuadiéndose que el núme
de arcabuceros era superior al que ellos tenian. (1)

Hernan Cortés, infatigable y activo, habia luchado
todas partes, multiplicándose, por decirlo así, y acudien
oportunamente á donde era mayor el peligro. Sudando c
piosamente y logrando apenas respirar de fatiga, march
ba de un punto á otro, ayudando á sus capitanes y obra
do como entendido general. (2)

A fin de asegurar la victoria, hizo pregonar que se p
sentasen todos los soldados de Narvaez que no habi
caido prisioneros, á jurar fidelidad bajo la bandera d
rey, de quien era representante como capitan general

(1) «Y tambien la oscuridad ayudó; que, como hacia tan oscuro, habia m
chos cocayos, (así los llaman en Cuba) y que relumbraban de noche, é los
Narvaez creyeron que eran muchas de las escopetas.»—Bernal Diaz. Hist.
la conquista.

(2) Vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adon
teníamos á Narvaez, y con el calor que hacia grande, y como estaba carga
con las armas é andaba de una parte á otra apellidando á nuestros soldado
haciendo dar pregones, venia muy sudado y cansado, y tal, que no le alcan
ba un huelgo á otro.»—Bernal Diaz.

justicia mayor. De no hacerlo así, serian castigados con la pena de muerte. Se mandaba en el bando que se presentasen sin armas, despues de haberlas entregado á los alguaciles, que recorrian, de órden suya, todos los puntos defendidos. Nadie dejó de obedecer la órden; y antes de que amaneciera, Cortés era dueño de todo el armamento del ejército de Narvaez.

La noche seguia lluviosa, y la oscuridad impedia que los vencidos pudiesen ver el corto número de hombres á quienes se habian rendido, y lo mal armado de ellos.

Pocos instantes despues de haber cesado el fragor de las armas, empezó á cesar la lluvia, asomando apacible la luna, para alumbrar tristemente el ensangrentado escenario de la pasada lucha. (1)

Entre tanto Pánfilo de Narvaez, sintiendo los agudos dolores de la herida que le habia hecho saltar el ojo, suplicó á Gonzalo de Sandoval que le permitiese á su médico que le curase. Obsequiado el justo deseo, se acercó el médico, y empezó la curacion. Hernan Cortés, que no cesaba de vigilar y que recorria todos los puntos, dando órdenes oportunas, llegó en aquel momento y se acercó al herido; pero evitando que le viera para no mortificarle. Uno de los que se hallaban junto al vencido general, le dijo que estaba allí Cortés. Narvaez, volviendo entonces la cabeza, y pareciéndole imposible, en su orgullo, haber sido derrotado, le dijo: «Señor capitan Cortés, á gran gloria debeis tener el triunfo alcanzado, haciéndome vues-

(1) «Y entonces salia la luna, que cuando allí llegamos hacia muy oscuro y llovia.»—Bernal Diaz.

tro prisionero.» Cortés le contestó: «Por él doy las gracias á Dios á quien se lo debo, y despues á mis valientes y esforzados compañeros. Puedo, sin embargo aseguraros, que la victoria y el haberos hecho prisionero, es de las cosas de menos importancia hechas por mí en la Nueva-España. (1) Dichas estas palabras, salió Cortés á dar algunas instrucciones á los capitanes que ocupaban los otros teocallis, encargando á Gonzalo de Sandoval que vigilase mucho á Narvaez y no se apartase de él ni un momento. Hecha la curacion, fué conducido el general prisionero á un aposento, con dos pares de grillos. Sandoval puso algunos soldados para que le custodiasen, y encargó secretamente á Bernal Diaz, que era uno de ellos, que no permitiese que le hablara ninguno de los que habian sido de su ejército.

No obstante la desdeñosa respuesta dada á Narvaez por Hernan Cortés, respecto de la victoria alcanzada, es imposible que en el fondo de su corazon no la juzgase como una de sus grandes glorias militares. Al frente de unos pocos soldados, sin otras armas que lanzas, espadas y puñales; fatigados por continuas y penosas marchas; calados con el agua de la lluvia y de los rios; hambrientos y casi desnudos, acababa de asaltar, en sus puntos fortificados, á un

(1) «Dijo el Narvaez: «Señor capitan Cortés, tené en mucho esta victoria que de mí habeis habido y en tener presa mi persona;» y Cortés le respondió «que daba muchas gracias á Dios, que se la dió, y por los esforzados caballeros y compañeros que tenia, que fueron parte para ello. E que una de las menores cosas que en la Nueva-España ha hecho es prendelle y desbaratalle.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

enemigo cuatro veces mayor en número, con excelente artillería, bien equipado, cubierto de férreos petos y de cascos, y le habia vencido y hecho prisionero. El éxito habia coronado sus esfuerzos y sus acertadas disposiciones. Toda la artillería, armas, caballos, bagages, pertrechos de guerra y municiones, estaban en su poder. El hecho era, no solamente glorioso, sino de inapreciable importancia, para el caudillo español. Cortés conocia, como ninguno, todo el valor del triunfo alcanzado; y si delante de su rival no quiso darle la importancia que tenia, con sus capitanes y soldados manifestaba la intensa alegría que sentia su corazon. (1)

Todas las tropas enviadas por el gobernador de Cuba, estaban en poder de aquel contra quien habian sido enviadas. Unicamente faltaban los cuarenta ginetes que Pánfilo de Narvaez mandó situar en el campo. El general vencedor, deseando atraerles á su partido, sin efusion de sangre, envió á los capitanes Cristóbal de Olid y Diego de Ordaz, á invitarles á que volviesen á Cempoala. Llevaban atentas ofertas de Cortés, y el encargo de que les refiriesen los acontecimientos operados. Los dos comisionados salieron inmediatamente á caballo, en dos ligeros corceles de los oficiales hechos prisioneros.

La lluvia habia cesado del todo, y la luna brillaba, aunque débilmente. Las horas que faltaban de la noche se ocuparon en curar los heridos y en colocar á los prisioneros en sitios seguros.

(1) «Era cosa de ver qué alegre estaba; y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor y pujante.»—Bernal Diaz.

Empezaba á alumbrar la luz del nuevo dia, cua
vió llegar hácia Cempoala á los cuarenta ginetes d
vaez. Con ellos iban Cristóbal de Olid y Diego de
que habian sido enviados por Cortés para persuad
que se presentasen, ofreciéndoles que continuarian c
mismos grados que tenian. Media hora despues en
á la ciudad y se dirigieron al alojamiento en que se h
el general vencedor. Los vivas y las aclamaciones
resonaban al son de los tambores y los pífanos, tocad
algunos de los mismos que habian pertenecido á Na
Hernan Cortés que no queria herir el amor propio d
guno, mandó que cesasen las aclamaciones, y aun
preso á uno de los atabaleros del ejército vencido, p
continuó victoreando. Conducta digna, no humillar
ha tenido la desgracia de caer en poder de su con
y con la cual el vencedor conquista el afecto y la gr
del enemigo.

Hernan Cortés habia cambiado de traje, despues
batalla. Vestia en aquellos momentos una ropa ta
color naranjado, debajo de la cual llevaba sus armas.
ba sentado en una silla de brazos y acompañado de
capitanes y soldados. (1)

Entre los ginetes que acababan de llegar, se encon
el secretario Andrés de Duero, el tesorero Agustin B
dez y otros muchos amigos del caudillo español. Con
se presentaban, los oficiales iban á besarle la mano,
do recibidos con las expresiones mas afectuosas, y alc

(1) «Estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga d
como de naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros.»—
Diaz.

do las promesas mas lisonjeras de favor. Al llegar Andrés de Duero, Bermudez y los demás, con quienes habia tenido en la isla de Cuba relaciones de amistad, se levantó á abrazarles cordialmente, felicitándose de verles, y manifestándoles su distinguido aprecio. Visitó luego los puntos donde se hallaban los heridos, recomendando que les atendiesen lo mejor posible. Al ver entre ellos al cacique de Cempoala, le manifestó su pena, y dispuso que le condujesen á su casa con todas las consideraciones que siempre le habia guardado, recomendando que nadie le ofendiese en lo mas mínimo.

Muchos fueron los heridos que tuvo el ejército de Narvaez en este encuentro; pero los muertos fueron, relativamente pocos, debido, sin duda, á que los soldados de Cortés carecian de armas de fuego. Sin embargo, murió el abanderado, un capitan, otros dos oficiales y once soldados. Las pérdidas del ejército vencedor fueron menores, pues aunque sus contrarios tenian arcabuces, la puntería, en medio de la oscuridad y de la sorpresa, era incierta. Siete fueron los muertos que tuvo la tropa de Cortés, siendo en proporcion el número de heridos.

El triunfo alcanzado por Hernan Cortés, fué completo. Las circunstancias críticas y aflictivas en que pocas horas antes se encontraba, habian cambiado. No era ya el amenazado capitan, acusado de traidor, al frente de unos cuantos soldados sin recursos y sin armas, sino el caudillo de un ejército respetable, provisto de numerosa artillería, de buenas armas y excelentes caballos. Era un jefe independiente que acababa de asentar su poder, asegurando su autoridad en la Nueva-España, sin temor de que otra nueva expedi-

cion pudiese enviar el gobernador de Cuba contra él. Con la fuerzas reunidas de ambos ejércitos, podia asegurar lo con quistado, y emprender nuevas expediciones por desconocidas provincias. Nunca se habia encontrado aquel hombre extraordinario en circunstancias mas críticas que al desembarco de Narvaez con sus bien equipadas tropas, ni nunca tampoco dió mayores muestras de sus dotes militares, de su actividad, de su valor y de su prevision. Anhelante de gloria, supo multiplicar los recursos con su ingenio, y aprovechando los accidentes, que para otros serian insignificantes y que únicamente los grandes hombres saben utilizar arrancó á la fortuna lo que parecia imposible de alcanzarse lo que nadie hubiera intentado conseguir, considerándol como una quimera. Dotado de una elocuencia cautivadora de un talento claro, de una franqueza respetuosa y de no bles y elevados sentimientos, habia logrado hacer de todo los que le rodeaban, otros tantos leales adictos, dispuesto á morir bajo sus banderas. Juan Velazquez de Leon, er una muestra notable del afecto que le consagraban su capitanes. La sagacidad de Cortés descubrió desde los pri meros dias en el pariente del gobernador de Cuba, al hombr de sentimientos caballerescos y patrióticos, y le distingui siempre con los cargos mas honoríficos del ejército. El an tiguo adversario, se convirtió en su mas adicto defensor y en la hora del peligro, rechazó las brillantes proposicio nes del jefe enviado por su pariente, por no abandonar e los momentos mas aflictivos y desesperados, al hombre quien juzgaba digno del aprecio de la patria. Creyó qu los intereses de la religion y del rey, exigian que se colocase del lado de Cortés en vez de agregarse á las filas d

su pariente, y prefiriendo el deber al parentesco, combatió contra los intereses del gobernador de Cuba. (1) Con la misma facilidad que se hacia querer de sus capitanes, lograba ser amado de sus soldados. Su maneras deslumbrantes y liberales, su buen trato, la atencion que prestaba al consejo de todos, le dieron un ascendiente sobre la tropa, que nadie le abandonó en los momentos del peligro; cuando parecia que iba á ser destruido por el poder de Narvaez. Conociendo que en el arte de la guerra la prontitud en el obrar es la primera condicion para alcanzar buenos resultados, sale de Méjico con setenta hombres, se le reune Juan Velazquez de Leon con ciento veinte en Cholula, corre sin deterse á Tepanacuetla, donde viene á unírsele con sesenta hombres Gonzalo de Sandoval; entabla conferencias con el general enemigo; seduce, por medio de sus agentes, una parte de las fuerzas contrarias; adquiere noticias de la distribucion en que están colocados los cuerpos

(1) Refiere el historiador Oviedo que habia escuchado discutir á varios individuos sobre si Juan Velazquez de Leon debió obedecer las órdenes de Cortés ó las de su pariente el gobernador. diciendo al fin en que obró bien, puesto que de Cortés habia recibido inmediatamente la comision. «Visto he platicar sobre esto á caballeros é personas militares sobre si este Juan Velazquez de Leon hizo lo que debia, en acudir ó no á Diego Velazquez ó al Pánfilo en su nombre; é convienen los veteranos militares, é á mi parecer determinan bien la cuestion, en que si Juan Velazquez tuvo conducta de capitan, para que con aquella gente que él le dió ó toviese en aquella tierra como capitan particular le acudiese á él ó á quien le mandase. Juan Velazquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narvaez siendo requerido de Diego Velazquez: mas si lo hizo capitan Hernando Cortés, é le dió él la gente, á él habia de acudir, como acudió, excepto si viera carta, ó mandamiento expreso del rey en contrario.» Hist. de las Ind. MS.

en la plaza; se aproxima á marchas forzadas sobre Cei
poala; cruza en medio de la oscuridad y bajo una esp(
lluvia, pantanosos caminos y crecidos rios; avanza sile
cioso sobre la plaza, dejando los caballos en un bosque,
cae con la velocidad del rayo sobre los mismos cuartel
del enemigo, que tras una débil defensa, queda vencido
prisionero. Si la oscuridad de la noche y la lluvia le fuer
favorables, es porque tuvo talento y genio para aprov
charse de esas circunstancias. Lluviosa y oscura era ta
bien para Narvaez; pero lejos de intentar sorprender
Cortés en su mismo campamento, se contentó con encarg
que velasen algunos centinelas. La rápida marcha del ca
dillo español, bajando las montañas y descendiendo á
llanuras de la tierra caliente, antes de que el enemigo
cerrase el paso en las gargantas de los desfiladeros; la i(
de mandar hacer picas á los indios de Chinantla, para co
batir contra la caballería; la prontitud con que comun
sus órdenes á Sandoval y á Velazquez de Leon, combinar
el sitio y el dia en que debian encontrarse para obrar u
dos; los medios á que recurrió para entretener á Narvaez
Cempoala, con diversas embajadas; toda esta combinaci
acertada y pronta, revelan la clara inteligencia, el geni
el espíritu firme de un hombre que poseia las dotes n
brillantes del político y del guerrero. La batalla contra N
vaez no la empezó Cortés la noche en que venció al ejérc
contrario. La empezó desde los cuarteles de Méjico.
primera ventaja conseguida fué la de ganar el afecto (
padre Guevara, del notario Vergara y de Amaya, q
formaban la formidable descubierta enviada por Narva
exigiendo la obediencia de su rival y de su gente. Pi

miado su aprecio con ricos presentes de oro y plata, continuó minando la plaza, enviando lisonjeras cartas, valiosas joyas y seductoras promesas, envueltas en firmes protestas de adhesion al rey, al secretario Andrés de Duero y á diversos amigos de influencia en el ejército contrario. El padre Olmedo, Juan Velazquez de Leon y cada uno de los comisionados que habian llevado proposiciones de paz, continuaron combatiendo el poder de Narvaez con dádivas estimables, inclinando el espíritu de su tropa en favor del hombre á quien habian ido á combatir. El asalto á mano armada, en la noche que se alcanzó la victoria, fué el último ataque. Fué el mas estrepitoso, el único sangriento; pero antes de ese último combate, la mitad de la fuerza enemiga estaba ya vencida. No era Narvaez el digno competidor de Hernan Cortés. Aunque le sobraba valor, le faltaban las demás dotes militares que concurrian en su adversario. Algunos años despues se disculpaba de su derrota el vencido general, quejándose de que se habia visto engañado por los mismos que le acompañaban: acusaba á Cortés de haberle sobornado sus tropas, cuya defeccion, decia, le dió la victoria. (1) Su disculpa forma su acusa-

(1) En 1525, tuvo Oviedo una conversacion con el mismo Narvaez, respecto de la accion en que fué vencido, que la refiere el primero en su Historia de las Indias. «Que en el año de 1525,» dice, «estando César en la ciudad de Toledo, vi allí al dicho Narvaez, é públicamente decia, que Cortés era un traidor: é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas feas palabras llamandole alevoso é tirano, é ingrato á su señor, é á quien le habia enviado á la Nueva-España, que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le habia alzado con la tierra, é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo

cion. Ella demuestra que habia descuidado, por complet todas las precauciones que está obligado á tener un gen ral. Habia visto con desprecio al enemigo; desdeñó vigil sus movimientos; dejó á los enviados de Cortés comunic con sus soldados, contentándose con hacer alarde de su fuerzas delante de ellos, creyendo que esto era bastant para ganarlos; y habia hecho, en fin, todo lo contrario lo que el arte de la guerra ordena.

Nadie, por lo mismo, fué culpable de su derrota ma que él mismo.

En sus manos, la difícil empresa de la conquista hubie ra fracasado desde el principio.

que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dij no puedo hallarle desculpa para su descuido, porque ninguna necesidad teni de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que lo que hizo. E todo decia él que le habian vendido aquellos de quienes se fiaba, que Cortés le habia sobornado.»

CAPÍTULO XI.

Llegan á Cempoala los dos mil indios de Chinantla.—Cortés les obsequia.—Todo el ejército de Narvaez se queda con Cortés.—Manda éste que se les vuelvan sus armas y caballos.—Disgusto que esto causa en los soldados vencedores.—Palabras que Cortés dirige á Alonso de Avila y contestacion de éste.—Orígen de las viruelas en Méjico.—Cortés recibe noticias del levantamiento de la capital.—Vuelve en socorro de Alvarado.—Acto sangriento y reprobable de Alvarado con la nobleza azteca.—Cortés le reprende por su conducta.—Algunas aclaraciones y reflexiones sobre el hecho de Alvarado.

1520. Mayo 27. A la lluviosa noche del combate siguió un dia despejado y bello. La luz del sol del 27 de Mayo, brilló fulgente en un cielo sin nubes, alumbrando el ensangrentado escenario en que se disputó la victoria. La claridad presentó ante los ojos de los vencidos, el corto número de sus vencedores. Al ver á estos cubiertos de débiles petos de algodon, sin cascos ni babera, armados únicamente de lanzas, espadas y puñales, se avergonzaron de

su derrota y murmuraron de la impericia de su genera
Pero era ya tarde para probar que de otra manera no hu
bieran sido vencidos. La artillería, los arcabuces, las e
padas, todas las armas, en fin, se hallaban en poder d
vencedor, y no podian los vencidos hacer otra cosa si
esperar lo que determinase el jefe victorioso. En aquell
momentos se presentaron en Cempoala los dos mil indi
de Chinantla, que Hernan Cortés habia pedido al caciqu
de aquella provincia, que, como he dicho, habia reconocido
espontáneamente, por soberano al rey de España. Era gen-
te robusta y guerrera, irreconciliable enemiga de los me-
jicanos y no menos diestra en el arte de la guerra qu
éstos. Llegaron al campo español en notable órden, mar-
chando de dos en dos, armados de largas lanzas con co
tantes puntas de duro pedernal, llamado iztli, no menc
penetrantes que el mismo acero. Todos llevaban en el bra
zo izquierdo una caprichosa rodela, y pintados los cuerp
con resaltantes colores. Alternando con los lanceros, iba
con no menos arrogancia, los flecheros, que eran jóvene
altos, y de robusta musculatura. Al frente de cada cuerp
marchaban de capitanes los caciques de sus mismos pue
blos, ostentando lujosos penachos de brillantes plumas
empuñando la pesada macana. Los abanderados tremola
ban sus caprichosos estandartes, y los tambores y las trom
petillas que formaban sus instrumentos bélicos, sonaba
sin cesar marcando la marcha. Al llegar al ámplio átrio e
que se hallaba Cortés, exclamaron dando gritos y silbo
¡Viva el rey, viva el rey y Hernan Cortés en su re
nombre!» (1) Al frente de los bravos guerreros indios ib

(1) «Y entraron en Cempoala con muy gran ordenanza, de dos en dos; y e

un soldado español, llamado Barrientos, que les acompañaba, y que Cortés habia enviado á Chinantla, cuando marchó Tovilla á la misma provincia, á mandar hacer las lanzas.

El jefe castellano les recibió con agrado, y les obsequió como á leales amigos. Cierto es que habian llegado tarde; pero para el objeto de Cortés, que era demostrar á Narvaez y sus soldados, los recursos que tenia en el país, se habian presentado á tiempo. Por medio de Gerónimo de Aguilar y de Marina, manifestó á los caciques lo que habia pasado; les expresó, con afectuosas palabras, su gratitud por haber acudido á su llamamiento; les hizo algunos regalos, contándose entre ellos, abundantes cuentas de vidrio, y les dijo que se volvieran á su provincia, sin hacer daño á los pueblos que encontrasen á su paso.

Deseando Hernan Cortés manifestarse generoso con los vencidos, llamó á los oficiales prisioneros, entre los cuales tenia bastantes amigos, y de ellos no pocos que se habian mostrado favorables á su causa en las conversaciones con el padre Olmedo. Les pintó, en breves palabras, pero con brillante colorido, el estado favorable del país con respecto á España. Todas las provincias, repúblicas, reinos y señoríos se habian declarado vasallos de la corona de Castilla. El mismo Moctezuma y su poderoso imperio habian hecho

no traian las lanzas muy grandes y de buen cuerpo... y traia cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y entre cada lancero y lancero un flechero, y dando gritos y silbos decian: «Viva el Rey, viva el Rey, y Hernando Cortés en su real nombre.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

lo mismo, y en los cuarteles de la capital habia dejado Pedro de Alvarado, cuidando los tesoros cedidos por monarca azteca. Pero existian, les dijo, territorios au mas abundantes en oro y plata. Sus habitantes eran ene migos de los mejicanos; pero se habian ofrecido á recibi como amigos á los españoles. El país brindaba á todos co gloria y riquezas, y á los habitantes con un cambio feli en su vida religiosa y social. El elocuente general, des pues de presentarles el risueño cuadro de la felicidad, d honroso servicio que podian prestar al monarca y á Dio terminó su discurso con una proposicion lisonjera y franc En ella ofrecia facilitar á los que deseasen volver á Cub los buques necesarios para ello: á los que anhelasen uni se á sus banderas, para aumentar nuevas tierras á la cor na de España, los mismos grados y honores que habi tenido con Pánfilo de Narvaez.

El noble rasgo de Cortés acabó de cautivar á los brav oficiales que le habian escuchado con placer, y todos, s excepcion, se ofrecieron á servir bajo sus banderas. El je castellano les abrazó cordialmente y les regaló precios joyas, no como dádiva de valor, les dijo, sino como prue de sincera y leal amistad. El ejemplo de la oficialidad fu imitado inmediatamente por los soldados, y la fraternida reinó desde aquel instante en los que dos dias antes se m raban como enemigos.

Solamente Pánfilo de Narvaez, Salvatierra y Diego Ve lazquez, sobrino del gobernador de Cuba, fueron enviad con buena escolta, á la Villa-Rica.

Hernan Cortés obsequió tambien con ligeros present de telas y mantas, á los soldados de Narvaez, y dispu

que se les volviese los objetos de que habian sido despojados por los que les hicieron prisioneros, puesto que no formaban ya mas que un solo ejército.

Esta disposicion del general, disgustó á los que siempre habian servido bajo sus banderas. Muchos de ellos se veian dueños de equipajes quitados en medio de la lucha al enemigo, de armas y de caballos, y les era sensible volverlos, cuando los juzgaban adquiridos con el derecho de la guerra. No era el menos descontento Bernal Diaz del Castillo. Habia logrado hacerse, como el dice, de «un caballo, con todos sus arneses, de dos espadas, tres puñales y una adarga,» y murmuró de la disposicion dada por Cortés. (1) Creyéndola injusta, se negaron al principio á obedecerla; pero aunque al fin, obligados por el deber de obediencia al jefe, entregaron el botin alcanzado, siguieron manifestando en alta voz su descontento. «Se nos habia declarado,» decian, «una guerra á muerte; nos llamaban traidores, y se dió una órden para que se nos despojase de lo que teníamos: hoy, que somos los vencedores, en vez de recompensas por nuestra lealtad y por las penalidades sufridas, se nos obliga á volver lo que hemos ganado. Nuestro general cuida mas de los que le han combatido, que de los fieles soldados que le han seguido despreciando la muerte.» Los descontentos, queriendo que llegase á conocimiento de Cortés el profundo disgusto que les habia cau-

(1) «Hubose de hacer lo que mandó, que yo les dí un caballo que tenia ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos espadas y tres puñales y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados dieron tambien otros caballos y armas.» —Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

sado verse privados de lo que, por ley de guerra, les pertenecia, comisionaron al padre Fray Bartolomé de Olmedo y al capitan Alonso de Avila para que se lo hiciesen presente. El religioso expuso con noble franqueza, las quejas de la tropa y las razones en que las apoyaba; y el capitan Alonso de Avila comparó su conducta con la del desagradecido Alejandro, que despues de alcanzada una victoria, honraba y favorecia mas á los soldados que vencia, que á los suyos que le habian dado el triunfo. (1)

Hernan Cortés quedó sorprendido de las observaciones de los dos comisionados. Parecia que la suerte, para probar su firmeza y su constancia, le presentaba iguales dificultades antes de la victoria como despues de ella. Atento y afectuoso, trató de manifestar que nada estaba mas lejos de su pensamiento que ser ingrato con sus valientes soldados, á quienes, despues de Dios, era deudor de los sucesos prósperos que, en bien del rey y de la religion, se habian operado. «Todo cuanto tengo, hasta mi persona y mis bienes,» añadió con elocuente acento, «son de mis soldados. Pero nuestros nuevos compañeros son mucho mas numerosos que nosotros; puede decirse que mas bien estamos nosotros en su poder, que ellos en el nuestro. Además, no son ya nuestros contrarios, sino nuestros com-

(1) «Y como Alonso de Avila era capitan y persona que osaba decir á Cortés cosas que convenian, é juntamente con el padre Fray Bartolomé de Olmedo, hablaron aparte á Cortés, y le dijeron que parecia que queria remedar á Alejandro Macedonio, que despues que con sus soldados habia hecho alguna gran hazaña, que mas procuraba de honrar y hacer mercedes á los que vencia, que no á sus capitanes y soldados, que eran los que los vencian.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

pañeros; forman un solo ejército con nosotros, y se disponen á ayudarnos en la empresa que hemos acometido. Justo es, por lo mismo, obsequiarles, como á compañeros que quieren participar de nuestras dichas y de nuestros peligros y trabajos.»

Sólidas le parecieron al padre Olmedo las razones de Cortés; pero no así al otro comisionado que le acompañaba. Alonso de Avila era de carácter altanero y osado, que se detenia poco á examinar el peso de las razones que se le dirigian. Todos los oficiales y soldados de aquel ejército de voluntarios, se creian con los mismos derechos y tenian las mismas pretensiones, y se presentaban con firmeza á reclamarlos, siempre que llegaba á parecerles que la autoridad se habia excedido de las facultades que le habian concedido. Amaban á Cortés y le respetaban, porque reunia á la afabilidad, el valor; á la inteligencia, la franqueza; á la energía, la liberalidad: porque era el primero en atender al soldado, el primero en el peligro, el primero en la fatiga, el último en el reposo. No habia uno solo que no estuviese dispuesto á morir bajo sus banderas; pero cuando creian que alguno de sus actos atacaba el mas insignificante de sus derechos, entonces le pedian, con independencia, que no se excediese de los límites que le correspondian. Era preciso un genio superior, como el de Hernan Cortés, para haber logrado alcanzar la influencia que ejercia sobre aquellos soldados de carácter independiente y atrevido. «Eramos casi todos hijodalgos,» dice Bernal Diaz con orgullo, y «nos ilustramos mucho mas que de antes, con heróicos hechos y grandes hazañas que en la guerra hicimos, peleando de dia y de noche, estando tan apartados

de Castilla, ni tener otro socorro ninguno, salvo el Nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda ve dadera.» (1) Alonso de Avila, que iba en representaci de esos soldados, y que, como ellos, se creia atacado sus derechos con la órden de Hernan Cortés, lejos de m nifestarse satisfecho con las razones expuestas por el je las contestó con altanería, calificando de injusta la disp sicion. El general español, reprimiendo su enojo, le d entonces con severidad, para poner fin á la entrevista: «] obligo á nadie á que me siga: el que no esté contento, pu de marcharse: las mujeres en Castilla paren soldados «Es verdad,» respondió con audacia Alonso de Avila; «p ro tambien paren capitanes y gobernadores.» (2)

Los soldados, al escuchar del padre Olmedo las razon expuestas por su general, comprendieron que tenia raz Hernan Cortés les habló luego con dulce afabilidad sol el mismo asunto, manifestándoles lo conveniente que hal juzgado para todos la disposicion dictada. Les repitió q todo lo suyo era para sus antiguos y fieles compañeros; que entonces, mas que nunca, estaba empeñado en pr porcionarles gloria y riquezas. Los soldados se manifest ron satisfechos con las razones de su general, y nadie v vió á quejarse de su disposicion. Tambien Alonso de Av llegó á conformarse con lo hecho, y Hernan Cortés le sequió con algunas joyas de bastante estima.

(1) Bernal Diaz. Hist. de la Conq., cap. CCVII.

(2) «A esto respondió el Alonso de Avila, y le dijo ciertas palabras alg berbias, de tal manera, que Cortés le dijo que quien no le quisiese seguir,

Entre la gente de la servidumbre de Narvaez, fué por desgracia un negro, que dió orígen á la terrible peste de las viruelas. Iba enfermo de ellas, y la enfermedad se propagó á poco entre los cempoaltecas, extendiéndose despues á Tlaxcala y otras provincias.

Viéndose Hernan Cortés al frente de cerca de dos mil hombres de tropas españolas, con abundante artillería y municiones; dueño de diez y ocho buques, y sin temor de nueva armada de Velazquez, pensó ocupar una parte de la gente, en nuevas expediciones en las costas del golfo de Méjico, mientras con la otra se dirigia á la capital del imperio azteca, con objeto de afirmar la conquista. Puso á las órdenes de Juan Velazquez de Leon, ciento veinte hombres, para que asegurase la conquista de Pánuco y lo colonizase. Bajo el mando del capitan Diego de Ordaz puso igual número, para que formase en Goatzacoalco la colonia que se abandonó por la llegada de Narvaez; y solo iban en cada uno de estos destacamentos veinte soldados de los antiguos veteranos, que, como mas conocedores del país, se hacian, por decirlo así, indispensables en toda expedicion. Dos buques, con su correspondiente marinería y pilotos, dió además á cada uno de los expresados capitanes. A Juan Velazquez de Leon, para que desde el rio Pánuco fuese á descubrir la costa, observando las condiciones de ella; y á Diego de Ordaz, á fin de que enviase en ellos persona inteligente y honrada que comprase, en la isla de Jamaica,

las mujeres han parido y paren en Castilla soldados; y el Alonso de Avila dijo con palabras muy soberbias y sin acato, que así era verdad, que soldados y capitanes é gobernadores.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

gallinas de Castilla, becerros, yeguas, cerdos, ovejas, ca bras y toda clase de ganado que allí habia de España pues Goatzacoalco presentaba condiciones favorables á su propagacion. A fin de evitar que nadie pudiese hacer uso de los buques que conponian la escuadra y diese aviso a gobernador de Cuba de lo que habia acontecido, envió á la Villa-Rica al capitan Francisco de Lugo, con órden d que hiciese sacar de ellos, velas, cordaje, timones, aguja y herramientas. Nombró superintendente de la escuadr á Pedro Caballero, persona de toda su confianza, que habi ido en la armada de Narvaez mandando uno de los buque: y recibió juramento de fidelidad de los pilotos y contra maestres, á quienes hizo que fuesen con este objeto Cempoala. Dado á reconocer como jefe de la marina á Pe dro Caballero, ordenó á éste que, en caso de que envias el gobernador de Cuba algun buque y entrase en el puer to, llevase presos á los oficiales á tierra, y dejase la nav sin velas, cordaje ni timon, como se hallaban las otras.

Mientras la tropa de Juan Velazquez de Leon y de Diego de Ordaz se dirigian hácia Pánuco y Goatzacoalco recibió Hernan Cortés alarmantes noticias de Méjico, qu trastornaron sus proyectos y le obligaron á no desprender se de ninguna de las fuerzas que tenia. La ciudad, e masa, se habia levantado contra la guarnicion que habi dejado en ella. Un mensajero, por medio del cual envi Cortés á Pedro de Alvarado, hacia doce dias, la fausta noti cia del triunfo alcanzado sobre Narvaez, era el que acabal de llegar de la capital con la terrible nueva de su levant miento. El mensajero entregó al general español una car de Alvarado. En ella decia, que los mejicanos se hallab

sobre las armas y que habian atacado los cuarteles españoles por todas partes, con furia espantosa. Los sublevados, añadia, habian puesto fuego, por varias partes, al edificio; les tenian quitada gran parte de los bastimentos, y habian quemado los bergantines. Pintaba su situacion como desesperada; y le hacia saber que, merced á los esfuerzos de Moctezuma, que consiguió contener á la multitud mandando que no diese guerra á los hombres blancos, se hallaban con vida. Sin embargo, agregaba, que el peligro era el mismo: el pueblo, obedeciendo á su monarca, no atacaba ya los cuarteles; pero los tenia cercados, sin permitir que entrase nada en ellos: varios de los aliados tlaxcaltecas habian sucumbido en los combates, y algunos soldados españoles se hallaban heridos. Alvarado concluia su carta, rogando á Cortés que le enviase inmediatamente auxilio, pues se encontraba en la mas extrema necesidad: si se retardaba el envío de tropas, perecería, sin remedio, con todos sus compañeros.

La misma infausta noticia le dieron cuatro nobles que envió Moctezuma, y que llegaron á Cempoala al mismo tiempo que el mensajero de Alvarado. Pero los personajes enviados por el emperador azteca manifestaron la causa del levantamiento. Profundamente conmovidos, se quejaron, en nombre de Moctezuma, de la conducta observada por Alvarado. Digeron que sin motivo ninguno, habia mandado matar á un número crecido de nobles en los momentos en que se ocupaban de celebrar una fiesta religiosa, acto injustificable que hizo al pueblo tomar las armas. Los mensajeros agregaron que, merced á los esfuerzos del emperador, habian suspendido los mejicanos sus ataques á los

cuarteles, y terminaron suplicándole que acudiese pronto á Méjico á fin de que se remediasen los males. (1)

Terrible fué para Hernan Cortés el golpe recibido con las anteriores noticias. Cuando se imaginaba libre de todo enemigo; cuando soñaba asegurada la posesion tranquila de las provincias que se habian declarado feudatarias de la corona de España; en los risueños instantes en que se lisonjeaba de ser recibido en Méjico por el monarca y los nobles, con el respeto y consideraciones que en su primera entrada le habian manifestado, se veia precisado á reunir todos sus elementos de guerra para ir á salvar á sus compatriotas. La lucha habia empezado, cuando él acariciaba la idea de paz y de ventura. No habia tiempo que perder. Hernan Cortés era de los hombres que no desmayaban ante los obstáculos. Siempre estaba dispuesto á obrar, y parecia que las contrariedades daban mayor fuerza á su genio. Perder la capital, equivalía, en su concepto, á perder el país entero; á ver desaparecer de las manos todo lo adquirido á fuerza de trabajos y peligros. (2)

El caudillo español despachó inmediatamente mensajeros que alcanzasen á los capitanes Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz. Con ellos les hacia saber los sucesos acaecidos en Méjico, y les ordenaba que, por el camino mas corto, se dirigiesen á marchas forzadas á Tlaxcala, á

(1) «Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moutezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

(2) «Se perdia la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdia todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y á quien todos obedecian.»—Seg. C. de Cortés á Cárlos V.

donde él se dirigia tambien. Habló luego á los oficiales y soldados que habian pertenecido á Narvaez, preguntándoles si estaban dispuestos á seguirle, y no hubo uno solo que no se ofreciese á marchar con él. No se hubieran ofrecido, con el placer que lo hicieron, dice Bernal Diaz, y acaso «no hubiera ido ninguno de ellos, si hubiesen sabido que los mejicanos tenian los numerosos ejércitos que llegaron á ver mas tarde.» (1)

Hernan Cortés hizo los preparativos de marcha, con la actividad que le era característica. Mandó á Francisco de Lugo que se presentase en Cempoala con toda la fuerza que habia llevado á Veracruz; y dejó en este punto á Rodrigo Rangre, con una guarnicion de cien hombres, pues juzgó de mas importancia, en aquellos críticos instantes, los servicios de Gonzalo de Sandoval en la expedicion á Méjico, que en el puerto en que estaba de gobernador. Pronto estuvo todo dispuesto. El cacique cempoalteca proporcionó los indios de carga necesarios para llevar los bagajes y los bastimentos, y los soldados se formaron para emprender la marcha.

Cortés dejó en Cempoala los enfermos y los heridos, al cuidado de una corta fuerza, recomendando á las autoridades indias, que les proporcionasen todo lo necesario. En el momento en que se hallasen restablecidos, el destacamento debia ponerse en marcha para la capital azteca.

Dadas las instrucciones necesarias á los capitanes de las compañías, señalando el órden que debian guardar las tro-

(1) «Que todos á una se le ofrecieron que irian con nosotros; y si supieran las fuerzas de Méjico, cierto está que no fuera ninguno.»—Bernal Diaz.

pas en la marcha, se emprendió ésta hácia Tlaxcala, punto de reunion de todo el ejército. Los soldados, deseando llegar pronto en socorro de sus compatriotas, caminaban á paso acelerado, á pesar del sofocante calor que reina constantemente en la provincia cálida que atravesaban. Los habitantes de las cortas poblaciones por donde pasaban, salian á ofrecerles los víveres que tenian, y les presentaban jugosas frutas para que mitigasen la sed en el camino. Las tropas caminaron por algun tiempo encontrando los recursos necesarios; pero poco antes de llegar á Tlaxcala, en un terreno fragoso y casi solitario, se encontraron sin víveres y sin agua. El sol era abrasador; y muchos soldados de Narvaez, que no estaban acostumbrados á grandes fatigas, se sentian desfallecidos de necesidad y de cansancio. Sin embargo, animados por el ejemplo de los antiguos veteranos, sufrian, sin quejarse, la devoradora sed y los trabajos, y seguian á sus compañeros, manifestándose alegres y contentos.

Hernan Cortés habia hecho que se adelantase una fuerza de caballería á la capital de la república de Tlaxcala, dando noticia al senado de que se acercaba, y pidiendo que le tuviesen dispuestas las provisiones necesarias para la gente que llevaba. Los senadores se esmeraron en cumplir con el deseo del general español; y al entrar en la ciudad, donde fué recibido con verdadero regocijo de los nativos, encontró abundantes víveres prevenidos para sus tropas por sus hospitalarios habitantes. En medio de la nobleza tlaxcalteca y de los gobernantes de la república, fué conducido al palacio de Maxixcatzin, uno de los cuatro senadores de la nacion, donde le tenian dispuesto el

alojamiento. El senado, deseando manifestarle su adhesion, le dió dos mil guerreros de sus mejores escuadrones, mandados por valientes caciques. Profesaban un ódio implacable á los mejicanos; y al ver que se trataba de darles guerra, se apresuraron á enviar su gente para que los hostilizasen sin descanso. Casi al mismo tiempo de haber llegado el general castellano á la ciudad, llegaron tambien algunos soldados tlaxcaltecas enviados por Pedro de Alvarado. Por ellos tuvo Cortés nuevas noticias del movimiento popular de Méjico y de las críticas circunstancias en que se encontraban los españoles y sus aliados. Poco despues entraron en Tlaxcala, al frente de sus destacamentos, Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz. El infatigable general pasó inmediatamente revista á sus tropas, y vió que contaba con cerca de mil infantes españoles y noventa y seis caballos. En la infantería, habia ochenta arcabuceros y número igual de ballesteros. (1)

Hernan Cortés juzgó suficiente la tropa que tenia para entrar en Méjico, y emprendió la marcha, llevando de auxiliares á los dos mil guerreros tlaxcaltecas, dados por la república. El ejército tomó un camino mas al Norte y mucho mas recto que en su primera marcha á la capital azteca. Era el camino de los llanos de Apan y de Tèxcoco, que hacia menos larga la llegada al gran valle. El ejér-

(1) «Hernan Cortés en su segunda carta á Cárlos V, pone que eran «setenta de caballo y quinientos peones.» Bernal Diaz hace subir el número á «mil trescientos infantes y á noventa y seis de caballería.» Yo he abrazado el término medio, porque corresponde con lo que expresan algunos documentos referentes á las fuerzas de Cortés y de Narvaez antes de estar unidas.

cito caminaba con las precauciones de costumbre, subiendo una áspera sucesion de cordilleras, cubiertas á uno y otro lado de elevados cedros, cipreses y pinos, que extendian sus frondosas ramas, enviando bienhechora sombra al fatigado guerrero. Las sinuosidades del terreno; las profundas barrancas, en cuyo fondo corrian abundantes arroyos de cristalinas aguas; la vegetacion silvestre y vigorosa que por todas partes se presentaba, revelando la feracidad de aquellos terrenos incultos; todo el paisaje, en fin, que se descubria á donde quiera que se dirigia la vista, era pintoresco y seductor. Pero la fatigada tropa, poco ó nada se fijaba en las bellezas que ostentaba en aquellos instantes la naturaleza. Para la contemplacion es preciso que el espíritu esté tranquilo; que la imaginacion pueda fijarse dulcemente en los objetos que le rodean. Quien marcha preocupado con la idea de una empresa en que está comprometida su fortuna y su vida, no está en disposicion de apreciar nada de lo que se halla lejos del centro de atraccion de su pensamiento. Los soldados españoles se hallaban en este caso. Descubrian desde lo mas alto de las montañas, el delicioso valle de Méjico, aunque de un punto diverso al primero, con sus bellas florestas, sus espaciosos lagos, sus numerosas ciudades, sus islas y sus bosques; miraban destacarse á la orilla del lago, la sorprendente ciudad de Texcoco; la Atenas del Anáhuac, con su labrados campos, cubiertos de maizales y de jardines, qu se extendian á sus piés como una matizada alfombra; pe sus ojos no se detenian á examinar aquel bello panoram porque el pensamiento estaba fijo en los cuarteles en q ' ''-han cercados sus compatriotas. Anhelaban lleg

y caminaban sin fijar la vista en los objetos que les rodeaban.

Cuando descendieron al valle y penetraron en sus verdes campiñas, se admiraron de la soledad y del silencio que por todas partes reinaba. Los habitantes de las poblaciones que antes habian salido á felicitarles presentando á Cortés bastimentos y regalos, ahora, abandonando las poblaciones, se habian retirado á los bosques, dejando desiertos sus hogares. Nadie salia á recibirles, y todo indicaba que el valle entero se hallaba en actitud hostil y dispuesto á la guerra. Hernan Cortés, temiendo encontrarse de un momento á otro con grandes ejércitos situados en algun mal paso, marchaba con las mayores precauciones, dispuesto siempre al combate. (1) Así llegó á Texcoco, donde esperaba que le recibirian con agrado. ¡Vana esperanza! La capital del reino acolhua se hallaba en la soledad y el silencio. Su rey estaba ausente, y la ciudad desierta. Ninguna persona notable salió á recibir al general y su ejército. (2) Unos cuantos individuos, de muy poca importancia en el gobierno, se presentaron á ponerse á sus órdenes. Aquel frio recibimiento fué altamente sensible para Cortés y sus antiguos veteranos, pues habian

(1) «Y en todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Muteczuma, como antes lo solian facer, y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada: de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado, eran muertos, y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algun paso ó parte donde ellos se pudiesen aprovechar mejor de mí.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

(2) «Y no se nos hizo honra ninguna en ella ni pareció ningun señor.»—Bernal Diaz.

ponderado á sus nuevos compañeros, la brillante recepcion que encontrarian en todos los pueblos. La ausencia del monarca texcocano que debia, en parte, á su influjo, l corona que ceñia, y el no ver llegar á ninguno de sus no bles á cumplimentarle, le hicieron creer que Pedro d Alvarado y sus soldados habian perecido. (1)

Cuando Hernan Cortés, cuidadoso de la suerte de los com patriotas que habia dejado en la capital azteca, se disponi á enviar á uno de sus soldados á informarse de lo qu habia sucedido, apareció en la laguna, por el rumbo de Mé jico, una canoa que se dirigia á tierra con varios indivi· duos. La direccion era hácia donde él estaba. Pocos mo· mentos despues saltaban al muelle cuatro hombres, entr los cuales iba un español de los soldados de Alvarado. Po él supo Cortés que la guarnicion vivia, aunque habia muerto seis compañeros en los ataques recibidos. Respect de la situacion, manifestó que no podia ser mas angustiosa pues carecian de lo mas preciso, y se veian cercados de ene migos por todas partes. Añadió que á él le habian dejad salir, porque le enviaba el mismo Moctezuma en compañi de otro mensajero mejicano, que era uno de los que con é iban. Cuando acabó de hablar el soldado, el mensajero de monarca azteca felicitó á Cortés de parte de su emperador por su feliz regreso: manifestó que el deseo de Moctezum era que marchase inmediatamente á la ciudad, pues espe

(1) El historiador texcocano Ixtlilchochitl, explica parte del motivo de frio recibimiento hecho en Texcoco á Cortés. «En la misma ciudad de Tetzc co,» dice, «habia algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mat ron Pedro de Alvarado y sus compañeros en Méjico.»—Ixtlilxochitl. Hist ria chich.

raba que, con su presencia, volveria á restablecerse la paz, alterada bien á su pesar. El enviado agregó, que su señor temia que Cortés, creyéndole culpable, llegase enojado contra él; pero que le protestaba que no habia hecho otra cosa que procurar contener al pueblo, para evitar la desgracia de sus huéspedes. El general español contestó al mensajero, diciéndole, que asegurase á Moctezuma que no abrigaba sentimiento ninguno contra él, pues estaba informado de que nada habia omitido en favor de los españoles. (1)

La noche la pasó el ejército en Texcoco; y al alumbrar el nuevo sol, emprendió su marcha hácia Méjico por la ribera del lago, lleno de animacion otras veces, y solitario y triste en aquellos momentos. No cruzaban por la serena superficie de sus aguas las ligeras canoas que, en número maravilloso, vieron cruzar cubiertas de gente y de mercancías, la primera vez que se dirigieron á la grandiosa ciudad de Tenochtitlan. Si alguna llegaban á descubrir, desaparecia en el instante, como si fuera vigilante dispuesto para dar aviso de que se acercaba el enemigo.

A medida que avanzaba el ejército, se aumentaban la soledad y el silencio. Ni una sola persona se acertaba á descubrir en cuanto abarcaba la vista. Se hubiera dicho que el valle estaba sin habitantes, á no desmentirlo los labrados campos cubiertos de maízales, y las bellísimas huertas y jardines que por todas partes se descubria.

(1) «Yo le envié á decir que no traia enojo ninguno dél, porque bien sabia su buena voluntad y que así como él decia lo haria yo.»—Segunda Carta de Cortés.

El ejército pernoctó á tres leguas de la capital azteca. Hernan Cortés recomendó la mayor vigilancia, y co centinelas de caballería en los puntos mas avanzados.

1520. Junio 24. Brilló la luz del 24 de Junio, dia consa do á San Juan Bautista. El ejército espa antes de emprender su marcha; se dispuso á cumplir el precepto de la iglesia. Se improvisó un altar, y el p Fray Bartolomé de Olmedo celebró el santo sacrificio d misa, á la que asistieron, con profunda devocion, los dados y la oficialidad, hallándose á la cabeza de t Hernan Cortés.

Cumplido con el deber religioso, se emprendió el ca no hácia la capital. La misma soledad; el mismo sile que los dias anteriores. Nadie se presentaba por la ca da; nadie por la laguna, á ver pasar á los hombres bla como lo habian hecho la vez primera que llegaron. El fe castellano y sus soldados, interpretando el retraimi de los nativos por hostilidad marcada, marchaban pr nidos para el combate. El colorido imponente del cu tomó proporciones mas alarmantes aun, al penetrar en calles de la ciudad. Todas estaban solitarias y como vueltas en una atmósfera pavorosa. Nadie aparecia ellas. Las casas se encontraban abandonadas; levant los puentes que conducian á ellas, y quitados los pet que formaban sus puertas. (2) Cortés, en medio de la titud imponente que presentaba la capital, acarició au

(1) «Y dormí en el camino, á tres leguas de la dicha gran ciudad.»—Se da C. de Cortés.

(2) «Y no parecian por las calles ni caciques, ni capitanes, ni indios cidos, sino todas las casas despobladas.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

esperanza de que, con su presencia, volveria á establecerse la buena armonía. Pensó que el retraimiento, podia reconocer por única causa, el temor de ser castigados por las pasadas escenas, y se lisonjeó de poder conjurar la tempestad. (1)

El ejército atravesó las solitarias calles y los puentes, sin escuchar mas ruido que el producido por sus pasos y el del agua que corria por los anchos canales que cruzaban la ciudad en varias direcciones. Al hallarse á corta distancia de los cuarteles, el general mandó á los tambores y cornetas que tocasen marcha, á fin de quo supiesen Alvarado y sus soldados, que se acercaban. Pronto llegaron las tropas á la calle en que se encontraba el palacio de Axayacatl. Las puertas de los cuarteles se abrieron, y los soldados que llegaban, fueron abrazados por los que se hallaban dentro, como sus salvadores. El regocijo de los que se habian visto sitiados, no tenia límites. Se creian libres ya de todo peligro, y las pasadas penas se olvidaron con el placer que sentian al referirlas.

Moctezuma, al ver que llegaba Cortés, bajó al patio y se dirigió á él para darle una afectuosa bienvenida; pero el jefe español, creyendo por lo que le habia pasado en Texcoco, que alguna parte debia haber tenido en el movimiento de la ciudad, se pasó de largo, sin atenderle. El desprecio del jefe castellano traspasó de pena el corazon

(1) «Y vi poca gente por la ciudad, y algunas puertas de las encrucijadas y traviesas de las calles quitadas, que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacian de temor de lo que habian hecho, y que entrando yo, los aseguraria.»—Seg. C. de Cortés á Cárlos V.

del bondadoso monarca azteca, y se retiró á sus habitaciones triste por el desaire recibido.

El general español, despues de colocar las fuerzas convenientemente, distribuir las guardias y situar los centinelas en donde se juzgó prudente, se dirigió á la pieza qu ocupaba, y llamó á Pedro de Alvarado para que le informase del orígen del levantamiento y de lo que habia acontecido durante su ausencia.

Pedro de Alvarado refirió el suceso en los términos qu juzgó que justificaban sus actos. Pintó á los nobles, disponiendo un levantamiento para caer en un dia determinad sobre los cuarteles, dar la muerte á los españoles que habian quedado en la ciudad, y poner en libertad á Moctezuma. Las alarmantes noticias, segun dijo, las habia adquirido de los tlaxcaltecas, á quienes los mejicanos soliai acercarse á insultar de vez en cuando, y de dos sacerdote y algunos nobles. Agregó, que desde aquel momento s preparó para obrar como correspondia y no verse sorprendido. El instante en que juzgó conveniente obrar, lleg bien pronto. Los aztecas tenian costumbre de celebra anualmente, por el mes de Mayo, una fiesta al dios de l guerra Huitzilopochtli. Era la fiesta de la incensacion a númen, que en aquel año cayó en 13 de Mayo. Se celebraba con la mayor solemnidad, y asistian á ella el rey, l nobleza y lo mas notable de la nacion. Los grandes de l corte se presentaron á Pedro de Alvarado para saber s permitiria ir al rey al templo, á cumplir, como era costumbre, con sus deberes religiosos en la fiesta indicada El jefe español se excusó, diciendo que el mismo Moctezu ma habia convenido con Cortés en que no saldria durant

su corta ausencia, y que, por lo mismo, sentia no poder obsequiar el deseo que manifestaban. Los nobles, conociendo que obraba en cumplimiento de su deber, se manifestaron satisfechos, y ya no pensaron mas que en hacer los preparativos para la funcion religiosa, que debia celebrarse en el átrio inferior del gran *teocalli*, próximo al cuartel. Llegó el dia de la fiesta. Los nobles se adornaron con sus mas vistosos trajes y joyas, sus bellas mantas de plumas y sus brillantes penachos, y se dirigieron al suntuoso templo, cuyo espacioso átrio se hallaba pavimentado de blancas y relucientes losas. Allí se veian reunidos, llenos de satisfaccion y de sentimiento religioso, seiscientos individuos de la nobleza azteca. La alegría y la satisfaccion se veian pintadas en el semblante, y todos se preparaban para dar principio á la fiesta. Pedro de Alvarado, dando crédito á los avisos de los tlaxcaltecas, se acercó al átrio, como atraido por la curiosidad de ver, y lo mismo hicieron cincuenta soldados que se fueron colocando por órden suya en las puertas. No llamó la atencion de los concurrentes la presencia de los soldados españoles ni el ver que iban armados, pues tenian costumbre de asistir de igual manera á todos los espectáculos que habia. Los tlaxcaltecas, movidos de su implacable odio á los mejicanos, de quienes habian sufrido siempre terribles daños, habian asegurado al capitan castellano que el plan de los nobles era atacar los cuarteles, despues de terminado el acto religioso en que el pueblo les seguiria excitado por la voz de los sacerdotes. (1) Llegado el momento de la fiesta, los az-

(1) Ixtlilxochitl lo asegura así, fundándose en los historiadores texcocanos. Hé aquí sus mismas palabras. «Fué que ciertos tlaxcaltecas por envidia lo uno

tecas se entregaron al baile, entonando religiosos cant en honor del númen de la guerra, al son de los ruidosos disonantes instrumentos, que en número considerable t ñian. Cuando mas entregados se hallaban al bullicio y placer de la danza, Alvarado hizo una señal convenida sus soldados, y desnudando sus espadas se arrojaron sob sus desgraciadas víctimas. Ninguno de los aztecas ter armas, y por lo mismo, no pudieron oponer resisten ninguna. La mortandad fué horrible. Los cortantes acer herian fácilmente los cuerpos casi desnudos de los acom tidos, y la sangre empezó á correr por el pavimento. At rados y perseguidos, unos se dirigian á las puertas; pe allí eran atravesados por las espadas de los que guardab las salidas. Otros subian espantados, hácia las torres c teocalli; mas pronto se veian alcanzados de sus persegu dores, que los acuchillaban en las gradas ó en los terrad Los gritos, los clamores, los ayes de los moribundos, ll naban los aires, sin despertar la piedad de sus enemig Pronto el vasto átrio, que poco antes habia sido escena de alegría y de satisfaccion, se vió convertido en teatro

acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solian sacrificar gran ma de cautivos de los de la nacion tlaxcalteca, y lo otro que era la mayor c sion que ellos podian tener para poder hinchir las manos de despojos y ha su codicia, y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habian nido lugar, ni Cortés se les diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre cia las cosas con mucho acuerdo), fueron con esta invencion al capitan P de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mu para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenia como e y mas viendo que allí en aquella fiesta habian acudido todos los señores y bezas del imperio y que muertos no tenian mucho trabajo en sojuzgar Hist. chich, MS., cap. 88.

luto y de matanza. Los piés de los perseguidores tropezaban en los cuerpos de los muertos y de los heridos. El terror de los perseguidos crecia con los ayes de sus amigos sacrificados, y procuraban ganar la tapia que rodeaba el templo. Un número considerable de los nobles que entraron para celebrar la fiesta de su dios, quedaron tendidos sobre el pavimento mismo en que se habian entregado al canto y á la danza. Allí pereció la flor de la nobleza azteca, y los cadáveres fueron despojados por la soldadesca, de las joyas que llevaban. Solo habian logrado salvarse los que lograron subir á la tapia que cercaba el teocalli, saltando por ella á la calle, y muchos que se escondieron en las torres, detrás de los colosales ídolos y de los altares. No perecieron, por fortuna, todos, como algunos autores asientan; pero sí una parte considerable. Lleno de profunda pena y justamente indignado Moctezuma contra Pedro de Alvarado, envió sus mensajeros á Cortés, haciéndole saber lo acaecido, y diciéndole «que su lugarteniente habia matado y herido á muchos de sus nobles.» (1) Muy pocas fueron las familias de la nobleza azteca, que no tuvieron

(1) «Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Alvarado, é que mató é irió muchos dellos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista, cap. CXXIV). Por no haberse fijado sin duda el Sr. Prescott en las anteriores palabras del soldado historiador, y seguir á Sahagun y al padre las Casas, que escribieron por informes de personas muy apasionadas, dice que: «Ni un solo azteca de toda aquella alegre reunion quedó vivo.»

que llorar la muerte de algun sér querido. Fué una escena de desolacion, cuya triste memoria conservaron los nativos en melancólicos romances que cantaban aun algun tiempo despues de la conquista, y en que se referia el horrible acontecimiento. (1)

Nada hay que pueda disculpar esa horrible escena dispuesta por Pedro de Alvarado. No bastaba que asegurasen los aliados tlaxcaltecas que se proyectaba un levantamiento, ni que él notase algo que le hiciese sospechar que se preparaba algun movimiento. De las palabras de los primeros debia desconfiar, puesto que conocia el odio que se profesaban ambas naciones; y respecto á las sospechas con-

(1) Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el átrio del templo: pero el jesuita español Acosta dice que se hizo en palacio, aunque sin decir en cual. El Sr. Clavijero, creyendo imposible que en el templo mayor se hubiese podido cometer el atentado contra los nobles por unos pocos españoles, estando allí la armería donde el inmenso pueblo pudo coger las armas y aniquilar á los soldados de Alvarado, se inclina á la oponion del último. Pero como el padre Acosta no indica en qué palacio se verificó, el Sr. Clavijero cree que «no pudo ser otro que aquel donde habitaba entonces el rey;» esto es, el mismo ocupado por los españoles. En mi concepto, donde el padre Acosta dice que pasó en el palacio, debe creerse que quiso decir cerca del palacio, por hallarse próximos ambos edificios. Cierto es que como asegura Clavijero, ni e soldado historiador ni Cortés, hicieron mencion del lugar; pero sí da á conocer el primero en las siguientes palabras, que no fué en los cuarteles. «Vinie ron,» dice, «cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma, ant Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con mucha lágrimas de sus ojos fué, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todo los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilobos Tezcatepuca.» Estas palabras no dejan duda de que la escena pasó fuera de l cuarteles, pues de lo contrario, no hubiera salido de ellos Alvarado para d sobre los caciques. En otra parte dice el mismo Bernal Diaz: «Y le tornó á d cirle Cortés que á qué causa les fué á dar guerra estando bailando y ha [illegible] sus fiestas y bailes.» Las palabras *les fué á dar* [illegible]

cebidas por él, de ninguna manera tenia derecho á darles la fuerza de inconcusa realidad, y mucho menos cuando se trataba de la vida de centenares de individuos. No hay juez que sentencie á muerte, ni aun al hombre mas criminal, sino existen contra él mas que indicios, por fuertes éstos que sean. No debió Alvarado condenar á perder la vida á los nobles que asistian á una fiesta religiosa, sin mas datos que las acusaciones de sus enemigos y sus privados recelos. Solis trata casi de justificar el hecho, formando contraste con la notoria exageracion con que lo han presentado los escritores extranjeros. Estos han recargado el cuadro de tintas las mas negras y espantosas, mientras aquel presenta el suyo con suave colorido. En mi concepto, ninguna de esas pinturas se parece en nada al original. El odio á las glorias españolas, ha dirigido la pluma de los extraños; el laudable deseo de que no aparezca en la maravillosa empresa de la conquista un solo lunar en los notables hombres que la llevaron á cabo, ha guiado la del elocuente historiador español. Solis da por seguro que los nobles tenian dispuesto el levantamiento contra los castellanos. Dice que Alvarado «consiguió la noticia evidente de la conjuracion, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos, afeando la traicion, sin olvidar el interés.» Añade que eligieron el dia dedicado á la celebracion de la fiesta, «suponiendo que se podrian juntar descubiertamente, sin que hubiese novedad;» y que el intento de ellos era «convocar al pueblo y llevarle tras [illegible] la obligacion de apellidar la libertad de su rey y la [illegible] de sus dioses; reservando para entonces el publi[illegible]cion, por no aventurar el secreto, fiándose

anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no l· tenian mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio la maldad.»

Yo creo que Solis no hubiera dado la sangrienta órde: que dió Alvarado, no teniendo otras pruebas que las noti· cias y las sospechas que tuvo. La nobleza para afectuar u: levantamiento no tenia necesidad de andar conspirando Podia juntarse descubiertamente en cualquiera parte, pue nadie se lo habia prohibido, á tratar de sus negocios ó á pasar revista á sus ejércitos. Jamás dejó de salir Moctezuma á sus paseos sin que le acompañasen centenares de nobles. La nobleza, libre como era para reunirse en todas partes, bien en la capital, bien en los pueblos, bien en el campo, y teniendo siempre á su disposicion los ejércitos y el pueblo, estaba en aptitud de poder atacar los cuarteles españoles en el mismo dia que lo hubiera pensado, sin tener que ocurrir á las conjuraciones clandestinas. Se podria objetar, aunque no lo dice el historiador á que me refiero, ni ningun otro, que no queria hacerlo, por no comprometer la vida del rey. Pero en el mismo caso se hallaba el dia de la fiesta. Si Alvarado hubiera permitido marchar á Moctezuma, podia decirse que los nobles tenian dispuesto atacar á los españoles despues de la funcion religiosa; pero no habiendo salido, y dejándole en el mismo peligro, se encontraban con el mismo inconveniente para atacar. Respecto á que en la noche anterior «anduvieron muy solícitos, escondiendo las armas en el barrio mas vecino al templo,» carece absolutamente de solidez. Sabido es que la nacion mejicana tenia grandes ejércitos bien equipados, y arsenales provistos de toda clase de armas. Estos ejércitos

se hallaban en la capital, en los alrededores, en los pueblos, en todo el reino en fin. Cuando Cortés salió al encuentro de Narvaez, el mismo Moctezuma le ofreció cinco mil guerreros de los suyos; prueba evidente de que contaba con fuerzas armadas. Siendo esto, como es, una verdad innegable, es del todo inverosimil que anduviesen escondiendo armas en los barrios, quienes se podian presentar con ellas en todas partes. Pero puesto que Alvarado creyese que realmente las habian escondido, debió, antes de proceder al castigo, hacerles ver su delito, presentándoles el armamento que habian ocultado. Igual cosa digo respecto de los conjurados, que se asegura le descubrieron la conjuracion. Para probar que obraba en justicia y nadie pudiera acusarle de arbitrario, se hallaba en el deber de presentarlos ante los conspiradores, cuya sangre se proponia derramar. Pero ni las armas ni los acusadores fueron presentados; y la sentencia de muerte se ejecutó sin mas pruebas que las simples sospechas y las noticias alarmantes dadas por los tlaxcaltecas. Sensible es tener que presentar los lunares que manchan y afean la vida pública de los hombres que se han distinguido por otros hechos que los enaltecen; pero si la historia ha de ser el espejo que presente el pasado para corregir el presente y preparar el futuro, preciso es darlos á conocer para evitar que encuentren imitadores. Pedro de Alvarado era de los mas notables capitanes, por su valor, su bizarría, su gallarda presencia, sus graciosos modales y su franqueza. Pertenecia á una familia distinguida; poseia sentimientos caballerescos; era inquebrantable en su fidelidad y profesaba una amistad sincera á su general. Hernan Cortés le distinguia como el

primero de sus oficiales; y cuando, terminada la conquist de Méjico, tuvo ocasion de hablar de los compañeros qu le ayudaron en su empresa, diciendo á Cárlos V que «tre de sus capitanes podian compararse con los primeros qu ha producido el mundo,» puso en preferente lugar á Pedr de Alvarado. Los otros dos fueron Cristóbal de Olid Gonzalo de Sandoval. (1) Pero esas bellas cualidades qu distinguian al notable capitan, estaban acompañadas de u carácter violento, de un corazon temerario, y de falta d meditacion. Acogia con facilidad las acusaciones contra lo que juzgaba contrarios, y esto le arrastraba á dictar providencias que no siempre estaban de acuerdo con el deber La falta de prudencia, la facilidad en acoger las acusaciones y su carácter violento, fueron los que dispusieron la sangrienta escena referida, con la cual echó un negro borro en su nombre. Justo es ensalzar las buenas acciones que ilustran á los hombres, para despertar en los demás el deseo de imitarlas; pero es tambien de justicia presentar lo lunares que afean á los personajes públicos, á fin de qu los que ocupan un lugar distinguido, huyan de caer en lo defectos que mancharian su honra.

(1) «Estos tres capitanes que dicho tengo, fueron muy loados y alabado delante de su majestad cuando Cortés fué á la corte, porque dijo al Emperado nuestro señor, que tuvo en su ejército, cuando conquistó á Méjico y Nueva España, tres capitanes que podian ser tenidos en tanta estima como los mu afamados que hubo en el mundo. El primero que dijo fué Pedro de Alvarad que, demás de ser esforzado, tenia gracia en su persona y parecer para hace gente de guerra; y dijo que el Cristóbal de Olí era un Hector en el esfuer para combatir persona con persona; y dijo del Gonzalo de Sandoval que era ta valeroso y esforzado capitan y de buenos consejos, que se podia nombrar en tre los muy esforzados que hubo en el mundo.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq

La mayor parte de los historiadores extranjeros, aprovechándose de las exageradas relaciones del padre las Casas, han dado al lamentable hecho efectuado contra la nobleza, un orígen á todas luces falso. La fuente de donde han querido beber, exprofeso, para no pasar por parciales, no podia ser mas sospechosa. Repetidas veces he tenido la penosa necesidad de manifestar, en esta obra, el poco ó ningun crédito que, como historiador, merece el referido padre las Casas, por muy apreciable que por otros motivos sea. Segun él y los que le han seguido, la matanza de los nobles tuvo su orígen en la avaricia; en el deseo de apoderarse de las joyas con que solian adornarse para concurrir á la fiesta de la incensacion del númen de la guerra. Ese bastardo motivo, es enteramente falso. Bastaria el criterio natural para creerlo inverosimil, si ya no estuviese desmentido por Bernal Diaz del Castillo. Pedro de Alvarado no podia anhelar que su situacion, bastante crítica ya, empeorara, como tenia que empeorar, si daba motivo para un levantamiento del pueblo. Se hallaba en una populosa capital, de donde sabia que no le seria dable salir en caso de un conflicto: debia temer que Hernan Cortés, lejos de triunfar de su enemigo Narvaez, quedase vencido; y por lo mismo, estaba en la imperiosa necesidad de no provocar contra él á los mejicanos. Pues bien; suponer la muerte de centenares de nobles, sin mas objeto que el de apoderarse de unas cuantas alhajas, cuyo valor, se puede asegurar, que no llegaria á dos mil duros, sabiendo que se atraeria la indignacion del país entero, hubiera sido el colmo de la insensatez. Exponer su vida, la de sus compañeros y los tesoros que habia quedado guardando, por la insignificante canti-

dad expresada, no es posible que lo hubiera dispuest quien, como Alvarado, estaba dotado de suma perspicacia ni es posible que lo crea, de buena fé, ningun escritor d mediano criterio.

No cruzó ese vil pensamiento de avaricia por su pensa miento, ni nunca le ocurrió á ninguno de los soldados qu componian el ejército de Cortés, que hubiese obrado po el innoble afan de coger oro. Ese bastardo sentimiento s le atribuyó por algunos escritores, despues de haber trans currido varios años de la conquista. Su objeto fué, dice Bernal Diaz, sin aprobar el hecho, evitar que le fuesen á combatir, como temia: «verdaderamente dió en ellos,» añade, «por metelles temor. Lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado, por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo, ni es de creer que tal hiciese.» El sincero y franco veterano, asegura en seguida, terminantemente, que «todo lo que dice el obispo Fray Bartolomé de las Casas sobre ese punto y otros, es absolutamente falso, pues que nunca pasaron.» (1)

El hecho, aunque reprobable y sangriento siempre, presenta un orígen menos oprobioso y bastardo. El historiador, al hacer el retrato, debe presentar al personaje con las sombras propias que en su actitud presenta; pero no

(1) «Que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los in dios, les fué á dar guerra, yo no lo creo ni nunca lo oí, ni es de creer que ta hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas aquello otras cosas que nunca pasaron; sino que verdaderamente dió en ellos por me telles temor.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq. cap. CXXV.

está autorizado para colocarle en una posicion que no ha tenido, haciendo que se extiendan mas aquellas. Pedro de Alvarado creyó que destruyendo á los nobles que juzgaba dispuestos á combatirle, el pueblo quedaria aterrado y sumiso. Habia visto en Cholula operarse un cambio favorable con la terrible escena verificada en los cuarteles, por órden de Cortés, y creyó que el resultado seria idéntico. Se olvidaba de que para alcanzar el mismo fin, hubiera sido preciso obrar de igual manera que el modelo que se propuso seguir. Hernan Cortés tuvo en Cholula las pruebas seguras de un plan perfectamente combinado por la nobleza y los jefes choluleses para destruirle. No eran solo los avisos de los tlaxcaltecas y de Cempoala los que le denunciaron la conjuracion, sino que adquirió la evidencia del proyecto, por habérselo descubierto á Marina, la esposa de uno de los caciques y capitanes, y por medio de dos notables sacerdotes que hizo comparecer á su presencia. La ciudad estaba dispuesta para el combate. Se habian levantado trincheras en las calles : las azoteas de las casas y las torres de los teocallis se encontraban llenas de guerreros : profundos hoyos con agudas estacas en el fondo, se habian hecho en los sitios por donde la caballería debia maniobrar; y los escuadrones auxiliares nombrados para acompañarles, debian caer sobre la retaguardia de los españoles en un momento dado. Las tropas, los capitanes y los nobles choluleses entraron al cuartel castellano con sus armas, acariciando la idea de alcanzar un completo triunfo. Las cuerdas para atar á los prisioneros estaban dispuestas, y hasta se tenia señalado el número de españoles que se sacrificarian en Cholula y los que sufririan

igual género de muerte en el gran teocalli de Méjico. Aun así quiso Hernan Cortés, antes de obrar contra los autores del plan, hacerles ver que no obraba por encono ni por capricho. Llamó á los jefes chololeses, que iban al frente de sus guerreros; les echó en cara, delante de éstos, lo que habian dispuesto contra él; y cuando confesaron que era cierto, dió la voz de guerra á sus soldados, sorprendiendo así á los que trataron de sorprenderle; dando la muerte á los que tenian dispuesto dársela. El ardid de los chololeses fué vencido por otro ardid, único medio que tenia el caudillo español para salvarse.

El rigor de Cortés produjo la sumision, la obediencia, el respeto y el deseo de su amistad; porque los gobernantes, los nobles, el ejército y el pueblo, tenian la conciencia de haber dispuesto, con efecto, conducirles al sacrificio. Creyeron á los españoles, séres que veian los pensamientos, puesto que habian descubierto su plan; y juzgaron que habian obrado como ellos lo hubieran hecho en igual caso. Vieron luego á Cortés perdonar á varios personajes que tenia presos; que prohibió á los tlaxcaltecas hacer daño á mujeres, ancianos y niños; y como aquellas naciones no respetaban en sus guerras á esos indefensos séres, quedaron cautivados de ver respetadas á sus esposas y tiernos hijos. Pero Alvarado habia hecho lo contrario que Cortés. Sin mas pruebas que sus sospechas y los avisos de los tlaxcaltecas, lanzó sus soldados sobre los nobles en una funcion completamente extraña á la guerra, á donde habian asistido sin armas. Los gobernantes, el ejército, el pueblo y las familias de las víctimas, tenian la conciencia de no haber dado motivo á la sangrienta escena que llenó de

luto á la poblacion. El atroz hecho de Alvarado, llenó á los nativos de justa y santa indignacion. Vieron vertida la sangre de lo mas granado de la sociedad, despojados sus cadáveres de las joyas que llevaban; y creyendo que el motivo de aquella matanza no habia sido otro que la codicia, clamaron venganza; y tomando las armas, se propusieron destruir á los que hasta entonces habian respetado. Nunca pudieron persuadirse de que la muerte de los nobles habia reconocido otro orígen que el de apoderarse de las alhajas con que concurrieron á la fiesta; y aun despues de la conquista lo referian así á los misioneros españoles que les instruian en la religion, en la moral y en los deberes sociales. (1) Es de creerse que en la cifra á que hacian ascender los muertos haya bastante exageracion, puesto que los hechos eran referidos por los profundamente agraviados; pero eso no le quita al cuadro nada de su horrible colorido. Se ve el hecho y no el número de víctimas. La accion no es ni mas ni menos reprobable, porque hayan

(1) El instruido y laborioso franciscano español Bernardino Sahagun, fué uno de los que escucharon esa relacion de boca de los mejicanos que se hallaban en la ciudad en los momentos de la sangrienta escena. El respetable fraile estuvo sesenta años dedicado á la instruccion de los mejicanos á quienes, como todos los sacerdotes que allá fueron, mirába con paternal cariño. Sahagun aprendió la lengua de ellos y se informó de su historia. Llegó á poseer el idioma mejicano con suma perfeccion, y escribió en él, así como en castellano, varias obras, entre ellas una en doce tomos en folio, que era un diccionario universal de la lengua mejicana, en que se hallaba todo lo perteneciente á la religion, á la geografía y á la historia política y natural de los mejicanos. Tambien escribió la Historia general de la Nueva-España, en cuatro tomos, que contiene noticias muy importantes. El padre Sahagun, habiendo escuchado la relacion del suceso de Alvarado de boca de los ofendidos, lo refirió en su historia, dando por orígen el innoble sentimiento de codicia. El historiador Ge-

sido mas ó menos los que injustamente perecieron. Si embargo, la humanidad se interesa en que fuesen meno y la verdad histórica corresponde á ese humanitario dese Si los historiadores Gomara, Oviedo y otros, aprecian e seiscientos el número de muertos, cifra igual á la de nc bles que afirman concurrieron á la fiesta, existe un da para creer que padecieron un error. Nada dicen ni Bern Diaz ni Cortés con referencia al guarismo de víctimas; pa que no perecieron, por fortuna, todos, está expresado cl ramente por el primero, en las palabras referidas por l enviados de Moctezuma á Cortés, al darle noticia del he cho sangriento de Alvarado. En ellas digeron al caudill español, que Alvarado «hirió y mató á muchos nobles;» d donde se deduce que se salvó una gran parte de ellos. (1

Pocos momentos despues de haberse verificado la san grienta escena; en que pereció lo mas selecto de la noble azteca, los señores, los caciques y los parientes de las víct

mara y el padre las Casas, tomaron de él la noticia, dando por cierto el mism motivo, aumentando el último todo lo que á su fantasía le pudo ocurrir. El ju cioso historiador mejicano Clavijero, cuyo recto juicio le coloca en un lug distinguido entre los historiadores, al ver que los referidos escritores atrib yen el hecho de Alvarado á bastarda avaricia, dice con mucha razon: «pero no puedo creerlo sin pruebas mas eficaces;» y se funda, para no creerlo, que Gomara y las Casas siguen, como he dicho, á Sahagun, «y este,» dice Cl vijero, «el informe de los mejicanos, los cuales, como que eran enemigos los españoles, no son en esto dignos de fé.»

(1) Oviedo dice: «E así los indios, todos señores, mas de 600 desnudos é c muchas joyas de oro é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é cor mas aderezados é gentiles hombres se pudieron ó supieron aderezar, é sin a ma alguna defensiva ni ofensiva bailaban é cantaban é hacian su areito é fie ta segun su costumbre.» (Hist. de las Ind., SM.) Se ve que hay error en el n mero de muertos que dice Oviedo, puesto que es igual al de nobles que aseg ra concurrieron; y que no perecieron todos, hemos visto ya por las palabras

mas, dieron el grito de guerra; y poniéndose al frente del irritado pueblo y de los escuadrones de guerreros que á sus órdenes tenian, acometieron, al rayar la aurora del siguiente dia, los cuarteles de Alvarado con un furor espantoso. Unos escalaban los muros del edificio, otros minaban la fortaleza, y algunos incendiaban por varios puntos los cuarteles. El ataque fué inesperado para los españoles; pero preparándose al instante, descargaron su artillería y arcabuces sobre los asaltantes, causando grande estrago en ellos y obligándoles á retroceder. Entonces se colocaron en los puntos convenientes para resistir á los asaltantes, que continuaban dando nuevas acometidas al edificio, procurando á toda costa penetrar en él. La noche vino á poner término á la sangrienta lucha. Los mejicanos suspendieron el ataque, amenazando á sus contrarios con destruirles al siguiente dia, y Alvarado y su gente se ocuparon en reparar una parte del muro, que habia quedado casi destruido, y en colocar la artillería en el sitio en que mas estragos pudiera causar. El combate se renovó, no bien brilló la luz de la aurora. Los mejicanos dieron un asalto general con un ímpetu indescriptible, que puso en gran peligro á los españoles. Seis de éstos habian perdido la vida defendiendo la muralla, y casi todos los demás se hallaban heridos. Pedro de Alvarado se hallaba en todas partes, y los tlaxcal-

Moctezuma; «E que mató é irió muchos dellos.» Gomara pone la misma cifra de concurrentes que Oviedo; luego el número de muertos fué menor. El Padre las Casas, procurando ser el primero, con respecto á lo elevado de la suma, hace subir el número á ¡dos mil! Pero respecto de este último escritor, ya hemos visto que Bernal Diaz desmiente su aserto, asegurando «que los hechos que refiere el obispo fray Bartolomé de las Casas, nunca pasaron.»

tecas ayudaban á sus aliados como leales y valientes. I artillería y los arcabuces abrian grandes claros en los asa tantes; pero los claros se llenaban por nuevos guerrer que acometian con indecible ardor, despreciando la muert La situacion de los españoles era extremadamente critic En los momentos mas terribles del combate, se dejó v Moctezuma al pueblo y al ejército, desde las habitacion que ocupaba. La multitud se detuvo al presentarse y su pendió la lucha. El respeto á la sagrada persona del sob rano, suspendió de repente las hostilidades. El monar azteca habló á la multitud, pidiéndole que no asaltase l cuarteles, pues de ello dependia su seguridad personal. I órden del soberano fué acatada; pero no porque desistiero de asaltar el cuartel, dejaron de continuar de otra mane sus hostilidades contra los españoles. Quemaron los ber gantines que Hernan Cortés habia hecho construir pa salir de la ciudad en ellos, en caso de ver cortadas las cal zadas, y se propusieron hacer rendir á la guarnicion p hambre. Para conseguirlo, ocuparon todos los edificios q rodeaban el palacio de Axayacatl; levantaron los puent de las calles; hicieron un ancho foso al rededor del cuarte para evitar que ninguno saliera, y esperaron el resultad seguro que se habian propuesto.

Angustiosa y crítica era la situacion de los españole Merced al genio previsor de Cortés, tenian aun algun víveres. Sin embargo, el agua faltó desde el momento d sitio. Dentro del edificio habia, es cierto, estanques y po zos; pero el agua era salobre, y pronto empezaron á enfer marse con ella. Afanosos de ver si encontraban el precios líquido, hicieron un pozo en el patio, que la fortuna di

puso que fuese de agua dulce. Este feliz hallazgo les llenó de alegría, y en las afliotivas circunstancias en que lo encontraron, lo atribuyeron á favor manifiesto del cielo. (1) Sin embargo, aquello no era mas que un alivio á las muchas penas que les aquejaban. La mayor parte se hallaban heridos y se veian precisados á permanecer constantemente sobre las armas. Se veian lejos de la costa, imposibilitados de salir de la capital; ignorando lo que habia sido de Cortés y de sus compañeros; sin recursos de ninguna naturaleza; agotadas casi las municiones y mirando al rededor del edificio numerosos batallones de guerreros que les cerraban el paso, esperando el momento de apoderarse de ellos para conducirles á la piedra del sacrificio. En estas aflictivas circunstancias se encontraban, cuando llegó á salvarles la llegada de sus antiguos compañeros.

Escuchó Hernan Cortes atentamente la relacion de Alvarado, y comprendió que se habia equivocado en confiarle el puesto delicado en que le dejó. Le habia elegido porque era el predilecto de Moctezuma y veia en él valor, lealtad, franqueza y actividad. Por desgracia, á estas bellas cualidades no acompañaban la moderacion, el exámen y la prudencia, dotes indispensables en los que mandan, y vió, con sentimiento, defraudadas las esperanzas que habia puesto en él al alejarse de Méjico.

El general español le hizo algunas preguntas respecto al sangriento suceso de la nobleza. Alvarado explicó el motivo que tuvo para dictar la providencia contra ella. Hernan Cortés comprendió, desde las primeras palabras, que

(1) «Todo fué muchos bienes que nuestro Señor Dios nos hacia.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

la imprudencia habia dictado la trágica escena, y profu damente indignado de la conducta de su lugarteniente, dijo con marcado enojo: «Habeis obrado muy mal: vuest proceder ha estado en pugna con la justicia, y habeis pr cedido en todo con inconcebible ligereza.» (1) Y lleno amargura y de disgusto, le volvió la espalda, y se al sin esperar contestacion.

Hernan Cortés podia haber dicho entonces, con razo aquellas palabras que otro general moderno pronunció m tarde, al saber la pérdida de una batalla dada por uno sus generales: «Yo no puedo estar en todas partes.»

Si las circunstancias hubieran sido menos compromet das, sin duda que le hubiera aplicado un castigo bien s vero; pero no era aquel el momento á propósito para eje cer inflexible justicia. Se hallaban todos amenazados de inminente peligro, y no creyó que era prudente poner en pugna con uno de los capitanes mas valientes y pop lares de su corto ejército. Se hallaban encerrados dent de un círculo de numerosos escuadrones, y eran precis los esfuerzos de todos para romperlo por alguna parte salvar la vida.

(1) «Le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino, poca verda.»—Bernal Diaz.

CAPITULO XII.

Hostilidades de los mejicanos contra Cortés.—Asaltan los cuarteles españoles. —Cuitlahua, hermano de Moctezuma dirige los ataques.—Varios combates en las calles.—Salva Cortés á Andrés de Duero.—Moctezuma habla al pueblo y recibe una pedrada.—Nuevos combates.

1520. Junio 24. Todo el dia de la llegada de Cortés fué de regocijo para los soldados de Pedro de Alvarado que se creian libres de nuevos asaltos, y la noche la pasaron entregados al reposo de que no habian disfrutado hacia mucho tiempo.

Al brillar la luz del nuevo sol, y correr las primeras horas del 25 de Junio, Hernan Cortés subió á la azotea del edificio y dirigió la vista hácia distintos rumbos de la ciudad.

La soledad seguia reinando en las calles, lo mismo que en los momentos de su entrada. Ninguna canoa cruzaba por los canales conduciendo víveres, y los mercados se ha-

llaban sin gente. Esto llamó fuertemente su atencion y le hizo temer que se renovasen las hostilidades. Los bastimentos que habia en los cuarteles eran ya pocos, y se necesitaban muchos para mantener á las nuevas tropas. El general español envió un recado á Moctezuma, diciéndole que mandase que los comerciantes concurriesen como siempre á la plaza, y que ordenase proveerle de suficientes víveres. El monarca azteca dió las órdenes necesarias para obsequiar los deseos del jefe castellano; pero nada alcanzó. Los mercados y las calles seguian solitarias, y nadie apareció con bastimentos para los soldados.

La inquietud de Cortés creció con esa conducta misteriosa que le revelaba hostilidad. Llegó á sospechar que no habia en Moctezuma buena disposicion en servirle, y se manifestó disgustado. Habia esperado hallar un recibimiento amistoso, y se encontraba desairado y desatendido. El mal humor fué en aumento al ver que ni aun el forraje que habia pedido para los caballos llegaron á proporcionarle.

En aquellos momentos en que la carencia de lo mas preciso para él y su ejército le tenia profundamente disgustado, se presentaron á él dos nobles enviados por Moctezuma, suplicándole, de parte del monarca, que pasase á verle, pues deseaba hablarle. Hernan Cortés, contra su carácter y su costumbre, no pudo reprimir el enojo que sentia de verse contrariado, y exclamó, dirigiéndose á sus oficiales: «Nada tengo que ver con ese perro, que trata de que muramos de hambre.» Palabras extrañas en boca de Cortés, que jamás inferia la menor ofensa á nadie, y que profesaba un verdadero aprecio al monarca azteca. Los capitanes

CAPITULO XII.

Hostilidades de los mejicanos contra Cortés.—Asaltan los cuarteles españoles.—Cuitlahua, hermano de Moctezuma dirige los ataques.—Varios combates en las calles.—Salva Cortés á Andrés de Duero.—Moctezuma habla al pueblo y recibe una pedrada.—Nuevos combates.

1520. Junio 24. Todo el dia de la llegada de Cortés fué de regocijo para los soldados de Pedro de Alvarado que se creian libres de nuevos asaltos, y la noche la pasaron entregados al reposo de que no habian disfrutado hacia mucho tiempo.

Al brillar la luz del nuevo sol, y correr las primeras horas del 25 de Junio, Hernan Cortés subió á la azotea del edificio y dirigió la vista hácia distintos rumbos de la ciudad.

La soledad seguia reinando en las calles, lo mismo que en los momentos de su entrada. Ninguna canoa cruzaba por los canales conduciendo víveres, y los mercados se ha-

la de su particular opinion para contrariar lo que asegu
el franco soldado que presenció los hechos, y que disfru
en el mundo entero, la bien adquirida reputacion de vera
Entre el particular parecer del uno y la afirmacion del qu
se hallaba en el sitio de los acontecimientos, la razon, l
justicia y el deber aconsejan, que el historiador siga al se
gundo, que hacia verdaderas fotografías de sus compañeros
presentándoles con sus bellezas y lunares, y que no admit
la opinion del primero, á quien los escritores nacionales y
extranjeros han declarado panegirista del héroe de su his
toria.

Hernan Cortés, por grande que fuese, como realment
fué, y yo soy el primero en admirar sus extraordinaria
dotes, era al fin hombre, y no podia estar exento de tod
debilidad, como pretende el elocuente cronista real de Am
rica. Las circustancias en que se encontraba eran crítica
Se veia chasqueado en sus esperanzas; sin bastiment
para su gente; con la poblacion en actitud alarmante; co
mayores dificultades que al principio para lograr su em
presa, cuando la habia considerado alcanzada; y todo est
que «contrariaba sus pensamientos,» dice el bravo Bern
Diaz, «le tenia muy airado, triste y mohino.» (1)

Es preciso tener presente, además, que el epíteto refe
rido, se aplicaba frecuentemente por los cristianos, á lo
que profesaban otra religion, como sucedia con los maho
metanos y judíos. No es de extrañarse, por lo mismo, qu
en medio del disgusto, fuese pronunciado por Cortés entr
los suyos, cuando no estaba delante la persona á quien l

(1) Bernal Diaz. Hist. de la conquista, cap. CXXVI.

aplicaba, y estaba en la creencia de que los enviados no entendian.

Los nobles aztecas, enviados por Moctezuma, aunque no entendian el castellano, comprendieron por el acento y el aire indignado que notaron en el jefe español, que se habia expresado mal del soberano, y salieron de su presencia resentidos. Dominados por el sentimiento de que se hubiera ofendido á su monarca, refirieron lo que les habia encargado Cortés, sin que le quitasen á las palabras nada de su fuerza, añadiendo en seguida lo que se imaginaron que habia proferido al hablar á sus capitanes. Moctezuma sintió la ofensa y se propuso permanecer mudo espectador de los sucesos que se esperaban.

El jefe español habia enviado, entre tanto, un mensajero con una carta á la Villa-Rica, dando noticia al comandante de ella, de su entrada en la capital y de haber encontrado con vida á Pedro de Alvarado y sus compañeros. El mensajero partió con toda velocidad, á fin de llegar pronto al puerto; pero á la media hora de haber salido de los cuarteles, volvió herido y fatigado, cubierto de sangre y de sudor. «Todos los habitantes de la ciudad, dijo á gritos, están armados y vienen sobre los cuarteles; millares de escuadrones llegan por las calzadas, y los puentes se encuentran levantados.» No era exagerado el aviso. Hernan Cortés subió á un punto elevado del edificio, y vió las calles cubiertas de guerreros que avanzaban por todas partes, y coronadas las azoteas de indios armados de flechas y de hondas. (1)

(1) «El cual mensajero volvió dende á media hora, todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venian de guerra, y que te-

El jefe español mandó que el tambor y el clarin toca al arma, y, como movidos de un resorte, merced á la triota disciplina y vigilancia que hacia observar á sus pas, los soldados se hallaron instantáneamente en sus pectivos puntos, dispuestos á recibir á sus enemig

El palacio de Axayacatl, que ocupaban los españo era, segun lo tengo ya descrito, un conjunto de edifi de piedra tezontle, con un solo piso, excepto en la pa del centro en que se levantaba otro, aunque no muy e vado. El edificio contaba con un espacioso átrio que le deaba por todas partes, y el cual se veia circundado un espeso muro con algunas torres. Aunque no podia c siderarse como un punto fuerte, ofrecia, sin embargo, b tante solidez para resistir á las imperfectas máquinas usaban los indios cuando trataban de derribar alguna r ralla. La artillería la tenia colocada Hernan Cortés en t neras, que habia mandado hacer en el muro, asomand boca de los cañones hácia todas las calles por donde se diera presentar el enemigo. En las torres de la murall á los lados de los cañones, puso parte de los arcabucer ballesteros: el resto de los soldados de esas armas, los si en otros puntos con los soldados de espada y rodela, niendo dispuesta la caballería en los patios, para el de que fuese conveniente salir á dar una carga sobre contrarios. Las fuerzas tlaxcaltecas, que ascendian á o

nian todas las puentes alzadas; é junto trás él da sobre nosotros tanta mult de gente por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecian con la g la cual venia con los mayores alaridos y grita mas espantable que en el m se puede pensar.»—Seg. carta de Cortés.

mil hombres, ocupaban el átrio que rodeaba el palacio de Axayacatl, donde se habian construido habitaciones de tablas, á fin de ponerles al abrigo de la intemperie.

No bien se habian colocado los soldados en sus respectivos puntos, cuando se escucharon los horrendos alaridos y el espantoso ruido de los instrumentos de guerra de los numerosos batallones aztecas.

El jefe que se hallaba al frente de las tropas mejicanas y que habia levantado la bandera de esterminio contra los españoles, era Cuitlahua, señor de Iztapalapan y hermano de Moctezuma. Siempre se habia manifestado contrario á la recepcion de los hombres blancos; y varias veces aconsejó al preso monarca azteca, que le permitiese levantar sus ejércitos para sacarle de la prision en que le tenian. Preso, cuando se le creyó en connivencia con Cacamatzin, rey de Texcoco, sintió aumentar su encono contra los extranjeros; y cuando alcanzó la libertad, su primer pensamiento fué levantar al pueblo para arrojar del país á los invasores. Cuitlahua era valiente, decidido, de capacidad militar, tenaz en sus empresas, y celoso defensor de sus dioses y de su religion. El pueblo, apreciador de las buenas cualidades que le distinguian, le queria y respetaba. Era el presunto heredero de la corona azteca, y esto, agregado á la circunstancia de ser hermano del monarca, le daba un influjo notable en el ejército, en la nobleza y en las masas. Los habitantes de la ciudad y de los pueblos cercanos, al ver sin libertad á su rey, le recibieron como al representante legítimo del preso monarca, y le eligieron para que desempeñase el cargo de supremo jefe de la nacion, durante el tiempo que permaneciese el soberano en los cuarteles

españoles. Cuitlahua, animado de un noble sentimi patriótico, aceptó el honroso puesto, y se propuso no cansar hasta conseguir el triunfo sobre los españoles

Moctezuma ignoraba la eleccion hecha por el puebl su hermano; pero temia que, prolongándose su pris llegase á suceder, privándole á él de toda autoridad.

El valiente Cuitlahua, deseando hacer prisionero al dillo castellano con toda su fuerza, lanzó sus ejércitos bre los cuarteles, dirigidos por sus mas acreditados y lientes capitanes. El ataque fué espantoso. Los numer escuadrones, desplegando al viento sus vistosos estanc tes, dando atronadores gritos, y al son de los tambo de los atabales y de los caracoles marinos, avanzaban h la muralla con velocidad extraordinaria. Al encontrar pocas varas de distancia, redoblaron sus alaridos de gu ra y se arrojaron al asalto con espantosa furia. Los gu reros que coronaban las azoteas de los edificios que ro ban los cuarteles, lanzaron entonces dentro de los cua les, para ayudar á los asaltantes, una lluvia de piedras flechas y de saetas, que cubrió el pavimento, impidie andar á los soldados. (1) Los españoles recibieron á asaltantes con sus cortantes espadas y arcabuces, hacie un horrible estrago en ellos y obligándoles á retroce Inmediatamente se presentaron nuevos escuadrones, c brotados de la tierra, que se dirigieron con igual denu hácia la muralla. Las tropas de Cortés esperaron tranq

(1) «Y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro fortaleza, que no parecia sino que el cielo las llovia, é las flechas y tirad eran tantas, qne todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no p mos andar con ellas.»—Seg. carta de Cortés.

las al enemigo, y cuando llegaron á distancia de dos varas del cuartel, dispararon á un tiempo toda su artillería, acompañada de un fuego nutrido de arcabuz, que destrozó las filas de los intrépidos aztecas, dejando las calles cubiertas de cadáveres. (1) Los mejicanos se miraron unos á otros irresolutos de lo que debian hacer. Era la vez primera que veian los estragos que causaban las armas de los hombres blancos, y suspendieron su avance. Pero aquella detencion fué instantánea. Resueltos á vencer ó morir, esgrimieron con furia sus flechas y macanas, y se dirigieron con impavidez al asalto. Otra nueva descarga, abriendo inmensos claros en sus escuadrones, les obligó á detenerse otro instante, viéndose precisados, por último, á retroceder, al sufrir, por tercera vez, un fuego nutrido de cañon y de arcabuz. Sin embargo, no retrocedian para abandonar el lugar del combate, sino para reunirse con nuevos escuadrones y continuar la lucha. Comprendiendo Cortés que si continuaba á la defensiva podria el enemigo cobrar mayor audacia, creyéndole débil y temeroso, dispuso una salida. Colocó á Diego de Ordaz á la cabeza de doscientos hombres, y poniéndose él al frente de otros doscientos, acometieron, por dos partes, á los batallones que avanzaban de nuevo sobre los cuarteles. Los me-

(1) «Luego sin tardanza se juntaron los mejicanos, en gran copia, puestos á punto de guerra, que no parecia sino que habian salido debajo de la tierra todos juntos, é comenzaron luego á dar gritos y pelear; y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habian traido, y con toda la gente que de nuevo habia venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios, con la artillería, arcabuces y ballestas, y todo el otro artificio de pelear.»—Sahagun. Hist. de Nueva-España, MS.

jicanos, despues de resistir el choque con valor y de com batir con denodado esfuerzo, se fueron retrayendo poco á poco, y sin volver la espalda, arrojando sin cesar un diluvio de flechas. El general español, despues de incendiar algunas casas, de cuyas azoteas le habian hecho notable daño, volvió á los cuarteles, mientras Ordaz continuaba, por su rumbo, siguiendo al enemigo. La retirada de los aztecas que combatian con el bravo capitan, no era mas que un ardid para hacer que se alejase mucho del alojamiento y cercarle despues por todas partes. Diego de Ordaz, llevado de su ardor bélico, les hizo ver realizado su deseo. Habia llegado al sitio por ellos anhelado. Los instrumentos de guerra y los alaridos de millares de guerreros, se escucharon en aquel instante. El atrevido capitan y su fuerza se vieron rodeados por todas partes de guerreros aztecas que les acometian con imponderable brio, mientras de las azoteas de los edificios lanzaban un aguacero de piedras y de flechas que les causaba grave daño. Diego de Ordaz arremetió contra los escuadrones que le habian cortado la retirada, para abrirse paso y volver á los cuarteles. Los arcabuceros disparaban sus armas sobre la impenetrable muralla de gente que se extendia hasta el fin de la calle mientras los soldados de espada y rodela y los que llevaban lanzas, acometian unidos y compactos, descargando mortales golpes. Terrible era el estrago que causaba en las desmedidas masas, el cortante filo de las hojas toledanas; pero espantosa tambien la lluvia de flechas y de piedras que caia sin cesar sobre los españoles, y terribles los golpes de las temibles macanas, que descargaban con furia espantosa. Cuatro soldados castellanos cayeron sin vida á los piés de

sus compañeros, y mas de la mitad se hallaban heridos. El mismo Diego de Ordaz habia recibido tres heridas. Pero aunque cubiertos de sangre y agobiados por el excesivo número de escuadrones, luchaban con desesperacion por abrirse paso, al mismo tiempo que sus contrarios, despreciando la muerte y anhelando hacerles prisioneros, se lanzaban sobre ellos, metiéndose por sus lanzas y sus espadas. (1) La lucha era tenaz. Entre los soldados españoles que combatian al lado de Ordaz, se encontraba uno de extraordinario valor, de fuerza hercúlea y diestro en el manejo de las armas. Se llamaba Lazcano y se habia hecho notable en todos los encuentros. Armado de un pesado montante, tendia muertos á sus piés á cuantos se acercaban á combatirle. Parecia el genio de la guerra arrasando cuanto encontraba á su paso. Sus compañeros, uniéndose á él y guiados por su valiente capitan, redoblaron sus estocadas y sus disparos de arcabuz, logrando, al fin de una obstinada resistencia, abrirse paso, aunque acosados siempre por los mejicanos. Los españoles iban retrayéndose poco á poco á sus cuarteles y combatiendo constantemente. Poco antes de llegar al alojamiento, se vieron acometidos, de repente, por varios escuadrones que salieron de dos calles contiguas. La lucha se renovó allí de nuevo, aumentándose el número de heridos de los castellanos. El valiente Lazcano, haciendo prodigios de valor, contenia, por su lado, á los contrarios, secundado por dos compañeros que

(1) «Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas y ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear; que aunque les matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metian.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

manejaban arma igual á la suya. La tropa volvió á abri paso; pero el intrépido Lazcano cayó al fin muerto, trasp sado por varias flechas y bajo el golpe de las terribles m canas. (1) Otros tres compañeros que á su lado estaba perecieron tambien. Diego de Ordaz logró al fin llegar los cuarteles con todos sus soldados heridos, de los cual perecieron á las pocas horas, doce.

Los mejicanos dispusieron entonces asaltar por tod partes el edificio. Dada la señal de acometida, se lanzar como desbordados torrentes al muro que cercaba el palac Los defensores del punto, dispararon su artillería y arc buces, haciendo grandes estragos en las filas enemigas. I asaltantes, arrimando á la pared algunas pesadas piezas madera con que solian derribar los muros, trataban abrir anchas brechas para penetrar en los cuarteles. Mie tras la atencion de los españoles estaba fija en los pun amenazados y acudian á ellos para defenderlos, otro gr número de aztecas habia logrado escalar la muralla arrojar en las habitaciones teas encendidas, logrando p ner fuego á los aposentos y á los alojamientos de mad de los tlaxcaltecas. (2) Aquellos momentos fueron angu tiosos y críticos para los españoles. Temiendo perecer ab sados, unos acudian á atajar el incendio para que no pa se á las demás salas, en tanto que otros luchaban con que procuraban penetrar á toda costa en la fortaleza.

(1) «Y al retraer le mataron otro buen soldado, que se decia Lazcano, con un montante habia hecho cosas de muy esforzado varon.»—Bernal Dia

(2) «Y unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron á nernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podiamos valer con el hun fuego.»—Bernal Diaz.

incendio crecia rápidamente y el número de asaltantes aumentaba. Los sitiados, viendo que en una parte del cuartel las llamas amenazaban invadir el resto del edificio, se vieron precisados á derribar aquella parte de la muralla, para sofocar el fuego, prefiriendo dejar abierta al enemigo una ancha brecha por donde acometiese, que morir abrasados. El fuego quedó sofocado bajo los escombros y la tierra; pero el paso quedó sin parapeto. Los aztecas dirigieron sin dilacion allá sus batallones, dando horrendos alaridos de guerra; mas cuando juzgaron segura la entrada, recibieron, á quema ropa, una descarga de artillería que destrozó sus filas, obligándoles á detenerse. Los españoles habian colocado los cañones, en el instante de haber derribado la muralla, en el sitio en que esta faltaba, barriendo con sus certeros tiros los escuadrones aztecas. No desmayaron por esto los mejicanos. Cubiertas sus pérdidas por nuevos combatientes, siguieron avanzando hácia la brecha, donde fueron recibidos con mortíferas descargas disparadas por los arcabuceros y ballesteros que Hernan Cortés habia colocado detrás de los escombros. (1) El suelo quedó alfombrado de cadáveres aztecas; pero la lucha seguia con igual empeño, perdiéndose los lastimeros ayes de los heridos y de los moribundos, entre los alaridos de guerra y los instrumentos bélicos de los asaltantes que procuraban penetrar

(1) «En la fortaleza daban tan récio combate que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte della, sin lo poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derrocando un pedazo que mató el fuego. E si no fuera por la mucha guarda que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entraran á escala vista sin los poder resistir.»—Seg. carta de Cortés á Cárlos V.

en los cuarteles. Era un combate sangriento, en que l acometidos estaban resueltos á morir antes que ceder, en que sus contrarios habian ofrecido á sus dioses no desi tir hasta no vencer. Los primeros contaban con la supe rioridad de la táctica militar y de las armas; los segundo con la ventaja de su inmenso número; con lo fuerte de l ciudad; con sus puentes levadizos que impedian el paso a enemigo; con los parapetos que habian levantado en la calles; y con la lluvia de flechas y de piedras que lanza rian de las azoteas sobre sus contrarios en cualquiera sali da que hicieran.

La lucha continuaba con igual furor por una y otr parte. El cielo estaba oscurecido en el sitio del combat por una espesa nube de flechas que iba á caer sobre l cuarteles, mientras otras y otras cien se sucedian de con tinuo, uniéndose en el aire con el humo producido por l artillería y los arcabuces. Era un cuadro de desolacion de sangre y de muerte. La noche vino al fin á suspend la terrible lucha, separando á los tenaces combatiente No era costumbre entre los aztecas combatir despues d puesto el sol, y por lo mismo se retiraron á sus punto resueltos á renovar la lucha en el momento en que apar ciese la luz del inmediato dia.

Suspendido el combate, los mejicanos retiraron su muertos y sus heridos, y pudieron entregarse al descans sin recelo de ser molestados por sus contrarios.

No les sucedia lo mismo á los españoles. Tras de la fatigas de la terrible lucha que duró todo el dia, tuviero precision de trabajar durante la noche en poner algun parapetos en los puntos en que se hallaba destruida la mu

ralla, en limpiar las armas, disponer las municiones, curar los heridos y prepararse para resistir al enemigo. Eran pocos, y se veian precisados á trabajar todos, alternándose en las horas, para poder dormir algunos instantes. En el rato que les tocaba descansar, se tendian en el suelo, vestidos y armados, dispuestos á presentarse instantáneamente en sus respectivos puntos.

Aunque los aztecas no tenian intencion de atacar de noche á sus contrarios, no por esto dejaban de arrojarles de vez en cuando algunas flechas y piedras, y de lanzar espantosos gritos de guerra, con que les tenian en continua alarma.

Hernan Cortés vigilaba sin descanso, recorriendo los puntos mas amenazados, y cuidaba de que nada faltase para el momento en que se renovase la lucha. Sabia que los mejicanos eran los mas adelantados en el arte de la guerra de todas las naciones de Anáhuac; tenia noticias de su arrojo y su valor; conocia la facilidad con que podrian reducirle al hambre y la impotencia con solo levantarle los puentes de las calles y de las calzadas y estaba convencido de que podian poner, en pocos instantes, mas de doscientos mil hombres sobre las armas. Todas estas consideraciones le habian obligado á no intentar en Méjico el derribo de los ídolos, como lo habia hecho en Cempoala y otros puntos. No debia estar, por lo mismo, poco preparado, como algun escritor supone, para la furia mostrada por los aztecas, ni menospreciar la ciencia militar de los ejércitos contrarios, porque estaba acostumbrado á vencer, con menores fuerzas que las que entonces tenia, á numerosos escuadrones en Tabasco, Tlaxcala y Cholula. Hernan Cortés conocia

en los cuarteles. Era un combate sangriento, en que l· acometidos estaban resueltos á morir antes que ceder, en que sus contrarios habian ofrecido á sus dioses no desi tir hasta no vencer. Los primeros contaban con la sup rioridad de la táctica militar y de las armas; los segund con la ventaja de su inmenso número; con lo fuerte de l ciudad; con sus puentes levadizos que impedian el paso a enemigo; con los parapetos que habian levantado en la calles; y con la lluvia de flechas y de piedras que lanza rian de las azoteas sobre sus contrarios en cualquiera sali da que hicieran.

La lucha continuaba con igual furor por una y ot parte. El cielo estaba oscurecido en el sitio del combat por una espesa nube de flechas que iba á caer sobre l cuarteles, mientras otras y otras cien se sucedian de con tinuo, uniéndose en el aire con el humo producido por l artillería y los arcabuces. Era un cuadro de desolacio de sangre y de muerte. La noche vino al fin á suspend la terrible lucha, separando á los tenaces combatiente No era costumbre entre los aztecas combatir despues d puesto el sol, y por lo mismo se retiraron á sus punto resueltos á renovar la lucha en el momento en que apar ciese la luz del inmediato dia.

Suspendido el combate, los mejicanos retiraron su muertos y sus heridos, y pudieron entregarse al descan sin recelo de ser molestados por sus contrarios.

No les sucedia lo mismo á los españoles. Tras de l fatigas de la terrible lucha que duró todo el dia, tuviero precision de trabajar durante la noche en poner algun parapetos en los puntos en que se hallaba destruida la mu

ralla, en limpiar las armas, disponer las municiones, curar los heridos y prepararse para resistir al enemigo. Eran pocos, y se veian precisados á trabajar todos, alternándose en las horas, para poder dormir algunos instantes. En el rato que les tocaba descansar, se tendian en el suelo, vestidos y armados, dispuestos á presentarse instantáneamente en sus respectivos puntos.

Aunque los aztecas no tenian intencion de atacar de noche á sus contrarios, no por esto dejaban de arrojarles de vez en cuando algunas flechas y piedras, y de lanzar espantosos gritos de guerra, con que les tenian en continua alarma.

Hernan Cortés vigilaba sin descanso, recorriendo los puntos mas amenazados, y cuidaba de que nada faltase para el momento en que se renovase la lucha. Sabia que los mejicanos eran los mas adelantados en el arte de la guerra de todas las naciones de Anáhuac; tenia noticias de su arrojo y su valor; conocia la facilidad con que podrian reducirle al hambre y la impotencia con solo levantarle los puentes de las calles y de las calzadas y estaba convencido de que podian poner, en pocos instantes, mas de doscientos mil hombres sobre las armas. Todas estas consideraciones le habian obligado á no intentar en Méjico el derribo de los ídolos, como lo habia hecho en Cempoala y otros puntos. No debia estar, por lo mismo, poco preparado, como algun escritor supone, para la furia mostrada por los aztecas, ni menospreciar la ciencia militar de los ejércitos contrarios, porque estaba acostumbrado á vencer, con menores fuerzas que las que entonces tenia, á numerosos escuadrones en Tabasco, Tlaxcala y Cholula. Hernan Cortés conocia

con una cuerda, para retirarla despues de haber herido.

Todos los escuadrones dispuestos para el asalto, desplegaban al viento sus estandartes, figurando entre ellos el que representaba las insignias del imperio mejicano, que eran una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre.

Dada la señal del ataque, los batallones mejicanos se lanzaron con impetuosa furia sobre los cuarteles españoles. Los defensores, que se habian preparado desde la noche para el combate, les recibieron con un nutrido fuego de artillería, que dejó sin vida centenares de guerreros. Pero los huecos que dejaban las balas, volvian á llenarse instantáneamente, creciendo el número de combatientes con nuevos escuadrones que se unian á los primeros. Por donde quiera que los españoles dirigian la vista, no acertaban á descubrir mas que batallones de asaltantes que avanzaban con horrendos alaridos, y millares de flecheros y honderos coronando las azoteas de los edificios. El número asombroso y extraordinario de aztecas que acometian los cuarteles, quitaba á los artilleros castellanos la necesidad de apuntar. No habia bala que no se aprovechase. Ni un solo proyectil dejaba de dar en las inmensas masas; ni uno solo pasaba sin causar doce ó catorce víctimas. Sin embargo, no se notaba el efecto que las descargas producian en las filas mejicanas, que volvian á cerrarse como se cierran las iracundas ondas del Océano en el momento de caer en su fondo una, mil y mil piedras. (1)

(1) «Porque estaba tanta cantidad de ellos, que los artilleros no tenian necesidad de puntería, sino asestar á los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacia mucho daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las esco-

Despues de un ataque desesperado, en que hicieron esfuerzos inauditos por penetrar en el edificio, se vieron los aztecas precisados á retirarse, dejando centenares de muertos que no pudieron recoger. Hernan Cortés dispuso entonces una salida, dejando en los cuarteles una fuerza suficiente. Puesto al frente de la caballería, distribuyendo la infantería en diversos cuerpos al mando de los principales capitanes, y auxiliado de algunos miles de tlaxcaltecas, que se habian batido con notable denuedo defendiendo el edificio, se dirigió por una de las tres calles principales hácia sus contrarios, que no esperaban aquel movimiento. Los ginetes se lanzaron sobre los aztecas con la velocidad del relámpago, hiriendo con sus lanzas á unos, atropellando á otros, y derribando con sus caballos, á cuantos alcanzaban en su carrera. Aprovechándose Cortés de aquella sorpresa, ganó algunos puentes, incendió varias casas que tomó á viva fuerza, y causó grandes estragos en las filas aztecas. Sin embargo, pronto se encontró con grandes dificultades que detuvieron su avance. Millares de escuadrones se presentaron por los flancos, en los momentos que se preparaba á tomar un grueso parapeto levantado al extremo de una calle, mientras un incesante y terrible aguacero de flechas y de piedras caian de las azoteas de los edificios sobre los españoles. Cada casa era una fortaleza, con su puente levadizo, á la cual no se podia llegar sino con el agua á la cintura. Los soldados castellanos, ayudados de los tlaxcaltecas,

petas y ballestas, hacian tan poca mella, que ni se parecia que lo sentian, porque por donde llevaba el tiro diez ó doce hombres se cerraba luego de gente, que no parecia que hacia daño ninguno.»—Seg. Carta de Cortés á Cárlos V.

se lanzaban á ponerlas fuego; pero sufrian terrible dañ para conseguirlo. (1)

La lucha se hizo muy reñida en aquel sitio. Era uno d los preparados con anticipacion por los aztecas, para atrae á sus contrarios. Tenian cuerpos de ejército que remudaban cada hora, para entrar descansados y con mayor brio, mientras Cortés y su gente se veian precisados á combatir todo el dia, sedientos y sin descanso. En vano los españoles hacian esfuerzos heróicos por desalojar á sus contrarios de los puntos en que estaban situados. La caballería no podia obrar, y la infantería se encontraba con un ancho y profundo canal que impedia acercarse á los edificios, de donde disparaban sin cesar una lluvia de flechas y de piedras.

Si alguna vez parecian ceder y se retiraban un poco, era para cargar, con mas furia, con nuevos y numerosos escuadrones de refresco, que parecian brotados de la tierra. En vano luchaban con noble ardimiento y extraordinaria constancia las tropas castellanas. Era imposible destruir e inmenso océano de guerreros que invadia las calles, lo edificios y los canales, aun cuando «cada español, com

(1) «Pues apartarnos á quemar ni á deshacer ninguna casa, era por demá porque, como he dicho, están todas en el agua, y de casa á casa una puente l vadiza; pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuteas tira ban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demás de to, en algunas casas que les poníamos fuego tardaba una casa á se quemar to do un dia entero, y no podia pegar fuego de una casa á otra, lo uno por est apartadas la una de la otra, el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas; que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aqu llo.»—Bernal Diaz. Hist. de la conquista.

dice el bravo Bernal Diaz, hubiera sido un Héctor ó un Roldan.» (1)

La noche se acercaba, y Cortés, despues de haber combatido todo el dia con buen éxito, aunque con pérdida de doce soldados muertos y muchísimos heridos, emprendió la retirada hácia los cuarteles, para dar descanso á su tropa. Los mejicanos cargaron entonces por todas partes, para acosarle en su marcha. En cada boca-calle se presentaban numerosos escuadrones arrojando sobre los flancos sus certeras flechas. Los soldados de caballería, que iban abriendo paso por entre la multitud que cerraba el paso, se lanzaban por las calles laterales, trabando reñidos combates con los que por ellas se acercaban.

Uno de los ginetes, llevado de su arrojo, penetró, solo, en una calle, en persecucion de un grupo de guerreros aztecas. Era Andrés de Duero, antiguo secretario de Velazquez y amigo de Hernan Cortés. Los mejicanos, al verle separado de sus compañeros, se detuvieron á esperarle. En el mismo momento salieron de las casas y del canal que orillaba la calle, multitud de combatientes que lanzaron sobre él una granizada de flechas y de piedras. Andrés de Duero trató entonces de retroceder; pero el caballo tropezó con las vigas de un puente, y cayó al suelo. El

(1) «Y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenian tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieren allí diez mil Hectores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar; porque sabello ahora yo aquí decir cómo pasó, y vimos este teson en el pelear, digo que no lo sé escribir.» (Bernal Diaz. Hist. de la Conq.) «E á nosotros convenia pelear todo el dia, y ellos peleaban por horas, que se remudaban y aun les sobraba gente.»—Seg. Carta de Cortés á Cárlos V.

ginete se puso en pié inmediatamente, defendiéndo
su espada de los que le acometian. Hernan Cortés,
retiraba por la calle próxima, llegó á verle en aqu
mento. Animado del noble afecto de la amistad y d
seo de favorecer á un compañero, se dirigió, dando
to de Santiago, á donde se hallaba, derribando
lanza y su caballo á unos y dispersando á otros.
de Duero montó entonces en su caballo, que se hal
vantado, y ambos amigos, arrimando las espuelas
bridones, se abrieron paso por en medio de los esc
nes contrarios, y se reunieron á las tropas que se
ban hácia los cuarteles, combatiendo. No eran e
entre los españoles esos rasgos de generoso valor,
exponian gustosos la vida por salvar la de un com
Por indigno caballero hubiera pasado el que no h
volado al socorro de otro que se encontrase rod
enemigos. Casi todos los capitanes que combatian
banderas de Cortés, contaban con algun hecho de
turaleza; y el mismo caudillo español debió dos
vida, como veremos mas tarde, al auxilio person
ven y esforzado caballero Cristóbal de Olea.

Sosteniendo una reñida y constante lucha, lleg
española á sus cuarteles, fatigada y cubierta de

Aunque los hechos de armas de aquel dia f
vorables al general castellano, podian consider
infructuosos, puesto que no producian el re
hacer desistir al enemigo de nuevos combates.
podian reponer sus pérdidas inmediatamente,
rosas que fuesen. Hernan Cortés no podia cubri
y cada soldado que perdia menguaba su ejérci

el teson de los mejicanos, y sabia que se aprovecharian de las ventajas que les proporcionaba la ciudad para el combate, sin ceder, en nada, mientras las tuvieran. Llevaba perdida mucha gente, y nada habia alcanzado. Veia que el mayor daño lo recibia de las azoteas, y meditó la manera de evitarlo en otras salidas.

Habia cesado el ruido de las armas desde las primeras horas de la noche. Los aztecas, siguiendo su costumbre de no atacar despues de puesto el sol, descansaban para emprender nuevas operaciones al siguiente dia, contentándose con arrojar, de vez en cuando, algunas flechas sobre los cuarteles, y dejando escapar algunos alaridos, anunciando que estaban dispuestos.

Mientras los mejicanos se entregaban al reposo, los soldados españoles trabajaban sin descanso en los patios del alojamiento. Para evitar el daño que los guerreros colocados en las azoteas causaban en la tropa castellana, mandó Hernan Cortés hacer, con gruesos tablones, tres máquinas de guerra, cubiertas de un techo sólido de madera, con ruedas para facilitar el movimiento, y con ventanas para poder disparar desde adentro los arcabuces y las ballestas. En cada una de las máquinas cabian veinte hombres, y debian ir en ellas escopeteros y ballesteros, acompañados de otros que llevasen picos, azadones y varas de hierro, para derribar los parapetos y horadar las casas.

Brilló la luz del nuevo dia, y los españoles siguieron trabajando en la construccion de sus tres máquinas, sin intentar ninguna salida. El príncipe azteca Cuitlahua, cuyo ardor guerrero formaba contraste con el blando y suave de su hermano Moctezuma, disponia sus escuadrones para un

asalto general á los cuarteles castellanos. Activo y valiente, se le veia en los puntos mas comprometidos, dictando á sus capitanes las órdenes que juzgaba eficaces para alcanzar el triunfo.

El emperador azteca, triste por los estragos que sufria la hermosa capital, subió á una de las torres de la parte del palacio que habitaba, y dirigió la vista hácia los puntos ocupados por las fuerzas mejicanas. No habia un solo palmo de terreno sin soldados. Las calles, las plazas, las azoteas, las calzadas y la campiña, se encontraban literalmente cubiertas de guerreros aztecas. Las canoas que cruzaban la laguna y los anchos canales de la ciudad, eran otros tantos cuerpos volantes, dispuestos á acudir al sitio necesario.

De repente se detuvo la vista de Moctezuma en un punto en que tremolaba el estandarte del imperio. Era una plazuela donde se encontraban varios escuadrones armados de lanzas, dardos y macanas. Al frente de ellos y dando órdenes á sus capitanes, se hallaba un arrogante general, cubierto de una rica armadura de láminas de oro y luciendo un magnífico penacho de preciosas plumas. Era Cuitlahua, el hermano del emperador azteca. Moctezuma sintió asaltado su ánimo por dos ideas tristes y alarmantes. Su hermano, combatiendo por la libertad de la patria, podia ser elegido rey, por el pueblo, en premio de sus servicios, quedando él despreciado y sin corona. Esta era una de ellas. La otra tenia su orígen en la consideracion de la ruina de la ciudad, cuyos edificios veia derribados en unas partes y entregados á las llamas en otros.

Mientras el desdichado monarca mejicano se entregaba á sus melancólicos pensa[illegible], Cuitlahua,

Moctezuma II.



›minado por otros mas bélicos, dispuso que se combatiese fortaleza de los españoles. Su voz fué obedecida en el .stante; y centenares de escuadrones, al son de sus insumentos de guerra y en medio de espantosos alaridos, se .nzaron por varios puntos sobre los cuarteles, para pene-ar en ellos, ya que sus contrarios no daban señales de ılir en aquel dia. (1) Los españoles y tlaxcaltecas, prearados siempre para el combate, resistieron el choque, ' despues de una obstinada lucha, en que la artillería, las ›allestas y los arcabuces hicieron grandes estragos en los ısaltantes, se retiraron los aztecas á sus puntos para em›estir de nuevo con otros batallones. La lucha se renovaba i cada instante con igual denuedo, y los aztecas parecian resueltos á apoderarse á todo trance de la posicion. En medio del combate, dirigian terribles amenazas á sus enemigos, presagiéndoles un fin verdaderamente horrible. Decian á los españoles, «que aquel dia quedarian todos hechos prisioneros, para conducirles á la piedra del sacrificio y ofrecer sus corazones al dios Huitzilopochtli.» La amenaza concluia asegurándoles «que sus brazos y sus ›iernas servirian de sabroso manjar en los banquetes, á la 'ez que sus cuerpos servirian de alimento á las fieras y á ıs culebras que tenian en las jaulas.» (2)

(1) «Y en tanto que estos artificios se hacian, no cesaba el combate de los ›ntrarios; en tanta manera, que como no salíamos fuera de la fortaleza, se ıerian ellos entrar dentro; á los cuales resistimos con harto trabajo.»—Seında carta de Cortés.

(2) «Pues lo que decian en aquel dia no habia de quedar ninguno de nos-›ros, y que habian de sacrificar á sus dioses nuestros corazones y sangre, y ›n las piernas y brazos, que bien tendrian para hacer hartazgos y fiestas; y ıe los cuerpos echarian á los tigres y leones y víboras y culebras que tienen ıcerrados, que se harten dellos.»—Bernal Diaz.

No era mas risueño el porvenir que preparaban á los tlaxcaltecas. «Serian colocados en jaulas de madera, para que engordasen, y sacrificados en las grandes fiestas religiosas que se aproximaban.» (1)

Mal debian sonar las amenazas de los mejicanos en los oidos de los sitiados. La muerte en el combate no la temian; pero debia presentárseles horrible en la piedra de los sacrificios.

Rechazados los asaltantes con grandes pérdidas, en todos los ataques, siguió la lucha con menos ardor, hasta llegar la noche, en que cesó el combate, aunque no las amenazas de los sitiadores, diciéndoles que se preparasen para ser conducidos al sacrificio.

La luz de la aurora dejó ver á los batallones mejicanos dirigiéndose á la fortaleza de los sitiados. Parecian resueltos á que se realizasen las amenazas hechas. Las escenas de sangre de los anteriores dias, se repitieron en los asaltos dados con imponderable arrojo. Los alrededores de los cuarteles se veian cubiertos de cadáveres aztecas, que eran retirados en cada nueva acometida que daban. Los españoles, heridos y cansados, acudian á todas partes, sin tener tiempo para descansar un instante. Cuando mas ocupados se hallaban en hacer algunos reparos en el muro, resonaron en el viento, con aterrador estrépito, los alaridos de guerra de grandes escuadrones, que se lanzaron como un torrente sobre los cuarteles. Decididos á penetrar en la fortaleza

(1) Y á los de Tlascala que con nosotros estaban les decian que les meterian en jaulas á engordar, y poco á poco harian sus sacrificios con sus cuerpos.»—Bernal Diaz.

se esforzaban en escalar el muro, donde eran recibidos por las espadas de los castellanos y las lanzas y flechas de los tlaxcaltecas. Sin embargo, no cedian; y si unos eran arrojados de la tapia, otros emprendian la subida, despreciando la muerte. Por fin tuvieron que ceder ante el fuego mortífero del cañon y del arcabuz, retirándose á los sitios inmediatos, de donde continuaban despidiendo millares de armas arrojadizas y disponiéndose á otros ataques.

Deseando Hernan Cortés poner término á la sangrienta lucha, por medio de convenios honrosos para todos, envió un recado á Moctezuma, diciéndole que hablase al pueblo, manifestándole que la intencion de los españoles era marcharse, como habian ofrecido hacerlo. El emperador azteca oyó tristemente la pretension del jefe español. Sabia que el pueblo victoreaba á su hermano Cuitlahua, y temia haber perdido toda influencia en sus vasallos. Por eso, al escuchar al enviado de Cortés, contestó con profunda amargura: «¡Qué pretende ya de mí, Malinche! Mi deseo es morir, y no volverle á hablar. El es la causa de la triste situacion en que me encuentro. Han alzado otro señor, y han resuelto que ninguno de los hombres blancos deje de perecer. (1) Pero instado por el padre Olmedo y Cristóbal de Olid, que le hicieron ver que de lo contrario sufriria mucho la ciudad, consintió en obsequiar el deseo del general castellano. Acaso le movió tambien á ello el interés particular. Si sus vasallos le obedecian, suspendiendo las

(1) «¿Qué quiere de mí ya Malinche? Que yo no deseo vivir ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traido... Yo tengo creido que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida.»—Bernal Diaz. Hist. de la Cq.

hostilidades y los españoles se alejaban, volveria á regir, tranquilamente, los destinos de la patria, desapareciendo el temor de que la corona pasase á poder de su hermano.

Moctezuma, con el fin de que su presencia infundiese el respeto que siempre habia producido en sus vasallos, se puso las insignias y vestiduras imperiales. Pendia de sus hombros un regio manto de púrpura y blanco, adornado de piedras preciosas y de exquisitas joyas de oro; ceñia sus sienes una corona del mismo rico metal, en la forma de una mitra, en que brillaban perlas y esmeraldas artísticamente enlazadas, y sus piés iban calzados por finas sandálias de suelas de oro, sostenidas por bellos cordones del mismo metal y ricas piedras chalchihuitl, apreciadas entre los mejicanos, mas que entre nosotros los preciosos brillantes. Vestido ya con el traje de ceremonia de los reyes, acompañado de varios de sus ministros, y escoltado por doscientos españoles, subió á la azotea y se acercó al pretil para dejarse ver del pueblo. Al verle, se operó un cambio completo en la multitud azteca, que reconoció inmediatamente á su soberano. A los gritos de guerra y ruido espantoso de los instrumentos bélicos, sucedió un silencio profundo. Las flechas que iban á sali del arco volvieron al carcaj; y los escuadrones que acometian los cuarteles, detuvieron su accion, dejando su actitud hostil por la humilde y respetuosa hácia su monarca. Todos inclinaron la cabeza, muchos se postraron en el suelo, y no pocos hincaron la rodilla para reverenciarle.

Moctezuma sintió una grata y consoladora satisfaccion al notar el efecto que habia causado en el pueblo su pr

sencia. Vió que aun le miraban sus vasallos con el respeto y cariño que en los dias de su mayor ventura, y se lisonjeó con la esperanza de que su voluntad seria acatada prontamente. Acariciando interiormente esta satisfactoria idea, dirigió, con clara y pausada voz, la palabra á la multitud que, al ver que iba á hablar, se acercó todo lo que le fué posible para escucharle. «Veo á mi querido pueblo armado y combatiendo contra los extranjeros que se hallan hospedados por mí en el palacio de mi padre, del gran rey Axayacatl. Si el motivo que os ha obligado á empuñar las armas, es el de procurar mi libertad, creyéndome privado de ella por los hombres blancos, yo os lo agradezco, porque es altamente noble; pero debo advertiros que partis de un error, pues soy libre para abandonar esta morada en el instante que yo lo disponga. Si he permanecido aquí, ha sido por acatar la voluntad de los dioses, y no faltar á los deberes de la hospitalidad con los enviados de un poderoso monarca. Terminada como está ya la mision que les condujo á nuestro país, están dispuestos á volver al suyo, y se preparaban á dejar la capital, cuando se han visto detenidos por vuestra actitud hostil. Si la causa de vuestra indignacion es su permanencia en nuestra capital, dispuestos están á salir de ella; y yo os prometo, bajo mi soberana palabra, que se marcharán en el instante que os retireis á vuestros hogares. Dejad, pues, el combate: cese vuestra inquietud, y manifestadme con vuestra obediencia, el respeto y fidelidad á que tengo derecho. Los extranjeros partirán sin demora, os lo vuelvo á asegurar; y libre la ciudad de los horrores de la guerra que la están destruyendo, volverá á presen-

sentarse alegre y risueña, brindando á sus hijos la felic dad y la ventura.»

Quedó el pueblo callado, guardando el mayor silencic esperando las órdenes de sus capitanes, que se habia acercado á escuchar al monarca. Cuatro de los principale jefes, profundamente conmovidos por las palabras del soberano, y aun mucho mas por el cambio operado en su fortuna, contestaron entre sollozos y suspiros á su discurso: «Mucho nos pesa, magnánimo señor, lo que tenemo que comunicaros,» — le dijeron vertiendo abundantes lágrimas, hijas del sincero cariño que le profesaban:—«per nuestro deber nos obliga á revelaros noticias que debe seros dolorosas. Sabed que la nobleza y el pueblo han pro clamado por rey, á vuestro hermano Cuitlahua, señor d Iztapalapan. Resuelto está que no termine la guerra hast no concluir con los hombres blancos, que han profanac nuestros templos y vertido la sangre de la nobleza aztec: Sus cuerpos están ofrecidos al dios Huitzilopochtli, y de ber sagrado, imprescindible, es cumplir lo ofrecido á l divinidades. Perdonad, por lo mismo, que continuemos lucha, y estad seguro que despues que hayamos estermi nado á los que os oprimen, os respetaremos como á nue tro amado y legítimo señor.» (1)

(1) «Y cuatro dellos se allegaron en parte que Montezuma les podia hab y ellos á él, y llorando le dijeron : ¡Oh señor, é nuestro gran señor, y cómo pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes! Hacémo saber que ya hemos á un vuestro primo por señor. Y mas dijeron, que la gue ra la habian de acabar, y que tenian prometido á sus ídolos de lo no dejar ha ta que todos nosotros muriésemos; y que rogaban cada dia á su Huichilobos

Reinó un momento de silencio despues de pronunciadas las palabras por los nobles aztecas; pero poco á poco empezó á escucharse entre las inmensas masas del pueblo, un murmullo que fué creciendo como el ruido de la tempestad. Los que anhelaban vengar la muerte sufrida por sus deudos, en la fiesta religiosa que ensangrentó Pedro de Alvarado, murmuraban de la conducta observada por el emperador; decian que era un monarca envilecido y pusilánime, indigno de mandar á un pueblo valiente y amante de su libertad; un soberano sin dignidad, dominado por el miedo, que habia arrastrado por el lodo la bandera triunfante del imperio. El pueblo, fácil siempre de moverse cuando se trata de la honra nacional, sintió cambiar en odio y en desprecio el respeto á su rey. Pronto se dejaron escuchar algunas palabras insultantes y ofensivas al monarca. «Afeminado rey,»—le decian,—«mas á propósito para manejar el huso que la espada, vive, ya que te place, en la degradacion; pero los mejicanos, que amamos mas la honra que la vida, lucharemos hasta esterminar á tus huéspedes.»

Al ver uno de los nobles de los que mas habian influido en excitar la ira popular, roto el freno del respeto, tomó en sus manos el arco, y disparó una flecha sobre el desventurado monarca. Dado el ejemplo de agresion, millares de piedras y de flechas llovieron sobre el soberano azteca. Los españoles, que estaban á su lado, trataron de cubrirle con sus rodelas para defenderle; pero no pudo ser antes de

Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder, é como saliesen como deseaban, que no le dejarian de tener muy mejor que de antes por señor, y que les perdonase.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

que recibiese una pedrada en la cabeza, cerca de la sien, que le derribó en tierra, otra en la pierna y un flechazo en el brazo.

Al ver caer al monarca, el pueblo se horrorizó de su mismo hecho, teniendo el regicidio como un sacrilegio, y huyó espantado del lugar de la escena, cubriéndose el rostro con ambas manos y dando gritos de dolor. Los sitios próximos al palacio quedaron sin gente, pues todos se alejaron en distintas direcciones, temiendo atraerse la ira de los dioses.

Entre tanto los nobles de la servidumbre y los españoles, condujeron al desgraciado Moctezuma á sus habitaciones, con el mayor cuidado, y le colocaron en su lecho, prodigándole todas las atenciones que exigia su situacion. Cuando recobró el sentido, el desventurado rey exhaló un profundo suspiro, que revelaba la honda pena que oprimia su corazon. Habia llegado al colmo de su desventura. No solamente habia caido de su brillante trono, perdiendo el favor de los nobles, si no que se veia herido por la mano de la plebe, mirada con el mayor desprecio entre los aztecas. La piedra le habia abierto una ancha herida en la sien, que podia curarse; pero el golpe mortal de ella habia ido á dar en el corazon, y las heridas del corazon no se curan. El emperador de Méjico estaba herido moralmente, y miró la muerte como el único remedio á las dolencias del alma. No queriendo sobrevivir á la humillacion que habia sufrido de su pueblo, se negó á toda curacion, y se quitaba los vendajes, diciendo que no queria ya vivir. En vano Hernan Cortés y sus capitanes, así como el padre Olmedo y los nobles que le asistian, trataban de consolar la honda

ena de su espíritu. El monarca azteca habia tomado su eterminacion: morir.

Se ha dicho por el padre Acosta, que las palabras inju·iosas dirigidas al soberano fueron pronunciadas por su obrino Guatemotzin, y que la flecha primera contra él isparada salió de su arco; pero no es de creerse. Guate-notzin era un jóven de elevadas ideas; de sentimientos atrióticos y de nobles sentimientos. Las dotes de su franco y guerrero carácter, las dió á conocer de una manera que inmortaliza su nombre, en la heróica defensa que mas tar-de hizo de Méjico. Anhelaba la guerra contra los hombres blancos; lamentaba la degradacion á que habia descendido su pariente el emperador; pero estaba muy lejos de pensar en un regicidio, cometido por su propia mano, ni de in-sultar á un miembro de su propia familia. Si de su arco hubiera salido la primera flecha contra la vida del monar-a, no hubieran dejado de hacer mencion de ese hecho Bernal Diaz ni Hernan Cortés. Ambos le pintan como un éroe, y no es justo manchar su limpia fama y sus pre-aros hechos, con un acto que no está de acuerdo con nin-uno de los que ilustran su memoria.

En los momentos en que Moctezuma, vuelto de su des-ayo, rehusaba tomar las medicinas que se le daban y arrancaba los vendajes que se le ponian, se oyeron los ridos de guerra, lanzados por los escuadrones mejicanos e volvian al asalto con mas furia y decision.

Hernan Cortés, sus capitanes y todos los soldados, sa-ron de la alcoba de Moctezuma, dejándole con sus ser-lores, y corrieron á la defensa de los cuarteles.

Rechazados los asaltantes despues de una obstinada lu-

cha, volvieron á sus puntos sin ser molestados de nad
en su retirada. Pocos instantes despues, invitaron vari
nobles aztecas á Cortés á un parlamento. Accedió gusto
el general español, y se presentó, acompañado de Aguil
y de Marina, en el mismo lugar donde poco antes hab
sido herido el monarca mejicano. Los parlamentarios, co
locados en sitio de donde podian ser fácilmente oidos, p
dieron á Cortés «que abandonase la ciudad, si queria q
cesase la guerra.» El general español les contestó en
mismo sentido que lo habia hecho Moctezuma. Dijo «q
habiendo desempeñado la mision de su monarca, nada t
nia que hacer ya en el país, del cual se habia preparad
marcharse, cuando estalló el movimiento hostil.» Mar
festó su sentimiento de verles airados contra él, cuan
ningun daño habian recibido de su parte. «Al brindar
país con la paz, añadió, no es porque tema la guerra, si
por no verme en el triste deber de destruir la mas herm
sa capital de estas bellas regiones.» (1) Cortés terminó
ciéndoles, que estaba pronto á salir de la capital, per
condicion de que antes habian de retirarse á sus hogare

El general español hizo esta proposicion, porque sos
chaba, como él dice, «que el objeto de los parlamentar
era que dejase la fortaleza, para poder combatir sin ries
y con notable ventaja en las calles, con los puentes lev
tados y desde las azoteas.» (2)

(1) «E yo les respondí que no pensasen que les rogaba con la paz por
mor que les tenia, sino porque me pesaba del daño que les facia y les habi
hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella era.»—Seg. carta
Cortés.

(2) «Segun pareció, hacian porque yo me saliese de la fortaleza, para

Los comisionados se retiraron desechando la proposicion, y prometiendo que continuaria la guerra hasta que no quedase un solo hombre blanco.

tomar á su placer al salir de la ciudad, entre los puentes.»—Segunda carta de Cortés.

CAPÍTULO XIII.

Sale Hernan Cortés con las máquinas de guerra.—Asaltan los españoles el gran *teocalli* y lo toman despues de una tenaz resistencia.—Queman los ídolos.—Nuevos combates al volver á los cuarteles.

1520. Junio. Era en los últimos dias de Junio de 1520. El emperador Moctezuma, mas agobiado por la pena que desgarraba su corazon, que por la herida que habia recibido de su pueblo el dia anterior, escuchaba desde su alcoba los alaridos de guerra y los instrumentos bélicos con que los guerreros mejicanos saludaban la luz de la aurora. Tres de sus hijos, sus ministros y algunos oficiales españoles, le rodeaban, procurando consolarle.

El bálsamo para la herida profunda que habia recibido en el alma, no existia. El emperador azteca continuaba negándose á recibir medicinas y rechazando toda curacion.

Hernan Cortés, despues de saludarle y manifestarse interesado por su salud, se dirigió á los cuarteles.

Las máquinas de guerra estaban concluidas. Era preciso tomar la ofensiva, para probar á los sitiadores que no era el temor quien habia detenido á los sitiados en sus fortificaciones.

Con los primeros destellos de la luz del dia, pudieron descubrir los españoles á sus contrarios, coronando en número infinito las azoteas, y extendiéndose como caudalosos rios por todas las calles de la ciudad. Las torres, el átrio superior y los terrados del grandioso *teocalli* que se levantaba á pocos pasos del cuartel castellano, se veian cubiertos de millares de guerreros, la mayor parte de ellos, jefes y capitanes del mas elevado rango.

El palacio de Axayacatl, ocupado por Cortés y sus pocos compañeros, parecia una frágil barca en medio del inmenso Océano, combatido por las hinchadas olas, movidas por el huracan.

Todo estaba dispuesto para hacer una salida.

El general español y todos los soldados, asistieron, con profunda devocion, á la misa, que ofició muy temprano el padre Olmedo, y se encomendaron á Dios con recogimiento y compuncion.

Cumplido con el deber religioso que aumentaba el valor del soldado, se formaron las tropas en los espacios patios.

Tres mil tlaxcaltecas, conducidos por sus mejores capitanes, iban de auxiliares. La columna salió pocos instantes despues de haber amanecido. Iban por delante las tres máquinas de guerra, con veinte escopeteros y ballesteros

cada una; seguian los artilleros, con cuatro cañones, apoyados por otra fuerza de ballesteros y soldados de espada y rodela; marchaba á continuacion el cuerpo de tlaxcaltecas, y cubria los costados y la retaguardia la caballería, para acudir al sitio que mas conviniese.

Mientras los sitiados se habian estado preparando para acometer con menos peligro, los sitiadores aumentaron sus fortificaciones y recibieron considerables refuerzos de todas las ciudades y pueblos de las provincias próximas. Poco podrian valer, por lo mismo, tres débiles torres de madera, contra los numerosos ejércitos que inundaban la ciudad. Sin embargo, Hernan Cortés se veia precisado á estar á la ofensiva, pues únicamente logrando causar terribles daños en el enemigo, podia esperar que los aztecas dejasen sus hostilidades, celebrando un convenio honroso. Permanecer á la defensiva en los cuarteles, hubiera sido manifestarse impotente: prolongar algunos dias mas la resistencia para morir luchando, ó rendirse por hambre y ser conducido con sus compañeros á la piedra de los sacrificios.

Poco tuvieron que andar los españoles para encontrarse con sus contrarios. En cuanto el ejército azteca notó el movimiento, se presentaron numerosos escuadrones á disputar el paso. Las máquinas avanzaron, cayendo sobre ellas un diluvio de grandes piedras, arrojadas de las azoteas, al mismo tiempo que de los parapetos lavantados en las calles, de las acequias cubiertas de canoas de guerreros y de las bocacalles en que se hallaban siempre muchos cuerpos de excelentes tropas, disparaban sus armas sobre las fuerzas que iban detrás de las torres. En cada punto algo dificultoso, se trababa una lucha obstinada. Si con

denuedo se habian batido los mejicanos los dias anteri
en aquel se manifestaron aun mas decididos y valie
acaso por la confianza que les inspiraba el aumento d
tallones que tenian. (1) La caballería, dirigiendo la p
de las lanzas al rostro, les acometia, haciendo estragos;
si retrocedian, era sin volver el rostro, combatiendo y
tirándose en órden, ó metiéndose en las acequias, d
donde disparaban sus dardos y flechas, sin poder ser
lestados por los ginetes. (2) Con dificultades no menos
derosas se encontraba la infantería para destruir las c
de donde recibian el mayor daño. Cada edificio se hal
cercado de agua y levantado el puente que daba pa
ellos. Para acometerlos, los soldados tenian que arroj
al canal, que pasaba por enfrente, y poner fuego á la
que acometian, sufriendo durante ese tiempo una tem
tad de piedras y de armas arrojadizas, que les cau
grandes pérdidas. En vano las cuatro piezas de artil
hacian sus disparos sobre los edificios: su calibre era c
y sus resultados, por lo mismo, muy lentos. Sin emba
si para arrasar las paredes eran de poca potencia, n
contra los escuadrones de guerreros, en cuyas filas ab
inmensos claros. Pero ni las cargas de caballería, n
tiros de cañon, ni el fuego de los arcabuces, ni el
tante filo de las espadas toledanas, hacian desmayar e

(1) «Si siempre muy bravamente habian peleado..... muy mas fuerte mayores fuerzas y escuadrones estaban en este dia.»—Bernal Diaz del tillo.

(2) «Y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mejicanos á s vo en las acequias y laguna, donde tenian hechos otros reparos para lo caballo.»—El mismo.

mas mínimo, el teson, el valor y la constancia de los mejicanos, cuyo firme carácter llamó la atencion de sus contrarios que, como valientes, sabian hacer justicia á las bellas cualidades de los nativos. (1) Cada punto que abandonaban habia sido antes teatro de furiosos combates, de donde se retiraban poco á poco, sin volver las espaldas, para hacerse fuertes en otras trincheras y casas, donde volvia á renovarse el combate.

Era cerca de medio dia, y las máquinas de madera se hallaban casi destrozadas por las enormes piedras que sobre ellas habian dejado caer de las azoteas. Los soldados españoles estaban fatigados de combatir sin descanso; pero aun tenian que atacar un punto formidable antes de volver de su expedicion: el gran templo que se hallaba próximo á los cuarteles.

Los aztecas se habian situado en el vasto y sólido *teocalli*, edificio piramidal, dedicado al númen de la guerra Huitzilopochtli, que se levantaba á una altura de ciento cincuenta piés. Desde sus altas torres y terrados se dominaba completamente el palacio de Axayacatl. Los cuatro primeros cuerpos de la soberbia y sólida fábrica que se destacaba, como un gigante, por encima de todos los edificios, se veian cubiertos de numerosos escuadrones, ostentando ricos penachos, y armados de largas lanzas y de fle-

(1) «Cuatro soldados que se habian hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces á Dios, que guerras tan bravosas jamás habian visto en algunas que se habian hallado entre cristianos, y contra la artillería del Rey de Francia, ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

chas. El quinto cuerpo, que era el último y el mas espacioso, pues en él se hacian los sacrificios y se ostentaban los santuarios, estaba guarnecido, no por rudos soldados, sino por distinguidos jefes y capitanes de la nobleza azteca, formando un cuerpo de oficiales, no menos distinguidos por su valor que por su nacimiento. Brillantes armaduras cubrian sus cuerpos, y fuertes cascos, figurando cabezas de animales feroces y adornados de hermosas plumas, defendian su cabeza. Resplandecientes rodelas sostenian en el brazo izquierdo, y la lanza y el cortante *maquahuitl,* empuñaban en la mano derecha. Era el *maquahuitl,* un palo durísimo, de tres piés y medio de largo y cuatro dedos de ancho, armado por ambos lados de cortantes navajas de piedra *itztli,* encajadas y unidas fuertemente al palo con goma laca. Los españoles le daban el nombre de espada. Era arma temible; pues dividia la cabeza á un caballo de un solo golpe. Sin embargo, solo el primero era temible, pues las navajas perdian su filo fácilmente. Enormes piedras se veian á la orilla de los terrados y del átrio superior, colocadas allí para arrojarlas sobre los españoles, en caso de que osasen atacarles.

En el espacioso átrio inferior del templo, donde se celebraban los bailes en las grandes fiestas religiosas, se encontraban numerosos escuadrones, preparados para disputar el paso á quien tratase de penetrar en el sagrado recinto. Hernan Cortés quiso desalojar á toda costa de aquel punto á sus contrarios. Era el punto dominante desde donde descargaban de continuo sobre los cuarteles españoles una tempestad de piedras y de flechas que causaban graves daños sobre los sitiados. El general castellano

se dirigió á la importante posicion, resuelto á tomarla. Colocó sus fuerzas al rededor del templo, para defender las avenidas, por donde pudiesen los mejicanos ser auxiliados, y ordenó al capitan Escobar, que emprendiese, con la fuerza que mandaba, la subida al *teocalli*.

Para abrirse paso, acometió, con parte de la caballería, á los escuadrones que defendian el átrio inferior.

Al penetrar en éste, se escucharon los terribles alaridos de guerra, lanzados por los numerosos escuadrones aztecas allí situados. Las torres, el átrio superior, los terrados y las escaleras del templo se hallaban defendidas por bravos guerreros, á los cuales se unieron mas de mil hombres que subieron al ver que se intentaba tomar el santuario. Allí estaban sus dioses; allí su reverenciado Huitzilopochtli que, segun el oráculo, habia ofrecido darles la victoria. El capitan Escobar y sus soldados, se dirigieron á la escalera, para subir al templo, trabándose una lucha tenaz, en que los mejicanos, armados de largas lanzas y dejando caer sobre los asaltantes enormes piedras y un diluvio de flechas, defendian la subida, oponiendo una resistencia vigorosa. Los sacerdotes de la sangrienta deidad, suelto el largo cabello y vestidos con las túnicas con que asistian al sacrificio, arengaban á los guerreros mejicanos, animándoles al combate. Mientras en la escalera del *teocalli* se luchaba por una y otra parte con imponderable denuedo, en el átrio inferior acometia la caballería á los numerosos batallones, que trataban de atacar, por la retaguardia, á los soldados que habian emprendido la subida. Recias y sangrientas eran las acometidas; pero eran peligrosas aquellas cargas, porque los caballos resbalaban sobre el bruñido

pavimento de tersas losas, y muchos caian en tierra co daño de sus ginetes.

El ataque importante era, sin embargo, el que se sost nia en la toma y defensa del templo. Las máquinas d guerra, desde donde los soldados que en ellas se hallaban disparaban sus armas sobre los que disputaban la subida sus compañeros, recibian terribles golpes de las piedr que arrojaban sobre ellas desde lo alto. (1) Ni los continu disparos que se hacian de sus ventanas, ni el incesan fuego de los cuatro cañones, lograban intimidar á los q defendian el *teocalli*. Destrozadas las máquinas de mader los escopeteros y ballesteros que dentro estaban, salier de ellas para defender á la caballería.

Entre tanto, el capitan Escobar, procuraba subir la gradas del templo. La lucha entablada en ellas era tenaz Varias veces llegó con su gente hasta el primer cuerpo de *teocalli;* pero otras tantas se vió obligado á retroceder, ro dando de seis en seis los escalones.

Hernan Cortés, conociendo toda la importancia que pu diera dar á sus armas la toma del templo, así como todo e mal que sobrevendria á los españoles de una retirada e derrota, resolvió acaudillar por sí mismo á los asaltantes Le molestaba bastante una herida que habia recibid

(1) Bernal Diaz, á quien sigo en lo referente á estos hechos de guerra, pon el ataque al teocalli el mismo dia en que se estrenaron las máquinas de made ra. «Y nos resistieron, dice, la subida (al teocalli) un buen rato, que no basta ban las torres, ni los tiros de ballestas, ni escopetas, ni los de á caballo, porqu aunque querian arremeter los caballos, habia unas losas muy grandes, empe drado todo el patio, que se iban á los caballos los piés y las manos.»—Berna Diaz.

en la mano izquierda en el primer combate; pero casi sintió desaparecer el dolor con el afan de la empresa.

Lleno de energía y de ardor bélico, desmontó de su caballo; hizo que le atasen la rodela en el brazo, y empuñando la espada, se lanzó á las gradas del templo para subir á las torres. (1) El espíritu del soldado se reanimó al ver á su caudillo emprender el asalto, olvidando la herida y despreciando la muerte.

Pedro de Alvarado, Velazquez de Leon, Sandoval, Cristóbal de Olid y otros intrépidos capitanes, le siguieron.

La caballería y un cuerpo de arcabuceros, ballesteros y soldados de espada y rodela, quedaron en el átrio inferior, impidiendo que fuesen auxiliados los asaltados por nuevos escuadrones.

Al emprender la subida al primer terrado del *teocalli*, enormes piedras cayeron desde lo alto sobre los asaltantes, que detuvieron, por un instante, su paso. En seguida, un respetable número de guerreros, armados de largas lanzas, combatian denodadamente defendiendo la escalera, mientras una tempestad de flechas, arrojadas desde la altura, iba á dar encima de los españoles, que avanzaban cubiertos por sus escudos. Puesta la planta en el primer cuerpo del *teocalli*, se trabó un combate sangriento. Para subir al inmediato cuerpo, era preciso rodear todo el terrado, para tomar la escalera que conducia al inmediato; y los escuadrones que guarnecian cada uno de los cuerpos del templo piramidal, lo defendian con notable valentía.

(1) «Aunque manco de la mano izquierda, de una herida que el primer dia me habian dado; y liada la rodela en el brazo, fuí á la torre con algunos españoles que me siguieron.»—Seg. carta de Cortés.

No pudiendo resistir el empuje de los asaltantes, los defensores del primer terrado se subieron al segundo cuerpo, oponiendo, con las tropas que defendian éste, una resistencia aun mas tenaz que la anterior.

Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, Velazquez de Leon y todos los capitanes, así como los soldados, continuaron la subida, sufriendo nuevas granizadas de piedras y de flechas.

Como el *teocalli* tenia cinco cuerpos, y para llegar al último era preciso dar cuatro veces la vuelta al templo, por la disposicion en que he dicho que estaba la escalera, el caudillo español y los que le seguian, tenian que andar una milla para llegar al átrio superior y sostener tantos combates cuantos eran los terrados.

La fatiga y el cansancio de los españoles eran grandes, en aquel penoso combate, de continua subida por una escalera bastante pendiente.

La resistencia que oponian los mejicanos, correspondia á la fama de valientes que tenian.

La lucha se sostenia por ambas partes con imponderable denuedo.

Los soldados castellanos, cubiertos de heridas y de sangre, lograron al fin llegar á lo alto del templo. Aquí tomó el combate mayores proporciones. El santuario y el espacioso átrio superior, estaban defendidos, como he dicho, no por vulgares guerreros, sino por lo mas granado de los capitanes y jefes del imperio. Era un combate á muerte en que de una y otra parte se proponian hacer los mayores esfuerzos para alcanzar la victoria. Los combatientes, colocados á una altura de ciento cincuenta piés, se presenta-

ban á la vista de la ciudad entera. Las miradas de la multitud se fijó en aquel campo de batalla que se elevaba á las nubes, y cuyos combatientes parecian séres aéreos, colocados entre el cielo y la tierra. El átrio superior ó cúspide del *teocalli,* presentaba la suficiente capacidad para que luchasen ámpliamente dos mil hombres. El pavimento era de blancas y bruñidas losas, iguales á las del átrio inferior. Ningun objeto que estorbase el paso, se encontraba en aquella elevada plazoleta, á escepcion de la piedra de los sacrificios y las dos torres ó santuarios que ocupaban un extremo del recinto.

Al presentarse los soldados españoles en la cúspide del templo, los distinguidos guerreros aztecas que guarnecian la posicion, cubiertos de sus brillantes armaduras y esgrimiendo sus armas, se arrojaron sobre sus contrarios con furia espantosa. El general español les recibió serenamente, y en seguida acometió con las cortantes espadas y las agudas lanzas. Era un combate en que los asaltantes anhelaban el triunfo para apagar el brio de sus contrarios, con el objeto de alcanzar la paz, y en que los asaltados defendian sus dioses y su reputacion. Unos y otros combatian, por lo mismo, con indecible arrojo, despreciando la vida, y teniendo por honra la muerte. Los sacerdotes aztecas, con sus negras vestiduras y suelto el enmarañado y largo cabello salpicado en sangre de víctimas, sacrificadas aquel dia, animaban á los guerreros mejicanos al combate, ofreciéndoles la proteccion del dios Huitzilopochtli.

Las palabras de los ministros de la sanguinaria deidad, enardecian el espíritu de los valientes que defendian el templo del venerado númen de la guerra. Inflamados sus co-

razones por el sentimiento religioso, al luchar á la vista (su deidad tutelar, se arrojaban sobre sus contrarios, acc metiéndoles con sus largas lanzas y sus cortantes *maqua huitles*. Hernan Cortés, corriendo al sitio de mas peligr parecia el númen de la guerra que llevada el estrago en s cortante espada. Nada habia que resistiese á su empu je, nada que le hiciera retroceder en su paso; «mostránd se,» dice Bernal Diaz, «muy varon, como siempre] fué.» (1) El pavimento estaba lleno de cadáveres de capi tanes aztecas, y no faltaban entre ellos algunos de soldad(españoles. Muy pocos eran los compañeros de Cortés qu no hubiesen recibido algun flechazo ó pedrada. «Casi to dos,» dice el bravo veterano, «estaban heridos y chorrean do sangre.» (2) Empeñado Cortés en vencer á sus contra rios, redobló sus golpes; pero el mismo afan manifestaba los mejicanos para lograr el triunfo, y resistian el choque

La lucha era á la arma blanca. Los mosquetes no po dian cargarse en aquel sitio en que andaban mezclados lo que combatian. La lanza y el *maquahuitl,* se cruzaba con la pica y la espada toledana. Parecia, por lo mismo que la cuestion debia resolverse por la fuerza física, ven ciendo el número mayor; y sin embargo, se iba notand que los mas, iban cediendo, aunque poco á poco, á lo menos. Los guerreros mejicanos, aunque luchaban con e

(1) «Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué.»—Bernal Di del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de not vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, é mas de cuarenta sold dos muertos.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

denuedo de los héroes y contaban con fuerzas superiores, no estaban, en la esgrima, á la altura de sus contrarios. La espada toledana, manejada con destreza, causaba en ellos horribles estragos, puesto que no sabian evitar sus golpes.

Los escuadrones que ocupaban las azoteas próximas al templo, miraban con ansiedad aquella lucha, sin pronunciar una palabra, sin perder uno solo de los movimientos de los combatientes; dejando escapar una exclamacion de alegría, cuando veian alguna ventaja en los suyos; sintiendo una opresion aguda, cuando la creian ver en los españoles.

La lucha continuaba con la misma obstinacion. La sangre corria en arroyos por el pavimento. Los combatientes aztecas y castellanos estaban decididos á triunfar ó morir. Retirarse de allí era imposible. A la espalda del reducido campo de batalla no habia mas que el precipicio. El pavimento era plano y cualquier descuido podia serle fatal al hombre que se acercase á la orilla. Por eso procuraban unos y otros hacer retroceder á sus contrarios, para que, faltándoles terreno donde colocar el pié, cayesen de la inmensa altura.

Tres horas llevaban de luchar sin descanso; pero el número de guerreros mejicanos habia menguado considerablemente. Sus cadáveres impedian el paso á los combatientes. Hernan Cortés, viendo que se debilitaba la resistencia de los contrarios, dió la voz de acometida, y al fin logró desbaratar y poner en dispersion á los que habian resistido con denuedo. Acosados de cerca y no queriendo rendirse, retrocedian luchando y dando cara

hasta la orilla, arrojándose al terrado inmediato, ca muchos hasta el átrio inferior, haciéndose pedazos caida. (1) Se dice, por algunos historiadores, que dos mejicanos, creyendo que con la muerte de Hernan C lograrian que los hombres blancos abandonasen el pa resolvieron á dar la vida por la patria. Puestos de acu esperaron el momento oportuno para realizar su plan este, acercarse sin armas á Cortés pidiéndole miseric cuando se hallase cerca de la orilla de la cúspide, y jándose de la cima en el instante mismo, llevar tras al caudillo español. La oportunidad se presentó en la rota. El jefe castellano, persiguiendo á sus contrari aproximó al borde del recinto. Los dos guerreros, ar do las armas, se echaron á sus piés pidiéndole cleme y acto continuo se lanzaron de la altura, tratando de l en su caida á Cortés, á quien tenian asido. El caudil pañol, merced á su mucha fuerza, logró desprenderse manos de sus contrarios, que cayeron al átrio inf quedando despedazados con la caida. Muy fuerte y ág Hernan Cortés; pero el hecho, de la manera que está rido, tiene todos los visos de inverosimilitud. Debe te el dar por realidad ese pasaje, cuando siendo altar honroso para Cortés, lo mismo que para los dos nobl

(1) «Y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojarse del cu aba de lo alto, los cuales todos morian despeñados, quebrados brazos y pi hechos pedazos, porque el cu era muy alto; y otros los mesmos españ arrojaban de lo alto del cu, y así todos cuantos allá habian subido de lo canos, murieron mala muerte.»—Sahagun. Hist. de la Nueva España, l

tecas, no lo menciona él en sus cartas, ni lo refiere Bernal Diaz del Castillo. (1)

Puestas en desórden las filas de los guerreros mejicanos y combatiendo ya sin concierto, fueron sucumbiendo uno despues de otro, hasta no quedar ninguno con vida. Todos habian perecido bajo la cortante espada de los españoles ó arrojándose de la cúspide al átrio inferior. Solamente dos sacerdotes de alta importancia quedaron prisioneros. (2)

Revueltos entre los cadáveres de los aztecas, se veian cuarenta y seis soldados de Cortés, que habian sucumbido desde que emprendieron el asalto al *teocalli*.

Enseñoreados de la cúspide los españoles, penetraron al santuario, donde habia hecho colocar el general, antes de su marcha de Méjico, la imágen de la madre del Salva-

(1) Solis refiere este episodio con el brillante colorido propio de su bien cortada pluma. Dice que los indios, resueltos á dar la vida por la patria, y creyendo que la guerra acabaria con la muerte de Cortés, al ver á éste cerca del pretil, se echaron á sus piés, pidiéndole misericordia, de rodillas, y que «sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso;» pero «que los arrojó de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad.» Casi toca en lo imposible que pudiese el general castellano mantenerse como una roca, sin ser arrastrado por el peso y el impulso de dos hombres que se arrojan de una altura. El Sr. Robertson, para hacer mas posible el caso, dice que Cortés se agarró de unas almenas; y el Sr. Raynal asegura, que se afianzó de una reja. Ambos escritores olvidaron que aquellos templos no tenian ni almenas ni rejas.

(2) «Y arriba peleamos con ellos tanto, que les fué preciso saltar della (de la torre) abajo á unas azoteas que tenian al derredor tan anchas como un paso. E destas tenia dicha torre tres ó cuatro, tan altas la una de la otra como tres estados. Y algunos cayeron abajo del todo... E los que en aquellas azoteas quedaron, pelearon desde allí tan réciamente, que estuvimos mas de tres horas en los acabar de matar; por manera que murieron todos, que ninguno escapó.»— Seg. carta de Cortés á Cárlos V.

dor. (1) El altar y la escultura no estaban ya allí: habia sido mandadas guardar por Moctezuma, deseando acata la voluntad del jefe español, que le recomendó que no pe mitiese ofensa ninguna á la cruz y á la imágen de la Vi gen. Hernan Cortés y su gente, ayudados de los tlaxcalte cas, pusieron fuego á los ídolos, ardiendo á poco todo ellos, incluso el colosal y horrendo Huitzilopochtli, y una gran parte de la pieza en que se hallaba. El incendio se comunicó á los dos cuerpos últimos de las torres que eran de madera, y las llamas, elevándose al cielo, arrojaban su siniestra luz sobre la ciudad, cuyos habitantes miraban, aterrados, convertirse en cenizas sus veneradas deidades. (2)

Parecia que los mismos dioses del paganismo trataban de alumbrar su desaparicion de las bellas regiones del Anáhuac, para que sustituyesen, á las horribles hecatombes de víctimas humanas sacrificadas en sus templos, bellos altares cubiertos de fragantes flores, en armonía con el limpio cielo de aquellas auríferas regiones, con la dulce suavidad

(1) «Con cuya ayuda de Dios,» dice Hernan Cortés en su segunda carta, « de su gloriosa Madre, por cuya casa aquella torre se habia señalado y pues en ella su imágen.» Estas palabras del caudillo español hacen creer que el gra *teocalli* se hallaba efectivamente donde está la moderna catedral. Siempre m ha hecho titubear la anterior afirmacion de Cortés respecto de si el temp principal estaba en Tlatelolco, como parece, atendiendo la manera de espresa se de Bernal Diaz, ó si ocupaba el sitio en que hoy está la catedral. En not anteriores he manifestado las razones que hoy para deducir, por las palabr de Bernal Diaz, que se hallaba en Tlatelolco. Ahora pongo lo que dice Hern Cortés, á fin de que los amantes á la investigacion, marquen definitivamen el sitio que ocupaba.

(2) «Y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con lo ídolos Huichilobos y Tezcatepuca.»—Bernal Diaz del Castillo.

de su clima y con el blanco perfume que exhalan sus florestas.

Los mejicanos veian con asombro, desde todas partes, á Hernan Cortés y sus soldados, dominando la cúspide y bañados por la roja luz del incendio, como séres que despreciaban la furia de los hombres y la ira y el poder de los dioses. Les veian como desafiando á sus númenes y á la nacion; y los aztecas veneraban hasta el fanatismo á los primeros y amaban mucho su patria, para que no aceptasen el reto.

Les habia llenado de asombro la toma del fuerte *teocalli*, defendido por sus mejores guerreros; pero no habia amenguado esto el valor de los demás, aunque algo parecia haber calmado su furia. Sin embargo; aquella calma era la calma aparente del mar, que vuelve á rugir con mas fuerza.

Los escuadrones mejicanos, semejantes á los caudalosos rios que marchan en diversas direcciones á confluir en un punto, se dirigian por todas las calles hácia el *teocalli*, para cerrar la salida á los hombres blancos y ahogarles entre las terribles olas de aquel inmenso océano de gente que ocupaba la ciudad entera y sus alrededores.

Hernan Cortés vió desde la cúspide del templo, moverse los batallones aztecas, y comprendiendo la intencion que les guiaba, dispuso descender del *teocalli*. Nada tenia que hacer ya en él. Su objeto habia sido manifestar á sus contrarios su poder, para inclinarles á un arreglo de paz. Creia logrado su intento, y determinó volver á los cuarteles, dejando en sus contrarios la dura impresion del golpe que habian recibido.

Contento del triunfo alcanzado, empezó á bajar las empinadas gradas de la alta pirámide, seguida de sus soldados, en cuyas filas iban los dos sacerdotes prisioneros.

Casi en los momentos que ponia el pié en el átrio inferior, se escucharon los alaridos de guerra de los escuadrones aztecas que llegaban, y el ruido horrísono de sus caracoles marinos.

Hernan Cortés montó en su brioso corcel, y acometió, con la caballería, á los que intentaban cerrarle el paso. Los mejicanos, dominados aun por el terror que les habia causado la toma del templo y el incendio del santuario y de sus dioses, se retiraban sin oponer gran resistencia. Los hombres blancos se presentaban á sus ojos, en aquellos instantes, como séres irresistibles. Sin embargo; el pavor fué desapareciendo á medida que se iba empeñando la lucha, hasta que se convirtió en ira y odio contra los enemigos de sus dioses.

Entonces se arrojaron con el mismo denuedo que en los anteriores combates, rodeando á los españoles por todas partes. Hernan Cortés, deseando dar descanso á su fatigada tropa, se dirigió hácia sus cuarteles, pudiendo apenas contener, con la caballería, las furiosas olas de aquel airado océano de guerreros que amenazaba sepultarlo todo debajo de sus piedras y sus flechas. Al fin, despues de grandes peligros y combates, entraron los españoles á sus cuarteles, deshechas las máquinas de madera, heridos todos y con cuarenta y seis muertos. (1)

(1) «Acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos y muertos.

Los mejicanos tuvieron por una de las acciones mas atrevidas de los españoles el asalto al *teocalli* y el haber logrado llegar hasta las torres para poner fuego á sus dioses. Creian superior á las fuerzas humanas subir hasta el santuario, defendido por millares de los mas distinguidos capitanes, bajo una lluvia de piedras, de flechas y saetas. Admirados del hecho, trataron de perpetuar la batalla, pintándola en lienzos, presentando muertos á muchos castellanos, y heridos y cubiertos de sangre el resto. Estas pinturas, dibujadas por mejicanos y tlaxcaltecas, se veian aun algunos años despues de la conquista. (1)

La llegada de Hernan Cortés á los cuarteles fué de notable consuelo aun para los que habian quedado en ellos. Los mejicanos, que tenian un ejército numeroso que podian dividirlo sin debilitarlo, atacaron el edificio con millares de guerreros, mientras se encontraban fuera las fuerzas que habian salido con el jefe español. La llegada de la fatigada columna en los momentos mas críticos, obligó á los aztecas á desistir, por aquel dia, de nuevos asaltos, aunque no de arrojar piedras y flechas y de amenazar á los sitiados con que pronto serian sacrificados á sus dioses.

Cuando la noche puso término á los combates, los españoles, sin poder entregarse al descanso, se ocuparon en

cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos, y otros escuadrones por las espaldas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Muchas veces he visto pintada entre los mejicanos y tlaxcaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu; y teníanlo por cosa muy heroica, que aunque nos pintan á todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen dellos hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y estar tanto guerrero guardándolo en los pretiles y concavidades.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

curar los heridos, enterrar los muertos, reparar los
destrozos hechos en las paredes, limpiar sus armas
pararse para hacer nuevas salidas. (1)

(1) La mayor parte de los historiadores dicen que Cortés, despu
mado el templo, marchó tranquilamente á sus cuarteles «pasando por
espesas filas de los guerreros indios, que se hallaban en el átrio dema
morizados por las terribles escenas que habian presenciado, para opo
tencia, y llegaron salvos á sus cuarteles.» (Prescott. Hist. de la conq
Solis asegura que «hizo Hernan Cortés que se transportasen luego á s
los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio,
considerable, y socorro necesario en aquella ocasion.» Hernan Corté
nada de eso y solo dice, que «algo perdieron del orgullo con haberle
esta fuerza,» y Bernal Diaz, á quien he seguido en el relato de este y
hechos, asegura, como dejo referido, que «con gran trabajo torna
aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo y dando guerra, o
chos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas par
entralles.»

CAPITULO XIV.

Hernan Cortés solicita un parlamento.—Resultado de él.—Cortés hace una salida y quema trescientas casas.—Muerte de Moctezuma.—Sentimiento de los españoles por la muerte de Moctezuma.—Cortés envia con todo respeto el cadáver á los jefes mejicanos.—Reflexiones respecto de su muerte.—Continúan los combates.

Al lanzar la luz del dia sus primeros destellos, se encontraba la capital azteca mas tranquila, al parecer, y menos belicosa.

Cierto es que los ejércitos mejicanos se extendian mas allá de lo que alcanzaba la vista, y que las calles y las azoteas se hallaban cubiertas de guerreros; pero no se advertia en ellos nada que indicase movimiento sobre los cuarteles.

Hernan Cortés se lisonjeó con la idea de que la terrible

leccion dada en el *teocalli,* habia operado un cambio notable en sus contrarios, haciéndoles perder su orgullo y temer mayores desgracias para la ciudad si continuaba la guerra.

Halagado por este pensamiento que le hacia traslucir un convenio favorable, y queriendo recurrir á la política para alcanzar los felices resultados que anhelaba, determinó hacer algunas proposiciones á los jefes aztecas, con el objeto de inclinarles á que se celebrase un arreglo que pusiese término á la desoladora guerra que estaba destruyendo la ciudad mas hermosa del Nuevo Mundo

Invitados á una entrevista y admitida la invitacion, los personajes mejicanos se colocaron en un sitio próximo á los cuarteles españoles; y Hernan Cortés, acompañado de algunos de sus capitanes y llevando á los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, se presentó en el mismo sitio en donde Moctezuma recibió la pedrada al hablar á sus vasallos.

El caudillo español, empezó manifestándoles que no les habia dado motivo para que hubiesen tomado las armas contra él y su gente. Manifestó el profundo sentimiento que le causaba verse precisado á incendiar los templos y los magníficos edificios que embellecian la capital del imperio, y á derramar la sangre de los valientes aztecas, á quienes siempre habia consagrado sincera amistad. Pintó, con vivos colores, las dolorosas escenas del dia anterior, ardiendo la poblacion por varias partes y muriendo la flor de la nobleza mejicana, á la cual habia propuesto repetidas veces la paz. Expresó su deseo de terminar una lucha que daria por resultado el incendio de la capital y la muerte

de todos sus hijos, que, á toda costa, queria evitar. Propuso que saldria de la ciudad para volver á su país, como ya lo habia dispuesto antes de la sublevacion, si los mejicanos, dejando su actitud hostil, se retiraban á sus hogares. El caudillo español, despues de brindarles con un pacífico arreglo, terminó diciendo, que de no admitirlo, «arrasaria la ciudad reduciéndola á escombros, desapareciendo con ella todos sus habitantes.» (1)

Bien conocian los aztecas los males que les sobrevendrian de la prolongacion de la lucha; pero estaban convencidos de que la constancia les daria al fin el triunfo sobre sus contrarios, y se hallaban resueltos á comprar á costa de todos los sacrificios imaginables, el exterminio de los hombres blancos. Veian incendiadas sus casas; arrollados sus escuadrones; muertos á millares sus guerreros; pero tenian la conviccion de que era imposible que con los puentes de las calles y de las calzadas levantados, obstruido el paso por continuas albarradas y acequias, defendidos los pasos por millares de escuadrones y arrojando de las azoteas una tempestad incesante de piedras y de flechas, pudieran salir de la ciudad los hombres que habian ultrajado á sus dioses, y que habian ofrecido sacrificar en los altares de las divinidades ofendidas.

Con esta conviccion, y dotados de una entereza de carácter inquebrantable, contestaron de una manera que desva-

(1) «Y les dije que mirasen que no se podian amparar, y que les haciamos de cada dia mucho daño y morian muchos dellos, y quemábamos y destruiamos la ciudad, é que no habia de parar fasta no dejar della ni dellos cosa alguna.»—Seg. carta de Cortés.

neció en Cortés toda esperanza de convenio. Confesa que era cierto que recibian graves daños en la ciudac en las personas; que habian perdido la flor de sus guer ros en la defensa del teocalli, en los asaltos dados á cuarteles y en las diversas acciones verificadas en las c lles; pero que estaban dispuestos aun á recibir mayor daños, sin cejar ante las calamidades. «Tended la vista añadieron, «por las calles, plazas y azoteas. Vereis, con hemos calculado, que aun cuando muriesen veinticin mil hombres nuestros por cada español, nos sobraria gen para celebrar el triunfo. Todo el país está sobre las arma las calzadas y alrededores llenos de numerosos ejército los puentes de las calles y de las puertas de la capit quitados; la laguna cubierta de canoas con guerreros, todo, en una palabra, dispuesto para alcanzar en mas ó m nos tiempo un triunfo seguro. La salida de la ciudad imposible: los víveres empiezan á faltaros, y como aun agua dulce que teneis es muy poca, aunque no os hici ramos otra guerra que la de evitar la entrada de comes bles, os tendreis que rendir por hambre.» (1)

Hernan Cortés comprendió toda la verdad que encerr ban las palabras de los parlamentarios aztecas. Los bas mentos escaseaban; el número de heridos aumentaba di riamente, y los puentes se hallaban cortados. (2) Pero

(1) «Y que mirase yo por todas aquellas calles y plazas y azoteas cuán nas de gente estaban, y que tenian hecha cuenta que, á morir veinte y ci mil dellos y uno de los nuestros, nos acabariamos nosotros primero, por eramos pocos, y ellos muchos, y que me hacian saber que todas las calzada las entradas de la ciudad eran deshechas... E que ninguna parte teniamos do salir, sino por el agua.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «Y la verdad que ellos tenian mucha razon: que aunque no tuviése

hombre que no perdia jamás su serenidad ante los obstáculos, por insuperables que pareciesen. Dotado de una entereza sublime y de una constancia heróica; lleno de fé en Dios y en los recursos de su fecundo ingenio, se manifestó con los parlamentarios, no como quien solicita gracia por medio de un convenio, sino como quien se digna concederla por especial favor hácia las personas que siente castigar. Conocedor del carácter firme de los aztecas, sabia que únicamente manifestándose fuerte y con la seguridad de dominarlo todo, podia alcanzar un arreglo. La menor palabra que indicase duda en el éxito ó debilidad, consideró peligrosa, porque era confesar la superioridad del enemigo, y por lo mismo sentenciarse á muerte. Lejos, por lo mismo, de contestar en un lenguaje suave y conciliador, repitió su amenaza de incendiar la ciudad y destruir á sus habitantes, sino dejaban su actitud hostil dejándole libre el paso para marchar á su país. Los aztecas no admitieron la proposicion, y se alejaron manifestando que no cesaria la guerra hasta no acabar con los hombres blancos.

Llegó la noche, y Hernan Cortés, queriendo hacerles ver que sus amenazas se realizarian, porque tenia poder para destruirles, dispuso una salida. Los mejicanos, que no esperaban un ataque de noche, se hallaban descuidados. Una fuerza de doscientos españoles y mil tlaxcaltecas salió, en el mayor silencio, de los cuarteles. El jefe castellano marchaba á la cabeza de la columna y se dirigió á una

otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo.»—Seg. carta de Cortés á Cárlos V.

de las calles inmediatas. Las tropas mejicanas, al v sorprendidas, no pudieron oponer una vigorosa resisten y fueron retirándose hácia los puntos fortificados. Los pañoles y tlaxcaltecas prendieron fuego á trescientas sas, y dando la vuelta por otra calle, donde incendia otro número considerable de edificios, llegaron á sus cu teles sin haber sufrido el mas leve daño.

Entre tanto que los combates se habian sucedido interrupcion de un solo dia, el desventurado Moctezu veia aproximarse el último instante de su vida. Desde momento que recibió el terrible golpe que le fracturó cabeza, se habia apoderado de su espíritu una trist profunda al considerar que sus vasallos anhelaban muerte. Mirando esta como el único bien que le q daba en su desgracia, habia rehusado tomar las me cinas; continuó quitándose el vendaje, siempre que tra ban de curarle la herida, y se propuso por último guar una constante inedia. Los ruegos de sus ministros, las labras de consuelo de los leales vasallos que le rodeab las súplicas de Cortés y del padre Olmedo, para que pro rase recobrar la salud, todo fué inútil. El monarca azt se habia propuesto morir, y cerrando los oidos á tod que tenia por objeto detenerle en el mundo, esper momento anhelado, que no se hizo aguardar largo tiem El término de su vida se acercó. Varios capitanes espa les, que le apreciaban sinceramente, interesándose po salvacion de su alma, le pedian que abrazase el cristia mo y abandonase la religion en que habia vivido. padre Olmedo, que lleno de caridad católica no se ha separado de su lado, deseando su conversion, procur

persuadirle de la excelencia de la doctrina del Crucificado, agotando todos los recursos de su elocuencia por medio de la intérprete Marina. Moctezuma se manifestaba agradecido al interés que le demostraban; pero estaban profundamente arraigadas en su corazon las creencias de sus mayores, y quiso morir en ellas: «Me quedan,» dijo al padre Olmedo, «muy pocos momentos de vida: dejadme, pues, consagrarlos á la religion de mis padres, de que no me quiero apartar.» (1) Aunque deseaba abandonar el mundo, un pensamiento le inquietaba y entristecia al dejarle. Era padre; y la idea del porvenir de sus hijos le afectaba profundamente. Dominado por el santo y sublime sentimiento paternal, se volvió á Cortés, que habia acudido al aposento al saber la gravedad del monarca, y le suplicó que se acercase. Luego, valiéndose de la intérprete Marina, le pidió, por lo mas sagrado, que mirase por la felicidad de sus hijos, muy especialmente por la de tres hijas que habia tenido de dos mujeres legítimas, pues éstas se diferenciaban de las concubinas, por ciertos ritos matrimoniales que se celebraban al unirse. «Os suplico,» añadió, «que las recomendeis á vuestro soberano. Tengo la consoladora esperanza de que su real corazon procurará la ventura de esas joyas queridas de mi alma, en premio de mi cariño hácia los españoles, y de los servicios que le he prestado; servicios y cariño que me han traido á la triste situacion en que me encuentro; pero que la acepto, sin arrepentirme de lo hecho por los hombres blancos.» Moctezuma ter-

(1) «Respondió que por media hora que le quedaba de vida, no se queria [apartar de] la religion de sus padres.»—Herrera. Hist. general.

minó recomendando de nuevo á Cortés la suerte de los tiernos séres de su corazon, y encargando que suplicase á su rey que les concediera una parte de su herencia legítima. El caudillo español le prometió obsequiar fielmente su deseo, y cumplió con su ofrecimiento cuando se terminó la conquista. (1) Pocos momentos despues de haberle asegurado Hernan Cortés que atenderia lealmente y como amigo su recomendacion, el monarca azteca espiró el 30 de Junio de 1520, á los tres dias de haber recibido la herida, rodeado de sus ministros, de varios sacerdotes aztecas, y de los nobles que le habian sido fieles en medio de su infortunio. (2) Ninguno de los emperadores mejicanos que

(1) Hernan Cortés recibió en su familia á las hijas de Moctezuma, despues de la caida del imperio mejicano. Hizo que las instruyesen en la religion cristiana, como habia sido voluntad del monarca azteca, y se bautizaron: recibieron una educacion esmerada, y se casaron con hidalgos españoles, de los principales conquistadores de Méjico, de donde han tenido orígen varias familias muy distinguidas, como veremos á su debido tiempo. El gobierno español les concedió particulares privilegios y les señaló considerables bienes, anhelando recompensar los sacrificios de su padre.

(2) Diego Mendoza Camargo, noble mestizo tlaxcalteca, dice en sus manuscritos, que, segun oyó contar á varios de los conquistadores españoles, Moctezuma fué bautizado poco antes de morir, siendo sus padrinos Hernan Cortés y Pedro de Alvarado. Sus palabras son las siguientes: «Mochos afirman de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de la muerte, pidió agua de bautismo é que fué bautizado y murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas y diferentes pareceres; mas como digo que de personas fidedignas, conquistadores de los primeros desta tierra de quien fuimos informados, supimos que murió bautizado y cristiano, é que fueron sus padrinos del bautismo Fernando Cortés y D. Pedro de Alvaro.» (Hist. de Tlaxcala, MS. No puede dudarse de que no es cierto lo dicho por Camargo. Si Moctezuma hubiera abrazado el catolicismo al morir, Hernan Cortés se hubiera apresurado á ponerlo en conocimiento de Cárlos V. Que murió en la religion azteca, es evidente, pues Bernal Diaz, que se hallaba allí, dice que, «el fraile de la merced, que siempre estaba con él, no le pudo atraer á que se volviese cristiano.» Fran

ıbian precedido, subió al trono con mas esplendor ni ır, ni ninguno tampoco murió mas humillado ni mas dido de sus propios vasallos.

o puede fijarse el pensamiento en la muerte de Mocma, sin que no experimente el alma un sentimiento ırofunda pena. Sabio y político, llegó á empuñar el ce-:on mano firme, y habia logrado aumentar con su sadiplomacia, la extension del imperio con provincias y blos del reino de Acolhuacan. Ningun rey fué obede- y reverenciado como él, en las naciones del Nuevo ndo. Su voluntad era acatada en todas partes. Su nom- pronunciado con respeto y veneracion. Era el árbitro, decirlo así, de los destinos de los pueblos del Anác. Nadie podia ni siquiera imaginarse que aquel pode- monarca, cuyo esplendor deslumbraba y ante el cual nobles y el pueblo se inclinaban al suelo sin atreverse irarle al rostro, temiendo cometer una profanacion, moa en una prision, herido por la piedra arrojada por un

Lopez de Gomara, dice que Moctezuma pidió el bautismo antes de la da de Pánfilo de Narvaez; pero que se difirió la ceremonia para la Pascua, de darla toda la solemnidad posible; mas que habiendo llegado en ese po la armada enviada por Velazquez, llegó á frustrarse, muriendo en sus ra. Lo que hay de cierto en lo que dice Gomara, es en que murió sin en-ea el gremio de la iglesia católica; pues por lo referente á que trató de izarse en la Pascua y se frustró por la llegada de Narvaez, está fuera de du-se por ese tiempo no habia llegado á Méjico la noticia de la flota enviada al gobernador de Cuba. El fraile franciscano español Juan de Torquemada «Monarquía Indiana,» desecha, como consejas, las noticias que hacen re-cia al bautizo, no encontrándolas combinables con el silencio que Cortés en sus cartas y con el de Alvarado, quienes hubieran dado á conocer nte aquel acontecimiento en que todos los españoles estaban in-

oscuro hombre de la plebe. Cuando en el pináculo de su grandeza proyectaba nuevas glorias para su imperio, estaba muy lejos de pensar en que se hallaba próximo un funesto cambio, en la marcha de los pueblos, y que con su persona terminaria, por decirlo así, la línea de los reyes aztecas. (1) Cuando subió al trono, se distinguió por su valor en nueve combates, en que mandó personalmente;. y cuando, con algunos mas años, comprendió que con la intriga conseguiria alcanzar aun ma sque con la violencia, prefirió la política á las armas. Estaba dotado de muy bellas cualidades, que se hallaban oscurecidas por otras que perjudicaban al pueblo. Era celoso de la buena administracion de justicia y dictó providencias acertadas relativas al conveniente arreglo de los tribunales. Espléndido y liberal, atendia á las necesidades de muchas familias pobres, y los graneros pertenecientes á la corona, se hallaban abiertas para socorrer al pueblo en las terribles calamidades producidas algunas veces por la falta de cosechas de maíz. Pero ese mismo amor á la justicia, degeneraba, con demasiada frecuencia, en crueldad, y su asombroso fausto, su magnificencia y liberalidad, pesaban sobre los pueblos á quienes tenia agobiados con impuestos que casi era impo-

(1) «De suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino á morir el desdichado rey; habiendo gobernado este Nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se puede imaginar, siendo el mas temido y reverenciado y adorado señor que en el mundo ha habido, y en su linaje, como es cosa pública y notoria en toda la máquina de este Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran señor se acabaron los reyes colhuaques y mexicanos, é todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad de su monarquía; y ansí no hay de quien fiar en las cosas desta vida sino en solo Dios.»—Camargo. Hist. de Tlaxcala. MS.

sible pagar. Fué escrupuloso en el cumplimento de sus deberes religiosos; y ese mismo celo, en no faltar á lo que juzgaba voluntad de los dioses, fué el que le hizo caer de la altura de su trono á la triste condicion de preso. Desde que llegaron á sus oidos las hazañas de los españoles, se persuadió que ellos eran los hombres anunciados por las profecías. Esta idea, que en él fué una conviccion firme, le obligó á no hacer uso de los numerosos ejércitos y grandes recursos de que podia disponer, y á que se sometiese con resignacion religiosa á declararse vasallo del monarca de Castilla. Creyó que cumplia con el mandato de los dioses, obsequiando los deseos de los hombres blancos, y pasó de su palacio á la prision, por no faltar al que juzgaba deber sagrado y de conciencia. No reconocia por orígen su permanencia en los cuarteles españoles, y el tratar de calmar la irritacion del pueblo contra ellos, esa falta de espíritu que se llama cobardía, sino el de acatar la voluntad de las veneradas deidades. Si forzoso es censurar su vacilante marcha y pusilanimidad desde que Cortés se presentó en sus dominios, preciso es disculparle, puesto que no dimanaban de su voluntad sino de su supersticion.

¡Cuántas veces, al contemplar sus heridas y verse execrado del pueblo, traeria á la memoria, con profunda tristeza, las lisonjeras palabras que en su coronacion le dirigió Nezahualpilli, el sabio rey de Texcoco! «El imperio Mejicano,» le dijo, «ha llegado á la cúspide del poder, pues tanto os ha dado el Criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran.»

La muerte de Moctezuma fué sentida por todos los españoles. Se habia manifestado constantemente franco y

liberal con ellos, y su amable trato, su afabilidad y moderacion, inspiró vivo cariño en el ejército. Desde C tés hasta el último soldado vertió lágrimas por su mue «pues todos los castellanos que le conocieron y tratar dice Bernal Diaz, «sintieron su pérdida como la de un riñoso padre.» (1)

Murió Moctezuma á la edad de cuarenta y cu años, despues de un reinado de diez y ocho. Su perso sus costumbres, sus modales y sus gustos quedan ya feridos. Dejó, de sus diversas mujeres, varios hijos. de éstos, uno varon y otro hembra que fueron bautiza entrando en el gremio de la iglesia católica, fueron fundadores de nobles casas de España. (2)

(1) «Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, é bres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tar rado fué como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar dello do que tan bueno era.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista, tulo CXXVI.

(2) Uno de ellos, del cual descendieron los condes de Motezuma y tomó, en el bautismo el nombre de Pedro Motezuma. Tuvo el emperador ca este hijo, de la princesa Miahuaxochitl, hija de Ixtlilcuechahuac, señ Tula. De otra de sus mujeres legítimas, tuvo á la princesa Tecuichpo q bautizarse, tomó el nombre de Isabel. Se casó siendo aun muy niña con s mo Guatemotzin; pero quedando viuda, se unió despues con un hidalgo ñol de los principales conquistadores de Méjico. Muerto el segundo m contrajo nuevas nupcias por dos veces. De ella descienden las dos nobili casas de Andrade Motezuma y de Cano Motezuma. Dejó el emperador otras dos hijas de su segunda mujer la princesa Acatlan. Tomaron, al zarse, los nombres de Leonor y María. Esta murió sin sucesion, y aque casó con Cristóbal de Valderrama, hidalgo español, de quien desciende milia de los Sotelos de Motezuma.

El señor Prescott dice en una nota de su apreciable «Historia de la co ta de Méjico,» que «es interesante saber, que un descendiente del emp azteca, D. José Sarmiento Valladares, conde de Montezuma, gobernó

Pocos momentos despues de haber espirado el monarca Moctezuma, envió Hernan Cortés dos ilustres prisioneros que habian presenciado la muerte del soberano, á que hiciesen saber el triste suceso al príncipe Cuitlahua, hermano del finado emperador. El caudillo español, guardando un respeto profundo á su memoria, permaneció al lado del cadáver con varios capitanes, triste y silencioso. El yerto cuerpo del monarca, fué cubierto con las vestiduras imperiales y colocado en un adornado féretro. Transcurrida una hora, Hernan Cortés ordenó que el real cadáver fuese llevado al campo enemigo, conducido dignamente en hombros de seis nobles mejicanos, y acompañado de varios sacerdotes aztecas que habian estado tambien presos, siempre al lado del monarca. La fúnebre comitiva salió de los cuarteles y se dirigió, en religioso silencio y vertiendo lágrimas, al sitio en que se hallaba el príncipe Cuitlahua. La vista del cadáver causó una impresion profunda en el pueblo. Unos se arrojaban en el suelo con desesperacion, otros inclinaban la cabeza sobre el pecho, fijando tristemente la mirada en el suelo; muchos daban espantosos alaridos para manifestar su pena, y todos lloraban y gemian. Aquí ensalzaban sus virtudes, allí su liberalidad; en unas partes se referian sus bondades; en otras sus desgracias.

Los sacerdotes y los nobles que condujeron el cadáver,

virey desde el año de 1697 al de 1701. los dominios de su bárbaro antecesor.» Pero hay en esto una equivocacion. No fué el virey D. José Sarmiento de Valladares, descendiente del emperador Moctezuma, sino que estuvo casado con Doña María Gerónima Montezuma, tercera condesa de Montezuma y cuarta nieta del emperador azteca.

mostraron las heridas que habia recibido al hablar á su vasallos, y manifestaron que ellas habian puesto términ á su vida.

Lloró la nobleza sobre el inanimado cuerpo de su rey lamentando su muerte, y lo condujo con la pompa debida á un sitio de la ciudad llamado por ellos Copalco. El cadáver se colocó sobre finas y bien labradas esteras, acompañado de sus nobles sirvientes, y se publicó con gran aparato su muerte, avisando á los nobles y caciques qu asistiesen á los funerales. Al presentarse los invitados, s procedió, como era costumbre, á vestir el cadáver, con l pompa que le correspondia. Quince ricos trajes de finísi mas telas de algodon, matizadas de variados colores, l pusieron uno sobre otro: adornaron su cuerpo con precic sas joyas de oro, plata y pedrería; una esmeralda que de bia servirle de corazon, le suspendieron del labio inferio colocaron sobre sus vestidos las insignias del dios en cuy templo habian dispuesto enterrar las cenizas, y cubriero su rostro con una valiosa máscara. Hecho esto, le cortaro una parte de la melena, y juntándola con otra, que le h bian cortado en su infancia, la guardaron en una precio caja, para perpetuar la memoria del difunto. Acto contin mataron al esclavo capellan, á cuyo cargo habia estado oratorio y todo lo perteneciente al culto, á fin de que el otro mundo le sirviese en el mismo empleo, y en s guida colocaron el cadáver del monarca sobre una pira maderas resinosas y aromáticas. Los sacerdotes, entonan religiosos cantos, aplicaron respetuosamente fuego á la p ra, y mientras ardia el real cadáver, con sus ricos vestidc insignias y armas, iban sacrificando varios esclavos d

finado emperador, y algunos presentados por los caciques. Recogidas las cenizas cuidadosamente, fueron sepultadas con suma reverencia, aunque no faltaron algunos hombres de índole perversa, que escarnecieron su memoria. (1)

La muerte de Moctezuma fué un golpe funesto para los españoles. Con ella vieron perdida la única esperanza de salvacion en la terrible tormenta de que estaban combatidos. Mientras vivió, acariciaban la creencia de llegar á un arreglo con su hermano Cuitlahua que estaba al frente del movimiento. Muerto, nada les quedaba sino la seguridad de verse combatidos noche y dia, sin descanso y sin tregua. Las palabras de Moctezuma podian, intercediendo por los españoles, alcanzar de su hermano, que les permitiese salir del país. Faltando su intercesion, se encontraban sin la única tabla que habian visto flotar en medio del naufragio en que se encontraban. (2)

(1) Antonio de Herrera se figura que Moctezuma fué sepultado en Chapultepec, porque hácia aquel sitio oyeron los españoles grandes lamentos y llanto. El historiador Solís, asegura que con efecto fué sepultado Moctezuma en el expresado sitio, donde estaba el sepulcro de los reyes. Pero sufre un error el Sr. Solís. No existia un punto determinado para sepultar á los reyes, y consta, como dice el entendido Clavijero, por la disposicion de los mejicanos, que las cenizas de Moctezuma fueron sepultadas en Copalco. Chapultepech, además, se hallaba á distancia de tres cuartos de legua de los cuarteles españoles, y era imposible que se pudiesen escuchar desde el palacio de Axayacatl, y mucho menos en medio del estruendo de las armas, los lamentos de los dolientes, si se hubiesen hallado en aquel sitio.

(2) Bastaria meditar en lo mucho que á los españoles les interesaba la vida de Moctezuma para desechar, como absurdo, lo dicho no por ninguno de los que se hallaron presentes á su muerte, sino por los que han escrito, guiados de agenos y sospechosos informes. Renunciando á lo que la razon dicta, y trastornando el hecho, culpan á los castellanos de la muerte de Moctezuma. Sahagun, dice que estos le mataron; pero sabido es que este historiador oyó la

Con efecto, apenas se extinguió la luz que les hacia vislumbrar un ténue rayo de consoladora esperanza, cuando rugió con mas furia la tempestad. Mientras una parte de la nobleza asistia á los funerales del finado monarca, otra, al frente de sus escuadrones, se arrojaba sobre los cuarteles españoles. Una horrible granizada de piedras y de flechas caia sin cesar sobre los sitiados, desde las azoteas inmediatas. «Pronto pagareis la muerte de nuestro soberano y el ultraje á nuestros dioses,» gritaban por todas partes los

noticia de los mismos mejicanos, quienes no querian pasar por regicidas. Que Moctezuma fué herido por dos pedradas y un flechazo, esto nadie lo niega, puesto que las heridas las recibió estando con sus nobles y sus ministros; que murió de la recibida en la cabeza, es tambien innegable; pues siempre se hallaron á su lado, sus leales servidores. Si hubiera muerto, como dice otro de los enemigos de Cortés, atravesada la ingle por la espada de un soldado español, no hubiera enviado el cadáver al campo enemigo, acusando á sus vasallos de haberle matado de una pedrada. Es extraño que el ilustrado escritor D. Manuel Payno, no haya rechazado en su «Compendio de la historia de Méjico,» escrita para los establecimientos de instruccion pública de la república mejicana, la especie referida. Cierto es que pone lo dicho por unos y por otros; pero creo que en los libros elementales seria muy conveniente no poner mas que lo que está admitido por cierto, porque habia pruebas irrecusables de ello. «Moctezuma,» dice el expresado señor Payno, «murió de resultas de las heridas, segun unos historiadores, y segun otros, los españoles le dieron de puñaladas antes de abandonar sus cuarteles, la Noche Triste, arrojando su cadáver á la calle.» Todo esto es inadmisible y lo rechaza, además de la verdad histórica, el buen criterio. Sabido es, que despues de la muerte de Moctezuma, siguió todavía la lucha por algunos dias. «Queriendo hablar á la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada tan grande,» dice Cortés, «que de allí á tres dias murió; é yo le fice sacar así muerto á los indios de los que estaban presos, é á cuestas lo llevaron á la gente, y no sé lo que dél hicieron, salvo que no por esto cesó la guerra.» Bernal Diaz se espresa así: «Y porque lo viesen cómo era muerto el Montezuma, mandó á seis mejicanos muy principales y los mas pápas que tenian presos que lo sacasen á cuestas y lo entregasen á los capitanes mejicanos... Y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban.»

guerreros aztecas. «La piedra del sacrificio os espera á todos, y pronto vuestros corazones serán presentados al venerado Huitzilopochtli.»

Nunca los cuarteles habian sido atacados con mas furia que en aquellos momentos. Varios escuadrones, conducidos por sus valientes capitanes, se lanzaron sobre la fortaleza, procurando poner fuego al palacio por varias partes. Los sitiados acudieron á los puntos amenazados, y aunque lograron rechazar á sus contrarios, no fué sin recibir graves daños y heridas. «En vano os defendeis,» exclamaban los de las azoteas: «El rey que hemos elegido, no es de corazon débil como fué el de Moctezuma, para que podais engañarle. No os cuideis de los funerales del último sino de vuestras vidas, que dentro de dos dias habrán terminado.» (1)

La noche llegó á poner tregua á la sangrienta lucha; pero no á tranquilizar el espíritu de los sitiados. Muerto el único que podia haber intercedido por ellos, comprendieron que era casi imposible salir de la ciudad ni resistir en ella por muchos dias. Los triunfos que en sus salidas alcanzaban, los continuos combates sostenidos á todas horas, rechazando al enemigo; el denuedo que mostraban en la lucha; los sacrificios que hacian; las fatigas y la constante vigilancia, eran inútiles. Cada dia aumentaban sus bajas y crecia el número de escuadrones contrarios: sabian que los puentes habian sido rotos; que las calles estaban corta-

(1) «Que ya tenian rey, y que no era de corazon tan flaco que le podais engañar con palabras falsas, como fué al buen Montezuma; y del enterramiento, que no tuviésemos cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ningunos de nosotros.»—Bernal Diaz.

das con anchas zanjas, y miraban como segura la hc
muerte que les esperaba delante de los monstruosos í
Los antiguos soldados de Cortés, acostumbrados
fatigas, á las privaciones y á una vida de sufrimiei
penalidades, veian cerrarse los horizontes, con tri
pero sin desmayar. Antes de entonces habian dac
perdida la vida, ofreciéndola, como dice Bernal Di
Dios y al rey;» y aunque temian la muerte, «porque
hombres,» segun el mismo veterano historiador, obed
gustosos á su valiente general, porque era el único á
juzgaban con genio y fortuna para vencer los obstá
No sucedia lo mismo con los soldados que habian pe
cido al ejército de Narvaez. Habian marchado de la i
Cuba, mas por las brillantes descripciones que habia
hacer de las auríferas regiones, clima y ciudades del
huac, que por afan de gloria y espíritu de aventura
todos tenian repartimientos en la isla y una decent
sicion social. Las lisonjeras promesas de Diego Vela
y la brillante y seductora pintura hecha del país, les
impulsado á formar parte en una expedicion que juz
sencilla. Cuando vencidos por Cortés, pensaron vol
sus lares, nuevas y seductoras descripciones del afor
do caudillo, hizo que le siguieran á Méjico. La p
riqueza, la felicidad y la gloria, las veian conver
desde que pisaron la ciudad, en guerra, en fatig
hambre, en sed, en heridas y miserias. Combatidos
suerte y no viendo otro porvenir que la horrenda m
que en la piedra del sacrificio les esperaba, lamentab
necia credulidad y comparaban la tranquila vida
campos de Cuba, con el continuo sobresalto y pelig

los cuarteles de Méjico. El despecho se apoderó de ellos al detenerse en estas reflexiones, y maldecian de Cortés, que les condujo al corazon de un poderoso imperio; del país en que no habian encontrado mas que sangre y miseria, y de Diego Velazquez que les indujo á que saliesen de la isla de Cuba donde vivian contentos y felices. (1)

La posicion de Hernan Cortés era entonces mas crítica que lo habia sido en los lances mas comprometidos en que se habia encontrado. Combatido con una decision indescriptible por los ejércitos aztecas, que amenazaban penetrar en los cuarteles á todas horas, y viendo á los soldados de Narvaez descontentos y casi en estado de insubordinacion, era de temerse que perdiera su aplomo y sangre fria. Cualquiera otro hombre en aquellas aflictivas circunstancias, hubiera titubeado en sus disposiciones. Hernan Cortés no desmintió en ellas su carácter ni su entereza. Los peligros y dificultades que á otro general le hubieran aterrado, quitándole la accion de obrar, amilanando su espíritu, aumentaban en Cortés la actividad para afrontarlos, el genio para combatirlos, y la energía para vencerlos. En Cortés se reunian las cualidades que pocas veces se reunen en un solo hombre: la calma para pensar; la actividad para obrar; el genio para crear; el valor y la perseverancia para dar cima á las empresas acometidas. En aquellos instantes supremos en que habia desaparecido

(1) «Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió; que bien pacíficos estaban en sus casas de la isla de Cuba; y estaban embelesados y sin sentido.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

el hombre respetado por los contrarios, no desmayó en nada su espíritu ni se ofuscó su mente. Midió con calma las dificultades que le rodeaban y meditó en los medios de vencerlas.

La permanencia en la capital era ya imposible. Los combates en medio de las calles y rodeados de agua y de trincheras, no podian producir ventaja decisiva, y sí sensibles bajas que no se podian cubrir jamás. El número de heridos era crecido, y se carecia de medicinas para curarlos. Pero lo mas terrible, lo mas angustioso era la falt casi completa ya de víveres. El hambre empezaba á sentirse ya, cuando era mas necesario el alimento para reponer las fuerzas y soportar la fatiga. Una mezquina racio de pan de maíz, era todo el sustento de aquellos hombre que estaban obligados á sostener una lucha constante desesperada. (1) Las municiones de guerra se hallaba casi agotadas; y era imposible defender por mas tiem un edificio incendiado, cubierto de ruinas, que nadie, si aquellos hombres de naturaleza de hierro, de constanc inquebrantable y de espíritu caballeresco, que formaban guerrero español de aquella época gloriosa para Españ podian haber defendido hasta entonces. (2) Pero aunq

(1) «La hambre era tanta, que á los indios no se daba mas de *una tortilla racion, y á los castellanos cincuenta granos de maíz.*»—Herrera. Hist. general.

(2) Prescott, al hablar de la defensa de los cuarteles, y pintar las críti circunstancias en que se encontraban sus defensores, dice: «seria imposi defender ya la plaza, que solo hombres de una constitucion de hierro y un mo como el de los españoles, podian haber defendido tan largo tiempo.»

El historiador mejicano Clavijero, se expresa en los términos siguien «No puede dudarse que los españoles parecian ser de fierro, pues ni cedian

hombres fuertes, eran al fin hombres, y tenian que desear verse fuera de las calles de aquella extensa y fuerte ciudad, llena de puentes levadizos, de cortaduras, de trincheras, de canales y de acequias que hacian casi imposible la salida. Los antiguos soldados de Cortés, sin embargo de anhelar el abandono de la poblacion, esperaban, sin quejarse, las disposiciones de su general, con la serenidad marcial que les distinguia, dejando al arbitrio de su valiente caudillo, cuyo talento, tacto y estrategia conocian, la determinacion que estimase conveniente, no dudando que seria la mas acertada. Pero no sucedia igual cosa con los que habian pertenecido á Narvaez. Estos, que no habian participado de las glorias y prosperidades de Cortés en las Indias, en que la fortuna le sonrió cariñosamente, pedian, con exigencia, que se dejase la ciudad, donde estaban acorralados como miserables reses en el matadero. (1)

El caudillo español, á quien no abandonó su presencia de ánimo en medio de las grandes dificultades que se aglomeraron en aquellos instantes, pasó gran parte de la noche meditando un medio de permanecer en la capital, y de librarse del cerco puesto por los ejércitos mejicanos. Salir huyendo de la capital, era perder en un solo dia todo lo que á costa de sacrificios, de batallas, de constancia y de

rigor de la hambre, ni á la necesidad del sueño, ni á la continua fatiga, ni á las heridas. Despues de haber empleado todo el dia en pelear con los enemigos, pasaban la noche enterrando los muertos, curando los heridos y reparando los males causados por los mejicanos durante el dia en el cuartel.»

(1) «Fuí requerido muchas veces que me saliese.»—Seg. carta de Cortés.

tiempo habia conquistado. Era presentarse derrota miserable ante el mundo entero; despreciable á los oj su rey, á quien habia hecho concebir grandes espera justificar las quejas de su rival Diego Velazquez, y a se el odio y las maldiciones de los que le habian seg Hernan Cortés no podia resignarse con ese amargo p nir que le presentaba su ardiente imaginacion. En r de la furiosa borrasca que le cercaba por todas par rugia sobre su cabeza, le alumbraba un rayo de espe que alentaba su espíritu. Una idea lisonjera llegó pronto á fijarse en su mente. Acariciado por ella, med plan que podia realizarla. Si lo conseguia, la estrella fortuna volveria á brillar con el mismo esplendor que de que se hubiese visto velada por la negra nube de la l El plan fué dejar libre, por un rumbo, la comunicacio tre los cuarteles y la campiña. Logrado el objeto, p recibir recursos de gente y de víveres de la repúbli Tlaxcala, de Cholula y de Huexotzinco. Entonces, batido el enemigo en el campo y la ciudad, se veria p sado á rendirse, y la conquista quedaba asegurada.

Hernan Cortés, halagado por el pensamiento que a ba de concebir, hizo que se trabajase aquella misma r en componer las máquinas ó ingenios de madera q hallaban maltratados, con objeto de salir al siguient á dar principio á sus operaciones.

La calle que habia elegido era la de Tacuba, únic conducia á la tierra firme, pues por todos los demás p se encontraba la laguna.

Con los primeros destellos de la luz del dia salió nan Cortés al frente de una fuerza respetable de espa

y de tlaxcaltecas, dejando en los cuarteles una guarnicion competente.

Ocho puentes tenia la calle de Tacuba antes de llegar á la tierra firme. (1) Todos se hallaban quitados, y el agua que corria por los sitios en que habian estado, era abundante, y ancho el espacio de una orilla á otra. Las máquinas de guerra, llamadas mantas, iban por delante. Segun iban avanzando, se arrimaban á los edificios; y mientras los escopeteros y ballesteros disparaban sus armas sobre los que defendian la calle, otros soldados, seguidos de los tlaxcaltecas, ponian fuego á las casas, obligando á los que las defendian á salir huyendo de ellas. Destruyendo y quemando edificios, llegaron los españoles al primer puente. En él se hallaban numerosos escuadrones mejicanos, parapetados detrás de una gruesa albarrada de adobe y tierra, colocada en la orilla opuesta. Al aproximarse los castellanos fueron recibidos con una lluvia de flechas y con una tempestad de piedras, arrojadas de las azoteas, que iban á dar sobre las máquinas. Mientras éstas se arrimaban á los edificios, los cañones desbarataban las trincheras, y á la vez que las casas ardian, los españoles se apoderaban de la albarrada, aunque no sin recibir graves daños.

Cada puente que se ganaba era cegado con los adobes, tierra y piedra de la fortificacion, dejando seguro el paso. Cuatro fueron los puentes que se llegaron á tomar y cegar aquel dia, habiendo tenido que sostener en cada uno, un recio combate.

(1) «Aunque hasta llegar á ella habia ocho puentes muy grandes y hondos.»—Segunda carta de Cortés.

Para no perder lo ganado, á costa de bastante san; Cortés, al llegar la noche, dejó custodiados los puen con bastante gente, y él volvió á los cuarteles, cont del éxito alcanzado. Nuevos combates y nuevos incen presenció la luz del siguiente dia. La fortuna favor tambien al caudillo español, y los otros cuatro pue fueron tomados. Una parte de la caballería, persigu los mejicanos hasta la tierra firme. Hernan Cortés, c tento de la victoria, que le proporcionaba la maner realizar el pensamiento que habia concebido, pero q nadie llegó á comunicar, se ocupaba en hacer cega puentes ganados. En aquellos momentos llegaron del c tel algunos españoles. Les preguntó el general si oc alguna novedad, y le contestaron que sí; aunque la n dad era agradable. Entonces le dijeron, que los jefes a cas que ocupaban los puntos próximos á los cuarteles licitaban la paz y que le esperaban los principales celebrar un convenio. Hernan Cortés marchó sin pé de momento á los cuarteles, sin que le acompañasen que dos de á caballo. Los nobles aztecas que le espera le saludaron afectuosamente. Tomó la palabra uno de en nombre de todos. Manifestó que estaban dispues celebrar la paz, si se les prometia que nadie seria cas do por las hostilidades pasadas. Siendo así, ellos h que se levantase el sitio puesto á los cuarteles, se co sen los puentes que habian sido quitados, se compus las calzadas y se reconociese como soberano al monar Castilla. Los parlamentarios suplicaron en seguida permitiese que fuese con ellos uno de los sacerdotes l prisionero en la toma del *teocalli*, que era el princi

los ministros del templo. De esta manera, añadieron, los sacerdotes acatarán la voz de su superior, y nada se opondrá á la realizacion de nuestro deseo. (1)

De acuerdo Hernan Cortés en todo, puso en libertad al sumo sacerdote, que se alejó en compañía de los parlamentarios. La satisfaccion del caudillo español era intensa. Veia próximo el premio de su constancia y de sus peligros. El país volveria á la obediencia; sus servicios serian premiados liberalmente por el rey; las promesas de ventura hechas á sus soldados se realizarian, y su nombre viviria en la historia con el brillo correspondiente á los héroes.

Acariciando estas halagadoras esperanzas, entró en la fortaleza, y se sentó á comer. Casi en el mismo instante se presentaron sudando y en la mayor agitacion, algunos soldados de los que dejó en los puntos ganados aquella mañana. Las noticias que le dieron, llegaron á destruir las gratas ilusiones concebidas hacia un momento. Los aztecas habian vuelto á apoderarse de los puentes perdidos pocas horas antes: numerosos batallones combatian contra los que defendian los demás puntos, y varios españoles habian sido muertos en la lucha. Hernan Cortés montó á caballo en el instante: conoció que el parlamento de los jefes aztecas, proponiendo la paz, habia sido un ardid para salvar al sumo sacerdote y adormecer su vigilancia. Dis-

(1) «Los cuales me dijeron que si yo les aseguraba que por lo hecho no serian punidos, que ellos harian alzar el cerco y tornar á poner las puentes y hacer las calzadas y servirian á V. M., como antes lo facian. E rogáronme que ficiese traer allí uno, como religioso, de los suyos, que yo tenia preso, el cual era como general de aquella religion.»—Seg. carta de Cortés á Cárlos V.

gustado de su credulidad y deseando reparar el daño s
frido, voló al sitio del peligro, seguido de algunos ginet
Comprendiendo toda la importancia de la posesion de l
puentes, acometió con indecible ímpetu á los escuadron
aztecas, y destrozándolos y poniéndolos en precipitada f
ga, volvió á recobrar todos los puentes, persiguiendo á l
contrarios hasta la tierra firme.

Pero mientras él y la caballería sembraban el terror e
los fugitivos, la infantería, que se habia quedado cegan
uno de los principales puentes, se vió acometida por nu
merosos batallones que salieron de las encrucijadas y
las canoas que acudieron por uno y otro lado. Los soldad
rendidos de fatiga, faltos de alimento, heridos casi tod
y acosados por la muchedumbre de guerreros, se vier
precisados á dejar tres puentes, procurando resistir en
primero que se ganó aquel dia, y que era uno de los m
anchos.

La lucha era terrible. Una horrible granizada de da
dos, de piedras y de flechas, sonaba sobre los escudos
los españoles, y millares de lanzas y de macanas dirigi
sus golpes al pecho y á la cabeza.

Entre tanto que unos escuadrones combatian á la infa
tería, otros se ocupaban en ahondar aun mas los puen
que habian quedado abandonados y casi cegados.

Ignoraba Cortés lo que habia acontecido, y cuando v
via para reunirse con sus compañeros, se encontró con
puentes en poder del enemigo y corriendo el agua c
fuerza y abundancia. Una descarga de flechas, arrojada
los flancos, del frente y de la retaguardia, cayó sobre
ginetes y los caballos, hiriendo á unos y silbando otras

los oidos de los valientes caballeros, para caer á corta distancia de ellos. El peligro era· inminente. El pequeño escuadron de caballería, luchando como héroes, logró pasar dos puentes, logrando vencer todas las dificultades.

Los escuadrones aztecas seguian á los ginetes fugitivos, lanzando horribles alaridos y una nube de dardos sobre ellos. Hernan Cortés se detenia, con frecuencia, á dar frente á los perseguidores, siendo el último en llegar al sitio de retirada. Acosados siempre por los batallones aztecas, que por tierra y agua les enviaban un diluvio de armas arrojadizas, llegaron al puente mas ancho, que los indios habian roto. El canal era allí bastante profundo y centenares de canoas, cubiertas de guerreros, ocupaban las acequias de ambos lados. El paso era difícil, y los mejicanos cargaron allí considerables fuerzas sobre los fatigados ginetes, con objeto de hacerles prisioneros, juzgando imposible que los caballos pudieran salvar la distancia que habia de una orilla á la otra. No se equivocaron. Los corceles iban fatigados y cubiertos con su armadura; y los ginetes que trataron de dar el salto, cayeron al canal con sus caballos. Otros desmontaron y buscaban algunas vigas para colocarlas y cruzar por ellas, y uno cayó á tierra al tropezar la cabalgadura en los escombros de la destruida trinchera, quedando suelto y espantado el corcel. Un incesante aguacero de flechas y de piedras caia entre tanto sobre ellos, arrojado de las acequias que orillaban la calle y que estaban llenas de canoas con numerosos guerreros aztecas. Hernan Cortés, que marchaba defendiendo la retaguardia y que llegó poco despues, viendo que si no detenia á los contrarios, perecerian sus compañeros, volvió

sobre los enemigos, acometiéndoles él solo con furia espan tosa. Sosteniendo aquella lucha desigual, y derribando á cada vuelta de su brioso corcel varios contrarios, y atropellando á otros, dió lugar á que los compañeros pudieran pasar felizmente. (1) Cortés, segun dice un historiador antiguo, emulaba en aquel instante, combatiendo él sol contra numerosos enemigos, el heróico hecho del intrépid romano Cocles. (2)

Los escuadrones aztecas cargaron sobre él, por todas pa tes, al verle solo; y mientras los que habian pasado el de trozado puente se alejaban acosados por los guerreros, q de uno y otro lado del camino disparaban sus flechas piedras, Cortés luchaba desesperadamente. Se hallaba e medio de un océano de gente que anhelaba hundirle ba su peso y hacerle prisionero. Apoderarse del general, ju gaban como el término de la lucha y la rendicion de tod los hombres blancos. Los alaridos de guerra y los grit de alegría de los escuadrones mejicanos, se escuchab desde largas distancias. Veian guerrear con denuedo hombre que habia salido vencedor en cien combates; pe abrigaban segura confianza de que entonces eran inúti

(1) «Y cuando llegué á la postrera puente de hácia la ciudad, hallé á tod los de á caballo que conmigo iban, caidos en ella, y un caballo suelto. Por m nera que ya no pude pasar, y me fué forzado de revolver solo contra mis en migos, y con aquello fué algun tanto de lugar para que los caballos pudies pasar.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo desta jornada de Oracio Cocles, que se tocó de suso, porque con su esfuerzo é lanza sola á tanto lugar, que los caballos pudieron pasar, é hizo desembarazar la puente pasó, á pesar de los enemigos, aunque con harto trabajo.»—Oviedo. Hist. las Ind.

los sus esfuerzos. Su retirada se hallaba cortada por el destrozado puente, y á sus flancos corrian dos canales, cubiertos de canoas llenas de guerreros. Hernan Cortés, despreciando el peligro y calculando la anchura del canal, arremetió á los que le acosaban por la retaguardia, persiguiéndoles unas cuantas varas. Entonces, volviendo de repente hácia el roto puente, arrimó las espuelas á su brioso corcel, y dándole toda la velocidad posible, salvó de un salto el canal que media seis piés de ancho, recibiendo una terrible granizada de piedras y de flechas que sonaban, con ruido espantoso, en la armadura del caballo y del ginete. (1)

La tardanza del general tenia sobresaltados á los españoles. Temian que hubiese perecido. Pronto corrió la voz, por toda la ciudad, de que habia muerto, dada sin duda por los mejicanos. La consternacion se apoderó de los castellanos con aquella noticia, mientras en el campo azteca produjo una indescriptible alegría. (2)

(1) Ha sido ponderado de todos este salto, por la circunstancia de la pesada armadura del corcel y del caballero. Algunos dudaban de que hubiese podido darlo; pero no hay duda del hecho. Hernan Cortés en su segunda carta, dice al rey: «Y pasé aunque con harto trabajo, porque habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo, los cuales, por ir yo y él bien armados, etc.» Oviedo, que habló con muchos de los soldados de Cortés, dice: «Y segun yo he entendido de algunos que presentes se hallaron, demás de la resistencia de aquellos, habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo, sin le faltar muchas pedradas de diversas partes é manos, é su caballo bien armado no los hirieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron.»—Hist de la Ind. MS.

(2) «Y por la una parte y por la otra de toda la calzada llena de gente, así en la tierra como en el agua, en canoas; la cual nos garrochaba y pedreaba en

En aquellos momentos se presentó Hernan Cortés á los suyos, cubierto de sudor y de polvo. El placer que causó su presencia no tenia límites. Habia recibido muchas y fuertes contusiones en la tempestad de armas arrojadizas, descargadas de todas partes durante el combate; pero no contaba ninguna herida.

La jornada de aquel dia no produjo ningun bien, y sí bastantes daños á los españoles. Habian ganado á fuerza de sacrificios y de fatigas, los últimos cuatro puentes; pero volvieron á perder tres, sufriendo graves pérdidas. Hernan Cortés se encontraba dueño de cinco puentes; pero aun estos podia llegarlos á perder al siguiente dia, segun estaba de cansada y herida toda su gente. Entonces vió que era imposible realizar el plan que habia concebido de mantener libre la comunicacion entre la campiña y la ciudad. Salir de esta lo mas pronto posible, era indispensable.

El caudillo español, ocultando su pensamiento por aquel instante, para no alarmar el espíritu del soldado, ordenó que permaneciese una fuerza respetable, guardando los cinco puentes ganados, y se dirigió en seguida á los cuarteles, á fin de dictar algunas providencias importantes.

Su primer paso fué mandar hacer inmediatamente un puente de madera, bastante fuerte, por el cual pudiera pasar los cañones y la caballería con toda seguridad. Cuarenta hombres habian de conducir el puente á los sitios necesarios.

tanta manera, que si Dios misteriosamente no nos quisiera salvar, era imposible escapar de allí, é aun ya era público entre los que quedaban en la ciudad que yo era muerto.»—Seg. carta de Cortés.

En seguida convocó á todos los capitanes á una junta de guerra.

Era preciso abandonar la preciada joya que habia acariciado como suya, y salir fugitivo de donde habia entrado como señor.

¡Incomprensibles caprichos de la fortuna!

CAPÍTULO XV.

Hernan Cortés celebra una junta de guerra.—Se resuelve el abandono de la ciudad.—Se emprende la salida.—Noche triste.—Terrible matanza.

1520. Julio. Los principales capitanes de Cortés y varios de los soldados á quienes, por su capacidad, se les daba lugar en las juntas, acudieron inmediatamente á la sala, en que les esperaba el general. El jefe castellano les manifestó la resolucion que habia tomado de abandonar la ciudad, y les dijo que les habia llamado para que deliberasen sobre el tiempo y modo de verificar la salida.

Tratóse primero del punto por donde seria mas conveniente emprender la salida de la ciudad, y todos opinaron

que debia verificarse por la calzada de Tlacopan (Tacuba). Era la única que no estaba destruida, y llegando á ella, solo tenian que andar dos millas para poner el pié en la tierra firme. Cierto es que por allí era mas largo el camino para llegar á la república amiga de Tlaxcala; pero, en cambio, era probable que se hallase menos defendido.

No hubo la misma uniformidad de parecer respecto de la hora en que debia verificarse la salida. Unos opinaban que fuera de noche, y otros de dia. Apoyaban sus razones los primeros, en la costumbre observada por los ejércitos aztecas de no combatir despues de puesto el sol. Aprovechándose, por lo mismo, de la poca ó ninguna vigilancia que tenian durante la noche, podia el ejército, obrando con actividad y precaucion, atravesar las calles de la ciudad, y aun la calzada, antes de que los aztecas hubiesen advertido su movimiento. Fuera una vez de aquellos pasos que eran los mas peligrosos, podrian retirarse mas fácilmente, deteniéndose en los puntos ventajosos que encontrasen en el camino, proveyéndose en ellos de los víveres necesarios.

Los que opinaban porque se verificase de dia la salida, decian que era la única manera de mantener la union y el buen concierto, en el caso de que fuesen sentidos y atacados. La noche, si acontecia la desgracia de ser sentidos, lo cual era muy fácil, daria á los mejicanos grandes ventajas, pues conocedores de la ciudad, de sus calles y de sus encrucijadas, les acometerian por donde menos eran esperados, introduciendo el desórden y la confusion. En caso de un conflicto, no podrian auxiliarse mútuamente, puesto que cada cual ignoraria á dónde debia acudir.

Hernan Cortés escuchaba las razones expuestas por unos y otros sin emitir su opinion, aunque interiormente se inclinaba al parecer de los primeros. La noche que puso fuego á centenares de casas de las próximas calles del cuartel, lo habia hecho sin ser sentido de sus contrarios; sin haber tenido ni un solo herido. Comprendia la fuerza de las razones de los que sostenian las ventajas que presentaba la luz del dia; pero confiaba en pasar los puntos peligrosos, antes de que los mejicanos pudiesen acudir con sus numerosos escuadrones, que de noche descansaban. Acaso influia en afirmarle en aquel parecer, la opinion emitida, hacia cuatro dias, por un soldado llamado Botello, hombre dedicado á la nigromancia, en la que habia adquirido bastante celebridad en el ejército, por haber vaticinado varios sucesos que por casualidad se realizaron. Segun el profético sentir del nigromántico, la salida debia verificarse aquella misma noche. Dijo que habia consultado la posicion de ciertos astros; y que era segura la muerte de todos, si se emprendia la salida antes de que apareciese la luz del nuevo dia. Era, Botello, segun dice Bernal Diaz, persona honrada y de talento; poseia el latin y habia viajado por Roma, donde estuvo algun tiempo. (1)

Hernan Cortés, bien porque no estuviese exento de la

(1) «Y demás desto estaba, con nosotros, un soldado que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y habia estado en Roma, y decian que era nigromántico, otros decian que tenia familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello habia dicho cuatro dias habia, que hallaba por sus suertes y astrologías, que si aquella noche que venia no saliamos de Méjico, y si mas aguardábamos, que ningun soldado podria salir con la vida.»—Bernal Diaz del Castillo.

preocupacion general de la época en que vivia, ó bien porque juzgando favorable la oscuridad, quisiese infundir confianza en los soldados eligiendo la hora que habia recomendado el vaticinador, determinó abandonar la ciudad aquella misma noche.

Resuelta la salida, mandó Cortés sacar todo el oro y joyas que estaban guardados en una pieza, donde se hallaba así lo perteneciente á la corona como al ejército. Cuidadoso de salvar el quinto que le correspondia al soberano, lo entregó á los oficiales de su majestad, dando las cabalgaduras necesarias para conducirlo. Todas las demás riquezas que constituian el tesoro, quedaban abandonadas por carecer de medios de transporte. El oro, la plata, las piedras preciosas y las ricas alhajas que habian sido buscadas como el premio de las fatigas y de los peligros, quedaban esparcidas en el suelo como despreciables objetos sin valor. Hernan Cortés, viendo que los ojos de algunos soldados se fijaban con interés en aquellos deslumbrantes montones de oro, que era preciso dejar abandonados, dijo á los oficiales y á la tropa, que podian tomar lo que gustasen; pero les aconsejó que no llevasen mas que aquello que no les pudiese estorbar el manejo de las armas ni la fácil marcha.

Los soldados que habian pertenecido á Narvaez, aprovechando la licencia, pero sin atender al consejo, tomaron cuanto les era posible llevar. No sucedió lo mismo con los veteranos de Cortés. Sabian las dificultades que presentaban las luchas con los indios y lo necesario que era estar ligero y expedito para acudir á todas partes con la velocidad del rayo. No faltaron algunos, sin embargo, que imitaron á los de Narvaez; pero fueron muy pocos. La mayor

parte se contentó con tomar algunas piececitas de poco peso, aunque de estimacion entre los nativos, con el fin único de proporcionarse el preciso alimento. Bernal Diaz, cauto como sus antiguos compañeros, que, como él dice, «no codiciaba el oro, sino salvar la vida, porque la tenian en gran peligro,» solo tomó cuatro piedras *chalchihuis,* que las colocó fácilmente dentro del peto. (1)

Entregado el quinto de la corona á los empleados reales, Hernan Cortés dispuso el órden en que debia marcharse. Dió la vanguardia, que constaba de doscientos infantes y veinte de caballería, al cumplido caballero Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y á otros distinguidos capitanes. Del centro se hizo cargo el mismo Cortés, con quien marchaban Alonso de Avila, Cristóbal de Olid, Bernardino Vazquez de Tapia, algunos oficiales mas, y una fuerza igual de infantería á la de la vanguardia. La retaguardia se confió á Juan Velazquez de Leon y Pedro de Alvarado. Llevaban á sus órdenes cien soldados de los antiguos veteranos y el resto de los de Narvaez. Las tropas tlaxcaltecas fueron repartidas, en igual número, en los tres cuerpos de ejército, así como los de Cholula y las de Cempoala.

De la gente que conducia el puente volante, así como

(1) «Muchos soldados de los de Narvaez, y aun algunos de los nuestros, cargaron dello. Yo digo que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida; porque la teniamos en gran peligro; mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba, cuatro chalchihuis, que son piedras muy preciadas entre los indios.»—Bernal Diaz.

de la colocacion de éste, iba encargado un oficial llamado Magarino.

Los caciques y señores que tenia presos Hernan Cortés, entre los cuales se contaban el destronado rey de Texcoco Cacamatzin, el señor de Tlatelolco y otros jefes principales, fueron colocados en las últimas filas del centro, lo mismo que un hijo y dos hijas de Moctezuma, que habian vivido con él durante su permanencia en los cuarteles. (1)

Era cerca de la media noche del 8 de Julio de 1520, cuando el ejército español, despues de encomendarse á Dios y pedirle su proteccion, emprendió silenciosamente su marcha. (2)

(1) «Me salí lo mas secreto que pude, sacando conmigo un hijo y dos hijas del dicho Muteczuma, y á Cacamacin, señor de Aculuacan: y al otro su hermano, que yo habia puesto en su lugar, y á otros señores de provincias y ciudades que allí tenia presos.»—Seg. carta de Cortés.

(2) Bernal Diaz dice que fué la salida el 10 de Julio. «E fué nuestra salida huyendo el 10 de Julio;» pero como luego pone que la batalla de Otumba se dió el 14 del mismo mes, y desde Méjico al sitio del combate tardaron seis dias, segun se ve por la relacion de Cortés, debo suponerse que el editor puso 10 en lugar de 8. El Sr. Clavijero, Prescott y algunos otros, creen que la salida fué el 1.° del expresado mes, fundándose en que Hernan Cortés dice en su segunda carta, que el 8 llegaron á territorio tlaxcalteca. Pero segun mi creencia, el error está en la edicion hecha de las cartas, pues respecto de números, los editores los trastornaron varias veces. Ya hemos visto que al hablar de la fuerza que dejó con Alvarado en los cuarteles al ir á batir á Narvaez, pone que ascendia á 500 hombres, esto es, á mas de lo que era todo el ejército, siendo así que Cortés puso 140. Hay razones para creer que la salida no fué antes del dia 8. La entrada de Cortés en Méjico, despues del triunfo sobre Narvaez, fué el 24 de Junio: al siguiente dia empezaron los ataques, que duraron hasta la noche del 26. Esta y el 27 se ocuparon en hacer las máquinas, sin salir de los cuarteles. Moctezuma se presentó al pueblo en ese mismo dia 27, si queremos llevar sin descanso los acontecimientos: murió, segun dice Cortés, á los tres dias; esto es, el 30, ó el 1.° de Julio. Despues de los funerales, siguieron varios dias de

Ocho meses hacia que habia ocupado, lleno de risueñas ilusiones, aquellos cuarteles, de donde entonces salia fugitivo, silencioso y abandonando los tesoros adquiridos á costa de imponderables privaciones, peligros y trabajos.

La noche estaba oscura y lluviosa. Las azoteas de los edificios, los terrados del alto templo que se destacaba junto á los cuarteles, como un fantasma fatídico, la plaza y las calles se hallaban sin un solo centinela azteca. No esperaban los mejicanos que el enemigo abandonase los cuarteles en medio de la lluvia y de la oscuridad, y se habian puesto al abrigo del agua.

El principio se presentaba favorable, y los españoles y los aliados se iban alejando sin ser sentidos de sus contrarios. Sin pronunciar una palabra y acelerando el paso, tomaron la calle de Tacuba, teatro, hacia dos dias, de sangrientos y terribles encuentros. Los soldados que marchaban de descubierta, dirigian la vista á todas partes, para

combates, segun se desprende así de las cartas de Cortés y de la historia de Bernal Diaz. Las fechas puestas por éste, están todas de acuerdo, y por ellas se ve que la salida no fué antes del dia 8. Cuando habla del combate en que se estrenaron las máquinas de guerra, dice: «Si siempre muy bravamente habian peleado los doce dias pasados.» Luego esa accion, estando aun en los cuarteles, fué el dia 6 de Julio, dos antes de salir. Podia haber equivocacion en una fecha; pero cuando todas armonizan, no se puede dudar de ellas. Solamente la construccion de las máquinas de guerra, debieron ocuparles varios dias, atendido su trabajo, los pocos carpinteros que tenian, y la necesidad de estar combatiendo. «Por algunos dias, dice Prescott, empleáronse sus operarios en construir unas máquinas de guerra.» Habiéndolas, pues, empezado el 27, no pudieron estar acabadas en menos de tres ó cuatro dias: esto es, el 30 de Junio ó 1.° de Julio: y como despues de terminadas siguieron todavía muchos dias de combate y de estar á miserable racion de maíz, resulta que la salida debió ser el 8 de Julio.

ver si descubrian alguna avanzada enemiga ó algunos vigilantes, colocados entre las casas situadas entre los canales que orillaban el rumbo que seguian. Todo era soledad; y cuando creian percibir, entre los edificios, el bulto de un espía que observaba los movimientos del ejército, no encontraban, al acercarse, mas que un trozo de viga ennegrecido, perteneciente á una de las muchas casas que el fuego habia destruido.

La ciudad se hallaba entregada al sueño. Nada interrumpia el silencio que en ella reinaba, sino el imperceptible ruido producido por la pisada del descalzo tlaxcalteca y la ligera alpargata del soldado español, no sobre un piso empedrado, sino de blanda tierra. La artillería, llevada en hombros de los indios, y los caballos pisando en terreno fangoso, no producian mas ruido que la infantería, y aun ese leve ruido quedaba ahogado por el que producia la abundante lluvia que sin cesar caia.

Siempre apercibidos para el combate, sin despegar los labios y con las precauciones del que combate con un enemigo astuto, caminaron, sin tropiezo, hasta el sitio que hoy lleva el nombre de Puente de la Mariscala, donde se hallaba la primera cortadura. La calle estaba solitaria, y los españoles colocaron su puente portatil sin ser molestados. La lluvia continuaba, y esto acaso hacia que los mejicanos no vigilasen los puentes que tenian cortados. La vanguardia, con su valiente capitan Gonzalo de Sandoval, pasó, continuando su marcha lentamente, para no separarse mucho del resto del ejército y avanzar con el mismo silencio. Siguió Cortés con su division del centro, y por último empezó á pasar la retaguardia.

En aquellos momentos se escuchó el sonido de algunos caracoles marinos y de otros instrumentos de guerra, llamando á las armas á los aztecas.

Los españoles habian sido descubiertos. Algunos indios que cruzaban en una canoa á corta distancia, corrieron á dar el grito de alarma. Los sacerdotes, saliendo al átrio superior de los *teocallis,* unian el tañido de sus trompetas, á los de los caracoles marinos de los guerreros. Pronto se vieron los españoles acometidos por agua y tierra por numerosos escuadrones aztecas, que lanzaron sobre sus contrarios una tempestad de piedras y de flechas, en medio de horribles alaridos. Agobiados los castellanos por la multitud de contrarios que desde las canoas y la calle les combatian, se afanaban por pasar el puente, sin poder hacer uso de sus armas para defenderse. Los mejicanos, para quitarles todo punto de salvacion, cargaron en prodigioso número á levantar el puente, hiriendo y matando á los pocos de la tercera division que habian pasado. Quisieron algunos ginetes ir en auxilio de los compañeros que defendian el paso; pero resbalando los caballos en las mojadas tablas, cayeron al canal con los ginetes, tirando el puente, que fué quitado en el acto por los indios. (1) El terror se apoderó entonces de los que no habian pasado. Todos procuraban ser los primeros en ganar la orilla, y se arrojaban al agua unos tras otros, en horrible confusion, ahogándose muchos bajo el peso de los compañeros que

(1) «Como llovia, resbalaron los caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caida y quitada.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista, cap. CXXVIII.

trataban de pasarles. Los lamentos de los heridos y los gritos de socorro de los que pugnaban por salir del canal, se mezclaban con los alaridos de alegría, lanzados por los guerreros aztecas y con el choque de las armas de los que combatian tratando de abrirse paso por entre la multitud. Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon, desafiando el peligro, acudian á todas partes, haciendo frente á los escuadrones enemigos, mientras pasaban el canal sus compañeros.

Entre tanto, la division de vanguardia y la del centro, se habian detenido á la orilla de la segunda cortadura que se hallaba enfrente á donde hoy se encuentra San Hipólito. Los escuadrones mejicanos habian cargado allí en número considerable y con ímpetu indecible. Los castellanos, atacados por el frente, por los flancos y por la espalda, esperaban con ansia la llegada del puente portatil para pasar el ancho canal. En los momentos mas aflictivos, recibieron la fatal noticia de que habia quedado caido en el primer foso. La fatal nueva llenó de consternacion al ejército entero. La retirada se veia cortada, no solamente por millares de escuadrones contrarios, sino por un ancho canal, en cuya orilla serian hechos prisioneros para ser conducidos al sacrificio. No le quedaba á cada uno mas recurso que buscar la salvacion en su propio esfuerzo, luchando contra el agua y los hombres, hasta abrirse paso ó morir. Aglomeradas las fuerzas en aquel punto, sin poder tomar á la izquierda ni á la derecha de la calzada, porque por ambos lados les cortaba el paso la laguna, cubierta de canoas llenas de guerreros, apenas podian moverse, y sufrian mortíferas descargas de flechas y de

piedras que causaban terribles estragos. Perdida con el peligro, la subordinacion, y no obedeciendo cada cual sino al sentimiento de su propia conservacion, se dirigieron en tropel hácia la cortadura para pasarla á nado. Los escuadrones aztecas, al notar el desórden y confusion que reinaba, les acometian con sus lanzas y sus terribles macanas, causando considerables estragos; y cuando eran acometidos, se refugiaban á sus canoas, de donde disparaban una nube de flechas sin poder ser ofendidos. El número de batallones mejicanos aumentaba por momentos; y arrojándose como un torrente sobre sus contrarios, ya desorganizados, lograban en cada acometida, arrastrar consigo á los que se hallaban próximos á las orillas del lago, conduciéndolos en sus canoas á la piedra de los sacrificios. Las desordenadas filas españolas, anhelando llegar al canal para cruzarlo, empujaban á los de adelante, atropellando á los heridos y derribando á los menos ligeros. Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz y otros capitanes, se arrojaron al agua seguidos de sus soldados. Los primeros pasaron, unos nadando, otros montados, y no pocos soldados, agarrados á la cola de los corceles. Pero mientras los que habian logrado salir á la orilla, emprendian un sangriento combate con los escuadrones mejicanos que estaban en el opuesto lado, otros quedaron ahogados, acometidos por los guerreros que cruzaban el canal en sus ligeras canoas.

A medida que se arrojaban al canal para pasarlo, se aumentaba la confusion y la mortandad. Los que se juzgaban libres al llegar á la orilla y se afianzaban en ella para subir, sentian descargar el terrible golpe del *maquahuitl* que

les cortaba las manos, obligándoles á caer sobre el lago, mutilados y desangrándose. Pero esto no detenia á los demás que anhelaban salvarse y que cruzaban nadando el ensangrentado canal, logrando unos salir de él, y aumentando otros el número de las víctimas que flotaban en sus enrojecidas aguas. No quedaba otro medio, sin embargo, que elegir, y cada instante que transcurria se hacia mas difícil la salvacion. Los escuadrones mejicanos acometian cada vez con mas furia á la desorganizada infantería, hiriendo á unos soldados y matando á otros.

Pronto se aumentó la confusion con la gente que se habia salvado en el primer puente y que llegaba perseguida y acosada por sus contrarios, dejando abandonados á los heridos, que eran llevados á las canoas para conducirlos al altar del sanguinario Huitzilopochtli. Aterrados de espanto los fugitivos y atropellando á los que estaban delante, se precipitaron al foso, que pronto se llenó de cadáveres y de caballos muertos que impedian nadar á los que detrás marchaban, sobre los cuales clavaban sus lanzas y descargaban su macanas los aztecas que combatian desde las canoas. La artillería, los bagajes, los pertrechos de guerra, las indias de servicio, los nobles indios presos, los aliados tlaxcaltecas, los infantes, los ginetes, todo cayó en aquel ancho canal, sobrenadando los cuerpos de los ahogados, formando, por decirlo así, un pavimento flotante de cadáveres, que fué creciendo casi hasta llenar el foso, dejando ya un sólido paso á los que detrás marchaban. (1)

(1) «Por manera que aquel paso y abertura de agua, presto se hinchó de caballos muertos y de los caballeros cuyos eran, que no podian nadar, y mata-

Aquella era una horrible carnicería. Una escena de sangre y de horror; de lamentos y de gritos de guerra; de invocaciones á Dios y de maldiciones á los hombres. Aquí se escuchaba el clamor de un moribundo cristiano, implorando el favor de la Vírgen en su agonía; allí la voz de «socorro,» de los que se ahogaban; mas lejos el grito de «favor,» de los prisioneros que llevaban en las canoas para sacrificarlos; y por donde quiera, ayes, lamentos, súplicas al cielo y á los santos, mezclados con el ruido de las cortantes espadas de los que pasaban y que se lanzaban furiosos sobre los aztecas que se oponian á su paso. (1) Entonces podian morir matando, y se batian como leones, porque de su esfuerzo dependia su vida. Notable se hizo en aquellos momentos una mujer española, esposa de uno de los soldados castellanos. Se llamaba María de Estrada, y desde que empezó la lucha en el primer puente, tomó la espada y la adarga de uno de los soldados que cayó muerto,

ban muchos dellos y de los indios tlaxcaltecas é indias naborias (de servicio), y fardaje y petacas y artillería; y de muchos que se ahogaban, ellos y los caballos: y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban y metian en las canoas, que era muy grande lástima de lo ver.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la Conq. Cap. CXXVIII.

«Por la gran priesa que daban de ambas partes de el camino, comenzaron á caer en aquel foso, y cayeron juntos, que de españoles, que de indios y de caballos, y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagaje quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos.»—Sahagun. Hist. de la Nueva España, MS.

(1) «Que decian: Ayudadme, que me ahogo; otros, socorro, que me matan; otros demandando ayuda á Nuestra Señora Santa María y á señor Santiago; otros demandaban ayuda para subir á la puente, y estos eran ya que escapaban nadando, y asidos á muertos y á petacas para subir arriba.»—Bernal Diaz.

y se lanzó al combate. Nada habia que la arredrase. Dotada de un valor extraordinario, de robustez y de fuerza, se lanzaba en medio de los contrarios, sembrando la muerte con su tajante acero. (1) Hernan Cortés, acudiendo á los sitios de mas peligro, detenia á los escuadrones aztecas, procurando que sus soldados pasasen la cortadura. La lucha que sostenia era desesperada. Cargaban sobre él los guerreros mejicanos con furia terrible. Algunos de los caballeros que á su lado combatian, cayeron á tierra cubiertos de mortales heridas, quedando sin vida su paje favorito Pedro de Salazar. Combatiendo sin cesar y alentando á su gente logró vadear el canal, y abriendo paso por entre los escuadrones aztecas, siguió su marcha con la gente que pudo seguirle, entre tanto que Juan Velazquez de Leon y Pedro de Alvarado, quedaban combatiendo, para favorecer el paso de los suyos.

El general español llegó al tercer foso, que presentaba mayor anchura que los anteriores, casi al mismo tiempo que Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz y otros capitanes. Los mejicanos, ocupados en combatir en el segundo foso y en procurar que nadie escapase de él, no tenian colocados escuadrones al otro lado de la tercera zanja. Hernan Cortés, aprove-

(1) «Y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto, María de Estrada, la cual, con una espada, y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos, con tanto coraje y ánimo, como si fuera uno de los mas valientes hombres del mundo, olvidada de que era mujer.» (Torquemada, Monarq. ind.) Habiendo enviudado despues de algun tiempo, «casó, esta señora, dice Torquemada, con Pedro Sanchez Farfan, y diéronla una encomienda en el pueblo de Tetela.»

chando el descuido del enemigo, se arrojó al agua, nadando con una mano y llevando con la otra del diestro al caballo, siguiendo su ejemplo los demás caballeros. Los soldados que no sabian nadar, agarrados unos á las crines y á las colas de los corceles y no pocos á unas vigas que flotaban en el agua y que empujaban los que tenian la dicha de saber nadar, llegaron á salir á la tierra firme, en que podian combatir libremente.

Entre tanto que una parte del destrozado ejército logró pasar la tercera cortadura, y seguia la calzada para ver si aun habia otra que vencer, la otra continuaba envuelta por los batallones aztecas, aumentando por instantes el número de ahogados, de heridos y de prisioneros. La mayor parte de los ginetes, habian perdido sus caballos. Pedro de Alvarado, se hallaba á pié, armado de la lanza, junto á la briosa yegua alazana que acababan de matarle, y se defendia desesperadamente de los que le rodeaban. Pronto se reunieron á él algunos soldados que lograron salir de la zanja, y arremetieron con indecible furia á sus contrarios, abriéndose poco á poco paso con sus cortantes espadas, aunque no sin recibir graves heridas y ver caer muertos algunos de sus compañeros. Allí no habia superioridad de armas. La artillería y los mosquetes se habian arrojado al agua para poder nadar y salir á la orilla. No quedaban mas que las espadas y las lanzas para contener el espantoso oleaje de los enemigos, cuyo inmenso número oprimia con su peso á los destrozados fugitivos. Los que lograban pasar el foso, se unian en grupos de veinte ó treinta, y arremetian á cuchilladas á los escuadrones que trataban de cogerles prisioneros para sacrificarles á sus dioses, dejando abando-

nado al que caia herido, y procurando romper el espeso muro de guerreros que siempre tenian á su frente.

Los que pasaban la funesta zanja, no aguardaban á los que luchaban por salir de ella. Ninguno se detenia á esperar á los otros, porque si hubieran esperado, habrian perecido todos. (1) En los momentos de naufragio, en que destrozado el buque se hunde en el abismo, el que ha logrado asirse de una tabla, ó nada sobre las ondas, no se detiene á dar auxilio á los que deja detrás. Cada cual procura salvarse, no por egoismo, sino porque sabe que el detenerse á dar auxilio, no dará por resultado mas que el aumento de víctimas. La situacion del ejército de Cortés, era aun mas terrible que la de los náufragos. La calzada se veia cuajada de escuadrones aztecas, y la defensa de la propia vida empezaba cuando el soldado lograba atravesar el canal y poner la planta en tierra. El sentimiento de la propia conservacion habia hecho suspender el efecto de todos los demás sentimientos. Nadie escuchaba la voz del afligido amigo que pedia favor: nadie tendia la mano al que miraba ahogarse ó procuraba subir del foso á la calzada: pasar adelante, rompiendo la muralla de gente que les cerraba el paso, era el solo afan de los que por su valor y esfuerzo lograban poner el pié en tierra: resistiendo la furia de sus contrarios y luchando de continuo, seguian su

(1) «Sin escopetas ni ballestas y de noche, ¿qué podiamos hacer sino lo que haciamos? Que era que arremetiamos treinta y cuarenta soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas á los que nos venian á echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas, porque si aguardáramos los unos á los otros, no saliéramos ninguno con la vida.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

retirada, dejando el horrible lugar en que habia perecido la mayor parte del ejército.

El foso y toda la parte de la calzada que se hallaba próxima, se encontraban literalmente llenos de cadáveres. Era un horrible cementerio; ó mas bien una carnicería, por cuyo desigual suelo corria en arroyos la caliente sangre de los destrozados cuerpos humanos. Allí murieron, implorando el favor de Dios y de la Vírgen, los que habian ofrecido mil veces la vida por plantear el signo de la redencion en los países idólatras. Para honrar la memoria de los cristianos que perecieron en la horrible matanza verificada en aquel sitio, los españoles, edificaron allí mismo, algunos años despues, una capilla que llamaron de los *mártires*, situada donde hoy se encuentra San Hipólito.

Mientras unos escuadrones mejicanos acometian á los restos de la retaguardia procurando que nadie saliese con vida de la cortadura, otros acosaban á Pedro de Alvarado y á la gente que se le habia reunido, descargando sobre ellos sus terribles macanas. Juan Velazquez de Leon, que por defender á sus soldados, se habia quedado al otro lado de la cortadura, combatiendo solo, se vió acometido de repente por multitud de guerreros que saltaron de las canoas que ocupaban la laguna. Muchos de ellos iban armados de lanzas, que tenian por punta las templadas hojas toledanas que habian caido en su poder durante los dias del sitio y en aquella noche. Velazquez de Leon, agobiado por el número, movia con dificultad, de un lado á otro, su caballo, que estaba herido en varias partes por las lanzas hechas con las espadas españolas. Conociendo que era preciso pasar la zanja antes de que el corcel se desangrase mas, se

dirigió hácia ella, acometiendo y derribando á los que le cortaban el paso. Al llegar al borde, el caballo que iba mortalmente herido, cayó muerto á la zanja, llevando en su caida al ginete.

Velazquez de Leon, haciendo extraordinarios esfuerzos, logró salir de debajo del corcel, y asiéndose de los cadáveres, ponerse en pié sobre los muertos que estaban en el fondo, avanzando sobre aquel puente de carne humana, hácia la orilla, armado de su espada y con el agua á la cintura. Dos canoas llenas de guerreros, colocadas á los costados de la cortadura, se lanzaron sobre él para hacerle prisionero. Velazquez de Leon empezó entonces á sostener, en medio del agua y de los cadáveres, una lucha desesperada.

En aquellos momentos avisaron á Hernan Cortés, que habia pasado ya, como he dicho, el tercer puente, y se encontraba en la tierra firme reuniendo á los soldados dispersos, la horrible carnicería verificada en la segunda cortadura. Los que aun quedaban combatiendo le enviaban á decir que si no eran auxiliados, pereceria toda la retaguardia. El general escuchó con profunda pena aquella terrible nueva. Volver á los puentes destruidos, era temeridad, marchar á una muerte segura; dar la vida sin esperanza de salvar la agena. Pero el caballero español de aquella época, cuyas ideas de generosidad y de hidalguía, se sobreponian á las del interés particular, y que juzgaba como un deber de cumplido hidalgo, volar en socorro del que le pedia su amparo, no podia dejar abandonados á sus acosados compañeros. Sin detenerse á meditar en el peligro, y atendiendo solo al sentimiento del honor, Hernan

Cortés dió vuelta á su caballo, y en union de los valientes capitanes Sandoval, Olid, Alonso de Avila y Francisco de Morla, se dirigió al galope hácia el lugar del peligro. Repasaron á nado la tercera cortadura, llevando de la rienda los caballos, y montando en ellos al llegar á la orilla, se dirigieron al galope hácia la segunda zanja, teatro horrible de matanza y de desolacion. Su repentina aparicion en la calzada, atacando á la multitud que cerraba el paso á los que luchaban por retirarse, llenó de espanto á los escuadrones aztecas, obligándoles á refugiarse á las canoas, quedando libre el paso á los españoles que se habian visto detenidos en su retirada. Pero aquel terror duró un instante. Los guerreros aztecas, al ver el corto número de ginetes que les atacaba, salieron con mayor ímpetu de las canoas, acometiendo por ambos lados de la calzada con sus lanzas y macanas, mientras de las azoteas arrojaban una tempestad de flechas, que diezmaba las mermadas filas de los castellanos. Los caballeros se vieron bien pronto agobiados por el número de sus contrarios, que descargaban furibundos golpes sobre los corceles, hiriendo á muchos de ellos. Era un sitio en que los caballos no podian correr ni revolverse á un lado y otro; y cuando algun ginete se lanzaba sobre los que le ofendian, se refugiaban á las canoas, recibiendo con las cortantes espadas toledanas que habian puesto á sus largas lanzas, al temerario que se acercaba á la orilla, matándole con ellas el caballo, sufriendo el caballero una lluvia de flechas y de piedras que caia de las azoteas. (1)

(1) «Los de á caballo no podian pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetian á los escuadrones mejicanos, echábanseles al agua,

El peligro crecia por momentos. Los escuadrones mejicanos empezaban á dirigirse á la tercera cortadura, con el objeto de acabar en ella con los que se habian salvado en la segunda. Hernan Cortés, que sostenia la lucha en el punto que mediaba entre ambas zanjas, en el sitio frontero á los actuales jardines de San Fernando, se lanzó sobre ellos, en union de Sandoval, Francisco de Morla y Cristóbal de Olid, para evitar que estorbasen la retirada, luchaban para abrir paso á los infantes que habian logrado salvarse en el segundo foso. El combate se hizo terrible; y los caballeros, auxiliando á la infantería, se iban retirando, acosados de cerca por el enemigo. Hernan Cortés, lo mismo que Olid y que Sandoval, volvieron á pasar á nado el tercer puente, continuando su marcha con los infantes que habian dejado en la tierra firme. Francisco de Morla, que era uno de los primeros ginetes del ejército y hombre de extraordinario valor, se detuvo sin pasar la zanja, combatiendo para detener al enemigo. Su caballeroso comportamiento le fué funesto. Cercado por todas partes de contrarios, cayó muerto, acribillado de heridas, despues de haber luchado como un héroe.

Durante el tiempo que Cortés y sus capitanes habian combatido en la calzada, auxiliando á los soldados que se retiraban, la matanza habia continuado en el segundo foso. En los momentos en que el general español se ocupaba,

y de la una parte la laguna y de la otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habian hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

salvados ya los puentes, en reunir á sus soldados, los mejicanos acababan de matar á los pocos contrarios que aun quedaban con vida en el foso, y seguian el alcance de Pedro de Alvarado y de la gente que con él iba, descargando sobre ellos una granizada de piedras y de flechas. Los soldados fugitivos, al encontrarse con la tercera cortadura, se arrojaron al agua, y Pedro de Alvarado, que casi se veia en las manos de los que le seguian, saltó la ancha zanja con maravillosa agilidad, apoyado en su lanza, causando un profundo asombro en los aztecas, que apenas podian dar crédito á lo que acababan de ver. Sorprendidos de un hecho que juzgaban sobrenatural, exclamaron, mirándose unos á otros: «Es el *tonatiuh,*» esto es, «el hijo del sol.» Fué un salto extraordinario, que todos los contemporáneos consideraron como un prodigio de agilidad, y cuya hazaña dió al sitio en que aconteció, el nombre de *Salto de Alvarado*, que aun conserva, y con el cual es conocida toda la calle de aquel rumbo, desde los jardines de San Fernando, hasta la plazuela de Buena Vista. (1)

(1) La zanja se hallaba exactamente en donde está el primer Tívoli, poco despues de pasados los jardincitos de San Fernando, estendiéndose hasta la acera de enfrente. Cuando yo fuí á Méjico, aun no se hacia la casa en que se halla el referido Tívoli, y alcancé á ver las señales que indicaban el antiguo canal. Pocos años despues ví sacar á uno de los trabajadores que se ocupaban de hacer una cañería ó pocos palmos del mismo sitio, una cabeza de persona humana, perfectamente conservada, en estado de petrificacion, que indicaba ser de alguno de los conquistadores. La cara era ancha y agradable; rubia la barba y el pelo, y en la parte del pescuezo tenia atravesado un pedazo de lanza. Sin duda debieron cortarle la cabeza al caer herido. Yo le supliqué al individuo que la habia encontrado, que la llevase á mi casa, y que yo practicaria las diligencias necesarias para quedarme con ella; pero aunque me prometió obsequiar mi deseo, no lo hizo. Ignoro lo que fué de ella.

Es de sentirse que ninguno de los conquistadores haya expresado la anchura que tenia la zanja; pero no puede dudarse que excedia al salto que puede dar un hombre apoyado en una lanza, cuando Bernal Diaz que la pasó entonces y la vió despacio algun tiempo despues, tiene por imposible que la salvase, aunque confiesa que era muy ágil. (1) Lo extraordinario del hecho se revela no menos, en haber tratado de perpetuar la hazaña, dándole al sitio de la escena el nombre del valiente caballero que allí figuró. Satisfactorio debió ser para el carácter caballeresco de Alvarado, ambicioso de gloria, ver esa honrosa memoria que de él se hacia, y que no la hubiera admitido sin duda, á no ser cierto el suceso. (2)

La mayor parte de los soldados, que desoyendo los consejos de Cortés, cargaron mas oro del conveniente para poderse defender, murieron oprimidos por el peso del codiciado metal, bajo las aguas de los ensangrentados fosos. Otros, despertando la ambicion de sus contrarios, se veian perseguidos sin cesar, y asiéndoles de las cadenas de oro que llevaban al cuello, eran conducidos á las canoas, y en ellas á las jaulas de madera, destinándolos para los horribles altares de las sanguinarias deidades, donde los sacerdotes aztecas les arrancarian el corazon. (3)

(1) «La abertura muy ancha y alta, que no la podria saltar por muy mas suelto que era... Y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase.»—Bernal Diaz.

(2) «Fué tan extremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningun hombre humano. En fin, él lo saltó é ganó por ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.»—Oviedo. Hist. de las Ind.

(3) «E los que habian ido con Narvaez arrojáronse en la sala, é cargáronse

Los mejicanos siguieron con empeño el alcance de los españoles hasta poco mas allá del tercer puente; donde se halla la actual iglesia de San Cosme; pero el deseo de apoderarse de los despojos que en la calzada y particularmente cerca de los fosos quedaban sembrados, les detuvo, y muy pocos continuaron picándoles la retaguardia, tirándoles algunas flechas, pues casi todos se ocuparon en coger las riquezas esparcidas por el suelo. Si hubieran seguido el alcance con el furor que habian desplegado hasta arrojarlos de la ciudad, es de creerse que Cortés y todos sus soldados hubieran perecido, segun la triste situacion en que los destrozados restos del ejército se encontraban. Por fortuna de los españoles, la persecucion tenaz cesó, y heridos, cansados y desfallecidos, pudieron continuar despacio su retirada, caminando mas lentamente, y ayudando los que tenian menos heridas á los que habian recibido muchas y mas graves. (1)

Era un cuadro desolador el que presentaban aquellos destrozados restos de un ejército que, catorce dias antes, habia entrado á la capital lleno de risueñas esperanzas de felicidad. Aquí marchaban dos soldados, desfallecidos por

de aquel oro é plata cuanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no los dejaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados; é á otros llevaban arrastrando, é á otros mataban allí. E así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera.»—Oviedo. Hist. de las Ind.

(1) «Fué Dios servido de que los mejicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos, y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquel acequia, y á los caballos y otros bestias. Y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.»—Sahagun. Hist. de la Nueva España, MS.

la pérdida de sangre, apoyándose en sus lanzas para poder caminar; allí se detenia uno á oprimir sus heridas para calmar el dolor que le causaban; mas atrás algunos ginetes, á pié, destrozados los cascos, cubiertos de lodo y de sangre, conduciendo de la rienda á sus cansados corceles que habian recibido terribles golpes en el combate. Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid, que se habian detenido en el camino con objeto de favorecer á sus compañeros, vieron llegar á Pedro de Alvarado á pié, con una lanza en la mano, lleno de heridas y cubierto de sangre, con otros siete soldados españoles y ocho tlaxcaltecas, no menos heridos que él y empapados sus vestidos con el agua de los fosos que habian cruzado á nado.

No siendo ya molestados en su retirada por los aztecas, se dirigieron hácia una aldea inmediata, llamada Popotla, rodeada de maizales y de la vistosa planta del maguey.

Hernan Cortés bajó de su fatigado caballo al llegar á esta aldea, y se sentó en una piedra, bajo de un árbol gigantesco, de un majestuoso ahuehuete que se levantaba lozano junto á un pequeño *teocalli*, y que hoy lleva el nombre de «*Arbol de la Noche Triste*.» (1) Empezaba en

(1) Existe aun el árbol, bajo el cual se sentó Cortés. Es un ahuehuete que ha perdido su antigua belleza, por casos accidentales. El año de 1872 se incendió á causa de haber dejado sin apagar, junto á su tronco, el fuego en que habia guisado su merienda, unos que fueron á pasar un dia de campo en Popotla. El incendio se apagó con dificultad y perdiendo el árbol gran parte de sus ramas. El gobierno de D. Benito Juarez, dió la acertada medida de que se le rodease de un enverjado de hierro; y es de esperarse que ese monumento histórico se conserve vivo por muchísimos años. Donde se alzaba el teocalli, hay una iglesita católica.



Ernan Cortés en la noche triste.

aquellos momentos á despuntar la aurora. Hernan Cortés, solo, oculto á la vista de sus compañeros por la sombra que proyectaba el frondoso ahuehuete que extendia sus ramas formando una espaciosa bóveda, dirigia tristemente su mirada á los miserables restos de su desbaratado ejército, que pasaba lentamente por delante del sitio en que se hallaba. Nada mas desgarrador para el hombre que habia acariciado la idea de labrar la felicidad de sus leales capitanes y soldados, que aquel doloroso espectáculo, contraste horrible de sus lisonjeras esperanzas. La infantería, pudiendo apenas tenerse en pié, de fatigada y herida, caminaba apoyándose en sus espadas y lanzas; una parte de ella habia perdido sus rodelas, y los escopeteros marchaban sin armas porque se habian visto precisados á arrojar sus arcabuces en el foso para poderlos pasar á nado. La mayor parte de la caballería iba desmontada y confundida entre los infantes; pues sus corceles hábian perecido en la calzada y en las cortaduras. Los caballeros que lograron salvar sus caballos, llevaban rotas sus cimeras, abolladas sus cotas y despedazados sus yelmos. Artillería, municiones, ballestas, escopetas, mas de la mitad de los corceles, los pendones, los bagajes, todo lo que constituye la fuerza de los ejércitos y que le habia dado superioridad sobre el enemigo, quedaba en poder de éste, ó sepultado en la laguna. Hernan Cortés, profundamente conmovido, buscaba con ávida mirada entre los grupos de soldados que pasaban, á varios de sus mas fieles y queridos amigos; pero las tropas cruzaban la aldea, y los amigos que esperaba, no parecian. En vano era su esperar. Nunca los volveria á ver. Sus cadáveres se encontraban en los fosos y en la calzada. El sentimiento de

mistad es santo, sublime. Los compañeros que no veia ;ar, le habian acompañado en todas las fatigas y peligros la campaña desde que pisaron el país. Acaso algunos, as desventurados que los que habian sucumbido en el)mbate, eran conducidos en aquel mismo instante á la iedra de los sacrificios. Hernan Cortés se sintió profunda- nente conmovido ante esta consideracion. Acostumbrado á dominar todos sus afectos, no pudo hacerse superior al puro y noble de la amistad, y fijando tristemente la mirada en la tierra, se asomaron á sus ojos las lágrimas, que rodaron silenciosas por sus mejillas. Aquellas lágrimas le honraban, porque descubrian el noble corazon de un hombre que despreciaba los peligros; pero que era sensible al santo sentimiento de la amistad. Las lágrimas son hijas de los nobles afectos. Los bastardos sentimientos no tienen lágrimas en la vida. El llanto brota de un corazon que no se ha esterilizado por el egoismo. El corazon del malvado es una fuer te seca, inútil para la humanidad sedienta de filantropía de caridad. Las lágrimas de Cortés eran el tributo de gr titud que el caudillo español pagaba á la dulce memo de sus amigos y compañeros.

A mitigar, en parte, su profunda pena, vino al fi saber que se habian salvado Sandoval, Pedro de Alvar Olid, Lugo, Avila y Diego de Ordaz. No le fué menc tisfactorio ver llegar á la jóven intérprete Marina y (nimo de Aguilar, únicas personas por medio de las podia conferenciar con las provincias aliadas. La v Marina se debió al cariño que le profesaban los tla cas. Ella y la hija del ciego senador Jicotencatl, á q españoles llamaron Luisa, al bautizarse, fueron conf

salir de los cuarteles, á los jefes de la república de Tlaxcala, que formaban parte de la vanguardia. La valiente escolta, cubriéndolas con sus escudos y despreciando la propia vida por la de ellas, logró sacarlas felizmente de todos los peligros. Casi al mismo tiempo se presentó, con otros compañeros, el vizcaino Martin Lopez, inteligente constructor de buques, que habia hecho los bergantines que por vez primera cruzaron la laguna. Su presencia fué altamente grata para Cortés. Se habia manifestado inquieto por su suerte; y al verle, cruzó por su mente la idea de recobrar lo perdido por medio de una heróica constancia; pues en medio de la completa derrota y críticas circunstancias en que se veia, su ánimo levantado, sobreponiéndose á los reveses y á los obstáculos, no se apartaba un solo instante de los medios de realizar su comenzada empresa.

Hernan Cortés preguntó por Juan Velazquez de Leon, y la respuesta fué sensible para su corazon. Velazquez de Leon habia muerto en el segundo foso, luchando sobre los cadáveres, en medio del canal y defendiéndose de los guerreros que le cercarón con sus canoas. El general español dejó ver en su semblante la tristeza. Velazquez de Leon era uno de los oficiales mas distinguidos del ejército, y un leal amigo á quien habia mirado siempre con singular predileccion. Si al principio se manifestó contrario á Cortés y adicto al gobernador de Cuba, su pariente cercano, despues, cuando llegó á convencerse de la rectitud del primero y de la injusticia del segundo, se declaró firme defensor de su derecho y de su nombre. Cortés, persuadido de sus caballerosos sentimientos, le habia distinguido, dándole el mando de algunas fuerzas que le colocaron varias

veces en una posicion independiente, distincion á que correspondió con lealtad y nobleza. Su digna conducta, desechando las ofertas de Narvaez, posponiendo el interés personal y el afecto de parentesco al deber de caballero, fué la prueba mas palmaria que pudo dar de adhesion á su general. Hernan Cortés, que supo apreciar los nobles rasgos de su corazon, sintió profundamente su muerte. Era un excelente oficial; animoso, de buena conversacion y desprendido de los intereses, «pues todo lo que tenia,» dice Bernal Diaz, «lo repartia con sus compañeros.» Interesante por su valor, por su buena cuna y por su juventud, pues solo tenia veintiseis años, fué sentido, no solamente por su general, sino por todos los capitanes y soldados.

En el tramo que mediaba entre el segundo y tercer foso, quedaron tambien muertos, luchando á pié al perder sus caballos, otros dos capitanes de notable valor y mérito, llamados Francisco de Saucedo y Amador de Láres, esforzados caballeros ambos y excelentes ginetes.

Afectado Cortés con la pérdida de varios de sus amigos, entre los cuales se encontraba Francisco de Morla, que pereció, como queda dicho, al volver en auxilio de los que combatian en el segundo puente, volvió á montar á caballo, al llegar los últimos soldados, y siguió con ellos el camino hácia Tlacopan. (Tacuba.)

Era esta ciudad, capital de un señorío, cuyo gobernante, por pacto de alianza ofensiva y defensiva, celebrado desde su primer rey, en 1426, con Itzcoatl, cuarto monarca de Méjico, acudia siempre en favor de los mejicanos. La poblacion se hallaba próxima, y la fatigada y herida tropa

española, hizo alto en la ancha plaza, inquieta, alebrestada, mirando temerosa á todas partes y sin saber qué camino tomar. Pronto fueron apareciendo por las calles algunos escuadrones de la misma ciudad, de Azcapozalco y de las aldeas inmediatas, disparando sus flechas sobre los españoles.

Hernan Cortés, que se habia quedado atrás con algunos ginetes para contener á los pocos aztecas, que desde Méjico les fueron picando la retaguardia, llegó en aquellos momentos á la plaza. Conociendo que la permanencia en la ciudad seria peligrosa en cuanto los contrarios subiesen á las azoteas, dió órden para que se continuase la marcha. Viendo que nadie sabia el rumbo que conducia á la salida de la poblacion, se puso él á la cabeza, y logró salir al campo, no sin que le hubiesen matado antes tres soldados de los que estaban heridos. Fuera ya de la ciudad, y en medio de un diluvio de flechas, que desde los maízales inmediatos arrojaban los contrarios sin ser vistos, dió alguna formacion á la gente, y en seguida se continuó la marcha lenta y trabajosamente.

Los contrarios siguieron picando la retaguardia y molestando los flancos, acercándose bastante á las filas españolas, que no podian impedirlo, porque no llevaban ni una sola arma de fuego. Por fortuna de los que se retiraban, se descubria á corta distancia, hácia la izquierda, el cerro de Otoncapolco, llamado tambien de Moctezuma, en cuya cima se levantaba un sólido *teocalli* que podia servir de fortaleza. Era un punto que dominaba las llanuras inmediatas, y en el cual podrian descansar algunas horas las fatigadas tropas. Hernan Cortés veia la necesidad de dar allí reposo á sus

soldados, pues era ya del todo imposible que caminasen media legua mas.

Una corta fuerza de guerreros indios guarnecia el *teocalli*. El jefe español encargó á Diego de Ordaz que se apoderase del punto, en tanto que él, con la poca caballería que le quedaba, impedia á los de Tacuba y de Azcapozalco emprender la subida.

El resultado correspondió á las disposiciones dictadas por Cortés. Los que defendian el *teocalli*, lo abandonaron despues de arrojar algunas flechas, y el general español detuvo á los contrarios al pié del cerro, hasta que fué tomada la posicion. Entonces emprendió él la subida, molestado siempre por los escuadrones que habian ido constantemente en su seguimiento. Los españoles llegaron trabajosamente á la cima, y al entrar en el ancho átrio del *teocalli*, se dejaron caer en el suelo para descansar un instante. Media hora mas de camino ó de combate, hubiera dado fin al ejército, pues «ya no habia caballo que pudiese correr,» dice Hernan Cortés, «ni caballero que pudiese alzar el brazo, ni peon sano que pudiese menearse.» El cerro de Otoncalpolco fué, para el desfallecido ejército castellano, lo que el próximo puerto, para el cansado náufrago que mira agotadas sus fuerzas, luchando contra las embravecidas olas del Océano.

Era el *teocalli* de extraordinaria capacidad, y en su átrio inferior y superior habia suficiente espacio para alojarse la mermada tropa española, y el ejército aliado. En él encontraron algunos víveres, y aun recibieron otros de algunas aldeas inmediatas de otomíes, que vivian impacientes bajo el dominio de los mejicanos. Satisfecha, aunque ligera-

mente la primera necesidad, se ocuparon de curar á los heridos. No habia ni aceite, ni vendajes, ni medicina ninguna para hacer la curacion. Las heridas se habian hinchado con la fatiga del camino, y todo el remedio que se aplicó á los dolientes, fué oprimir las heridas y poner sobre ellas lienzos de algodon bien sujetados. No habia menos necesidad de calentarse y de secar los vestidos empapados todos por la lluvia de la noche y el agua salada de las acequias y cortaduras que habian pasado á nado. Por fortuna habia en el átrio del *teocalli* notable cantidad de leña destinada para el culto religioso, y encendieron grandes fogatas, al rededor de las cuales se pusieron hasta secar sus vestidos. Logrado esto, se tendieron con sus armas en el suelo para dormir algunos instantes y recuperar las agotadas fuerzas, despues de haber colocado los centinelas y las guardias indispensables en los puntos convenientes.

Hernan Cortés, se subió al átrio superior del templo para descubrir la campiña que le rodeaba y dirigir la vista hácia el camino que debia seguir. Fijó con tristeza los ojos en los valientes soldados que habian sobrevivido á la derrota de aquella noche terrible, que la historia ha consignado con el nombre de *Noche Triste,* y se sintió profundamente conmovido. Mil ideas melancólicas se agolparon á su mente. No le quedaba del brillante ejército con que pocos dias antes habia entrado á la capital del imperio azteca, mas que algunos centenares de hombres cubiertos de heridas, estropeados, muchos sin armas, y todos llenos de hambre y de miseria. Los cañones y los arcabuces que podian causar estragos en el enemigo, abriéndole paso en su retirada, quedaban sepultados en el fondo de la laguna. Acaso la

república de Tlaxcala, al saber su derrota, se declarase contraria para no provocar una guerra con los mejicanos. Millares de tlaxcaltecas habian perecido en la retirada, y sus familias clamarian contra él y maldecirian su nombre. Si la alianza del senado se cambiaba en hostilidad, era imposible salvarse. Entonces, al fracasar la empresa que á fuerza de constancia y de valor habia estado á punto de realizar, los enemigos personales de España y de Cuba levantarian la voz, manifestando que habian pronosticado el horrible desenlace; los que le habian defendido, calificarian de locura su arrojo; la real Audiencia de Santo Domingo, lamentaria el haberse opuesto á la prision dispuesta por Diego Velazquez, y la nacion entera escarneceria su memoria.

Pero todos estos funestos pensamientos, que se agrupaban en su mente en aquellos angustiosos momentos, no fueron capaces de abatir su espíritu. El ánimo de aquel hombre extraordinario, lejos de abatirse ante los obstáculos, parecia crecer para dominarlos. Otro hombre, al ver destruida la obra en que habia gastado sus fuerzas y sus bienes, se hubiera apartado de ella con horror. Hernan Cortés, al contemplarla deshecha, no pensó mas que en los medios de volverla á empezar, con igual constancia, hasta darle feliz cima. Genio creador y activo, miraba en aquellos destrozados restos de su ejército, los elementos que podian conducirle á la realizacion de su bello ideal, y en medio del horrible naufragio en que se hallaba, y al través de las hinchadas olas que se levantaban á su derredor, descubria, con segura mirada, la blanca luz de una estrella benéfica que alumbraba el término de su viaje.

Despues de haber permanecido un largo rato en lo alto del *teocalli*, bajó al átrio inferior donde, tendidos en el suelo, reposaban sus soldados. Entonces pudo apreciar las pérdidas sufridas en los puentes y las calzadas de la ciudad. Cuatrocientos cincuenta españoles y mas de cuatro mil aliados, quedaron muertos sobre el campo de batalla, segun afirma Gomara, á quien en este punto, se le debe creer bien informado, pues tuvo á su disposicion, pasado algun tiempo, los papeles de Cortés, y habló con muchos de los conquistadores. Sin embargo, la mayor parte de los autores se hallan en desacuerdo respecto de las pérdidas sufridas, y por lo mismo, no hay un dato seguro para fijar exactamente el número, aunque se puede asegurar que fué considerable. (1) Entre las víctimas que se ahogaron

(1) Hernan Cortés dice, que perecieron ciento cincuenta españoles y mas de dos mil aliados; pero debe creerse que respecto del número de los primeros, sino es errata de imprenta, sufrida en la edicion que se hizo de la segunda carta, es que trató de hacer menos sensible la desgracia, á los ojos del rey, por convenir así á sus intereses particulares.

Uno de los caballeros que pertenecian al ejército, y cuyo nombre era Juan Cano, hace subir la cifra de españoles muertos en aquella noche, á mil ciento setenta, y ocho mil aliados; esto es, á un número mayor que el que componia todo el ejército.

Bernal Diaz del Castillo dice, que los españoles muertos ascendian á ochocientos setenta, y á mil doscientos tlaxcaltecas; pero entre los españoles incluye, como él mismo asegura, no solamente á los que murieron en aquella noche, sino tambien á los que perecieron en todos los encuentros y batallas que tuvieron hasta llegar á Tlaxcala.

Torquemada pone doscientos noventa, y Solís doscientos.

Ixtlilxochitl y Camargo, numeran cuatrocientos cincuenta españoles y cuatro mil aliados.

Herrera pone ciento cincuenta españoles y cuatro mil aliados.

Sahagun, trescientos de los primeros y dos mil de los segundos.

en los fosos, quedó el nigromante Botello, al cual sin duda le engañó su oróscopo, puesto que no le advirtió que, en la noche que señalaba como favorable para salir, moriria. De los choluleses que, como aliados de los españoles iban con los tlaxcaltecas, no se salvó ninguno. Muchos ginetes perecieron; y á cuarenta y seis ascendió el número de caballos muertos. Como algunos otros corceles mataron los aztecas en los combates anteriores verificados en las calles, la fuerza de caballería quedó reducida á muy corto número, pues solo quedaron veintitres caballos, casi todos heridos y en el mas lamentable estado. Tambien quedaron muertos en los fosos y en las calzadas, un hijo y dos hijas de Moctezuma, el depuesto rey de Texcoco, Cacamatzin; todos los caciques y señores que iban presos, y la mayor parte de los criados indios de ambos sexos que tenian los españoles. Tambien pereció, con casi toda la escolta tlaxcalteca que la acompañaba, la hermosa hija del senador Maxixcazin, que tomó en el bautismo el nombre de Elvira, y que la dió por mujer á Velazquez de Leon. Respecto de las armas de fuego, solo se salvaron siete arcabuces: ni un solo cañon llegó á salir de la ciudad. Las municiones, los pertrechos de guerra, las barras de oro y de plata, todo quedó regado sobre el sangriento escenario de la lucha. Tambien quedaron sepultados, entre el bagaje que cayó en la laguna, los importantes papeles del general, siendo sensible la pérdida de un diario en que se hallaban minuciosamente referidas todas las operaciones, desde que salió de la isla de Cuba, hasta el momento de disponerse á abandonar la capital.

Hernan Cortés contemplaba tristemente el cuadro deso-

lador que le rodeaba; pero su genio se levantaba poderoso por encima de las desgracias sufridas, y alcanzaba á descubrir á la fortuna y la victoria, ofreciéndole la realizacion de su atrevida empresa.

Al descender el sol al ocaso, tendió por la última vez la mirada hácia la poderosa capital de los valientes aztecas, y alentó la esperanza de que en breve brillaria para él la fulgente luz de un dia de imperecedera gloria, en el mismo lugar en que se efectuaron las sangrientas escenas de la Noche Triste.



CAPITULO XVI.

Penosa retirada del ejército de Cortés con direccion á Tlaxcala.—Batalla de Otumba.

Mientras Hernan Cortés y los maltratados restos de su destrozado ejército se habian refugiado en el sólido *teocalli* que coronaba la cúspide del cerro de Otoncalpolco ó Moctezuma, los mejicanos se ocupaban en recoger los ricos despojos de los vencidos, y de llenar algunos otros deberes que juzgaron imprescindibles.

Al recorrer con la luz del dia el ensangrentado teatro de las horribles escenas de la noche, encontraron entre los cadáveres que cubrian los fosos y la calzada, el del rey de Texcoco, de los príncipes reales de Méjico, hijos de Moc-

tezuma, y los de varios señores de la primera nobleza de la nacion, que Cortés llevaba presos. La muerte de los ilustres personajes llenó de sentimiento á la ciudad, y sus inanimados cuerpos fueron conducidos con respeto y veneracion á sus palacios, en medio del llanto y de las demostraciones de dolor del pueblo.

Ocupados en celebrar con toda solemnidad las exequias de los personajes reales, en sacar de las zanjas los cadáveres que las cubrian, y en quemarles para que no se infectase la atmósfera, dejaron de perseguir á los españoles, contentándose con destacar algunas fuerzas que fueran picándoles la retirada.

La pompa con que celebraban los funerales de los reyes y de los príncipes, permitió á Hernan Cortés apoderarse de la buena posicion que ocupaba, proporcionando á su tropa el preciso descanso. Sin embargo, el general español conocia muy bien que los mejicanos emprenderian la persecucion en el momento que acabasen de honrar la memoria de los ilustres muertos, y trató de aprovechar los instantes favorables que tenia. Que se proponian perseguirle y aniquilarle, se lo indicaban claramente las fuerzas de algunos escuadrones que se habian situado cerca del cerro y que habian subido varias veces á dispararles piedras y flechas.

Al llegar la noche, los guerreros indios se retiraron, y á los alaridos de guerra y á los gritos amenazantes, siguió el mas profundo silencio.

Hernan Cortés, viendo algo descansada á su tropa, y comprendiendo que cada instante que pasase cerca de la capital, era aumentar el peligro, dijo á sus soldados que

se entregasen al sueño, pues se emprenderia la marcha, con direccion á Tlaxcala, á media noche. Nadie conocia el camino que conducia á la república amiga. Solamente un soldado tlaxcalteca aseguró que lo habia andado hacia algun tiempo, y se ofreció á servir de guia. Vencida así aquella dificultad, la gente se entregó al reposo, excepto los centinelas y vigilantes. Llegada la hora de partir, el general español mandó encender luminarias, con la abundante leña que habia, á fin de hacer creer al enemigo que el ejército continuaba en la misma posicion. Sobre el átrio principal se encendió la mayor de las fogatas, y la tropa fué saliendo con el mayor silencio del *teocalli*, guiada por el soldado tlaxcalteca y sin ser percibida del enemigo. En este mismo sitio en que encontraron los españoles un puerto de refugio en su naufragio y un benéfico asilo donde recobraron sus perdidas fuerzas, se descubre actualmente el célebre santuario y notable templo dedicado á la Vírgen en su advocacion de Nuestra Señora de los Remedios. Su imágen, altamente venerada en la capital, que hoy la reconoce por su patrona, es, segun opinion de Lorenzana, la misma que Hernan Cortés colocó en el templo mayor de Méjico, y que un soldado español, que era dueño de la escultura, la dejó oculta en aquel sitio, donde fué hallada milagrosamente. Los conquistadores, despues de haberse apoderado de la famosa capital del imperio azteca, levantaron ese templo á la Vírgen, sobre las ruinas del antiguo *teocalli*. (1) Cuando el viajero se detiene á contemplar ese

(1) «Y en aquel cu y adoratorio, despues de ganada la gran ciudad de Méjico, hicimos una iglesia, que se diçe Nuestra Señora de los Remedios, muy

sagrado templo que se levanta majestuoso á tres leguas al Poniente de la capital, no puede menos de recordar que allí fué el primer sitio en que Hernan Cortés y los tristes restos de su destrozado ejército, pudieran detenerse y descansar, despues del sangriento descalabro sufrido en la Noche Triste.

La tropa caminaba en el mayor silencio, conducida por el guia tlaxcalteca que, conocedor del terreno, habia prometido llevarla al territorio de la república amiga, si no se presentaban ejércitos aztecas que cerrasen el paso.

Por espacio de media hora marchó el ejército sin ser visto; pero al pasar por un sendero orillado de elevados maízales, fué sentido por un destacamento de guerreros indios que dió inmediatamente el grito de guerra, llamando á los habitantes de los pueblos inmediatos á las armas. Pronto se presentaron, como brotados de la tierra, algunos escuadrones, dando horrendos alaridos y descargando sus flechas sobre la retaguardia, molestándoles en su retirada durante la noche. (1) No eran tropas mejicanas, sino milicianos de las poblaciones inmediatas al rumbo que los españoles llevaban. Habian recibido órden de Méjico para que molestasen y detuviesen la marcha de los extranjeros, á fin de dar lugar á los ejércitos del imperio á salirles al encuentro. Nuevos guerreros de las aldeas del tránsito

devota, é van ahora allá en romería y á tener novenas muchos vecinos y señoras de Méjico.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(1) «Y muy cerca estaban guardas que nos sintieron, y asimismo apellidaron muchas poblaciones que habia á la redonda, de las cuales se recogió mucha gente, y nos fueron siguiendo hasta el dia.»—Seg. carta de Cortés.

fueron uniéndose, al ser de dia, á los primeros, aumentando las dificultades de la marcha de sus contrarios.

Viendo Hernan Cortés que las fuerzas enemigas eran á cada instante mayores, mandó hacer alto, para disponer el órden en que se debia marchar y tener á raya á los guerreros indios, sufriendo de ellos el menor daño posible. Cinco soldados de caballería formaban la descubierta; en la vanguardia, flancos y retaguardia, puso á la gente de infantería que estaba sana; colocó en el centro los enfermos y los heridos; dando á los menos imposibilitados bordones para que pudiesen caminar apoyándose en ellos, y poniendo á los que por la gravedad en que se hallaban no podian andar, en ancas de los caballos inutilizados. La caballería se repartió en los costados y la retaguardia; y los tlaxcaltecas iban unidos á los españoles, guardando el mismo órden.

Dispuesta la fuerza de la manera expresada, continuó su marcha, luchando constantemente, y deteniéndose á cada instante para rechazar con la caballería á los escuadrones que trataban de penetrar en las filas. Acosados por todas partes los españoles y muertos de fatiga, descubrieron, al ir á ocultarse el sol, un ámplio *teocalli,* en un cerro próximo, al cual se dirigieron con el afan que el caminante, en medio de la tempestad, á la solitaria y benéfica choza del pastor. Solo tres leguas habian logrado caminar durante el dia y la noche anterior. Obligados á detenerse á cada instante para contener á los que les seguian acosando, la marcha habia sido lenta y penosa. (1) Habian

(1) «Y así fuímos todo aquel dia, peleando por todas partes, en tanta ma-

perdido la naturaleza celestial de que les habian creido rodeados: no eran ya los hombres que fabricaban el rayo para destruir á los que osaban ofenderles. Los cañones y los arcabuces, que eran las nubes de donde aquel salia, no existian ya. Los hombres que juzgaron invencibles, marchaban huyendo, aunque huian, no como el tímido cervatillo ante el ligero lebrel, sino como el temible leon, dando frente á los que le persiguen, destrozando al que se acerca, y deteniendo á regular distancia á los valientes cazadores que le acosan.

El *teocalli* presentaba la capacidad necesaria para alojar la tropa, y colocados los centinelas en sus respectivos puntos, los soldados, despues de tomar algunos granos de maíz tostado, único alimento que tenian, se tendieron en el átrio para dormir y recuperar sus fuerzas. La noche la pasaron sin ser molestados, y al brillar la luz del nuevo dia, continuaron su marcha por los cerros, siguiendo una tortuosa vía, para evitar la proximidad de Méjico. Perseguidos constantemente por los guerreros indios, pasaron por Cuautitlan; y caminando por las márgenes de las lagunas de Zumpango y San Cristóbal, llegaron rendidos de cansancio, sedientos y desfallecidos de hambre, á una poblacion que los habitantes la abandonaron antes de que se aproximasen.

Dos dias permaneció Hernan Cortés en aquella poblacion, por haber encontrado en ella algun maíz con que alimentar á la necesitada tropa, y darla algun descan-

nera, que en toda la noche y dia no anduvimos mas de tres leguas.»—Seg. carta de Cortés.

so. (1) Cuando emprendió de nuevo la marcha, los escuadrones contrarios continuaron picándole la retaguardia y los flancos, descargando un diluvio de flechas en cada paso malo que tenia que atravesar, y retirándose á los cerros cuando la caballería trataba de acometerles.

Asombra la resistencia de aquel puñado de españoles, heridos, fatigados, hambrientos, alimentándose de yerbas y de algunos granos de maíz, luchando y caminando dia y noche, sin rendirse á la fatiga, ni decaer en su espíritu. Los tlaxcaltecas, educados ya en su escuela, sufrian con no menos fortaleza, los trabajos y la miseria, manifestándose cada vez mas adictos á los castellanos.

El número de enemigos era cada dia mayor, y las dificultades de la marcha crecian á proporcion que los escuadrones aumentaban. Ya no se limitaban á disparar sus flechas sobre la retaguardia, sino que empezaron á presentarse de frente, en los puntos ventajosos, para disputar el paso. Hernan Cortés, infatigable siempre, era el primero en acudir al sitio del peligro, y en desalojar de sus posiciones á sus contrarios, para que el ejército pudiera continuar su marcha. Resueltos los guerreros indios á impedirle la entrada en el territorio tlaxcalteca, se presentaron en la cumbre de un cerro próximo á un pueblo en que se habian detenido á descansar los españoles. Hernan Cortés, con cinco de caballería y algunos infantes, se dirigió á re-

(1) «Y allí estuve aquel dia y otro, porque la gente, así los heridos como los sanos, venian muy cansados y fatigados, y con mucha sed y hambre... é porque allí habia algun maíz, que comimos, y llevamos para el camino cocido y tostado.»—Seg. carta de Cortés.

conocer el punto; pero pronto se vió atacado por fuerzas considerables, que salieron de una ciudad que se hallaba detrás del cerro. El general castellano, recibió en este encuentro dos terribles pedradas en la cabeza, cuyas heridas fueron de alguna gravedad. (1) De vuelta al pueblo en que habia dejado á su tropa, dispuso que se continuase inmediatamente la marcha, juzgando peligroso permanecer en él. Los escuadrones indios, continuaron en su tenaz persecucion, cargando por todas partes á los españoles y poniéndoles continuas emboscadas en los puntos de difícil paso. «Huid, les gritaban, que pronto llegareis á donde ninguno quede con vida.» Esta terrible amenaza, que sin cesar repetian, persuadia á los españoles de que les esperaban considerables fuerzas en algun punto de difícil acceso. Sin embargo, estaban resueltos á morir, y menos terrible les parecia la muerte, que el hambre, la sed y la fatiga que sin cesar sufrian. Durante los últimos dias de sitio sufrido en los cuarteles de la capital, se vieron reducidos á una miserable racion de algunos granos de maíz. Desde que salieron de ella, el hambre y las penalidades aumentaron horriblemente. Marchando, para evitar un encuentro con los ejércitos mejicanos, por áridos y senderos extraviados, su principal alimento eran las raíces y las yerbas. Cuando alguno, desfallecido por la falta de alimento y el cansancio, se quedaba atrás de sus compañeros, caian sobre él los guerreros indios, que sin cesar les seguian, como sigue el cazador la fiera herida y desangra-

(1) «E de allí salí yo muy mal herido en la cabeza, de dos pedradas.»—Segunda carta de Cortés.

da, esperando á que caiga sin fuerzas á tierra, para apoderarse de ella sin temor. Los heridos y enfermos, precisados á subir montañas y á cruzar peligrosos desfiladeros, sentian agravarse sus males y pedian al cielo la muerte como el término de sus desgracias. Cuando pasaban por alguna aldea, los habitantes abandonaban sus chozas, llevándose los escasos víveres que tenian, y los hambrientos soldados no encontraban mas que algun poco de maíz que devoraban en el acto, sin que remediase su necesidad. Algunos soldados que habian salvado algun oro y joyas en la Noche Triste, miraban con tristeza el precioso metal, viendo que valia menos en aquellos momentos de necesidad, que un puñado de granos de maíz. Si aun lo guardaban, no era porque conservase para ellos ningun encanto, sino porque pensaban que con él, comprarian un pedazo de pan cuando llegasen á una poblacion amiga.

Hernan Cortés, procurando animar á sus soldados, se presentaba risueño y lleno de esperanza á ellos. Su alimento era el mismo que el de la tropa, y su hambre no inferior á la del mas infeliz del ejército; pero su espíritu, alzándose siempre por encima de las necesidades, como el sol sobre las oscuras nubes, desvanecia con su mágica palabra, los melancólicos pensamientos que ocupaban la mente de sus compañeros de armas, como los fulgentes rayos del astro rey desvanecen las húmedas nieblas que envuelven los campos.

Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y otros valientes capitanes que, como él, estaban dotados de un ánimo sin límites y de una fortaleza inquebrantable, secundaban los esfuerzos de su general; y los

soldados, no queriendo aparecer menos sufridos que sus intrépidos jefes, seguian su marcha sin quejarse. Reputados estaban los soldados españoles en todas las naciones, de sufrir el hambre y las miserias con admirable paciencia, sin decaer en su esfuerzo; pero nunca dieron una prueba que justificase mas esa opinion adquirida, que en la conquista de las Américas. La gente de Hernan Cortés superó á sus mismos compatriotas en el sufrimiento de aquellas terribles calamidades. Los tlaxcaltecas, aleccionados en la penosa escuela de los españoles á las privaciones y á los peligros, se manifestaban no menos esforzados y resueltos.

Los escuadrones que se habian reunido de los diversos pueblos, continuaban acosando de cerca á las fatigadas tropas del caudillo español. Luchando sin descanso, abrasados de calor y sin fuerzas para sostenerse en pié, llegaron á Zacamolco, pintoresca poblacion que abandonaron sus habitantes al acercarse Cortés. Casi al penetrar en sus puertas fueron heridos cuatro soldados españoles y número igual de caballos. Los guerreros indios dejaron de perseguir en aquel instante, porque se acercaba la noche, y se situaron en los puntos inmediatos á la poblacion. El hambre se dejó sentir horriblemente en el ejército aliado en esos momentos. Desde su salida de la capital nadie habia comido otra cosa mas que maíz tostado, en escasa cantidad, y yerbas que encontraban en el camino. (1) En aquella

(1) «Porque despues que de la gran ciudad salimos, ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido, y esto no todas veces ni abasto, y yerbas que cogíamos del camino.»—Seg. carta de Cortés.

estrema necesidad, murió casualmente uno de los caballos heridos pocas horas antes, y su carne sirvió de opíparo banquete al hambriento ejército español. El mismo Hernan Cortés, que participó del magnífico festin, dice que, aunque el cielo sabia la pena que recibieron por la muerte del corcel, porque despues de Dios, únicamente confiaban en los caballos para salvarse, les consoló su carne, no dejando del animal ni aun la piel. (1) Los tlaxcaltecas, no encontrando en las abandonadas casas ni un solo grano de maíz, se arrojaron al suelo á comer la yerba que crecia, pidiendo á los dioses que tuviesen piedad de ellos.

La retirada por un país en que no se conocia ninguno de los animales domésticos, que mas tarde llevaron los españoles, debia ser penosa. Sin medicinas, sin víveres, sin descanso, enfermos unos y cubiertos de heridas los mas, habian atravesado una parte pintoresca del país, sin poder apreciar sus bellezas, sin ver en él mas que poblaciones desiertas y estériles montañas. Habian pasado por Teotihuacan, en los llanos de Apan, sin fijar la vista en los colosales templos levantados al sol y á la luna, cuyos soberbios restos son las páginas elocuentes en que lee el viajero la magnificencia de los antiguos monumentos levantados en aquella parte del mundo, por sus primitivos habitantes. La colosal pirámide levantada al sol, en cuya elevada cúspide se descubria una enorme estátua de piedra, cubierta

(1) «Y nos mataron un caballo que, aunque Dios sabe cuánta falta nos hizo y cuánta pena recibimos con habérnosle muerto, porque no teníamos, despues de Dios, otra seguridad sino la de los caballos, nos consoló su carne, porque la comimos, sin dejar cuero ni otra cosa dél, segun la necesidad que teníamos.»—Seg. carta de Cortés.

de oro, con una concavidad en el pecho, en que estaba la imágen de aquel astro, de oro tambien finísimo, era notable. La base ó cuerpo inferior, medía ochocientos cuarenta piés de longitud, seiscientos dos de latitud y su altura correspondia á su inmensa mole. El templo piramidal á la luna, tenia seiscientos dos piés de largo, y quinientos diez y siete de ancho. Estos dos monumentos de la antigüedad, edificados por los toltecas, que fueron los primeros habitantes que poblaron el Anáhuac, tenian cuatro cuerpos cada uno, con igual número de escaleras, dispuestas en el mismo órden que las del templo mayor de Méjico. Esos vastos edificios, levantados por los toltecas, sirvieron de modelo á las demás naciones que pasaron de los países del Norte á las bellas regiones de aquella privilegiada parte de la América. En derredor de los dos sorprendentes templos del sol y de la luna, se levantaban suaves y pintorescos montecillos, hechos tambien por los toltecas, que eran otros tantos templos dedicados á diferentes planetas y estrellas. La magnificencia de los monumentos religiosos y el número considerable de ellos, hizo que se le diese á la ciudad el nombre de Teotihuacan, que significa, *lugar de los dioses*. Aun se distinguen tres de los cuerpos de las colosales pirámides edificadas al brillante astro del dia y al melancólico y dulce de la noche, y se ven casi destruidas del todo, las gradas que les separaban. Hoy, esos venerandos restos de los grandiosos monumentos de la antigüedad, yacen olvidados del mundo, y únicamente atraen la mirada de algun instruido viajero que se detiene conmovido á contemplarlos. Esas elocuentes páginas, restos del libro de los monumentos primitivos de la América, se ven

actualmente invadidas por la yerba y la maleza, y es de temerse que lleguen á quedar cubiertas del todo, sin que el hombre pueda leer en ellas las obras de las pasadas generaciones.

Hoy, la hermosa ciudad de Teotihuacan, la que mereció llamarse por sus soberbios templos y grandeza, *lugar de los dioses,* no es mas que una modesta aldea de muy pocos habitantes.

Cuando el ejército español, abatido y lleno de necesidad, pasó por esa poblacion, entonces de importancia, los edificios quedaron sin gente, y los soldados, no encontrando víveres ningunos en ella, se alejaron sin poder detenerse á contemplar la importancia de sus edificios.

Calmada el hambre con el opíparo banquete, debido á la carne del corcel matado, Hernan Cortés tomó una providencia que da á conocer que no descuidaba ninguna precaucion; que preveia todos los casos. Calculando que el número de contrarios seria mayor al siguiente dia, por lo que habia observado en los anteriores, quiso que los caballos se hallasen descansados para poder romper los escuadrones que le disputasen el paso. Con este fin mandó que se hiciesen muletas para los estropeados, heridos y enfermos, que hasta entonces habian ido en ancas de los corceles.

Al asomar la luz primera de la aurora, la tropa se puso en camino, marchando en la descubierta una fuerza de caballería, y guardando el órden que se habia observado hasta allí. Cuando llegó á la cima de la montaña que domina el pintoresco valle de Otumba, los soldados dirigieron la vista por la hermosa campiña, y respiraron al ver

que los guerreros indios habian cesado de perseguirles y que nada se presentaba que pudiese inquietarles. La esperanza del término de las penas animó todos los corazones. La cercanía del territorio de Tlaxcala inundó de consuelo el alma de tlaxcaltecas y españoles. Los primeros volvian á la madre patria, donde tenian sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus mujeres, sus parientes y sus amigos. Los segundos llegaban al país hospitalario que miraban como su segunda patria, como el punto salvador y amigo donde podrian curarse de sus heridas.

El ejército aliado descendió de las montañas que circundan el valle de Otumba, acariciando las mas lisonjeras ilusiones. Se consideraban ya en salvo, y el regocijo brillaba en el semblante de todos los soldados. Pronto la alegría se cambió en sobresalto. Cuando se hallaban próximos á salir de un sendero que descendia á la llanura, tres ginetes de los que iban de descubierta, volvieron al galope, anunciando que los campos se hallaban cubiertos de escuadrones mejicanos. (1)

Pronto contemplaron con la vista, lo que escuchaban los oidos. Al llegar á un punto descubierto del monte de Aztaquemecan, por donde caminaban, descubrieron en el extenso llano, un numeroso y brillante ejército, que invadia el valle entero, y cuyos últimos guerreros se perdian en el horizonte. Allí estaban reunidas las milicias de Otumba (Otompan), Calpulalpan, Teotihuacan y de otras

(1) «Ya que creimos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de acaballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros mejicanos aguardándonos.» —Bernal Diaz. Hist. de la conq.

provincias inmediatas, con las aguerridas tropas de Texcoco y las mejicanas, que habian salido de la capital anhelantes de nuevos triunfos y de esterminar los restos de las fuerzas extranjeras. Habian llegado mucho antes que los españoles. Estos, obligados á caminar por senderos tortuosos para evitar encuentros, habian dado un rodeo de veintisiete leguas, para llegar al sitio en que se hallaban, y que solo distaba nueve de la capital. A doscientos mil hombres han hecho subir la cifra de aquel numeroso ejército la mayor parte de los historiadores. Bernal Diaz del Castillo no determina el número; pero dice que «en ninguna batalla dada en el Nuevo Mundo, hubo ejército con el número de guerreros que se presentaron en las llanuras de Otumba.» (1) Hernan Cortés no expresa tampoco la cifra; pero hace notar que era muy alta, al asegurar que ni un palmo de terreno, de la extensa llanura, se encontraba sin guerreros aztecas. (2)

La vista que presentaban aquellos millares de escuadrones, era sorprendente. Los señores y caciques de cada provincia se habian presentado en el campo de batalla con sus mas lujosos trajes, ostentando en sus armaduras, rodelas, mantos, cascos y penachos, el lujo deslumbrador que formaba su encanto. Los mejores pendientes de oro y pedrería, colgaban de sus orejas y labio inferior, y magní-

(1) «Porque no se habia visto ni hallado, en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de Méjico y de Texcuco.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

(2) «Salieron al encuentro mucha cantidad de indios, y tanta, que por la delantera, lados ni rezaga, ninguna cosa de los campos que se podian ver, habia dellos vacía.»—Seg. carta de Cortés á Cárlos V.

ficos brazaletes del mismo metal rodeaban sus brazos. Los soldados indios, pintado el desnudo cuerpo con resaltantes colores, figurando petos y trajes caprichosos, se apoyaban sobre sus lanzas y sus largos arcos, esperando la señal del combate. Relucientes cotas de finas láminas de oro y vistosas capas hechas de exquisitas plumas, distinguia á los nobles oficiales que llevaban en alto el estandarte correspondiente á su provincia, y lujosas celadas de madera, adornadas de oro, figurando cabezas de temibles fieras, llevaban los guerreros notables, en cuyas manos se veia el terrible *maquahuitl* con sus cortantes puntas de obsidiana. En medio de aquel numeroso ejército, cuyos magníficos penachos y banderolas mecia suavemente el viento, haciendo que sus brillantes colores deslumbrasen, bañados por los rayos del sol, flameaba el lujoso estandarte que conducia en las batallas el general en jefe. Era una red de oro asegurada en la punta de una asta, que llevaba atada fuertemente á la espalda, á fin de perder antes la vida que la gloriosa insignia militar en que cifraba su honra el ejército. Mandaba los numerosos escuadrones indios que cubrian la llanura, el general Cihuaca, que se habia distinguido por su valor y pericia en su larga carrera militar. Vestia un rico manto blanco y azul adornado de oro y exquisita pedrería; lucia en la cabeza un magnífico penacho de brillantes plumas; llevaba en el brazo izquierdo un costoso escudo de láminas de oro, y se ostentaba en unas preciosas andas, que sostenian en sus hombros algunos soldados. El estandarte que, como he dicho, llevaba atado á la espalda, se levantaba tres varas sobre su cabeza, á fin de que fuese visto de todas partes por el ejército. Lo mas granado de la nobleza se hallaba

al lado del general en jefe, ostentando, algunos, una cinta encarnada con que tenian atado el cabello, y de la cual pendian unas bolitas de algodon, cuyo número era igual al de las brillantes batallas en que se habian distinguido.

Cuando el fatigado y reducido ejército español vió cerrado el paso por aquel océano de guerreros que inundaba el valle hasta el pié de las montañas, hizo alto un momento dudando si debia avanzar, exponiéndose á ser destrozado por sus embravecidas olas, ó retroceder para buscar un rumbo menos peligroso. La presencia de aquel extraordinario número de escuadrones era para infundir terror al corazon mas atrevido. Los soldados españoles temieron; pero no por eso desmayaron. Comprendieron toda la magnitud del peligro; pero se propusieron arrostrarlo luchando hasta morir. (1) El mismo Hernan Cortés al comparar las inmensas masas que llenaban el valle, con el puñado de hombres que llevaba, muchos de ellos heridos y enfermos, y todos desfallecidos de hambre y de cansancio, tuvo por seguro que habia llegado el último dia de su vida. (2) No contaba allí con los recursos de las armas de fuego. No habia mas que espadas y lanzas y unas cuantas ballestas que se habian salvado del naufragio de la Noche Triste, pues los siete arcabuces que no quedaron en los puentes,

(1) «Y cuando lo vimos, bien que tuvimos temor, é grande, mas no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

(2) «Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias, segun el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos, muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre.»—Segunda carta de Cortés.

eran inútiles en aquellos momentos, porque se carecia absolutamente de pólvora. Pero el ánimo de Hernan Cortés era superior á los mayores peligros. Creyó llegado el dia de su muerte; pero no le arredró esta consideracion. Era el hombre de espíritu sereno que meditaba, sin alterarse, en medio del conflicto, buscando en su imaginacion el modo de hacer cambiar de aspecto el rostro de la adversa fortuna.

Diestro y experimentado general, formó su tropa antes de descender al valle, y se detuvo á esplicar el órden que las compañías debian observar en el combate; para favorecerse mútuamente, encargó á la caballería que dirigiese la punta de la lanza á los ojos de los contrarios, y marcó á los infantes el punto del cuerpo á donde debian descargar la estocada. El escuadron estaba reducido á veinte ginetes, y Cortés los dividió en cuatro secciones de á cinco. Debian entrar y salir á media rienda, para no fatigar los caballos, ocupándose mas en derribar con ellos, que en herir con las lanzas.

Dadas las instrucciones que juzgó convenientes, dirigió una breve alocucion á sus soldados, recordándoles las glorias adquiridas en todas las batallas campales. Les dijo que en todas ellas se habian visto rodeados de millares de escuadrones enemigos; pero que siempre habian salido triunfantes, porque Dios militaba del lado de los cristianos. «Pocos somos,» añadió, «y numerosos los contrarios. Hemos venido á dar á conocer el signo de la redencion. Luchemos, pues; y si morimos, habremos cumplido como cristianos y caballeros. Si vencemos, como espero, porque tengo fé en que Dios nos dará su amparo, la religion y la patria ensalzarán nuestros nombres.»

Los soldados, participando del entusiasmo y de la fé de su general, se manifestaron resueltos á vencer ó morir; y despues de encomendarse, dice el bravo Bernal Diaz, «á Dios y á Santa María, de corazon y de invocar el nombre de Santiago,» marcharon hácia el enemigo con imperturbable serenidad.

Terrible debió ser la emocion que experimentaban al ir acercándose al inmenso océano de escuadrones mejicanos, cuyas olas iban invadiendo el terreno que dejaban, cercándoles por todas partes. Pronto se vieron cubiertas de guerreros las mismas montañas por donde habia bajado el corto ejército español. Cuando este avanzó hasta el centro de la llanura, los batallones aztecas, dando horribles alaridos y dejando oir el espantoso sonido de sus instrumentos bélicos, se fueron acercando por todas partes, estrechando el círculo y arrojando, á medida que avanzaban, una lluvia de flechas y de piedras sobre sus contrarios. Los españoles vieron llegar las amenazantes olas con serenidad, y cuando parecia que iban á quedar sepultados bajo de ellas, la caballería, siguiendo las instrucciones de Cortés, que se encontraba á la cabeza, acometió en grupos de á cinco, por los cuatro lados, arrojando centenares de enemigos de uno y otro lado, dando lugar á que la infantería acometiese con sus espadas y lanzas. No de otra manera se abre paso la nave por en medio de las terribles olas que le combaten, arrojando á un lado y otro las que azotan sus costados. (1) Pero el ejército español vol-

(1) «Solis dice que se dió una oportuna carga de arcabuces y ballestas. Pero sufre un error, pues los españoles no tenian entonces mas que siete ar-

via á verse cerrado inmediatamente por nuevos batallones que le oprimian y amenazaban aplastarle con su peso. Los jefes mejicanos, anhelantes de gloria y resueltos á vencer á toda costa en aquel dia, se lanzaban con sus columnas de guerreros sobre sus contrarios, descargando furibundos golpes con sus terribles armas. Las lanzas de unos y otros se cruzaban, y el cortante *maquahuitl* y la espada toledana chocaban, hiriendo de muerte con sus cortantes filos. Los combatientes de uno y otro ejército se hallaban mezclados, luchando cuerpo á cuerpo, sobre una alfombra ensangrentada, cubierta de cadáveres. (1) Diestros en la esgrima, los soldados españoles no descargaban golpe que no causase una víctima, ni daban paso sin encontrarse con las puntas de las lanzas de sus contrarios. Cada palmo de terreno era disputado tenazmente por una y otro parte. La valerosa mujer María de Estrada, empuñando la espada y embrazando la rodela como lo habia hecho en la Noche Triste, acometia, con indecible arrojo á sus contrarios, rivalizando en denuedo con los mas esforzados del ejército. Y no era una mujer de carácter duro ni falta de generosos sentimientos, sino «buena y honrada,» dice el veterano historiador; pero que dotada de valor y juzgando un deber combatir por la fé y por el rey, quiso tomar parte en la

cabuces, pero carecian absolutamente de municiones. «Que no quedamos, dice Bernal Diaz, sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora.»

(1) «Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos á otros: tan juntos y envueltos andaban con nosotros!»—Seg. carta de Cortés.

lucha en los momentos mas críticos para el ejército. (1) Los mejicanos, exaltados de ira al ver caer á su lado á sus mas queridos compañeros, acometian con furia indecible, hiriendo y matando con sus macanas y formidables espadas á los que no acudian á tiempo á parar sus golpes. Era una lucha sangrienta en que ambos ejércitos, despreciando la muerte, buscaban la victoria. (2) Muchos españoles y tlaxcaltecas habian sucumbido, y el mismo Hernan Cortés recibió otra formidable pedrada en la cabeza. No habia caballo ni caballero que no estuviese herido. Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Olid y otros muchos se hallaban cubiertos de heridas; pero no por esto dejaban de combatir con menos furia, entrando y saliendo á media rienda por entre los escuadrones mejicanos y derribando cuanto encontraban á su paso. Nadie sentia los golpes recibidos ni se cuidaba de la sangre que de su cuerpo corria; el hambre, la sed y el cansancio habian desaparecido como por encanto, de los soldados de Cortés. El ardor del combate les alimentaba y fortalecia. (3) No luchaban con menos valor los aliados tlaxcaltecas. Raza belicosa y

(1) «Y á un buen soldado que se decia Pedro Sanchez Farfan, marido que fué de la buena y honrada mujer María de Estrada.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(2) «¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos en pié con pié, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(3) En la relacion de los hechos de armas sigo á los testigos oculares. En esta he tenido presente los escritos de Bernal Diaz y de Cortés. «Pues á nosotros, dice el primero, no nos dolian las heridas, ni teniamos hambre ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo.»

altiva, como todas las que poblaban aquella hermosa parte de la América, «se batian como leones,» dice Bernal Diaz; «y se mostraban sufridos y esforzados.» (1)

El general español, acudiendo á donde la lucha era mas obstinada, animaba á sus soldados y les señalaba el sitio á donde debian dirigir las estocadas. Gonzalo de Sandoval, semejante en el valor y la presencia á los héroes de las leyendas de caballerías, corria de una parte á otra, con otros capitanes, rompiendo escuadrones y alentando á los infantes. «Amigos mios,» exclamó lleno de entusiasmo, «hoy la victoria será nuestra. Para alcanzarla, nos ha reservado Dios la vida. El nos proteje: adelante.» (2)

Al terminar estas palabras, dirigió el brioso corcel hácia las numerosas masas que cerraban el paso, y acometiéndolas con otros ginetes, echó por tierra centenares de guerreros que llegaban á verse aplastados bajo las herraduras de los poderosos caballos. Pero los rasgos de heroicidad, los sublimes esfuerzos y la inquebrantable constancia de los castellanos, parecian inútiles. A los guerreros aztecas que morian, reemplazaban inmediatamente otros, y el combate seguia sin que los españoles pudieran salir de aquel inmenso océano de gente, cuya orilla no llegaban á descu-

(1) «Pues nuestros amigos los de Tlaxcala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, haciaulo muy bien y esforzadamente.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

(2) «Pues oir cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decia «Ea, señores, que hoy es el dia que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos; para algun buen fin nos guarda Dios.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

brir. Varias horas llevaban de lucha. El sol se aproximaba al cénit, enviando sus quemantes rayos sobre los combatientes. Los cristianos, aunque habian olvidado sus heridas y padecimientos con el ardor de la batalla, empezaban á sentir el cansancio y la fatiga, mientras los mejicanos presentaban nuevos escuadrones de refrescos que acometian con mayor esfuerzo y decision. No era dudoso el resultado de la lucha. Los españoles, desfallecidos de hambre y desangrados, tenian que perecer agobiados por el número de sus contrarios. Solamente alguna circunstancia extraordinaria podia hacer cambiar el desenlace que se presentaba á la vista de todos. Hernan Cortés, que para cada obstáculo creaba un remedio, recorria con la vista el campo enemigo, buscando algo á que pudiese recurrir para alcanzar el triunfo. Su vista de águila descubrió á lo lejos un objeto en que fijó su mirada con avidez. Era el estandarte que el general en jefe Cihuaca llevaba sujeto á la espalda, y que, como he dicho, sobresalia tres varas sobre su cabeza. El distinguido personaje, dirigia la batalla desde sus ricas andas, colocadas sobre los hombros de robustos soldados, á fin de dominar el campo y ver los acontecimientos. Rodeaban al general los mas ilustres guerreros, que revelaban lo ilustre de sus cunas, en el noble porte de sus personas, en sus bellos mantos, en sus costosas armaduras y en las ricas joyas que ostentaban.

En el semblante de Hernan Cortés brilló la luz de la esperanza. Habia oido decir que los mejicanos se desordenaban cuando llegaban á perder su estandarte. El caudillo español se propuso apoderarse de él ó morir en la demanda. Difícil era la empresa; pero toda dificultad encer-

raba para él un encanto. Resuelto á dar el golpe decisivo, se dirigió á los valientes capitanes que le acompañaban, entre los cuales se hallaban Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso de Avila: «El cielo nos protege,» dijo: «he descubierto el punto en que está la victoria; seguidme, señores.» El valiente general arrimó las espuelas á su brioso corcel, y al grito de «Santiago,» penetró con la caballería por entre les escuadrones aztecas, rompiendo el muro de lanzas y de espadas que le oponian, y derribando cuanto encontraban al paso, como el terrible huracan derriba los robustos árboles que tratan de resistirle en su impetuosa marcha. El inesperado y brusco ataque no dió lugar á que los mejicanos se preparasen á recibirle, y antes de que volviesen de su asombro, Hernan Cortés se hallaba ya á pocas varas del general contrario. Sin cesar en su carrera, y desprendiéndose de sus compañeros, como el rayo se desprende de la nube, se lanzó sobre el jefe azteca, y atravesándole con la lanza, le arrojó al suelo de las andas, atropellando á los guerreros que le rodeaban. Juan de Salamanca, jóven y valiente caballero que iba cerca de Cortés, desmontó rápidamente del caballo; le dió muerte; le quitó el rico penacho que coronaba el estandarte, y se lo dió al caudillo español, diciéndole: «que nadie tenia mas derecho que él á la posesion de aquel trofeo, puesto que habia sido el primero en abatir la bandera del enemigo.» (1) Todo esto pasó con la rapidez de una exha-

(1) «Y le quitó el rico penacho que traia, y se le dió á Cortés, diciendo que, pues él le encontró primero y le hizo abatir la bandera, y hizo perder el brio, le daba el plumaje.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

lacion. Los nobles que formaban el estado mayor del general azteca, sorprendidos del suceso y atropellados por la caballería, emprendieron aterrados la fuga. El espanto se difundió entonces en todo el ejército. La muerte del jefe y la pérdida del estandarte, esparció el pánico en las filas mejicanas, que solo pensaron ya en salvarse. Jefes y soldados, poseidos de pavor y de sobresalto, huian sin oponer resistencia, atropellándose unos á otros y aumentando la confusion y el terror su mismo número. Los españoles y tlaxcaltecas, para evitar que pudieran rehacerse y continuar el combate, se lanzaron sobre los desordenados y fugitivos escuadrones, haciendo en ellos una horrible carnicería. Las fatigas, el cansancio y el hambre, volvieron á olvidarse, y la persecucion fué tenaz y sangrienta. El ejército mejicano, deshecho y destruido, se alejó por diversos rumbos, temiendo ser perseguido. Dueños del campo los españoles, se ocuparon en recoger el rico botin abandonado por los vencidos. El campo se hallaba cubierto de cadáveres, y entre ellos se encontraban muchos nobles y capitanes que se habian presentado en el combate con sus mas brillantes joyas y preciosas armaduras, como era costumbre en aquellas naciones que desplegaban toda su ostentacion en los costosos y deslumbrantes adornos de sus vestidos. Hernan Cortés habia encargado á sus soldados que dirigiesen sus golpes á los personajes principales que se distinguian por sus penachos cubiertos de oro así como por sus ricas armas y divisas; y la tropa, siguiendo sus instrucciones, habia dado muerte á notable número de ellos. (1) El botin fué abundante y rico. Los soldados es-

(1) «Y las palabras que Cortés decia á los que andábamos envueltos con

pañoles, lo mismo que los guerreros tlaxcaltecas, se ocuparon en apoderarse de los despojos dejados por el enemimo y entonaban cantos de victoria.

La batalla de Otumba, Otompan, dada el 14 de Julio de 1520, fué una de las mas notables para las armas españolas. (1) El extenso valle que los mejicanos habian elegido para teatro del combate, debió ser la tumba de los restos del ejército español. Todo hacia creer que allí tendria funesto fin la empresa atrevida del caudillo castellano. No habia nada que hiciese dudar de que la victoria seria de las tropas aztecas. Los dos ejércitos formaban un singular contraste, altamente desventajoso para los cristianos. Los escuadrones mejicanos eran numerosos y se componian de gente robusta y descansada. Las cortas fuerzas que habian escapado de la matanza de la Noche Triste, se hallaban desfallecidas de hambre, estenuadas por las enfermedades, cubiertas de heridas, fatigadas de una marcha penosa por entre montañas, luchando de continuo en su retirada, sin artillería, sin arcabuces, sin nada de lo que al principio les habia hecho temibles, y lo que era peor aun, despojados del nombre de invencibles que un tiempo habian adquirido. Contaban, es cierto, en medio de esas notables

ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados: porque todos traian grandes penachos con oro y ricas armas y divisas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) Aunque Hernan Cortés dice que salieron del territorio mejicano el dia 8 de Julio, no acepto su fecha porque juzgo que se cometió un error en la edicion. Bernal Diaz del Castillo, á quien sigo, porque la fecha que pone corresponde con los dias que señala que estuvieron sitiados, dice: «Y fué esta nombrada batalla de Obtumba á 14 del mes de Julio.»



BATALLA DE OTUMBA.

desventajas, con la superioridad en la táctica, con la disciplina que forma la fuerza de los ejércitos, y con la confianza en su general. Sin embargo, no podian compensar estas tres circunstancias, las ventajas que se hallaban de parte de sus contrarios. Los españoles hubieran perecido sin remedio, á no haber contado mas que con la superioridad de la táctica, la disciplina y la confianza en su jefe. En esas mismas condiciones, habrian sucumbido bajo el mando de cualquiera otro general. Se necesitaba un genio como el de Cortés para superar las dificultades y hacer cambiar en risueña, la adusta faz de la fortuna. Su imaginacion, fecunda en recursos, se fijó en un punto en que nadie se hubiera detenido, y vió el triunfo donde otra habria creido encontrar la derrota. Era un hombre extraordinario que sabia aprovecharse de lo que para una persona de inferior inteligencia no tendria importancia ó pasaria desapercibido.

No hay un solo historiador que no ensalce el hecho heróico de Hernan Cortés, que dió por resultado la brillante victoria alcanzada en ese dia. Sin embargo, hay otra cosa no menos de elogio en Cortés, que la notable accion que le proporcionó el triunfo: la modesta y concisa manera con que da cuenta de ese importante hecho al emperador Cárlos V. Nada habla de sí, ni hace el mas leve mérito de las disposiciones que tomó en el combate. Se concreta á decir sencillamente, «que la lucha duró hasta que la Providencia dispuso que muriese una persona principal del ejército contrario.» (1) La sencilla y modesta relacion de

(1) «E con este trabajo fuimos mucha parte del dia, hasta que quiso Dios

Cortés, tiene, por desgracia, pocos imitadores en los hombres que figuran al frente de los ejércitos.

El jóven y valiente caballero Juan de Salamanca, alcanzó tambien una honrosa distincion, que entonces se estimaba en mas que todas las riquezas. El emperador Cárlos V, le concedió el privilegio de un escudo de armas para su casa. En él se ostentaba un penacho, en memoria del que coronaba el estandarte mejicano, de que se apoderó dando muerte al general Cihuaca.

A veinte mil hombres hacen subir la pérdida de los mejicanos, los historiadores que han descrito la batalla de Otumba. No determinan número ni Cortés ni Bernal Diaz; pero debe suponerse que fueron grandes sus bajas, atendido el valor con que lucharon y el desórden introducido en sus escuadrones al perder el estandarte.

Muchos fueron tambien los muertos y heridos que tuvieron las tropas españolas. En vano algunos escritores han procurado ocultar sus pérdidas. «¡Y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos!» dice Bernal Diaz. Estas palabras del franco veterano historiador que se halló en la lucha, manifiestan que en las filas españolas hubo notables bajas.

La cifra de los muertos tlaxcaltecas fué tambien bastante alta. El esfuerzo y valor de las tropas de la república amiga, llamaron la atencion de los españoles, que les prodigaron grandes y justos elogios. Entre los jefes que las mandaban, se hizo notable Calmecahua, capitan de

que murió una persona dellos, que debió ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.»—Seg. carta de Cortés.

esforzado aliento y de fuerza prodigiosa. Cuando se bautizó tomó el nombre de Antonio. Si notable logró hacerse por su valor, no se hizo menos por su prolongada vida, pues murió á los ciento treinta años.

Hernan Cortés, despues de que los soldados españoles y tlaxcaltecas recogieron algunos despojos del ejército vencido, les llamó á formar para continuar la marcha.

Reunidos todos y contentos del feliz éxito del combate, tomaron el camino de Tlaxcala por la parte oriental de la llanura. A la caida del sol llegaron á un *teocalli* que se encontraba en el llano. Hernan Cortés alojó en él á los heridos, enfermos, y tropa que cupo, quedando el resto del ejército en el campo.

Desde allí se descubrian ya las altas sierras pertenecientes á la república de Tlaxcala. El placer de los guerreros tlaxcaltecas era indescriptible, al ver las elevadas montañas de su patria, á donde tenian sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus esposas y sus amigos. Se hallaban á corta distancia del suelo que les vió nacer, donde habian pasado los juegos de la infancia; y la emocion de placer que inundaba sus corazones, les hacia olvidar el hambre, el sueño y el cansancio.

No era menor el regocijo de los españoles al ver la tierra hospitalaria de sus valientes aliados; pero este regocijo se hallaba mezclado de temor y de duda terribles.

Volvian huyendo, sin artillería, sin municiones, enfermos, heridos y estropeados. Acababan de ganar, es cierto, una gran batalla; pero sin embargo, se veian precisados á salir del territorio del imperio azteca. Al verles destrozados, sin recursos y desfallecidos de hambre, podian mani-

festarse hostiles para no provocar una guerra con los mejicanos, y dar fin á los restos que se salvaron de la Noche Triste.

Este era el pensamiento que preocupaba á los españoles al descubrir las montañas de la república tlaxcalteca. (1)

Hernan Cortés, aunque dominado por la misma idea, meditaba en los medios de superar los obstáculos que pudieran presentarse, sin abandonar jamás el pensamiento de dar cima á la empresa comenzada. Nada habia que arredrase su animoso corazon, ni hiciese desmayar su espíritu extraordinario.

Cuando la noche tendió su negro manto envolviendo en sombras la tierra, el infatigable caudillo español, olvidándose de la fatiga del dia y sin hacer caso de sus heridas, permaneció en vela, recorriendo todos los puntos avanzados y recomendando á los centinelas la incesante vigilancia.

Acababa de alcanzar una gran victoria, y sin embargo vigilaba como si el enemigo hubiese quedado triunfante.

Era el cauto general que no descuidaba jamás sus deberes.

Primero en el mando, queria serlo tambien en la fatiga y en el cumplimiento de su obligacion.

Un profundo silencio reinaba en la inmensa llanura.

(1) «Y ya desde allí se percibian ciertas sierras de la provincia de Tascaltecal, de que no poca alegría llegó á nuestro corazon... aunque no estábamos muy satisfechos de hallar los naturales de la dicha provincia seguros y por nuestros amigos: porque creíamos que viéndonos ir tan desbaratados, quisieran ellos dar fin á nuestras vidas.»—Seg. carta de Cortés.

Los soldados españoles y tlaxcaltecas recuperaban en el sueño sus fuerzas.

Hernan Cortés, de pié sobre el átrio superior del *teocalli* en que habia colocado una guardia, dirigia la vista hácia la campiña, que se encontraba envuelta en la oscuridad.

CAPÍTULO XVII.

Llegan los españoles á territorio tlaxcalteca.—Son acogidos hospitalariamente.—Los jefes de la república salen de la capital para recibir á Hernan Cortés.—Lealtad de los tlaxcaltecas.—Hernan Cortés marcha á la ciudad de Tlaxcala donde es recibido con entusiasmo.—El emperador de Méjico propone al senado de Tlaxcala alianza ventajosa, si la república combate á los españoles.—Se reune el senado á tratar la cuestion.—El senador Maxixca pide que se deseche la proposicion: el jóven Jicotencatl opina lo contrario.—Los senadores arrojan del salon al jóven Jicotencatl por manifestarse contrario á los españoles, le destituyen del mando del ejército y de sus honores y le ponen preso.—Se desecha la proposicion del emperador de Méjico.—Hernan Cortés, suplica al senado que le devuelvan el mando y los honores al jóven Jicotencatl.—Parte del ejército español hace un requerimiento á Cortés para volver á la Villa-Rica.—Cortés logra persuadirles á permanecer en Tlaxcala.

1520. Julio 15. Al asomar por el Oriente la luz del astro rey, las tropas españolas y tlaxcaltecas se formaron para continuar la marcha.

Los escuadrones mejicanos habian desaparecido desde la batalla del dia anterior, y el paso se encontraba libre de contrarios. Unicamente se veian á lo lejos algunas ligeras

partidas de guerreros que no manifestaban intencion de aproximarse.

Era en las primeras horas de la mañana del 15, cuando el ejército aliado se puso en camino. Muchas y grandes poblaciones empezaron á encontrar á su paso; pero de todas se habian alejado sus habitantes, llevándose los víveres y el humilde ajuar de sus hogares.

El terreno por donde la tropa marchaba era llano, y conducia rectamente á la república de Tlaxcala.

Dentro de breves horas se encontrarian fuera del territorio mejicano y en país amigo.

Nada parecia que pudiese impedir la marcha. El ejército azteca no se descubria por ninguna parte, y los grupos de guerreros que aparecian en las alturas, continuaban manteniéndose siempre á respetuosa distancia, contentándose con arrojar algunas flechas y lanzar prolongados alaridos.

Los soldados tlaxcaltecas caminaban henchidos de júbilo. Se hallaban, por decirlo así, á las puertas de su casa, donde les esperaban los séres queridos del corazon.

Los españoles, aunque contentos tambien, dudaban si serian bien recibidos, y este pensamiento les sobresaltaba. Sin embargo, el afan por llegar era indecible. Pronto se dejó ver, á lo lejos, la gran muralla que señalaba el notable baluarte que defendia la entrada al territorio de la república. Al descubrirla, los tlaxcaltecas prorumpieron en gritos de alegría, saludando con entusiasmo la querida tierra en que habian nacido.

Hernan Cortés y su gente experimentaron el mismo placer; pero á medida que se aproximaban, crecia en ellos el temor de encontrar hostilidad, donde habian esperado

hospitalidad. En aquellos momentos, el caudillo español no desmintió su ánimo extraordinario, ni su prudencia, ni su valor. Midió sus fuerzas, meditó en los obstáculos con que tendria que luchar si la república se declaraba su enemiga, y lleno de fé en su empresa, se dispuso á dar frente á todas las eventualidades.

Previsor no menos que animoso, se acercó á sus soldados para indicarles la conducta que debian observar al verse entre sus antiguos amigos. «Somos, les dijo, muy pocos, y carecemos de armas de fuego y de municiones. Pocos son los que están sanos y no cuentan con varias heridas recibidas en los combates. Debemos á los tlaxcaltecas notables favores, y justo es que tratemos de pagárselos, observando con ellos una conducta noble y leal. Evitad, por lo mismo, el causarles el mas leve disgusto. Tengo fé en que Dios hará que los encontremos amigos; pero si así no fuese, nos hallarán fuertes en los combates y les haremos sentir el filo de nuestras espadas, abriéndonos paso por en medio de ellos. Marchemos, pues, apercibidos, que nunca la prevision fué dañosa.» (1)

(1) «Y Cortés nos dijo que, pues éramos pocos... y no teniamos pólvora y todos heridos y cojos y mancos, que miràsemos muy bien cómo nuestro Señor Jesucristo fué servido escaparnos con las vidas, por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores...; y que nos rogaba que en Tlascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase alguna cosa; y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á capitanes en las guerras, como nosotros; y mas dijo, que tenia esperanza en Dios que los hallariamos buenos y leales; é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercibidos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

Los soldados se propusieron seguir fielmente las acertadas advertencias de su general, pues comprendian que únicamente observándolas, podrian salir bien de la crítica situacion en que se encontraban. No eran ya mas que cuatrocientos cuarenta hombres, heridos y enfermos la mayor parte, y era preciso que en el órden y la disciplina encontrasen la fuerza. (1)

Luchando entre la duda y la esperanza, pero alentados siempre por las palabras de su general, llegaron á una ladera, donde se encontraba un abundante manantial de agua cristalina. A distancia de pocas varas, se levantaba la alta y gruesa muralla que marcaba los términos de la república de Tlaxcala. Se hallaban ya fuera del territorio mejicano. Nada tenian qué temer de los ejércitos aztecas. Los españoles, sedientos y fatigados, se detuvieron en aquel delicioso manantial, á uno de cuyos lados se veia una hermosa arboleda que brindaba benéfica sombra á la cansada tropa. Los soldados, despues de haber calmado la devoradora sed y de tomar un mezquino alimento, que consistia en un poco de maíz y algunas frutas silvestres que habian encontrado, se lavaron para quitarse el polvo que cubria sus rostros y sus piés, entregándose, en seguida, al descanso.

Emprendida de nuevo la marcha, pronto pasaron la sólida muralla y penetraron en el territorio de Tlaxcala. Los guerreros tlaxcaltecas se entregaron á las manifestaciones

(1) «Que no quedábamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teniamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

del mas profundo contento, al pisar el suelo patrio, y los españoles levantaron las manos al cielo, dando gracias al Sér Supremo porque les habia salvado de los inminentes peligros en que pensaron perder la vida.

Henchidos de alegría los primeros, y sintiendo los segundos esa mezcla extraña de placer y de temor, nacida de la duda, llegaron á Huejotlipan, poblacion importante de veinte mil almas, que contaba con buenos y espaciosos edificios. (1) Los habitantes, al ver llegar á los hombres blancos, salieron á recibirles á las puertas de la ciudad, manifestándoles su aprecio y simpatía. Alojados en uno de los edificios mas espaciosos, los habitantes les proporcionaron los víveres necesarios, unos desinteresadamente, y otros solicitando por ellos algunas piezas de oro que los españoles daban con gusto, puesto que no habian guardado las joyas sino para proporcionarse con ellas lo necesario á la vida. (2) La buena acogida y las atenciones de los nativos, desvaneció todo temor en los castellanos. La lealtad y la buena fé se revelaban en todas las acciones de los habitantes, y la confianza sucedió al recelo y á la duda.

Hernan Cortés, viendo que de nada carecia en aquella animada poblacion, y conociendo que era preciso dar á sus

(1) Hernan Cortés llama á esta poblacion Gualipan; Bernal Diaz, Gualiopar, y Solís, Gualipar

(2) «Aunque muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dineros, y aunque no querian otro sino oro.» (Seg. carta de Cortés.) «Nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas pieecitas de oro y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

soldados algun reposo, se detuvo tres dias en ella. Activo y cuidadoso, hizo que se tuviese especial cuidado en curar á los heridos y enfermos; examinó el estado que guardaban las armas; recomendó mucho el buen alimento de los caballos, y vigilaba, por sí mismo, de todo lo que al ejército pertenecia.

La noticia de su llegada á Huejotlipan, se supo bien pronto en la capital de la república, que solo distaba cuatro leguas de la mencionada poblacion. Al escucharla, se pusieron inmediatamente en camino los jefes de la república y se dirigieron á dar la bienvenida á Cortés, acompañados de la principal nobleza de Tlaxcala y de Huexotzinco.

La nueva de que se acercaban los cuatro jefes de la república, con el brillante séquito de personajes distinguidos, con objeto de cumplimentar al caudillo español, circuló con la velocidad del rayo pcr toda la ciudad. La noticia no podia ser mas satisfactoria para los cristianos. La cordial visita del senado tlaxcalteca y de los señores de Huexotzinco, era una prueba evidente de la amistad que les consagraba el país. Los temores desaparecieron del todo, y la esperanza y la alegría inundó el corazon del soldado.

Hernan Cortés salió á la puerta de su alojamiento á recibir á los nobles gobernantes del país. De todos era amigo: de todos habia recibido pruebas sinceras de distinguido aprecio. Le acompañaban sus capitanes y los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina. Al lado de ésta, se encontraba la hermosa hija del ciego Jicontencatl, que el noble anciano habia dado por mujer á Pedro de Alvarado,

tomando en el bautismo el nombre de Luisa. La agradable jóven, que habia sido salvada por la escolta tlaxcalteca en la Noche Triste, en union de Marina, anhelaba con ansia la llegada de su amado padre.

El primero que bajó de sus ricas andas fué el anciano Maxixca, que siempre se manifestó adicto á los españoles, y despues el ciego Jicotencatl, que profesaba un cariño sin límites al general castellano. Despues de abrazarse cordialmente y de dirigirse las palabras mas afectuosas, el noble Maxixca, buscó con la vista, entre los oficiales españoles, á Juan Velazquez de Leon. Le profesaba singular aprecio, y le habia dado una hija, que tomó el nombre de Elvira, al hacerse cristiana, la cual perdió la vida en la desastrosa retirada de la Noche Triste. No descubriéndole, preguntó por él. Hernan Cortés le contestó que habia perecido, y se vió precisado á darle la funesta noticia de la muerte de su hija. El desventurado padre se echó en los brazos del general español, vertiendo un raudal de lágrimas. Habia perdido, de un golpe, al sér mas querido de su corazon y á un amigo. Haciendo luego un esfuerzo supremo, dejó de ocuparse de sus penas, y trató de poner remedio á las desgracias sufridas por Cortés.

El caudillo castellano, profundamente conmovido y admirando la entereza del noble tlaxcalteca, suplicó al senado y á su selecta comitiva, que pasasen á la sala, para tratar detenidamente los asuntos que juzgasen importantes. Los soldados españoles, llenos de alegría y ávidos de escuchar las palabras que dirigiesen al general, se agolparon á las puertas del salon.

Los cuatro jefes de la república tomaron asiento, y la

nobleza permaneció en pié, figurando al frente de ella, el jóven general Jicotencatl, hijo del ciego senador.

El anciano Maxixca fué el que tomó la palabra en nombre de todos sus compañeros. Reprimiendo con fuerza heróica sus afectos de padre, se ocupó únicamente del sentimiento caballeroso y de lealtad que animaba al pueblo tlaxcalteca y muy especialmente á sus gobernantes, en favor de los hombres blancos, á quienes habian ofrecido amistad constante. Expresó al general español, con sentidas frases, la profunda pena que les causaba las desgracias que habia sufrido en el imperio azteca. Le dijo, que antes de emprender la marcha á Méjico, le habian anunciado los males que le sobrevendrian, si confiando en las palabras de los mejicanos, entraba en la capital. «Varias veces, añadió, os aconsejamos que no partieseis; pero ya que el mal ha sucedido, y gracias á vuestro heróico valor habeis logrado volver con vida, descansad tranquilo hasta el momento de tomar venganza. Nosotros, exclamó el noble tlaxcalteca, con acento solemne, que nos hemos declarado amigos vuestros y que hemos unido nuestra suerte á la vuestra, os ayudaremos á reparar el mal sufrido, hasta lograrlo ó morir en la demanda. A ello nos obliga nuestra lealtad, el haber reconocido por soberano á vuestro rey, y el deseo de vengar la muerte de nuestros compatriotas, que han combatido á vuestro lado. Nada habrá que nos haga cambiar de resolucion; y tened por cierto, que seremos vuestros amigos hasta la muerte.» (1) El anciano senador

(1) «Pues que yo habia escapado vivo, que me alegrase; que ellos me ayudarian hasta morir para satisfacerme del daño que aquellos me habian hecho;

terminó diciendo á Cortés que pasase con su gente á la capital, donde serian atendidos esmeradamente y curados los enfermos y los heridos.

La sincera protesta de lealtad pronunciada por Maxixca, en nombre del senado y de la nobleza, llenó de confianza el corazon del caudillo español. Las dudas que le habian asaltado al penetrar en el territorio tlaxcalteca, desaparecieron en aquel instante. Contaba con la fuerza de la poderosa rival del imperio azteca. La estrella de su fortuna volvia á brillar con mas limpio esplendor, libre de la nube que por un momento se habia interpuesto procurándo eclipsarla.

Agradecido á las promesas de los nobles jefes de la república, les manifestó su profunda gratitud, y aceptando la oferta de pasar á la capital, se dispuso inmediatamente para marchar en compañía de ellos. Cuando se preparaban á salir del alojamiento para esperarle en uno de los palacios próximos, Hernan Cortés regaló á los jefes de la república y á los principales que les acompañaban, varias joyas de oro y piedras preciosas, de las que habia logrado salvar, presentándoselas como prueba de su sincera amistad. El noble Maxixca y el anciano Jicotencatl, volvieron á abrazarle afectuosamente, y salieron para esperar el momento de la marcha, sintiendo hácia el caudillo español y sus sol-

porque, demás de les obligar á ello el ser vasallos de V. A., se dolian de muchos hijos y hermanos que en mi compañía les habian muerto, y de otras muchas injurias que los tiempos pasados dellos habian recibido; y que tuviese por cierto que me serian muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte.»—Segunda carta de Cortés.

dados, mayor afecto y adhesion que en su próspera fortuna.

El rasgo de lealtad de los tlaxcaltecas, amparando al que volvia agobiado por la desgracia, honra á un pueblo, pues revela los sentimientos nobles y levantados de una raza valiente y generosa.

Pronto estuvo dispuesto el corto ejército para emprender la marcha. Se colocó á los enfermos y heridos mas graves, en camillas hechas de enramada, que los indios cargaron en hombros, y en el mismo instante salieron de la hospitalaria poblacion de Huejotlipan para dirigirse á la capital.

El camino se encontraba lleno de gente que acudia de las aldeas y pueblos, á saludar á sus antiguos huéspedes. Al aproximarse á la ciudad de Tlaxcala, los habitantes, entonando nacionales himnos y tañendo ruidosos instrumentos, salieron á recibirles. Al pasar las tropas tlaxcaltecas, las madres, los hermanos y las mujeres de los que llegaban, corrian á abrazarles, dando gritos de alegría, en tanto que las personas que no encontraban á su hijo, á su esposo ó á otro sér querido, exhalaban dolorosos ayes que desgarraban el corazon. Este es el drama de la vida: al lado del que goza, el que sufre; junto al rico potentado, el infeliz mendigo; á pocos pasos de la risa, el llanto. (1)

(1) «Sobrevinieron las mujeres tlascaltecas; y todas puestas de luto, y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian ido con los españoles, y quedaban todos allá muertos: no es menos, sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitan, y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes.»—Sahagun. Hist. de Nueva España, MS.

La recepcion hecha á los españoles cuando volvian llenos de necesidad y de miseria, no fué menos brillante que la que se les hizo la vez primera que se presentaron victoriosos y llenos de poder. Conducta noble, que habla muy alto en favor de los hidalgos sentimientos de aquel pueblo guerrero y generoso.

El senador Maxixca, queriendo proporcionar á Hernan Cortés todas las comodidades de la vida, le dió su palacio para que se alojase en él con sus oficiales. El anciano Jicotencatl, no menos afectuoso, destinó el suyo á Pedro de Alvarado, ocupando la tropa los aposentos mas ámplios. La abundancia de víveres, la ventilacion de las espaciosas piezas, los cómodos lechos, el aseo y el descanso, hicieron recobrar las fuerzas, la alegría y el vigor á los que habian llegado estenuados por el hambre, el cansancio y la miseria. Los heridos y enfermos, asistidos cuidadosamente, iban recobrando la salud, aunque muchos tuvieron que sufrir terribles operaciones, á causa de no haberse podido hacer bien la primera curacion. Hernan Cortés fué uno de los que mas padeció por esa causa. Además de la herida de la mano, habia recibido varias en la cabeza, y no habiéndolas podido curar bien al principio, cobraron un carácter alarmante al llegar á Tlaxcala. La herida recibida en la mano izquierda, le inutilizó dos dedos de ella; (1) pero especialmente, una de las que recibió en la cabeza, llegó á presentar un aspecto sério. Mal curada en un principio, y agravada por el continuo trabajo mental y físico,

(1) «E yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.»—Segunda carta de Cortés.

fué preciso extraerle alguna parte dañada del cráneo. La operacion produjo una fiebre, y el hombre extraordinario que, superando los obstáculos y desafiando los peligros, acababa de alcanzar una gran victoria, se encontraba postrado en un lecho, sin fuerza para defenderse del mas débil de los hombres. (1)

Notable interés manifestaron por la vida del caudillo español los habitantes de la república. Los cuatro jefes del Estado, los caciques de los pueblos, la nobleza, los principales capitanes del ejército, todas las personas, en fin, de algun valer en el país, iban á informarse del estado que guardaba la salud del jefe castellano. Solamente un personaje no participaba del sentimiento general. Por el contrario, parecia complacerse en la gravedad del herido y anhelar su muerte. Este personaje era el jóven general Jicotencatl. Valiente y ambicioso de gloria, veia eclipsada la estrella de la inmortalidad á que habia aspirado desde que abrazó la carrera de las armas. Antes de la llegada de los españoles, su nombre habia adquirido celebridad en las naciones del Anáhuac por las distinguidas victorias por él alcanzadas. Animado de noble ambicion, salió al encuentro de Cortés, cuando penetró por la vez primera en el país. Habia escuchado celebrar sus triunfos, y anhelaba medir sus fuerzas con las de los hombres que eran considerados como semidioses. Vencido varias veces, no desmayó su ánimo, y volvió á la lucha con noble esfuerzo,

(1) «Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien, sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó.»—Gomara. Crónica, cap. 110.

hasta que el senado celebró la paz y la alianza con los castellanos. Desde ese instante quedó cerrada para él la senda de la gloria. Mientras existiese el caudillo español, ningun otro guerrero podria figurar sino en esfera muy inferior. El jóven Jicotencatl aspiraba á ser el primero, y no podia resignarse á permanecer oscurecido. Pero no era solamente la ambicion de alcanzar inmortal renombre la que le hacia desear la muerte de Cortés. Sentia que su país hubiese reconocido como soberano al monarca de otra nacion, y veia en la muerte del caudillo español, la salida de sus tropas. Cierto es que el gobierno de la república obraba con absoluta independencia y que en nada se habia alterado el sistema que constantemente habia regido á la nacion; pero temia que, con el transcurso del tiempo, se operasen cambios que limitasen las libertades patrias.

La robusta naturaleza de Hernan Cortés, triunfó al fin de la fiebre producida por la herida, y pocos dias despues se encontraba completamente restablecido de su salud.

De los soldados heridos, únicamente cuatro perecieron, así como algunos enfermos. El cuidadoso esmero de los tlaxcaltecas contribuyó eficazmente á que no pereciesen mas. Agradecidos los españoles á la benéfica hospitalidad encontrada, obsequiaban á los tlaxcaltecas, partiendo con ellos los objetos pertenecientes al botin de la última batalla y algunas piececitas de oro salvadas en la Noche Triste. Hernan Cortés, queriendo corresponder noblemente á los favores del caballeroso senador Maxixca, le regaló el estandarte quitado al general mejicano en el combate de Otumba; trofeo que el noble tlaxcalteca recibió con extraordinaria satisfaccion.

Veinte dias llevaba el ejército de haber llegado á la hospitalaria tierra de Tlaxcala. Durante ese tiempo, empleado en curar los heridos, en componer las armas y los petos, en recobrar las fuerzas perdidas por el hambre y en asear sus gastados uniformes, tuvo noticias el jefe español de los sucesos acontecidos á la gente que antes de ir á Méjico al socorro de Alvarado, habia dejado en diversas provincias.

Habia dejado Hernan Cortés en Tlaxcala, al ir contra las fuerzas de Narvaez, varios objetos de valor que sacó de Méjico, y otros no menos importantes que llevó Juan Velazquez de Leon, de la provincia de Goatzacualco. Consistian en barras de oro, alhajas, equipo de los soldados y considerable cantidad de ricas telas de algodon. (1)

Obligado á ir en socorro de Alvarado, Hernan Cortés creyó prudente dejar el tesoro en el mismo sitio, hasta pacificar el movimiento de la capital. Poco despues de haber llegado á Méjico y de empezar la lucha en las calles, marchó de Veracruz á Tlaxcala una fuerza española, compuesta de cuarenta y cinco infantes y cinco soldados de caballería. Con ella iba un criado de Hernan Cortés. Ignorando lo que pasaba en la capital y creyendo que, como hasta

(1) «Que yo allí habia dejado con toda la plata y ropa y otras cosas, así mias como de mis compañeros, con siete mil pesos de oro fundido que yo habia dejado allí en dos cofres, sin otras joyas, y mas otros catorce mil pesos de oro en piezas que en la provincia de Tuchitepeque se habian dado á aquel capitan,» (Juan Velazquez de Leon) «que yo enviaba á hacer el pueblo de Quacucalco, y otras muchas cosas que valian mas de treinta mil pesos de oro; y que los indios de Culúa los habian muerto en el camino á todos, y tomado lo que llevaban.»—Seg. carta de Cortés.

entonces, el camino estaba seguro, tomaron el tesoro con todos los demás objetos de ropa que habia dejado, y se dirigieron hácia Méjico para entregarlo todo al caudillo español. Atacados en el camino por numerosas fuerzas mejicanas, perecieron en la lucha, llevándose los vencedores el oro y las valiosas telas. El mismo fin funesto alcanzaron cuatro vecinos de la Villa-Rica, al volver á la poblacion con la parte que se habia separado del tesoro de Moctezuma para la guarnicion, y que Cortés dejó tambien en Tlaxcala, para que les fuese entregada. Otros doce españoles fueron asesinados en Tepeaca; varias partidas, en menor número, en diversas poblaciones que eran feudatarias de la corona de Méjico; y algunos que habian logrado no caer en poder de los indios, anduvieron errantes por algun tiempo, caminando por extraviados senderos, hasta que desfallecidos por el hambre quedaban muertos en las selvas, grabando algunos su nombre en el tronco de los árboles como el adios de despedida que daban á sus compotriotas y al mundo.

Profunda sensacion causaron en Cortés estas funestas noticias; y temiendo que igual suerte hubiera sufrido la guarnicion que dejó en la Villa-Rica de la Veracruz, despachó algunos mensajeros para que se informasen de si existia ó no la fuerza española. Con ellos envió una carta para Rodrigo Rangel que dejó de gobernador en la plaza, refiriéndole los tristes sucesos de la capital. Con viva impaciencia esperaba la vuelta de los enviados. Veracruz era el único punto de retirada donde podia hacerse fuerte y salvar el resto de su ejército. Los mensajeros volvieron á los pocos dias con noticias satisfactorias que inundaron

de gozo el corazon del general. Eran portadores de una carta del jefe de la Villa-Rica. Ninguna novedad habia habido en la colonia, y la provincia totonaca continuaba siendo fiel aliada de los castellanos.

Mientras los españoles se curaban de sus heridas en Tlaxcala y restauraban sus fuerzas con los buenos alimentos y el descanso, veamos lo que los mejicanos hacian en la capital.

Hallándose vacante el trono por la muerte de Moctezuma, se procedió al nombramiento del monarca que debia sucederle en el trono. Nadie reunia mas relevantes cualidades para empuñar el cetro de la belicosa nacion azteca, que Cuitlahua, hermano del finado rey, y señor de Iztapalapan. Era hombre de levantados sentimientos, de claro talento, de extraordinario valor y de una actividad sorprendente. Bajo su gobierno, la ciudad de Iztapalapan habia crecido notablemente; se construyeron magníficos edificios, adelantaron las artes y las ciencias, aumentó la agricultura, y embelleció la poblacion con magníficos jardines que llamaron la atencion de los españoles, así por la delicadeza con que estaban cultivados, como por el gusto en la eleccion de las plantas y las flores. Siempre se habia manifestado opuesto á la recepcion de los españoles; y desde el momento que desembarcaron, aconsejó á su hermano el emperador Moctezuma, que enviase sus ejércitos para combatirles. Indignado por la escena sangrienta verificada en los nobles por órden de Alvarado, levantó el estandarte de guerra contra los hombres blancos, y juró no dejar las armas hasta no arrojarlos del territorio mejicano. Activo y valiente, él dirigió los asaltos dados á los cuarteles, orga-

nizó las tropas y dispuso el órden de defensa en las calles. Su pericia militar y su espíritu guerrero le conquistaron un lugar distinguido entre los generales aztecas, y las disposiciones tomadas durante los dias de combate en la capital, revelan al hombre enérgico y previsor. (1)

La nobleza, teniendo en cuenta los servicios prestados en los mas solemnes instantes á la patria, y conociendo que era preciso poner al frente de los destinos de la nacion á un hombre que velase por el honor y honra de ella, le eligió soberano.

La fiesta de la coronacion se celebró con las ceremonias establecidas. Era costumbre que se sacrificasen en esa solemnidad los prisioneros hechos en los combates á que habia asistido el electo rey. Es de creerse, por lo mismo, que los prisioneros españoles y tlaxcaltecas, hechos en la Noche Triste, fueron sacrificados en la coronacion de Cuitlahua. ¡Cuántas veces, al considerar que iban á ser conducidos á la sangrienta piedra, envidiarian á los que habian sucumbido en las zanjas y las calles!

Terminadas las fiestas de la coronacion, Cuitlahua se entregó exclusivamente á los sagrados intereses de la patria. Al mismo tiempo que hacia reparar los males sufridos en la ciudad durante los combates, envió mensajeros á to-

(1) Solís hace de Cuitlahua, á quien llama Cuetlabaca, un retrato que no está de acuerdo con el que hacen de él Bernal Diaz, Cortés, Gomara, Torquemada y otros. Todos le pintan como hombre activo y valiente. Solís, por el contrario, dice; «que vivió en el trono pocos dias, pero bastante para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco menos entre los suyos la memoria de su nombre.» La justicia exige que no se acoja la pintura desfavorable que presenta Solís.

das las provincias feudatarias, ordenándolas que se armasen para ir en socorro de la capital, en caso de que los hombres blancos volviesen á penetrar en el valle y pretendiesen atacarla. Para interesarlas en favor del imperio, y hacer que desapareciese de ellas el resentimiento que, como sojuzgadas, guardaban hácia los mejicanos, les relevó del pago de algunos impuestos y les prometió grandes premios. Las poblaciones situadas en el valle y las que se hallaban próximas, protestaron fidelidad y se dispusieron para acudir en defensa de la capital del imperio, cuando fuese necesario. No sucedió lo mismo con los pueblos que se encontraban distantes y sobre los cuales no podia caer inmediatamente la fuerza del imperio. Los totonacos, lejos de inclinarse á obsequiar el deseo del nuevo emperador, se manifestaron mas adictos á los españoles; otras provincias, creyendo llegado el instante de sacudir el yugo sufrido hasta entonces, se negaron abiertamente á prestar auxilio á Méjico, y muchos pueblos permanecieron sin hacer demostracion ninguna, indecisos sobre el partido que debian tomar. El imperio mejicano habia conservado en la obediencia á las ricas provincias conquistadas, no por el amor que inspiran los gobiernos bondadosos, sino por el miedo que causan con sus medidas severas. Su grandeza descansaba en el terror y no en el cariño de los pueblos sometidos; y esa grandeza, que reconocia por base única la fuerza de los ejércitos, tenia que derrumbarse en el instante en que las armas tuviesen que acudir á la defensa de su propia capital.

Esto acontecia en aquellos instantes con el imperio azteca. Se veia precisado á ocupar sus escuadrones en la de-

fensa de su propia existencia; y los pueblos, al verse libres de las opresivas armas que les sujetaban, no solamente le negaron la obediencia, sino que se declararon sus mas terribles enemigos.

El emperador Cuitlahua, tratando de interesar á todas las naciones del Anáhuac en el exterminio de los hombres blancos, pues destruidos que fuesen podria ocupar sus ejércitos en hacer volver á la obediencia las provincias rebeldes, envió una embajada á la república de Tlaxcala, á quien Méjico habia mirado siempre con implacable odio. Eligió para embajadores, á seis personas de las mas notables del imperio por su prudencia, saber y distinguido nacimiento. Los enviados se dirigieron á la nacion vecina, llevando un presente de ricas telas de algodon, hermosas plumas, sal y otros efectos de que carecian los tlaxcaltecas, y que eran altamente apreciados por ellos. El senado recibió á los embajadores con las distinguidas consideraciones usadas entre las naciones del Anáhuac, y admitió el presente como prueba de buena voluntad hácia el país que lo enviaba. El precioso presente del emperador de Méjico, sorprendió de una manera extraordinaria á los jefes de la república. Veian en aquel paso dado por el monarca azteca, una galantería y atencion que nunca habian alcanzado de sus tenaces enemigos. Para escuchar á la embajada y resolver los puntos que se tocasen, convocaron el senado ó consejo, que se componia de las personas de la primera nobleza de la nacion y de los principales jefes de ella.

Reunida la asamblea, los embajadores mejicanos expusieron el objeto de su embajada. Manifestaron que, aunque hasta entonces habian sido capitales enemigos los me-

jicanos y los tlaxcaltecas, desde aquel instante debian tenderse la mano de amigos, olvidar sus pasados rencores, y unirse para combatir á los hombres blancos. Profesamos, dijeron, una misma religion; hablamos un mismo idioma, y nuestras costumbres difieren en muy poco. Los españoles, por el contrario, tienen creencias opuestas á las nuestras, y su idioma y sus costumbres se separan igualmente de las que distinguen á los pueblos de estas regiones. Era un deber sagrado, por lo mismo, librar al país de unos hombres que habian profanado sus templos, ofendido á sus dioses, despedazado las imágenes de sus veneradas divinidades y escarnecido su religion. Los que recompensaron con una prision los favores del bondadoso Moctezuma, añadieron, no corresponderán de mejor manera á la hospitalidad que hoy les concede el senado de Tlaxcala. Preciso es, pues, unirnos, y destruirles. Ser amigos de ellos y protegerles, equivaldria á declararse enemigos de los dioses y atraerse la cólera de éstos por haberse confederado con los perseguidores de su culto. En la mano de los tlaxcaltecas estaba vengar las injurias hechas á la religion por los hombres blancos, y atraerse el favor y la proteccion de los dioses. Los extranjeros, agregaron, se encuentran enfermos y dolientes. Los habitantes de la república pueden apoderarse de ellos y sacrificarlos á las divinidades. Si esto hacen, el imperio mejicano celebrará con la república una alianza perpetua, establecerá un comercio activo con ella, proporcionándole la sal, el algodon y todos los artículos de que hasta hoy le ha privado, y los tlaxcaltecas podrán evitar así la miseria que constantemente han padecido. Si, por el contrario, la re-

pública acoge en su seno á esos hombres que anhelan destruir nuestro culto, todas las naciones del Anáhuac la execrarán, y Méjico continuará siendo su mas implacable enemiga.

Terminado el discurso, los embajadores se retiraron del salon de audiencia, como era costumbre, á fin de que el senado deliberase libremente y diese la contestacion que estimase mas acertada.

Las proposiciones de los enviados por el monarca azteca, encontraron en el consejo adictos y contrarios. Entre los primeros se hallaba el jóven general Jicotencatl. La discusion del punto propuesto, le presentaba la ocasion de desahogar su odio contra los hombres blancos que habian ido á atajarle en el camino de sus glorias militares. El arrogante general procuró persuadir al senado con las razones que juzgó mas poderosas, de los bienes que á la república le resultarian de la alianza con la poderosa nacion mejicana. Dijo que la alianza con los que profesaban las mismas ideas religiosas, era preferible á la de los extranjeros, que se creian superiores, no solo á los habitantes del país, sino á los dioses que el Anáhuac reverenciaba. Ponderó la magnanimidad del nuevo emperador azteca ofreciéndoles los objetos de que el país carecia; y terminó diciendo que aquella era la ocasion oportuna de acabar con los hombres blancos, pues vivian descuidados y se hallaban disminuidos, enfermos y debilitados.

Impugnó el dictámen del general Jicotencatl, el respetable senador Maxixca, firme adicto á los españoles, y á quien Hernan Cortés habia regalado el estandarte quitado á los mejicanos en Otumba. Hombre á quien el

país respetaba por los servicios que habia prestado á la patria, de claro talento, de noble voluntad y de elevados sentimientos, su opinion debió ser de gran peso en la cuestion que se ventilaba. En su discurso presentó á los mejicanos oprimiendo á todos los países del Anáhuac. Las naciones sujetas al imperio, vivian á merced del opresor, sin seguridad en sus vidas; agobiados por insoportables impuestos; siendo sus hijas y sus esposas blanco de la sensualidad de sus dominadores: el oro, la plata, las plumas, las diversas producciones de las provincias supeditadas, iban á enriquecer los palacios de los monarcas aztecas, empobreciendo á los pueblos tributarios. La república de Tlaxcala, que merced al indómito valor de sus hijos habia logrado conservar su independencia, luchando contra los ejércitos del imperio, se veia precisada á vivir siempre alerta para evitar un golpe de mano. No habiendo podido hacernos sus esclavos, añadió, nos cerraron el comercio con todos los pueblos. Impidieron la entrada de la sal y del algodon para condenarnos á comidas insípidas y á vestir miserablemente, negándose á todo convenio con nosotros. Hoy nos ofrecen todo lo que nos han negado; pero no es porque nos aborrezcan menos, sino porque nos necesitan. Cuando terminase esa necesidad, volverian á tratar de dominarnos. Lisonjeros en sus palabras y falsos en sus obras, buscarian un pretexto para deshacer lo pactado. Ocupándose luego del punto referente á terminar con la vida de los hombres blancos, vituperó el pensamiento con toda la energía de un corazon noble y honrado. Calificó de perfidia abominable la pretension de los mejicanos de que se sacrificase á los extranjeros, y

añadió que sentia que un tlaxcalteca hubiese apoyado aquella proposicion indigna. Cuando los españoles se hallaban preponderantes, habian sido generosos con ellos. Sal, telas de algodon, alhajas, vestidos, y otros muchos artículos de que estuvieron privados por los mejicanos, recibieron en abundancia de sus huéspedes. Hoy, añadió, que heridos y necesitados han venido á nuestra casa, fiados en la amistad que les ofrecimos, seria una villanía, un crímen inaudito, manchar nuestras manos sacrificándoles. Los valientes tlaxcaltecas no empañarán las páginas de su gloriosa historia con una infamia que les envileceria á los ojos de las demás naciones y reprobarian los dioses. Todo lo que les ofrecian los mejicanos, y de que antes les habian privado, lo tenian ya por los españoles, desde que éstos fueron recibidos como amigos. La república habia dado sus hijas en señal de firme alianza, formando con ellos una sola familia; y esta alianza debia ser inquebrantable como todo lo que pertenecia al honor y á la honra de la nacion. El anciano senador terminó diciendo que los intereses de la patria aconsejaban la union con los hombres blancos. Aconsejaba, por lo mismo, que se hiciese causa comun con ellos, para derrocar un imperio que habia vivido tiranizando á las naciones del Anáhuac.

El discurso de Maxixca, aunque agradó á la mayoría, encontró una viva réplica en el jóven Jicotencatl. El arrogante rival de Cortés, procuró excitar el odio de los oyentes contra los extranjeros, y pintó al caudillo español y á sus soldados con los colores mas repugnantes. Procuró el anciano Maxixca escuchar con calma las palabras ofensivas que su contrincante pronunciaba contra los castellanos.

Por un rato logró dominarse; pero al escuchar que volvia á insistir en que se diese muerte á los hombres blancos, aprovechándose de la confianza en que vivian y de lo debilitados que estaban, no pudo contenerse; y arrebatado de cólera, le dió un golpe con la mano. La misma indignacion que en Maxixca, causó en los demás jefes del Estado la insistencia en la proposicion, y todos, incluso su anciano padre, el ciego Jicotencatl, se arrojaron sobre el jóven, y le hicieron bajar, á empujones, las gradas de la plataforma, llamándole sedicioso y traidor á la patria. Esta señal de reprobacion dada por Maxixca, uno de los hombres mas circunspectos y respetados del país entero, y secundada por los otros tres jefes de la nacion, hizo que aun los amigos del jóven general se apartasen de su lado. La infamia no era admisible en aquella valerosa nacion. El senado mandó que se redujese á prision al jóven Jicotencatl, por haberse obstinado en sostener su idea; le privó del mando de general; le destituyó de sus honores, y acaso le hubieran sentenciado á muerte sino hubiera sido por las consideraciones debidas á su respetable padre. (1)

El consejo, en completa armonía con la opinion emitida por el senador Maxixca, resolvió responder á la embajada, que la república estaba dispuesta á celebrar la alianza que

(1) «El Xicotenga el mozo respondió que era muy bien acordado lo que decia por tener paces con mejicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Masse-Escaci y el chichimeclatech y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba y las mantas todas rompidas; y si aun por el padre no fuera, le querian matar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Méjico le ofrecia; pero sin ofender en lo mas mínimo á sus amigos y huéspedes, á quienes siempre defenderia.

Resuelta la contestacion, se envió un recado á los embajadores para que se presentasen, á fin de comunicarles lo acordado; pero no se les encontró. Desde que llegaron á Tlaxcala, el pueblo empezó á manifestar síntomas de disgusto contra ellos, y temiendo que intentase algo, aun á pesar del carácter de que iban revestidos, desaparecieron de la ciudad secretamente.

Los jefes del Estado se propusieron ocultar á Cortés el objeto de la embajada y lo acontecido en la junta celebrada; pero el caudillo español llegó á saberlo por otras personas, y dió las gracias á Maxixca por su noble defensa, asegurándole que trataria de no desmentir el buen concepto que se habia formado de la hidalguía, valor y buena amistad de los españoles.

Político y conocedor del corazon humano, suplicó luego al senado que perdonase al jóven Jicotencatl su falta, le dajase en libertad, y le volviese el mando de general y sus honores. Veia en el guerrero tlaxcalteca un espíritu elevado, y no dudó que un rasgo de generosidad usado con él, le convertiria de contrario, en amigo. La súplica del caudillo español fué atendida, y el jóven Jicotencatl, agradecido al paso dado por el general castellano, trató de manifestarle su aprecio.

No fué mas favorable para el emperador mejicano Cuitlahua, el resultado que obtuvo otra embajada que envió al rey de Michoacan, nacion que competia en riqueza, ilustracion y poder con Méjico. Gobernaba al belicoso pueblo michoacano ó tarasco, el rey Caltzontzi, hombre

activo y guerrero, que habia procurado el engrandecimiento de su país, dictando medidas acertadas de buen gobierno.

Existia entre mejicanos y tarascos un odio implacable, casi igual al que se profesaban los primeros y los tlaxcaltecas. Su idioma era distinto del azteca, aunque no menos rico y sonoro. Moctezuma II, habia conseguido, como he dicho en otro capítulo de esta obra, celebrar alianza con el monarca tarasco Caltzontzi, cuando Cortés, á pesar de la actitud guerrera que tomó el emperador de Méjico, se dispuso marchar á la capital; pero aquella alianza, alcanzada mas por compromiso que por voluntad del rey michoacano, solo duró unos cuantos dias. Caltzontzi, deseando la ruina del imperio azteca, que odiaba con todo su corazon, se valió de un pretexto para romper la liga, y ordenó que se retirasen á sus hogares mas de doscientos mil hombres que habia situado en los llanos que hoy se conocen con el nombre de Avalos.

El rey Caltzontzi, se negó á la alianza que en aquellos momentos le proponia el emperador Cuitlahua, y los embajadores se retiraron tristes de ver que se habian estrellado sus esfuerzos, como habian fracasado los de los mensajeros enviados á Tlaxcala.

La resolucion del Consejo tlaxcalteca, fué de suma importancia para Hernan Cortés y sus soldados. Aquella prueba de fidelidad de la república en los instantes adversos, revelaba la nobleza de sus valientes hijos. Fué un rasgo de hidalguía que debe perpetuar la historia en sus páginas. Despreciar ventajosas proposiciones de una poderosa nacion, y aun exponerse á provocar su enojo, por guardar

la fidelidad prometida al que se ve ya débil y necesitado, pertenece á esos hechos heróicos que mas parecen pertenecer á la fábula que á la severa historia. Rasgo fué que llenó de admiracion á los castellanos, y que, justos para apreciarlo, lo consignaron en sus escritos, animados del noble sentimiento de la gratitud, para que «el mundo conociese, dice Bernal Diaz, la lealtad de los tlaxcaltecas, sus rectos principios y lo mucho que los españoles les debieron.» (1)

Mientras Hernan Cortés, seguro ya de la fidelidad de la república, acariciaba en su mente risueños proyectos para el porvenir, una parte de su ejército se manifestaba profundamente descontenta de permanecer en Tlaxcala. Formaban esa parte, los soldados que habian pertenecido á la expedicion de Narvaez. Temian que los jefes del Estado, cambiasen de política, aceptando lo que habian desechado, y opinaban que se debia volver á la Villa-Rica antes de que aconteciese un funesto cambio. Tenian bienes en la isla de Cuba, y anhelaban salir del país para disfrutar tranquilamente de su regular fortuna.

No dudaron al llegar á Tlaxcala, que la permanencia en la capital de la república no duraria mas que el tiempo preciso para que se curasen los heridos. Creyeron que el jefe español, viéndose sin elementos para llevar la guerra á ningun pueblo, se dirigiria al puerto, en cuanto convaleciese de su enfermedad, para esperar recursos ó embarcarse, abandonando la empresa. Mal conocian el carácter del

(1) «He traido esto aquí á la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlaxcala y cuánto les debemos.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

animoso general. En medio del delirio de la fiebre, vagaba en su mente la idea de llevar á cabo sus proyectos, y se le presentaban confusamente los medios de dar feliz cima á su atrevida empresa y de recobrar la capital azteca, que se habia perdido mas por falta de prudencia de otros, que por culpa suya.

Pronto las providencias dictadas por Hernan Cortés, hicieron comprender á los soldados de Velazquez, que el general estaba muy lejos de desistir del pensamiento que habia acariciado desde que pisó las playas de la Nueva-España. La conviccion de que proyectaba volver á la capital de Méjico, para recobrar el crédito de su gloria, les hizo prorumpir en quejas y murmuraciones. Tenian presente los horrores de la Noche Triste; las miserias y el hambre sufridas en la retirada; los numerosos ejércitos presentados en Otumba, y no querian exponerse á padecimientos y peligros mayores. Insistir en la toma de Méjico era, en concepto de ellos, una locura. Lo que no se habia logrado cuando el ejército contaba con artillería, arcabuces, caballería y mayor número de gente, era imposible conseguirlo en los momentos en que de todo se carecia, y en que la tropa se hallaba reducida á cuatrocientos cuarenta hombres, muchos de ellos enfermos y macilentos. La prudencia exigia dirigirse sin tardanza á Veracruz, antes de que la corta guarnicion que quedó en la plaza se viese atacada por fuerzas mejicanas. Si permanecian por mas tiempo en Tlaxcala, se exponian á perder el único punto que tenian de refugio, y entonces todos perecerian.

Hernan Cortés trató de tranquilizar el ánimo receloso de los descontentos y de hacerles cambiar de resolucion; pero

todo era inútil: muchos tenian repartimientos en la isla de Cuba, y anhelaban dejar un país en que no habian encontrado mas que peligros, heridas y miseria. Solamente sus antiguos veteranos, resueltos á seguir la suerte de su querido general, se manifestaban contentos con sus disposiciones.

Viendo los quejosos que nada alcanzaban por medio de los consejos, resolvieron hacer un requerimiento en forma ante el escribano real, para que dispusiese sin tardanza la marcha á la Villa-Rica, puesto que se carecia de armas de fuego, de municiones y de caballería.

Entre los nombres de las personas descontentas que habian firmado el requerimiento ó protesta, se encontraba, en primer término, el de Andrés de Duero, antiguo secretario de Velazquez, por quien habia alcanzado que el gobernador de Cuba le hubiese dado el mando de la expedicion.

Hernan Cortés sintió un profundo pesar al ver que su antiguo amigo le abandonaba en su empresa. Recorrió con avidez los demás nombres, y tuvo la satisfaccion de no encontrar los de sus primeros compañeros de armas. Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, Alonso de Avila, Cristóbal de Olea y todos los demás capitanes, lo mismo que los soldados que habian compartido con él las glorias y los trabajos desde su salida de la isla de Cuba, le eran leales.

La fidelidad de sus antiguos compañeros inundó de gozo su corazon. (1)

(1) Bernal Diaz del Castillo se queja de que Gomara no expresa que fue-

El escribano real y los que le acompañaban, esperaron la determinacion del caudillo español. La posicion de Hernan Cortés era comprometida. Sin embargo, hacia tiempo que tenia tomada su resolucion, y era invariable en sus determinaciones. Vió dispuestos á abandonarle á todos los que habian pertenecido á Narvaez; que carecia de artillería, de municiones, de gente; pero no por esto desmayó su espíritu, ni desmintió su carácter. Firme en llevar adelante su empresa, midió las dificultades, calculó los recursos, y queriendo dejar alguna parte del resultado á la fortuna, se propuso no dar un paso atrás mientras hubiese un solo hombre que le siguiera. Comprendia que volver á Veracruz, era disolver su ejército, renunciar no solo á la conquista, sino verse obligado á abandonar el país que habia logrado agregar á la corona de España. La gloria, el renombre, los honores, la gratitud de la nacion, todo desapareceria como un sueño. El espíritu de Hernan Cortés se sublevaba contra esta idea. Tipo del caballero cristiano de aquella época, se habia lanzado á los descubrimientos y á las conquistas, llevando por enseña el signo de la redencion, como invencible apoyo de su empresa. «*Sigamos la cruz con fé, que con ella venceremos,*» era la inscripcion grabada en su estandarte de terciopelo verde, que ostentaba á cado lado la imágen del madero santo. En esa inscripcion expresó lo que él realmente creia. Esta fé

ran los soldados de Narvaez, y no los antiguos veteranos de Cortés, los que firmaron el requerimiento. «En esto de este requerimiento que escribe que hicieron á Cortés no dice quién fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros ó de los de Narvaez.»

no le abandonó nunca; y en aquellos instantes críticos le alentaba á continuar su empresa. Se consideraba soldado de la cruz, y no dudaba que Dios le ayudaria á plantarla en la bella region de Anáhuac. Con la confianza en el cielo, y la conviccion de que la audacia corona los esfuerzos, se propuso seguir adelante su marcha. En su segunda carta al emperador Cárlos V, expresa claramente que se hallaba animado de los dos sentimientos que dejo expresados. «Acordándome,» dice, «que la fortuna ayuda á los audaces, y que, como soldados de la cruz, Dios nos protegeria para extender la luz del Evangelio y vuestros dominios, determiné no retirarme al puerto, cualesquiera que fuesen los obstáculos que se me presentasen. (1)

Hernan Cortés despues de leer los motivos que los descontentos presentaban en el requerimiento para retirarse á Veracruz, se puso en pié para contestar. Veia de un lado á sus antiguos compañeros dispuestos á seguirle, y del otro á los que solicitaban la retirada al puerto. El caudillo español se propuso hacer que los últimos cambiasen de intento, y contó con el apoyo de los primeros para continuar su empresa, en caso de que no lograse convencer á los nuevos compañeros. Presentó el levantamiento de los mejicanos como un acontecimiento aislado, que de ninguna

(1) «Acordándome que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiria que del todo pereciésemos, y se perdiese tanta y tan noble tierra como para V. M. estaba pacífica y en punto de se pacificar, ni se dejase de hacer tan gran servicio como se hacia en continuar la guerra, por cuya causa se habia de seguir la pacificacion de la tierra, como antes estaba, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hácia la mar.»—Seg. carta de Cortés.

manera ponia en peligro la plaza de Veracruz. La provincia de los totonacos, lo mismo que todas las que se hallaban algo retiradas de la capital azteca, se mantenian fieles á España y se manifestaban irreconciliables enemigas de su antigua dominadora. La república de Tlaxcala, acababa de darles la prueba mas patente de su adhesion, rechazando, indignada, las proposiciones del emperador de Méjico y declarándose firme aliada de los españoles. Retirarse y abandonar á los que, por defenderles, habian desechado la alianza ofrecida por la nacion vecina, seria un paso vergonzoso, indigno de soldados españoles que siempre habian dejado muy alta la bandera de la patria, paseándola triunfante por donde quiera que habian llevado sus armas. Retroceder á la Villa-Rica, seria renunciar á lo conquistado; abandonar los intereses del rey y de Dios; echar un padron de infamia sobre el nombre castellano. Era imposible que ninguno de los que habian firmado la protexta, prefiriese su comodidad al honor; su vida al servicio del rey y de la religion. Por lo mismo estaba seguro que al suplicarles, en nombre de la patria, que no retrocediesen un paso, se quedarian á su lado, sin abandonar á sus compañeros de armas. Les dijo que, contando, como contaban, con la fidelidad de los tlaxcaltecas, nada debia inquietarles. Se hallaban en un clima excelente, abundante en víveres, donde podian esperar armas, gente y municiones de Veracruz. Agregó que habia pensado castigar á la provincia de Tepeaca, por los asesinatos que sus habitantes habian cometido en los españoles que marchaban de Veracruz á Méjico; que este castigo serviria de garantía para los castellanos que en lo sucesivo transitasen por los pue-

blos; que la república se hallaba dispuesta á darle toda la gente necesaria para llevar la guerra, y que les suplicaba le acompañasen en la expedicion. Vistos los resultados de ella, podrian obrar con mas acierto y marcharse ó permanecer, segun juzgasen mas de acuerdo con su honor y su deber. Por lo que hace á mí «no desampararé esta tierra; porque abandonarla seria echar un baldon sobre mi nombre, poner en el peligro á los que me siguen, y cometer una infame traicion contra el rey, cuya mancha no podria lavarse jamás.» (1) Sin embargo, añadió, si hay alguno para quien el deber de la patria y de la religion son indiferentes; si hay alguno para quien el honor y la gloria valen menos que las comodidades pasajeras de la vida, no le detengo; abierto tiene el camino para marchar con su egoismo y vivir con su ignominia. Puede alejarse, que mas quiero los servicios de pocos y valientes, que la compañía de muchos, si desconocen la honra y el valor. (2)

Las palabras de Cortés inflamaron de entusiasmo el corazon de sus antiguos veteranos. Temiendo que alguien pudiese poner en duda su adhesion á su general, exclamaron, «que estaban dispuestos á seguirle á todas partes.»

Tocada en los descontentos la fibra delicada del honor,

(1) «Les dije que yo no habia de desamparar esta tierra, porque en ello me parecia que, demás de ser vergonzoso á mi persona, y á todos muy peligroso, á V. M. haciamos muy gran traicion.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «E no me hable ninguno en otra cosa; y el que desta opinion no estuviere, váyase en buen hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ningun cobarde, ni desacordado de su propia honra.»—Hist. de las Ind., MS.

ofrecieron retardar su marcha al puerto y hacer la guerra á la provincia de Tepeaca, á condicion que no se les pondria obstáculo á su partida, despues de terminada.

Hernan Cortés vió logrado su primer objeto: detener á los que trataban de abandonarle. Mas tarde, las circunstancias le señalarian la manera con que debia obrar.

CAPÍTULO XVIII.

Marcha Cortés á castigar á la provincia de Tepeaca.—Jicotencatl le acompaña al frente del ejército tlaxcalteca.—Cortés, despues de dos batallas ganadas á los mejicanos, entra en la capital de Tepeaca.—Los señores de la provincia ofrecen su alianza á los españoles.—Cortés levanta algunos edificios y fortalezas en Tepeaca, y le da el nombre de Segura de la Frontera.—El señor de Quauhquechollan solicita el ausilio de Cortés para arrojar de su ciudad y provincia á los mejicanos.—Cortés le favorece y las tropas mejicanas son derrotadas.—Los pueblos solicitan ser admitidos por vasallos del rey de España.

Alegre Cortés de haber logrado que los descontentos suspendiesen su marcha, se propuso dar principio á sus operaciones, castigando á algunas tribus próximas á Tlaxcala, que habian dado muerte á varios españoles. Entre esas tribus se contaba la de los tepeaqueños. Era gente guerrera, valiente y vigorosa, que habia protestado fidelidad al rey de España cuando Hernan Cortés descargó su espada y su rigor sobre los choluleses; pero que al ver abati–

dos á los españoles y victoriosos á los mejicanos, volvió á reconocer por monarca al emperador de Méjico. Para alcanzar la gracia del soberano azteca, los tepeaqueños dieron muerte á varios castellanos que, ignorando el movimiento de la capital, marchaban de Veracruz á unirse con Hernan Cortés. Hecho esto, pidieron guarniciones mejicanas; ocuparon el camino entre Veracruz y Tlaxcala para impedir la comunicacion, y llevaron su osadía hasta el grado de hacer algunas correrías por varios pueblecitos de la república.

Tepeaca, que era la capital de la provincia que llevaba su mismo nombre, era entonces ciudad de bastante importancia, situada en la hermosa llanura que se extiende como una alfombra al pié de Orizaba, y que hoy no es mas que una pintoresca aldea. (1)

La provincia era grande y muy poblada. Contaba con varias ciudades de importancia, y sus campos se hallaban cultivados con esmero.

Como los tepeaqueños habian jurado expontáneamente vasallaje al rey de España, Hernan Cortés creyó que debia acudir á castigarles como rebeldes, para evitar que otras provincias aliadas siguiesen su ejemplo.

El jóven Jicotencatl, tratando de darle prueba de su gratitud por el rasgo de generosidad que con él habia usado, se ofreció á ayudarle con su ejército, y le instaba á que les llevase la guerra. Cortés aceptó gustoso la oferta, y le manifestó que pronto saldrian á campaña, no solo para castigar á los tepeaqueños como rebeldes, sino tambien para

(1) El nombre propio dado por los indios era *Tepeyacac*; pero los españoles pronunciaban Tepeacá, que es con el que hoy se conoce.

vengar las ofensas que, unidos á los mejicanos, acababan de hacer á la república, saqueando algunas aldeas en sus correrías.

Este interés, manifestado por el general español en favor de los pueblos tlaxcaltecas, acabó de ganarle el aprecio de los jefes del Estado y de todos sus habitantes.

Hernan Cortés se propuso abrir la campaña inmediatamente. El nuevo emperador de Méjico habia enviado numerosas tropas á las fronteras de Tlaxcala, y podian interceptar el camino de Veracruz impidiendo la llegada de los recursos que esperaba. Era preciso obrar con actividad para evitar que reuniesen mayor número de gente, y tener expeditas las vias de comunicacion con el puerto.

El dia señalado para la marcha llegó. El jóven Jicotencatl, ambicioso de gloria y deseando vengarse de los tepeaqueños y mejicanos, por las últimas incursiones hechas, en que habian saqueado algunos pueblos de Tlaxcala, se presentó á Cortés con un brillante ejército. El caudillo castellano le estrechó la mano afectuosamente y elogió el aire marcial de sus guerreros. El valiente jefe tlaxcalteca, parecia empeñado en hacer borrar de la memoria de todos, las palabras injuriosas pronunciadas en la junta contra los españoles, y complacerse en hacer la campaña al lado de un general que habia salido victorioso en todas las batallas campales.

Las tropas españolas se formaron frente al cuartel. Eran cuatrocientos veinte soldados, casi todos de espada y rodela, y diez y siete de caballería. Carecian de cañones y de pólvora, y por lo mismo, aun los arcabuceros iban armados de lanza.

El pueblo se agolpó á ver salir al ejército aliado. Brillaba el entusiasmo en todos los semblantes. Al romper la marcha, Hernan Cortés abrazó á los jefes del Estado que habian ido á verle, y la multitud prorumpió en entusiastas aclamaciones. El camino que llevaban las tropas era pintoresco. Por uno y otro lado se extendian bellísimos maízales, y se descubrian por donde quiera que se dirigia la vista, alegres aldeas, rodeadas de copudos árboles.

Gozando con los encantos que presentaba la rica naturaleza, llegó el ejército á Tzinpantzinco, ciudad de Tlaxcala, donde fué recibido con vivas manifestaciones de entusiasmo.

Hernan Cortés y sus compatriotas quedaron gratamente sorprendidos al entrar en la poblacion. En ella les estaban esperando, para reunirse á ellos y marchar contra los tepeaqueños, numerosos escuadrones, enviados por la república de Huexotzinco y de Cholula. Llegaban á cerca de cien mil hombres las tropas aliadas allí reunidas.

Dispuesto el órden en que se habia de marchar, el ejército se dirigió hácia la provincia enemiga, formando la descubierta una fuerza de caballería. Al penetrar en el territorio tepeaqueño, los habitantes de una de las poblaciones de la frontera, al ver llegar á los españoles, abandonaron sus casas y huyeron á los montes. La caballería corrió trás ellos, y logró capturar á seis labradores. Hernan Cortés les tranquilizó, asegurándoles que no se les haria ningun daño, les trató muy bien y les regaló algunas mantas. Hecho esto, les dijo que estaban en libertad; y les suplicó que desempeñasen fielmente la mision que les iba á encargar. Los indios ofrecieron servirle como deseaba. El general es-

pañol les encargó entonces, que se presentasen á los jefes de la provincia y les dijesen, en su nombre, «que se les perdonaria lo pasado, si volvian á la obediencia de España y se separaban de los mejicanos; pero que serian castigados rigorosamente, si se manifestaban hostiles.» Los mensajeros desempeñaron lealmente el encargo, y volvieron al siguiente dia con la respuesta. Era esta dada por el jefe mejicano que mandaba las tropas del imperio, y en ella aconsejaba á Cortés «que se alejase, si no queria que se repitiesen las escenas de la Noche Triste.» El general castellano, procurando valerse de todos los medios de persuasion antes de recurrir á las armas, no hizo aprecio de las amenazas ni de los insultos, y les envió, con los mismos mensajeros, un nuevo requerimiento. En él les repetia «que volviesen á la obediencia que habian jurado al monarca de Castilla; que nadie seria castigado por los pasados asesinatos cometidos en los españoles; pero que de no presentarse de paz, se les haria una guerra destructora, serian tratados como traidores al rey, perderian su libertad, y serian reducidos á la esclavitud.»

Este requerimiento, hecho ante escribano, y con acuerdo de todos los capitanes, se les notificó á los enviados por medio de los intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina, y se les dió una copia por escrito, para que la entregasen á los jefes de la provincia. No se les enviaba el pliego con objeto de que lo leyesen, sino para que no pudiesen disculparse de no haber escuchado su contenido de los labios de los mensajeros. (1)

(1) «Y como aquello vió Cortés comunicólo con todos nuestros capitanes y soldados, y fué acordado que se hiciese un auto por ante escribano que diese

No alcanzó mejor éxito el requerimiento en forma, que la súplica primera. Se creian bastante fuertes, y lejos de temer la lucha, la anhelaban, no dudando alcanzar la victoria. Confiando en las excelentes y numerosas tropas mejicanas que tenian, contestaron con insultos. Decian á los españoles, «que les esperaban con impaciencia en el campo de batalla; que allí les darian una leccion mas sangrienta que la que habian recibido en las calles y puentes de Méjico; y que los pocos que se habian salvado de la muerte, caerian prisioneros para ser sacrificados á sus dioses.»

Viendo Hernan Cortés que era preciso hacer la guerra, avanzó sobre Zacatepec, lugar de la confederacion de los tepeaqueños. El ejército mejicano y los habitantes de la ciudad, esperaron al enemigo en un espacioso campo, rodeado de elevados maízales, donde tenian emboscadas considerables fuerzas. (1) El general español sospechó la celada, y al mismo tiempo que acometió á los escuadrones mejicanos que le esperaban de frente, destacó suficientes fuerzas sobre los emboscados que, al verse descubiertos, se vieron precisados á salir á la llanura. La batalla fué sangrienta. Los mejicanos lucharon con valor extraordinario; pero al fin tuvieron que ceder ante la táctica del caudillo castellano, dejando el campo cubierto de cadáveres. Los tlaxcal-

fé de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados que de Méjico que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia á su Majestad, se levantaron... é hecho este auto, envióseles á hacer saber, amonestándolos y requiriendo con la paz.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la Conq.

(1) Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

tecas, que se habian portado heróicamente, siguieron el alcance de sus contrarios, haciendo en ellos una horrible carnicería. Considerable fué el botin quitado á los vencidos y muy pocas las pérdidas sufridas por los vencedores.

Hernan Cortés, despues de haber dado á la tropa el preciso descanso, siguió su avance sobre Acotzinco, ciudad situada á tres leguas al Sur de Tepeaca. Nuevos ejércitos mejicanos y tepeaqueños le salieron al encuentro. Un combate no menos sangriento que el primero, se trabó inmediatamente. La lucha duró largo tiempo; pero el resultado fué tambien funesto para los mejicanos, que tuvieron que huir perseguidos de cerca por la caballería y las tropas auxiliares, dejando sobre el campo millares de muertos y considerable número de prisioneros en poder de los tlaxcaltecas. (1)

Alcanzadas esas dos brillantes victorias, el general español se dirigió á la ciudad de Tepeaca, capital de la provincia del mismo nombre. Las autoridades, anhelando al-

(1) Varios historiadores, dando crédito á cosas que no se debieran poner sin examinarlas detenidamente, dicen que á la siguiente noche de la batalla de Zacatepec, tuvieron los aliados de Hernan Cortés una gran cena con los brazos y piernas de los prisioneros. Herrera, que es uno de los que han creido la anécdota, dice: «Aquella noche tuvieron los indios aliados una gran cena de piernas y brazos; pues además de un número increible de asados, hechos en asadores de madera, habia cincuenta mil platillos de carne humana preparada de diversas maneras.» (Hist. general, dec. 2, lib. 10, cap. 15.)

No es verosímil que los aliados hubiesen celebrado ese banquete, cuando sabian que el general español desaprobaba los sacrificios y miraba como un crímen la antropofagia. A ser cierto, no hubiera dejado de hacer mencion de ello en sus cartas, y mucho menos hubiera dejado de consignarlo Bernal Díaz del Castillo que, en esa materia, suele ser demasiado prolijo.

canzar su gracia, enviaron sus comisionados, solicitando la paz y ofreciendo volver á la obediencia del rey de España.

Hernan Cortés hizo su entrada triunfal al siguiente dia, siendo recibido por los jefes de la provincia con las demostraciones del mas profundo respeto y consideracion. Las tropas mejicanas, no contando ya con suficiente número para combatir, abandonaron el territorio, y el país se apresuró á reconocer de nuevo por señor al monarca de Castilla.

Hernan Cortés se manifestó bondadoso con los pueblos que no habian tenido parte en el asesinato de los españoles; pero impuso á los que lo habian cometido, el castigo con que les habia amenazado en el requerimiento. Hecha la informacion, los implicados en el crímen fueron marcados como esclavos con un hierro candente, como era costumbre de aquel siglo, y aun acostumbran hacerlo algunas naciones cultas con los desertores, marcándoles en el rostro una D que les infama. (1) El quinto de los castigados se separó para la corona, y el resto se repartió entre los españoles y los aliados. (2)

(1) Los Estados-Unidos, en la guerra que tuvieron con Méjico en 1847 marcaban á los desertores una D en el carrillo con hierro candente, y despues los ahorcaban si habian tomado parte con el enemigo, colgándolos de un palo y echándoles un lazo corredizo al cuello. Varios desertores irlandeses que habian tomado parte por los mejicanos y formaron una compañía llamada de *San Patricio,* fueron, al caer prisioneros en poder de los norte-americanos, sellados con el hierro candente y ahorcados despues. En Francia se practica actualmente con los que son condenados á galeras.

(2) «Y allí hicieron hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Hernan Cortés creyó necesario, como dice en su segunda carta á Cárlos V, usar de ese rigor, con el fin de evitar que se repitiesen las rebeliones y los asesinatos en otros españoles; pero, en mi concepto, obró con demasiado rigor. Podrá decirse que la rebelion y el asesinato se castigan con la muerte; pena mas terrible que la que les aplicó; que la esclavitud no debia extrañarles, puesto que estaba establecida en todas las naciones indias, y añadir que de ella podrian salir en breve, como, en efecto, salieron. Pero no por esto dejó de ser muy fuerte la pena. El mismo Hernan Cortés la consideró así, y dice que la tomó como medida rigorosa «para atemorizar, porque de otra manera juzgaba imposible contener los desmanes de los numerosos pueblos.» (1) Pero la providencia era contraria á las instrucciones que daban los reyes de España á los descubridores, gobernantes y pobladores de la América, y era imposible que el monarca aprobase la disposicion del caudillo castellano, por muy poderosas que fuesen las razones que espusiera. Desde el principio del descubrimiento del Nuevo-Mundo, se manifestaron los reyes católicos interesados por el buen trato de los indios. Cuando Cristóbal Colon, despues de una batalla dada á los indios de de Santo Domingo que se habian rebelado, envió á Espa-

(1) «Y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos esclavos, de que se dió el quinto á los oficiales de V. M.; porque demás de haber muerto á los dichos españoles y rebeládose contra el servicio de V. A., comen todos carne humana, por cuya notoriedad no envio á V. M. probanza dello. Y tambien me movió á hacer los dichos esclavos, por poner algun espanto á los de Culúa, y porque tambien hay tanta gente, que si no hiciese grande y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarian jamás.»—Seg. carta de Cortés.

ña trescientos prisioneros, en calidad de esclavos, los soberanos manifestaron públicamente su desaprobacion. La virtuosa reina Isabel se indignó de la providencia dictada, y mandó que inmediatamente fuesen conducidos á su país natal á costa del mismo Colon, ordenando que por motivo ninguno y aunque se sublevasen mil veces, se les privase de la libertad. Su esposo Fernando, para evitar todo abuso, prohibió que se sacase de la isla á ningun indio y se le llevase á Europa, aun cuando fuese con consentimiento de él. El emperador Cárlos V, viendo las diversas opiniones que habia, sobre si en determinados casos se debiera ó no ejercer dominio sobre los indios, y despues de consultar con los mas distinguidos jurisconsultos y teólogos, sentenció, en 1517, en favor de los indios, declarándoles enteramente libres de toda esclavitud. Era imposible, por lo mismo, que Cárlos V aprobase la providencia tomada por Cortés, aun cuando pareciese conveniente la medida. Con efecto, la sentencia, á pesar de las razones expuestas, pintando la excepcion de las circunstancias, no fué confirmada por la corona; y los indios recobraron, como era justo, la libertad.

Reducidos á la obediencia los pueblos de la provincia de Tepeaca, Hernan Cortés fijó su cuartel general en la capital del mismo nombre. Estaba situada en un país perfectamente cultivado, cubierto de extensos maízales y de millares de huertas, abundantes en verdura. Era un punto importante para las operaciones militares que proyectaba contra las provincias próximas, feudatarias de la corona de Méjico, y su abundancia de granos, proporcionaba al soldado lo necesario á la vida.

El caudillo castellano, á fin de evitar que los mejicanos penetrasen en la provincia y la indujesen á sublevarse de nuevo contra los españoles, levantó algunas fortificaciones, se construyeron los edificios necesarios para la guarnicion, estableció magistrados, y fundada así la villa, la dió el nombre de *Segura de la frontera,* que no ha conservado, pues lleva hoy, el mismo de Tepeaca.

Mientras Hernan Cortés trabajaba sin descanso por asegurar la tranquilidad de los pueblos tepeaqueños, en Méjico se tomaban activas providencias para oponer una resistencia vigorosa á los españoles, en caso de que tratasen de avanzar hácia el interior. Numerosas y aguerridas tropas envió el emperador azteca hácia la frontera, y fuertes guarniciones colocó en todas sus plazas. Por desgracia, la conducta de los jefes que se hallaban al frente de esos valientes escuadrones, no guardaban con las provincias sometidas al imperio, las consideraciones que pudieran hacer soportable el yugo. El ejército, lo mismo que los emplados y autoridades aztecas, se manifestaban arrogantes y tiranos con los habitantes, haciéndose odiosos y aborrecibles. Los pueblos feudatarios de la corona, anhelaban sacudir su yugo, y veian en los españoles la manera de romperlo, para mirar garantizada así la honra de sus hijas y de sus esposas, que se hallaba á merced del capricho de los gobernantes aztecas.

Entre esas poblaciones que miraban con odio el dominio de los mejicanos, se contaba la ciudad de Quauhquechollan, hoy Huaquechula. Era una poblacion de treinta mil habitantes, que se hallaba á doce leguas al Sudeste de los cuarteles españoles, no menos fuerte por la naturaleza, que

por las obras del arte. Se hallaba situada en una amena llanura, al pié de una elevada y fragosa montaña, flanqueada por dos rios, que corrian á corta distancia uno del otro, orillados de enormes rocas. Una espesa muralla de cal y canto, de veinte piés de alto y doce de ancho, la circundaba, mostrando por todas partes un sólido parapeto de tres piés de altura. Para entrar, solo habia cuatro puertas estrechas, practicadas en los puntos por donde las extremidades de la muralla se doblaban, formando dos semicírculos. (1) Conociendo la importancia de la posicion, el emperador mejicano aumentó considerablemente la guarnicion, y envió, además, un ejército forminable, al mando de sus mas entendidos capitanes, con objeto de impedir el paso por aquel punto á los españoles hácia la capital, en caso de que lo intentasen.

El señor de la ciudad, anhelando sacudir el yugo de los mejicanos, envió una embajada á Hernan Cortés, protestando vasallaje al rey de España. Era uno de los que habian jurado fidelidad á la corona de Castilla, cuando Moctezuma llamó á la corte á la nobleza y jefes de las provincias para que prestasen su obediencia al monarca español delante del caudillo de la expedicion. Los embajadores manifestaron el deseo que animaba á su señor, lo mismo que á la ciudad entera, de hacer pública su adhesion á los hombres blancos. Si no lo habian hecho, no era por falta de volun-

(1) «Y toda la ciudad está cercada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto, como cuatro estados por defuera de la ciudad; é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va un pretil, tan alto como medio estado, para pelear; tiene cuatro entradas, tan anchas, como uno puede entrar á caballo.»—Seg. carta de Cortés.

tad, sino porque se veian supeditados por una fuerte guarnicion mejicana. Habian ido, por lo mismo, á hacer presente su fidelidad, y á suplicarle que les libertase, lo mas pronto posible, de la dependencia de la corona azteca. Pintaron, con vivo colorido, los ultrajes que les prodigaban los mandarines del imperio; las terribles exacciones que sufrian, y el desprecio con que les trataban. Dijeron que vivian sin garantía de ninguna especie; que les quitaban su hacienda, sus mujeres y cuanto despertaba la codicia de sus dominadores. Hecha la historia de las vejaciones de que eran víctimas, hicieron saber á Cortés que el número de tropas mejicanas que habia en la ciudad y en los alrededores, ascendia á treinta mil hombres. Se ofrecieron á conducir al ejército español por un camino oculto á la vista de los escuadrones aztecas, hasta presentarse delante de la ciudad; y prometieron cooperar al éxito de la empresa, sorprendiendo en sus alojamientos á los capitanes y principales personajes mejicanos que estaban en la poblacion, en los momentos que los cristianos se dejasen ver. (1)

Hernan Cortés aceptó gustoso la proposicion. Emprendedor y activo, destacó inmediatamente una fuerza de doscientos infantes españoles, trece ginetes y treinta mil aliados. La campaña la confió al valiente capitan Cristóbal de Olid, y el ejército marchó guiado por los mismos mensa-

(1) «E que algunos hobieran venido á se ofrecer á su real servicio si aquellos no lo impidiesen,» (los mejicanos); «é que me lo hacian saber para que lo remediase, porque demás del impedimento que era á los que buena voluntad tenian, los de la dicha ciudad y todos los comarcanos recibian mucho daño. Porque, como estaba mucha gente junta y de guerra, eran muy agraviados y maltratados, y les tomaban sus mujeres y haciendas y otras cosas; y que viese yo qué era lo que mandaba que ellos hiciesen, y que dándoles favor, ellos lo

jeros de la ciudad. El paso de las tropas expedicionarias por Cholula y Huexotzinco, fué una continua ovacion de sus habitantes á los españoles. Leales se manifestaron como los tlaxcaltecas á la corona de Castilla, desde que se declararon súbditos de ella, y todos anhelaban formar parte de las tropas auxiliares que marchaban contra las fuerzas del imperio mejicano. El extraordinario afan de los choluleses y huexotcincas en agregarse al ejército, produjo en el ánimo receloso de los soldados de Narvaez, vehementes sospechas. Temieron que se les hubiese tendido un lazo para caer sobre ellos cuando se hallasen á las puertas de Quauhquechollan, y comunicaron sus recelos á Cristóbal de Olid. El valiente capitan meditó un instante; pero no queriendo dar entrada á ninguna sospecha, continuó su marcha.

Cuando las tropas llegaron á una poblacion que distaba tres leguas de Quauhquechollan, Cristóbal de Olid mandó hacer alto para que descansasen. Los soldados y oficiales pertenecientes á la expedicion de Narvaez, volvieron á indicarle que abrigaban fuertes sospechas de que los jefes huexotzincas que iban con las fuerzas auxiliares, se hallaban de acuerdo con los mejicanos. Dijeron que, confinando Quauhquechollan con la república de Huexotzinco, los habitantes, para evitar que los escuadrones mejicanos

harian.» Y fué el concierto, que los llevarian por parte que no fuesen sentidos, ó que despues que llegasen junto á la ciudad el señor y los naturales della, y los demás sus vasallos y valedores, estarian apercibidos y cercarian los aposentos donde los capitanes estaban aposentados, y los prenderian y matarian antes que la gente los pudiese socorrer; ó cuando la gente viniese, ya los españoles estarian dentro la ciudad, y pelearian con ellos y los desbaratarian.»—Segunda carta de Cortés.

allí situados, les hiciesen daño, podian haberse confederado para destruir á los españoles.

Casi al mismo tiempo que los de Narvaez hacian presente sus temores, fueron á ver á Cristóbal de Olid algunas personas de la poblacion. Las noticias que comunicaron al capitan castellano, dieron fuerza y visos de verdad á los recelos manifestados por sus compatriotas. Mostrándose adictos á la corona de España, aconsejaron á Olid que sospechase de los habitantes de Huexotzinco, pues se habian confederado con los de Quauhquechollan y los mejicanos, para conducirles á la celada que habian dispuesto.

Cristóbal de Olid dió entonces entrada á la desconfianza, y procuró adquirir informes. Las pesquisas hechas, le persuadieron de que existia una traicion; puso inmediatamente presos á los jefes principales de Huexotzinco y á los mensajeros de Quauhquechollan, contramarchó á Cholula, y les envió con buena escolta á Hernan Cortés, dándole cuenta de lo que habia ocurrido. (1)

El caudillo español se manifestó disgustado de la conducta observada con sus fieles aliados, y les trató con las mas distinguidas consideraciones. Comprendió que debia existir en aquel informe algun error, nacido de mala inte-

(1) «Y en un pueblo de la dicha provincia de Guasucingo diz que dijeron á los españoles que los naturales desta provincia estaban confederados con los de Guacachula y con los de Culúa, para que debajo de aquella cautela llevasen á los españoles á la dicha ciudad... Y el capitan que yo enviaba con ellos hizo sus pesquisas como lo supo entender, y prendieron todos aquellos señores de Guasucingo que iban con ellos, y á los mensajeros de la ciudad de Guacachula, y presos con ellos se volvieron á la ciudad de Churustecal... y desde allí me enviaron todos los presos.»—Seg. carta de Cortés.

ligencia, y procuró averiguar la verdad. Valiéndose de los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, habló largamente con los acusados, y despues de examinar con delicada atencion el asunto, se convenció de que eran inocentes de la acusacion que se les hacia; vió en ellos la buena fé y la rectitud, y conoció que las desgracias sufridas en Méjico, habian vuelto recelosos á sus compatriotas. Hernan Cortés procuró hacerles olvidar el disgusto recibido por la injusta sospecha de su capitan, y les obsequió con valiosos regalos.

No queriendo confiar ya á nadie la importante y delicada empresa acometida, partió inmediatamente hácia Cholula para ponerse al frente de la expedicion. En su compañía marcharon satisfechos y agradecidos, los mensajeros y los jefes huexotzincas.

El caudillo español encontró á sus compatriotas abrigando los mismos temores de traicion; pero les convenció de error, y la marcha se emprendió á las pocas horas de haber llegado. El ejército se componia de trescientos castellanos y de numerosas tropas tlaxcaltecas, cholulesas y huexotzincas.

Dicho queda que el señor de Quauhquechollan, habia convenido con Hernan Cortés, por medio de sus mensajeros, en asaltar á mano armada las habitaciones de los jefes mejicanos y prenderles ó matarles en los momentos que se avistasen los españoles.

La promesa fué cumplida. En el instante en que el ejército del jefe castellano se dejó ver, los habitantes de la ciudad, contando ya con su apoyo, se arrojaron de repente sobre las casas de los jefes aztecas, trabándose una lucha

reñida. La guarnicion mejicana corrió en defensa de sus jefes, y la lid se hizo general en todas las calles. El caudillo español se acercaba á toda prisa á la ciudad en auxilio de los valientes vecinos. Parte de estos salieron á su encuentro cuando se hallaba á pocas varas de la poblacion, y le presentaron cuarenta oficiales que habian hecho prisioneros. El combate seguia entre tanto en las calles de la poblacion. Uno de los puntos en que mas sangrienta se habia hecho la lucha, era el alojamiento en que se hallaban los principales capitanes mejicanos con algunas fuerzas. Mas de tres mil hombres de la poblacion habian cercado el aposento por todas partes y le daban terribles asaltos. Sin embargo, no lograban apoderarse del punto. El edificio era fuerte, y los mejicanos, dice Hernan Cortés, «combatian como héroes.» (1)

Hernan Cortés, guiado por los habitantes de la ciudad, llegó al sitio disputado. Un grito de alegría dejaron escapar los que rodeaban el edificio al ver á los hombres blancos. El general español, poniéndose á la cabeza de los suyos, acometió con ímpetu terrible y penetró en los aposentos. Millares de guerreros aliados invadieron entonces el edificio, matando á todos los mejicanos que encontraban. Hernan Cortés anhelaba que no matasen, sino que hiciesen prisioneros á los notables jefes aztecas, para adquirir noticias del estado de la capital y de los sucesos operados en ella; pero no logró su deseo. Los habitantes de la ciudad, deseando vengarse de las vejaciones sufridas, á nadie

(1) «No les podian entrar el aposento, porque demás de pelear ellos como valientes hombres, el aposento era muy fuerte.»—Seg. carta de Cortés.

perdonaron, y solamente pudo saber algo de uno que se hallaba cubierto de heridas. (1)

Tomado el punto mas fuerte y pasados á cuchillo los jefes y soldados que lo defendian, las demás tropas de la guarnicion salian huyendo de la ciudad, perseguidas por los tlaxcaltecas y vecinos de la poblacion.

En aquellos momentos, el ejército mejicano, que se hallaba en las alturas inmediatas á la ciudad, llegaba á los suburbios de ella en auxilio de sus compatriotas. Deseando medir sus armas con sus contrarios, se formó en batalla. «Eran,» dice Cortés, «mas de treinta mil hombres; lucida y arrogante gente, como ninguna hasta entonces habian visto, ostentando bellos penachos de vistosas plumas, bruñidas alhajas de oro y plata, rica pedrería y delicadas joyas. (2) Varios escuadrones, avanzando hasta las puertas de la ciudad, habian puesto fuego á las casas inmediatas. Avisado Hernan Cortés de la proximidad del ejército azteca, corrió al sitio del incendio, y poniéndose al frente de la caballería y de las tropas auxiliares, obligó á retroceder á los guerreros mejicanos. Entonces dió principio á una batalla campal. Los aztecas, queriendo atraer á sus con-

(1) «Y entró tanta gente de los naturales de la ciudad, que en ninguna manera los podíamos socorrer, que muy brevemente no fuesen muertos; porque yo quisiera tomar algunos á vida, para me informar de las cosas de la gran ciudad, y de quien era señor despues de la muerte de Muteczuma, y de otras cosas; y no pude tomar sino á uno mas muerto que vivo, del cual me informé.» —Seg. carta de Cortés.

(2) «Que casi á una sazon llegaron los que salian huyendo de la dicha ciudad y la gente que venia en socorro á ver qué cosa era aquella; los cuales eran mas de treinta mil hombres y la mas lucida gente que hemos visto, porque traian muchas joyas de oro y plata y plumajes.»—Seg. carta de Cortés.

trarios á un punto ventajoso, fueron retirándose poco á poco y combatiendo siempre, seguidos de cerca por los tlaxcaltecas, chololeses y huexotzincas. Al llegar al sitio que anhelaban, hicieron alto, recibiendo á las tropas enemigas con un diluvio de flechas. Por largo rato resistieron el empuje de las tropas aliadas; pero acometidos, de repente, por la caballería, á cuyo frente iba el jefe español, se desordenaron sus filas. Una nueva carga acabó de introducir la confusion, y poco despues huian, dominados de terror, hácia una sierra, tomando una áspera cuesta, perseguidos siempre por la caballería y las tropas auxiliares. La subida era penosa; y los que huian, lo mismo que sus perseguidores, apenas podian respirar de fatigados. «Al acabar de subir la sierra, dice Hernan Cortés, ni unos ni otros podian dar un paso, y muchos mejicanos cayeron muertos, rendidos por la fatiga y asfixiados por el calor, sin haber recibido herida ninguna.» (1) En aquellos angustiosos momentos, para los aztecas, llegaron tropas auxiliares de refresco, que continuando la persecucion, hicieron espantoso estrago en los fugitivos. Dominadas las tropas de los nativos, de antiguos odios contra los mejicanos, y deseando vengar agravios que recordaban con indignacion, no daban cuartel á nadie, y el infeliz que caia rendido de fatiga, era traspasado por las flechas de sus perseguidores. Así «en muy poco tiempo, dice el jefe español, se vió el campo vacío de vivos, pero bastante ocu-

(1) «Alanceando muchos por una cuesta arriba muy agra, y tal, que cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nosotros podíamos ir ni atrás ni adelante; é así cayeron muchos dellos muertos y ahogados de la calor, sin herida ninguna.»—Seg. carta de Cortés.

pado de muertos.» (1) Sin encontrar resistencia en ningun punto, las tropas llegaron al sitio en que los mejicanos habian formado sus cuarteles al situarse en la cumbre de la escabrosa sierra. Nadie habia en ellos. Los aposentos que en tres puntos habian levantado, y que parecian tres poblaciones próximas, los abandonaron precipitadamente. Los numerosos escuadrones auxiliares se lanzaron al interior de los ámplios alojamientos de madera, ávidos de pillaje y de venganza. El botin fué rico y abundante. Los jefes aztecas y los nobles personajes del imperio, habian marchado á campaña con la pompa que la nobleza acostumbraba, llevando con sus numerosos esclavos, ricos vestidos, joyas, pedrería, mantos, preciosos petos y escudos hechos con láminas de oro, y otros artículos que constituian el lujo de la grandeza. Todo lo habian abandonado en su precipitada fuga; y el suelo se hallaba cubierto de ricos despojos. Las tropas auxiliares que se habian reunido allí en número de mas de cien mil hombres, se arrojaron sobre los despojos, como el buitre sobre su presa; se apoderaron de todo, y luego prendieron fuego á las habitaciones, quedando reducidas en breves instantes á ceniza. (2)

(1) «Pórque ocurrieron muchos indios de los amigos nuestros, y como iban descansados, y los contrarios casi muertos, mataron muchos. Por manera que en poco rato estaba el campo vacio de los vivos, aunque dè los muertos algo ocupado.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «Y llegamos á los aposentos y albergues que tenian hechos en el campo nuevamente, que en tres partes que estaban, parecia cada una de ellos una razonable villa; porque demás de la gente de guerra, tenian mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real; porque, segun supe despues, en ellos habia personas principales; lo cual fué todo despojado y quemado por los indios nuestros amigos, que certifico á V. S. M. que habia ya juntos de los dichos nuestros amigos mas de cien mil hombres.»—Seg. carta de Cortés.

Alcanzada la victoria y recogidos los ricos despojos, el ejército aliado volvió á la ciudad, donde Hernan Cortés fué recibido con entusiastas aclamaciones por los habitantes.

El señor de ella, que siempre se habia manifestado parcial de los españoles, pasó á la habitacion que habia destinado al jefe castellano, donde fué recibido por éste con manifestaciones de alto aprecio.

CAPÍTULO XIX.

Toma Cortés la ciudad de Itzocan.—Varias provincias y ciudades solicitan aliarse á los españoles.—Triunfos de Cortés.—Muchas ciudades del Estado de Oajaca se confederan con los españoles.—Gran prestigio de Cortés entre los nativos de las diversas provincias de Anáhuac.—Envia á Martin Lopez á Tlaxcala para construir trece bergantines.—Muere de viruelas el senador tlaxcalteca Maxixca.—Sentimiento de Cortés por su muerte.—Sucumbe tambien, víctima de las viruelas, el emperador de Méjico Cuitlahua.—Solicitan algunos de los de Narvaez volver á Cuba.—Cortés les deja marchar.—Recibe Cortés algunos refuerzos de españoles.—Escribe á Cárlos V su segunda carta, desde Tepeaca ó Segura de la Frontera.—Deja una guarnicion en Tepeaca y se dispone á volver á Tlaxcala.

1520. Tres dias permaneció Hernan Cortés en Quauhquechollan con objeto de que descansasen sus soldados, y en ellos se presentaron los enviados de varias ciudades ofreciéndose por vasallos del rey de España.

La fortuna parecia sonreirle y presentarse dispuesta á favorecerle en la árdua empresa que habia acometido.

Viendo descansada á su tropa, emprendió su marcha

hácia Itzocan, ciudad de veinte mil almas, llamada despues Izucar, y conocida actualmente con el nombre de Matamoros. Se hallaba á distancia de cuatro leguas de Quauhquechollan y estaba defendida por una numerosa guarnicion mejicana. La ciudad se encontraba situada en un dilicioso y fértil valle, cercado de altas montañas, y regado por abundantes canales, hechos con acierto, donde se daba en abundancia el rico algodon y delicadas y sabrosas frutas: (1) un rio profundo y una sólida muralla circundaba la ciudad. Sus calles eran rectas, y sus edificios bastante buenos, figurando entre ellos un número considerable de templos. Mandaba el Estado un personaje de la sangre real de Méjico, á quien Moctezuma dió el señorío de la provincia, habiendo mandado dar muerte al señor que legítimamente lo poseia. Se ignora la causa que el emperador tuvo para privar de la vida al legítimo señor, aunque debe suponerse que seria por serle desafecto. Adicto el jefe del Estado á la causa del imperio mejicano, habia hecho tomar las armas á todos los habitantes para combatir contra los españoles, y se dispuso á defender la ciudad al ver que se dirigian á ella. La guarnicion mejicana, unida á las tropas de la provincia, esperaban serenos la presencia del enemigo.

(1) Hernan Cortés, que estudiaba el clima, las producciones y la situacion de los pueblos, dice de Itzocan: «Tiene un valle redondo muy fértil de frutas, y algodon, que en ninguna parte de los puertos arriba se hace por la gran frialdad: y allí es tierra caliente, y cáusalo, que está muy abrigada de sierras; todo este valle se riega por muy buenas acequias, que tienen muy bien sacadas, y concertadas.»—Seg. carta de Cortés.

A medida que Hernan Cortés avanzaba hácia Itzocan, se iba aumentando su ejército con la gente que se le unia de los pueblos que reconocian por jefe al señor de Quauhquechollan. Todos querian tomar parte en la expedicion, para arrojar á los mejicanos lejos de la provincia, y alcanzar el rico botin en los combates. Veian que la victoria acompañaba al caudillo español, y todos se apresuraban á marchar bajo sus órdenes. Las aldeas y las ciudades quedaban sin habitantes por seguirle; y era tanto el afan de los nativos por alistarse bajo las banderas del general que les conducia de triunfo en triunfo, que antes de llegar á Itzocan «llevaba, dice el mismo Cortés, tal número de gente de los naturales de la tierra, que casi cubrian los campos y sierras hasta donde alcanzaba la vista, pudiendo asegurar que pasaban de ciento veinte mil guerreros los que llevaba en mi compañía.» (1)

Los españoles, que iban por delante, atacaron la ciudad, marchando al asalto. Los defensores que habian hecho salir con anticipacion á las mujeres, á los niños y los ancianos, á fin de que no hubiese en la plaza mas gente que la de guerra, hicieron una resistencia vigorosa; pero viéndose desalojados de todas partes, huyeron de la ciudad, por la parte del rio, levantando inmediatamente los puentes para impedir el paso á sus contrarios. Difícil era ganar la orilla; pero Cortés y sus soldados se arrojaron al agua para pasar al otro lado, y ganada al fin la orilla, continuaron la

(1) «E iba en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de V. M., que casi cubrian los campos y sierras que podíamos alcanzar á ver. E de verdad habia mas de ciento y veinte mil hombres.»—Seg. carta de Cortés.

persecucion por espacio de legua y media, destrozando completamente á los contrarios, de los cuales muy pocos lograron salvarse. (1)

Rico fué el botin que las tropas auxiliares cogieron en esta campaña, y grandes las demostraciones de alegría que hicieron por la victoria.

Terminada la persecucion, Hernan Cortés volvió á Itzocan, y por medio de varios prisioneros de importancia, llamó á los vecinos que habian abandonado la poblacion, diciéndoles que volviesen á sus hogares; que nada temieran, y asegurándoles que nadie les molestaria en lo mas mínimo. Sabiendo que el caudillo español cumplia sus promesas, volvieron á sus casas con sus familias, reinando á los dos dias en la ciudad, la misma animacion que antes de la lucha.

El señor de Itzocan, se retiró á Méjico; y la nobleza de la provincia, que siempre le miró con desagrado, declaró vacante el Estado, á fin de colocar en el poder una persona que mereciese la aprobacion general. Todos los habitantes de la poblacion y de las demás ciudades y aldeas de la provincia, se presentaron á Cortés, ofreciéndose por súbditos de la corona de Castilla. Aseguraban que, obligados por su señor, habian tomado las armas en favor del imperio mejicano; pero que, desde aquel instante, serian firmes aliados de los españoles.

Los nobles, en cuanto declararon vacante el Estado, acordaron, con la autoridad y proteccion de Cortés, de dar

(1) «Y seguimos el alcance hasta legua y media mas; en que creo se escaparon poços de aquellos que allí quedaron.»—Seg. çarta de Cortés.

á la provincia un gobernante á quien legítimamente le perteneciese el mando. Manifestaron que le tocaba de derecho á un hijo del cacique de Quauhquechollan y de una hija del señor á quien Moctezuma mandó matar al poner en su lugar á su pariente. La eleccion se hizo en la persona que anhelaban; pero como aun no tenia edad suficiente para ponerse al frente de los negocios, nombraron para que gobernasen la provincia, durante los años precisos, á su propio padre, á un tio suyo y á dos distinguidos personajes de la nobleza.

La fama de las victorias alcanzadas por los españoles, voló rápidamente por todos los ámbitos de las diversas provincias y señoríos. Numerosos pueblos, anhelando su proteccion, se apresuraron á ofrecerse por súbditos del rey de España, ofreciendo servirle franca y lealmente. No solamente las poblaciones inmediatas á Itzocan y Quauhquechollan se declararon espontáneamente aliadas de los españoles, sino que aun las que se hallaban á larga distancia, enviaron sus embajadores, ofreciéndose por vasallos de la corona de Castilla. Todos buscaban, con ardiente anhelo, la alianza y la amistad de unos hombres que llevaban consigo la victoria, deseando vengar la dura y larga opresion de los emperadores mejicanos.

Arrojadas las tropas aztecas de los puntos que dominaban en la provincia, regresó Hernan Cortés á Tepeaca, donde se continuaron con actividad las obras de fortificacion que habia mandado levantar. Para reducir á la obediencia á las poblaciones que aun se mantenian hostiles, destacó á sus capitanes á diversos puntos con la fuerza que juzgó necesaria. Envió al famoso Gonzalo de Sandoval

contra los habitantes de Xalatzinco, ciudad fuerte y poco distante del camino de Veracruz. Un numeroso ejército de guerreros, salió á presentarle batalla junto á los muros de la poblacion. El combate fué reñido; pero triunfó Gonzalo de Sandoval; y despues de dejar expedita la comunicacion entre la Villa-Rica y Tepeaca, volvió, llevando prisioneros á los principales jefes y personajes vencidos. Hernan Cortés, al verles arrepentidos de sus hostilidades, les puso en libertad, convirtiéndoles, con su generosidad, en leales amigos. La expedicion enviada sobre Tecamachalco, notable ciudad de la nacion Popoloca, alcanzó el mismo resultado, despues de una resistencia heróica de parte de sus habitantes. Las operaciones militares dieron por resultado la desaparicion de las tropas mejicanas, y la alianza de los pueblos con los españoles. Ocho ciudades de la provincia de Mixtecapan, y muchas mas del distante Estado de Oajaca, se adhirieron á la corona de España y solicitaron la proteccion de Hernan Cortés. Las distinguidas consideraciones con que trataba á los aliados; su política conciliadora y el respeto á las autoridades reconocidas por los Estados, le captaban las simpatías de todos, y le acreditaron de justo y desinteresado. Su recto juicio y su claro talento, unidos á su afabilidad y prudencia, le conquistaron el aprecio general; y los pueblos, en sus diferencias, le elegian por árbitro, manifestándose satisfechos de sus resoluciones. Aun los personajes que entraban á ocupar legítimamente en las provincias el primer puesto, por muerte del que habia ejercido el poder, ocurrian á él, por atencion y deferencia, como si fuese señor de la tierra, á obtener la confirmacion de la investidura de los Estados vacantes.

Tenian formado un elevado concepto de su carácter, probidad y amor al órden; y hasta en las interesadas disputas de sucesion, se sujetaban contentos á su fallo. (1) Con su acertada y discreta política, su afable trato y su liberalidad, adquirió en las provincias sujetas poco hacia al imperio, una influencia que contrastaba con la aversion que tenian á los inflexibles gobernantes aztecas.

Diariamente iba creciendo el número de señoríos y reinos aliados, y pronto se vió formado un nuevo imperio en el corazon de Anáhuac, que amenazaba destruir el antiguo y poderoso de los monarcas mejicanos. Hernan Cortés veia aproximarse el dia de la realizacion de sus ensueños. Contaba con numerosos ejércitos de nativos para marchar sobre la capital azteca, y no dudaba del feliz éxito de la empresa. La experiencia le hizo conocer que su sola fuerza no hubiera bastado para sujetar á la nacion conquistadora de los reinos de Anáhuac, y miró, en las naciones aliadas, el elemento eficaz, el auxilio poderoso que le daria la victoria. Atenido á sus solos recursos, no hubiera podido alimentar las tropas con que sitiase la capital, mientras teniendo á todas las provincias por aliadas, y enviando cada una sus ejércitos, recibirian los víveres, de sus respectivos señoríos.

Conocia el entendido general español que para sitiar la

(1) «Y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleitos de indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos; que, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fallecieron muchos caciques, y sobre á quien le pertenecia el cacicazgo y ser señor y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

capital azteca, no bastaba situarse en las calzadas que conducian á ella, sino que era preciso dominar la laguna. Este pensamiento, que no le habia abandonado ni aun en los momentos terribles de la Noche Triste, en que salia huyendo de la ciudad, volvió á ocuparle desde que se encontró al frente de los numerosos ejércitos aliados. Para enseñorearse de las aguas del lago, necesitaba construir varios bergantines, semejantes á los que construyó en Méjico y que fueron quemados por los mejicanos cuando atacaron á Pedro de Alvarado en sus cuarteles. El vizcaino constructor Martin Lopez, era, como hemos visto, de los que se salvaron la Noche Triste, y se encontraba en el ejército. Hernan Cortés le llamó y le dió órden de que marchase á Tlaxcala y construyese trece bergantines, de las dimensiones de los que construyó en Méjico; pero que pudieran armarse y desarmarse. De esta manera podian llevarse en hombros de los indios hasta Texcoco, donde se echarian al agua para dominar el lago.

El pensamiento de llevar en hombros de hombres una escuadra, al través de un país montuoso, es verdaderamente atrevido, como todo lo que correspondia al genio de Cortés. Nada habia que arredrase á aquel hombre, para el cual no existian obstáculos ni peligros insuperables. La idea la concibió acaso desde el siguiente dia del abandono de la capital, á juzgar por la alegría que le causó ver al soldado constructor, Martin Lopez, entre los que se habian salvado.

En medio de las satisfacciones y de la alegría que debian inundar el corazon del afortunado caudillo español, por la excelente disposicion de los pueblos en favor de los inte-

reses de la corona de España, recibió la infausta noticia de la muerte del anciano Maxixca, uno de los cuatro jefes de la república de Tlaxcala, y á quien consagraba singular aprecio. Hernan Cortés sintió profundamente la pérdida del noble gobernante tlaxcalteca, así por la estrecha y sincera amistad que á él le unia, como porque le era deudor de la admirable armonía que reinaba entre los valientes hijos de Tlaxcala y los españoles. En los dias de la adversidad, cuando enfermos y heridos habian llegado los soldados castellanos á la república, él fué el primero en levantar la voz en favor de los desgraciados huéspedes, rechazando las proposiciones de los embajadores mejicanos. Los españoles, que tenian presente su lealtad, lamentaron su muerte. Fué víctima de la terrible enfermedad de la viruela, llevada por el negro criado de Narvaez, que se extendió por todo el país, causando horribles estragos en sus habitantes. Desde que el anciano Maxixca conoció que se acercaba el último instante de su vida, llamó á su hijo y sucesor, y le encargó que cultivase la amistad de los hombres blancos, y que les guardase eterna fidelidad. Poco despues espiró, abrazado de un pequeño crucifijo que, al hacerse cristiano, le habia regalado Hernan Cortés.

La mortífera enfermedad, que desde Cempoala, donde comenzó, pasó á Tlaxcala y marchó invadiendo las demás provincias, causó espantosos estragos en la capital de Méjico y los pueblos inmediatos. Muchas aldeas quedaron casi sin habitantes; y barrios enteros de la ciudad, se veian desiertos. Los indios, desconociendo la enfermedad, se bañaban al sentirse atacados, y muy pocos de los enfermos llegaban á sanar. El número de víctimas fué extraordina-

rio y casi faltaba gente para hacerse cargo de los que perecian. (1)

Muchos distinguidos personajes de la nobleza azteca murieron bajo el azote de la asoladora epidemia; pero la pérdida mas sensible para los mejicanos, fué la del emperador Cuitlahua, elevado al trono despues de la muerte de su hermano Moctezuma. Su noble carácter, su valor y las acertadas disposiciones que tomó para obligar á los españoles á salir de la capital, le conquistaron el amor de sus vasallos. Enérgico y activo, envió al verles fuera, mensajeros por todas las provincias y ciudades sujetas á la corona de Méjico, ofreciendo á sus habitantes librarles, por espacio de un año, de los tributos que sobre ellos pesaban, si hacian la guerra á los hombres blancos hasta matarlos ó hacerles salir del país. Solicitó la alianza de los tlaxcaltecas, haciéndoles proposiciones ventajosas, con el objeto mismo de destruir á los cristianos; y cauto y previsor, mandó construir notables fortificaciones en la capital y en las poblaciones próximas á la laguna, á fin de resistir á los españoles, en caso de que intentasen invadir de nuevo el reino. (2)

(1) «Eran tantos los difuntos que morian de aquella enfermedad, que no habia quien los enterrase, por lo cual en México les echaban en las azequias, porque entonces habia muy grande copia de aguas y era muy grande hedor el que salia de los cuerpos muertos.»—Sahagun. Hist. de Nueva España, lib. 8, cap. 1.°

(2) «Por muerte de Muteczuma habian alzado por señor á su hermano, que se dice Cuetravacin, el cual aparejaba muchos géneros de armas y se fortalecia en la gran ciudad y en otras ciudades cerca de la laguna. E ahora de poco acá he asimismo sabido que el dicho Cuetravacin ha enviado sus mensajeros por todas las tierras y provincias y ciudades sujetas á aquel señorío, á decir y cer-

La próspera fortuna de Hernan Cortés y el notable afecto de los pueblos, produjeron un favorable cambio en el ánimo de los mismos soldados de Narvaez, que poco tiempo antes habian pedido que se volviese al puerto de la Villa-Rica. Solamente algunos, deseando abandonar el país, porque tenian intereses en Cuba, renovaron su peticion de marchar á la isla. Entre los que manifestaron su resolucion de embarcarse y partir, se hallaban el secretario Andrés de Duero, el tesorero Bermudez, y varios hidalgos que, cansados de las anteriores y penosas campañas, no quisieron quedarse para continuar la que el caudillo español preparaba sobre Méjico. Viendo Hernan Cortés que insistian obstinadamente en que les diese permiso de marchar á Cuba, se propuso complacerles. Comprendiendo que era preferible tener menos número de gente, que conservar en las filas un elemento que desalentase el ánimo de los leales, no hizo ya objecion ninguna. Atento y servicial, les facilitó lo necesario para llegar á la Villa-Rica; les hizo algunos regalos, y se despidió de ellos como un buen amigo. A fin de que el viaje desde Veracruz á Cuba

tificar á sus vasallos que él les hace gracia por un año de todos lós tributos y servicios que son obligados á le hacer, y que no le den ni le paguen cosa alguna, con tanto que por todas las maneras que puedan, hagan muy cruel guerra á todos los cristianos hasta los matar ó echar de toda la tierra.»—Seg. carta de Cortés. Las anteriores palabras del caudillo español, hacen ver, como ya he indicado en otra nota, que no es acertada la pintura que de Cutlahua hace Solis. «Se llamaba Quetlabacoc, rey de Iztapalapan,» dice el expresado Solis, «y segundo elector del imperio; vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre.» Sensible es que haya incurrido en ese error el apreciable cronista.

fuese breve, mandó al jefe de la escuadra, Pedro Caballero, que dispusiese el mejor buque para conducirles, y lo tripulase con los mas espertos marineros. Las atenciones del jefe castellano no alcanzaron la correspondencia que merecian. El secretario Andrés de Duero, que habia influido con el gobernador de Cuba, hacia dos años, en que diese á Cortés el mando de la expedicion y le abandonaba en aquel instante, sostuvo despues, en España, las pretensiones de Velazquez, contra las del valiente caudillo, bajo cuyas banderas habia militado.

La pérdida de los que anhelando las comodidades de la vida le abandonaron, fué bien pronto recompensada ventajosamente con la llegada de algunos otros soldados que desembarcaron en Veracruz. Los primeros que aparecieron en el puerto, fueron trece hombres, que llevaban por capitan al caballero Pedro Barba, enviado por Velazquez con provisiones para Narvaez, creyéndole vencedor de Cortés. Además de provisiones de boca, llevaban algunas armas y dos caballos. Al saltar en tierra, en la confianza de que mandaba en ella el jefe adicto al gobernador de Cuba, fueron aprehendidos por el comandante de la Villa-Rica, y enviados á Tepeaca. Era Pedro Barba, amigo de Hernan Cortés, y fué recibido por éste con notables muestras de aprecio. El nuevo capitan y sus soldados se agregaron gustosos á las filas del caudillo español, para quien aquel ligero refuerzo era de suma importancia. En el buque donde habian llegado á Veracruz, envió Diego Velazquez un pliego á Narvaez, incluyendo despachos del obispo D. Juan Rodriguez de Fonseca, donde éste le prevenia al gobernador de Cuba, que enviase preso á Cortés á España

para que le juzgaran, si aun le tenia preso en la isla. Diego Velazquez, en consecuencia, le pedia á su adicto general, que le mandase inmediatamente á Hernan Cortés, bien asegurado, en un buque, si no le habia matado. (1) Ocho dias despues llegó á Veracruz otro buque, enviado tambien por el gobernador de Cuba. Llevaba algunos soldados, y por capitan de ellos iba Rodrigo Morejon de Lobera. La misma suerte que los anteriores corrieron éstos. Las filas del ejército español recibieron un ligero aumento, y al número de caballos se agregó uno mas que pertenecia al capitan.

Otra expedicion mandada por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, á plantear una colonia en el Pánuco, rio que desemboca en el golfo de Méjico, contribuyó igualmente á dar aumento á las fuerzas de Cortés. La expedicion se componia de tres buques en que se llevaban armas, caballos, víveres, herramientas y todas las cosas necesarias para formar una colonia. Hernan Cortés habia hecho algunas reclamaciones al gobernador de Jamaica, al tener noticia de la expedicion que preparaba, advirtiéndole que estaba en relaciones amistosas con sus habitantes, y que, por lo mismo, desistiese de su proyecto, porque era en perjuicio de los intereses de la corona. Las advertencias no fueron escuchadas, y los buques se dirigieron al sitio referido. Saltaron á tierra los expedicionarios, no cre-

(1) «Que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que ansí lo mandaba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y Arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros de nuestros capitanes.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

yendo encontrar hostilidad; pero apenas pisaron el territorio de aquella provincia, cuando se vieron acometidos con furia espantosa por sus habitantes. Los soldados enviados por Garay, no pudieron resistir al impetuoso choque de los numerosos escuadrones que les acometian, y se acogieron á los buques para salvarse, despues de haber visto perecer á muchos de sus compañeros. Vueltos á la mar, se levantó una terrible tormenta, y uno de los barcos arribó á la Villa-Rica, falto de víveres, de agua, y con la gente enferma. El comandante de la plaza acogió hospitalariamente á los soldados y capitanes expedicionarios, y los alojó en buenos edificios. Se componia la fuerza, de sesenta hombres, enfermos la mayor parte de calenturas; pero provistos de buenas armas. Pocos dias despues, se presentó en el puerto otro buque, que el mismo Garay habia enviado á Pánuco, ignorando lo acontecido á los anteriores. Iban en él cincuenta hombres robustos y corpulentos, con gruesos petos de algodon, provistos de mosquetes, ballestas y buenas espadas. Llevaban siete caballos, y contaban con suficiente pólvora. Mandaba esta fuerza un valiente capitan, llamado Miguel Diaz de Auz, que se distinguió en las acciones de guerra que se dieron en el bello suelo del Anáhuac. Siguió al arribo del barco anterior, el de una carabela con cuarenta hombres, vigorosos y jóvenes, mandados por un caballero anciano, llamado Ramirez. Contaban con diez caballos y con abundantes armas de toda especie.

Estas tres partidas, que hacian un total de ciento cincuenta hombres, con veinte caballos, se unieron gustosas á Cortés, y se dirigieron á Tepeaca, donde fueron recibi-

das con indecible júbilo por el general y sus soldados.

Así el afortunado caudillo español vió convertirse en firmes compañeros de su atrevida empresa, á los que sus enemigos habian enviado para destruirle ó perjudicarle. Los enormes gastos hechos por el gobernador de Cuba y el de Jamaica, para enviar barcos y gente, le proporcionaron soldados, armas, municiones y caballos. Los esfuerzos de sus contrarios para perderle, produjeron el efecto opuesto que se habian propuesto. Sus enemigos le proporcionaron los recursos que necesitaba, y le pusieron en estado de poder emprender sus operaciones sobre la capital azteca.

Otra casualidad, ó mejor dicho, su buena fortuna, acabó de colocar en sus manos los objetos que completasen su fuerza. Habia llegado á Cuba un buque salido de Canarias, cuyo cargamento se componia de toda clase de armas, de bastantes municiones y de tres caballos. El capitan, al tener en la isla noticia de los nuevos descubrimientos, creyó que podria sacar mayores utilidades vendiéndolo á los que se ocupaban en conquistas, que á los especuladores de Cuba, y tocó en la Villa-Rica. El comandante del puerto, por órden de Cortés, compró, á buen precio, no solamente el cargamento, sino tambien el buque. La tripulacion, el capitan del buque, llamado Juan de Búrgos y trece soldados, seducidos por las bellas descripciones que les hizo del país el comandante, y animados del espíritu caballeresco que distinguia á la nacion española, quisieron formar parte del ejército, y se dirigieron al interior, á unirse con sus compatriotas.

Viendo Hernan Cortés aumentada la fuerza española;

dispuestos en su favor los pueblos de las provincias próximas, y con numerosos ejércitos de aliados, dispuestos á seguirle á donde les condujera, pensó que habia llegado el momento de emprender la campaña sobre Méjico, punto objetivo de sus afanes. Aun ignoraba si los pliegos que habia enviado de Veracruz el año anterior con sus comisionados, llegaron á manos del monarca, y si su conducta, por lo mismo, llegó á ser ó no aprobada. Sabia que el presidente del Consejo de Indias, el obispo de Búrgos, don Juan Rodriguez de Fonseca, se manifestaba protector de su enemigo el gobernador de Cuba, y temia que, en vez de alcanzar premios, le preparasen castigos. Unicamente tomada la capital azteca, consumada la empresa, nada tenia que temer. Los brillantes resultados harian que se aprobase su conducta por irregular que hubiera sido, y sus servicios serian premiados, por mas poderosa que fuese la influencia de sus contrarios. Así pensaba el caudillo español, y por lo mismo se propuso activar los preparativos para poder emprender la conquista de Méjico, antes que enviasen sus enemigos otro general que fuese á recoger las glorias que á él solo debian pertenecer. Nada habia ya que hiciese necesaria su permanencia en Tepeaca, puesto que sus habitantes se habian unido á la corona de España. Su presencia era importante en aquellos momentos en Tlaxcala para activar la construccion de los bergantines. Pero antes de dejar la ciudad, quiso enviar al monarca de Castilla una relacion de los hechos verificados en el país desde su llegada.

Entonces escribió la importante carta segunda, fechada el 30 de Octubre de 1520, en Segura de la Frontera, ci-

tada repetidas veces en las páginas anteriores. En ella refiere sencilla, clara y lealmente, los sucesos operados desde su salida de Veracruz hasta en los momentos en que nos hallan los acontecimientos de su expedicion. No hay en esa relacion nada que indique vanidad en aquel hombre extraordinario que jamás se detiene á referir ninguno de sus hechos personales. Se ve al caballero valiente sin orgullo; largo en obras y lacónico en palabras; templado en la victoria, y sereno en la adversidad; siempre combatido por los obstáculos, y venciéndolos siempre con su inquebrantable energía; fijo constantemente su pensamiento en el servicio de Dios, del rey y de la patria, y lleno de fé en la empresa, porque la juzgaba amparada por el signo de la redencion.

Su fé en dar feliz cima á la empresa acometida y el levantado espíritu varonil que le distinguia, se destacan en algunas líneas de una de las últimas páginas de su importante carta. En ellas asegura al monarca Cárlos V, «que tiene fé en que en breve llegará á recobrar lo que habia perdido; y que hasta alcanzarlo trabajaria sin descanso, posponiendo las dificultades, los peligros y los intereses, al servicio de su rey.» (1) Solicita en la misma carta, que se le dé al país el nombre de Nueva España del mar Océano, por la semejanza que encontraba entre Méjico y la Península, en la feracidad del terreno, en el clima y en la

(1) «E creo, como ya á V. M. he dicho, que en muy breve tornará al estado en que antes yo la tenia, é se restaurán las pérdidas pasadas... E certifico á V. M. que hasta conseguir este fin no pienso tener descanso ni cesar para ello todas las formas y maneras á mí posibles, posponiendo para ello todo el trabajo y peligro y costa que se me pueda ofrecer.»—Seg. carta de Cortés.

belleza de su cielo. (1) Hernan Cortés termina la carta pidiendo al monarca, «que envie una persona de su confianza, á fin de que se informe de su conducta y de la veracidad de lo que en su carta refiere.» (2)

Para que la carta llegase á manos de Cárlos V, y pudiese el monarca adquirir las noticias mas importantes del país, de sus habitantes, de sus costumbres y del estado que guardaban las cosas en aquellos momentos, envió con ella á España, al valiente capitan Diego de Ordaz, leal amigo suyo, y que se habia hallado en todas las funciones de armas. Interesado en que su conducta fuese aprobada por la Audiencia de Santo Domingo, que se habia manifestado favorable á la empresa, envió á la isla, en otro buque, al capitan Avila y á Francisco Alvarez Chico, persona muy entendida en los negocios políticos, á fin de que pusieran en conocimiento de la expresada Audiencia y de los frailes gerónimos, el estado que guardaban las cosas en Anáhuac.

Al mismo tiempo que enviaba á Santo Domingo y á España, personas que interesasen en su favor á las primeras autoridades, despachó al capitan Solís á Jamaica, para que comprase caballos y municiones, que eran de suma importancia para la campaña de Méjico. Los fondos para atender á los gastos que exigian las disposiciones dadas,

(1) «Por lo que yo he visto y comprehendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene á España... me pareció que el mas conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva-España del mar Océano.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «Y por otra mia, que va con la presente, envio á suplicar á Vuestra Real Excelencia mande enviar una persona de confianza que haga inquisicion y *pesquisa* de todo, é informe á V. S. M. dello.»—Seg. carta de Cortés.

los sacó de una parte que se salvó del tesoro, y del botin alcanzado en las últimas batallas y tomas de importantes ciudades.

Los habitantes de Tepeaca, al ver que las tropas españolas se disponian á marchar á Tlaxcala, solicitaron de Hernan Cortés que les dejase una guarnicion española, con la cual se pudiesen defender de los mejicanos, en caso de que intentasen invadir la provincia. El caudillo castellano, conociendo toda la importancia que tenia la poblacion, y deseando obsequiar la súplica de los nativos, separó para que se quedasen en la villa, sesenta soldados de los que, por sus pasadas heridas, se hallaban menos á propósito para sufrir las fatigas de las continuas marchas. Formada así la colonia, nombró los alcaldes, regidores y demás cargos municipales, poniendo, como he dicho ya, á la villa, el nombre de Segura de la Frontera. El emperador Cárlos V le confirió algunos años despues el título de ciudad; pero aunque al principio de la conquista fué de bastante importancia la poblacion, despues empezó á decaer visiblemente, y pasado algun tiempo, fué perdiendo poco á poco el nombre de Segura de la Frontera, dándole todos el primitivo de Tepeaca, con que actualmente se conoce.

Puestas las autoridades de la nueva colonia y señalada la guarnicion, Hernan Cortés se despidió afectuosamente de los caciques de la provincia, y emprendió el camino hácia Tlaxcala, al frente de su ejército.



CAPÍTULO XX.

Marcha Cortés á Tlaxcala.—Entra vestido de luto, lo mismo que sus capitanes, por la muerte de Maxixca.—Brillante recepcion que le hace la ciudad.—Un hijo de Maxixca ocupa el puesto de su padre en el gobierno.—Abraza el catolicismo.—Cortés le arma caballero.—Pasa revista Cortés á sus tropas.—Jicotencatl hace lo mismo con las tlaxcaltecas.—Ordenanzas que da Cortés.—Marcha Hernan Cortés con parte de sus tropas á Texcoco para hacer un reconocimiento de los pueblos próximos á Méjico, antes de poner sitio á la plaza.—Deja en Tlaxcala á Martin Lopez construyendo los bergantines.

1520. Diciembre 13. Era el 13 de Diciembre de 1520, cuando el caudillo español salió de Tepeaca hácia Tlaxcala, distante doce leguas. Las ciudades, pueblos y aldeas por donde pasaba, le recibian con extraordinarias demostraciones de júbilo y le obsequiaban á porfía. Los señores, la nobleza y el pueblo, salian á recibirle y le felicitaban por sus recientes triunfos. El camino que tomó fué el de Cho-

lula, cuyos habitantes rivalizaban en adhesion al caudillo castellano con los tlaxcaltecas y huexotzincos.

Todo era vida, animacion, fiesta y regocijo, en aquella marcha hácia Tlaxcala. Era el pronunciado contraste de aquella que habia hecho, hacia cinco meses, á la misma capital de la república, destrozado, herido y agobiado de penas. Entonces todo era duda y temor; ahora todo confianza y placer.

Al llegar Hernan Cortés á un pueblo inmediato á la corte tlaxcalteca, se puso de luto, lo mismo que sus capitanes y soldados, para expresar al entrar en la capital, el sentimiento que les habia causado la muerte del noble senador Maxixca. No era un luto de etiqueta dictado por el interés político, sino por el sentimiento puro de la amistad y de la gratitud. Aquellos valientes soldados poseian una cualidad que les conquistaba las simpatías de los pueblos: la del agradecimiento. Eran indiferentes á los peligros y la muerte; pero no á los beneficios recibidos de los nativos. Bernal Diaz y Hernan Cortés se complacieron en consignar en sus páginas, un tributo público de aprecio á la hidalguía y generosidad de los pueblos de Anáhuac. Ellos son los primeros en elogiar el valor, la lealtad y el desinterés de los habitantes de las bellísimas regiones de la Nueva España. ¡Bien hayan los que no se acuerdan de los bienes que hacen, y jamás se olvidan de los que han recibido de los demás!

El luto que vistieron el caudillo español y sus soldados, era la demostracion pura del sentimiento que experimentaban por la muerte del digno jefe tlaxcalteca que les defendió en la desgracia. «Su muerte, dice el bravo soldado

historiador, nos pesó á todos; y Cortés lo sintió tanto, como él decia, como si fuera su padre.» (1)

Puesto en marcha el ejército, los habitantes de la capital, sin excepcion de clases, edades ni sexos, salieron á recibir á Cortés, con músicas, danzas, y entonando himnos de alegría. En las puertas de la ciudad le esperaban los jefes de la república, entre los cuales se hallaba el ciego y noble Jicotencatl. Las calles del tránsito ostentaban bellos arcos de flores y de enramada, que embalsamaban la atmósfera y recreaban la vista. Hernan Cortés, al llegar al sitio en que se hallaban los senadores, bajó del caballo y les abrazó afectuosamente, manifestándoles la pena que sentia de no encontrar á su querido amigo Maxixca. Los jefes del Estado le felicitaron por sus triunfos, y uno de los oradores, que con ellos estaba, pronunció un discurso, ponderando las hazañas del caudillo español, en que le daba el nombre de «vengador de la nacion tlaxcalteca.»

Terminado el discurso, Cortés volvió á montar á caballo y continuó su marcha hácia los cuarteles que le tenian dispuestos.

Detrás de las tropas españolas iban las tlaxcaltecas, llenas de trofeos quitados al enemigo en los combates y ricas de botin. El entusiasmo de sus compatriotas hácia Cortés, se aumentó con los elogios que de su comportamiento ha-

(1) «Cuando llegamos á Tlaxcala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad Masse-Escaci, de la cual muerte nos pesó á todos, y Cortés lo sintió, como él decia, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de sus capitanes y soldados.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

cian los guerreros de la república; pero lo que conmovió gratamente al pueblo entero, lo que le llenó de satisfaccion y produjo en él un efecto profundo de cariño y de gratitud, fué el ver de luto al caudillo español y á sus capitanes, por la muerte de uno de sus gobernantes. Aquel homenaje de respeto y consideracion que los tlaxcaltecas veian tributar al hombre que el país miró con singular aprecio, lo estimaron en mas que los ricos despojos de que llegaban cargados sus valientes compatriotas. El entusiasmo manifestado por los habitantes de Tlaxcala al jefe castellano, no tenia límites. La ciudad estaba de regocijo y fiesta, y Cortés, sus capitanes y sus soldados, procuraron corresponder á las manifestaciones de aprecio de los nativos.

Como la muerte del noble Maxixca habia dejado vacante el puesto que habia ocupado en el gobierno, los jefes de la república y la nobleza, manifestaron á Hernan Cortés el deseo de que á un hijo suyo, á quien de derecho le correspondia el señorío, le nombrase por sucesor. El caudillo español obsequió la peticion de los nobles tlaxcaltecas, y confirmó al jóven, que solo tenia trece años, en el mando que ejerció su padre. (1) Los consejos que el anciano Maxixca habia dado á su hijo antes de caer enfermo y aun en el lecho del dolor, recomendándole la amistad con los españoles, unidos á las palabras de Cortés, in–

(1) «Pero que allí quedaba un hijo suyo de hasta doce ó trece años, y que á aquel pertenecia el señorío del padre: que me rogaban que á él, como á heredero, se lo diese; y yo en nombre de V. M. lo hice así, y todos ellos quedaron muy contentos.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

clinaron el ánimo del jóven á abrazar la religion católica. Tomó en el bautismo el nombre de Juan, y por apellido se le quedó Maxixca, que era el nombre de su padre. (1) Hernan Cortés, anhelando pagar con alguna distincion honorífica en el jóven, los méritos de su leal amigo, le armó caballero él mismo, al uso de Castilla, siendo sin duda el primer nativo de la América á quien se conferia la órden de caballería. Pidió tambien entrar en el gremio de la iglesia católica, el anciano Jicotencatl, y su bautismo se celebró con toda pompa, recibiendo el nombre de Vicente de Vargas. (2) Pocos dias despues se bautizaron, con no menos fausto, los otros dos jefes de la república, Citlalpopoca y Tlehuexolo, recibiendo éste el nombre de Gonzalo y aquel el de Bartolomé. Estas conversiones al catolicismo, llenaron de júbilo á los españoles. El ejemplo de los gobernantes fué seguido por varios nobles, y el pueblo empezó á inclinarse á la religion de los cristianos. Hernan Cortés, viendo sembrada la semilla, no dudó que fructificaria muy en breve por todos los ámbitos de la nacion tlaxcalteca, y satisfecho de los progresos que debia hacer la doctrina del Evangelio, se entregó con afan á los preparativos para emprender la campaña sobre Méjico.

(1) Solís dice que se llamó Lorenzo; pero éste fué el nombre que tuvo el anciano Maxixca al bautizarse, pues el hijo se llamó Juan, segun se ve por Torquemada que lo supo de los mismos tlaxcaltecas.

(2) «Y con la mayor fiesta que en aquella sazon se pudo hacer, en Tlaxcala le bautizó el padre de la Merced, y le puso nombre don Lorenzo de Vargas.» (Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.) No es de extrañar que el veterano conquistador equivocase el nombre de un senador por el de otro, despues de mas de cuarenta años.

pintoresco monte de la Malinche, la cantidad necesaria de brea, desconocida hasta entonces por los habitantes del país. (1) Al mismo tiempo que se ocupaba de lo concerniente á los bergantines, hacia que se compusiesen las armas que se hallaban en mal estado y se tuviese mucho esmero con las nuevas.

Quince dias permaneció Hernan Cortés en Tlaxcala, activando los preparativos para emprender la campaña. La construccion de los trece bergantines estaba muy adelantada, y las tropas españolas se veian perfectamente equipadas y en un estado de salud completo.

El caudillo español se propuso emprender las operaciones en el valle de Méjico y hacer los reconocimientos necesarios, en tanto que terminaba la construccion de los barcos.

Con el fin de que todo estuviese dispuesto para el momento en que se emprendiese la marcha, avisó á los gobernantes de Huexotzinco, Cholula, Tepeaca y demás provincias aliadas, que tuviesen listos sus escuadrones, y acopió gran cantidad de víveres para el numeroso ejercito. La república de Tlaxcala tenia ya dispuestos sus valientes batallones, y el jóven Jicotencatl, que se encontraba al frente de ellos, esperaba con impaciencia el dia de la salida.

El 26 de Diciembre pasó Hernan Cortés revista á las

(1) Agrega Solís que entonces sacaron azufre del volcan de Popocatepetl para hacer pólvora, y que se llamaba Montano el que lo sacó. Sufre en esto el apreciable cronista un error. Del volcan de Popocatepetl no se sacó azufre hasta 1522; y el caballero que descendió al cráter se llamaba Francisco de Montaño.

fuerzas españolas, y quedó satisfecho del buen estado que guardaban. Se componian de quinientos cincuenta infantes, siendo ochenta de ellos ballesteros y arcabuceros, y de cuarenta de caballería. Los cañones eran nueve, aunque todos de poco calibre; y respecto de pólvora, se encontraba el ejército bastante escaso. (1)

Los tlaxcaltecas que procuraban imitar, en lo posible, la disciplina de los españoles, dispusieron tambien pasar revista á sus tropas al siguiente dia, á presencia de Cortés y de sus capitanes. Iba abriendo la marcha una numerosa banda de música, cuyos instrumentos se componian de caracoles marinos, trompetas y tamboriles. Seguian los cuatro jefes principales de la nacion, armados de rico escudo y de espada, y ostentando sobre los brillantes cascos, bellísimos penachos de exquisitas plumas que se elevaban á mas de dos piés sobre sus cabezas. Tres de estos distinguidos jefes eran respetables ancianos, encanecidos en el servicio de la patria; y en las insignias que llevaban daban á conocer los gloriosos hechos de armas en que ilustraron sus nombres. El otro era aun niño; pero no menos respetado y querido de la nobleza y del pueblo, puesto que honraban en él la memoria de su venerable padre, el noble Maxixca. Vestian sobre el peto de algodon, una delicada túnica de finas plumas, adornada de piedras preciosas; llevaban atados los cabellos, con finas cintas de oro delicadamente labradas; lujosos pendientes de esmeraldas, lucian en

(1) «Y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien poca pólvora.»—Tercera carta de Cortés.

el labio inferior y las orejas, y costosas sandalias de oro, con bellos cordones, adornados de perlas, cubrian sus piés. Detrás de los jefes de la nacion, iban sus cuatro escuderos, armados de lujosos arcos y flechas, y seguian otros cuatro individuos, llevando en alto igual número de estandartes, en que brillaban los escudos de armas que indicaban las cuatro divisiones de que se componia la república. Marchaban despues, formados en hileras de veinte, y guardando perfecto órden en las distancias, los flecheros, pintado el cuerpo con vivos colores, imitando armaduras, y sin mas traje que la ancha faja de algodon con que cubrian sus pudendas. Cada compañía, compuesta de cuatrocientos hombres, llevaba su estandarte particular. Seguian á los flecheros, los guerreros de espada y rodela, en el mismo órden expresado, y cerraban la marcha los escuadrones de lanceros, armados de largas picas, semejantes á las que habia mandado hacer Hernan Cortés. Los oficiales iban lujosamente vestidos, cubiertos de resistentes armaduras, y ostentando en la cabeza vistosos cascos en que flotaban bellos penachos de hermosas plumas.

Al pasar por delante del caudillo español, á quien habian invitado los jefes para que asistiese á la revista, le saludaban, tremolando sus estandartes y dando al viento las discordes notas de sus insonoros instrumentos. Hernan Cortés correspondia al saludo, descubriéndose cortesmente, á medida que iban desfilando.

El número de guerreros que formaba el ejército auxiliar, es difícil de poderse fijar. Unos dicen que ascendia á ciento diez mil hombres, y otros le hacen subir á ciento cincuenta mil. Exageracion puede haber en la cifra, y poca

fe pueden inspirarnos esos cálculos en que no hay unidad entre los escritores; pero no puede dudarse de que era muy numeroso el ejército auxiliar, puesto que se componia de la flor de los guerreros tlaxcaltecas, choluleses, huexotzincas, tepeaqueños y de todas las provincias inmediatas que se habian declarado unidas á España.

Jicotencatl el jóven, siguiendo la costumbre de Hernan Cortés, arengó á su tropa al estar formada, á fin de despertar en ellas el entusiasmo. Les dijo que al siguiente dia emprenderian la marcha al lado de los bravos españoles, para combatir contra los mejicanos, sus capitales enemigos. «El solo nombre de los tlaxcaltecas, añadió, bastaria para hacer temblar á esa nacion opresora; pero las armas servirán para destruirla, y alcanzar en los combates nuevos laureles con los triunfos que nos esperan.»

Hernan Cortés se manifestó satisfecho del brillante estado de las tropas aliadas, y dió el parabien al general y á los principales jefes por la lucida gente de sus escuadrones. Luego, convocando á los señores que gobernaban las provincias aliadas, les exhortó, por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina, á ser constantes en la fidelidad que le habian prometido. Les dijo que iban á combatir contra sus opresores y enemigos irreconciliables, asegurándoles que la caida del imperio azteca era infalible. Dirigiéndose luego á los gobernantes tlaxcaltecas, les suplicó que facilitasen todo lo que fuese necesario para la conclusion y conduccion de los bergantines, y terminó diciendo á todos los jefes del ejército aliado, que exigia que nadie de los que voluntariamente querian seguir sus banderas en la campaña que se iba á empezar, abandonase la

empresa hasta no haber esterminado á los orgullosos enemigos que habian oprimido hasta entonces á las diversas naciones del Anáhuac. Las palabras del caudillo español fueron acogidas con notable entusiasmo, y los escuadrones aliados prorumpieron en gritos de júbilo, al ver que se acercaba el momento de ir á vengar los agravios sufridos por largos años de sus poderosos opresores.

Para mantener la disciplina y el buen órden en el ejército, el caudillo español publicó antes de que se emprendiese la marcha, unas ordenanzas que habia hecho el 22 del mismo mes de Diciembre. En ese notable código se revela al hombre previsor y de gobierno, que precave los males con las acertadas disposiciones de su claro talento y su recto juicio. Los artículos penales iban precedidos de un preámbulo en que decia que, en todas las instituciones, así divinas como humanas, era necesario cuidar primero del órden, si se queria que produjesen provechosos resultados. Añadia que la historia patentizaba que las victorias alcanzadas por los grandes capitanes de la antigüedad, no solo fueron debidas al valor, sino tambien á la sabiduría de sus ordenanzas, así como á sus virtudes. Hacia ver que la situacion de los españoles, por las circunstancias en que se encontraban, exigia de una manera imperiosa la publicacion del código que entonces daba, porque él normaria la conducta que se debia observar, pues eran pocos y se hallaban en vastos y poblados países, cercados de enemigos valientes, y diestros en el manejo de las armas. Tocando en seguida el punto de la religion, les recordaba que la mira principal de los reyes era la conversion de los nativos á la doctrina católica, y que, por lo mismo, no per-

diesen de vista el objeto sagrado de la campaña, que era el servicio de Dios y del rey, pues de lo contrario la guerra seria á todas luces injusta, y lo adquirido en ella, un robo que la iglesia obligaba á restituir. (1) Celoso de la propagacion del Evangelio, manifestaba que el móvil principal que le conducia á llevar sus fuerzas á la capital azteca, era el noble deseo de encender la salvadora luz del Evangelio en los pueblos envueltos en las tinieblas de la idolatría. (2)

El primer artículo de las Ordenanzas, prohibia blasfemar de Dios, de la Vírgen y de los santos; vicio repugnante, nacido mas bien de la falta de reflexion que de respeto. Respecto del juego, lo permitia; pero poniéndole los límites prudentes, á fin de que sirviese mas bien de distraccion que de disgusto, prohibiendo absolutamente el de dados. Habia otros artículos prohibiendo las palabras ofensivas, las riñas, los desafíos, los insultos, las rivalidades de una compañía con otra; disposicion prudente que tendia á mantener la buena amistad entre los que, siendo pocos, tenian necesidad de estar unidos como leales y sinceros amigos. En uno de los artículos, se imponia la

(1) «Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales destas partes y reducillos ó á lo menos desear su salvacion y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fé católica: porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra seria injusta, y todo lo que en ella se oviese onoloxio é obligado á restitucion.»—Cortés. Ordenanzas militares.

(2) «E desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo en facer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra santa fé é creencia, etc.»—Cortés. Ordenanzas militares.

pena de muerte á los capitanes que atacasen al enemigo sin órden expresa del general. De esta manera evitaba que se cometiesen abusos con los pueblos, y lograba establecer en los impetuosos caballeros que seguian sus banderas, la subordinacion militar, indispensable al buen órden de los ejércitos. Por la última disposicion de las Ordenanzas se disponia que todos los objetos de oro, plata, plumas, piedras preciosas y cuanto se tomase como botin de guerra, así en el campo como en la ciudad, por oficiales lo mismo que por soldados, fuesen presentados al general ó al individuo por él nombrado para ese objeto. La pena de muerte se aplicaba al que faltase á lo prescrito en el artículo.

Bien sabian los soldados de Cortés que las penas señaladas en el código serian cumplidas, si se faltaba á cualquiera de ellas, y se propusieron no incurrir en las faltas prohibidas.

Pronto vieron que, con efecto, el general no transigia con los infractores de lo dispuesto. Dos criados moros que tenia, fueron ahorcados pocos dias despues de promulgada la ley, por haber robado á unos indios un pavo y dos capas de algodon. Con estos y otros castigos que aplicó á unos pocos que incurrieron en las penas señaladas por las Ordenanzas, hizo que se respetase lo prevenido en el código, y que se mantuviese la disciplina, sin la cual los ejércitos no serian mas que foco de revueltas, de insubordinacion y de trastornos. Desde que pisaron las playas de aquellas auríferas regiones, la suerte y los intereses de jefes y soldados se identificaron. Era un corto número de hombres que, colocados en un vasto y poblado país, lejos de la madre patria, y sin mas apoyo que el que se prestasen mú-

tuamente, se consideraban, mas que como militares de diversas categorías, como miembros de una sola familia. Las continuas fatigas, las frecuentes batallas, los constantes peligros, las necesidades y los trabajos, habian establecido entre oficiales y soldados una familiaridad que perjudicaba al buen servicio, haciendo descuidar muchas veces en los subalternos los deberes hácia los superiores. Hernan Cortés procuró en sus Ordenanzas armonizar la afabilidad con la subordinacion; el aprecio con el respeto; las consideraciones con la dignidad. Quiso dejar al soldado la franca libertad, pero evitar el libertinaje; permitirle los placeres y estorbar la licencia. Hombre de talento y dotado del difícil don de gobierno, si bien estaba dispuesto á reprimir con mano fuerte aquellos delitos, cuya tolerancia podia producir funestas consecuencias, dejaba pasar como desapercibidas, las ligeras faltas sin trascendencia, teniendo el tacto de no descargar terribles castigos por motivos ligeros. Ese acierto en la aplicacion de las penas; su trato franco y liberal; su afabilidad y consideraciones hácia sus oficiales y soldados; el delicado tino en la union de la justicia con la equidad; del rigor con la indulgencia; la noble sencillez de sus modales; la energía de su carácter y el admirable conjunto, en fin, de dignidad y de dulzura, de valor y de modestia, de inquebrantable voluntad y de templanza, le dieron un ascendiente sobre sus valientes y audaces compañeros, que nunca hubiera alcanzado ningun otro general menos modesto y mas intolerante.

La luz primera de la mañana del 28 de Diciembre, encontró al ejército español y al de los aliados en disposicion de salir. Era dia de los santos Inocentes. Hernan Cortés y

todos sus oficiales y soldados asistieron con profunda devocion al santo sacrificio de la misa, que fué oficiado por el padre Olmedo. Cumplido con el deber religioso, la tropa se colocó en órden de marcha. La caballería se hallaba distribuida en cuatro compañías de diez hombres cada una, y la infantería en nueve capitanías de sesenta soldados. (1)

El general español, al ponerse al frente de sus soldados, les dirigió una breve alocucion, excitándoles á que cumpliesen, como hasta allí, con la alta mision que, como soldados de la cruz y del rey, tenian. Les dijo que todos estaban en el deber de obligar á que volviesen á la obediencia á los pueblos que se habian rebelado contra el monarca, cuya soberanía habian reconocido. Era un servicio que convenia á la causa de Dios y á la honra del monarca. Iban á luchar por la propagacion de la salvadora fé, y contra los hombres que se encontraban envueltos en las sombras de la idolatría. Añadió que á la noble causa que reconocia la guerra que iban á emprender, se agregaba la del deber de dejar bien alta la bandera de Castilla. Era preciso vengar la muerte de los deudos, compatriotas y amigos que perecieron en las calles y calzadas de Méjico, y recobrar, con la ciudad de que habian sido arrojados, el brillo de las armas españolas.

Los soldados, henchidos de entusiasmo al tocarles la delicada fibra del honor y de la religion, exclamaron «que estaban dispuestos á dar la vida por la causa de Dios y del

(1) «Y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve capitanías de á sesenta españoles cada una.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

rey, luchando por recobrar lo perdido y vengar la muerte de sus compañeros.» (1)

Pocos momentos despues, las tropas españolas, desplegando al viento el estandarte en que se ostentaba el signo de la redencion, y haciendo sonar sus clarines y tambores, salian de sus cuarteles con direccion á Méjico. Hernan Cortés, acompañado de algunos capitanes, iba á la cabeza.

La poblacion entera les seguia victoreándoles, y acudia á verles pasar por las calles, que se encontraban llenas de gente, ávida de manifestarles su aprecio.

Los españoles se sintieron conmovidos de profunda gratitud ante las demostraciones de los nobles hijos de la república tlaxcalteca. Les habian acogido con benevolencia y cariño, cuando, hacia cinco meses, habian llegado desvalidos, destrozados y enfermos. Entonces salian á dejarles, satisfechos de su pasada hospitalidad, y les daban víveres, tropas y plácemes, mirándoles con el cariño de hermanos.

En las puertas de la ciudad, esperaban los escuadrones aliados al caudillo español. No se hallaban formadas todas las fuerzas que asistieron á la gran revista. Hernan Cortés, habia dispuesto que solo le acompañasen las que juzgó necesarias por entonces, dejando en Tlaxcala el resto para que custodiasen los bergantines cuando fuesen conducidos á Texcoco.

(1) «No solamente se habian rebelado contra V. M., mas aun nos habian muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habian echado fuera de toda su tierra... Y viesen cuánto convenia al servicio de Dios y de V. C. M. tornar á cobrar lo perdido... Y todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querian morir por nuestra fé y servicio de V. M., ó tornar á recobrar lo perdido, y vengar tan grande traicion como nos habian hecho los de Tenuxtitan.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

Cuando el jefe castellano llegó á la salida de la ciudad, las tropas aliadas le saludaron con gritos de alegría, á que correspondió descubriéndose la cabeza.

Los gobernantes de la república que le habian estado esperando, se despidieron de él, deseándole un feliz éxito en la empresa y ofreciéndole servir con cuanto la república tenia. Hernan Cortés les dió las gracias por los distinguidos favores que de ellos habian recibido los españoles, y ofreció corresponder dignamente á la lealtad de la nacion tlaxcalteca. Poco despues el general castellano abrazó á los jefes de la república, y saludando al pueblo que le victoreaba, emprendió la marcha al frente de sus compatriotas y seguido de los valientes escuadrones de los aliados.

CAPITULO XXI.

Guatemotzin, emperador de los aztecas.—Sus cualidades.—Ordenes que da para hacer la guerra á los españoles y disposiciones que toma para combatir contra ellos.—Descripcion del camino que llevó Hernan Cortés para ir á Texcoco.—Llega á esta ciudad, de donde habia huido ya el rey texcocano.—Cortés ordena que no se cause el mas leve daño á los habitantes.—La nobleza texcocana manifiesta á Cortés el deseo de nombrar un nuevo monarca y le indican la persona á quien le correspondia la corona.—Se elige rey al jóven Ixtlilxochitl, que poco despues abraza la religion católica.—Su adhesion á los españoles.

1520. Mientras Hernan Cortés se habia ocupado, con próspera fortuna, en arrojar las guarniciones mejicanas de las provincias próximas á Huexotzinco y en consolidar su poderen ellas, los mejicanos habian tenido la pena de perder á su emperador Cuitlahua que, como he dicho, pereció víctima de las viruelas. La pérdida de este activo y valiente monarca, cuyo reinado, aunque de pocos meses, fué alta-

mente glorioso para su nombre, fué sentida por la nacion entera.

Los electores, al quedar vacante el trono, se reunieron, segun era costumbre, para elegir el hombre que debia ocupar el primer puesto de la nacion. No quedaba de Moctezuma ya ningun hermano; que á tenerlo, á él le hubiera pertenecido la corona.

Mientras los electores deliberaban sobre la persona que debia empuñar las riendas del Estado, el sumo sacerdote elevaba sus preces al cielo, implorando el favor de los dioses en la buena eleccion. La oracion elevada en los solemnes momentos en que los mejicanos elegian al monarca que debia suceder al que habia perecido, se conserva aun. Digna es de conocerse aquella plegaria que revela los sentimientos religiosos de los aztecas, y que da á conocer, en ese género, la elocuencia de sus oradores. Hé aquí esa oracion, que el lector mirará, sin duda, con aprecio.

«Señor nuestro! ya V. M. sabe como es muerto nuestro N***; ya lo habeis puesto debajo de vuestros piés: ya está en su recogimiento, y es ido por el camino que todos hemos de ir y á la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde ni hay ventana, ni luz alguna: ya está en el reposo, donde nadie le desasosegará..... Todos estos señores y reyes rigieron, gobernaron, y ganaron del señorío y dignidad real, y del trono y sitial del imperio, los cuales ordenaron y concertaron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrío y motivo se rige todo el universo, y que no teneis necesidad de consejo de ningun otro. Ya estos dichos dejaron la carga intolerable del gobierno que tra-

jeron sobre sus hombros, y la dejaron á su sucesor N., el cual por algunos pocos dias tuvo en pié su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandasteis que fuese y le llamasteis, y por haberle descargado de tan gran carga, y quitado tan gran trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca mas volver al mundo.... ¿Quién ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío y reino? ¿Quién elegirá á los jueces particulares, que tengan carga de la gente baja por los barrios? ¿Quién mandará tocar el atambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¿Y quién reunirá y acaudillará á los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? ¡Señor nuestro y emperador nuestro! tenga por bien V. M. de elegir y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve á cuestas la carga pesada del régimen de la república, regocije y regale á los populares, bien así como la madre regala á su hijo, poniéndole en su regazo..... ¡Oh señor nuestro humanísimo! dad lumbre y resplandor de vuestra mano á este reino..... Hágase como V. M. fuere servido en todo, y por todo.» (1)

(1) Está tomado el discurso, del original del fraile franciscano español Bernardino Sahagun. Dedicado á la instruccion de los mejicanos por mas de sesenta años, llegó á poseer perfectamente el idioma azteca y supo perfectamente la historia de ellos. Escribió varias obras en mejicano y en castellano, y su «Historia de la Nueva-España,» donde se halla la oracion referida, encierra noticias muy curiosas. Tiene, por lo mismo, para el lector, el atractivo de la exactitud, puesto que el padre Sahagun escuchó de los labios de los mismos mejicanos sus costumbres y sus creencias religiosas.

La eleccion recayó sobre un sobrino de Moctezuma, llamado Quauhtimotzin, que significa *águila que cae ó se precipita*. Era Guatemotzin, como actualmente se le llama, jóven de veinticinco años, de arrogante presencia, de alma enérgica y de esforzado aliento. (1) Estaba casado con una hija del emperador Moctezuma, y se habia distinguido por su valor en los dias de lucha contra los españoles en las calles de la capital. Dotado de un espíritu guerrero, de una voluntad firme y de un acendrado patriotismo, continuó con actividad las obras de defensa empezadas por Cuitlahua, y levantó numerosos ejércitos para oponerse al paso de los españoles.

Celoso de su religion y de la independencia de su patria, se propuso combatir sin descanso, hasta triunfar de los españoles, ó morir gloriosamente en defensa del suelo en que vió la luz primera del sol.

Sabedor de los proyectos de Cortés y de los preparativos que hacia para poner sitio á la capital, envió mensajeros á todas las provincias feudatarias, ordenando que empuñasen las armas, para oponerse al paso de los hombres blancos y de sus aliados. Con objeto de captarse la simpatía de los señores y caciques que gobernaban los pueblos, les envió, como prueba de su distinguido aprecio, preciosas joyas de oro, y confirmó lo dispuesto por su antecesor Cuitlahua, eximiéndoles del pago de todo tributo, mientras combatiesen contra los españoles. Para evitar que Hernan

(1) «Y aquel señor que hicieron Rey era un sobrino ó pariente muy cercano de Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado.»—Bernal Diaz del [illegible] Hist. de la conq.



GUATEMOTZIN, ÚLTIMO EMPERADOR AZTECA.

Cortés entablase relaciones con los caciques de las provincias próximas á las que se le habian unido, envió fuertes guarniciones mejicanas, bajo el mando de sus mejores capitanes, con órden de que combatiesen con decision y heroismo. (1) Con objeto de hacer penosa la marcha de los españoles, dispuso que se llenasen de troncos de árboles y de enormes piedras el camino, desde los límites de la república de Tlaxcala al valle de Méjico, y mandó levantar en la capital nuevas obras de defensa que la hiciesen inespugnable. Para alentar el espíritu guerrero de sus capitanes, pasaba, con frecuencia, revista á sus ejércitos y les arengaba, excitando en ellos el sentimiento patrio y el deseo de gloria. Las mejores tropas habia situado en la capital, con el fin de presentar á los españoles una resistencia en que se estrellasen, y grandes provisiones de víveres se guardaban en los almacenes, edificios reales y *teocallis*.

Nada descuidó el valiente y jóven emperador, para la defensa de la patria. Ordenó que en el momento que los hombres blancos se aproximasen á la capital, saliesen de ella todas las personas que no pudiesen empuñar las armas, y que acudiesen á su defensa los jefes y señores de los pueblos y provincias al frente de sus escuadrones.

Estas fueron las disposiciones dictadas por el intrépido jóven Guatemotzin, por el nuevo emperador de Méjico, contra quien se dirigia Hernan Cortés.

(1) «Envió á sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos; y sobre todo mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras.» —Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

Pronto acaso se verian uno frente del otro, disputando el laurel de la victoria.

Dejemos, pues, al belicoso monarca azteca preparándose al combate, y sigamos en su marcha al caudillo español, á quien hemos dejado saliendo de la capital de la república de Tlaxcala.

La marcha de Hernan Cortés era hácia Texcoco, á donde se conducirian los bergantines cuando estuviesen terminados. Tres caminos habia para llegar á la hermosa ciudad del reino de Acolhuacan, á la famosa capital que embelleció con magníficos palacios y jardines, el rey poeta y legislador Nezahualcoyotl. El caudillo español tomó el mas difícil; el de Tezmelucan, pasando al Norte de los elevados volcanes, para salir al grandioso valle de Méjico. Era una senda llena de precipicios, que casi parecia inaccesible al paso de la artillería y de los caballos. El general castellano lo escogió exprofeso, convencido de que no esperando el enemigo que marchase por él, lo tendria menos defendido que los otros. (1)

Hernan Cortés iba á la vanguardia del ejército, con una fuerza de diez soldados de caballería y sesenta infantes de los mas ligeros y diestros en el manejo de las armas. Las tropas marchaban con las precauciones que nunca descuidaba el caudillo español. La division caminó sin encontrar obstáculo ninguno, y se detuvo en Tezmelu-

(1) «E porque ellos sabian que nosotros teníamos noticia de tres caminos ó entradas, por cada una de las cuales podíamos dar en su tierra, acordé de entrar por esta de Tezmoluca, porque como el puerto dél era mas agro y fragoso que los de las otras entradas, tenia creido que por allí no terníamos mucha resistencia ni ellos no estarian tan sobre aviso.»—Tercera carta de Cortés.

can, entonces Tetzmellocan, pueblo perteneciente al estado de Huexotzinco, distante cinco leguas de Tlaxcala. El jefe castellano dispuso que se pasase la noche en aquella pintoresca poblacion, donde fueron recibidos con marcadas demostraciones de alegría.

El frio que hacia era intenso. Los soldados, para calentarse, encendieron grandes lumbradas, y al rededor del benéfico fuego cenaron alegremente los poco suculentos manjares que tenian.

Al amanecer del siguiente dia, que era domingo, despues de haber asistido al augusto sacrificio de la misa, se continuó la marcha. Hernan Cortés, previsor siempre, envió de descubierta á cuatro de caballería, acompañados de igual número de infantes, para que explorasen el camino y no cayese la tropa en una celada. El camino era una cuesta áspera y fragosa, cubierta de bosques de pinos á uno y otro lado. Barrancas formadas por los terribles aguaceros de la estacion de las lluvias, y árboles recientemente cortados y tendidos exprofeso en todas direcciones para obstruir el paso, hacian difícil la marcha y la conduccion de la artillería.

La tropa marchaba dispuesta para el combate, esperando verse acometida de un momento á otro. Todo se presentaba ventajoso para el enemigo, y era de creerse que no tardaria en aparecer detrás de los árboles y dominando la senda. Nadie, sin embargo, se presentó á disputar el paso á los españoles; y el ejército llegó á la fragosa cumbre de la sierra, en los instantes en que el sol, enviando sus últimos rayos de luz sobre las montañas, se hundia majestuosamente en el ocaso.

Un viento glacial y penetrante corria en el elevado punto en que Hernan Cortés dispuso que pernoctase la columna. Por fortuna abundaba la leña, y el fuego sirvió de consuelo al soldado.

Al rayar el crepúsculo de la mañana del 30 de Diciembre, las tropas, guardando el mismo órden que el dia anterior, emprendieron la jornada.

A medida que los cuatro ginetes y cuatro infantes que iban de descubierta avanzaban, crecian los obstáculos y se hacia mas espeso el bosque. En varias partes encontraron completamente cerrado el camino por gruesos pinos y cipreses, que indicaban haber sido cortados pocos dias antes. Sin embargo, venciendo las dificultades, pasaban adelante, esperando que cada obstáculo que se presentaba seria el último. Con esta esperanza, que se desvanecia al tocar á poco la realidad de un desengaño, llegaron á un sitio aun mucho mas obstruido, donde el bosque se presentaba impenetrable. La descubierta hizo alto, temiendo que detrás de los árboles se ocultasen algunos escuadrones enemigos. «Compañeros,—dijo uno de caballería—creo que no debemos pasar adelante: todo lo que encontramos nos indica que el enemigo nos espera en algun sitio ventajoso: nos hallamos donde los caballos no pueden moverse, y me parece que seria conveniente avisar de todo á Cortés. Esta es mi opinion; pero si quereis que continuemos, sigamos avanzando, que ofrecida tengo mi vida á la muerte, lo mismo que todos, hasta dar fin á la empresa.» (1) La

(1) «No pasemos mas adelante, si os parece que será bien, y volvamos á decir al capitan el estorbo que hallamos, y el peligro grande en que todos venimos por no nos poder aprovechar los caballos; y si no, vamos adelante; que

contestacion fué seguir adelante, animados siempre de la esperanza del buen éxito. Sin embargo, viendo que las señales de hostilidad aumentaban, se detuvieron á esperar al ejército. Pronto llegó Hernan Cortés, que iba en la vanguardia, al sitio en que se hallaban, y ordenando á la retaguardia que acelerase el paso, continuó avanzando sin temor, aunque con las precauciones del esperto general. Media hora despues, las tropas salieron de los sombríos bosques de robustos pinos, y se encontraron en un sitio despejado, desde donde la vista dominaba el bello panorama que se extendia á los piés de las elevadas montañas. El caudillo español y sus compañeros de armas quedaron gratamente sorprendidos ante el magnífico espectáculo que se presentó en aquellos instantes á sus ojos.

El majestuoso valle de Méjico, con sus brillantes lagos, sus pintorescas ciudades, sus magníficos jardines y sus ricas sementeras, se dejó ver con toda la belleza que encierra aquel delicioso paraiso de la América. Nuevo era para muchos de los españoles que acompañaban á Cortés, aquel incomparable cuadro de la naturaleza, y no pudieron verle, sin sentir esa emocion profunda de admiracion, que siente el alma al contemplar las obras sublimes de la creacion. Aun el mismo general castellano y sus antiguos veteranos, que lo conocian, miraban con placer intenso aquella deliciosa mansion de aves y de flores, rodeada de gigantescos montes, que como una falange de titanes la defienden, y donde á la orilla de los pintorescos lagos, se levantan grandes y populosas ciudades, acariciadas por las

frecida tengo mi vida á la muerte tan bien como todos, hasta dar fin á esta jornada.»—Tercera carta de Cortés.

tranquilas aguas que riza la perfumada brisa de los bosques y de las selvas. (1) Sin embargo, el placer que el alma de Cortés y de sus antiguos compañeros gozaban al contemplar la belleza del indescriptible valle, iba mezclado de una tristeza profunda, originada por el recuerdo de las desgracias sufridas en aquellos mismos deliciosos sitios donde perecieron muchos de sus mas queridos amigos. (2) La memoria del fin trágico de sus compañeros, despertó bien pronto un pensamiento unánime. El de morir combatiendo en el valle, ó dar feliz cima á la empresa. Con la vista fija en la comarca pintoresca, y contemplando la grandiosa ciudad de los emperadores aztecas, descansando suavemente en medio de las tranquilas aguas del lago, «prometieron solemnemente todos, dice Hernan Cortés en su tercera carta á Cárlos V, no salir del valle sin victoria, ó dejar allí las vidas.» (3) Plantear la cruz sobre los soberbios *teocallis* del sanguinario Huitzilopochtli ó morir en la demanda como soldados de la fé, era para los soldados españoles la mision sagrada que estaban llamados á llenar.

(1) «Y aun bajamos un poco abajo adonde se descubria la laguna de Méjico y sus grandes ciudades pobladas en el agua, y cuando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dejar ver.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y aunque hobimos mucho placer en las ver, considerando el daño pasado que en ellas habiamos recibido, representósenos alguna tristeza por ello.» (Tercera carta de Cortés.) Igual sentimiento causó en los soldados, como se ve por las siguientes palabras del veterano historiador. «Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado.»

(3) «Y prometimos todos de nunca dellas salir sin victoria, ó dejar allí las vidas.»—Tercera carta de Cortés.

El oficial que llevaba el estandarte en que se ostentaba el signo de la redencion, lo tremoló hácia los cuatro vientos, desde la altura en que se hallaban, agrupándose á su derredor el corto ejército cristiano. La inscripcion de «*Sigamos la cruz con fé, que con ella venceremos,*» que se leia en la bandera, estaba grabada en la mente de cada soldado, formando su mas firme creencia.

Tomada la determinacion de perecer en el valle ó de dar cima á la empresa acometida, continuaron la marcha como si fuesen á un dia de regocijo y fiesta. (1)

Pocos momentos despues de haberse puesto en marcha, empezaron á verse en las cimas de diversos montes, inmensas fogatas, que despedian altas y gruesas columnas de humo, que se levantaban hasta irse á perder en las nubes. Eran las señales convenidas con que los mejicanos anunciaban que los españoles penetraban en el territorio del imperio, y que servian, á la vez, para llamar á las armas á los pueblos.

El ejército expedicionario se hallaba ya en el teatro de la guerra. El país entero se encontraba dispuesto á disputarle el paso. El caudillo castellano habló á sus soldados, diciéndoles que se portasen con el esfuerzo y valor que siempre habian mostrado; que no hiciesen daño ninguno á los que no se manifestasen hostiles, y que marchasen unidos, como si se hallasen al frente del enemigo. (2)

(1) «Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres como si fuéramos á cosa de mucho placer.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y yo torné á rogar y encomendar mucho á los españoles que hiciesen como siempre habian hecho y como se esperaba de sus personas, y que nadie no se desmandase, y que fuesen con mucho concierto y órden por su camino.» —Tercera carta de Cortés.

Las señales hechas por medio de las fogatas, empezaron á dar su resultado. Varias partidas de guerreros empezaron á dejarse ver en algunas aldeas que se hallaban á los lados del fragoso camino que los españoles llevaban. Los gritos de guerra se escuchaban por todas partes, y las tropas castellanas, esperando encontrar á los contrarios en cada vuelta que presentaba el tortuoso sendero que llevaban, iban prevenidas para el combate. Habiendo pasado los desfiladeros sin que el enemigo les hubiese salido á disputar en los malos y obstruidos pasos, no dudaron que el descender á la llanura se hallarian con numerosos escuadrones. Con efecto, al bajar la escabrosa sierra, se descubrió una fuerza de guerreros mejicanos y de Texcoco, que se hallaba en una posicion ventajosa, dispuesta á la lucha. Se habian situado los aztecas y texcocanos, al otro lado de una barranca bastante profunda, por donde corria con ímpetu el agua; un puente de madera, muy estrecho y medio destruido, era el único medio que habia para pasar. El punto era bastante fuerte; pero sea porque los escuadrones allí reunidos no formasen un número suficiente para presentar una batalla, ó bien porque fuese únicamente un cuerpo de observacion, es lo cierto que no parecian, segun el órden que guardaban, que estaban resueltos á oponer una resistencia vigorosa.

Hernan Cortés destacó quince ginetes y alguna infantería sobre los contrarios. La resistencia de los aztecas fué poca; y despues de dejar algunos muertos sobre el campo, se retiraron sin molestar á los españoles. (1) Her-

(1) «Topamos con un buen escuadron de gente, guerreros de Méjico y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuezo donde es-

nan Cortés llegó poco despues á Coatepec, sin hallar obstáculo ninguno, y pernoctó con su ejército en la expresada poblacion, distante tres leguas de la ciudad de Texcoco. Los vecinos habian abandonado sus casas al aproximarse los castellanos, lo que indicaba hostilidad.

Los expedicionarios se hallaban ya, por decirlo así, en el corazon de los pueblos contrarios. La capital del reino de Acolhuacan era poderosa; y sus ejércitos, unidos á los del emperador de Méjico, podian presentarse de un momento á otro sobre el campamento español.

Hernan Cortés que conocia el poder de las dos naciones unidas y el espíritu guerrero de sus hijos, tomó todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa; y al ser de noche, rondó personalmente el campamento, acompañado de diez ginetes. (1) Ni el sueño, ni la fatiga rendian el espíritu ni el cuerpo de aquel hombre que parecia de distinta naturaleza que todos los demás.

La noche se pasó con la vigilancia que exigia la prudencia; pero sin que hubiese ocurrido la mas leve novedad.

Al primer albor del siguiente dia 31 de Diciembre, el ejército se puso en marcha hácia la importante ciudad de

taba una puente como quebrada, de madera, algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «E aquella noche tuvimos pensamiento que, como esta ciudad y su provincia. que se dice Aculuacan, es muy grande y de tanta gente, que se puede bien creer que habia en ella á la sazon mas de ciento y cincuenta mil hombres, que quisieran dar sobre nosotros; é yo, con diez de caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuviese muy apercibida.» —Tercera carta de Cortés.

Texcoco, capital del reino de Acolhuacan, la Atenas del Anáhuac en tiempo de Nezahualcoyotl.

El caudillo español caminaba preocupado con la idea de si seria recibido benévolamente por el jefe de la nacion, ó si se encontraria con sus ejércitos esperándole para el combate.

Ignoraba el nombre del gobernante que habia ocupado el trono de que fué despojado Camatzin por Moctezuma, á consecuencia de una conspiracion contra los españoles, y que se dió á su hermano Cuicuitzca. Este último habia sido tambien reducido á prision poco despues, como lo dice Cortés en su segunda carta, sin que la historia explique su causa, y vivió en los cuarteles españoles. (1) Aunque salió en la Noche Triste en compañía de los personajes aztecas que iban presos, y se dice en la expresada carta del general español, «que todos perecieron;» en la tercera rectifica la noticia, haciendo la excepcion de él y de otro hermano suyo. (2) Cuicuitzca llegó á Tlaxcala con los españoles. Como no se ejercia con él gran vigilancia, logró escaparse fácilmente y se dirigió á Texcoco. (3) Tal vez se lisonjeaba Hernan Cortés de encontrarle gobernando su pueblo, y se prometia atraerle fácilmente á su partido.

(1) «Salí lo mas secreto que pude, sacando conmigo... á Cacamacin, señor de Acuhua, y al otro su hermano que yo habia puesto en su lugar.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «En la otra relacion... dije á V. M.... como á todos los habian muerto los enemigos... escepto á los dos hermanos del dicho Cacamacin, que por gran ventura se pudieron escapar.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Yo llegué á la provincia de Tascaltecal, teniéndole en son de preso, se soltó y se volvió á la dicha ciudad de Tesaiço.»—Tercera carta de Cortés.

El general castellano fluctuando entre temores y esperanzas; pero casi persuadido de encontrar de guerra al monarca de Texcoco, caminaba con las precauciones necesarias. Media hora llevaria el ejército de haber salido de Coatepec, cuando se dejaron ver en el camino, cuatro nobles texcocanos, con una banderita de oro colocada en una vara. Era una señal de que anhelaban la paz. El caudillo español experimentó un placer profundo ante la demostracion pacífica de los habitantes. «Tenia poca gente, y sin esperanza de socorro, dice él mismo, y se hallaba metido en medio de las numerosas fuerzas del reino.» (1) Contento de encontrar favorable á la fortuna, mandó hacer alto á su tropa, y él se adelantó con algunos capitanes y los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, á conferenciar con los nobles texcocanos. Uno de los personajes indios era conocido de Cortés. Despues de los saludos de costumbre, tomó la palabra el que hacia cabeza entre ellos, exponiendo brevemente el objeto de la entrevista. Dijo que eran enviados por el señor de Texcoco, llamado Coanaco, el cual le suplicaba que no permitiese hacer daño á ninguno de sus vasallos por las pasadas hostilidades, puesto que no habian sido ejecutadas por los texcocanos, sino por los vasallos del emperador de Méjico. Añadió, que lejos de ser su señor, enemigo de los españoles, esperaba la llegada de ellos á la ciudad, para jurar fidelidad al rey de España, declarándose su vasallo. El enviado terminó rogando á Cor-

(1) «Por ello daban á entender que venian de paz; lo cual Dios sabe cuánto deséabamos y cuánto la habiamos menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

tés, de parte del jefe de la nacion, que pasase á la capital, donde seria alojado dignamente con sus tropas.

Escuchó Hernan Cortés, con indecible gozo, las proposiciones de los embajadores de Coanaco; pero sin dar á conocer en su semblante la satisfaccion que embargaba su alma. Por el contrario, revistiendo su fisonomía de alguna severidad, contestó que, aunque debia castigar con rigor algunos asesinatos cometidos contra algunos españoles, á corta distancia de Texcoco, lo daba todo al olvido, puesto que su señor protestaba no haber tenido culpa en ellos. «Sin embargo, añadió, espero que se me vuelva el oro y la plata que conducian.» Los nobles manifestaron que el tesoro que á los hombres blancos se les quitó, fué enviado al emperador de Méjico por los mismos que de su órden habian matado á los españoles; pero ofrecieron practicar todas las diligencias posibles para ver si lograban que se le restituyese, sino todo, alguna parte de él. Cortés se dió por satisfecho; y los enviados le preguntaron si pensaba llegar aquel mismo dia á Texcoco, ó si pernoctaria en alguna de las ciudades próximas, que podian reputarse como suburbios de ella. Por su parte indicaron que se alegrarian de que se detuviese en cualquiera de las poblaciones, á fin de que su señor pudiera hacer los preparativos necesarios para recibirle dignamente. El caudillo español respondió que se dirigia directamente á Texcoco, sin hacer alto en ningun otro punto.

Oida la determinacion del general, los enviados se despidieron para dar parte á su señor de la resolucion tomada, y poder preparar los alojamientos.

Emprendida de nuevo la marcha, Hernan Cortés fué

obsequiado en las poblaciones próximas á la capital acolhua, presentándole abundantes víveres para su tropa, y á las doce del dia 31 de Diciembre, entraba por las puertas de la ciudad de Texcoco.

Varios nobles salieron á recibirle y le condujeron hácia el alojamiento que habian destinado para los españoles.

El ejército fué aposentado en el palacio del rey Nezahualpilli. Era un edificio bajo; pero sólido y espacioso, con ámplios patios, hermosos jardines, baños y vastísimos salones. En él se alojaron cómodamente todas las tropas españolas «y aun tenia capacidad, dice Cortés, para doble número de gente. (1)

Con el laudable fin de inspirar confianza en los habitantes de la ciudad y de tener dispuesta siempre la gente en caso de cualquier novedad que ocurriese, el general español ordenó, cuando aun estaban formados los soldados, que nadie atentase contra la propiedad de los nativos, ni saliese de los cuarteles sin licencia suya. La infraccion de esta disposicion se les hizo saber que seria castigada con la muerte. (2)

Llamó la atencion de Hernan Cortés la poca gente que se dejaba ver en las calles, y particularmente la falta de mujeres y de niños, indicio, en aquellas naciones, de hos-

(1) «La dicha casa y aposentos; la cual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles, nos pudiéramos aposentar bien á placer en ella.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y antes que nos aposentásemos, estando toda la gente junta, mandé pregonar, so pena de muerte, que ninguna persona, sin mi licencia saliese de la dicha casa y aposentos... Y esto hice porque los naturales de la dicha ciudad se asegurasen y estuviesen en sus casas.»—Idem.

tilidad ó de alarma. Pensó al principio, que reconociese por causa el temor; pero viendo que habian transcurrido muchas horas y que la ciudad continuaba en el mismo silencio, sospechó que algo extraño pasaba. Muy pocas personas se veian cruzar por enfrente á los cuarteles, y esas lo hacian recatándose y misteriosamente. (1) Deseando adquirir alguna luz sobre la causa que motivaba el retraimiento de los habitantes, el caudillo español dispuso que Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, con varios soldados, entre los cuales iba Bernal Diaz, subiesen al átrio superior del principal *teocalli*, que dominaba la ciudad y la campiña, y observasen lo que acontecia. Los enviados para observar, tendieron la vista desde la considerable altura, y pronto se convencieron de que no debia existir buena prevencion de parte del jefe texcocano hácia los españoles. Millares de habitantes de la ciudad y de las poblaciones comarcanas, salian apresuradamente con sus bienes muebles, sus hijos y sus mujeres, y se dirigian á los montes y á las selvas, al mismo tiempo que gran número de personas principales se embarcaban en canoas, alejándose por la laguna con direccion á Méjico. (2)

Hernan Cortés al tener noticia de lo que pasaba, comprendió que el objeto del rey texcocano, al enviarle los

(1) «No veiamos ni la décima parte de la gente que solia haber en la ciudad, ni tampoco veiamos mujeres ni niños, que era señal de poco sosiego... y esa que veiamos muy rebozados.»—Idem.

(2) «Y mandó al Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Olí, y á otros soldados y á mí con ellos, que subiésemos al gran cu, que era bien alto... y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos é hijos y mujeres, unos á los montes y otros á los carrizales que hay en la laguna que toda iba cuajada de canoas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

embajadores, habia sido entretenerle para ganar tiempo y lograr poner en salvo las cosas valiosas de la ciudad. Sin pérdida de tiempo, trató de apoderarse de él; y para conseguirlo, destacó algunos soldados por las calles que rodeaban el palacio, con órden de que se apoderasen de los personajes que huyeran, mientras otros debian penetrar en el palacio. La providencia fué tardía. El jefe de la nacion habia sido el primero en salir de la capital, y en aquellos instantes marchaba por el lago, con direccion á Méjico.

Hernan Cortés hizo llamar al siguiente dia, á los nobles y jefes que se habian quedado en la poblacion. Eran personas que siempre vieron con desafecto al monarca, y que miraron con gusto su partida. Por ellas supo el caudillo español los acontecimientos que se habian verificado en el gobierno de Texcoco, desde su salida de Méjico. Vacante la corona por muerte del destronado Cacamatzin, que pereció en la Noche Triste y á quien Moctezuma entregó preso á Cortés, como he dicho ya, y viendo ausente á su hermano Cuicuitzca, los texcocanos procedieron á la eleccion de un nuevo monarca. Un hijo segundo de Nezahualpilli, llamado Coanaco, manifestó que á él le correspondia de derecho la corona, por muerte de su hermano mayor. Los electores, despues de una ligera discusion, le nombraron rey, y su coronacion fué celebrada con grandes fiestas y regocijos. Pocos meses despues de haber empuñado las riendas del Estado, se presentó ocultamente en Texcoco, su hermano Cuicuitzca, que habia logrado escaparse de Tlaxcala, donde le tuvo preso Cortés. Se ignora si su objeto fué levantar un partido, reclamando el ce-

tro que habia empuñado, ó vivir reconociendo á su hermano por monarca. Cualquiera que fuese su deseo, no lo vió realizado. En cuanto puso el pié en la hermosa ciudad, fué reducido á prision por órden de los ministros de su hermano Coanaco. El monarca de Acolhuacan, deseando tomar consejo de su primo Guatemotzin, emperador entonces de Méjico, le dió parte de lo que pasaba. Guatemotzin, sospechando que el fugitivo rey trataba de apoderarse del trono para favorecer á Hernan Cortés, opinó porque se le quitase la vida; y el desgraciado Cuicuitzca fué sentenciado á muerte por su hermano, sufriendo la pena con noble resignacion. (1) Los nobles dieron al caudillo español las importantes noticias que referidas quedan, agregando, que ellos, lo mismo que una gran parte de la nacion, habian visto con disgusto la terrible ejecucion, y que anhelaban que se colocase en el trono á otro miembro de la familia real.

Hernan Cortés se propuso sacar todo el provecho de la mala voluntad que una parte de la nacion manifestaba al monarca que acababa de refugiarse en Méjico, influyendo en que colocasen en el trono una persona que fuera adicta á los españoles. Desde su llegada á Tlaxcala, en la época

(1) «Teniéndole en son de preso, se soltó y se volvió á la ciudad de Tesaico; y cómo ya en ella habian alzado por señor á otro hermano suyo, que se dice Guanacacin, de que arriba se ha hecho mencion, dicen que hizo matar al dicho Cucascacin, su hermano, desta manera: que como llegó á la dicha provincia de Tesaico, las guardas lo tomaron, é hiciéronlo saber á Guanacacin, su señor: el cual tambien lo hizo saber al señor de Tenuxtitan; el cual, cómo supo que el dicho Cucascacin era venido, creyó que no se pudiera haber soltado, y que debia de ir de nuestra parte para desde allá darnos algun aviso; y luego envió á mandar el dicho Guanacacin que matasen al dicho Cucascacin, su hermano, el cual lo hizo así sin lo dilatar.»—Tercera carta de Cortés.

primera, le envió á ofrecer sus servicios contra los mejicanos, el jóven Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco Cacamatzin. Cuando en 1516 subió al trono este último, le disputó la corona su hermano Ixtlilxochitl, viéndole dócil á las disposiciones de Moctezuma que se iba apoderando astutamente de varias provincias del reino. La guerra civil terminó por un convenio, en que, Cacamatzin cedió á su hermano la parte del reino situada en la montaña de que habia logrado hacerse dueño. Pero si Ixchilxochitl dejó de disputar ya la corona á su hermano Cacamatzin, no terminó en su inveterado odio contra los mejicanos, que se habian engrandecido menguando el territorio de los acolhuas. Enemigo irreconciliable de Moctezuma, á quien veia ejerciendo una influencia notable sobre los destinos de su patria, sujeta ya casi á la voluntad del monarca azteca, envió sus embajadores á Cortés, manifestándole que estaba dispuesto á unirse á él con todo su ejército. Tenia Ixtlilxochitl, cuando hacia esos ofrecimientos al caudillo español, veintiun años. Hernan Cortés le dió las gracias por su buena disposicion en servirle, y ofreció corresponder á su oferta con hechos que le manifestasen su aprecio. Las relaciones amistosas del general castellano y del jóven Ixtlilxochitl, continuaron siempre en la mejor armonía, y fué el primero en apoyar la eleccion hecha por Cortés en su hermano Cuicuitzca para gobernar la parte del reino que habia regido el monarca destituido. Viendo el jefe castellano el afecto sincero que profesaba Ixtlilxochitl á los españoles, quiso tenerle á su lado para imprimir en su corazon sus ideas, y le llamó á Méjico. Ixtlilxochitl vivió, desde aquel instante, en los cuarteles españoles, desde donde or-

denaba lo que se habia de hacer en la parte montuosa que gobernaba. Habiendo logrado salvarse en la Noche Triste, siguió á Hernan Cortés á Tlaxcala, donde le dejó al emprender de nuevo la campaña sobre Méjico, encargándole que fuese á reunirse á él en Texcoco cuando se concluyesen los bergantines.

Mucho le importaba á Hernan Cortés ganarse el afecto de la nobleza texcocana, y desde que entró en la hermosa capital acolhua, procuró, con su buen trato, hacerse estimar de ella. Cuando tuvo pruebas inequívocas de su aprecio, convocó una asamblea formada de los personajes mas notables de la grandeza, para que procediese á la eleccion de monarca, puesto que el trono habia quedado vacante con la fuga de Coanaco. La nobleza se manifestó inclinada en favor del príncipe Ixtlilxochitl; y Cortés, que estaba interesado en su nombramiento, influyó poderosamente en que fuese elegido. La coronacion del jóven príncipe, que tenia veintitres años de edad, y á quien el caudillo español hizo que se presentase en Texcoco, se celebró con el mayor fausto y solemnidad. El pueblo se mostró lleno de regocijo con la proclamacion del nuevo rey y se entregó á las demostraciones de la mas intensa alegría.

Con el largo trato con los españoles, fué adquiriendo gusto por su religion, modales, usos y costumbres. Instruido por el padre Olmedo en la doctrina del catolicismo, entró en el gremio de la iglesia. Hernan Cortés quiso ser su padrino de bautismo, y la ceremonia se celebró con toda solemnidad, llamándose, desde entonces, D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl. (1) Como siempre se habia manifesta-

(1) «En aquella sazon se volvió cristiano con mucha solemnidad, y le bau-

CAPÍTULO XXII.

Hernan Cortés fija su cuartel general en Texcoco.—Condiciones ventajosas que reunia la ciudad para ese objeto.—Varios embajadores de diversas poblaciones y provincias se presentan á Cortés, solicitando su favor y ofreciéndose por vasallos del rey de España.—Guatemotzin amenaza á algunos caciques con destruirles, si no se separan de la alianza con los españoles.—La contestacion es poner presos á los enviados y presentarlos á Cortés.—Este los deja en libertad.—Cortés invita á la paz á Guatemotzin y no recibe respuesta.—Marcha Cortés sobre Iztapalapan.—Toma la ciudad á viva fuerza.—Muchas ciudades situadas en el valle, se adhieren á los españoles.—Los señores de la importante provincia de Chalco, se declaran expontáneamente vasallos de la corona de Castilla.—Los chalqueños piden auxilio á Cortés contra los mejicanos.—Invita segunda vez Hernan Cortés á Guatemotzin á la paz. —La contestacion es prepararse á la guerra.—Envia Cortés á Sandoval por los bergantines.—Al pasar por Zoltepec halla en un *teocalli* las cabezas de algunos españoles sacrificados.—Encuentra Sandoval en el camino á los tlaxcaltecas conduciendo los buques á Texcoco.—Espíritu guerrero del jefe tlaxcalteca Chichimecatl.

1521. Puesto en el trono del reino de Acolhuacan el jóven Ixtlilxochitl, Hernan Cortés resolvió fijar su cuartel general en Texcoco. No podia ser mas acertada su eleccion para el objeto que se habia propuesto de tomar la capital de Méjico. Texcoco habia alcanzado llamar la aten-

CAPÍTULO XXII.

Hernan Cortés fija su cuartel general en Texcoco.—Condiciones ventajosas que reunia la ciudad para ese objeto.—Varios embajadores de diversas poblaciones y provincias se presentan á Cortés, solicitando su favor y ofreciéndose por vasallos del rey de España.—Guatemotzin amenaza á algunos caciques con destruirles, si no se separan de la alianza con los españoles.—La contestacion es poner presos á los enviados y presentarlos á Cortés.—Este los deja en libertad.—Cortés invita á la paz á Guatemotzin y no recibe respuesta.—Marcha Cortés sobre Iztapalapan.—Toma la ciudad á viva fuerza.—Muchas ciudades situadas en el valle, se adhieren á los españoles.—Los señores de la importante provincia de Chalco, se declaran expontáneamente vasallos de la corona de Castilla.—Los chalqueños piden auxilio á Cortés contra los mejicanos.—Invita segunda vez Hernan Cortés á Guatemotzin á la paz.—La contestacion es prepararse á la guerra.—Envia Cortés á Sandoval por los bergantines.—Al pasar por Zoltepec halla en un *teocalli* las cabezas de algunos españoles sacrificados.—Encuentra Sandoval en el camino á los tlaxcaltecas conduciendo los buques á Texcoco.—Espíritu guerrero del jefe tlaxcalteca Chichimecatl.

1521. Puesto en el trono del reino de Acolhuacan el jóven Ixtlilxochitl, Hernan Cortés resolvió fijar su cuartel general en Texcoco. No podia ser mas acertada su [illegible] que se habia propuesto de tomar la [illegible] habia alcanzado llamar la aten- [illegible]

cion por su buen clima, feraz terreno y magnífica situacion, desde que pisaron el Anáhuac las primeras tribus salidas del Norte. Los toltecas, que fueron los que antes que ningun otro llegaron á establecerse en el país, fundaron la ciudad con el nombre de Catenihco, cautivados no menos de la bella situacion del punto, como de su clima y pintorescos alrededores. Los chichimecas, que llegaron al país despues de haberlo abandonado los toltecas, admirados del bellísimo paisaje que rodeaba á la poética poblacion, le pusieron el nombre de Texcoco, que significa *lugar de detencion*, porque en él se detuvieron, seducidos de las ventajas que proporcionaba á la vida.

Para Hernan Cortés, Texcoco presentaba condiciones de una importancia inestimable en la campaña que iba á empezar contra el imperio azteca. Los dominios del reino de Acolhuacan, confinando con los de la república de Tlaxcala, facilitaba á los españoles la comunicacion de un país al otro; la ciudad era, despues de Méjico, la mejor de las que embellecian el valle, y la abundancia de víveres y sus magníficos edificios, les proporcionaban todo lo necesario para la subsistencia. Capital de las mas adelantadas en las artes y en la industria, contaba con entendidos operarios y artesanos, que podian ser altamente útiles á Cortés en cualquiera obra que necesitase para el ejército. Situada á las márgenes de la laguna, los bergantines podian arrojarse al agua en el momento que llegasen de Tlaxcala, quedando los castellanos enseñoreados del ancho lago. A estas ventajas añadia la de su proximidad á Méjico, circunstancia de mucha importancia para el caudillo español, pues así podia adquirir noticias exactas de todos los movi-

mientos de las tropas mejicanas, obrando en consecuencia, con acierto y seguridad.

Hernan Cortés que nunca descuidaba las precauciones, aun cuando menos pareciese que se debia temer un ataque de los contrarios, hizo que se fortificase el palacio que servia de cuartel á la tropa. Sabia que nadie era mas irreconciliable enemigo de los mejicanos que el nuevo señor Ixtlilxochitl; pero no tenia la misma certeza respecto de los nobles y de los grandes. No ignoraba que mucha parte de la nobleza se hallaba íntimamente unida á los aztecas, por enlaces matrimoniales contraidos en las familias, y temia que se uniesen á la política del emperador de Méjico. (1) Juzgó, por lo mismo prudente, levantar fortificaciones en el vasto edificio que servia de alojamiento al ejército, para evitar así un golpe de mano de los enemigos, cuando él empezase sus operaciones por el valle, dejando una corta guarnicion en Texcoco.

Todo era animacion y alegría en la ciudad, desde que empuñó las riendas del gobierno el jóven Ixtlilxochitl. Las familias que habian abandonado la poblacion á la llegada de los españoles, temiendo que se diese principio á una guerra asoladora, volvieron á sus hogares al ver al nuevo monarca colocado en el trono que le correspondia, y nadie pensó ya en otra cosa que en la ocupacion de sus negocios particulares.

La conducta observada por los soldados españoles y aun

(1) «No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos, y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes mas cercanos, mas despues el tiempo le desengañó, y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl, y de todos.»—Fernando de Alba Ixtlilxochitl. Hist. chich. MS.

por los tlaxcaltecas con los nativos, era digna, como habia encargado Hernan Cortés que fuera, y pronto reinó entre los texcocanos y los aliados, la mas cordial amistad.

La política atenta del caudillo español; sus consideraciones con los habitantes de los pueblos y su benevolencia hácia los que ejercian algun mando en las ciudades, le conquistaron bien pronto las simpatías y el aprecio de la provincia entera. De todas partes le enviaban embajadores, ofreciéndose los habitantes de las aldeas y ciudades, por vasallos del monarca de Castilla, y suplicándole que les defendiese de los mejicanos.

Tres dias llevaba de estar en Texcoco, cuando se presentaron á él los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco, ciudades sumamente inmediatas á la capital texcocana que, por su proximidad, podian considerarse, como ya he dicho otra vez, como suburbios de ella. Llenos de pena por las hostilidades que habia sufrido en su retirada de Méjico á Tlaxcala, le suplicaron que les perdonase lo pasado, pues no habian obrado por voluntad de ellos, sino por órdenes que habian recibido, y que les admitiese como fieles súbditos del rey de España. (1) Hernan Cortés que anhelaba con todas veras atraerse la amistad de los pueblos, para aumentar el número de sus partidarios y el de enemigos contra Méjico,

(1) «Viniéronme á fablar el señor de Coatinchan y Guaxcita y el de Autengo, que son tres poblaciones bien grandes, y están, como he dicho, incorporadas y juntas á esta ciudad, y dijéronme llorando que los perdonase porque se habian ausentado de su tierra; y que en lo demás, ellos no habian peleado conmigo, á lo menos por su voluntad; y que ellos prometian de hacer de ahí adelante todo lo que en nombre de V. M. les quisiese mandar.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

les recibió con benignidad, admitió gustoso la alianza que le ofrecian, y les prometió su proteccion. Al tener la corte de Méjico noticia del paso dado por los señores de las tres ciudades referidas, se alarmó viendo separarse de la liga, á las poblaciones mas importantes. Altamente disgustado el emperador azteca Guatemotzin, del hecho referido, envió, con personas de su confianza, una severa reprension á los nuevos aliados de Cortés. Les dijo que si el temor les habia obligado á dar la obediencia á los enemigos de su religion, no olvidasen que Méjico tenia mas poder que los hombres blancos, y que pronto estos y las tropas tlaxcaltecas perecerian, sin que nadie lograse salvarse: que si no habia sido por temor, sino por el interés de los Estados y posesiones que tenian en Texcoco, en los dominios de Méjico, se les daria espaciosos terrenos que en nada desmereciesen á los que poseian. El monarca azteca terminaba exigiendo que abandonasen el partido de los españoles, y diciéndoles que se presentasen en la corte mejicana, donde encontrarian el premio á sus buenos servicios. (1)

Las amenazas de Guatemotzin, á las cuales fueron unidas las del destronado rey de Texcoco Coanaco, lejos de intimidar á los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco, les llenó de indignacion. Habian ofrecido sinceramente su amistad á Hernan Cortés, y se creyeron ofendidos con las

(1) «Que si por temor era, que bien sabian que ellos eran muchos, y tenian tanto poder, que á mí y á todos los españoles y á todos los de Tascaltecal nos habian de matar, y muy presto; y que si por no dejar sus tierras lo habian hecho, que las dejasen y se fuesen á Tenuxtitan, y allá les darian otras mayores y mejores poblaciones donde viviesen.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

palabras del monarca mejicano. Deseando dar una prueba de su adhesion á la causa que habian abrazado, pusieron presos á los enviados y los entregaron al caudillo español, dándole cuenta de la mision que habian llevado.

El general castellano preguntó á los enviados del rey Guatemotzin, el objeto de la embajada. No negaron que habian sido enviados por el monarca mejicano; pero dieron por causa un motivo muy diferente del que habian llevado. Dijeron que sabiendo el emperador de Méjico que los señores de las tres ciudades próximas á Texcoco eran vistos con benevolencia por el jefe castellano, les habia enviado para suplicarles que fuesen mediadores en los convenios de paz entre mejicanos y españoles, pues comprendia que la guerra daria por resultado la ruina de los pueblos.

Hernan Cortés, procurando poner de su parte todos los medios que condujesen á no verse precisado á castigarles, fingió creer lo que le decian. Admitió como una verdad el pretesto; y poniéndoles en libertad, les encargó que dijesen á su soberano que él no queria llevar la guerra á los mejicanos, sino su amistad. Dijo que los hombres que habian provocado la lucha contra los hombres blancos, habian muerto; y que, por lo mismo, se debia dar al olvido lo pasado, y reanudar la antigua amistad que existió entre cristianos y aztecas. Hernan Cortés terminó diciendo á los mensajeros, que aconsejasen al monarca azteca que no diese motivo á que le destruyese sus tierras y ciudades, como estaba resuelto á hacerlo, bien á su pesar, en caso de que se obstinase en sostener la guerra. (1)

(1) «Porque deseaba atraer á los de la ciudad á nuestra amistad, porque

Cortés procuraba por estos medios pacíficos y de olvido del pasado, inclinar el ánimo de los mejicanos á la paz, tratando de persuadirles que sus proposiciones nacian de un noble sentimiento, puesto que contaba con suficientes fuerzas para destruir la capital y asolar los campos. Pero todo era inútil. El emperador Guatemotzin se hallaba preparado á la lucha y resuelto á vencer ó morir en ella, y solo las armas eran las que debian resolver la cuestion.

Ocho dias llevaba el ejército español de haber llegado á Texcoco. Las obras de fortificacion en los cuarteles se hallaban muy adelantadas, y entre los habitantes y las tropas reinaba la mejor armonía.

El objeto del general castellano al marchar de Tlaxcala á Texcoco, habia sido ocuparse en operaciones militares que diesen por resultado atraerse la alianza de los pueblos y ciudades del valle, en tanto que se construian los bergantines, y reducir á Méjico á solos los recursos que pudiese proporcionarse de los pueblos mas inmediatos. Su plan era quitar á la capital el apoyo de las provincias tributarias, para dirigirse á ella cuando se encontrase completamente aislada. Aunque eran numerosos los señoríos que se habian segregado de la corona de Méjico para

della dependia la paz ó la guerra de las otras provincias que estaban alzadas fice desatar aquellos mensajeros, y díjeles que no tuviesen temor, porque yo les queria tornar á enviar á Tenuxtitan, y que les rogaba que dijesen á los señores que yo no queria guerra con ellos, aunque tenia mucha razon, y que fuésemos amigos, como antes lo habiamos sido; y por mas los asegurar y atraer al servicio de V. M. les envié á decir que bien sabia que los principales que habian sido en hacerme la guerra eran ya muertos, y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello.»—Tercera carta de Cortés.

unirse a la de Castilla, aun contaba el imperio azteca con grandes ejércitos y populosas ciudades próximas á la corte, que podian disputar la victoria á los invasores. Semejante á los gigantescos ahuehuetes, que se levantaban robustos y altivos en las espesas selvas del Anáhuac, extendiendo sus profundas raíces á distancias considerables, que le dan fuerza para resistir los embates de los terribles huracanes, el imperio mejicano habia extendido las raíces de su poder en los alrededores de la capital. Los enlaces de familia le habian proporcionado la adhesion constante y firme de importantes ciudades que formaban el núcleo de su poder. El caudillo español se propuso ir destruyendo una á una esas ciudades, para que, dejando aislado el árbol, viniese á tierra, al descargar sobre él su furia el huracán.

La poblacion mas importante y poderosa; la mas adicta á la corona de Méjico, era Iztapalapan; pintoresca ciudad, gran parte de ella colocada sobre el agua de la laguna, á dos leguas de la corte azteca, y que contaba, segun afirma Hernan Cortés, con cincuenta mil habitantes. (1) De ella habia sido señor Cuitlahua, hermano de Moctezuma, el mismo que obligó á los españoles á salir de la capital y del imperio.

El general castellano se propuso empezar sus operaciones militares, dirigiéndose á la expresada ciudad. Sabia que en ella se disponian grandes fuerzas en defensa del imperio, y á la vez que se propuso destruirlas, quiso castigar á los habitantes que habian ayudado á su señor á lanzar á los

(1) «La cual dicha ciudad será de hasta diez mil vecinos.»—Tercera carta de Cortés.

españoles del territorio mejicano. (1) Resuelta la marcha, dejó á Gonzalo de Sandoval en Texcoco, con una fuerte guarnicion, y él se dispuso á emprender inmediatamente la marcha. El jóven Ixtlilxochitl, deseando cooperar al éxito de la empresa, le dijo que dispusiese de las fuerzas texcocanas que quisiese, y le dió veinte personas de la alta nobleza para que sirviesen bajo sus órdenes. El general español le dió las gracias, y solo admitió los veinte nobles, parientes la mayor parte del jóven monarca, y enemigos declarados del emperador de Méjico. Pocas horas despues, Hernan Cortés salia de Texcoco al frente de doscientos españoles, cuatro mil tlaxcaltecas y los nobles texcocanos. Entre los primeros iban diez arcabuceros, treinta ballesteros y diez y ocho de caballería. La marcha hácia Iztapalapan se emprendió por la orilla oriental de la laguna, con las precauciones que nunca descuidaba el jefe castellano. El paisaje que se presentaba á la vista del ejército era altamente pintoresco y risueño. Extensas campiñas, cubiertas de maízales; espesas arboledas de frondosos árboles, y deliciosas huertas, en que abundaba el pimiento, se descorrian á un lado, en tanto que por el otro, se descubria el tranquilo lago, cubierto de ligeras canoas que cruzaban por la tersa superficie, dirigiéndose á las diversas poblaciones situadas en las márgenes de aquel tranquilo «*mar interior*,» como le llama Hernan Cortés.

No se les ocultó á los mejicanos el intento del caudillo

(1) «Habia sido el principal que nos habia hecho la guerra y echado fuera de la ciudad. Y así por esto, como porque habia sabido que estaban de muy mal propósito los desta ciudad de Iztapalapa, determiné de ir á ellos.»—Tercera carta de Cortés.

español. El emperador Guatemotzin tenia colocados sus espías en todos los puntos ocupados por sus enemigos, y recibia oportuno aviso de sus operaciones. Informado de la disposicion tomada, puso en conocimiento de los habitantes de Iztapalapan lo que pasaba, ordenándoles que se preparasen, y enviándoles al mismo tiempo ocho mil hombres de tropas mejicanas en auxilio de la poblacion.

Los españoles llegaron sin encontrar adversario ninguno hasta la distancia de dos leguas de la ciudad enemiga. De repente descubrieron una fuerza bastante considerable de guerreros, que les esperaban presentándoles batalla. Se componia de mejicanos y de las tropas de Iztapalapan. Hernan Cortés acometió á sus contrarios con ímpetu terrible, y el choque fué resistido con valor y esfuerzo. Largo rato sostuvieron los mejicanos la lucha con notable denuedo; pero atropellados por la caballería; viéndose heridos por la valiente infantería española, y acosados por los bravos tlaxcaltecas, que se arrojaban con furia espantosa sobre ellos, emprendieron la retirada hácia la ciudad. (1) Los vencedores siguieron el alcance, casi mezclados entre los que huian, matando á cuantos alcanzaban y penetrando en la ciudad casi al mismo tiempo que ellos. (2) Engolosinados con la victoria y engolfados en la persecucion, no ad-

(1) «Y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas y todos nuestros amigos los tlaxcaltecas, que se metian en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

(2) «Y así fuimos todas aquellas dos leguas revueltos peleando, así con los de la tierra como con los que salian del agua, fasta que llegamos á la dicha ciudad.»—Tercera carta de Cortés.

virtieron que dos millas antes de penetrar en Iztapalapan, los indios habian roto una presa, que se hallaba entre el lago salobre y el de agua dulce. Las casas de la ciudad, edificadas en la tierra firme, habian sido abandonadas. Los habitantes se habian refugiado á los edificios construidos en el agua y que formaban las dos terceras partes de la poblacion. (1) En esos puntos, defendidos por el lago, y en las islitas próximas, se prepararon á defenderse los perseguidos.

Los españoles, con el agua al pecho y otros nadando, atacaron los edificios construidos en la laguna. Entre ellos iba el bravo y franco Bernal Diaz del Castillo. Los aztecas los defendian con extraordinario valor, descargando terribles golpes sobre los asaltantes. Bernal Diaz, que fué de los primeros que llegó nadando, recibió un lanzazo en la garganta, que le dejó gravemente herido, aunque siguió combatiendo por otro instante. La lucha se hizo sangrienta; pero al fin fueron perdiendo casa por casa, dejando en cada una de ellas un monton de cadáveres. Los tlaxcaltecas, cuyo odio hácia los mejicanos no tenia límites, pues anhelaban vengarse de las privaciones á que les tuvieron condenados por espacio de un siglo, descargaron su furia sobre sus enemigos. El niño, el anciano, la mujer y el guerrero sufrieron la misma suerte. Furiosos, y sin escuchar mas voz que la de la enemistad, nada era capaz de contenerles en los momentos de la victoria. Mas de seis mil personas perecieron en ese combate, entre soldados,

(1) «Que estaban mas de la mitad de las casas edificadas en el agua y la mitad en tierra firme.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

mujeres y niños, pues los tlaxcaltecas no se detuvieron en respetar sexo ni edad, como no se detenia ningun ejército de aquellas naciones, cuando alcanzaba el triunfo y tomaba alguna ciudad. (1)

Terminado el combate, empezó el saqueo y el incendio, viéndose envueltos entre las llamas los principales edificios, pertenecientes á la nobleza. La noche tendió sus sombras en aquellos instantes de desolacion, y el fuego que se elevaba de las incendiadas casas, enviaba su siniestra luz sobre el tranquilo lago, cubierto de canoas, desde las cuales miraban los habitantes que se habian salvado, derrumbarse los techos del hogar donde pocas horas antes descansaban.

En los momentos en que los soldados vencedores celebraban su triunfo, los ojos de Hernan Cortés creyeron descubrir un gran peligro que les amenazaba. A la brillante luz producida por el incendio, observó, sorprendido, que el agua corria con precipitacion de los canales, y que las casas empezaban á inundarse. Entonces fijó su imaginacion en la presa que poco antes de entrar en la ciudad habia visto rota, y que en los instantes del triunfo no llamó su atencion «aquel engaño, como él mismo dice, con la codicia de la victoria.»

Comprendiendo la causa que motivaba la subida del agua, ó «inspirado, como el dice, por una idea salvadora que le envió el cielo, reunió á sus soldados y abandonaron

(1) «Y murieron dellos mas de seis mil ánimas entre hombres y mujeres y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendian en otra cosa sino en matar á diestro y á siniestro.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

precipitadamente la ciudad.» (1) Se imaginó que los indios habian roto el dique que contenia las aguas del lago salobre para inundar los alrededores de la ciudad y quitarles la salida. No se habia equivocado. Los aztecas, al retirarse, habian deshecho la presa, haciendo que por la abertura se precipitasen las aguas de la laguna sobre la parte mas baja, cortando así la retirada á los españoles, dejándoles encerrados dentro de las ondas. El ejército, alarmado, apresuró el paso para salir del terreno que empezaba á inundarse. Cargado con los despojos cogidos en la ciudad, caminaban los soldados por el agua y entre las sombras, sobresaltados de ver que, á medida que avanzaban, crecia gradualmente el líquido elemento. Cuando llegaron al sitio en que habian roto el dique, el agua corria con ímpetu espantoso, y su elevacion era ya alarmante. Si el ejército hubiera permanecido tres horas mas en Iztapalapan, ninguno de los que lo componian se hubiera salvado. (2) La fuerza con que el agua se precipitaba, hacia difícil sostenerse en pié. Para salvar la vida, era preciso arrojar los despojos cogidos en la ciudad. Todos los tiraron al agua, que les daba ya en el pecho, para poder resistir la fuerza de la corriente. Los españoles lograron pasar sin desgracia ninguna personal; pero no tuvieron la misma fortuna los tlaxcaltecas, pues se ahogaron algunos de ellos.

(1) «Y estándolas quemando, pareció que nuestro Señor me inspiró é me trajo á la memoria la calzada ó presa que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Certifico á V. M. que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna.»—Idem.

Nada se salvó del botin. Los soldados, abandonando lo que juzgaban premio de la victoria, se encontraban con las municiones mojadas, y empapados en agua los vestidos. Sin poblacion ninguna próxima donde alojarse y tomar algun alimento, el ejército pasó la noche en el campo. aterido de frio, por carecer de lumbre donde secar la ropa, y vigilando para no ser sorprendido. (1) Cuando brilló la luz del siguiente dia, los españoles tendieron la vista hácia la laguna, y la hallaron cubierta de canoas llenas de guerreros, que sin duda habian esperado encontrar á los hombres blancos rodeados de agua y reducidos á la mas estrecha necesidad. Viendo fallido su cálculo, arrojaron una lluvia de flechas sobre el ejército español, y varios escuadrones saltaron á tierra para hostilizarle en su marcha. Hernan Cortés, viendo que era indispensable dar descanso á la tropa y que cambiase por otros sus mojados vestidos, volvió á Texcoco, combatiendo sin cesar con los numerosos contrarios que trataban de cerrarle el paso.

No dejó de ser mortificante para el caudillo español el haberse visto precisado á salir de Iztapalapan precipitadamente. Habia dispuesto, cuando emprendió la expedicion sobre la ciudad, permanecer algunos dias en ella, con objeto de dominar á los que habiendo sido vasallos de Cuitlahua, se distinguieron en la lucha sostenida en las calles de la capital, quedando triunfantes en la Noche Triste. Sensible le fué, por lo mismo, verse precisado á

(1) «Y nosotros, con gran riesgo de nuestras personas, todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato, y como estábamos de aquella manera y con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos mala noche.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

volver á Texcoco, sin haber logrado cumplidamente su objeto. Cierto es que habian visto saqueada su ciudad y parte de ella incendiada, despues de haber sufrido sensibles pérdidas en el combate; pero tambien lo es, que se valieron de un ardid con que le obligaron á dejar lo conquistado. Sin embargo, aunque no alcanzase en la expedicion el completo plan que se habia propuesto al emprenderla, los resultados que produjo, fueron brillantes para los españoles. Iztapalapan era una ciudad importante, próxima á la capital, de donde podia recibir el auxilio de numerosos ejércitos enviados por el emperador; se hallaba en condiciones, por lo mismo, muy superiores á todas las demás poblaciones sujetas á la corona de Méjico. La noticia de que habia sido tomada por asalto y entregada á las llamas, llenó, en consecuencia, de terror á las que estaban muy lejos de contar con los elementos de defensa de ella. Todas las poblaciones del valle temieron correr la misma suerte, y muchas se apresuraron á enviar sus embajadores, solicitando la alianza de los hombres blancos. Entre las ciudades de importancia que se apresuraron á enviar sus mensajeros, se contaba Otumba, junto á la cual se habia dado la gran batalla ganada por los españoles, y otras tres poblaciones no menos considerables de la misma comarca. Los enviados, se disculparon de las hostilidades pasadas, diciendo que los mejicanos les habian obligado á ello; pero que serian leales vasallos de la corona de Castilla, si se les admitia como aliados. Añadieron que aun en aquellos momentos les exigia el emperador de Méjico que levantasen gente para hacer la guerra á los hombres blancos; pero que estaban resueltos á luchar contra el imperio

azteca que habia tenido supeditadas hasta entonces á las provincias del Anáhuac. Hernan Cortés admitió con verdadera satisfaccion la alianza que se le proponia, ofreciéndoles defenderles en caso de que los aztecas, como temian, fuesen á atacarles, y los mensajeros se retiraron contentos y tranquilos. La protesta de adhesion hecha por los embajadores en nombre de los habitantes de los pueblos, fué sincera, pues siempre fueron fieles á los españoles. (1)

Siguió á la anterior confederacion, otra de mucha mayor importancia: la de Chalco, ciudad y Estado poderoso, situado en la márgen oriental del lago del mismo nombre. Los chalqueños habian sido siempre enemigos de los mejicanos. Nacion valiente y belicosa, habia conservado su independencia, figurando como una de las primeras del valle. Moctezuma primero, ayudado de los ejércitos texcocanos y del rey de Tlacopan, logró supeditarla á la corona de Méjico en 1436, despues de una gran batalla, en que los chalqueños, despues de combatir heróicamente por agua y tierra, contra triplicadas fuerzas, sucumbieron agobiados por el número de sus contrarios. Varias veces, y en distintas épocas, intentaron romper el yugo impuesto por sus vencedores; pero era imposible luchar contra las tres naciones confederadas; y todas las tentativas hechas para recobrar su independencia, fueron inútiles.

Desde que los españoles pisaron el territorio de Anáhuac, acariciaron la esperanza de alcanzar el objeto anhelado, y aguardaron con ansia el momento oportuno para unirse á

(1) «E de ahí adelante siempre han sido y son leales y obedientes al servicio de V. M.»—Tercera carta de Cortés.

ellos. El emperador azteca Guatemotzin, sospechando lo que intentaban, situó en Chalco una numerosa guarnicion mejicana que tuviese sujetos á sus habitantes. Los señores de la ciudad, viendo que era imposible obrar libremente, enviaron una embajada secreta á Hernan Cortés, solicitando su auxilio, y ofreciéndole fidelidad y alianza, si les ayudaba á arrojar del territorio de la provincia á las tropas aztecas. El caudillo español que comprendia la importancia de la adhesion del poderoso Estado de Chalco, se apresuró á obsequiar el deseo manifestado por los embajadores. Nombró por jefe de la expedicion al valiente Gonzalo de Sandoval, en quien concurrian las dotes de un excelente capitan, y puso bajo su mando veinte soldados de caballería, doscientos infantes españoles y numerosas fuerzas aliadas. Dispuesta la marcha, le encargó que antes de dirigirse á Chalco, acompañase, hasta dejarles fuera del alcance de los mejicanos, á un número de tropas tlaxcaltecas que querian llevar á su país, los ricos despojos cogidos en las batallas. Dió la vanguardia, Sandoval, á los tlaxcaltecas, y se emprendió la jornada en las primeras horas de la mañana. Los mejicanos, que recibian aviso de todos los movimientos del cuartel español, se emboscaron en un punto del camino, y esperaron el momento de que se acercasen los contrarios para lanzarse sobre ellos. Los tlaxcaltecas, no viendo enemigos á su frente y creyéndose seguros porque llevaban defendida la espalda por las fuerzas españolas, caminaban con toda confianza. De repente, al llegar al sitio en que estaba la emboscada, se vieron acometidos por los escuadrones aztecas. Sorprendidos y acosados por todas partes, se desordenaron, dejando en poder de los mejicanos

el rico botin que llevaban. En esos momentos llegó Gonzalo de Sandoval, y acometiendo, á su vez, á los aztecas, les destrozó completamente, les puso en precipitada fuga y recobró el botin, que entregó inmediatamente á los tlaxcaltecas. La marcha se siguió ya sin encontrar obstáculo ninguno; y Sandoval, despues de dejar libres de todo peligro á las fuerzas de Tlaxcala, se dirigió á Chalco para cumplir con las instrucciones de Cortés.

Conociendo el valor de los mejicanos y no dudando que se presentarian á disputarle el paso, hizo que el ejército caminase con todas las precauciones debidas, con las armas dispuestas, como si se hallase en el combate. El camino que llevaban se hallaba cubierto de maízales y de la hermosa y productiva planta del maguey. Para evitar una sorpresa, marchaban por delante cuatro soldados de infantería de los mas ligeros, y tres de caballería.

Noticiosas las tropas mejicanas que guarnecian Chalco, de la proximidad de los españoles, salieron á presentarles batalla. Mandados por intrépidos capitanes, los aztecas eligieron para la lucha, el hermoso llano que se encuentra entre Texcoco y Chalco. Su número ascendia á doce mil guerreros, y sus armas eran de las mas lucidas y temibles.

Gonzalo de Sandoval formó su gente, y dando las instrucciones convenientes, atacó con ímpetu á sus contrarios, que le recibieron con una lluvia de flechas y de piedras. La lucha se empeñó con ardor por una y otra parte. Varios escuadrones aztecas, armados de largas lanzas, resistian á los soldados de caballería, mientras de los espesos maízales, que se extendian por el campo, lanzaban un diluvio de armas arrojadizas. El combate fué reñido; cinco sol-

dados españoles y seis caballos se encontraban heridos, siendo no corto el número de muertos de las tropas auxiliares; pero á pesar del valor de los mejicanos, al fin fueron destrozados y puestos en precipitada fuga, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres.

Los chalqueños, al tener noticia de la victoria alcanzada por los españoles, salieron á recibirles con las demostraciones del mayor entusiasmo, y les condujeron á la ciudad entre vítores y aclamaciones de júbilo, conduciéndoles á los cuarteles por arcos de enramada y de flores, que habian levantado en las calles del tránsito. Todos parecia que trataban de competir en manifestar su gratitud á los hombres blancos por haberles librado del yugo azteca.

La adhesion de los chalqueños era firme y sincera. Hacia pocos dias que habia muerto, víctima de las viruelas, el señor de aquel Estado. Al acercarse los últimos momentos de su vida, llamó á dos hijos que tenia, y les recomendó que se confederasen con los españoles, que les fuesen fieles constantemente, y que viesen en ellos á los hombres á quienes les correspondia el gobierno del Anáhuac, segun estaba señalado por el oráculo y la disposicion de los dioses. La misma súplica hizo á la nobleza del país, que ofreció obsequiar su deseo, y espiró manifestando profundo sentimiento de no haber conocido á los hombres blancos antes de morir. Por eso las demostraciones de aprecio de los grandes y del pueblo hácia los castellanos, rayaban en delirio.

Arrojados del territorio de Chalco los mejicanos, Gonzalo de Sandoval dispuso volver á Texcoco al siguiente dia. La nobleza le suplicó que llevase consigo á los dos hijos

del señor de la provincia, pues anhelaban visitar á Cortés para cumplir con la voluntad manifestada por su padre, y el capitan español se manifestó dispuesto á complacerles.

La marcha hácia Texcoco se emprendió muy temprano, y los dos jóvenes, acompañados de los principales personajes del Estado, se presentaron á Cortés, que les recibió con la afabilidad que le caracterizaba. Despues de manifestarle que cumplian con la órden que su moribundo padre les habia dado, y que ellos obsequiaban con verdadera satisfaccion, le ofrecieron fidelidad, y le suplicaron que les recibiese como vasallos del monarca de Castilla. (1) Despues de haber manifestado su adhesion á Cortés, le presentaron un regalo de curiosas joyas, cuyo valor ascendia á trescientos pesos de oro, y protestaron que su alianza seria inquebrantable, pues nunca olvidarian que el autor de sus dias les habia recomendado que viesen en el caudilo español un padre y un amigo. (2)

(1) «Y los de Chalco le dijeron que querian ir con él para ver y hablar á Malinche, y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que habia pocos dias que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que habia encomendado á todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitan, y que por su mano fuesen señores de Chalco, y que todos procurasen de ser sujetos al Rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habian dicho que habian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Vinieron ante mí aquellos principales con dos hijos del señor de Chalco, y diéronnos obra de trescientos pesos de oro en piezas, y dijéronme cómo su padre era fallecido, y que al tiempo de su muerte les habia dicho que la mayor pena que llevaba era no verme primero que muriese, y que muchos dias me habian estado esperando; y que les habian mandado que, luego como yo á esta provincia viniese, me viniesen á ver y me tuviesen por su padre.»—Tercera carta de Cortés.

El caudillo español les expresó su gratitud con frases las mas expresivas, y manifestó á la nobleza la alta satisfaccion que sentia de tener por aliada una provincia en cuyos hijos residian el valor y la lealtad. Les prometió, como solicitaban, defenderles en caso de que los mejicanos tratasen de atacarlos; y en seguida, por solicitud de la nobleza y de los dos jóvenes, dividió entre estos el Estado, dando al mayor el gobierno de la ciudad principal, con otros pueblos inmediatos, y al menor el de Tlalmanalco, Chimalhuacan, Ayotzinco y algunos lugares de menos importancia.

Los jóvenes y la nobleza chalqueña, contentos de la alianza hecha con los españoles, marcharon al siguiente dia á Chalco, acompañados de Gonzalo de Sandoval y de una fuerza castellana, para evitar que fuesen atacados en el camino por los mejicanos.

El emperador Guatemotzin, queriendo castigar á varios pueblos de los que se habian confederado á Hernan Cortés, destacó fuerzas considerables contra ellos; pero avisado á tiempo el general castellano por los que se veian amenazados, del movimiento de los mejicanos, lograba destruir los planes de los aztecas, haciendo que fracasasen todas sus tentativas. No desistian, por esto, de su intento los mejicanos; y las poblaciones, amagadas de continuo por ellos, solicitaban á un tiempo, el favor de los españoles. En los momentos en que el caudillo castellano se veia en la precision de enviar á Tlaxcala una fuerza de sus compatriotas, para custodiar los bergantines que estaban ya terminados y conducirlos á Texcoco, se presentaron varios nobles chalqueños, implorando su auxilio, para defenderse de los ejér-

citos aztecas que se preparaban para ir sobre la ciudad de Chalco. El compromiso de Cortés era enorme. Miraba como una obligacion sagrada defender á los pueblos que se habian comprometido, separándose de la obediencia de Méjico, y carecia de gente para poder acudir, á la vez, á distintas partes. Entonces comprendió mas que nunca, la desproporcion que existia entre sus escasos recursos y la magnitud de la empresa que habia acometido. Anhelaba volar al socorro de sus confederados, y se encontraba en la imposibilidad de hacerlo. Nada le era mas sensible á Hernan Cortés, como él mismo asegura, «que encontrarse sin poder prestar auxilio á los nativos que habian buscado su proteccion y amparo contra los mejicanos.» (1)

El caudillo español escuchó la justa solicitud de los chalqueños con vivo interés y sentimiento. Lleno de pesar y de profunda pena, les manifestó que en aquellos instantes le era imposible disponer de fuerza española ninguna para auxiliares, pues se veia precisado á enviarla por los barcos que debian llevarse á Texcoco para empezar el sitio de Méjico. Les aconsejó, á fin de proporcionarles la posibilidad del triunfo sobre los aztecas, que se dirigiesen á los señores de Huexotzinco, Cholula y Quauquechollan, y les dijesen, de su parte, que les favoreciesen con sus tropas, para combatir contra el enemigo comun. En los momentos que les daba el anterior consejo, se presentaron tres embajadores, enviados precisamente por los señores de

(1) «Y certifico á V. M. que, como en la otra relacion escribí, allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que teníamos era no poder ayudar y socorrer á los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de V. M. eran molestados y trabajados de los de Culúa.»—Tercera carta de Cortés.

las provincias mencionadas. Despues de saludar respetuosamente al general castellano, expusieron la comision que llevaban. Dijeron, delante de los mensajeros chalqueños que, los señores de Huexotzinco y Cholula, así como el pueblo, estaban cuidadosos de la suerte que habian corrido los hombres blancos en el valle. Segun aseguraron, ninguna noticia habian tenido del ejército expedicionario, desde que penetró en el territorio azteca, y esto les tenia en notable sobresalto. Agregaron, que anhelando descubrir algo que les indicase la suerte que corrian los cristianos, habian colocado en las montañas mas altas, que confinaban con sus provincias, entendidos vigias que observasen si se descubria alguna señal alarmante. Los encargados de observar, habian visto grandes ahumadas en los montes del territorio azteca. Estas ahumadas eran señales inequívocas de guerra; y sus gobernantes, les enviaban para saber si el jefe español necesitaba de nuevos ejércitos, para enviarlos inmediatamente en su auxilio.

Hernan Cortés les dió las gracias por su generosa oferta; les manifestó que las armas aliadas se hallaban triunfantes; y les hizo saber que poderosas provincias del valle, entre las cuales se encontraba la feraz de Chalco, eran sus amigas y aliadas. Queriendo aprovechar entonces la oportunidad que se le presentaba de poder favorecer á los chalqueños, manifestó á los embajadores de Huexotzinco, que les agradeceria mucho que las fuerzas con que anhelaban favorecerle, las enviasen en auxilio de los habitantes de Chalco, que se habian unido á la corona de Castilla. La proposicion del general castellano sorprendió á los enviados huexotzincos. Existian odios antiguos entre una

provincia y otra, que hacian difícil la reconciliacion; pero el aprecio profundo que todos consagraban á Cortés, allanó las dificultades. El afortunado caudillo español, les convenció de que no debian existir rencillas entre dos pueblos nobles y generosos, y mucho menos desde que estaban unidos para derrocar al dominador de las naciones de Anáhuac; desde que unos y otros se habian declarado súbditos del monarca de Castilla. El general terminó suplicándoles que desde aquel instante fuesen buenos amigos, y que se auxiliasen mútuamente contra el imperio mejicano, que les habia oprimido como el señor al esclavo. (1)

Las palabras de Hernan Cortés produjeron un efecto prodigioso en los embajadores de las dos provincias; y el feliz caudillo español alcanzó la dicha de convertir en leales amigos, á los que hasta entonces se habian visto como contrarios irreconciliables. Allí, aquellas naciones que se habian odiado de muerte y cuya rivalidad parecia interminable, depusieron sus antiguos rencores; y olvidando sus particulares resentimientos, se abrazaron cordialmente, jurándose constante y leal amistad. Dos dias permanecieron en Texcoco los embajadores de Huexotzinco y de Chalco, teniendo diversas entrevistas con el general español,

(1) «E yo se los agradecí mucho, y les dije que, bendito nuestro Señor, los españoles y yo estábamos buenos y siempre habíamos habido victoria contra los enemigos; y que demás de holgar mucho con su voluntad y presencia, que holgaba mas por los confederar y hacer amigos con los de Chalco, que estaban presentes; y que así les rogaba, pues los unos y los otros eran vasallos de V. M.. que fuesen buenos amigos, y se ayudasen y socorriesen contra los de Culúa.» —Tercera carta de Cortés.

y se despidieron de él altamente contentos, prometiéndole ayudarse mútuamente, como les habia aconsejado. (1) Así Hernan Cortés alcanzaba con su acertada y conciliadora política, robustecer su partido y unificar los intereses de las diversas provincias, enlazándolas íntimamente con un solo pensamiento: la caida de la nacion que á todas habia dominado.

Hasta entonces cada una, aisladamente, habia procurado romper el yugo impuesto á todas por los mejicanos; pero rivales entre sí, lejos de confederarse, obedecian al dominador, destruyendo al dominado que empuñaba las armas para recobrar su independencia. Esta rivalidad entre las naciones conquistadas, habia hecho que el imperio mejicano adquiriese mayor solidez en el Anáhuac, á medida que fué creciendo el número de señoríos conquistados. Solo debido á esa rivalidad que existia de unas á otras, pudo extender la esfera de su mando hasta remotas provincias, valiéndose de las conquistadas para conquistar á sus vecinas. Todas tenian por insufrible el yugo azteca. Todas se habian establecido en el país mucho antes que los mejicanos; estos eran los últimos que llegaron al valle y que, despues de haber vagado errantes por una larga série de años, fundaron sus primeras chozas sobre una islita del lago. Pobres y abatidos al principio, fueron creando recursos con su constancia, su valor y su industria. Feudatarios de otra tribu al principio, lograron hacerla tributaria de ellos, empezando desde ese instante á extender progresivamente

(1) «Y así quedaron muy amigos y confederados. Y despues de haber estado dos dias allí conmigo los unos y los otros, se fueron muy alegres y contentos, y se ayudaron y socorrieron los unos á los otros.»—Tercera carta de Cortés.

su dominio. En los primeros años que empezaron á ser conquistadores, algunos Estados trataron de sacudir el yugo; pero inmediatamente se veian oprimidos por los ejércitos mejicanos, unidos á los de la provincia inmediata, ya tributaria de Méjico, que antes de ser sometida, habia sido rival de su vecina.

Los levantamientos continuaron en distintas épocas; pero siendo aislados, no daban por resultado mas que el castigo severo de los sublevados. La opresion de los reinos sometidos creció á medida que los emperadores aztecas aumentaron su lujo, sus palacios, sus gastos y sus comodidades. Ese malestar de los pueblos feudatarios, hizo que las sublevaciones se repitiesen con bastante frecuencia en los primeros años de haber subido al trono Moctezuma II, en 1502; pero todas fueron sofocadas inmediatamente. En todas las ciudades principales de las provincias conquistadas, habia fuertes guarniciones de tropas mejicanas que, unidas á las del mismo país, se lanzaban sobre la que trataba de hacerse independiente. La prontitud con que los sublevados se veian atacados; el rigor que se desplegaba sobre los vencidos y los nuevos gravámenes que les imponian, infundieron el terror en todos los pueblos, y nadie se atrevia ni aun á pronunciar la menor palabra que indicase desaprobacion á lo dispuesto por el monarca azteca. Nunca habia sido mayor la opresion, y nunca al mismo tiempo se habia oido hablar con mas respeto del soberano. El miedo al castigo, sellaba los labios de todos los habitantes. Las provincias sometidas á la corona de Méjico, estaban reprimidas por las armas de sus conquistadores. Todas deseaban romper aquel dique odioso que les impedia aspirar el aura vi-

vificadora de la libertad; pero la falta de armonía entre ellas, habia impedido que se realizase el deseo que á cada una le animaba. Faltaba un genio que hiciese desaparecer los odios entre los países oprimidos; que armonizase los intereses de todos, y que, uniéndoles con el lazo de la amistad, combinase sus fuerzas, haciéndolas dirigirse, unidas, á un solo objeto. Ese genio extraordinario que extinguiese los inveterados rencores de las diversas y valerosas tribus oprimidas, se presentó al fin. Hernan Cortés, gran político, no menos que prudente y entendido general, supo hacer que desapareciesen los odios y rencillas entre las diversas naciones rivales, y aunándolas con un solo sentimiento, confederarlas contra el dominador de todas. (1) Al ver que encontraban un apoyo que les ponia á cubierto de las iras del imperio azteca, los pueblos corrieron á buscar la alianza de los españoles. Habian vivido

(1) «Sin duda alguna,» dice Oviedo en su Historia de las Indias, admirando la política, tacto, prudencia y táctica del general español; «la habilidad y esfuerzo, é prudencia de Hernan Cortés muy dignas son que entre los cavalleros, é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitan Viriato, nuestro español y estremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas de aquel espejo de caballería Julio César, dictador, como parece por sus comentarios, é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un Mundo nuevo, é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable, é tan bárbara é belicosa, é apacentada con carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él ó á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires é tan desviado é lejos de socorro é de su príncipe, cosas son de admiracion.»

agobiados por el peso de los tributos; viéndose reducidos á la esclavitud los que no podian pagarlos; tributos que se cobraban con un despotismo irritante para sustentar la pompa, los goces, la suntuosa mesa de los monarcas: los mas caros objetos de sus corazones, como eran sus hijas y sus esposas, las veian arrebatadas por los orgullosos empleados que ejercian un poder absoluto sobre los pueblos feudatarios. El terror habia sido la única política seguida por los soberanos aztecas con los reinos sometidos, y la obediencia de los pueblos empezó á desaparecer desde que se presentó otra fuerza superior á quien unirse. (1)

Viendo Hernan Cortés llegar diariamente nuevas embajadas solicitando su favor y declarándose sus aliados, creyó que habia llegado el momento oportuno de hacer algunas proposiciones de paz al emperador Guatemotzin. La situacion de la capital era cada vez mas crítica, pues iba quedando aislada de todo auxilio, y abandonada de los pueblos que antes le obedecian. El caudillo español esperó por lo mismo alcanzar favorables resultados por medio de negociaciones, y trató de abrirlas sin pérdida de momento. Tenia en su poder varios jefes principales mejicanos que habian sido hechos prisioneros en Chalco, y poniéndoles en li-

(1) El historiador mejicano Clavijero, hablando de las rebeliones de las provincias feudatarias contra la corona de Méjico, dice: «La causa de rebelarse tan fácilmente tantos pueblos de aquel imperio, era, en unos el temor á las armas españolas y al poder de sus aliados, y en otros el odio á la dominacion mejicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los súbditos, siempre que en la subordinacion influya mas el terror que la benficencia.»

El Sr. Prescott, refiriéndose al mismo objeto dice: «El terror era el gran vínculo que unia á los miembros heterogéneos de la monarquía.»

bertad, propuso, por medio de ellos, á Guatemotzin, un arreglo pacífico. Le decia que la guerra no podia dar por resultado mas que la ruina de la hermosa corte azteca, puesto que se habian separado de la obediencia de Méjico las mas populosas ciudades y provincias. Se esforzaba en persuadirle á que recibiese benévolamente á los españoles, y le aseguraba que si los habitantes de la capital volvian á la obediencia de los reyes de Castilla, que expontáneamente habian ofrecido cuando Moctezuma ocupaba el trono, quedaria reconocida la autoridad de Guatemotzin, se olvidaria lo pasado, á nadie se le molestaría en lo mas mínimo, y las personas y los bienes de todos serian respetados. Estas proposiciones de Hernan Cortés quedaron sin contestacion, como habian quedado las primeras que en el mismo sentido le hizo con los mensajeros aztecas que puso en libertad cuando los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco, les condujeron presos á su presencia. El jóven y valiente Guatemotzin, resuelto á sostener la guerra á todo trance hasta vencer ó morir en la demanda, no quiso detenerse en enviar contestaciones que hubieran estado de acuerdo con la resolucion de luchar que habia tomado. Dotado de un espíritu indómito, de un acendrado patriotismo y de una firmeza inquebrantable, nada le arredraba; y aunque veia debilitarse, con las defecciones, los cimientos del imperio azteca, confiaba en su valor y su constancia para sostenerse en ellos contra todo el poder de sus contrarios.

Lleno de fé en el triunfo de la causa que defendia, en vez de temblar ante la tremenda tempestad que se iba formando á su derredor, amenazando destruirle, sintió crecer su espíritu, aumentar su aliento, centuplicar su ener-

gía; y poniendo su esperanza en sus dioses, en el valor de su brazo y en la lealtad de los numerosos ejércitos que aun le quedaban, se entregó á levantar notables fortificaciones, á formar nuevas tropas y á proveer de víveres á la capital para que nada faltase en ella, en caso de que llegase á verse sitiada. Anhelando la lucha y queriendo levantar el espíritu de los pueblos contra los españoles, envió mensajeros por las ciudades y provincias que aun no habian visitado los hombres blancos; hizo generosos ofrecimientos á los que se distinguiesen por las hostilidades hechas á los extranjeros, eximiéndoles de pagar tributo, y mandó que á todo español que lograsen hacer prisionero, lo enviasen inmediatamente á la capital, donde seria sacrificado á los dioses con las imponentes ceremonias que precedian á la sangrienta ejecucion. (1)

Mientras el valiente emperador azteca Guatemotzin veia separarse de la obediencia numerosas ciudades que iban á aumentar el poder de los cristianos, Hernan Cortés recibió la satisfactoria noticia de que los bergantines se hallaban terminados y en disposicion de ser conducidos á Texcoco. La nueva no podia ser mas satisfactoria para el caudillo español. Inmediatamente destacó á Gonzalo de Sandoval con doscientos infantes españoles y quince de caballería,

(1) «Y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros: mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los enviasen á Méjico para sacrificar, y que cuando los enviasen á llamar, que luego viniesen con sus armas; y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

para que se dirigiese á Tlaxcala y volviese á Texcoco custodiando los barcos. Tenia confianza en el valor, la prudencia y los sentimientos generosos del jóven capitan, y le comisionaba para las cosas mas árduas y delicadas. Se habia formado el mas elevado concepto de él, y no dudó en asegurar al monarca Cárlos V, en ocasion oportuna, que «Gonzalo de Sandoval era uno de los capitanes que reunia al valor y al esfuerzo de los héroes, el consejo y la prudencia.» (1) Moderado en sus palabras, franco en su porte, noble en sus sentimientos, acertado en el consejo, humano con todos, se habia captado las simpatías de los oficiales y de los soldados, y nadie era mas querido que él en el ejército.

Conociendo su rectitud y su buen juicio, Hernan Cortés le dió un encargo delicado, que debia desempeñar al mismo tiempo que se dirigia á Tlaxcala en busca de los bergantines. En una poblacion llamada Zoltepec, habian sido asesinados cuarenta y cinco españoles, en los dias en que se hallaban sitiadas las tropas castellanas en los cuarteles de Méjico. Ignorando, como he dicho mas adelante, lo que acontecia en la capital azteca, se dirigian á esta, y fueron recibidos en Zoltepec con las demostraciones mas sinceras de amistad y de aprecio. Las manifestaciones de benevolencia, no eran mas que un ardid engañoso para hacerles caer fácilmente en el lazo que les preparaban. Teniendo

(1) «Y dijo por el Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso y esforzado capitan y de buenos consejos, que podia ser uno de los buenos coroneles que ha habido en España, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

por sincera la hospitalidad que habian recibido, emprendieron el camino llenos de agradecimiento y de confianza. Eran cuarenta infantes y cinco de caballería. Al llegar á la bajada de una elevada cuesta llena de malos pasos y de maleza, donde no se podia marchar sino uno á uno, y aun así difícilmente, los cinco ginetes desmontaron y marchaban á pié llevando los caballos del diestro. Los habitantes de Zoltepec y de los pueblos inmediatos al sitio de la celada, se hallaban emboscados á uno y otro lado del estrecho camino, y saliendo de repente, se arrojaron sobre los descuidados castellanos, matando á unos y haciendo prisioneros á los demás, sin que hubiesen tenido tiempo para hacer uso de sus armas. La misma suerte corrieron trescientos tlaxcaltecas que les acompañaban. Los españoles que cayeron en poder de los indios, fueron sacrificados á las sangrientas divinidades aztecas. (1)

Hernan Cortés encargó á Gonzalo de Sandoval que, al pasar hácia Tlaxcala, entrase en el pueblo de Zoltepec; descubriese, si le era posible, á los que habian tomado parte en los asesinatos, y les aplicase el castigo que juzgase conveniente. Los habitantes de la villa, al saber que se dirigian á ella los españoles, huyeron, abandonando sus

(1) «E los traidores de aquel pueblo y de otros á él comarcanos, al tiempo que aquellos cristianos por allí pasaron, hiciéronles buen recibimiento, para los asegurar y hacer en ellos la mayor crueldad que nunca se hizo, porque abajando por una cuesta y mal paso, todos á pié, trayendo los caballos de diestro, de manera que no se podian aprovechar dellos, puestos los enemigos en celada de una parte y de otra del mal paso, los tomaron en medio, y dellos mataron, y dellos tomaron á vida para traer á Tesaico á sacrificar y sacarles los corazones delante de sus ídolos.»—Tercera carta de Cortés.

casas; pero fueron perseguidos, y muchos cayeron prisioneros. Sandoval y sus soldados, sabiendo, por los prisioneros, que en los *teocallis* se encontraban las pruebas del fin trágico de sus desgraciados compatriotas, se dirigieron al templo principal. No habia ni un solo sacerdote: el fuego que constantemente ardia en uno de los altares, estaba apagado. Los ministros de las falsas divinidades habian huido. El *teocalli* se hallaba abandonado. Los castellanos subieron al átrio superior, donde estaban los santuarios, y sus ojos tropezaron con objetos que les hicieron extremecer de horror. Suspensos de las paredes del templo encontraron sensibles vestigios que demostraban la horrible muerte sufrida por sus compañeros de armas. Trajes de soldados españoles, armas y arneses, se hallaban colocados simétricamente, colgados al lado de los ídolos: allí se veian las herraduras, los frenos y la piel de cuatro caballos, perfectamente curtidas, ofrecidos á las falsas divinidades; y sobre los altares se encontraban algunas cabezas de los castellanos sacrificados al dios Huitzilopochtli. (1) En un edificio próximo al templo se halló una señal que indicaba que en él estuvieron presos los desventurados españoles que estaban destinados á sufrir el sacrificio dentro de pocos momentos. El edificio tenia una pieza con gruesas pare-

(1) «Y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas y ofrecidas en uno de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenian sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

des, en una de las cuales vieron escritas, con carbon, las siguientes palabras: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en su compañía.» (1) Era Juan Yuste un hidalgo de los que habian ido con Pánfilo de Narvaez, persona de calidad que, seducido por las bellas descripciones que se hacian del país de Anáhuac, habia dejado sus repartimientos de la isla de Cuba, para conocer las auríferas regiones ponderadas. ¡Qué tristes debieron ser sus pensamientos al verse en aquella estrecha prision, esperando el espantoso instante de ser conducido á la piedra de los sacrificios! Los españoles no pudieron leer las palabras por él escritas, sin conmoverse; y las lágrimas del sentimiento se asomaron á los ojos de los soldados, con el melancólico recuerdo de su fin, á la vez que sintieron latir de ira el corazon, deseando castigar á los autores de aquel hecho.

Por fortuna de los habitantes del pueblo, Gonzalo de Sandoval no era sanguinario ni vengativo. Tenia en su poder á cuatro principales de la poblacion y á otros muchos individuos que logró prender cuando huian de sus casas; pero las lágrimas de las mujeres y las protestas de los caciques, asegurando que el acto no habia sido cometido por voluntad de los habitantes de la provincia, sino porque les obligaron los mejicanos, alcanzaron el perdon de lo pasado. Gonzalo de Sandoval, llevado de sus generosos sentimientos, puso en libertad á los que habia hecho prisioneros, y prometió que no se castigaria á nadie, pues-

(1) «Y tambien se halló en una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

to que no habian obrado por su voluntad. Pronto los vecinos volvieron llenos de confianza á sus hogares, y todos ofrecieron ser fieles aliados de los españoles. (1)

Al siguiente dia continuó Gonzalo de Sandoval su marcha hácia Tlaxcala. Seis leguas llevaria andadas, cuando al pisar la frontera de la aliada república y llegar á su primera poblacion, quedó gratamente sorprendido con el espectáculo que se presentó á sus ojos. Al penetrar en el pintoresco pueblo, se encontró en él con los españoles y tlaxcaltecas que conducian los bergantines anhelados por Hernan Cortés. La alegría del jóven capitan fué intensa, pues deseaba con ardiente afan, que empezasen las operaciones sobre la capital del imperio azteca. Los buques eran trece y de diversos tamaños. Habian sido construidos bajo la acertada direccion del inteligente constructor Martin Lopez, ayudado de algunos otros carpinteros españoles y de varios tlaxcaltecas, que, como todos los nativos de aquellas fértiles regiones, tenian notable habilidad en imitar todo lo que veian. Antes de haber emprendido la marcha, los barcos fueron probados en el rio de Zahuapan. (2)

(1) «Mas ¿qué remedio habia ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se prendian lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, á cuatro principales que prendió y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdon y dieron la obediencia á su majestad y prometieron de ser siempre contra mejicanos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y despues de hechos por órden de Cortés, y probados en el rio que llaman de Tlaxcala Zahuapan, que se atajó para probar los bergantines, y los tornaron á desbaratar para llevarlos á cuestas sobre los hombros de los de Tlaxcalla á la ciudad de Tetzcuco, donde se echaron en la laguna, y se armaron de artillería y municion.»—Camargo. Hist. de Tlaxcala, MS.

des, en una de las cuales vieron escritas, con carbon, las siguientes palabras: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en su compañía.» (1) Era Juan Yuste un hidalgo de los que habian ido con Pánfilo de Narvaez, persona de calidad que, seducido por las bellas descripciones que se hacian del país de Anáhuac, habia dejado sus repartimientos de la isla de Cuba, para conocer las auríferas regiones ponderadas. ¡Qué tristes debieron ser sus pensamientos al verse en aquella estrecha prision, esperando el espantoso instante de ser conducido á la piedra de los sacrificios! Los españoles no pudieron leer las palabras por él escritas, sin conmoverse; y las lágrimas del sentimiento se asomaron á los ojos de los soldados, con el melancólico recuerdo de su fin, á la vez que sintieron latir de ira el corazon, deseando castigar á los autores de aquel hecho.

Por fortuna de los habitantes del pueblo, Gonzalo de Sandoval no era sanguinario ni vengativo. Tenia en su poder á cuatro principales de la poblacion y á otros muchos individuos que logró prender cuando huian de sus casas; pero las lágrimas de las mujeres y las protestas de los caciques, asegurando que el acto no habia sido cometido por voluntad de los habitantes de la provincia, sino porque les obligaron los mejicanos, alcanzaron el perdon de lo pasado. Gonzalo de Sandoval, llevado de sus generosos sentimientos, puso en libertad á los que habia hecho prisioneros, y prometió que no se castigaria á nadie, pues-

(1) «Y tambien se halló en una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

carga descansáran, y las piezas no sufriesen lesion ninguna.

Gonzalo de Sandoval se manifestó agradecido á los tres jefes tlaxcaltecas que se habian puesto al frente de las tropas de la república, y dió el parabien al valiente Chichimecatl, por el arrogante aspecto y buen órden de su robusta gente. El noble tlaxcalteca, que apreciaba al jóven capitan español por su intrepidez y afables maneras, quedó altamente satisfecho del elogio, y ambicioso de gloria, anhelaba que se presentase la ocasion de alcanzarla en los combates.

Gonzalo de Sandoval, no alteró el órden de la marcha que hasta allí habian observado; pero al penetrar en el territorio perteneciente al imperio mejicano, juzgó prudente hacer algunos cambios en la colocacion de las tropas. Colocó en la vanguardia, ocho soldados de caballería y cien infantes españoles, en union de diez mil guerreros tlaxcaltecas, mandados por sus respectivos jefes: puso en el centro á los ocho mil indios de carga; y en la retaguardia otros cien infantes españoles con ocho de caballería, acompañados de diez mil tlaxcaltecas, mandados por el valiente jefe Chichimecatl, que hasta entonces habia ido en la vanguardia. El noble guerrero tlaxcalteca, resentido por el cambio, pues juzgaba que era lugar de menos peligro el que se le daba, reclamó á Gonzalo de Sandoval el puesto de vanguardia, diciendo que todos sus mayores habian marchado siempre á campaña, ocupando el sitio de mas riesgo. El jóven capitan español, le dijo, que precisamente, porque la retaguardia era el puesto mas comprometido, le habia colocado en ella, pues los mejicancos acostumbraban ata-

El éxito dejó satisfecho al constructor, y desarmando los buques, dispuso la conduccion de ellos á Texcoco, sin esperar la llegada de las fuerzas españolas, confiando en que las encontraria en el camino. Impaciente, como todos, porque se diese principio al sitio de Méjico, pidió al senado los indios de carga necesarios, y los jefes de la república le dieron ocho mil, al mismo tiempo que aprontaron un ejército de treinta mil guerreros, para que custodiara los bergantines.

La conduccion se dispuso con verdadero júbilo de los tlaxcaltecas, para quienes la carga de los barcos les parecia ligera, puesto que los consideraban como el instrumento eficaz con que se iba á destruir el imperio mejicano, de quien habian sufrido considerables daños, y del cual eran irreconciliables enemigos.

La marcha, al salir de Tlaxcala, se emprendió poniéndose á la vanguardia el valiente general tlaxcalteca Chichimecatl, hombre de ilustre cuna y de esforzado aliento, cuyo denuedo y bizarría llamaron la atencion de Hernan Cortés y elogia el sincero Bernal Diaz. Iba al frente de diez mil guerreros armados de flechas, lanzas, hondas y macanas. En la retaguardia marchaba Ayotecatl, con igual número de fuerzas: guardaba los flancos Teotepil, con otros diez mil hombres; y en el centro, conduciendo en hombros la tablazon de los buques, las anclas, el velámen, las jarcias y los timones, se veian ocho mil cargadores, unidos á otros dos mil que llevaban los víveres necesarios. Martin Lopez, no menos hábil constructor que intrépido soldado, con algunos españoles, disponia las jornadas que se habian de hacer, á fin de que los indios de

carga descansáran, y las piezas no sufriesen lesion ninguna.

Gonzalo de Sandoval se manifestó agradecido á los tres jefes tlaxcaltecas que se habian puesto al frente de las tropas de la república, y dió el parabien al valiente Chichimecatl, por el arrogante aspecto y buen órden de su robusta gente. El noble tlaxcalteca, que apreciaba al jóven capitan español por su intrepidez y afables maneras, quedó altamente satisfecho del elogio, y ambicioso de gloria, anhelaba que se presentase la ocasion de alcanzarla en los combates.

Gonzalo de Sandoval, no alteró el órden de la marcha que hasta allí habian observado; pero al penetrar en el territorio perteneciente al imperio mejicano, juzgó prudente hacer algunos cambios en la colocacion de las tropas. Colocó en la vanguardia, ocho soldados de caballería y cien infantes españoles, en union de diez mil guerreros tlaxcaltecas, mandados por sus respectivos jefes: puso en el centro á los ocho mil indios de carga; y en la retaguardia otros cien infantes españoles con ocho de caballería, acompañados de diez mil tlaxcaltecas, mandados por el valiente jefe Chichimecatl, que hasta entonces habia ido en la vanguardia. El noble guerrero tlaxcalteca, resentido por el cambio, pues juzgaba que era lugar de menos peligro el que se le daba, reclamó á Gonzalo de Sandoval el puesto de vanguardia, diciendo que todos sus mayores habian marchado siempre á campaña, ocupando el sitio de mas riesgo. El jóven capitan español, le dijo, que precisamente, porque la retaguardia era el puesto mas comprometido, le habia colocado en ella, pues los mejicancos acostumbraban ata-

car cuando habia pasado la vanguardia. El esforzado Chichimecatl, temiendo fuese un pretexto, insistió en llevar la delantera; pero Gonzalo de Sandoval logró al fin persuadirle de que realmente la retaguardia era el puesto de mayor peligro. «En ella voy á marchar yo tambien, le dijo, y esto debe convenceros de que os elijo porque me es conocido vuestro esfuerzo.»

El jefe tlaxcalteca abrazó al capitan español, persuadido de que se le daba el puesto mas comprometido, y le dió las gracias por la distincion que de él hacia, suplicándole que, puesto que así se le honraba, le dejasen á él solo la defensa del sitio que se le confiaba. Ansioso de llevar la gloria en caso de ser atacada la retaguardia, suplicó que la fuerza española fuese en la vanguardia ó los flancos, pues deseaba deber el triunfo á su solo brazo. (1) Mucho costó convencerle de que no disminuiria en nada la honra que adquiriese, en que á su lado fuesen algunos castellanos.

(1) «E Chichimecatecle, que traia la dicha tablazon, como siempre fasta allí con la gente de guerra habia traido la delantera, tomólo por afrenta, y fué cosa recia acabar con él que se quedase en la retaguardia, porque él queria llevar el peligro que se pudiese recibir; y como ya lo concedió, tampoco queria que en la rezaga se quedasen en guarda ningunos españoles, porque es hombre de mucho esfuerzo, y queria él ganar aquella honra.»—Tercera carta de Cortés.

Hablando del mismo hecho, dice Bernal Diaz lo siguiente: «Y mandó á Chichimecatecle, que iba por capitan delante de todos los tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguardia juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenian por esforzado: y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mejicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó á Sandoval y dijo que le hacian honra en aquello.»

Colocada la gente en el órden que acabo de expresar, se emprendió la marcha por fragosas sierras, peligrosos desfiladeros y espesos bosques, esperando á cada instante verse acometidos en los difíciles pasos en que el camino abundaba. Algunas partidas de guerreros mejicanos observaban, desde las montañas, la conduccion de los buques, y daban voces, burlándose del proyecto de dominar la laguna. El número de escuadrones se aumentaba á medida que el ejército avanzaba; pero siempre se mantuvieron á larga distancia, sin atreverse á medir sus armas con sus temibles adversarios.

Despues de haber caminado tres dias con las mayores precauciones, llegó Gonzalo de Sandoval con sus tropas y las tlaxcaltecas á la vista de Texcoco. La alegría de Hernan Cortés y de los españoles que con él estaban, fué intensa, al descubrir desde las azoteas de sus cuarteles, la tablazon de los bergantines, el cordaje, las anclas y los timones. El caudillo castellano y sus capitanes, vestidos con sus mas ricos trajes, salieron á recibir al ejército aliado, cuyas descubiertas se hallaban ya á pocas varas de las puertas de la ciudad. Los jefes tlaxcaltecas se pusieron, al aproximarse á Texcoco, sus mas brillantes cascos, penachos, brazales y corazas; y al son de los caracoles marinos, las trompetas, los tamboriles y otros instrumentos bélicos, penetraron en la capital acolhua, cuyos habitantes tomaban parte en el regocijo general. Las calles y las azoteas se hallaban llenas de personas de todos sexos y edades, ansiosas de ver los barcos dispuestos por los hombres blancos. Los escuadrones tlaxcaltecas, tremolando sus estandartes y marchando al compás de sus instrumentos

guerreros, cruzaban ufanos la ciudad, gritando sin cesar: «¡Vivan Castilla y Tlaxcala: Viva el emperador nuestro señor!» (1)

El convoy ocupaba un espacio de dos leguas; y seis horas transcurrieron desde que entró la descubierta, hasta que las últimas filas de la retaguardia llegasen á las puertas de la ciudad. (2) «Cosa maravillosa era,» dice Hernan Cortés en su tercera carta á Cárlos V, «y digna de ser referida, ver conducir á distancia de diez y ocho leguas, por entre desfiladeros y montañas, trece embarcaciones en hombros de cargadores.» (3) No hay duda, con efecto, de que la conduccion de los bajeles, cruzando las elevadas sierras y las montañas del Anáhuac, debia presentar un espectáculo sorprendente. Cuando el viajero se detiene á examinar los difíciles pasos y peligrosos desfiladeros por donde fueron llevadas las veleras naves, se asombra de que hubiese un genio á quien le ocurriese transportar por ellos una poderosa escuadra. La sola concepcion de la idea, revela el espíritu extraordinario de aquel hombre emprendedor, á quien las dificultades prestaban aliento, y cuyo esfuerzo le hacia salir vencedor de todos los obstáculos. En los acontecimientos notables, antiguos y modernos que la

(1) «Iban entrando y dando voces y silbos y diciendo: «Viva, viva el Emperado, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlaxcala, Tlaxcala.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Dende la vanguardia á la retroguarda habia bien dos leguas de distancia... Dende que los primeros comenzaron á entrar hasta que los postreros hobieron acabado, se pasaron mas de seis horas sin quebrar el hilo de la gente.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Que era cosa maravillosa de ver y así me parece que es de oir, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra.»—El mismo.

historia registra en sus elocuentes páginas, no se encuentra un hecho de esa naturaleza, comparable, en magnitud, á él, y que solo un genio creador como el de Cortés y una resolucion inquebrantable como la suya, pudo concebir y realizar.

Cuando Hernan Cortés mandó inutilizar la flota que le condujo á las playas de Veracruz, y guardar el velamen y la clavazon de los buques, nadie pudo imaginarse que los reservaba para armar nuevos barcos cuando las circunstancias lo exigiesen. La prevision del caudillo español, no era inferior á su osadía y su constancia.

En cuanto el ejército tlaxcalteca se colocó en los sitios que le estaban señalados en la ciudad, Hernan Cortés obsequió á los tres jefes principales que lo mandaban, y les dió las gracias por los señalados servicios que habian prestado. El intrépido general Chichimecatl, cuyo placer era el peligro de los combates y el ruido de las armas, sin querer descansar de la penosa marcha, rogó al caudillo español que le ocupase inmediatamente, pues anhelaba batirse con los mejicanos. «Venimos, le dijo, con deseo de medir nuestras armas con los escuadrones aztecas: disponed, por lo mismo, de nosotros, pues todos anhelamos vengarnos de nuestros mortales enemigos ó morir al lado de los españoles.» El general castellano, cautivado del valor del noble jefe tlaxcalteca, le manifestó su gratitud, y le contestó; «que descansasen; que muy pronto tendria el gusto de utilizarse de su denuedo y de su buena voluntad.» (1)

(1) «Agradecido á aquellos señores las buenas obras que nos hacian, hícelos aposentar y proveer lo mejor que ser pudo; y ellos me dijeron que traian

Despues de haber cumplido con las atenciones debidas á los generales de la república amiga, Hernan Cortés se dirigió al sitio en que se habia colocado todo lo perteneciente á los bergantines.

Para evitar que los mejicanos pudieran incendiarlos, acercándose por la laguna, colocó centinelas en puntos convenientes, y encargó la mayor vigilancia.

Al llegar la noche, la gente se entregó al sueño para descansar de la fatiga del penoso viaje, y Hernan Cortés, recomendando de nuevo á los vigilantes y rondas el cuidado de los barcos, se retiró á su alojamiento, pensando en las operaciones de la próxima campaña.

deseo de se ver con los de Culúa, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venian con deseos y voluntad de se vengar ó morir con nosotros, y yo les dí las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daria las manos llenas.»—Tercera carta de Cortés.

CAPÍTULO XXIII.

Cortés manda hacer un canal para conducir por él los bergantines desde Texcoco á la laguna.—Expedicion sobre la capital para reconocer el campo.—Ocupacion de Tacuba.—Encuentros con los mejicanos.—Expedicion de Sandoval.—Batalla ganada por los chalqueños contra los mejicanos.—Llegan algunos buques á Veracruz con refuerzos.—Nuevas provincias se presentan á Cortés, declarándose sus señores, vasallos del rey de España.—Los chalqueños piden auxilio á Cortés.

1521. La ciudad de Texcoco distaba del lago de su mismo nombre, poco menos de media legua.

Hernan Cortés, á fin de que los bergantines pudiesen, al estar calafateados, marchar por agua desde la poblacion á la laguna, dispuso hacer un ancho y profundo canal. Para realizar su pensamiento, suplicó al jefe del Estado, Ixtlilxochitl, que le proporcionase la gente necesaria. El jóven gobernante texcocano, que participaba del mismo afan que los españoles, de destruir el imperio azteca, obsequió, sin

pérdida de instante, su deseo. Destinó al trabajo diario de la zanja, ocho mil indios, que se iban remudando con número igual, para que el trabajo se hiciese con mas actividad. (1)

Al mismo tiempo que se hacia el profundo canal, el constructor Martin Lopez, ayudado de algunos españoles y tlaxcaltecas, trabajaba con notable actividad, en dejar dispuestos los buques para echarlos al agua.

Hernan Cortés, queriendo utilizar los dias que debian transcurrir en la terminacion de las obras referidas, dispuso salir al frente de algunas tropas, á practicar un reconocimiento de la capital de Méjico y de sus alrededores, y castigar al mismo tiempo á los habitantes de algunos pueblos inmediatos á la corte, que habian contestado á su invitacion de paz, con ofensivos insultos.

Concebido el pensamiento, llamó al general tlaxcalteca Chichimecatl, y le dijo que dispusiera su gente, pues habia llegado el momento que deseaba, de salir á campaña contra los mejicanos. Brilló en el semblante del valiente jefe indio, el placer que inundaba su corazon. Contestó que su «ardiente anhelo era servir lealmente al monarca de Castilla, y combatir contra los mejicanos.» (2)

Hernan Cortés, sin comunicar á nadie el punto á donde

(1) «Porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conquista

(2) «Que queria ir á hacer á nuestro gran Emperador y batallar contra mejicanos, ansí por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, ansí en Méjico como en su tierra.»—El mismo.

se dirigia, formó su ejército. La expedicion se componia de trescientos infantes españoles, inclusos cincuenta ballesteros y arcabuceros, veinticinco de caballería, seis cañones, mas de treinta mil guerreros tlaxcaltecas, y una ligera fuerza texcocana. (1)

Siendo preciso dejar de comandante de la guarnicion de Texcoco, una persona que reuniese al valor, la prudencia y el don de mando, eligió á Gonzalo de Sandoval, que era, sin duda, el que mas se distinguia por las bellas dotes que le adornaban. La experiencia le habia demostrado, desde la sublevacion de Méjico, que Pedro de Alvarado era mas útil en campaña, que desempeñando cargos en que era requisito indispensable la reflexion, y dispuso que le acompañase en la expedicion.

Despues de haber oido misa con el mayor recogimiento, el ejército salió de Texcoco á las nueve de la mañana, sin que nadie mas que el general y sus principales capitanes supiesen el punto á donde se marchaba. Hernan Cortés guardó aquella reserva, con objeto de que, si habia algunos texcocanos adictos á los mejicanos, no pudieran avisarles del movimiento emprendido. (2)

Pero todas estas precauciones tomadas por Cortés, no fueron bastantes á impedir que los aztecas tuviesen noticia de su movimiento y del rumbo que llevaba. El empe-

(1) «Con mas de treinta mil hombres, por sus escuadrones muy bien ordenados, segun la manera dellos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y sin decir á persona alguna dónde íbamos, salí desta ciudad á las nueve del dia... lo cual hacia porque me recelaba de algunos de los de Tesaico que iban con nosotros, que no diesen aviso de lo que yo queria hacer á los de Méjico.»—El mismo.

rador Guatemotzin, tenia en todos los sitios ocupados por los castellanos, espías que vigilaban sin descanso, y que le daban parte de las operaciones del general español.

Cuatro leguas habia andado el ejército, cuando se encontró con otro numeroso de aztecas, que lo esperaba para disputarle el paso. La accion se trabó con igual denuedo por una y otra parte; pero deshechos al fin los mejicanos, huyeron á los montes, perseguidos por los tlaxcaltecas, que daban muerte á cuantos aztecas alcanzaban. Al siguiente dia, despues de haber pernoctado en el campo, siguió Cortés su marcha con direccion á Xaltocan, ciudad situada en una islita, en medio de la laguna del mismo nombre, llamada actualmente de San Cristóbal, cerca de Zumpango. El general castellano trataba de castigar á sus habitantes por la manera con que habian correspondido á sus proposiciones de paz. Tres veces les invitó con ella, y despues de haber maltratado á los mensajeros, contestaron, «que nada temian, y que en el campo esperaban á los hombres blancos.» (1)

La ciudad era fuerte por su ventajosa situacion. Rodeada de agua por todas partes, solo se podia llegar á ella por medio de canoas ó por una calzada que la ponia en comunicacion con el continente. Hernan Cortés avanzó por la calzada; pero al llegar á cierta distancia, la encontró cortada, presentando un ancho foso inundado por las aguas

(1) «El cual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces..... y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué, que si allá íbamos, que no tenian menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallaríamos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

del mismo lago. Detenidos en la orilla la caballería y los infantes, sufrian continuas descargas de flechas, arrojadas por los guerreros que ocupaban las canoas. Conociendo el jefe castellano que era imposible asaltar la plaza, porque carecia de medios para acercarse á ella, dispuso la retirada. Al notar los de la ciudad su movimiento de retroceso, lanzaron mil gritos injuriosos y un diluvio de armas arrojadizas contra los hombres blancos y los tlaxcaltecas. En aquellos momentos, dos indios de un pueblo próximo, rival del de Xaltocan, que se habian agregado á las tropas de Cortés, indicaron que habia un punto vadeable, y conducidos por ellos, se lanzaron los españoles al lago. Caminando con el agua á la cintura y sufriendo una incesante lluvia de flechas y de piedras, llegaron por fin á poner el pié en tierra. Entonces acometieron con ímpetu, y arrollando á los que defendian la ciudad, penetraron en ella causando terrible estrago. Los tlaxcaltecas, que llegaron casi en el mismo instante, se derramaron por las calles, sedientos de venganza, mientras Hernan Cortés con la caballería permanecia en la entrada del paso, para evitar que pudiesen verse acometidos por la espalda por fuerzas mejicanas que se hallasen en tierra. Grande fué la mortandad de los defensores de la poblacion. Derrotados en todas partes y perseguidos de cerca, se dirigieron á las canoas, y embarcándose precipitadamente en ellas, se alejaron sobrecogidos de terror. Los vencedores, acabada la lucha, penetraron en las casas, donde encontraron ricas telas de algodon, oro, abundantes víverès y otros objetos de importancia. Saqueada la ciudad y entregadas al fuego algunas de sus casas, volvieron los asaltantes á donde les

esperaba Cortés con la caballería y el resto del ejército. Los tlaxcaltecas, contentos del rico botin que habian alcanzado, entonaban himnos de triunfo y anhelaban nuevos combates que les proporcionase iguales despojos. (1)

Continuando Cortés su expedicion, llegó á Cuautitlan, hermosa ciudad entonces, cuyos habitantes la abandonaron sin oponer resistencia. Al siguiente dia partió para Tenayocan; y sin detenerse en ella, pasaron á la ciudad de Azcapozalco, donde descansaron un instante. Habia sido Azcapozalco en un tiempo, capital del reino tepaneca, á cuyos reyes pagaban tributo los mejicanos recien establecidos en el valle. Cambiadas las circunstancias, y convertidos los aztecas en dominadores de los demás señoríos, Azcapozalco quedó agregado á la corona de Méjico en 1425, despues de combates sangrientos, en que sus habitantes fueron vencidos por el monarca mejicano Itzcoatl. Ciudad de importancia por su comercio y por su industria, era el mercado á donde concurrian los aztecas á comprar y vender sus esclavos, hechos en la guerra, pues la esclavitud ó la piedra del sacrificio estaban reservadas en aquellas naciones al desventurado que tenia la desgracia de caer prisionero. Hábiles sus habitantes en fundir y trabajar los ricos metales, eran los orífices mas notables del Anáhuac, cuyas obras, enviadas por Cortés á España, se consideraron como perfectas. Los españoles llamaban á Azcapozalco, «el pueblo de los plateros,» y en él mandaban

(1) «Y los tlaxcaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

hacer sus alhajas de oro y plata los emperadores mejicanos. (1)

Temiendo los vecinos de la ciudad ser castigados por haber salido á hostilizar á los españoles en su retirada de la Noche Triste, abandonaron sus casas y se marcharon á los montes y á la capital de Méjico. El general castellano prohibió que se cometiese ningun acto de venganza, puesto que no habian encontrado resistencia. La órden fué obedecida; y el ejército, despues de haber descansado un instante, se dirigió á Tacuba, ciudad á donde tenia interés de llegar Hernan Cortés, como él asegura en su tercera carta, y que solo distaba media legua de Azcapozalco. (2)

La ciudad de Tlacopan ó Tacuba, habia formado parte de la nacion tepaneca, antes que Azcapozalco, capital de la misma, fuese, como he dicho, conquistada por el monarca mejicano Itzcoatl. Sometido el reino á la corona de Méjico, el conquistador azteca, quiso formar otro nuevo en una de las poblaciones sojuzgadas, y creó rey de Tacuba, en el mismo año de 1425, á un nieto de Tezozomoc, que habia sido monarca de Azcapozalco. Al crearle soberano de Tacuba, así como de la parte del territorio situado al poniente y del pintoresco país de Mazahuacan, el emperador mejicano exigió de su favorecido, la obligacion de que habia de acudir con sus tropas en defensa del soberano de Méji-

(1) «Este Escapuzalco era donde labraban el oro ó plata al gran Montezuma, y solíamos llamar el pueblo de los Plateros.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Porque yo deseaba mucho,» dice, «llegar á otra ciudad que estaba allí cerca, que se dice Tacuba, que está muy cerca de Tenuxtitan.»—Tercera carta de Cortés.

co, en el momento en que éste lo pidiese, para combatir contra los enemigos del imperio azteca. Admitida la proposicion por el creado rey de Tacuba, siempre fueron sus habitantes los primeros en acudir en auxilio de los reyes mejicanos. En las poblaciones tepanecas que se le concedieron, no entraron Azcapozalco, Coyohuacan ni Mixcoac, pues estas quedaron dependientes de la corona de Méjico.

De esperar era, por lo mismo, que los habitantes de Tacuba estuviesen dispuestos á resistir á las tropas de Hernan Cortés que se acercaban. El caudillo español marchaba con esa conviccion, y por lo mismo anhelaba llegar pronto al frente de la ciudad. No se engañó al imaginarse que encontraria resistencia. Un numeroso ejército le esperaba fuera de las murallas, dispuesto á disputarle el paso. Allí se hallaban todos los habitantes de la ciudad y de las poblaciones inmediatas, así como distinguidos escuadrones mejicanos, que el emperador Guatemotzin habia hecho salir de la capital. Hernan Cortés dispuso sus tropas, y avanzando sobre el enemigo, se trabó una lucha obstinada y sangrienta. Mientras el caudillo español, con la caballería, trataba de romper los escuadrones que, armados de largas lanzas, herian muchos caballos, los tlaxcaltecas, mandados por el valiente jefe Chichimecatl, acometian, con furia espantosa, por otros puntos en que eran recibidos por los mejicanos con igual denuedo. La infantería castellana, manejando diestramente la cortante hoja toledana, no daba golpe que no causase una muerte, ni disparo de arcabuz ó de ballesta que no fuese aprovechado. Mezclados los combatientes de uno y otro ejército, cruzaban sus armas y se herian, sintiendo humedecidos sus piés con la

sangre que enrojecia la tierra. Esforzadamente luchaban los mejicanos; pero no pudiendo al fin resistir á la caballería y á los mortales golpes de las cortantes espadas de los infantes, se retiraron á la ciudad, persiguiéndoles los españoles hasta los suburbios de la poblacion. (1)

Empezaba la noche cuando terminó la accion; y queriendo Cortés dar descanso á su fatigada tropa, se detuvo en una de las espaciosas casas que estaban á la entrada de la ciudad. Alojados cómodamente todos los españoles en ese solo edificio, el jefe castellano colocó los centinelas y vigilantes necesarios, suplicando á los capitanes tlaxcaltecas que observasen iguales precauciones. (2)

Al amanecer del siguiente dia, los escuadrones mejicanos, unidos á los de las poblaciones inmediatas, volvieron á presentarse en el campo de batalla, retando á sus contrarios á nuevo combate. Hernan Cortés formó sus tropas, y marchó al sitio en que le esperaban. Empeñada la accion, los aztecas, aunque lucharon con el valor acostumbrado, se vieron precisados á retirarse otra vez á la ciudad, donde se habian propuesto hacer una vigorosa resistencia; pero les fué imposible. Perseguidos por la caballería y acosados por los tlaxcaltecas, que era gente ágil y suelta, no pudieron hacer frente en ninguna calle, y continuaron la

(1) «De manera que tuvo harto nuestro capitan de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

(2) «Y como ya era tarde, aquella noche no hicimos mas de nos aposentar en una casa, que era tan grande, que cupimos todos bien á placer en ella.» (Tercera carta de Cortés.) «Y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

retirada, dejando abandonada la poblacion. Arrojados de Tacuba los mejicanos, la ciudad fué entregada á saco. Los indios aliados, penetraron en las casas apoderándose de cuanto en ellas habia; y anhelando vengarse de los que en la Noche Triste habian dado muerte á millares de sus compatriotas, prendieron fuego á los edificios, sin que pudiesen contenerles en su obra de destruccion, el general castellano. En el ciego afan de devastacion de que estaban poseidos, hubieran querido reducir á cenizas la ciudad entera; y hasta una de las piezas de la casa en que estaba alojado Hernan Cortés, empezó á incendiarse, habiéndose comunicado el fuego de uno de los inmediatos edificios. (1)

Con el fin de observar la actitud que tomaba la capital azteca y las providencias que dictaba el emperador Guatemotzin, se propuso el general castellano permanecer algunos dias en Tacuba. Eligió para alojamiento, el palacio del señor de la ciudad, que era de un solo piso; pero grande y espacioso como todos los construidos en aquellas naciones, para habitacion de sus reyes.

Hernan Cortés, acompañado de varios de sus capitanes y soldados, subió al átrio superior del *teocalli* principal, que se elevaba á una altura considerable. Desde allí se descubria una importante parte del hermoso valle de Mé-

(1) «Los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun de él se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Tenuxtitan, pasando por esta ciudad, los naturales della, juntamente con los de Tenuxtitan, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

jico. Millares de pintorescos pueblos, situados en las márgenes de los tranquilos lagos y en las verdes laderas de las montañas, parecian esperar anhelantes, las órdenes de la hermosa sultana de las ciudades, de la grandiosa corte de los emperadores aztecas, suavemente reclinada sobre las blancas ondas de la durmiente laguna, como una encantadora sirena, reposando sobre la superficie de un mar en calma. Cruzaban las aguas que orillaban la espaciosa calzada, teatro sangriento de las terribles escenas de la Noche Triste, centenares de canoas, que entraban y salian de la ciudad, cargadas de comestibles, de flores y de abundantes peces. Dirigiendo la vista hácia las primeras aldeas próximas á la memorable calzada de Tacuba, se levantaba el histórico ahuehuete de Popotla; el árbol majestuoso, al pié del cual se sentó Hernan Cortés al ser arrojado de la ciudad, á verter consoladoras lágrimas, por la pérdida de sus mas caros amigos. Siguiendo una senda cubierta de elevados maizales que, acariciados por el viento, dejaban admirar las doradas mazorcas, que constituian el principal alimento de aquellos pueblos, se alzaba el cerro de Otoncalpolco ó de Moctezuma, llamado actualmente de los Remedios, en cuya cima descansaba el *teocalli* en que los españoles hallaron el primer refugio en su desastrosa retirada.

Hernan Cortés bajó del *teocalli*, admirando la actividad de los pueblos próximos á la capital, y no dudó de que la lucha que le esperaba seria tenaz y sangrienta.

Seis dias permaneció el ejército en Tacuba, y en todos ellos hubo combates mas ó menos importantes, en que los mejicanos tuvieron que retirarse con sensibles pérdidas.

Tambien se efectuaron algunos desafíos entre las tropas tlaxcaltecas y aztecas. Los capitanes de unas y otras, se retaban para combatir con igual número de escuadrones, y todos mostraban en la lucha, el odio que se profesaban y el notable valor que les distinguia. (1)

Pocos momentos antes de que Hernan Cortés se dispusiese á dejar la ciudad de Tacuba, se presentaron algunos escuadrones mejicanos retándole á combate. La accion empezó dando la caballería una terrible carga sobre los aztecas. La infantería, descargando sus arcabuces y acometiendo con sus espadas, se metió entre las filas contrarias. Los mejicanos emprendieron la retirada hácia Méjico, tratando de atraer á los españoles á un sitio peligroso. El general castellano y sus soldados siguieron el alcance, sin comprender el ardid de sus enemigos, y avanzaron por la misma calzada, en que nueve meses antes habian dejado abandonados sus trenes, sus bagajes, sus municiones y sus cañones. Los aztecas continuaron su retirada; y los que les perseguian, llegaron á pasar el primer puente que estaba ya compuesto, y que en la Noche Triste salvó Pedro de Alvarado, apoyándose en su lanza. Al verlos en el sitio que anhelaban, los mejicanos volvieron caras, y se arrojaron sobre los castellanos, que se vie-

(1) «En seis dias que estuvimos en esta ciudad de Tacuba, ninguno hobo en que no tuviésemos muchos reencuentros y escaramuzas con los enemigos. E los capitanes de la gente de Tascaltecal y los suyos hacian muchos desafíos con los de Tenuxtitan, y peleaban los unos con los otros muy hermosamente, y pasaban entre ellos muchas razones, amenazándose los unos con los otros, y diciéndose muchas injurias, que sin duda era cosa para ver.»—Tercera carta de Cortés.

ron rodeados de escuadrones enemigos por todos lados. Numerosos batallones les cerraban la retirada; y la parte de la calzada á cuyos lados se extendia la laguna, se vió de repente llena de canoas cubiertas de guerreros que disparaban sus armas sin poder ser acometidos. Hernan Cortés comprendió entonces que habia cometido una imprudencia, y trató de abrirse paso para emprender la retirada. Los mejicanos, conociendo que luchando con decision, lograrian apoderarse del caudillo español y alcanzar un triunfo completo, se lanzaron sobre la caballería, armados de largas lanzas, en cuyos remates estaban sujetas las hojas de las espadas cogidas á los castellanos, mientras de las azoteas de las casas caia una incesante lluvia de piedras y de flechas. La ruina de los españoles parecia segura. Acometidos por inmensas masas de guerreros, no podian ni aun moverse. Espantoso era el ímpetu de aquel oleaje de gente que se precipitaba con furia espantosa sobre sus contrarios, dando horribles alaridos y haciendo resonar sus instrumentos bélicos. Un valiente caballero llamado Juan Volante, que era el abanderado, trató de resistir el choque de un numeroso cuerpo de aztecas que le atacaba, anhelando apoderarse de él y de su estandarte. El bravo oficial, acompañado de algunos soldados, luchaba con denuedo. Herido gravemente en aquellos instantes y empujado por la multitud, cayó del puente á la laguna con la bandera. Varias canoas, llenas de guerreros, se acercaron para hacerle prisionero, y aun llegaron á asirle; pero hombre de extraordinaria fuerza y de levantado espíritu, logró desprenderse de sus contrarios, matando á algunos, y saliendo á tierra sin abandonar la bandera, siguió luchando al lado de sus

compañeros. (1) Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y otros capitanes, acometian sin descanso, á los escuadrones que les cerraban el paso, mientras la infantería, dando siempre frente al enemigo, se retiraba paso á paso, deteniéndose de vez en cuando á pié firme, para tener á raya á los batallones aztecas, descargando unos los arcabuces y ballestas, mientras otras cargaban, y los de espada y rodela formaban una muralla impenetrable. De esta manera, retrayéndose y combatiendo sin descanso, llegaron al fin á tierra firme los españoles, no sin haber tenido bastantes heridos. Al verse fuera de la peligrosa calzada, Hernan Cortés dió sinceras gracias á Dios, pues consideraba como un milagro el haber salido felizmente de la terrible celada en que habia caido. (2) Fué una imprudencia la que cometió, muy extraña en él, que era cauto y previsor y conocia la astuta táctica de los sagaces y valientes aztecas.

Sin embargo, algo hay que hace disculpable el descuido de ese momento. Su objeto, al detenerse en Tacuba, ha-

(1) «E un alferez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar; y le tenian ya asido los mejicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado, que se escapó con su bandera... que se decia Juan Volante, que era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Mandó que todos se retrajesen; y con el mayor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas... y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios.»—El mismo.

bia sido ver si conseguia entablar contestaciones para un arreglo amistoso con el emperador mejicano Guatemotzin. Varias veces habia penetrado á las calzadas en los anteriores dias, persiguiendo á sus contrarios, sin que hubiese sufrido el mas leve contratiempo. (1) En todas ellas esperaba recibir alguna invitacion de arreglo de parte del monarca azteca; pero en vez de proposiciones de paz, solo escuchaba de los guerreros, palabras que indicaban que solo se pensaba en la guerra: «Entrad, entrad á divertiros:» le decian con ironía, indicándole desde el lado opuesto de los puentes y de las zanjas, que pasase á la ciudad. «¿Pensais, añadian luego con severidad, que nos gobierna otro Moctezuma, para que os complazca en todo?» (2) Hernan Cortés, no perdiendo la esperanza de atraer á los gobernantes á un arreglo, se acercó una de las veces que penetró en las calzadas, á uno de los puentes, haciendo señas á los suyos para que suspendieran toda hostilidad. El campo español quedó en el mayor silencio. Los jefes aztecas, que se hallaban al opuesto lado, viendo que trataba de hablarles, pues se acercó acompañado de los intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina, ordenaron á los suyos que permaneciesen quietos. Las voces y el ruido de las armas cesó inmediatamente. El caudillo español, preguntó entonces si habia por allí cerca algun jefe principal, pues deseaba ha-

(1) «Porque muchas veces les entrábamos por las calzadas y puentes de la ciudad, aunque como tenian tantas defensas nos resistian fuertemente.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «E muchas veces fingian que nos daban lugar para que entrásemos dentro, diciéndonos: «Pensais que hay agora otro Muteczuma, para que haga todo lo que quisiéredes?»—El mismo.

El peligro último en que se habia visto al caer en la celada, y los numerosos escuadrones que sobre él y su gente cayeron, presentándose de repente, como si hubieran sido brotados de la tierra, le hizo comprender, que aquellas luchas se repetirian en cada casa, en cada calle, en cada acequia, en cada puente de la ciudad.

Las dificultades para apoderarse de ella serian mayores cada dia que transcurriese sin combatirla. Guatemotzin, resuelto á defenderla, hasta vencer ó morir, hacia levantar nuevos parapetos y abrir nuevas zanjas, que la hiciesen inespugnable. Se preparaba para una resistencia heróica. Hernan Cortés quiso acabar sus preparativos para obligarle á rendirse.

No teniendo ya objeto la permanencia de las tropas españolas en Tacuba, se emprendió la marcha hácia Texcoco, por el mismo camino que habian llevado. Los mejicanos, creyendo que la partida de los extranjeros reconocia por orígen el miedo y que era una fuga declarada, salieron en su persecucion, dando horrendos alaridos y arrojando sobre ellos una incesante lluvia de flechas y de piedras. El número de guerreros iba aumentando, á medida que pasaban por algunos pueblos, cuyos habitantes se unian á los que iban picando la retaguardia.

Queriendo Hernan Cortés dar una dura leccion á los que marchaban molestándoles con sus gritos y con sus flechas, ocurrió á una estratajema. Mandó hacer alto en un punto conveniente, como para descansar un instante. Emboscó á veinte soldados de caballería, en diversos puntos, entre los matorrales que habia junto al camino, dividiéndoles en cuatro grupos, dos de á seis, uno de á cinco

blar con él. «Todos los que aquí están y veis con las armas en la mano, respondieron los aztecas, son señores principales; podeis, por lo mismo, hablar lo que gusteis.» (1) Hernan Cortés no contestó. Las palabras que acababa de escuchar, le convencieron de que era inútil todo empeño por un arreglo conciliador. Viendo, pues, que era inútil su permanencia en Tacuba, dispuso dar la vuelta á Texcoco para activar los aprestos contra la capital.

No habia mas solucion que la de las armas, y se resolvió á valerse de ellas para apoderarse de Méjico. Su expedicion de reconocimiento, le fué altamente provechosa. Vió que, á pesar de las muchas ciudades que se habian sustraido de la obediencia del emperador azteca, contaba éste con numerosos y aguerridos ejércitos, que luchaban con decision y arrojo. Cierto es que en todas las acciones campales habia salido vencedor; pero tambien era verdad que en ellas los mejicanos se batian con un valor y entusiasmo notables. Respecto de la ciudad, habia encontrado aumentadas considerablemente sus fortificaciones, y estaba convencido, por experiencia, de que no era dable apoderarse de ella, sino despues de un sitio prolongado y de sufrir grandes pérdidas.

(1) «Y estando en estas pláticas, yo me llegué una vez cerca de una puente que tenian quitada, y estando ellos de la otra parte, hice señal á los nuestros que estuviesen quedos; y ellos tambien, como vieron que yo les queria hablar, hicieron callar á su gente, y díjeles que ¿por qué eran locos y querian ser destruidos? Y si habia allí entre ellos algun señor principal de los de la ciudad, que se llegase allí, porque le queria hablar. Y ellos me respondieron que toda aquella multitud de gente de guerra que por allí veia, que todos eran señores; por tanto que dijese lo que queria.»—Tercera carta de Cortés.

El peligro último en que se habia visto al caer en la celada, y los numerosos escuadrones que sobre él y su gente cayeron, presentándose de repente, como si hubieran sido brotados de la tierra, le hizo comprender, que aquellas luchas se repetirian en cada casa, en cada calle, en cada acequia, en cada puente de la ciudad.

Las dificultades para apoderarse de ella serian mayores cada dia que transcurriese sin combatirla. Guatemotzin, resuelto á defenderla, hasta vencer ó morir, hacia levantar nuevos parapetos y abrir nuevas zanjas, que la hiciesen inespugnable. Se preparaba para una resistencia heróica. Hernan Cortés quiso acabar sus preparativos para obligarle á rendirse.

No teniendo ya objeto la permanencia de las tropas españolas en Tacuba, se emprendió la marcha hácia Texcoco, por el mismo camino que habian llevado. Los mejicanos, creyendo que la partida de los extranjeros reconocia por orígen el miedo y que era una fuga declarada, salieron en su persecucion, dando horrendos alaridos y arrojando sobre ellos una incesante lluvia de flechas y de piedras. El número de guerreros iba aumentando, á medida que pasaban por algunos pueblos, cuyos habitantes se unian á los que iban picando la retaguardia.

Queriendo Hernan Cortés dar una dura leccion á los que marchaban molestándoles con sus gritos y con sus flechas, ocurrió á una estratajema. Mandó hacer alto en un punto conveniente, como para descansar un instante. Emboscó á veinte soldados de caballería, en diversos puntos, entre los matorrales que habia junto al camino, dividiéndoles en cuatro grupos, dos de á seis, uno de á cinco

y otro de tres, en el cual quedaba el mismo general. Ordenó á la infantería que continuase su marcha, sin detenerse, y que otros cinco ginetes, que aun quedaban á la columna, fuesen en la retaguardia, á fin de que los aztecas creyesen que delante iban los demás. Cuando los mejicanos hubiesen pasado el sitio de la emboscada, los ginetes, colocados en la celada, debian arrojarse sobre ellos al oir la voz de «Santiago» que daria Cortés. El ardid salió como se habia propuesto el jefe español. Los indios, sin sospechar el lazo que les habian tendido, siguieron molestando á la retaguardia, pasando por donde estaba la fuerza emboscada. Entonces, á la señal convenida, salieron los ginetes de los matorrales, arrojándose sobre los escuadrones aztecas que, sorprendidos por el inesperado y brusco ataque, emprendieron la fuga en completo desórden. Por desgracia de ellos, se hallaban en una extensa llanura, donde la caballería podia obrar libremente. Por espacio de dos leguas fueron perseguidos, pereciendo gran número de ellos, atropellados por los corceles y á los golpes de las armas de los ligeros tlaxcaltecas. (1)

Temiendo la repeticion del sangriento golpe sufrido, los mejicanos no volvieron á molestar en su marcha á los españoles. A la caida del sol, llegó el ejército á la ciudad de Oculman. Era, segun asegura Cortés, una «preciosa poblacion» llena de vida y de comercio. (2) Distaba dos

(1) «E como fué tiempo salimos, y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas como la palma, que fué muy hermosa cosa; y así murieron muchos dellos de nuestras manos y de los indios nuestros amigos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Aquella noche dormimos en una gentil poblacion, que se dice Aculman.»—Idem.

leguas de Texcoco, y sus casas y sus jardines eran notables por su belleza y capacidad. Actualmente es un pueblo de poca importancia y pobre, donde solo llama la atencion, la hermosa iglesia que cuenta. (1)

Al siguiente dia partió el general español, al frente de sus tropas hácia Texcoco. Salió á recibirle Gonzalo de Sandoval con varios oficiales y soldados, así como el jóven señor del reino Fernando Ixtlilxochitl acompañado de la nobleza. Grande fué el regocijo que causó la llegada de Cortés, pues durante su ausencia, que duró quince dias, ninguna noticia se habia tenido de su expedicion.

Los jefes tlaxcaltecas, despues de haber descansado un dia en la ciudad, pidieron licencia al general castellano para volver con su gente á Tlaxcala y llevar el rico botin que habian adquirido en la campaña contra los mejicanos, prometiendo volver cuando se les llamase. Dada la licencia, partieron llenos de alegría para su patria, saliendo de la poblacion dando vivas á Castilla y á Tlaxcala. (2)

Dos dias llevaba Hernan Cortés de haber llegado á Texcoco, cuando recibió una embajada de los señores y de la nobleza de Chalco, solicitando su auxilio contra las tropas mejicanas. El jefe español deseoso de servir á sus aliados, y conociendo la importancia que tenia la provincia, no so-

(1) La ruina de Oculman reconoce por causa el haberse hecho en ella una presa para libertar á Méjico de las inundaciones, y echarle una compuerta en la estacion de lluvias que empieza en Junio y acaba en los primeros dias de Octubre.

(2) «E otro dia que hobimos llegado, los señores y capitanes de la gente de Tascaltecal me pidieron licencia, y se partieron para su tierra muy contentos y con algun despojo de los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

lo por los productos de su suelo y su excelente posicion en el valle, sino por el crecido número de habitantes que tenia, envió á Gonzalo de Sandoval con trescientos infantes y veinte soldados de caballería. Aunque conocia las bellas cualidades que adornaban al pundonoroso caballero, le encargó, encarecidamente, que auxiliase eficazmente á los que habian solicitado su amparo, pues en ello se prestaba un servicio al rey y á la causa del cristianismo.

Partió el jóven capitan pocos momentos despues de haber recibido la órden, y se presentó en Chalco, donde fué recibido con las demostraciones mas vivas de júbilo por la nobleza y el pueblo. Grata fué su sorpresa al encontrar en la ciudad numerosas tropas de Huexotzinco y de Quauhquechollan, que los señores de esas provincias habian enviado en socorro de los chalqueños. Esto le probó que la alianza establecida por Cortés entre los Estados antes rivales, era firme y sincera.

1521. Marzo 12. Informado Gonzalo de Sandoval, por los señores de Chalco, de que el daño principal lo recibian de las tropas mejicanas que estaban en Huastepec, determinó ir á combatirles á donde estaban. Era Huastepec una ciudad pintoresca, situada sobre una alta montaña, á cinco leguas al Mediodía de Chalco. Salió Sandoval el 12 de Marzo de 1521, al frente de sus compatriotas y apoyado por las fuerzas auxiliares, hácia la expresada poblacion. Poco antes de llegar á ella, encontró á los mejicanos esperándole, formados en batalla. El terreno que habian escogido, con objeto de evitar las cargas de caballería, era fragoso y cubierto de magueyales. El entendido capitan español, colocó delante á los arcabuceros, que eran

diez; y alternando con ellos, puso otro número igual que llevaba de ballesteros. Los soldados de espada y rodela marchaban en seguida; y los ginetes, colocados de tres en tres, se hallaban distribuidos en los flancos. Las fuerzas auxiliares marchaban divididas en varios escuadrones. Al encontrarse á poca distancia de los mejicanos, Sandoval dió el grito de «Santiago y á ellos,» y acometió con la caballería los puntos accesibles, mientras la infantería y los aliados, atacaban los sitios mas pedregosos. Los aztecas, á pesar de la buena posicion que ocupaban, se vieron precisados á abandonarla; pero resueltos á oponer una resistencia vigorosa, se detuvieron en otro punto aun mas escabroso. Allí se renovó con mas vigor la lucha. Gonzalo de Sandoval, resuelto á alcanzar la victoria, ordenó que la caballería, los infantes y los escuadrones de los aliados, acometiesen á un tiempo al enemigo. La disposicion fué ejecutada; y los aztecas, no pudiendo resistir el choque, emprendieron la retirada. La caballería marchó en su persecucion; pero el sitio era escabroso, y los corceles corrian con dificultad. Uno de ellos, el mas ligero y brioso, que se habia adelantado á los demás, cayó á tierra, á causa de las sinuosidades del terreno, cogiendo debajo al caballero que lo montaba. Se llamaba éste Gonzalo Dominguez, considerado en el ejército como uno de los soldados de mayor esfuerzo, á la vez que como uno de los mejores ginetes. El golpe fué terrible; y pocos dias despues murió el valiente militar, causando su muerte profunda pena en sus compañeros de armas, que le estimaban no menos que á Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval. (1)

(1) «Rodó el caballo y tomólo debajo, y dende á pocos dias murió de aque-

Alcanzada la victoria, siguieron los españoles su marcha hácia Huastepec; pero antes de llegar á la ciudad, salió á disputarles el paso un ejército de quince mil aztecas. Vencidos los mejicanos, despues de un reñido combate, se retiraron á la ciudad, de donde tambien fueron arrojados.

Gonzalo de Sandoval alojó su tropa en un vasto edificio de la poblacion, colocando centinelas en diversos puntos, guardando las precauciones acostumbradas por Hernan Cortés. Los soldados de caballería habian desmontado de sus corceles para darles de comer, y la infantería empezaba á tomar algun alimento. En aquellos momentos se presentaron dos vigilantes, que se habian colocado en un sitio avanzado, anunciando que los mejicanos se acercaban en gran número. Inmediatamente montaron los ginetes y se puso todo el ejército en disposicion de recibir á sus contrarios. La lucha fué corta, pero sangrienta. Los aztecas, acometidos por los ginetes en terreno plano, y acuchillados por la infantería, se pusieron en precipitada fuga, dejando las calles sembradas de cadáveres. Gonzalo de Sandoval salió trás de ellos, persiguiéndoles por espacio de una legua, y volvió á la ciudad contento de haber alcanzado una completa victoria.

Era entonces Huastepec una ciudad de importancia, así por las exquisitas manufacturas de algodon que en ella se hacian, como por el activo comercio que tenia con los pue-

lla mala caida... Este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores ginetes y esforzado que Cortés habia traido en nuestra compañía; y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

blos comarcanos. En ella habian tenido constantemente los mejicanos una fuerte guarnicion que amenazaba de continuo á las poblaciones de las provincias próximas, que se habian aliado á los españoles. Los edificios eran sólidos y espaciosos; pero el mas notable era el del señor de la misma ciudad, en que se alojó Sandoval con su tropa. Estaba situado en un magnífico jardin, que llamó singularmente la atencion de los castellanos, y que rivalizaba con los justamente celebrados que embellecian la pintoresca poblacion de Iztapalapan. Tenia dos leguas de circunferencia, y en él se encontraban reunidas las variadas flores de los diversos reinos del Anáhuac. Arboles frutales, exquisitas plantas aromáticas y medicinales; espaciosos estanques, en cuyas cristalinas aguas cruzaban millares de peces de colores; graciosas fuentes sombreadas por las ramas de gigantescos ahuehuetes; raras y apreciables yerbas medicinales, pintorescas habitaciones semiocultas entre el verde follaje de los copudos fresnos, y espaciosas pajareras en que se hallaban las preciosas aves de brillante plumaje que pueblan los espesos bosques de la América, se veian en aquel delicioso jardin. (1)

(1) Hernan Cortés, que pocos dias despues visitó la ciudad, dice lo siguiente, al lablar del referido jardin: «La cual huerta es la mayor y mas hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio della va una nuy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas; que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta.»—Tercera carta de Cortés.

Bernal Diaz, hablando de la misma huerta dice, que era «la mas hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de admirar que se habia visto en la Nueva-

A distancia de dos leguas de Huastepec se encontraba otra ciudad guarnecida por tropas mejicanas. Era Yacapistla, poblacion sumamente fuerte, situada en una altura inaccesible á la caballería. Gonzalo de Sandoval al saber que sus habitantes se hallaban en actitud hostil, les envió mensajeros, ofreciéndoles la paz. La contestacion fué insultante y provocativa. Le dijeron que le esperaban con ansia, pues necesitaban víctimas de hombres blancos para ofrecer á sus dioses y celebrar algunos banquetes. (1)

Gonzalo de Sandoval dispuso su tropa, y se dirigió, sin pérdida de momento, hácia la ciudad retadora. Los habitantes, unidos á una numerosa guarnicion mejicana, le esperaban, confiados en el triunfo. Siendo inaccesible á la caballería la empinada roca en que se hallaba situada la poblacion, mandó echar pié á tierra á los ginetes, dejando únicamente montados una parte de ellos en el campo, para impedir que llegasen refuerzos, y se dispuso á subir á la cima. Enormes piedras dejaron rodar entonces los de la plaza, que bajaban con ruido espantoso. Los indios aliados, al ver caer los enormes peñascos, retrocedieron aterrados,

España; y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe.»

Este jardin lo conservaron los españoles por muchos años, despues de la conquista, donde cultivaban toda clase de yerbas medicinales, propias de aquel clima, y que dedicaban al uso de un hospital que allí fundaron. El instruido naturalista español, doctor Hernandez, habla muchas veces de ese jardin en su apreciable Historia natural, y se ocupa de varias plantas trasplantadas en él, entre las cuales se encuentra el árbol del bálsamo, llamado en mejicano, huitzilozitl.

(1) «Y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

remolinándose al pié de la montaña. Gonzalo de Sandoval tomando entonces á su cargo la empresa y resuelto á tomar la ciudad ó perecer en la demanda, dió el grito de «Santiago y á ellos,» y acometió la subida con los españoles. (1) Los mejicanos dejaron rodar en aquel instante mayor número de enormes piedras, disparando á la vez un diluvio de flechas, en medio de los alaridos de guerra y del tremendo ruido de los instrumentos bélicos. Gonzalo de Sandoval, que habia recibido una herida en la batalla anterior, volvió á ser herido en la cabeza. Sin embargo, siguió adelante, combatiendo con el mismo valor, decidido á no retroceder un paso. Los soldados, imitando á su esforzado capitan, continuaban subiendo hácia la cumbre, asiéndose de los arbustos y de las piedras salientes del cerro, logrando vencer los obstáculos del terreno, merced á la fuerza de su recia musculatura. Muchos se encontraban heridos; pero nada era capaz de hacer desmayar el ánimo de aquellos hombres resueltos á morir. Los escuadrones aliados, perdido el terror primero, causado por la caida de las piedras, subian tambien con decision el cerro, sin que les intimidase ver caer sin vida á muchos de sus compañeros.

Vencidos los obstáculos que presentaba la subida, Gonzalo de Sandoval penetró en las puertas de la ciudad con ímpetu terrible. Una descarga de arcabucería y los certeros tiros de las ballestas, puso en desordenada fuga á los

(1) «Nuestros amigos viendo la fortaleza no osaban acometer ni llegar á los contrarios. E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de *Señor Santiago*, comenzaron á subir.»—Tercera carta de Cortés.

defensores de la plaza. La matanza fué entonces horrorosa. Los indios aliados, ciegos por el odio que profesaban á sus contrarios, los persiguieron con furia espantosa, sin dar cuartel á ninguno. En vano los españoles, compadecidos de los habitantes que huian aterrados, les decian que no matasen. Nada era capaz de contener el sentimiento de odio de que estaban poseidos. Bernal Diaz del Castillo, aunque no se halló en esta expedicion de Sandoval, «á causa de hallarse en aquella sazon, como él dice, muy mal herido del bote de lanza que en la batalla de Iztapalapan recibió en la garganta, herida que le tuvo á las puertas de la muerte,» refiere el ensañamiento de los indios aliados. (1) No perdonaban ni aun á los inermes; y los castellanos lograron quitarles algunas personas de ambos sexos en los momentos que las iban á matar. (2) Las tropas mejicanas, para salvarse de sus tenaces perseguidores, huyeron por el otro lado de la ciudad, rodando muchos de la altura y cayendo despeñados y cubiertos de heridas, á un riachuelo que, entre agrestes riscos, pasaba junto á la poblacion. El número de víctimas fué considerable. Las aguas del arroyo se tiñeron en sangre, dice Hernan Cor-

(1) «Y la causa porque no vine en aquella sazon es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gaznate, que estuve de ella á peligro de muerte, de que aun tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y todos los que mas daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlaxcaltecas, porque nuestros soldados, sino fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaran de dar cuchilladas á ningun indio, porque les parecia crueldad... y lo que comunmente hacian era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque no los matasen.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tés, y corrieron enrojecidas por espacio de una hora, sin que durante ese tiempo pudieran beber los sedientos soldados. (1)

Logrado el objeto de la expedicion, con la toma de la ciudad de Yacapistla, Gonzalo de Sandoval volvió á Texcoco, dejando contentos á los chalqueños con los ricos despojos quitados al enemigo. La noticia de los triunfos alcanzados por los españoles y sus aliados, no hizo decaer el espíritu animoso del emperador Guatemotzin. La alianza de los chalqueños con los hombres blancos, habia despertado en su corazon el deseo de vengarse terriblemente en ellos. Activo y emprendedor, dispuso un número considerable de canoas que condujesen un ejército de veinte mil guerreros sobre Chalco en el instante que juzgase oportuna la hora. Esta llegó; y la flota mejicana cruzaba las aguas del majestuoso lago con direccion á Chalco, en los momentos mismos en que Sandoval acababa de llegar á Texcoco. Aun no se habia presentado á Cortés á darle parte minuciosa de las operaciones de su expedicion, cuando nuevos mensajeros chalqueños llegaron á la presencia

(1) «Fué tanta la matanza dellos á manos de los nuestros, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un rio pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por mas de una hora fué teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacia mucha calor, tenian necesidad dello.» (Tercera carta de Cortés.)

Bernal Diaz que, lo mismo que Cortés, no se halló en la accion y refieren lo que les dijeron sus compañeros y los aliados, da menos tiempo al enrojecimiento del agua á causa de la sangre: «Y como habia muchos dellos heridos de los que se venian á esconder en aquella quebrada y arroyo,» dice el soldado historiador, «y se desangraban, venia el agua algo turbia de sangre, y no duró aquel turbion un Ave-María.»

del caudillo español pidiéndole auxilio. En los instantes que ponian en su conocimiento el peligro que les amenazaba, entró en la sala Sandoval, á dar cuenta del éxito de la campaña. El general, atribuyendo á negligencia del jóven capitan, el golpe dispuesto por los mejicanos contra sus nuevos aliados, y disgustado de que hubiese vuelto á Texcoco sin dejar sólidamente asegurada la tranquilidad de la provincia, le dió órden de que inmediatamente contramarchase á favorecer á los chalqueños. Trató Sandoval de explicar su conducta; pero Cortés no quiso oirle; y el valiente oficial, obedeciendo á su comandante, aunque profundamente resentido, se puso al frente de sus tropas, y sin haber descansado un solo instante, se dirigió á paso apresurado hácia la ciudad amenazada. (1)

Entre tanto los chalqueños, unidos á los de Huexotzinco y Quauhquechollan, sus nuevos aliados, salieron á esperar á los mejicanos fuera de la poblacion. Con las victorias alcanzadas al lado de los españoles, habian perdido el temor á los aztecas. La fuerza de los chalqueños y sus aliados ascendia á veinte mil hombres. Pronto se presentaron los mejicanos, mandados por sus mejores capitanes. La batalla empezó acometiéndose con furia espantosa los dos ejércitos. Por una y otra parte se combatia con igual valor y denuedo. Las flechas, las piedras, las macanas y las

(1) «El Cortés no le quiso escuchar al Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion ni le oir, le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traia, y con los sanos luego fué muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

lanzas, estaban en continuo movimiento, sembrando la muerte en los escuadrones contendientes. Despues de algunas horas de lucha, en que la victoria se mantuvo indecisa, se declaró al fin por los chalqueños. Los mejicanos fueron completamente derrotados, y huyeron hácia la capital, dejando sembrado de muertos el campo de batalla. Muchos fueron los prisioneros hechos por los vencedores; entre ellos se contaba un general, varios capitanes y algunos personajes de la primera nobleza. (1)

Alcanzado el triunfo, los chalqueños, cargados de despojos quitados al enemigo, volvieron á la ciudad entonando himnos de victoria. Poco despues llegaba Gonzalo de Sandoval con sus tropas á Chalco. Ya no era necesario, por entonces, su auxilio; pero los habitantes se manifestaron agradecidos al ver que se habia atendido á la peticion hecha. El jóven capitan español felicitó á los jefes aliados por el brillante hecho de armas en que acababan de quedar vencedores. Celebrado el triunfo por los chalqueños, entregaron los prisioneros de categoría á Sandoval para que los pusiese á disposicion del jefe castellano. Cuando llegó á Texcoco, se retiró á su alojamiento sin presentarse á Cortés, resentido de la ofensa que injustamente le habia inferido. El caudillo español se hallaba ya convencido de la noble conducta observada por el pundonoroso hidalgo. Le apreciaba con todas veras, y sentia haberle ofendido. Era el oficial en quien reconocia las mas relevantes dotes de huma-

(1) «Y se juntaron con los de Chalco, que serian por todo mas de veinte mil dellos, é ya les habian perdido el temor á los mejicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

nidad, de prudencia, de valor y de buen juicio. Por eso le habia confiado siempre las empresas mas delicadas, y le habia distinguido, guardándole una constante deferencia. Creyendo justo darle una franca satisfaccion por el incidente pasado, le mandó llamar; y con la lealtad y franqueza del caballero y del militar, le dió las explicaciones necesarias sobre el hecho, quedando Gonzalo de Sandoval satisfecho con ellas, pues además de poseer sentimientos nobles y generosos, consagraba una amistad verdadera á su general.

Entre tanto, la obra del canal para conducir los bergantines á la laguna, se continuaba con actividad, y los buques se hallaban casi al terminar. Todos esperaban con impaciencia el momento de verlos flotando sobre las tranquilas aguas del lago, para dirigirse á poner sitio á la poderosa capital del imperio azteca. Tres veces habian intentado los mejicanos poner fuego á los buques, comprendiendo el daño que de ellos podrian recibir, y las tres fueron inútiles sus tentativas, cayendo presos algunos de los encargados de incendiarlos. Hernan Cortés tenia colocados activos vigilantes, dedicados exclusivamente al cuidado de los barcos, que hacian inútiles las tentativas de los mejicanos para quemar la flota. (1)

A medida que se acercaba el dia de emprender la marcha sobre Méjico, se aumentaban los elementos de guerra

(1) «Quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

necesarios para acometer la empresa del sitio. El caudillo español recibió la lisonjera noticia de haber llegado á la Villa-Rica de la Veracruz tres bajeles con abundancia de municiones, bastantes armas, doscientos hombres y ochenta caballos. No podia llegar el refuerzo en momento mas oportuno. Era grande la escasez de pólvora que habia, y Cortés dice que «consideró la llegada de aquellos buques, como un favor especial del cielo; como un socorro visible que Dios le enviaba.» (1)

No dice el general castellano de donde recibió ese refuerzo; pero es de suponerse que procediese de la isla de Santo Domingo. Habia escrito, como tengo ya dicho anteriormente, á la Audiencia de aquella isla, que era la que tenia á su cargo el gobierno de las colonias en América, dándole noticia de la alianza de Tlaxcala y de varias provincias, con el fin de que se interesase en su causa. Siempre se habia manifestado aquel respetable cuerpo, favorable á la empresa de Cortés. Es de creerse, por lo mismo que decidiese á muchos que llegaban á Santo Domingo, á que marchasen á reunirse con el afortunado caudillo, que ejercia un poderoso influjo en los habitantes de diversa naciones del Anáhuac. (2) Varios hidalgos y per-

(1) «Menviaron un mensajero, con el cual me hicieron saber que al puerto habian llegado tres navíos, y que traian mucha gente y caballos, y que luego los despacharian para acá; y segun la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro.»—Tercera carta de Cortés.

(2) Bernal Diaz del Castillo solo hace mencion de un buque, y dice que llegó de Castilla: «Y trajeron en este navío, agrega, muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venia de Castilla, é vino cargado de muchas cosas.» Es de suponer que el buque llegó primero á Santo Domingo, y que su capitan y gente, sabedores por la Audiencia del brillante estado que guardaba la expedicion de Méjico, se decidiesen á tomar parte en ella.

sonas distinguidas llegaron entre los que marchaban á engrosar las filas del fatigado ejército de Cortés. Entre ellas se encontraba Julian de Alderete, tesorero real, que llevaba el encargo de cuidar de los intereses pertenecientes á la corona de Castilla. Tambien llegó un religioso franciscano, Fray Pedro Melgarejo de Urrea, con bulas pontificias, concediendo indulgencia á los que procuraban propagar la luz del Evangelio y morian en defensa de la cruz.

Pocos dias despues del fausto acontecimiento del refuerzo recibido, llegaron á Texcoco los embajadores de Tizapan, Mexcaltzinco y Nauhtlan, ciudades importantes, situadas mas allá de la Rica-Villa de la Veracruz, en la costa del Seno Mejicano. La mision que llevaron ante Hernan Cortés, fué dar expontáneamente, en nombre de sus señores, la obediencia al soberano de Castilla. El caudillo español les dió las gracias por la alianza que solicitaban, y les hizo algunos regalos que agradecieron profundamente.

La fortuna parecia empeñada en favorecer al esforzado general español.

Aunque Hernan Cortés se encontraba ya con los elementos necesarios para poner sitio á la capital azteca y rendirla, se propuso no recurrir á ese medio desolador, sino despues de haber apurado todos los medios para llegar á un arreglo pacífico con sus habitantes. Admiraba la belleza de la ciudad y la vasta extension de sus edificios, y queria evitar, dice en su tercera carta, «el que fuesen destruidos.» Animado por estos sentimientos, dispuso enviar á Méjico á los nobles aztecas que le entregaron los

chalqueños despues de la batalla ganada por ellos á los mejicanos, proponiendo la paz al emperador Guatemotzin. Les dió una carta para que la entregasen á su señor, no porque juzgase que seria entendida, sino porque servia de credencial y como contraseña de que llevaban una embajada suya. Cortés informó á los mensajeros, del contenido del escrito, que era igual en un todo á lo que llevaban encargo de decir á su soberano. Las proposiciones del caudillo español se reducian, en sustancia, á lo que en las anteriores embajadas habia expuesto. Manifestaba á Guatemotzin, que no pretendia otra cosa sino que el monarca de Castilla fuese reconocido señor del imperio mejicano, como lo habia sido ya por Moctezuma, la nobleza y los gobernadores de las diversas provincias, en la respetable asamblea celebrada en la capital, poco despues de su llegada. Repetia, que no intentaba privarle del poder que ejercia como emperador, sino establecer una paz firme y una alianza indestructible entre los dos pueblos, que daria por resultado la felicidad y el bienestar de todos. Le suplicaba que le ahorrase la pena de tener que llevar la guerra á un pueblo valiente que estimaba, y de destruir una ciudad que no tenia rival en todos los paises del Nuevo-Mundo. Hernan Cortés terminaba invitándole de nuevo á la paz, y haciéndole saber que contaba con las fuerzas de las diversas naciones y provincias de Anáhuac, para aniquilar el trono y el imperio, en caso de que se desatendiesen sus pacíficas proposiciones.

La contestacien á esta embajada, fué la misma que alcanzaron las anteriores: el silencio y las hostilidades.

El esforzado Guatemotzin, queriendo probar al caudillo

español que le sobraba poder para hacer temblar á las provincias que se habian segregado de la corona de Méjico, dispuso enviar sobre Chalco un aguerrido ejército que destruyese la ciudad. La noticia de que se hacian los preparativos para realizar la idea, llegó á oidos de los amenazados á ser invadidos. Temiendo que la terrible tempestad que se preparaba, llegase á descargar, devastando la provincia, se presentaron los embajadores chalqueños á Hernan Cortés, solicitando su auxilio. Para hacerle ver palpablemente el inminente peligro que les amenazaba, le presentaron pintadas en una tela blanca de algodon, las ciudades que se estaban armando por órden de Guatemotzin contra los habitantes de Chalco, y el camino que debian llevar. (1) El general castellano, les prometió auxiliarles; diciéndoles que le avisasen cuando fuese necesario.

No se hizo tardar el aviso. Tres dias despues volvieron á presentarse los mensajeros, asegurando que el ejército mejicano marchaba á toda prisa sobre la ciudad de Chalco.

Hernan Cortés, viendo que sus proposiciones de paz eran contestadas con hostilidades, se propuso patentizar que le sobraba fuerza para vencer.

En el momento que los enviados le anunciaron que las

(1) «Los de Calco y otros sus aliados y amigos me vinieron á decir que los de Méjico venian sobre ellos, y mostráronme en un paño blanco grande, la figura de todos los pueblos que contra ellos venian, y los caminos que traian: que me rogaban que en todo caso les enviase socorro.»—(Tercera carta de Cortés.)

La manera de escribir de los aztecas era figurar los pueblos con las señas ó cosas que significaban sus nombres.

tropas aztecas se dirigian á su provincia, dispuso una fuerza de infantería y caballería para ir en auxilio de los aliados.

Pronto estuvo todo listo para emprender la marcha.

Hernan Cortés quiso hacer por sí mismo la campaña, y se puso al frente de sus veteranos.

CAPÍTULO XXIV.

Marcha Cortés en auxilio de los chalqueños.—Nuevo reconocimiento de los pueblos de la laguna.—Combates en la sierra.—Toma de Cuernavaca.—Terrible sed del ejército.—Batalla de Xochimilco.—Inminente peligro que corrió Cortés en ella.—Marcha á Tacuba.—Dos de sus asistentes caen prisioneros en el camino.—Tristeza que este acontecimiento causa en Cortés.—Entra en Tacuba.—Pensamientos que preocuparon su mente.

1521. Abril 5. Era el 5 de Abril de 1521. Hernan Cortés, al frente de trescientos infantes españoles, treinta ginetes y veinte mil aliados, salia de Texcoco con direccion á la ciudad de Chalco, donde era esperado con impaciencia.

Dejó en la plaza al valiente y discreto Gonzalo de Sandoval, con una fuerza de veinte soldados de caballería y otros trescientos infantes.

Su objeto era dejar seguros á los chalqueños de que no sufriesen nuevas hostilidades de parte de los mejicanos;

rodear los lagos, reconociendo la parte del país que se hallaba en la parte meridional, como habia reconocido antes la situada en la occidental; hacer probar su fuerza á las poblaciones que se hallaban próximas á Méjico, y volver á Texcoco cuando los bergantines se hallasen terminados.

Iban en esta expedicion muchos de los que habian llegado en los últimos buques, entre ellos el tosorero Julian de Alderete. Tambien marchaba en ella el bravo Bernal Diaz, sano ya de la terrible lanzada recibida en la garganta.

El ejército pernoctó en Tlalmanalco, ciudad próxima á Chalco, y perteneciente á la misma provincia, donde fué recibido con verdadero entusiasmo. Abundancia de víveres, excelentes alojamientos y franca cordialidad encontraron los españoles en aquella hospitalaria poblacion. A las nueve del siguiente dia llegó Hernan Cortés con sus tropas á Chalco, cuyos habitantes salieron á recibirle con aclamaciones de alegría.

Los señores de la ciudad y la nobleza pasaron inmediatamente á visitarle á su alojamiento, para darle las gracias por haber marchado en persona en su socorro. Despues de los mútuos plácemes, cruzados entre los jefes del Estado y Cortés, por los triunfos alcanzados sobre los aztecas, el caudillo español les hizo saber, por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, el objeto de la expedicion que acababa de emprender. Les dijo que su intencion era dar una vuelta alrededor de la laguna; procurar atraer á la paz á varios pueblos que aun obedecian al emperador de Méjico; hacer un reconocimiento de todos los puntos próximos á la capital azteca, pues se acercaba el instante de ponerla sitio, y emprender este dentro de bre-

ves dias, pues los bergantines se hallaban próximos á terminarse. Agregó que dentro de dos horas continuaria su marcha; y concluyó diciéndoles que, estando interesados todos en derrocar el imperio mejicano, esperaba que cooperasen con el mayor número de fuerzas que les fuese dable, las cuales debian acompañarle en el reconocimiento que iba á hacer.

La contestacion fué altamente satisfactoria. Los jefes del Estado manifestaron que pondrian á su disposicion un fuerte ejército, mandado por sus principales capitanes. «Nuestro afan, dijeron, es servir con lealtad al monarca de Castilla, y en el camino se os unirán nuestras tropas.»

Hernan Cortés les dió las gracias por sus sinceros ofrecimientos, y partió poco despues de la ciudad. No fueron vanas las promesas hechas por los señores de Chalco. El general español, tomando una senda fragosa, aunque pintoresca, se dirigió hácia Chimalhuacan, agradable ciudad del Estado, situada en los montes que se levantan al Mediodía del valle de Méjico. (1) La recepcion fué lisonjera, y las autoridades se esmeraron en obsequiar á Cortés. Cuando al siguiente dia se preparaba á continuar su marcha, se encontró gratamente sorprendido de ver que acudian á servir bajo sus banderas millares de escuadrones, que anhelaban acompañarle en la expedicion de reconocimiento. Mas de veinte mil hombres, armados de flechas,

(1) Hay dos poblaciones con el mimo nombre: la que dejo referida, que es á donde marchó Cortés, y otra situada en la orilla del lago de Texcoco, al principio de la península de Iztapalapan. Aquella se llama Chimalhuacan-Chalco, y á la segunda, simplemente Chimalhuacan.

hondas, lanzas y macanas, se le presentaron en aquella sola ciudad, reuniendo, antes de salir de ella, un ejército de cuarenta mil aliados texcocanos, chalqueños, tlaxcaltecas y huexotzincos. (1)

Al rayar el alba, se hallaba la tropa española dispuesta para salir. Despues de haber oido misa con el mayor recogimiento, los soldados se formaron, segun el órden que les correspondia. Las autoridades indias de la poblacion, habian avisado á Hernan Cortés que los mejicanos, en número considerable y en ventajosas posiciones, le estaban esperando para presentarle batalla. El caudillo español tomó la descubierta con veinte ginetes, dejando diez en la retaguardia, y colocando á la infantería convenientemente, emprendió su marcha. Nuevos y numerosos escuadrones de indios aliados se le fueron agregando en el camino, deseosos de medir sus armas con los mejicanos. De todas partes llegaban guerreros, atraidos por el placer de la guerra, de la gloria y del botin. El número de auxiliares llegó á ser, á las pocas horas, asombroso. Bernal Diaz del Castillo, sorprendido con la vista de aquellos escuadrones, que se extendian como un mar inundando la tierra, asegura que «jamás, desde que pisó las playas del Anáhuac, habia llegado á ver reunida una fuerza de indios aliados, igual en número á la que en aquellos momentos les acompañaban.» (2)

(1) Hernan Cortés dice que se juntaron en Chimalhuacan «mas de cuarenta mil hombres de guerra nuestros amigos.» Bernal Diaz pone que eran veinte mil. Resultando la cifra total de cuarenta mil; pues Cortés incluye los veinte mil que llevaba ya, y Bernal Diaz solo hace mencion de los que fueron á unírseles en la poblacion.

(2) «Y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, despues

Los españoles marchaban con las precauciones que nunca descuidaban, dispuestos para el combate, pues esperaban encontrar al enemigo en cada vuelta que daba el áspero sendero que llevaban. A uno y otro lado del camino se levantaban agrestes sierras, en cuyas cimas y laderas, se descubrian cortas aldeas, diseminadas á largas distancias, como nidos de palomas, ocultos entre los árboles y los maizales. A medida que el ejército avanzaba, iba presentando el terreno pasos mas difíciles y escabrosos. Cruzando por entre peñascos enormes, que hacian fatigosa la marcha, se encontraban, de repente, con una profunda barranca que tenian que rodear, para continuar el tortuoso sendero, siempre estéril y escabroso. Mientras el ejército luchaba con las dificultades que le presentaba el agreste terreno sobre el cual marchaba, algunas partidas de guerreros aztecas, situadas sobre las cimas de las sierras que dominaban el paso, arrojaban una lluvia de flechas y de piedras sobre los españoles, dando enormes alaridos de guerra y haciendo resonar el viento con sus caracoles marinos y sus tamboriles. Hernan Cortés y sus soldados, sin hacer caso de las voces y de los gritos, continuaban avanzando sin pronunciar una palabra, en el mayor órden y dispuestos para el combate.

Eran las dos de la tarde, cuando el ejército se encontró al pié de una montaña fragosa, cuya elevada cima estaba ocupada por mujeres, niños y ancianos, y la falda por

que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

gran número de guerreros que blandian sus armas en señal de reto á sus contrarios. Era una posicion inespugnable en que se juzgaban seguros. Una granizada de piedras y de flechas cayó sobre los castellanos, cuando se aproximaron á la inaccesible roca. A la descarga de armas arrojadizas, siguieron los silbidos y los gritos de burla á los españoles, á la vez que hacian grandes ahumadas en lo mas alto, llamando á las armas á los pueblos inmediatos.

Creyó Hernan Cortés que alejarse sin castigar la insolencia de los que le retaban á un combate, podria perjudicar al concepto que habia tratado de imprimir en los habitantes del país; esto es, que para los españoles no habian obstáculos insuperables. Veia que los contrarios no se habian atrevido á presentarle batalla en campo llano, sino donde se juzgaban completamente seguros, y no quiso pasar adelante sin combatir, temiendo, como él dice, «que los indios aliados atribuyesen á cobardía el rehusar la lucha.» (1)

La empresa era temeraria; pero juzgó caso de honra el admitir el reto, y dió una vuelta de una legua al rededor del peñon para reconocerlo. El reconocimiento le hizo comprender que el punto era aun mas fuerte de lo que á primera vista se habia imaginado. No solamente creyó que era difícil tomarlo, sino que afirma «que parecia locura intentar ganarlo.» (2) Pero estaba comprometido el

(1) «Y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dejábamos de hacer.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y cierto era tan fuerte, que parecia locura querernos poner en ganárselo, é aunque les pudiera poner cerco y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podia detener.»—Tercera carta de Cortés.

nombre español, y juzgó que era preciso manifestar que no habia nada que pudiera arredrar á los soldados castellanos. Resuelto el ataque, destacó fuerzas por tres puntos del cerro, quedando él con el resto del ejército en el campo, para resguardar á los asaltantes de que fuesen acometidos por otro ejército que llegase en auxilio de los asaltados.

Los españoles se lanzaron al asalto con notable osadía, á pesar de que consideraban imposible llegar á la cima. No bien emprendieron la subida, agarrándose de los salientes riscos y ayudándose mútuamente, cuando vieron llegar rodando sobre ellos enormes piedras arrojadas desde la cima, bajando hasta su base con ruido espantoso, arrastrando, en su caida, á los soldados que cogian á su paso. Rozando la ropa del valiente Bernal Diaz bajó, dando saltos, un tremendo peñasco, que dejó muerto al compañero que iba á su lado. (1) Los osados asaltantes seguian avanzando penosamente, trepando de roca en roca, mirando aumentarse el número de peñas que lanzaban sobre ellos sus contrarios. Otros dos valientes veteranos, quedaron aplastados bajo una de aquellas piedras, que descendia con ímpetu indecible, y arrojó á gran distancia, á un soldado de los mas esforzados, llamado Alonso Rodriguez, dejándole sin vida y completamente destrozado. Sin embargo, los asaltantes continuaban subiendo, aunque casi todos se hallaban heridos y cubiertos de sangre. El valiente abanderado Corral marchaba por delante, dirigiéndose á un pun-

(1) «A mis piés murió un soldado que se decia Fulano Martinez, valenciano.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

to en que se descubrian algunos arbustos espinosos, que ofrecian algun abrigo para respirar un instante y continuar la marcha. Bernal Diaz, que era entonces, como él dice, jóven y muy ágil, le seguia, logrando al fin llegar los dos al sitio deseado. Eran los únicos que habian logrado avanzar hasta aquella altura, aunque todavía se hallaban muy distantes de la cumbre. Pero era imposible pasar mas adelante. Cuando trataron de hacerlo, dejaron caer sus contrarios, desde la cima, mayor número de peñascos, que les obligó á refugiarse detrás de los arbustos que crecian bajo un pico saliente de la montaña. Un pedazo de la concavidad, en que se habian guarecido, se desprendió con el golpe de las enormes piedras lanzadas, y fué á herir, aunque levemente, al abanderado Corral, cuya bandera se hallaba destrozada por las flechas que durante la subida á la montaña llovieron sobre ella. Era imposible pasar mas adelante. En cuanto se intentaba avanzar un paso mas, descendian, con ímpetu horroroso, los peñascos lanzados de la altura, causando nuevas víctimas. Continuar la subida, no era ya valor, sino temeridad; marchar á una muerte segura. (1) Convencido Hernan Cortés de que era humanamente imposible tomar por asalto, con los pocos españoles con que contaba, una roca escarpada, á donde solo se podia llegar asido de las salientes piedras de la misma montaña, dió órden para que bajasen, pues se presentaba en aquellos momentos un numeroso ejército mejicano en la lla-

(1) «Que no pudieron subir mas, porque con piés y manos no se podian tener, porque era sin comparacion la aspereza y agrura de aquel cerro, y echaban tantas piedras de lo alto con las manos y rodando, que aun los pedazos que se quebraban y sembraban hacian infinito daño.»—Tercera carta de Cortés.

nura, en auxilio de los defensores de la montaña. Los asaltantes emprendieron el descenso con las mismas precauciones que la subida, pues caia sobre ellos una lluvia espantosa de peñascos. Casi todos se hallaban heridos, y conducian ocho de los compañeros que habian muerto en el asalto. (1)

En el momento en que se hallaron al pié de la montaña, volvieron á formarse, para emprender un nuevo combate con los escuadrones aztecas, que se acercaban cubriendo la llanura. Hernan Cortés, poniéndose á la cabeza de la caballería, marchó al encuentro de ellos, y les acometió con ímpetu terrible. Pronto llegó la infantería descargando sus arcabuces y ballestas, mientras los soldados de espada y rodela les hacian sentir el filo de las cortantes hojas toledanas. Los mejicanos resistieron un momento; pero puestos en desórden por los ginetes, emprendieron la retirada, que al fin se convirtió en verdadera fuga. Los soldados de caballería, arrimando las espuelas á sus briosos corceles, les perseguian, derribando á unos y atravesando con sus lanzas á otros. Por espacio de hora y media siguieron los ginetes el alcance de los fugitivos, hasta que desaparecieron entre las asperezas de la sierra.

Terminada la persecucion, volvieron los soldados de caballería al sitio en que se hallaba Cortés con la infantería.

Una sed devoradora acosaba á todo el ejército. Era la estacion del calor, habian luchado y combatido sin des-

(1) «Todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

canso y carecian absolutamente de agua. Ni los hombres ni los caballos habian bebido en todo el dia. No habia por allí, ni un rio, ni un arroyo.

Los ginetes que habian vuelto de perseguir á los contrarios, hicieron saber á Cortés, que á distancia de una legua se encontraba otro peñon con numerosa gente de guerra, á cuyo pié estaba situada una pequeña aldea. Le dijeron que por lo ameno de la campiña, creian que debia encontrarse agua en los alrededores del cerro fortificado. El general español dispuso la marcha hácia el peñon indicado, aunque «bastante triste, dice en su tercera carta, por no haber conseguido tomar la montaña que habian asaltado.»

El ejército llegó sediento y fatigado á la campiña que rodeaba el agreste cerro que se hallaba defendido por considerables fuerzas; pero tampoco encontró en ella el agua deseada. Era ya de noche; y las tropas, sin haber tomado alimento y llenas de sed, acamparon bajo una espesa arboleda de moreras, que se hallaba próxima al peñon. Los indios que guarnecian el cerro fortificado, al ver á los españoles, empezaron á lanzar horribles alaridos y á disparar una incesante lluvia de flechas sobre algunos arcabuceros que, antes de ocultarse por completo la luz del sol, habian emprendido la subida para reconocer el terreno. Al quedar envuelta en sombras la tierra, los soldados se tendieron en la arboleda, para olvidar en el sueño sus padecimientos. Pero era imposible que llegasen á dormirse. Los gritos de los indios, y el ruido producido por los caracoles marinos y los insonoros instrumentos bélicos que sin cesar tocaban, tenian en continua alarma á las

tropas expedicionarias. Fué una noche de terribles padecimientos para Cortés y sus compañeros de armas, pues á las imperiosas necesidades del agua y de la falta de víveres, se agregaba la fatiga de permanecer en vela. (1)

El general español, persuadido por su razon que no podia existir pueblo donde no hubiese fuente, rio ó pozo, destacó á varios soldados de caballería con algunos infantes, y al fin tuvieron la dicha de encontrar un manantial que, aunque poco abundante, calmó la devoradora sed del ejército.

Al brillar la luz del siguiente dia, Hernan Cortés, acompañado de varios capitanes, armados todos de rodela, y seguido de sus soldados, se aproximó al peñon para hacer un reconocimiento. La posicion era no menos fuerte que la que no se pudo tomar el dia anterior. El monte tenia dos peñas dominantes, donde se encontraba la gente mas granada del ejército indio. Al ver que los españoles se dirigian á la parte del centro, creyeron que el reconocimiento era un ataque formal que se emprendia por aquel punto, y abandonando los dos puntos dominantes, acudieron todos en defensa del sitio que juzgaban amenazado. El general castellano, al notar aquel movimiento del enemigo, comprendió todo el provecho que podia sacar de él para alcanzar la victoria. Inmediatamente mandó á

(1) «Adonde pasamos harto trabajo y necesidad, porque tampoco fallamos agua, ni en todo aquel dia la habíamos habido nosotros ni los caballos; y así nos estuvimos aquella noche oyendo hacer á los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritos.» (Tercera carta de Cortés.) «Y aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

uno de sus capitanes que, con una fuerza de escopeteros y ballesteros, se dirigiese á una de las peñas dominantes, mientras él atacaba por el centro, llamando la atencion de todo el ejército contrario. El capitan partió con su gente hácia el sitio que se le habia señalado, y Hernan Cortés empezó á subir el cerro, atacando por la parte del centro. Los defensores, sin advertir el movimiento del oficial que se dirigia por el otro lado, se presentaron en la parte amenazada por el jefe castellano, resueltos á disputarle el paso, arrojando enormes peñas, que caian rodando hasta la base de la montaña, con espantoso ruido. Peligroso era el asalto por la dificultad de la subida, y la vida del general y de los que le seguian, se hallaba en inminente peligro. En los momentos mas críticos, cuando los defensores se preparaban á lanzar sobre los asaltantes nuevos peñascos, se vió tremolar sobre la eminencia de la peña que dominaba el cerro, la bandera de Castilla. Los indios, viéndose acometidos por dos lados, y sufriendo las mortíferas descargas lanzadas por los arcabuceros que acababan de ocupar la altura, hicieron una señal de que se rendian, y colocaron las armas en el suelo. Hernan Cortés mandó que no se les hiciese daño ninguno, y les trató con las consideraciones que acostumbraba y que le hacian ganar el aprecio de los nativos. Esta noble conducta del general español cautivó á los vencidos, y dió por resultado, que los guerreros del peñon, que no pudo ser tomado el dia anterior, al saber por los que se habian rendido, la humanitaria conducta observada por el caudillo castellano, se presentasen á él, solicitando la paz.

El ejército, despues de haber permanecido dos dias en

la aldea situada casi al pié del alto peñon, continuó su marcha hácia la pintoresca ciudad de Huastepec, la misma de que vimos apoderarse á Gonzalo de Sandoval, cuando fué en auxilio de los de Chalco, y cuyo notable jardin dejé descrito, al hablar de la toma de la plaza.

Hernan Cortés fué recibido con marcadas manifestaciones de aprecio por el cacique, y se alojó en el espacioso palacio, situado en la deliciosa huerta de que habia oido hacer, á los oficiales que la conocian, extraordinarios elogios. No quedó él menos cautivado de la belleza del florífero pensil que le habian descrito. La pintura que hace de la hermosura y amenidad de aquel sitio de recreo, en su tercera carta al emperador Cárlos V, revela que produjo en su alma una grata impresion. Deseando gozar con la vista de las flores, de los árboles y de las preciosas plantas que enriquecian el inmenso jardin, salió á dar un paseo por él, con el tesorero Julian de Alderete. Sorprendidos ambos del buen órden y gusto que reinaban en aquella mansion, que parecia estar bajo la vigilancia de la misma Flora, convinieron en que no existia jardin en Castilla que superase en belleza al que tenian á la vista. (1)

Al siguiente dia continuó su marcha el ejército, por la escabrosa cadena de montañas, cruzadas de precipicios y de profundas barrancas, en que los ginetes se veian precisados, con frecuencia, á bajar de los corceles, llevándolos

(1) «Adonde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y ansí lo torno á decir; que Cortés y el tesorero Alderete desque entonces la vieron y pasearon algo della, se admiraron, y dijeron que mejor cosa de huerta no habian visto en Castilla.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

de la rienda. El camino fué presentándose mejor, á medida que se avanzaba. De repente se dejó ver á la vista de los españoles una hermosa ciudad, con numerosos escuadrones de guerreros, dispuestos al combate. La poblacion se llama Iauhtepec, hoy Yautepec, que ostentaba elevados *teocallis* y hermosos edificios. Hernan Cortés, dispuesto siempre para la lucha, siguió avanzando. Las tropas de la ciudad, cambiando de resolucion, abandonaron el pueblo, huyendo precipitadamente cuando tuvieron cerca á sus contrarios. El general castellano, sin detenerse en la poblacion, siguió con treinta ginetes, el alcance de los fugitivos, por espacio de dos leguas, penetrando trás ellos en la villa de Xiuhtepec, dejando tendidos á muchos de ellos en el campo.

Sorprendidos los habitantes de la poblacion de la inesperada llegada de los castellanos, se pusieron en precipitada fuga, disparando algunas flechas, y dirigiéndose á los montes, para molestar los flancos y retaguardia de sus contrarios. Entregados algunos edificios á las llamas, el ejército continuó su camino, sin encontrar oposicion ninguna.

Pronto empezaron las tropas á bajar la pendiente y escabrosa falda de la cadena de montañas que habian cruzado penosamente. El aspecto del país iba cambiando notablemente á medida que descendian. La tierra se presentaba mas exuberante y los rayos solares mas abrasadores.

Despues de nueve dias de marcha, el ejército llegó al frente de la hermosa ciudad de Quauhnahuac, llamada Cuernavaca por los españoles, que es el nombre que lleva

actualmente. (1) Era la capital de la nacion Tlahuica, situada en la parte meridional de la cordillera de Guichilaque, á una altura de cinco mil piés sobre el nivel del mar, y con un clima templado y delicioso, que puede considerarse como una constante primavera. Cuernavaca era feudataria de la corona de Méjico; y dentro de sus fuertes murallas se encontraba, en los instantes en que Hernan Cortés se dirigia hácia sus puertas, una fuerte guarnicion de tropas mejicanas. Distaba de la corte del imperio azteca, diez leguas al Sur, y se consideraba como una de las mas ricas y florecientes. Era una ciudad fuerte por su posicion y por el arte. La circundaban, por un lado, escarpadas montañas, y por el otro imponentes barrancas, de mas de veinte varas de profundidad algunas, excepto por una parte que daba á un fértil llano, con esmero cultivado. (2) Para entrar á la ciudad habia algunos toscos puentes de madera; pero en aquel momento estaban levantados.

Los españoles, al aproximarse á la plaza, se encontraron detenidos por una de las expresadas barrancas, que era sin duda la mas ancha y profunda. A juzgar por el aspecto que presentaba, es de presumirse que fuese una de esas hendiduras hechas por algunos terribles sacudimientos de tierra. Las despedazadas rocas de Tepostlan, que se encuentran á corta distancia, convencen de que la

(1) Quauhnahuac, ha sido el nombre mas adulterado. Cortés le llama Coadnabaced: Bernal Diaz, Cuadalbaca y Soiis, Cuatlabaca.

(2) «Y era tan fuerte el pueblo y cercado de tantos cerros y barrancas, que algunas habia de diez estados de hondura.»—Tercera carta de Cortés.



pintoresca region de Cuernavaca sufrió, en época remota, notables terremotos. Los lados de la barranca presentaban una aridez severa, mientras la parte baja se encontraba vestida de una vejetacion vigorosa. Un riachuelo de corto caudal, que nacia en el profundo seno de las montañas, corria suavemente por el fondo, dejando ver sus limpias aguas al través de la enramada que se cruzaba de un lado al otro.

Hernan Cortés y sus soldados, viendo cortado el paso á su marcha por la imponente barranca, se quedaron sorprendidos en la orilla. Una lluvia de piedras y de flechas lanzaron sobre ellos los defensores de la plaza, acompañada de espantosos alaridos de guerra. Los castellanos correspondieron al saludo hostil, disparando sus arcabuces y ballestas; pero sus tiros eran inútiles, pues iban á dar en la fuerte muralla que cubria á la guarnicion mejicana. Intentar apoderarse de la ciudad sin contar con los puentes necesarios para acercarse á sus puertas, hubiera sido marchar á una muerte segura. Los defensores de la plaza, dice el general español, se hallaban á salvo de recibir daño ninguno, y aun cuando las fuerzas españolas hubieran sido diez veces mayores de lo que realmente eran, nada hubieran alcanzado. (1)

Detenido el ejército expedicionario al borde de la barranca, recibiendo continuas descargas de la numerosa guarnicion, buscaba con la vista un punto que presentase paso menos peligroso para penetrar en la ciudad; pero nada

(1) «Y estaban tan fuertes y tan á su salvo, que aunque fuésemos diez veces mas, no nos tuvieran en nada.»—Tercera carta de Cortés.

descubria favorable. Hernan Cortés al encontrarse en aquella posicion crítica, destacó algunas fuerzas de infantería y caballería, para que viesen si habia algun punto por donde pudiera pasarse á la ciudad. Mientras las tropas destacadas buscaban el paso anhelado, un guerrero tlaxcalteca se detuvo á examinar uno en que nadie se habia fijado, aunque lo habian visto. Crecian en las opuestas orillas de la barranca dos robustos árboles, uno frente al otro, que, inclinándose hácia el precipicio, habian llegado á unir sus ramas, formando un elevado arco. El indio tlaxcalteca, dotado de osadía y de viva imaginacion, calculó que el oscilante arco, podia servir de camino aéreo; y sin detenerse ante el peligro, emprendió el paso, agarrado de las ramas, logrando pasar al opuesto lado. Pronto los soldados españoles que lo notaron, corrieron á ejecutar lo mismo, aunque la empresa para ellos era mucho mas difícil, por el enorme peso de las armas. El paso era peligroso, pues el mas leve descuido, un ligero desvanecimiento bastaba para que, faltando el frágil apoyo del movible ramaje, cayera el que pasaba, á la profundidad de la barranca. Tres soldados españoles, cediendo las ramas al peso de sus cuerpos, cayeron al fondo del abismo. Pero esto no intimidaba á sus compañeros. Bernal Diaz del Castillo, que buscaba los sitios mas comprometidos, pasó tras ellos, y poco despues cruzaron otros treinta castellanos mas y no pocos tlaxcaltecas. El paso era imponente; y el bravo veterano historiador, manifiesta con su acostumbrada franqueza, que cuando lo cruzaba, le pareció «muy peligroso.» (1) Entretenidos los defensores

(1) «Y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo... todavía

de la plaza en lanzar sus armas arrojadizas sobre las tropas que habian quedado en el punto primero en que se presentaron, y en observar los movimientos de Cortés, que al frente de la caballería buscaba un sitio por donde entrar á la ciudad, no vieron que por otra parte se aproximaban sus contrarios á la muralla. (1)

Reunidos los españoles y tlaxcaltecas que habian pasado, penetraron por aquel punto, en la ciudad, y se lanzaron, descargando terribles estocadas, sobre los aztecas. Sorprendidos éstos de verse atacados por la espalda, cuando mas empeñados se hallaban en combatir á los contrarios que tenian á su frente, se desordenaron, creyendo que tenian encima á todo el ejército enemigo. En

pasamos, aunque con harto peligro, porque de mí digo, que verdaderamente cuando pasaba que lo ví muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte ó treinta y muchos tlaxcaltecas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) Solis pinta el hecho de manera muy distinta. Pone á Bernal Diaz del Castillo, como al primero que concibió la idea y pasó por los árboles. Lejos el valiente veterano de atribuirse la gloria que le concede Solis, dice claramente, que otros pasaron antes, pues no manifiestan otra cosa las palabras que dejo puestas en la nota anterior, donde asegura que, á pesar de haber caido tres soldados, á los cuales habian precedido otros que cruzaron felizmente, «*todavía pasamos*.» Que fué un indio tlaxcalteca el primero que tuvo el pensamiento y el primero tambien en pasar, se ve en lo que dice Cortés, asegurando que un indio de Tlaxcala pasó, sin ser visto, por aquel punto peligroso. En seguida añade; «y tres ó cuatro mancebos criados mios, y otros dos de una capitanía, como vieron pasar al indio, siguiéronle y pasaron á la otra parte.» Hablando del ataque á la expresada ciudad de Cuernavaca, trae Solis otra noticia que no está de acuerdo con lo que traen Cortés ni Bernal Diaz. Dice que el general español «discurrió formar dos ó tres puentes de árboles enteros que crecian á la orilla, cortándoles el pié, dejándoles caer á la otra orilla, y unidos lo mejor que fué posible, dieron bastante, aunque peligroso camino á la infantería.» Hernan Cortés, lejos de decir que habia formado esos puentes, asegura que se encaminó con los ginetes hácia la sierra, para buscar entrada al pueblo.

aquellos momentos se presentaron lanceando y atropellando con sus corceles Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Andrés de Tapia, con otros ginetes que habian pasado, con inminente peligro de sus vidas, por un puente quebrado. El terror se apoderó de los defensores de la plaza al verse acometidos por diversas partes; y aunque resistieron, como valientes que eran, por algunos momentos, se vieron precisados á emprender la fuga. Perseguidos de cerca por la caballería, y acosados por la infantería y las tropas aliadas, abandonaron precipitadamente la ciudad y se refugiaron en las montañas. Los asaltantes incendiaron varios edificios y se lanzaron al saqueo. Era la poblacion mas opulenta de la provincia, y el botin fué por lo mismo rico y abundante, consistiendo casi todo, en telas de algodon.

Hernan Cortés, que llegó poco despues con el resto de la caballería, eligió para alojamiento de su tropa, el vasto edificio del señor de la ciudad, que estaba en el centro de una hermosa huerta, cubierta de flores y de árboles frutales.

Temerosos los caciques de que los persiguiesen en las montañas, y juzgando que era imposible resistir á los que se habian apoderado de una poblacion que se tenia por inespugnable, regresaron á la ciudad cinco horas despues de haber sido tomada. Sumisos y atentos se presentaron al general español, y se disculparon de la resistencia hecha, diciendo que los mejicanos les habian obligado á ello. Hecha esta declaracion, ofrecieron ser en lo sucesivo fieles vasallos del monarca de Castilla.

Hernan Cortés les dió las gracias por su union contra el

imperio mejicano, y ordenó á todo su ejército que no causasen ningun nuevo daño á los habitantes.

Una causa verdaderamente original, dieron el señor y los caciques que le acompañaban, para no haberse presentado antes al jefe castellano, como protestaron lo deseaban. Dijeron que se presentaban tarde á solicitar la amistad de los españoles, porque al huir se habian propuesto satisfacer sus culpas, permitiendo que les hiciesen todo el daño á que eran acreedores; esperando que así se calmaria el justo enojo de los hombres blancos. (1)

Terminado, con la toma de Cuernavaca, el objeto de la expedicion á las montañas, el general castellano quiso descansar aquella noche en la ciudad, para emprender otra vez la bajada al valle y hacer enteramente el circuito á los lagos, á fin de fijar sus puntos de ataque. Al siguiente dia, muy temprano, despues de haberse despedido del señor y de los nobles de la ciudad, se puso en camino, al frente de su ejército.

La vida de aquellos soldados era de continua accion. Sin descansar de una batalla y sin sanar de sus heridas, hacian grandes jornadas por áridas montañas, luchando constantemente, durmiendo en despoblado, sin quitarse las armas, sufriendo el hambre y la sed, y teniendo por un gran regalo algun perrillo del país llamados *techichi*, que encontraban en algunos puntos.

(1) «Nos dijeron que la causa porque venian tarde á nuestra amistad era porque pensaban que satisfacian sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no terniamos despues tanto enojo dellos.»—Tercera carta de Cortés.

El ejército emprendió su marcha hácia el Norte, pasando de nuevo la cadena de montañas, formidable muralla natural, cruzada de barrancas y de precipicios, que presentaba el majestuoso valle. El escabroso camino que las tropas llevaban, no presentaba ninguna de esas pintorescas vistas que compensan la fatiga y hacen olvidar el cansancio. Era una subida penosa, cubierta de cortantes rocas, donde no se descubria ni una casa, ni una choza, ni habitante ninguno. Espesos bosques de pinos se levantaban por uno y otro lado, imprimiendo un aspecto lúgubre al paisaje que se presentaba desnudo de toda otra vejetacion. Los soldados, abrasados por los rayos de un sol quemante, buscaban alguna fuente ó riachuelo donde calmar la devoradora sed que les aquejaba. Inútil afan. No existia en el rumbo que llevaban ni una sola gota de agua. La tierra estaba seca como las escarpadas rocas que subian, y la escasa yerba que en algunos puntos se veia, se encontraba sin jugo y caldeada.

El ejército, agobiado por el sofocante calor y sin encontrar nada que mitigase su devoradora sed, caminaba desfallecido, respirando con dificultad y sintiendo asfixiarse en la sofocante atmósfera que le rodeaba. La esperanza de encontrar agua mas adelante, les alentaba á continuar el camino; pero la jornada se prolongaba sin alcanzar á descubrir el refrigerante líquido. Muchos indios del ejército aliado murieron de sed, y aun fué víctima de ella uno de los soldados españoles que iba enfermo. (1)

(1) «Por una tierra de pinares, despoblada y sin ninguna agua, la cual y un huerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber; tanto que muchos de los

Cerca de siete leguas llevaban de camino, y la necesidad de agua era cada vez mas apremiante. Los caciques de Cuernavaca habian asegurado á Cortés, antes de ponerse en marcha, que habia un pozo en el rumbo que llevaba, y creyó que no debia estar ya muy lejos. Viendo fatigada de calor á su tropa, mandó hacer alto bajo un espeso bosque de pinos para que descansase á la sombra de ellos, mientras enviaba á varios soldados de caballería á que buscasen el pozo deseado.

Como era fácil que se encontrasen con algunos escuadrones mejicanos, encomendó el desempeño á Cristóbal de Olid, Valdenebro, Pedro Gonzalez de Trujillo y á otros esforzados ginetes. Al ver Bernal Diaz del Castillo que se disponian á marchar, se propuso ir á pié con ellos, llevando consigo algunos indios ágiles. Cristóbal de Olid, le dijo que era fácil que se encontrasen con el enemigo, y que por lo mismo se ponia en gran peligro en ir á pié solo; pero el veterano historiador, prefiriendo la muerte á la sed, le suplicó que le permitiese marchar, á lo cual accedió Cristóbal de Olid, que le distinguia con su amistad. (1)

indios que iban con nosotros perecieron de sed.» (Tercera carta de Cortés.)

Bernal Diaz al pintar la sed que sufrieron, es el que hace mencion del soldado español que murió de ella: «Y un soldado de los nuestros, dice, que era viejo y estaba doliente, me parece que tambien se murió de sed.»

(1) «Y fui trás ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros mejicanos donde no me pudiese valer, é yo todavía porfiaba á ir con ellos; y el Cristóbal de Olí, como era yo su amigo, me dijo que me fuese y que aparejase los puños á pelear con lo- indios y los piés á ponerme en salvo; y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

A la media legua, descubrieron varias casas en un punto ameno y agradable. La alegría brilló en el semblante de todos, no dudando que habian llegado al sitio en que iban á mitigar la abrasadora sed. Con ánsia imponderable se lanzaron al interior de las casas, buscando el agua apetecida. Los habitantes habian huido á los montes al verles aproximarse á la aldea, y los sedientos soldados, libres de enemigos, se dirigieron á donde estaban unos grandes cántaros de barro. Un grito de placer dejaron escapar al mirar su fondo. Estaban llenos de agua. Todos se apoderaron de algun cántaro para beber hasta saciarse. Satisfecha la sed y contentos del hallazgo, emprendieron la vuelta hácia el pinar en que habia quedado el ejército, para darle la feliz nueva. Bernal Diaz del Castillo, deseando obsequiar al general y á varios capitanes y amigos, se apoderó de un cántaro y se lo dió á uno de los indios que le habian acompañado, encargándole que lo llevase muy escondido.

Antes de llegar al pinar encontraron á Hernan Cortés que se habia puesto ya en camino con toda la gente. La noticia de que se hallaba á corta distancia el agua, reanimó el espíritu del sediento ejército. Bernal Diaz del Castillo se acercó entonces al general y le presentó el cántaro de agua, para que mitigase su sed. Mucho le agradeció el jefe español aquel obsequio, superior á todos los que pudieran hacérsele en aquellas circunstancias. (1)

Media hora despues, llegaban las tropas á las humildes

(1) «De la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa á caminar.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

casitas de la pintoresca aldea, situada en la ladera de una de las montañas. El ejército satisfizo su sed, y acercándose en aquellos momentos la noche, pernoctó en el pueblecillo, sin que el general descuidase ninguna de las precauciones necesarias que le pusieran á cubierto de un golpe de mano.

A la luz primera del siguiente dia, continuaron las tropas su marcha, y á las ocho de la mañana, se presentó á su vista una magnífica ciudad que les causó notable admiracion. Era la mas notable del valle, á excepcion de las dos grandes capitales Méjico y Texcoco.

El nombre de la hermosa ciudad, que se mostraba bella y poderosa tras del breñoso camino que el ejército acababa de cruzar, era Xochimilco, situada á la orilla de la hermosa laguna de Chalco, á cuatro leguas de la corte del imperio azteca. Su nombre, que significa «campo de las flores,» guardaba perfecta consonancia con la pintoresca posicion que ocupaba, y con los floríferos verjeles que le rodeaban. Sus casas eran notables por su solidez y capacidad, magníficos y numerosos sus templos, hermosos sus palacios y numerosa su poblacion. Pero lo que sorprendia agradablemente la vista y daba á la ciudad un aspecto risueño y encantador, eran los bellísimos jardines flotantes ó *chinampas* que se mecian en las dulces aguas del tranquilo lago, y de donde tomó el nombre de Xochimilco, cuyo significado dejo referido. Una parte considerable de la poblacion estaba fundada sobre el lago, y tenia, como Méjico, muchos canales y puentes que la hacian fuerte y poderosa. Sabedores los habitantes de que Hernan Cortés se dirigia á la ciudad, aumentaron las fortificaciones, y

se prepararon á la lucha. El emperador Guatemotzin, había enviado con anticipacion bastantes fuerzas para defender la plaza, y disponia nuevos escuadrones que fuesen á engrosar el ejército.

Al avanzar los españoles sobre la ciudad para atacarla, levantaron los puentes, y parapetados tras de gruesas trincheras que habian construido, empezaron á enviar un diluvio de armas arrojadizas sobre los asaltantes. La laguna se hallaba cubierta de canoas, llenas de guerreros, que lanzaban á su vez millares de flechas y de dardos.

El general castellano distribuyó su gente en tres cuerpos, y atacó la ciudad por igual número de puntos. Los arcabuceros y ballesteros trataron de desalojar con sus tiros, á los mejicanos que se hallaban al otro lado de los puentes; pero las trincheras les defendian de todo daño, mientras ellos herian con sus flechas y piedras á sus contrarios. Entonces se arrojaron al lago los asaltantes, y unos á nado y otros con el agua al pecho, acometieron á los que defendian los parapetos. La lucha se hizo sangrienta. Los mejicanos, resueltos á combatir sin descanso, recibian á sus contrarios con las puntas de sus largas lanzas, formadas con las espadas cogidas en la Noche Triste, con sus temibles macanas y con una lluvia incesante de flechas y de piedras. Media hora llevaban de combate, y aun no ganaban los asaltantes el primer foso. Comprendiendo que si se prolongaba la lucha, llegarian nuevos ejércitos de mejicanos, que les atacarian por la espalda, se arrojaron con desesperacion á ganar la trinchera, y logrando salir del agua, acometieron con sus cortantes espadas á los defensores.

Los mejicanos resistieron valerosamente el choque, y siguieron batiéndose, hiriendo á muchos de sus contrarios y dejando tendidos en el suelo á dos soldados españoles. Pero en sus filas hacian estragos las cortantes hojas toledanas y los arcabuces. Sus mas valientes capitanes se hallaban sin vida sobre el campo, y despues de resistir heróicamente por algunos momentos mas, empezaron á retirarse hácia el centro de la plaza.

La caballería, que habia conseguido penetrar en la plaza por otros puntos en que el agua no daba mas que á la cintura, hacia estragos en las calles de tierra firme, donde podia maniobrar. En aquellos momentos se presentó de refresco un ejército mejicano de mas de diez mil hombres, enviado por Guatemotzin. Hernan Cortés, al frente de un piquete de caballería se arrojó sobre ellos, obligándoles á retroceder hácia las calles inmediatas. Sin embargo, al intentar perseguirles, hicieron frente á los ginetes, combatiendo á pié firme, y descargando sobre los caballos, furibundas lanzadas con que hirieron á cuatro.

Esforzados y valientes eran los pocos soldados de caballería que acompañaban á Cortés; pero muy valientes eran tambien, segun confiesa el mismo general, los guerreros aztecas, contra quienes combatian, «pues osaban esperar, dice, á los de á caballo con sus espadas y rodelas. (1) Los intrépidos ginetes, revolviendo los corceles á uno y otro lado, atropellaban sin embargo, á centenares de enemigos

(1) «Y así salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto; porque como eran tan valientes hombres, muchos dellos osaban esperar á los de á caballo con sus espadas y rodelas.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.



que, no pudiendo resistir el empuje de los briosos animales, eran arrojados á largas distancias. Introducida al fin la confusion entre los mejicanos, Hernan Cortés se lanzó en medio de ellos, hiriendo á unos y atropellando á otros. De repente el caballo en que montaba cayó al suelo rendido de cansancio. Al verle en tierra, los que huian se detuvieron y se lanzaron sobre él para cogerle prisionero. Agil y sereno en el peligro, el caudillo español se puso en pié inmediatamente, y con su lanza, que la manejaba con destreza, se defendia de los contrarios que le rodeaban. Agobiado por el número, recibió una herida en la cabeza, y luchaba, á brazo partido, con tres que le tenian asido para conducirle vivo al emperador.

En aquellos momentos apareció descargando terribles golpes sobre los que rodeaban á Cortés, un valiente tlaxcalteca que acudió al ver en peligro al general. Trás él se presentó Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja, uno de los ginetes mas esforzados del ejército español, derribando con su lanza á los contrarios que cercaban al jefe castellano. Despreciando su vida por la de su general, se metió en medio de los contrarios, quienes para defenderse de él y no verse atropellados por su corcel, se apartaron un poco, acometiendo luego, con terrible furia, al temerario ginete que así osaba atacarles. Entre tanto el indio tlaxcalteca y un criado de Hernan Cortés, que habia llegado en su auxilio, levantaron el caballo; volvió á montar en él prontamente, y se arrojó, lanza en ristre, sobre los guerreros mejicanos que cercaban á Cristóbal de Olea. Este habia recibido tres heridas graves durante los breves instantes que pasaron en levantar el

caballo y montar el general; pero no por esto dejó de seguir luchando con el mismo denuedo. No tardaron en llegar otros trece ginetes; y poco despues se presentó una fuerza de infantería que, atraida por los alaridos de guerra de los aztecas, pasó de una calle inmediata en que luchaba, al sitio en que combatia Cortés. Los mejicanos se habian hecho fuertes en unas acequias y parapetos; pero atacados con vigor imponderable, emprendieron la retirada hácia el centro de la plaza. Cuando hicieron alto para esperar de nuevo á sus contrarios, les acometieron por la espalda, montados en sus briosos corceles, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia y el resto de la caballería que llegaban del campo, despues de haber combatido con los escuadrones situados cerca de la ciudad. Los mejicanos, encontrándose encerrados entre dos fuerzas que les acuchillaban, destrozados y cortada la retirada, se refugiaron á las canoas que tenian en las acequias y canales, y se marcharon por el lago, á reunirse con otros muchos escuadrones.

Nunca se habia visto Hernan Cortés en mas inminente peligro de caer prisionero que entonces. A pié, defendiéndose con su lanza de numerosos enemigos que le rodeaban, caido el caballo á sus piés, asido ya por algunos guerreros que se esforzaban en llevarle, parecia imposible que se salvase. El corazon mas animoso hubiera desmayado al encontrarse solo en medio de numerosos y valientes contrarios, que le destinaban á la piedra de los sacrificios. Pero el jefe español, dotado de un espíritu extraordinario, y alentado siempre por la idea de que la empresa que habia acometido estaba amparada por Dios, no tenia por insupe-

rable ningun peligro; y, lejos de que cruzase por su imaginacion ninguna idea aterradora que hiciese flaquear su ánimo varonil, sentia crecer su esfuerzo á medida que mas combatido se encontraba. Sin embargo; hubiera sido llevado prisionero y sacrificado con gran pompa en la capital azteca al dios Huitzilopochtli, si no hubiera acudido en su auxilio el valiente tlaxcalteca primero, y luego el bravo Cristóbal de Olea que, realizando las fantásticas hazañas con que los poetas revestian á sus héroes, penetró por en medio de los contrarios, sosteniendo un combate maravilloso, en tanto que levantaban el cansado corcel y volvia á montar el general.

Los combates sostenidos en el bello país de Anáhuac, entre los denodados indios de aquellas floríferas regiones y los primeros españoles que pisaron su aurífero suelo, eran las sorprendentes escenas en accion, pintadas en las fantásticas leyendas de los caballeros andantes. Era todavía la época de la caballería, en que los caballeros españoles, nutridos en las ideas del pundonor, de la gloria, del peligro y de la religion, se lanzaban en pos de arriesgadas empresas, teniendo como el mas claro timbre de su nombre, perecer por Dios, el rey y la propagacion del Evangelio. España era entonces la primera nacion del mundo en ciencias, letras, industria y armas, y sus capitanes habian conquistado imperecedera fama en la Europa entera con sus esclarecidos hechos. No es fácil concebir en nuestra época positivista, en que el hombre, en general, esquiva las empresas arriesgadas, y calcula detenidamente en el mas ó menos provecho que podrá producirle una operacion comercial, el espíritu que animaba á la sociedad de

entonces. La nobleza abrazaba la carrera de las armas, como la mas á propósito para ilustrar su nombre con servicios prestados á la patria, y cada noble buscaba en las campañas que en aquella edad sostenia la España en diversos países, la manera de ilustrar su nombre. El descubrimiento del Nuevo Mundo, presentó á los hijos de la nacion mas romántica y emprendedora de aquel siglo, un vasto campo donde poder realizar las aspiraciones de gloria; y ávidos de maravillosas aventuras, cruzaron el Océano en frágiles naves, presentándose en las apartadas y vírgenes regiones de la América, como héroes de una salvadora cruzada.

Aunque podia considerarse como espirante para otros países, la edad de la caballería, aun se conservaba su espíritu en España. El caballero español, amante de los peligros, corria en pos de ellos; y siempre estaba dispuesto á esgrimir la espada ó la lanza por su Dios, por su rey y por su patria. Lleno de fé, jamás contaba el número de sus contrarios, si eran infieles; y al grito de guerra de «Santiago,» acometia sin temor, considerándose como soldado de Cristo, que estaba en el deber de morir ó de vencer. Cuando se ocultaba para otras naciones el sol que habia alumbrado su deslumbrante época de caballería, lucía aun para España un hermoso crepúsculo, en que proporcionó á todos los países de la tierra, bienes imperecederos de bien social, de comercio y de adelanto.

Aquel crepúsculo de la edad de la caballería, fué el descubrimiento del Nuevo Mundo. Crepúsculo grandioso, fecundo en bienes de positiva felicidad social. Crepúsculo que dió lugar á hechos que excedieron á los fingidos

anteriormente por la imaginacion de los poetas. A hechos que han llegado á formar, no un libro fingido de caballería, sino un libro muy superior en acontecimientos sublimes á los consignados en esos mismos libros.

Ese libro en que se ven trazados, con rasgos incontestables de verdad, los valientes hechos de los habitantes de las auríferas regiones de Anáhuac y de los españoles que en ellas combatieron, es la conquista de Méjico.

No hay ninguna leyenda de caballerías, cuyos héroes puedan competir con los que presenta esa época notable.

La conquista de Méjico es verdaderamente un poema.

España cerró la última página de su época caballeresca, con la obra mas sublime que han presenciado las generaciones pasadas y presentes: con la union de un mundo ignorado por la Europa, al mundo por ella conocido. ¡Venturoso crepúsculo de la caballería, que unió á la familia humana de uno y otro hemisferio, con los lazos de la fraternidad, del comercio, de la ciencia y de todos los adelantos que constituyen la felicidad del hombre!

Se ha dicho por algunos historiadores que Hernan Cortés buscó al valiente guerrero tlaxcalteca que fué el primero en aparecer á su lado, y que no hallándole en ninguna parte, atribuyó, por la devocion que tenia á San Pedro, que este santo le habia ayudado. (1)

Nada dice el general español, respecto de haber buscado al indio al siguiente dia, ni llega á indicar siquiera, que atribuyó á favor y ayuda de santo ninguno su salva-

(1) «Otro dia buscó Cortés al indio que le socorrió, y ni muerto ni vivo pareció; y Cortés, por la devocion de San Pedro, juzgó que él le habia ayudado.» —Herrera. Hist. general.

cion. Tampoco hace mencion, la mas ligera, Gomara; y el mismo silencio guarda Bernal Diaz del Castillo, que indudablemente no hubiera dejado de referir ninguna de las dos cosas, á tenerse por cierto el caso en el ejército. En otros encuentros hemos visto á los dos atribuir el triunfo á distinguido favor del cielo; pero en el caso referido, ni una sola palabra ponen que indique que juzgaron la aparicion del tlaxcalteca como milagrosa, sino muy natural y sencilla. (1) Es sensible que los escritores que toman á su cargo dar á conocer los hombres y sus actos, consignen, como un hecho indubitable, anécdotas que no tienen mas base que la suposicion, prefiriéndolas á lo consignado por el individuo mismo que fué principal actor en los acontecimientos que se refieren.

Derrotadas las tropas mejicanas, los españoles pensaron en curarse de sus heridas. Cristóbal de Olea, se hallaba cubierto de sangre de las tres profundas y graves que habia recibido al acudir en auxilio de su general. (2) Hernan

(1) Con mucha sencillez y sin dar la importancia de milagro, dice Cortés en su tercera carta: «Y un indio de los de Tascaltecal, como me vió en necesidad, llegóse á me ayudar, y él y un mozo mio que luego llegó levantamos el caballo.» Esto es todo lo que dice el general. La creencia de que fué San Pedro quien le auxilió, pertenece exclusivamente á los autores de la anécdota que la traen Herrera y Torquemada, sin que haya podido averiguar de dónde la tomaron.

(2) Aunque Hernan Cortés no hace mencion especial de Cristóbal de Olea, no por esto hay motivo para dudar que él fué quien despues del tlaxcalteca se presentó en auxilio de su jefe. Este, sin duda por no extenderse en sus cartas omite muchas cosas importantes y curiosas que encontramos en Bernal Diaz. Este, que describe menudamente la batalla de Xochimilco, hace mencion del tlaxcalteca que llegó primero y en seguida de Cristóbal de Olea, á quien vió herido y á cuyo lado combatió. Hé aquí lo que dice el valiente veterano, que tenia bien presentes los hechos. «Y Cortés que se halló en aquella gran priesa,

Cortés, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, se encontraban tambien heridos, lo mismo que la mayor parte de los soldados. Para curarse, entraron á un espacioso patio de una casa próxima, mientras el ejército recorria la ciudad por varios puntos de ella.

La curacion se reducia á quemar las heridas con aceite, y apretarlas con lienzos de algodon. (1) En los momentos en que estaban los españoles entregados á la curacion de los heridos, se escucharon los horrendos alaridos de guerra, lanzados por los mejicanos que, en numerosos escuadrones penetraron en varias calles de la ciudad. Fuertes y animosos se dirigieron al patio en que se hallaba Hernan Cortés, y arrojaron una lluvia de flechas que hirió á bastantes soldados. Acometidos por la caballería y la infantería, resistieron por algun tiempo el choque con denuedo, hiriendo dos caballos y matando á un soldado; pero viéndose diezmados por el filo de las cortantes hojas toledanas, se acogieron á la laguna, dejando considerable número de cadáveres en el campo.

y el caballo en que iba, que era muy bueno, castaño oscuro, que le llamaban el Romo, ú de muy gordo ó de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo... En aquel instante llegaron muchos mas guerreros mejicanos para si pudieran apañarle vivo á Cortés; y como aquello vieron unos tlascaltecas y un soldado muy esforzado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de la tierra de Medina del Campo, de presto llegaron y á buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar; y tornó Cortés á cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos, etc.» Así se comprende que mientras Cristóbal de Olea luchaba, llamando sobre sí la ira de los mejicanos, el bravo tlaxcalteca que habia acudido primero y el criado de Cortés, pudieron levantar el caballo, sin verse acometidos.

(1) «Pues ya que estábamos curando los heridos con quemalles con aceite é apretalles con mantas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Así despues de largas horas de sangrienta lucha, quedaron los españoles dueños de la ciudad. Hernan Cortés mandó á los aliados que cegasen con piedra y adobes los puentes de las acequias que estaban rotos, dejando así expedito el paso á los caballos, y terminada la obra, se alojó con su gente en los edificios contiguos al templo principal, que era el mas fuerte y dominante.

Deseando observar lo que en los alrededores de la poblacion pasaba, subió con varios capitanes y soldados, al átrio superior del *teocalli*. Desde allí se dominaba toda la campiña y el extenso lago. Era la hora en que el sol se acercaba majestuosamente hácia el ocaso, enviando su tibia luz sobre la tierra.

El caudillo español tendió la vista por el país que le rodeaba. El espectáculo que se presentó á sus ojos, hubiera servido para aterrar á cualquiera otro hombre que no hubiese tenido el extraordinario espíritu, el heróico valor y la sangre fria que distinguian á Hernan Cortés. Mas de dos mil canoas, cubiertas de guerreros, se veian sobre las tranquilas aguas del salobre lago, marchando en direccion á la plaza que ocupaba, al mismo tiempo que la campiña, la calzada y los caminos se hallaban cubiertos de poderosos escuadrones que se aprestaban para el combate. Eran dos ejércitos formidables, enviados de Méjico por Guatemotzin, con el objeto de encerrar á los españoles dentro de Xochimilco y obligarles á rendirse. (1)

(1) «Una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venian mas de doce mil hombres de guerra, é por la tierra llegaba tanta multitud de gente, que todos los campos cubrian.»—Tercera carta de Cortés.

El veterano historiador, hablando de lo que vieron los que subieron al

El emperador azteca se habia propuesto no dejar á los hombres blancos ni un instante de reposo; presentarles un ejército tras de otro; una batalla apenas terminada la anterior; rendirles por el cansancio y la fatiga. Convencido de que, por esforzados que fuesen, su corto número iria desapareciendo poco á poco, hiriendo y matando en cada combate algunos, formó el plan de sostener continuos encuentros, sin mas interrupcion que aquella que mediase entre los últimos disparos y la llegada de los numerosos refuerzos que incesantemente mandaba. La proximidad que habia de la capital azteca á Xochimilco, favorecia el plan del activo monarca mejicano.

Hernan Cortés comprendió que las numerosas fuerzas que descubria por agua y tierra, le atacarian al brillar la luz del nuevo dia, pues la noche empezó á tender su negro manto en aquellos instantes, y no era la hora que elegirian los contrarios para una batalla. Sin embargo, previsor y cauto, bajó del *teocalli,* y dispuso su gente, como si esperase de un momento á otro el asalto. Situó en las acequias y canales avanzados, por donde pudieran acercarse las canoas, destacamentos de ocho y diez soldados; aumentó el número de centinelas; ordenó á los de caballería que guardasen la calzada y tierra firme, teniendo los corceles ensillados y enfrenados, y él, acompañado de algunos capitanes, recorrió toda la noche los puntos mas

teocalli, pues él sin duda estaria de servicio abajo, dice: «Y desde allí vieron la gran ciudad de Méjico y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo; y vieron venir sobre dos mil canoas que venian de Méjico llenas de guerreros, y venian derechos á donde estábamos.»



comprometidos en que se debia desplegar mayor vigilancia. (1)

Las precauciones se hacian en aquellos momentos mas necesarias que lo habian sido otras veces. Se les habia acabado la pólvora á los arcabuceros, y esto quitaba al corto ejército una importante parte de su fuerza. Igual cosa habia sucedido con respecto á los ballesteros: casi todas las saetas de las ballestas se habian gastado durante el combate. Hernan Cortes mandó que se pusiesen á las que llevaban sin preparar, puntas de cobre, de que el ejército iba bien provisto. Pedro de Barba, que era el capitan de los ballesteros, activó el trabajo, sin descansar un solo instante de la noche.

Mientras los españoles se preparaban para recibir á sus contrarios, los mejicanos descansaban en sus campamentos, cubriendo toda la campiña con sus escuadrones. Solamente de vez en cuando llegaba á oidos de los centinelas castellanos, puestos en la parte que daba á la laguna, el ruido de los remos de algunas canoas que pasaban conduciendo á tierra jefes y capitanes aztecas.

Al rayar el alba, el ejército mejicano se puso en pié, y ansioso de medir sus armas con sus contrarios, penetró en la ciudad, atacando á los españoles en sus propios cuarteles. Hernan Cortés que habia previsto el caso y tenia dispuesta la tropa convenientemente, acometió con la ca-

(1) «Que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartido á los puertos y acequias por donde habian de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche, ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

ballería por un punto, mientras la infantería y un cuerpo de tlaxcaltecas atacaban por otros á los aztecas. Destrozados estos despues de un reñido combate, en que lucharon con el valor que les distinguia, huyeron hácia el campo, dejando entre los muchos muertos que tuvieron en las calles, tres capitanes. El general español, á la cabeza de los ginetes, de algunos ballesteros y de quinientos tlaxcaltecas, siguió el alcance, haciendo estragos en los fugitivos, que se alejaban sin oponer ya resistencia. Muchos cayeron prisioneros, y entre ellos se encontraban cinco jefes principales.

Hernan Cortés se detuvo un instante con la infantería para no fatigar los caballos, mientras algunos ginetes continuaban la persecucion. De repente se detuvieron. Un ejército de diez mil hombres que Guatemotzin habia enviado en apoyo del primer ejército, avanzaba hácia ellos. Los que se retiraban hicieron alto, y uniéndose á las tropas de refresco, presentaron batalla. Eran escuadrones de gente muy lucida y diestra en las armas. Muchos jefes y capitanes llevaban espadas españolas de las cogidas en la Noche Triste. Al detenerse, provocando al combate, blandian las hojas toledanas y aseguraban que con ellas se proponian exterminar á los hombres blancos. (1)

Pronto llegó el general castellano con la caballería y la mayor parte del ejército, al sitio en que se habian detenido

(1) «E los capitanes dellos, que venian delante, traian sus espadas de las nuestras en las manos... y decíannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habian de matar con aquellas espadas, que nos habian tomado la otra vez en la ciudad de Tenuxtitan.»—Tercera carta de Cortés.

Hablando sobre el mismo encuentro, dice Bernal Diaz del Castillo: «Yendo

los ginetes á esperarle. Bastó á su clara inteligencia y talento militar un instante, para reconocer el terreno y calcular los movimientos que pudieran proporcionarle la victoria. Concebido el plan, dividió sus fuerzas en tres cuerpos, dando á sus capitanes las instrucciones necesarias para obrar de concierto. La batalla empezó con igual denuedo por una y otra parte. Los mejicanos, dando espantosos alaridos y sonando sus instrumentos bélicos, acometian con furia indecible á sus contrarios, que les recibian con las puntas de sus espadas y de sus largas lanzas, haciendo terribles estragos en ellos. Los oficiales españoles, siguiendo las instrucciones recibidas, iban cambiando de posicion, sin que sus contrarios llegasen á sospechar que los movimientos eran debidos á una combinacion estratégica. De repente se vieron los aztecas acometidos por la espalda y los flancos por la caballería y un cuerpo de tlaxcaltecas, y arrollados por delante por la infantería española. Ya no les fué posible resistir. Comprendieron que la victoria era de los contrarios, y emprendieron la retirada, primero paso á paso; pero pronto, atropellados por la caballería, se declararon en completa fuga, dejando sembrado el campo de cadáveres. Destrozadas completamente las tropas aztecas, no pensaron en renovar el combate; y el ejército español volvió triunfante á la ciudad, llevando prisioneros á varios personajes mejicanos de los que se habian presentado en el combate armados de espadas españolas.

los de á caballo siguiendo el alcance, se encontraron con los diez mil guerreros que Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que antes habia enviado, y los capitanes mejicanos que con ellos venian traian espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras de esforzados, y decian que con nuestras armas nos habian de matar.»

Dueños absolutos de la ciudad, se procedió á curar los heridos que eran muchos, y á tomar las medidas de precaucion que nunca descuidaba Hernan Cortés.

Nada habian dejado los habitantes de Xochimilco en la poblacion. Al prepararse para la defensa, habian conducido sus ricas telas de algodon, plumas y alhajas de oro, á unas casas inmediatas, edificadas sobre el agua, cruzadas por acequias y ligeros puentes.

Habiendo averiguado los guerreros tlaxcaltecas, por los prisioneros hechos en la poblacion, del sitio en que se hallaban las riquezas, avisaron á varios soldados españoles, y juntos marcharon á apoderarse de ellas. Cargados de despojos, volvieron á los cuarteles. La vista del botin despertó la codicia de otros soldados. Inmediatamente se dirigieron en busca de los objetos que anhelaban. Cuando se ocupaban en coger lo que mas llamaba su atencion, los indios, que desde lejos habian observado todo, se acercaron con sus canoas, sin ser vistos, saltaron de repente en tierra, sorprendieron á cuatro españoles, que iban cargados de despojos, y sin darles lugar á que sacaran sus espadas, se apoderaron de ellos, les metieron en las canoas y los llevaron prisioneros. (1)

Profunda tristeza causó en el ejército la desgracia de aquellos cuatro desventurados. Si hubieran muerto en el combate, no hubiera causado su pérdida la pena que produjo el verles conducir prisioneros. Sabida era de todos la horrible suerte que les esperaba: el ser sacrificados en los

(1) «Y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demás no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la capitania de Andrés de Monjaraz.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

altares de los ídolos. Esta consideracion afectó hondamente á sus camaradas. La canoa en que les conducian, desapareció en la laguna con direccion á la capital azteca. Pocas horas despues fueron colocados en la piedra de los sacrificios, y presentados sus corazones al dios Huitzilopochtli. El monarca Guatemotzin, mandó cortarles las piernas y los brazos, y los envió por algunas ciudades próximas, que se habian aliado á los españoles, asegurándoles que pronto hallarian igual fin todos los hombres blancos. (1) Su objeto era aterrar á los pueblos que se habian segregado de la corona, para ver si conseguia separarles de la alianza con los castellanos, y llenar de confianza á los que le eran fieles.

(1) Aunque al leer este pasaje en Bernal Diaz, parece que los brazos y las piernas se les cortó antes de ser sacrificados, y que así fueron enviados á los pueblos para que los vieran, no fué en mi concepto esa su muerte. Creo que se debe entender que la exhibicion de los cadáveres fué posterior al sacrificio. No era costumbre entre los mejicanos mutilar en vida á los prisioneros, poniéndolos así á la espectacion pública. Lo que sí hacian muchas veces, era pasear la cabeza por las ciudades del que habia sido sacrificado, para manifestar la gloria alcanzada. No se sacrificaba por el placer de ver sufrir à la víctima, sino porque juzgaban que estaban obligados á ello para honrar á sus dioses. La relacion que hace Bernal Diaz es la siguiente: «Pues como le llevaron á Guatemuz estos cuatro prisioneros, alcanzó á saber cómo éramos muy pocos... y cuando fué bien informado, manda cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir que antes que volvamos á Texcuco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida; y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos.» La oscuridad del pasaje nace de haber puesto el sacrificio despues de lo referido á la amputacion de los miembros expresados. Sin embargo, es de suponerse que la mente del soldado historiador fué decir lo contrario. No es de creerse que pudiesen sobrevivir á la mutilacion de todos sus miembros, ni que, aun cuando hubiesen sobrevivido, los hubiese enviado Guatemotzin á poblaciones afectas á los españoles, exponiéndose á que estos los libertasen. Todo esto me persuade á creer que se debe entender el pasaje referido por Bernal Diaz, de la manera que dejo expresada.

Deseando Hernan Cortés tener noticias de las disposiciones que se tomaban en la capital azteca, mandó llevar á su presencia á los jefes que habian sido hechos prisioneros en la última accion. El general español les trató con su acostumbrada benevolencia, y les hizo las preguntas que mas le interesaban. Los informes, aunque poco lisonjeros, fueron importantes. Le dijeron que el plan de Guatemotzin era no cesar un instante en la lucha, y enviar nuevos ejércitos, mas numerosos aun que los anteriores, hasta rendir de fatiga á los hombres blancos. Añadieron que estaban dispuestas para el siguiente dia, millares de canoas que debian conducir lo mas selecto de los guerreros aztecas, á la vez que por tierra se presentarian considerables escuadrones que atacarian la ciudad por todas partes. Si aun así no se alcanzaba la victoria, se lograria menguar el número de las filas castellanas, sobre las cuales marcharian mas y mas ejércitos hasta aniquilarlas por completo. (1)

Tomada la ciudad y cargado el ejército de ricos despojos, no tenia objeto ya la permanencia de Hernan Cortés en ella. Esperar allí nuevas batallas, era perder un tiempo precioso que estaba en el deber de aprovecharlo en acabar de hacer el reconocimiento al rededor del lago, para volver á Texcoco y emprender la campaña formal contra Méjico.

(1) «Y se supo dellos que tenia Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos mas guerreros por tierra; y dijo á sus guerreros que cuando estuviésemos cansados, y heridos muchos y muertos de los reencuentros pasados, que estariamos descuidados con pensar que no enviaria mas escuadrones contra nosotros, é que con los muchos que entonces enviaria nos podria desbaratar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Despues de haber permanecido tres dias en Xochimilco, sin que en ninguno de ellos se hubiese dejado de dar algunas batallas, dispuso Hernan Cortés su salida de la ciudad. Antes de abandonarla, quiso castigar á sus habitantes por la tenacidad de sus hostilidades, y mandó incendiar los templos y un gran número de edificios.

Era la mañana del cuarto dia, cuando á la rojiza luz del incendio que se mezclaba con la enviada por el astro principal, salia el caudillo castellano de la ciudad y se dirigia á la gran plaza del mercado que se hallaba fuera de la poblacion. En ella hizo alto el ejército. Un rico y abundante botin llevaba cada soldado español y tlaxcalteca. El general, comprendiendo que la marcha por un país enemigo, debia hacerse sin llevar nada que pudiese estorbar las operaciones militares, quiso persuadir á sus tropas á que abandonasen los despojos de la guerra, para que no tuviesen mas atencion que la de las armas. Les dijo que los peligros de que estaban amenazados en la marcha que iban á emprender, eran grandes: que todo el poder del imperio azteca, se encontraba dispuesto á disputarles el paso: que los ejércitos de Guatemotzin ocupaban los puntos difíciles por donde tenian que pasar, y que les pedia, por bien de ellos mismos, que dejasen los despojos conseguidos en la toma de la ciudad, á fin de que pudiesen combatir libremente donde quiera que se presentasen los contrarios, y defender mejor sus vidas. Las razones del general, aunque sólidas, no hallaron cabida en el ánimo de los soldados. El botin era la única recompensa de los peligros, heridas, muertes y trabajos sufridos en la campaña, y no debe sorprender á nadie, que lo mirasen con vivo cariño. La abne-

gacion de los intereses materiales, es una virtud que la poseen muy pocos hombres. Los soldados de Cortés, contestaron, en consecuencia, al general, «que tenian derecho para llevar lo que habian alcanzado en buena guerra contra el enemigo: que eran hombres para defender con la espada lo que con ella habian ganado; que sabrian luchar por sus personas y por su caudillo, contra todo el poder azteca; y que dejar abandonados los efectos que en buena lid habian conseguido, equivaldria á manifestar á sus contrarios, que los castellanos eran de apocado espíritu.» (1)

Viendo Hernan Cortés la firme resolucion de sus soldados, y comprendiendo que no debia exigir de ellos lo que consideraban como un sacrificio, no quiso contrariar sus deseos. Mandó colocar los bagajes y los heridos en el centro; puso en la vanguardia diez ginetes, con alguna fuerza de ballesteros; encargó los flancos á los soldados de espada y rodela, y en la retaguardia, que era el punto mas comprometido, colocó otros diez ginetes, el resto de los ballesteros y las tropas auxiliares tlaxcaltecas. Como los escopeteros carecian de pólvora, dejaron el arcabuz por la espada y la lanza. (2)

(1) «Cortés comenzó á hacer un parlamento acerca del peligro en que estábamos, porque sabiamos cierto que en los caminos é pasos malos nos estaban aguardando todo el poder de Méjico y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; é nos dijo que seria bien, así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje é hato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oimos, todos á una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «De los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenian pólvora

Distribuida la tropa en el órden referido, emprendió la marcha con todas las precauciones acostumbradas. Los xochimilcos y las tropas mejicanas, al ver á los españoles abandonar la ciudad y alejarse, creyeron que se retiraban por temor. Alentados con esta idea, se lanzaron con ímpetu terrible y dando espantosos alaridos sobre la retaguardia. Pronto vieron que habian juzgado equivocadamente. Hernan Cortés, que iba en ella, acometió con la caballería y los arcabuceros, y destrozándolos completamente, les persiguieron hasta hacerles entrar en las canoas, que estaban á la orilla de la laguna. El ejército continuó su marcha sin que volviese á ser molestado, viendo á distancias considerables, algunas insignificantes partidas que no se atrevian á aproximarse.

Despues de haber caminado por un campo cubierto de vistosos maizales, llegó la tropa, á las diez de la mañana, á Coyohuacan, ciudad importante, situada en la orilla de la laguna, y á distancia de dos leguas de Xochimilco.

El valle de Méjico era la parte mas poblada del Anáhuac. Grandes y hermosas ciudades se encontraban casi unidas unas á otras, formando una cadena de ricas poblaciones que podian levantar numerosos ejércitos en unos cuantos instantes. Muchas de esas populosas ciudades habian sido señoríos independientes antes de que los mejicanos hubiesen extendido sus conquistas hasta las mas lejanas provincias. Sus habitantes pertenecian á las diversas tribus que se habian establecido en el país, mucho antes que los aztecas. Rivales unas de otras desde sus primeros

ninguna; y desta manera comenzamos á caminar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tiempos, conservaban entre sí su rivalidad, aun despues de haber sido incorporadas á la corona de Méjico por la fuerza de las armas. Del antagonismo resultó la grandeza de ellas, pues cada señor habia tratado de reunir toda su fuerza, su poder y su riqueza en la poblacion que habitaba.

Cuando Hernan Cortés llegó á Coyohuacan, encontró las calles de la ciudad y sus casas completamente desiertas. Sus habitantes habian huido desde el instante que tuvieron noticia de que se aproximaba el ejército español.

El general castellano se alojó con su gente en el espacioso palacio del señor de la ciudad, y colocando los centinelas en los puntos correspondientes para ponerse á cubierto de una sorpresa, resolvió permanecer allí dos dias, á fin de dar descanso á sus tropas y curar á los heridos.

Era bellísima la posicion de Coyohuacan, y uniendo á su belleza la abundancia de maíz en sus feraces terrenos, Cortés la eligió para dar un respiro á sus soldados, y hacer reconocimiento de la de sus alrededores, para el momento en que sitiase la ciudad de Méjico. Mientras parte del ejército descansaba, el general español, al frente de cinco ginetes y de doscientos hombres de infantería, se dirigió al lago, por una calzada que conducia de Coyohuacan hasta la entrada principal de Méjico, llamada de Iztapalapan, hoy conocida con el nombre de San Antonio Abad. (1) Pronto se encontró con una espesa trinchera, defendida por numerosos escuadrones mejicanos. Hernan Cortés ata-

(1) El Sr. Lorenzana dice que la calzada llamada de Iztapalapan era la que actualmente se llama de la Piedad; pero en esto sufrió un error. La calzada de Iztapalapan es la que hoy se llama de San Antonio Abad que conduce á San Agustin de las Cuevas ó Tlalpam.

có la posicion, avanzando con serenidad, bajo una lluvia de flechas. Los aztecas resistieron el asalto con valor, hiriendo á diez de los asaltantes; pero al fin fueron desalojados por los españoles, sufriendo grandes pérdidas. (1) Dueño del campo el jefe castellano, subió á la trinchera, desde donde estuvo examinando, con detenimiento, todo lo conveniente para su plan de sitio sobre la capital. A no larga distancia del sitio en que se hallaba, se veian millares de guerreros mejicanos ocupando la calzada y la laguna. Acaso esperaban que los españoles avanzasen; pero como el objeto de Cortés habia sido reconocer el terreno, objeto que estaba realizado, volvió con la tropa á Coyohuacan, sin querer detenerse en nuevos encuentros, que no podian dar ningun resultado definitivo.

Al tercer dia continuó el ejército su marcha hácia Tlacopan ó Tacuba, que distaba dos leguas de Coyohuacan. Los mejicanos, colocados en los puntos mas ventajosos del camino, salian á molestar á sus contrarios, atacándoles por los flancos y la retaguardia, desapareciendo en el instante que les convenia. Gruesas partidas de guerreros seguian de continuo á las tropas españolas, dando horrendos alaridos y enviándoles una granizada de flechas. Hernan Cortés, queriendo evitar que continuaran molestando, les preparó una celada. Se emboscó entre una espesa arboleda, próxima al camino, con diez ginetes, entre los cuales se hallaban cuatro asistentes suyos. Cuando vió á los me-

(1) «Y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzáronla á combatir; y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de *los* enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

jicanos cerca del sitio en que se hallaba, salió de repente con los ginetes, lanceando y derribando á sus contrarios. Sorprendidos con aquella inesperada emboscada, emprendieron la fuga. El general castellano y los que le acompañaban, siguieron por largo tiempo el alcance, sin advertir que se hallaban á considerable distancia del ejército. Los mejicanos entonces, viendo que la corta fuerza española no podia ser socorrida, salieron, á su vez, de los sitios en que habian estado ocultos, y cayeron por los flancos, el frente y la espalda, sobre sus temerarios enemigos, en número infinito. Hernan Cortés, viéndose encerrado entre aquel océano de gente, cuyas olas amenazaban ahogarles, acometió con sus compañeros á los escuadrones que les cerraban el paso, logrando, despues de una terrible lucha, romper el muro de lanzas que le oponian y mirarse libre de sus formidables contrarios. Pero no todos los ginetes habian tenido la fortuna de haber podido salir del círculo en que les habian encerrado. Dos de sus asistentes habian quedado prisioneros en poder de los mejicanos. El general español, al notar la falta de sus dos leales servidores, sintió oprimido su corazon de profunda pena. Se presentó inmediatamente á su imaginacion la horrible muerte que les esperaba, y una tristeza mortal se apoderó de su alma. Le habian servido en toda la campaña con celo y lealtad, y no podia pensar en la horrible suerte que les estaba reservada, sin sentirse profundamente afectado. Triste y abatido, continuó su marcha, sin pronunciar una sola palabra. El ejército, entre tanto, habia llegado á Tacuba, y se hallaba cuidadoso de la suerte de su general. Viendo que no parecia y temiendo que se hallase cercado

de enemigos, salieron en su busca Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia y otros capitanes con algunos soldados, entre los cuales iba Bernal Diaz del Castillo.

A corta distancia de Tacuba encontraron al general. La alegría del ejército fué intensa, al verle llegar, y todos se admiraron del aire melancólico que tenia, y aun creyeron ver señales en sus ojos, de haber vertido alguna lágrima. (1)

Noble y digno era ese sentimiento, y Cortés manifiesta en su tercera carta al emperador, que la pena se apoderó de su alma al pensar en la funesta suerte reservada á los que se habian distinguido siempre por su valor y noble comportamiento. (2)

Los dos desventurados asistentes, llamados Francisco Martin Vendobal y Pedro Gallego, fueron conducidos á la presencia del emperador Guatemotzin, y poco despues morian sacrificados por los sacerdotes aztecas, ante la horrenda imágen del dios Huitzilopochtli. (3)

Eran cerca de las diez de la mañana cuando el general español llegó á Tacuba. No era su intencion detenerse en

(1) «Y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Los enemigos los llevaron, donde creemos que les darian muy cruel muerte, como acostumbran: de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristianos, como porque eran valientes hombres, y le habian servido muy bien en esta guerra á V. M.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Llamábanse los mozos de espuelas que llevaron á Méjico á sacrificar, el uno Francisco Martin Vendobal, y el otro se decia Pedro Gallego.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

la ciudad; pero llovia fuertemente, y fué preciso guarecerse en sus edificios en tanto que pasaba la tempestad. Despejado al cabo de dos horas el cielo, quiso enviar una mirada á la grandiosa ciudad de Méjico y á los pueblos que le rodeaban, y subió al átrio superior del *teocalli* principal. Le acompañaban el tesorero Alderete, el fraile franciscano Melgarejo, y varios capitanes, entre los cuales habia algunos de los que llevaban muy poco tiempo de haber llegado al país. El bello espectáculo que presentaba el paisaje, sorprendió á los que por primera vez contemplaban el animado y pintoresco cuadro que se descorria á su vista. Era un delicioso panorama que superaba en magnificencia á lo que la imaginacion puede concebir de mas risueño, que el pincel del pintor se afanaria en vano en trasladar al lienzo, y que la pluma del poeta nunca podrá describir con el tono y brillante colorido que ostenta. Al contemplar á la hermosa sultana de las ciudades del valle, á la grandiosa Tenochtitlan, reclinada dulcemente en medio de las tranquilas aguas del lago, rodeada de populosas ciudades, edificadas sobre el agua que, cual seductoras cortesanas, parecian esperar sus mandatos: al ver deslizarse sobre el húmedo elemento millares de canoas que cruzaban en todas direcciones, cargadas de verdura, de frutas, aves, peces, flores, plantas, maíz y alubia para los mercados de la corte de los emperadores aztecas; al descubrir los poéticos jardines flotantes ó chinampas, formando grupos de floríferas islas, que se trasladaban de un punto á otro del lago, como si estuviesen bajo la influencia de las hadas; al ver, en fin, aquel sublime conjunto de aldeas, pueblos, ciudades, palacios, templos, pensiles, huertas,

calzadas, árboles y puentes, alzarse en las márgenes y en el centro de la anchurosa laguna, dejaron escapar una exclamacion de asombro, que fué seguida de entusiastas elogios en que expresaron la admiracion que les causaba el magnífico espectáculo que ante sus ojos tenian. Sublimando la grandeza, la actividad y el poder que advertian en la suntuosa capital del imperio azteca y en las populosas ciudades que la rodeaban, manifestaron que consideraban lo practicado por los primeros soldados de Cortés que pisaron el país, como un hecho superior á la posibilidad humana, y que solo la proteccion y la voluntad de la Providencia podia haberles sostenido y prestado aliento en la empresa acometida. (1)

Mientras el tesorero Alderete y la oficialidad, se entregaban á una conversacion animada, relativa á la belleza de lo que absortos contemplaban, el semblante de Hernan Cortés se veia velado por una sombra de tristeza. Al fijar sus ojos en las elevadas torres del gran templo del númen de la guerra, que se levantaba por encima de todos los edificios de la ciudad, pensó que acaso en aquellos mismos instantes eran sacrificados á la sangrienta deidad, sus dos desgraciados asistentes, que pocas horas antes se habian

(1) «Y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de Méjico, y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas de bastimentos y otras iban á pescar y otras baldías, mucho mas se espantaron, porque no las habian visto hasta en aquella sazon; y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

manifestado llenos de esperanza y de alegría á su lado. (1) La vista de los cuarteles que ocupó en el centro de la ciudad y la de la funesta calzada por donde se retiró la Noche Triste, le trajeron á la memoria la muerte de sus primeros amigos Juan Velazquez de Leon, Francisco de Morla y otros, y oprimido su corazon de profunda pena, exhaló un suspiro que no pudo contener y que revelaba los tristes pensamientos que ocupaban su mente. (2)

Uno de los caballeros que estaban á su lado, llamado Alonso Perez, jóven y valiente que habia cursado las letras, trató de sacarlo de sus lúgubres pensamientos. «Dejad las penas, señor capitan, le dijo: no se entregue vuestra merced á la tristeza, que esas desgracias suelen acontecer de continuo en las guerras.» (3) La contestacion del caudillo español, revela los sérios y nobles pensamientos á que se hallaba entregado en aquellos instantes: «Testigos sois todos, de los esfuerzos que he hecho para celebrar un arreglo de paz con el emperador de Méjico, y evitar á la ciudad los estragos de un sitio que la destruiria. No reconoce mi tristeza por causa única la muerte de mis leales

(1) «Por la pérdida de sus mozos de espuelas, que estaba muy triste por ellos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando... los aposentos donde soliamos estar, y mirábamos toda la ciudad y las puentes y calzada por donde salimos huyendo, y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traia.»—Idem.

(3) «Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decia el bachiller Alonso Perez... «Señor capitan, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acontecer, y no se dirá por vuestra merced

Mira Nero, de Tarpeya,
á Roma como se ardia.»

—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

amigos y de mis buenos servidores. A ese sentimiento se une la consideracion de los penosos trabajos y peligros en que van á verse envueltos mis valientes soldados antes de volver á enseñorearse de la capital; pero se desechan las proposiciones de paz, y pronto, con la ayuda de Dios, daremos principio á la obra.» (1)

Honra á Hernan Cortés el sentimiento que le causaba la idea de tener que destruir los notables edificios que embellecian la hermosa capital de la valiente nacion azteca. Admiraba sus plazas, sus jardines, sus calles, sus palacios, y le entristecia el verse precisado á descargar sobre ella la tremenda tempestad que debia echar por tierra su magnificencia. Le era altamente sensible reducir á escombros los suntuosos palacios que muchas veces habia admirado; pero se juzgaba en el deber de hacerse dueño de la ciudad, y ante esta consideracion cedia el sentimiento. Consideraba la empresa como una cruzada santa, en que la civilizacion, el bien de los pueblos envueltos en la idolatría y el servicio de Dios, exigian plantear la cruz en los sólidos *teocallis* manchados con la sangre de las víctimas humanas sacrificadas á las falsas divinidades, y se propuso cumplir con el que juzgaba deber sagrado del caballero cristiano, ó morir en la demanda.

Pero admiraba la belleza de la ciudad, y hubiera querido ahorrarle los rigores de un sitio devastador. Su tristeza

(1) «Y Cortés le dijo que ya veia cuántas veces habia enviado á Méjico á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo porníamos por la obra.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

y el suspiro exhalado del fondo del corazon al preveer la ruina de los vastos edificios que en aquellos instantes contemplaba, le ennoblecen.

Los soldados que nunca habian visto á su general mas que luchando animoso en medio de los peligros; dando ejemplo de valor, de entereza y de heróico esfuerzo, se asombraron de la metamórfosis efectuada en aquel momento; de la tristeza que le dominaba. Su melancolía dió asunto á uno de los romanceros de su época, para escribir un romance popular, con que los antiguos poetas españoles ensalzaban los hechos de los héroes mas notables, perpetuando su memoria en toda las clases de la sociedad. Bernal Diaz trae algunos de los versos de ese romance, que desde entonces se cantaron por la gente del pueblo. (1)

Terminada con su llegada en Tacuba la vuelta completa al rededor de las extensas lagunas del valle de Méjico, no quiso detenerse mas tiempo en su expedicion. Habia observado en el reconocimiento hecho, todo lo que juzgaba necesario para ejecutar con acierto la árdua empresa que meditaba, y bajó del *teocalli* con sus capitanes, con objeto de emprender inmediatamente la marcha hácia Texcoco.

(1) «Y desde entonces,» dice Bernal Diaz del Castillo, «dijeron un cantar ó romance:

En Tacuba está Cortés
Con su escuadron esforzado,
Triste estaba y muy penoso,
Triste, y con grande cuidado,
La una mano en la mejilla,
Y la otra en el costado.» etc.

La lluvia seguia cayendo en abundancia. La tropa formó despues de haber tomado algun ligero alimento, y emprendió su camino por el Norte del valle, llevando la misma direccion que habia llevado en su primera expedicion.

Al verle emprender la marcha, los escuadrones mejicanos, empezaron á hostilizarle por la retaguardia, siguiendo á distancia regular al ejército y disparando sus flechas en los pasos estrechos y difíciles.

Hernan Cortés queriendo vengar la muerte de sus asistentes y escarmentar á los que le seguian, se ocultó, con veinte ginetes, en unas casas abandonadas que estaban en el camino. Los mejicanos que no habian notado el movimiento del general castellano, siguieron adelante, dando alaridos y disparando algunas cuantas flechas. Cuando Hernan Cortés les vió á buena distancia, salió con sus ginetes de las casas, al grito de guerra de «Santiago,» y se lanzó con la velocidad del rayo sobre los contrarios. Al verse acometidos por la espalda, se llenaron de terror y emprendiendo la fuga á uno y otro lado para ganar las acequias; pero antes de que lograsen su intento, habian perecido, lanceados por la caballería, mas de cien guerreros principales. Esto bastó para que cesasen por entonces en sus hostilidades. (1)

El ejército siguió su marcha por Azcapozalco y Tenayo-

(1) «Yo con veinte de caballo me puse detrás de unas casas en celada... Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos en ellos muy reciamente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que habia cerca, habíamos muerto de ellos mas de cien principales y muy lucidos, y no osaron de mas nos seguir.»—Tercera carta de Cortés.

can, sufriendo espantosos aguaceros que se sucedian unos á otros, poniendo intransitables los caminos. Los soldados, empapados en agua los vestidos y agobiados por el peso de las armas, llegaron á Cuautitlan al empezar la noche. La ciudad habia sido abandonada por los vecinos, y pocos fueron los bastimentos que se encontraron en ella.

La lluvia siguió con igual fuerza durante la noche, y en ella, segun el soldado historiador, fué la única vez en que se descuidó en algo la vigilancia. Cosa verdaderamente rara en Hernan Cortés, que siempre velaba por la seguridad del campamento. Acaso confió en que haciendo una noche muy oscura y lluviosa, los indios no intentarian un ataque en ella; ó tal vez encomendó á alguno de sus capitanes el cuidado de los centinelas y vigilantes, y dejó de cumplir en algunos puntos con las instrucciones recibidas.

De presumirse es que hubiese sucedido lo segundo, pues nunca ni antes ni despues, se dió un caso semejante. (1)

Al siguiente dia emprendió el ejército su camino, pasando por varias poblaciones, cuyos habitantes se alejaban al aproximarse los españoles. La misma soledad encontra-

(1) «Y en todo este dia no dejó de llover muy grandes aguaceros, y como íbamos con nuestras armas á cuestas, que jamás las quitábamos de dia ni de noche, y con la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecia á aquel gran pueblo... y como hacia muy oscuro y llovia, no se podian poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque á mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió á mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

ron en Citlaltepec y en todos los puntos en que dominaban los mejicanos.

Por fin llegaron las fatigadas tropas á entrar en territorio perteneciente al rey de Texcoco; á territorio aliado. Eran las doce del dia cuando penetraban por las hospitalarias puertas de Acolman, pintoresca ciudad, distante dos leguas de la capital texcocana.

En ella estaban esperando á Hernan Cortés, Gonzalo de Sandoval, el señor de Texcoco Fernando Ixtlilxochitl, con toda la nobleza del reino, y varios oficiales, que durante la expedicion del general, habian llegado de Castilla.

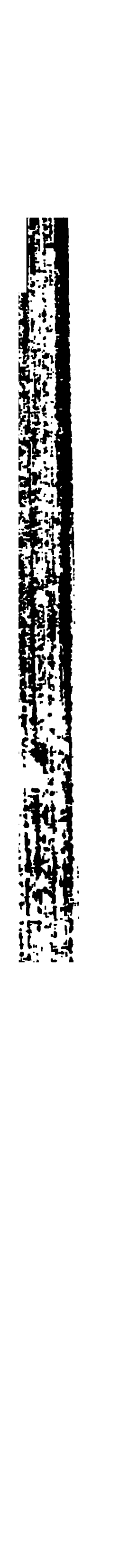
Todo fué satisfaccion y placer en aquellos momentos. El jefe castellano tuvo el gusto de saber que los bergantines estaban listos para botarse al agua, y por su parte manifestó que habia quedado contento del reconocimiento de los puntos al rededor de las lagunas, pues habia algunos que presentaban todas las ventajas para situar los campamentos.

Los soldados se vieron obsequiados con abundantes víveres, enviados por los habitantes de las aldeas comarcanas, y pronto olvidaron los trabajos pasados por los placeres presentes.

Poco antes de acercarse la noche, volvió Gonzalo de Sandoval con su gente á Texcoco para disponer lo necesario en el real, y al siguiente dia se dirigió Hernan Cortés á la misma ciudad, acompañado del señor de ella, de la nobleza y del ejército expedicionario.

Su vuelta á la capital del reino de Acolhuacan, llenó de entusiasmo á sus habitantes, que salian á victorear al caudillo español.

Los fatigados y victoriosos soldados fueron recibidos con júbilo por sus camaradas, y marcharon á descansar á los ámplios cuarteles de donde hacia tres semanas habian salido, y en las cuales habian dado la vuelta al pintoresco valle.



CAPÍTULO XXV.

Conspiracion de algunos descontentos para asesinar á Cortés.—La revela uno de los comprometidos.—Es ahorcado el jefe de la conspiracion.—Se echan al agua los bergantines.—Cortés pasa revista á sus tropas.—Disposiciones para la marcha sobre Méjico.—Ejecucion del jóven Jicotencatl.—Marcha del ejército.—Principio del sitio de Méjico.

1521. Todo era animacion y actividad en Texcoco desde la llegada de Cortés. El señor de la provincia, el jóven y valiente Fernando Ixtlilxochitl, miraba con júbilo indecible llegar el dia del asedio de la poderosa capital del imperio azteca. Enemigo de los emperadores mejicanos, que se habian ido apoderando mañosamente de varios pueblos importantes, disminuyendo poco á poco el poder del reino de Acolhuacan, anhelaba que llegase la hora de la desaparicion de los dominadores del valle. Desde que subió al poder, se valió del influjo que ejercia con algunas ciudades

y señoríos inmediatos, para que reconocieran por soberano al monarca de Castilla. Su ardiente anhelo era atraer á la amistad y alianza de los cristianos, no solo á los habitantes del reino de Texcoco y de los Estados comarcanos, sino tambien á los de las provincias mas remotas, pintándoles las ventajas que les resultarian de la buena armonía con los hombres blancos, y persuadiéndoles á que todos se presentasen al caudillo español ofreciéndole sus servicios. (1)

Los buenos oficios de Ixtlilxochitl, habian dado los brillantes resultados que se habia propuesto; pues todos los pueblos se habian declarado vasallos de la corona de Castilla y estaban dispuestos á enviar sus tropas en el momento que las pidiese el general castellano.

Hernan Cortés contaba en aquellos momentos con la cooperacion de casi todas las repúblicas, reinos y señoríos del Anáhuac, y con respetables fuerzas españolas, pues durante su expedicion al rededor del lago, habian llegado bastantes refuerzos, armas y municiones. Todo parecia sonreir al valiente caudillo español. Contaba con los elementos necesarios para vencer á su valiente contrario el emperador Guatemotzin. Iba á ver muy en breve premiados su heróica constancia y sus esfuerzos, con la realizacion del bello ideal que habia acariciado desde que pisó las bellas

(1) «Ixtlilxochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reyno de Tezcuco, sino aun los de las provincias remotas, rogándoles, que todos se procurasen dar de paz al capitan Cortés, y que aunque de las guerras pasadas algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz, que luego al punto les reciviria en su amistad.» —Ixtlilxochitl. Hist. chich. MS.

campiñas del Anáhuac. Cuando mas cerca se imaginaba de dar cima á la empresa, se vió amenazado de un inesperado y oculto peligro que, á no haber sido descubierto, hubiera puesto fin á los proyectos de sitio contra Méjico y á la vida del general que los habia concebido. Durante su expedicion de reconocimiento por el valle, parte de los soldados que habian pertenecido al ejército de Narvaez, habian tramado en Texcoco una conspiracion, mucho mas terrible y trascedental que las que hasta entonces se habian promovido por los velazquistas. Las anteriores se habian reducido á solicitar simplemente la vuelta á Cuba, sin que se atentase á la vida de ninguno. La que durante su ausencia se habia dispuesto en Texcoco, era sangrienta y cruel.

La conspiracion fué promovida por uno de los militares que habian llegado con Narvaez, llamado Antonio Villafaña, natural de Zamora, muy amigo de Velazquez, gobernador de la isla de Cuba. Nadie le habia obligado á permanecer en el país; pues Hernan Cortés, despues de la campaña de Tepeaca, proporcionó al tesorero Andrés de Duero y á los que quisieron volverse á la Habana, uno de los mejores buques, y los víveres necesarios para el viaje. Pero la gente que habia formado la expedicion de Narvaez era levantisca y veleidosa. La mayor parte de ella habia dejado la isla, seducida por las brillantes descripciones que habia oido hacer de la Nueva España; descripciones en que presentaban al Anáhuac como una aurífera region donde el oro, la plata y las piedras preciosas se encontraban con abundancia. Pocos eran los individuos que habian marchado con Narvaez, que no tuviesen sus repartimientos

en la isla; y en cada contratiempo que sufrian, echaban de menos las comodidades que habian dejado. Poco acostumbrados á la subordinacion, pues no habian sido soldados, formaban singular contraste con los veteranos de Hernan Cortés, sufridos y leales; callados y obedientes; haciendo valer sus derechos; pero prontos siempre á cumplir con los deberes y á morir por su general.

Antonio Villafaña y sus compañeros, disgustados de las fatigas de una campaña que solo presentaba peligros, miseria y necesidades, y ninguna de las recompensas que se habian imaginado al quedarse en el país, miraban con enojo los preparativos de Cortés, para un sitio que juzgaban quimérico. Calificaban de delirio pretender apoderarse de la capital del poderoso imperio azteca, que contaba con numerosos y aguerridos ejércitos, cuando no llegaban á mil los españoles, y temian que los aliados no fuesen constantes en su fidelidad. Veian á los antiguos soldados del general, cubiertos de heridas y mas pobres que cuando llegaron al país, y se propusieron no sufrir la misma suerte que ellos. Internarse en el corazon del imperio mejicano, era cerrarse la salida para España; despreciar los consejos de la razon, y presentarse á ser inmolados al dios *Huitzilopochtli* en la piedra de los sacrificios, como habian sido inmolados muchos de sus compañeros.

Los que así pensaban, hubieran querido poder alejarse del sitio del peligro y dirigirse á Veracruz, dejando abandonado al general; pero esto era imposible. Desde Texcoco al puerto, era obedecido Hernan Cortés, y nadie podia embarcarse sin su permiso. Aun cuando llegasen felizmente á la Villa-Rica, nada llegaban á conseguir, puesto

que el gobernador de la plaza les impediria el embarque y les mandaria prender.

Los conjurados no encontraron otro medio de salvar las dificultades, que asesinar al general. Pero pronto comprendieron que su sola muerte no bastaba para poder realizar su plan. Quedaban con el poder y para castigar el delito, algunos capitanes que le eran profundamente adictos. Entonces los conjurados, inducidos por Antonio Villafaña, resolvieron asesinar al mismo tiempo á Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia, á los dos alcaldes ordinarios Luis Marin y Pedro de Ircio, así como á Bernal Diaz del Castillo y á otros soldados que eran inquebrantables en su fidelidad.

El golpe se debia verificar poco despues de que llegase Cortés de hacer el reconocimiento al rededor del lago. La hora se habia elegido que fuese aquella en que comia. Tenia el general la costumbre de comer con sus capitanes mas adictos y algunos soldados distinguidos, entre los cuales se contaba el veterano historiador, que entonces no pensaba consignar á la posteridad los hechos que presenciaba y de que era infatigable actor. Cuando se hallase sentado á la mesa, los conjurados presentarian un paquete de cartas que supondrian llevadas de España por un barco recien llegado á Veracruz. Mientras rompia los sellos y las abria, los conjurados se arrojarian sobre él y los que le acompañaban, asesinando á todos á puñaladas. Terminado el acto sangriento, se daria el grito de libertad, y se procederia al nombramiento de jefe del ejército y demás autoridades. Tenian resuelto elegir por capitan general á

Francisco Verdugo, casado con una hermana del gobernador de Cuba, y á quien por esta circunstancia, juzgaban con mas derecho á ejercer el mando. Si lo admitia, la muerte de Cortés y de sus adictos seria vista por Diego Velazquez, como un servicio prestado á la patria, y alcanzarian de él premios y recompensas por haberle librado de un hombre que odiaba. Nada, sin embargo, quisieron decir al que se habian propuesto elevar al puesto que ocupaba el jefe que condenaban á morir, pues conocian el carácter pundonoroso y recto del hidalgo caballero Francisco Verdugo, y esperaron consumar el crímen para ofrecerle el mando.

Los conjurados tenian nombrados ya todos los oficiales subalternos, un alguacil mayor, alcaldes, regidores, tesorero, contador y los demás empleados necesarios. (1)

Todo estaba dispuesto para acabar con la vida de Hernan Cortés, y con ella la grandiosa y atrevida empresa que la imprudencia de otros, le habia arrebatado anteriormente, cuando casi la veia realizada, y que en aquellos momentos se hallaba de nuevo próximo á alcanzar, aunque menos pacíficamente que en el principio.

Dos dias llevaba el caudillo español de hallarse en Texcoco de vuelta de su expedicion al rededor de las lagunas. Los conjurados resolvieron que no transcurriesen otros dos mas, sin que se ejecutase el plan, y tomaron las providencias que juzgaron convenientes para consumar su ini-

(1) «Y asimismo otros soldados de Narvaez hacian alguacil mayor é alferez, y alcaldes y regidores y contador y tesorero y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

cua obra. (1) Las juntas se habian celebrado en la habitacion de Villafaña, con el mayor secreto. Nadie, sino los muy comprometidos, tenia noticia de la conspiracion. Todos los conjurados estaban interesados en que el crímen se consumase á la mayor brevedad. No habia uno de ellos que no hubiese puesto su nombre y su firma en el papel que contenia el plan concebido, y que, por lo mismo, no se hallase obligado á obrar con actividad y á ser reservado.

Era la víspera del dia señalado para perpetrar el crímen. Uno de los conjurados, al ver acercarse el momento en que se debia derramar la sangre del general y de sus principales capitanes, sintió un profundo remordimiento en su conciencia. En nada le habian ofendido á él ni á los demás descontentos, Hernan Cortés ni sus adictos. Se habian quedado voluntariamente con el primero, sin admitir la oferta que les hizo de que podian volver á la Habana, facilitándoles para ello un buque, en que partió Andrés de Duero con otros compañeros. Jamás les habia ofendido de obra ni de palabra. Encontraba en su general virtudes, valor, capacidad, patriotismo y franqueza, que difícilmente concurrian en un solo hombre. Miraba la influencia que ejercia en las naciones aliadas, y veia los grandes aprestos que, con notable acierto, hacia para apoderarse de la capital del imperio azteca, único punto que le faltaba dominar para ser dueño del país entero. Estas reflexiones le hicieron ver como un crímen, y no como una conspiracion política, lo dispuesto contra Cortés y sus adictos. Arre-

(1) «Y este concierto estuvo encubierto dos dias despues que llegamos á Tezcuco.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

pentido de haber tomado parte en la infernal trama, se dirigió, sin ser visto de sus compañeros, al alojamiento del general, solicitando una entrevista secreta. Conseguida inmediatamente, le reveló todos los pormenores de la conjuracion; le pidió perdon por haber formado parte de ella, y le dijo que en poder de Antonio Villafaña, jefe de la conspiracion, se hallaba un papel que contenia el plan y los nombres de los comprometidos en él.

Hernan Cortés dió las gracias al arrepentido soldado por el descubrimiento que acababa de hacerle, le regaló algunos objetos de oro, y le prometió no olvidar el servicio que acababa de hacerle. Sin pérdida de momento, llamó á los capitanes Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y á los demás que los conjurados tenian dispuesto asesinar, y les refirió el crímen proyectado. En seguida se dirigió con ellos, dos alcaldes, cuatro alguaciles, Bernal Diaz del Castillo y otros soldados, á la habitacion de Villafaña. (1)

El jefe de la conspiracion se hallaba en conversacion con varios de los amigos comprometidos en el plan. Hernan Cortés mandó poner presos á los segundos y sacarles á una pieza inmediata. Villafaña, sorprendido con la inesperada aparicion de Cortés, y comprendiendo que se habia

(1) «Despues de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado é Francisco de Lugo, y á Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval é Andrés de Tapia, é á mí y á dos alcaldes ordinarios... y así como lo supimos, nos apercibimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafaña.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

descubierto la conspiracion, quiso hacer desaparecer el único documente que podia comprometerle. Para conseguir su objeto, intentó salir de la sala; pero le sujetaron los alguaciles, impidiéndole todo movimiento. Entonces, Hernan Cortés, que sabia por el soldado que habia revelado la conspiracion, todos los secretos de la trama, le sacó del pecho el papel en que se hallaban los nombres de los conjurados. (1) Fijó los ojos en la lista; y al recorrerla, encontró en ella los nombres de varias personas distinguidas de quienes, sino esperaba una adhesion profunda, jamás pudo imaginar tampoco que anhelasen su muerte.

Ninguno de los cómplices de Villafaña presenció la escena en que el general se apoderó del pliego. Hernan Cortés, sin decir ni aun á los suyos lo que contenia, para no infamar los nombres de las personas comprometidas, guardó el papel, y se retiró, dejando á los ministros de justicia las instrucciones necesarias respecto del reo principal. Villafaña fué juzgado inmediatamente en consejo de guerra. Estrechado por sus jueces con preguntas que manifestaban el conocimiento exacto de la conspiracion, y creyendo que sus compañeros le habian delatado, confesó llanamen-

(1) Prescott, para darle mayor interés aun al acontecimiento, hace que Villafaña saque el papel del seno y trate de tragárselo para salvarse y salvar á sus amigos, sin que logre conseguir lo segundo, porque Cortés le detiene el brazo y le quita el escrito. Yo, juzgando que debo preferir á lo mas dramático lo mas cierto, he seguido á Bernal Diaz del Castillo, que estuvo presente y que fué uno de los que se apoderaron de Villafaña: «Y de presto,» dice el soldado cronista, «le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba... y cuando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

te su delito. No quedando duda ninguna de su culpabilidad, fué sentenciado á muerte. No se le concedió de vida mas que el tiempo necesario para que se dispusiese á morir como cristiano. Entró á confesarle el sacerdote Juan Diaz, y poco despues fué ahorcado de una de las ventanas de su alojamiento, donde permaneció colgado por espacio de algunas horas. (1)

La muerte de Villafaña llenó de terror á los que se hallaban presos, pues temian haber sido denunciados por él, y recibir la misma pena; pero con agradable sorpresa vieron bien pronto lo contrario de lo que esperaban. Hernan Cortés conocia que varios merecian el mismo castigo que se habia aplicado al jefe de la conspiracion; pero juzgó que, por entonces, era mas prudente el disimulo, sin la apariencia de tolerancia, que el rigor de la justicia. Eran muchos los comprometidos, y la muerte de ellos, además de privarle de parte de la gente, de cuya cooperacion mas que nunca iba á necesitar, podia originar dificultades y conflictos que, en aquellos momentos en que todo estaba dispuesto para emprender el sitio, serian un obstáculo para su pronta realizacion. Hernan Cortés, con su claro talento y el conocimiento que tenia del corazon humano, ocurrió á un medio, con el que juzgó poder evitar dignamente el castigo de los culpables, sin dar á conocer que descuidaba, en lo mas leve, la vara de la justicia. En las difíciles circunstancias que le rodeaban, procuró encontrar la manera de convertir en leales servidores á los mis-

(1) «Y despues que se confesó con el padre Juan Diaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

mos que habian dispuesto su muerte. Creyó que la pena impuesta al jefe de la conspiracion, bastaria á evitar nuevas conjuraciones, si los demás culpables llegaban á persuadirse de que nada habia revelado Villafaña, respecto de sus cómplices. Entonces tratarian de manifestarse adictos, y servirian con eficacia para conseguirlo, con el objeto de desvanecer toda sospecha que pudiera tenerse de ellos. Así pensaba el caudilo español, y se propuso obrar en consecuencia con la idea. Hizo que se propalase la noticia de que Villafaña, al tiempo de ser reducido á prision, habia sacado del pecho un papel, que sin duda debia revelar quiénes eran sus cómplices, y haciéndolo pedacitos, lo habia tragado, salvando así á los comprometidos. Se añadia que nada se le pudo sacar, sino que él solo era el culpable; lo que hacia creer que no tenia ramificacion importante su plan, pues sin duda envolvia mas algun resentimiento personal, que una mira política.

La noticia de que se habia tragado el papel que contenia la lista de sus cómplices y de que nada habia revelado, tranquilizó á los comprometidos. La órden que dió en seguida Hernan Cortés, mandando que se pusiera en libertad á los que habian sido aprehendidos, por precaucion, en su compañía, acabó de persuadirles de que con la muerte de Villafaña se habia enterrado el secreto para siempre. Cuando el general vió que nadie abrigaba la menor sospecha de que conocia á los individuos que habian estado complicados en la conspiracion, quiso dar el último toque al cuadro del disimulo, para tranquilizar, por completo, á los culpables. Reunió á todos sus oficiales y soldados, y les hizo saber la causa que habia habido para dar afrentosa

muerte á Villafaña. Dijo que habia muerto sin declarar quiénes eran sus cómplices y llevando consigo los secretos de la conspiracion. Manifestó que se felicitaba de ignorar si en el plan habian tomado parte algunos otros, aunque la accion de Villafaña, de tragar un papel en los momentos de caer preso, le persuadia de que tuvo cooperadores que se complacia en no conocerlos. Añadió que siempre habia procurado el bien de sus valientes compañeros de armas, aun mas que el suyo mismo, y manifestó profunda pena de que hubiese habido en el ejército una persona capaz de un crímen injustificable, puesto que nadie habia recibido la menor ofensa de su general. Hernan Cortés terminó diciendo que, si á pesar de haber procurado no inferir agravio ninguno á los que bajo sus órdenes militaban en servicio del rey y de la religion, habia algunos que se creyesen ofendidos, que lo manifestasen francamente, pues estaba dispuesto á darles cumplida y sincera satisfaccion.

Las palabras del general conmovieron á sus antiguos soldados que conocian su liberalidad y sus nobles sentimientos, y cautivaron á los que acababan de llegar al país en los últimos buques. Voces de aprobacion y de reconocimiento se escucharon en casi todas las filas del ejército, y ninguna de queja. Nadie hubo que se manifestase agraviado. Los que solo tenian disgustos ligeros, pero que siempre se mostraron fieles á su general, se creyeron satisfechos con su franca manifestacion; y los que llegaron á conspirar, se juzgaban muy afortunados con haberse librado de ser descubiertos, segun ellos creian, para que se atreviesen á formular queja ninguna.

Terminado el motivo de la reunion, los soldados se re-

tiraron, ponderando la noble franqueza de su general, terminando así la conspiracion, sin que hubiese ningun nuevo resultado desagradable.

La manera política con que obró Hernan Cortés en el delicado asunto de la conspiracion y de sus autores, revelan una serenidad y sangre fria extraordinarias; una capacidad elevada; un tacto político asombroso, y un profundo conocimiento de los sentimientos que abriga el corazon del hombre. Persuadiendo que ignoraba quiénes eran sus enemigos, no se veian estos precisados á continuar siéndolo, como se hubieran visto en caso de creerse descubiertos. Se puede esperar que cambie de conducta aquel á quien se le hace creer que se ignora su pasado y desfavorable proceder; pero no se puede esperar ese cambio de aquel á quien se le hace ver que conocemos sus defectos. Hernan Cortés, fingiendo ignorar quiénes eran sus enemigos, daba lugar al arrepentimiento de ellos, y á convertirlos en amigos con su leal proceder, su conducta patriota, su benevolencia y con su generosidad.

No se equivocó el entendido general en sus congeturas. Procurando los cómplices de Villafaña alejar de ellos hasta la mas leve sospecha, eran los mas exactos en el servicio, para desvanecer con sus obras hasta la mas leve indicacion que pudiera tenerse de su delito. Por su parte el jefe castellano procuró no alterar en nada la conducta y trato que hasta entonces habia observado con ellos, pues la menor reserva ó el exceso de una afabilidad estudiada, podia revelarles que conocia su delito. Mucho dominio necesita ejercer el hombre sobre sí mismo, para presentarse de igual manera despues de la ofensa, que antes de

ella, ante los individuos cuya deslealtad conoce. Hernan Cortés probó que lo poseia, no cambiando en lo mas mínimo sus atenciones y deferencia con los que habian estado complicados en la conjuracion. No se advertia diferencia ninguna en la manera afectuosa con que trataba á sus mas adictos capitanes y la que observaba con aquellos. Sin embargo, en el fondo de su corazon ocupaban lugar muy distinto unos y otros. Podia disimular exteriormente que conocia á los que se habian asociado á Villafaña para asesinarle; pero aunque habia roto la lista para que desapareciese la prueba de su delito, sus nombres se habian grabado en su mente para no borrarse jamás. Les trataba con agradable afabilidad; pero nunca llegó á tener ya confianza de ellos. (1)

Los leales capitanes de Cortés, comprendiendo que de su vida dependia el éxito de la empresa dispuesta sobre Méjico, le aconsejaron que en lo sucesivo tuviese una guardia que velase por su seguridad, para evitar nuevas y vergonzosas conspiraciones. La indicacion de los valientes oficiales y la indignacion que en los soldados causó el plan contra la vida de su general, revelaban el afecto que el ejército le profesaba.

Hernan Cortés agradeció el interés que manifestaban por su vida, y aceptó el consejo que le daban. Nombró, en consecuencia, una guardia de doce hombres leales y esforzados, inaccesibles al soborno, que la puso á las órdenes del capitan Antonio de Quiñones, caballero

(1) «Y dende allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba dellos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

noble y valiente que siempre se habia distinguido por su firme adhesion al general. (1) Esta guardia, que velaba á todas horas por la vida de su general, la tuvo durante toda la campaña, dispuesta á defenderle, así de los que tramasen cualquiera conspiracion, como de los valientes aztecas.

Terminada la conjuracion con la muerte de Villafaña, y nombrada la guardia para impedir que se atentase en lo sucesivo á la vida del general, solo se pensó en dar principio al sitio contra Méjico. Los trece bergantines estaban acabados, provistos de jarcias, velas, remos, y de cuanto era preciso para ponerlos en servicio. El canal mandado abrir para llevarlos de Texcoco á la laguna, se hallaba tambien completamente terminado. Era una obra notable. Tenia media legua de largo, que era la distancia desde la ciudad al lago; cuatro varas de profundidad y otras cuatro de anchura. Se habian ocupado en ella diariamente, hasta su terminacion, que duró cincuenta dias, ocho mil indios de las cercanías de Texcoco. Las orillas estaban perfectamente estacadas para recibir el agua de la laguna, y los bergantines podian marchar hasta el lago, sin tropiezo ni peligro. (2)

(1) «Y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitan un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y en esta obra anduvieron cincuenta dias mas de ocho mil personas cada dia de los naturales... La zanja tenia mas de dos estados de hondura, y otros tantos de anchura, y iba toda chapada y estacada... que cierto que fué obra grandiosa y mucho para ver.»—Tercera carta de Cortés.

Hernan Cortés dispuso que se efectuase el feliz acontecimiento de echar al agua los bergantines, el 28 de Abril, con toda la solemnidad posible.

Al brillar la luz de ese dia, las tropas españolas asistieron al augusto sacrificio de la misa, con notable recogimiento y devocion. En ella comulgaron Hernan Cortés, la oficialidad y todos los soldados. Terminada la misa, se procedió á la bendicion de los buques. El sacerdote fray Bartolomé de Olmedo, asistido del padre Diaz, rezó las oraciones acostumbradas en esos actos solemnes, y pidiendo á Dios su benéfica proteccion para aquella flota, que iba á emplearse en servicio de la cruz y en poner término á la sangre vertida en los altares de los ídolos, bendijo los buques, pronunciando el nombre que cada uno de ellos tenia.

Un gentío inmenso presenciaba la ceremonia, enteramente nueva en la bella region de Anáhuac. Todos los habitantes de Texcoco y de las ciudades comarcanas, habian ido á ver arrojar al agua las poderosas embarcaciones que debian enseñorearse de la ancha laguna, destruyendo las numerosas escuadras del imperio azteca.

Dada la bendicion, sonó un cañonazo. A esta señal se quitaron los diques colocados en el canal, y los bergantines descendieron á él majestuosamente, en medio de los gritos de entusiasmo lanzados por la multitud, las salvas de artillería, y los vivas al emperador y á Cortés dados por el ejército. Las veleras embarcaciones, deslizándose suavemente por las tranquilas aguas del canal y ostentando en sus mástiles la bandera de Castilla, fueron entrando uno tras otro en la anchurosa laguna, tendiendo al viento sus blancas velas y cortando suavemente las ondas,

como blancos cisnes resbalando sobre la tersa superficie de un límpido estanque. Un viento bonancible brindaba á los marinos á lucir la ligereza de sus bajeles; y colocándodolos, con graciosas maniobras en ala, dispararon sus cañones, cuya rimbombante detonacion, resonando por la extension del salobre lago, repetia el eco de las montañas hasta espirar á lo lejos. Hernan Cortés y sus soldados se descubrieron la cabeza al ver á la velera escuadra tomar posesion de la laguna; y dominados de un sentimiento religioso, elevaron al cielo el himno de alabanza al Hacedor del mundo, entonando con emocion profunda el *Te Deum Laudamus*. A los ojos de los escuadrones tlaxcaltecas y de los indios texcocanos, tenia aquel espectáculo un atractivo sublime. Era la primera vez que veian surcar las ondas de la anchurosa laguna, buques que, por sí solos, henchidas las lonas por el viento, marchaban sin el auxilio de los remos, en la direccion que anhelaban sus tripulantes. Desconocian en sus embarcaciones el timon y las velas, y miraban con agradable sorpresa á los airosos bergantines cruzar suavemente el líquido elemento, remedando una bandada de cándidas gaviotas, tendiendo sus alas sobre la oscilante superficie. (1) No encerraba menos interés para los soldados españoles el magnífico cuadro que presentaban las veleras naves, surcando la laguna, como señoras absolutas de ella; pero entre las personas que contemplaban con agradable satisfaccion la encantadora escena que

(1) «Dada la señal, soltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar unos á otros, y apartándose por la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la del ejército, así de castellanos como de indios.»—Herrera. Hist. general.

les hacia prorumpir en gritos de júbilo, habia una, cuyo placer excedia al placer de todas juntas. Aquella persona miraba en los buques, la realizacion de una idea por ella concebida; la creacion brotada de un feliz pensamiento, que la iba á conducir al logro del bello ideal que habia acariciado largo tiempo. Aquella persona era Hernan Cortés, cuyo corazon latia de satisfaccion, viendo en los bergantines que señoreaban el lago y en cuyos mástiles flameaba la enseña de la cruz y el pendon de Castilla, la obra debida á su heróica constancia, y que debia hacerle dueño de la suntuosa capital de los emperadores aztecas. (1)

Terminada la bendicion y prueba de los buques, el general español pasó revista á sus tropas, en los espaciosos patios de los cuarteles. Entonces vió que contaba con ochenta y seis ginetes y ochocientos diez y ocho infantes, de los cuales ciento diez y ocho eran escopeteros y ballesteros. La artillería se componia de quince falconetes de bronce, de balas de dos libras y media, y de tres cañones de fierro de mayor calibre: habia notable acopio de casquillos de bronce para las saetas de los ballesteros, y se contaba con mil libras de pólvora. (2)

(1) El historiador Oviedo, en su Historia de las Indias, ensalzando este hecho de Hernan Cortés dice: «Otras muchas é notables cosas cuenta este actor que he dicho de aqueste rey Sesori, en que no me quiero detener, ni las tengo ac tanto como esta tranchea, ó zanja que he dicho, y los bergantines de que tratamos; los cuales dieron ocasion á que se oviesen mayores tesoros é provincias, é reinos, que no tuvo Sesori, para la corona real de Castilla por la industria de Hernando Cortés.»

(2) «Fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de es-

El general quedó satisfecho del buen estado de salud que guardaban las tropas, de la lozanía y brio de los caballos, y del excelente equipo del ejército. Nunca se habia hallado con los elementos que en aquellos instantes, para dar cima á la empresa de la rendicion de la capital azteca. Contaba con soldados aguerridos y conocedores del país, que se hallaban aclimatados á las diversas temperaturas de aquel fértil suelo; con numerosos ejércitos de todas las repúblicas, reinos y señoríos que se extendian por el vasto territorio de Anáhuac. Por tierra, tenia la alianza de todos los pueblos. Por agua, se encontraba dueño de la laguna, pues contaba con los gallardos bergantines que miraba, satisfecho, mecerse en las ondas, y con una grande escuadra de canoas que poseia el belicoso Estado de Chalco. Respecto de armas, se encontraban compuestos los arcabuces, que habian sufrido algun deterioro, y habia un depósito de cincuenta mil saetas, con número igual de puntas de cobre, que los pueblos aliados habian hecho con arreglo al modelo que el jefe castellano les habia dado. (1)

Hernan Cortés, lleno de fé en el buen éxito de la empresa, dirigió á sus tropas una de aquellas breves, pero elocuentes alocuciones con que inundaba de entusiasmo el

pada y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

(1) «Que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que trajesen las saetas y casquillos á nuestro real; lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron mas de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

corazon de sus soldados. La idea religiosa, que era la dominante en aquellos militares que se juzgaban instrumentos de una santa cruzada, se destaca en la sentida proclama del general español, que era el tipo del caballero de aquel siglo. «Se acerca el dia de que veais premiados el esfuerzo de vuestro corazon y las privaciones sufridas con abnegacion heróica. Regocijaos y redoblad vuestro ánimo, pues Dios, por cuya causa y la del rey, combatimos, nos encamina á la victoria. Comparad nuestro brillante estado actual, con el abatido y miserable con que entramos en Tlaxcala, cuando nos arrojaron de Méjico. La mano de la Providencia veló por nosotros, despues de probar nuestra fé; y la mano de esa misma Providencia, se dispone á premiarlas. Dentro de poco nos hallaremos á las puertas de esa poderosa ciudad, de donde fuimos lanzados ignominiosamente, y que ahora tiembla, presagiando su ruina. Nuestra caballería y nuestras filas se han duplicado, desde que llegamos á Texcoco, con los soldados y corceles llegados en los últimos buques. El cielo proteje esa empresa, porque ve que luchamos en favor y aumento de la fé, y por atraer á la verdadera religion á los desgraciados pueblos que ensangrientan sus altares con las humanas víctimas ofrecidas á sus sangrientos ídolos. Combatimos por la cruz, por nuestro honor, por la gloria y por el lustre del pendon de Castilla. Tras del combate, os esperan el fin de los trabajos y las riquezas. Os he puesto enfrente de la soberbia ciudad que os disputa el paso con las armas, desafiando vuestro proverbial valor; vosotros le probareis, triunfando, que nada hay imposible á vuestro esfuerzo.» (1)

(1) «Que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veian que nuestro Se-

La proclama del general inflamó el corazon de los soldados. Todos, arrebatados de entusiasmo, respondieron «que anhelaban con ansia el momento de verse asaltando la ciudad, para dar término á la lucha de que dependian la gloria y la felicidad. (1)

Hernan Cortés les recomendó, despues de esta entusiasta contestacion, que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que habia publicado en Tlaxcala, pues de su fiel observancia resultaria el servicio de Dios y el bien de ellos mismos. (2)

Como la dotacion de marineros y de gente de guerra para los bergantines era de suma importancia, Hernan Cortés procedió á señalar los individuos que debian ocuparse de remar, del velámen y de todo lo relativo á la marinería, al mismo tiempo que señaló los soldados y capitanes que debian ir en cada uno de los buques. Eran éstos, como he dicho ya, trece, y para ellos se destinaron

ñor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos; porque bien sabian que cuando habiamos entrado en Tesaico no habíamos traido mas de cuarenta de caballo, y que Dios nos habia socorrido mejor què lo habiamos pensado, y habian venido navíos con los caballos y gente y armas que habian visto; y que esto, y principalmente ver que peleábamos en favor y aumento de nuestra fé, y por reducir al servicio de V. M. tantas tierras y provincias como se le habian rebelado, les habia de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer ó morir.»—Tercera carta de Cortés.

(1) «E todos respondieron, y mostraron tener para ello muy buena voluntad y deseo; y aquel dia del alarde pasamos con mucho placer y deseo de nos ver ya sobre el cerco, y dar conclusion á esta guerra, de que dependia toda la paz ó desasosiego destas partes.»—Tercera carta de Cortés.

(2) Oviedo en su Historia de las Indias, da al discurso de Cortes dimensiones tres veces mayores que las que tiene, á pesar de llamar «breve y sustancial» al del jefe castellano. Varios historiadores han hecho lo mismo que el expresado Oviedo.

ciento cincuenta individuos, muchos de los cuales se sabia que habian servido en los buques llegados á Veracruz. No acogieron con gusto el verse destinados al remo y el trabajo del marinero. Parecíales lo primero, bajo y degradante. Eran soldados, y creian rebajada su dignidad, dejando la espada por el humilde remo. Teniendo por degradante el trabajo mecánico que de ellos solicitaba el general, alegaron, para rehusar el servicio que se les exigia, su calidad de hidalgos. Hernan Cortés logró persuadirles, aunque con mucho trabajo, de que en aquellas circunstancias los esfuerzos de todos eran igualmente nobles, pues sin la cooperacion de los que se ocupasen de los buques, no podia lograrse el fin propuesto; resultando, en consecuencia, el daño en servicio del rey y de la religion. Convencidos de la verdad que encerraban las palabras del general, y viendo además en él la firme resolucion de no ceder de su empeño, accedieron á lo dispuesto, aunque repugnando interiormente el destino.

El número de soldados nombrados para los buques, era igual al de los marineros; esto es, ciento cincuenta. Como de los trece buques se dejó de hacer uso del menor, por haber salido menos velero que los otros, resultó que para cada bergantin estaban destinados veintisiete hombres. La mayor parte de los soldados que debian marchar en ellos, eran ballesteros y arcabuceros. Cada barco llevaba un cañon y lo mandaba un capitan de reconocido valor. Entre estos figuraban García de Holguin, Pedro Barba, Miguel Diaz de Auz, Juan Jaramillo y otros, que se hicieron notables por su denuedo.

Todo era animacion y preparativos de guerra, en aque-

llos momentos en Texcoco. Hernan Cortés habia avisado ya al senado de Tlaxcala y á los señores de Huexotzinco y Cholula que enviasen sus ejércitos, pues estaban terminados los buques, y se esperaba que llegasen de un momento á otro. Los tlaxcaltecas, segun sus instrucciones, debian reunirse á él en Texcoco. Los huexotzincos y choluleses recibieron órden de dirigirse á Chalco, punto que juzgó ventajoso para empezar las operaciones del sitio en la parte meridional del valle. (1)

Era la víspera del plazo fijado por Cortés para que se le reuniesen las tropas aliadas, cuando el ejército tlaxcalteca se aproximaba á las puertas de Texcoco. El senado de la república, celoso del cumplimiento de su promesa y anhelante de ver derrumbarse el trono de los emperadores aztecas, se apresuró á enviar sus lucidos escuadrones. Iba al frente de ellos, como general en jefe, el jóven Jicotencatl; y mandando otro cuerpo respetable, marchaba el valiente Chichimecatl, el pundonoroso guerrero que condujo los bergantines de Tlaxcala á Texcoco, solicitando el puesto de mas peligro.

Hernan Cortés al saber que se acercaban, salió á recibirles á un cuarto de legua de la ciudad, acompañado de Pedro de Alvarado y de otros capitanes. Afectuoso y atento, abrazó á los bravos jefes tlaxcaltecas, y ponderó el gallardo continente de la lucida gente que llevaban. No

(1) «Pues que ya por mí estaban avisados, y tenian su gente apercibida, que con toda la mas y bien armada que pudiesen, se partiesen y viniesen allí á Tesaico... Los de Guajucingo y Churutecal se vinieron á Calco, porque yo se lo habia así mandado, porque junto por allí debia entrar á poner cerco.»—Tercera carta de Cortés.

habia lisonja en su ponderacion. El personal de las tropas que acaudillaban, era, con efecto, admirable. Marchaban los escuadrones perfectamente ordenados, ostentando sus divisas particulares y tremolando al viento sus vistosos estandartes. Los capitanes se distinguian por sus extraños cascos de madera, figurando cabezas de leones y de tigres, adornados de brillantes penachos, y por el lujo de sus adornos. Los soldados rasos marchaban desnudos, cubiertas sus pudendas, pintados los cuerpos con vivos colores, y armados de arcos y flechas, de lanzas, espadas, hondas y macanas. Era una vista sorprendente la que presentaba aquel ejército que se componia de cincuenta mil hombres, marchando con altivo porte y orgulloso continente, bajo el estandarte de la república, que ostentaba una águila caudal con las alas extendidas. (1)

Cada distinguido jefe de elevado rango, llevaba las insignias que daban á conocer su nobleza; y al lado de la bandera nacional, flameaba la de la ilustre casa del noble Xicotencatl, dejando ver en su escudo una blanca garza en actitud de emprender el vuelo. (2)

El lucido ejército tlaxcalteca continuó su marcha; y

(1) «Y los capitanes de Tascaltecal, con toda su gente muy lucida y bien armada... Y segun la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra; los cuales fueron por nosotros muy bien recibidos y aposentados.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y como encontraron con el Xicotenga... y venian en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Aquí se da á entender que el ave blanca era el escudo de armas de la república; pero no era sino el escudo particular de la casa de Xicotencatl, pues la bandera de la república tenia una águila con las alas extendidas.

pocos instantes despues penetraba en las calles de Texcoco, haciendo resonar sus estrepitosas músicas militares, y dando silbidos, gritando con vivo entusiasmo: «¡Viva el emperador nuestro señor, y Castilla y Tlaxcala!» (1)

Tres horas duró la entrada de los escuadrones tlaxcaltecas. Hernan Cortés obsequió cumplidamente á sus valientes jefes, colocó á las tropas en ámplios y cómodos edificios, y las obsequió con una gran comida, en que se les sirvió de todo lo que en el real habia. (2)

En los momentos en que los guerreros de la república aliada se entregaban á los placeres de la mesa, se presentaron al general español, dos indios de fisonomía franca y noble, que pusieron en sus manos una carta. Hernan Cortés abrió el pliego y quedó gratamente sorprendido de lo que en él llegó á leer. Hizo entonces á los portadores del papel algunas preguntas por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina; y la respuesta de los indios, aumentó su satisfactoria sorpresa. Como lo que llegaron á referir al jefe castellano los dos mensajeros que le entregaron la carta, es un curioso episodio, que prueba el carácter leal y noble que distinguia á muchos pueblos de aquella hermosa parte de la América, voy á referirlo detenidamente.

Cuando Moctezuma hizo que los gobernantes de las pro-

(3) «Y puestos en concierto y dando voces y gritos é silbos, diciendo: ¡Viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(4) «Y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real habia.»—Bernal Diaz del Castillo.

vincias sujetas al imperio mejicano, reconociesen, como él mismo reconoció, por soberano al monarca de Castilla, envió Hernan Cortés algunos individuos para que se informasen de las producciones de cada una de ellas. Dos de las personas comisionadas fueron á Chinantla, nacion belicosa, enemiga irreconciliable de los mejicanos, situada al Sudeste de Cholula y distante noventa leguas de la capital de Méjico. Sus habitantes, que habian reconocido ya, expontáneamente, por soberano al monarca de Castilla, recibieron con marcado aprecio á los dos españoles, llamado uno de ellos, Hernando Barrientos. Cuando Hernan Cortés marchó á combatir á Pánfilo de Narvaez, mandó pedir á los de Chinantla, como queda referido al hablar de aquella expedicion, dos mil hombres, y que le hiciesen trescientas lanzas con puntas de cobre, comisionando para ello á un soldado llamado Tovilla. Los chinantecos obsequiaron el deseo del general castellano, y las lanzas fueron enviadas con Tovilla, y los dos mil hombres llegaron á Cempoala pocas horas despues del triunfo sobre Narvaez. Como ya no era necesaria aquella fuerza, los escuadrones chinantecos volvieron á su provincia, marchando con ellos el español Barrientos. Aconteció á poco, la sublevacion de los mejicanos en la capital; y mientras Hernan Cortés luchaba en las calles de Méjico, los castellanos que habia enviado á reconocer las producciones del país, eran asesinados en las provincias sujetas al imperio mejicano.

Ignorando Hernando Barrientes y su compañero lo que pasaba en Méjico y en los Estados feudatarios de la corona azteca, y no recibiendo noticia ninguna ni de la Villa-

Rica ni de la capital, se propusieron pasar á ésta para reunirse á su general. Entonces fué cuando el cacique de Chinantla y sus habitantes, les hicieron saber lo que pasaba. Les dijeron que todas las provincias habian tomado las armas contra los españoles; que habian asesinado á los que se encontraban en ellas, y que Hernan Cortés se hallaba cercado de ejércitos aztecas por todas partes. El cacique terminó asegurándoles su lealtad al rey de España, y aconsejándoles que no saliesen de su provincia, donde vivirian seguros y estimados.

La lealtad y la nobleza de los chinantecos llenó de gozo y satisfaccion á los dos españoles; y agradecidos á la hospitalidad que les ofrecian, la admitieron, manifestando su profundo agradecimiènto.

Así pasaron los dias y los meses, sin que en aquella apartada provincia se llegase á saber la suerte que habian corrido Hernan Cortés y sus tropas, aunque se temia que hubiesen perecido. Entre tanto los chinantecos se habian visto obligados á sostener algunas guerras con los Estados colindantes que obedecian á Méjico. Mirando en Hernando Barrientos un hombre de capacidad, de valor y de honradez, que se habia conquistado las simpatías de los habitantes, le nombraron jefe del ejército, y bajo su mando alcanzaron notables victorias sobre sus enemigos.

Así vivieron Barrientos y su compañero, ignorando lo que habia sido de su general y de sus compatriotas. Un dia, algunos chinantecos, llenos de satisfaccion y de regocijo, les dieron la grata noticia de que en la provincia de Tepeaca, segun les habian informado, habia tropas españolas. Deseosos de servirles con toda voluntad, les dijeron

que si anhelaban saber si era cierto, aventurarian la vida de dos chinantecos, enviándoles por en medio de las provincias enemigas hasta Tepeaca. La distancia era larga y tenian que pasar por pueblos contrarios, caminando de noche y de dia por senderos extraviados. La oferta revela los nobles sentimientos de los habitantes de Chinantla y la lealtad de su corazon.

El favor fué admitido inmediatamente; y Hernando Barrientos escribió una carta que la entregó á los encargados de marchar á Tepeaca, para indagar la verdad, suplicándoles que la pusiesen en manos del jefe que mandase la fuerza. Mucho desconfiaba Barrientos de que llegase el pliego á poder de sus compatriotas. Tres cartas habia escrito, en distintos meses, desde que se hallaba en Chinantla, enviándolas á la aventura con algunos indios, para que las entregasen en cualquiera parte donde supiesen que habia hombres blancos, y jamás llegó á saber el paradero de ellas.

Los dos chinantecos, exponiendo su vida, y cruzando territorios enemigos, llegaron á Tepeaca. El capitan español, que Hernan Cortés dejó de guarnicion en aquella ciudad, al saber el encargo que llevaban, les dijo que pasasen á Texcoco, donde hallarian al general.

La carta que el caudillo español acababa de recibir de manos de ellos y que leyó con grata sorpresa, decia al pié de la letra, lo siguiente:

«Nobles señores: dos ó tres cartas he escrito á vuestras »mercedes, y no sé si han aportado allá ó no; y pues de »aquellas no he habido respuesta, tambien pongo en duda »habella desta. Hagoos, señores, saber cómo todos los na-

»turales desta tierra de Culúa andan levantados y de guer»ra, é muchas veces nos han acometido; pero siempre, loo»res á nuestro Señor, hemos sido vencedores, y con los »de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa cada dia tene»mos tambien guerra. Los que están en servicio de sus »altezas y por sus vasallos son siete villas de los de Tenez; »y yo y Nicolás siempre estamos en Chinantla, que es la »cabecera. Mucho quisiera saber adonde está el capitan »para le poder escribir y hacer saber las cosas de acá. Y »si por ventura me escribiéredes de donde él está, y »enviáredes veinte ó treinta españoles irme-ia con dos »principales de aquí, que tienen deseo de ver y fablar »al capitan; y seria bien que viniesen; porque, como es »tiempo agora de coger el cacao, estorban los de Culúa »con las guerras. Nuestro Señor guarde las nobles perso»nas de vuestras mercedes, como desean.—De Chinantla, »á no sé cuántos del mes de Abril de 1521 años.—A servi»cio de vuestras mercedes.—*Hernando de Barrientos.*» (1)

Hernan Cortés, despues de leer la carta con notable satisfaccion y de haber escuchado á los indios portadores de ella, les agasajó, les dió de comer y les entregó la contestacion. En ella le daba cuenta de todos los sucesos acaecidos desde la sublevacion de los mejicanos hasta aquellos instantes en que estaba preparándose para marchar á poner sitio á la capital azteca. Era Hernando de Barrientos, hidalgo y hombre de capacidad, y sabiendo el general español que cumpliria lealmente las órdenes que le dicta-

(1) De este Hernando de Barrientos, desciende la distinguida familia de los Barrientos de Méjico.

se, le decia que continuase en la misma provincia; que estuviese seguro de que pronto se veria libre el Estado de los enemigos que le rodeaban, y que entonces se reuniria con sus compatriotas.

Los indios partieron inmediatamente con la contestacion, y el general, contento de saber que vivian aquellos dos españoles, por cuya suerte se habia manifestado cuidadoso, se entregó á los preparativos de la campaña. (1)

Desde que terminó el reconocimiento militar al rededor de las lagunas, trazó su plan de sitio perfectamente concebido. El momento de ponerlo en práctica habia llegado.

En los primeros dias de Mayo, reunió sus tropas en la plaza Mayor de Texcoco, para distribuirlas de la manera que se habia propuesto, á fin de que las operaciones diesen el resultado que, segun sus observaciones, debian producir. Su plan de ataque era dividir el ejército en tres cuerpos que debian marchar sobre la ciudad, por las principales calzadas, conservando entre ellos la comunicacion, á la vez que al enemigo se le cortaria toda relacion con la tierra, por medio de los bergantines, que venian á ser lo que las actuales lanchas cañoneras. Confió el mando de la primera division á Pedro de Alvarado, que debia ocupar la ciudad de Tacuba, impidiendo que entrara por

(1) «E como los dos indios llegaron con esta carta á la dicha provincia de Tepeaca, el capitan que yo allí habia dejado con ciertos españoles, enviómelo luego á Tesaico; y recibida, todos recibimos mucho placer; porque aunque siempre habíamos confiado en la amistad de los de Chinanta, teníamos pensamiento que si se confederaban con los de Culua, que habrian muerto aquellos dos españoles: á los cuales yo luego escribí dándoles cuenta de lo pasado.»—Tercera carta de Cortés.

la calzada del mismo nombre socorro ninguno á los sitiados. Las fuerzas que puso bajo sus órdenes, segun dice el mismo Cortés, se componian de treinta ginetes, ciento sesenta y ocho infantes, entre los cuales habia diez y ocho escopeteros y ballesteros, y de veinticinco mil tlaxcaltecas. Cristóbal de Olid fué nombrado maestre de campo, y se le dió el cargo de la segunda division, que debia situarse en Coyohuacan. Tenia bajo su mando treinta y tres ginetes, ciento sesenta infantes de espada y rodela, diez y ocho ballesteros y veinte mil aliados. La tercera division la puso bajo el mando de Gonzalo de Sandoval, compuesta de veinticuatro soldados de caballería, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta de espada y rodela, y toda la gente de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que pasaba de treinta mil hombres. Esta division recibió órden de pasar por Iztapalapan, para acabar de destruirla, pues era una ciudad demasiado poderosa para dejarla á la espalda con su pujanza y elementos. Hernan Cortés tomó el mando de los bergantines, cuya fuerza total ascendia, como he dicho anteriormente, á trescientos hombres, «los mas de ellos,» segun dice el mismo general, «gente de la marina y bien diestra.»

Eligió el jefe español el mando de la escuadra, porque juzgó que era el punto mas comprometido en los momentos de formalizar el sitio. Sus capitanes, conociendo la importancia de su presencia en los campamentos, y creyendo que el mayor peligro estaba por la parte de tierra, emitieron esta opinion; pero el general, convencido de lo contrario, les hizo comprender que se equivocaban, y resolvió, definitivamente, marchar con los bergantines, prescin-

diendo del ardiente afan que tenia en dirigir por tierra las primeras operaciones. (1)

Dadas á los capitanes las instrucciones que juzgaba conducentes al logro de la empresa, dirigió la palabra á las tropas, recordándoles que iban á combatir en servicio de Dios, del rey y de la humanidad. Desde el general hasta el último soldado juzgaban aquella campaña como una cruzada emprendida en favor del cielo, y la idea religiosa era la dominante. Los soldados, llenos de entusiasmo y anhelando verse frente á sus contrarios, respondieron: «Prontos estamos á dar nuestras vidas por Dios y el rey, á quien las tenemos ofrecidas, para cumplir como cristianos y españoles.»

La conviccion de que combatian por una causa santa, redoblaba el esfuerzo de aquellos hombres, dispuestos siempre á los trabajos; jamás entregados al reposo.

El ejército, dispuesto para emprender la marcha á los puntos señalados, se componia, como se ve, de novecientos españoles, y de setenta y cinco mil aliados. No iban en esta expedicion todas las tropas auxiliares, pues se creyó conveniente que permaneciesen en Texcoco y otros puntos próximos, mientras se formaban los campamentos frente á la ciudad sitiada.

(1) «Y aunque yo deseaba mucho irme por la tierra, por dar órden en los reales, como los capitanes eran personas de quien se podia muy bien fiar lo que tenian entre manos, y lo de los bergantines importaba mucha importancia, y se requeria gran concierto y cuidado, determiné de me meter en ellos, porque la mas aventura y riesgo era el que se esperaba por el agua; aunque por las personas principales de mi compañía me fué requerido en forma que me fuese con las guarniciones, porque ellos pensaban que ellas llevaban lo mas peligroso.»—Tercera carta de Cortés.

El general español determinó que el ejército aliado saliese un dia antes que las tropas castellanas y que se detuviese á esperarlas en los confines del territorio texcocano.

Los escuadrones tlaxcaltecas y los de las demás provincias, se formaron; y colocándose al frente de ellos sus capitanes, salieron de la ciudad llenos de entusiasmo y alegría, al son de los instrumentos bélicos, cuyos ásperos sonidos, tenian para ellos encantos seductores.

Era al rayar la primera luz crepuscular cuando emprendieron la marcha. El valiente Chichimecatl, que iba mandando un cuerpo de tropas tlaxcaltecas, y anhelando medir sus armas con los mejicanos, notó que faltaba el general en jefe Jicotencatl, y preguntó por él á los demás capitanes. Los escuadrones hicieron alto con objeto de esperarle, creyendo que se hubiese quedado atrás con algunos oficiales de su casa; pero viendo que no llegaba, se llegó á saber que durante la noche habia tomado el camino de Tlaxcala, saliendo misteriosamente y muy encubierto del campamento.

Disgustado el pundonoroso Chichimecatl de la desercion del general, y no queriendo que pudiera imaginarse ninguno, que el ejército tlaxcalteca toleraba un acto que pudiera interpretarse de una manera poco favorable al honor militar, volvió inmediatamente á Texcoco, poniendo en conocimiento de Cortés lo acaecido. (1)

La desercion de Jicotencatl se ha atribuido á diversas

(1) «Pues despues aquello vió y entendió el Chichimeclatecle,... vuelve del camino mas que de paso, é viene á Texcoco á hacérselo saber á Cortés.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

causas. Bernal Diaz del Castillo, que refiere lo que de los jefes y soldados tlaxcaltecas escuchó en aquellos mismos instantes, dice que la ambiciosa mira de apoderarse del cacicazgo y vasallos de Chichimecatl, mientras éste se hallaba en campaña, le impulsaron á cometer la falta referida. (1) Herrera da por causa una pasion amorosa que dejaba en su país; causa poco aceptable por lo inverosimil que parece la desercion de un general en jefe al frente del enemigo por amor á una jóven. Otros atribuyen el abandono de sus banderas á motivo muy distinto. Parece que el dia anterior, á la salida del ejército aliado, se suscitó una riña entre un soldado español y un jefe tlaxcalteca, llamado Pilteuctli, primo de Jicotencatl; cosa verdaderamente extraña, pues reinaba una armonía fraternal entre los soldados de Cortés y los aliados. En la riña, echaron ambos mano á las armas, y fué herido gravemente Pilteuctli. Como Hernan Cortés habia prohibido, bajo las penas mas severas, ofender en lo mas leve á ninguno de los aliados, se le ocultó la desagradable escena, temiendo que impusiese la pena de muerte al soldado castellano. Los oficiales españoles enviaron al herido á Tlaxcala con todo el cuidado y atenciones debidas á su rango, y el hecho quedó ignorado del general español. Jicotencatl se irritó al ver herido á su pariente, juzgando una ofensa el que un soldado hubiese cruzado con él sus armas, y teniéndolo por

(1) «Y preguntando y pesquisando el Chichimeclatecle... alcanzaron á saber que se habia vuelto aquella noche encubiertamente para Tlaxcala, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo é vasallos y tierra del mismo Chichimeclatecle; y las causas que para ello decian los tlascaltecas, etc.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

un ultraje, abrazó la resolucion de no tomar parte en la campaña.

Ni la mas leve mencion hace de esa riña, Bernal Diaz del Castillo; lo que induce á creer, que no llegó á su noticia el hecho, á pesar de que era uno de los soldados á quien nada ocultaban los oficiales. Difícil parece tambien que el secreto no llegase al fin á ser descubierto por Hernan Cortés, cuando se asegura que el ejército tlaxcalteca hizo algunas manifestaciones de cólera por el ultraje, y mas sorprende, que esos mismos tlaxcaltecas, que atribuian la desercion á miras ambiciosas de mando y de poder, no indicasen que se hallaba ofendido por una causa que verdaderamente hubiera sido la mas disculpable.

Lo que se puede asegurar es que en los rumores que circulaban en las tropas tlaxcaltecas y españolas, se daba por causa la aspiracion al cacicazgo perteneciente al valiente Chichimecatl. De creerse es que esos rumores no reconociesen por fundamento mas que suposiciones y conjeturas que cada individuo hace cuando trata de fiscalizar la conducta de algun ilustre personaje. No hay derecho para acusar á Jicotencatl de esa ambicion bastarda, por solo los rumores esparcidos por sus soldados. Si hubiera abrigado el proyecto de apoderarse del cacicazgo y de los vasallos de Chichimecatl, valiéndose de la ausencia de éste, podia haber renunciado el mando del ejército, pretestando cualquier motivo ó enfermedad para no salir de Tlaxcala. Nadie mejor que él sabia que las leyes de la república castigaban con la pena de muerte la desercion; y era imposible que se expusiera á ella, únicamente por apoderarse del cacicazgo de otro jefe, cuando pudo gestio-

nar para adquirirlo, sin necesidad de aventurar la vida.

Yo considero á Jicotencatl animado de mas elevados sentimientos y de mas noble ambicion. Desde que se presentó en la escena de los acontecimientos de su patria, disputando el paso á Hernan Cortés hácia Tlaxcala, le veo animado de un honroso deseo de gloria militar, y de un patriotismo recomendable. Despues del desagradable incidente del senado, en que fué destituido de sus honores y de su mando por haber apoyado la idea de los embajadores mejicanos contra los españoles, le veo lleno de ese noble sentimiento de gratitud que solo cabe en corazones generosos, presentarse á Hernan Cortés, para ir á combatir á los tepeaqueños, que habian hecho algunas irrupciones en el territorio de la república. En todas las batallas dadas contra los mejicanos y los habitantes de la provincia de Tepeaca, que habian hostilizado á los pueblos tlaxcaltecas, combatió con denodado arrojo; pero sus hechos quedaban eclipsados por los de Hernan Cortés, y su nombre se olvidaba entre sus mismos compatriotas para ensalzar el del caudillo español. Aspiraba al renombre, á la gloria militar; y el renombre y la gloria militar á que aspiraba, únicamente los alcanzaba el jefe castellano, que era recibido con entusiastas aclamaciones por los pueblos. La consideracion de que nunca alcanzaria el aura popular que codiciaba, habia matado su entusiasmo y entristecido su corazon. Se agregaba á este sentimiento, otro aun mas noble. La república habia hecho siempre extraordinarios sacrificios para mantenerse independiente del imperio mejicano, que dominaba el país entero, y sin embargo, habia reconocido con singular placer, por legítimo soberano, al

monarca de Castilla. Cierto es que, segun las tradiciones religiosas del país, pertenecia á los monarcas de España el gobierno del Anáhuac, y que el senado habia obrado, bajo ese punto de vista, con arreglo á la disposicion de los dioses; pero su corazon se sublevaba contra las atenciones sin límites y sinceras de la república entera hácia los hombres blancos. Consideraba que el triunfo sobre Méjico aumentaria la influencia de Cortés sobre los gobernantes de su patria, y por lo mismo, aunque se puso al frente del ejército que marchaba á sitiar la capital de la nacion que mas odiaba, lo hizo sin lisonjeras ilusiones de alcanzar renombre; sin participar del entusiasmo de todos sus compatriotas y de las demás provincias. Veia que si en aquella empresa difícil se alcanzaba el triunfo, la gloria se concederia al jefe castellano, quedando en el olvido los hechos con que él tratase de ilustrar su vida militar. Esta idea atormentadora, para un corazon sediento de renombre, se convirtió en conviccion desde su llegada á Texcoco. El señor de la ciudad, la nobleza, los caciques y los señores de los pueblos, tenian verdadera complacencia en obsequiar al caudillo español. Para él y sus compatriotas eran los agasajos, los convites, los elogios, los aplausos y las consideraciones. Ni una palabra lisonjera, ni una manifestacion honrosa habia para su persona de parte de los gobernantes de las provincias confederadas. Esto acaso decidió á Jicotencatl á tomar la resolucion de abandonar al ejército. Habia llegado á Texcoco, al frente de sus tropas, victoreando á Castilla y Tlaxcala; y es de suponerse que, su repentina determinacion, reconociese por causa el sentimiento del amor propio herido.

Hernan Cortés, conociendo las funestas consecuencias que podia traer la desercion de una de las personas mas caracterizadas de la república amiga, envió inmediatamente en alcance del fugitivo, varias personas respetables de la nobleza texcocana y tlaxcalteca, amigos todas de Jicotencatl, encargándoles que se valiesen de todas las razones persuasivas y halagadoras para hacerle desistir de su idea y que volviese á ponerse al frente del ejército. Los comisionados le alcanzaron en el camino y le suplicaron que abandonase la resolucion tomada, puesto que era contraria á los deberes del hombre, que blasona de noble, y de un general. Añadieron que la nacion entera estaba interesada en acabar con el poder del imperio que habia tenido supeditadas á todas las naciones del Anáhuac, y que hasta su mismo padre, á no hallarse ciego y anciano, hubiera tomado parte en aquella expedicion, que tenia por objeto destruir el imperio azteca. (1) «Si mi padre y el senador Maxixca hubieran hecho caso de mis consejos,» contestó Jicotencatl, «no ejercerian los hombres blancos el poder que ejercen, ni seria su voluntad la única que se acatase en Tlaxcala. Decid, pues, al jefe castellano, que he resuelto no ir á esa campaña, y que me vuelvo á mi país.» (2)

(1) «E como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascala, amigos de Xicotenga, á hacelle volver del camino, y le dijesen que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre D. Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre Méjico.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escaci le hubieran creido, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no queria venir.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Convencidos los enviados de que eran inútiles sus consejos y observaciones, regresaron á Texcoco á dar cuenta del mal resultado de su comision.

Hernan Cortés comprendió que era preciso obrar ya con energía, y castigar severamente al hombre que parecia dispuesto á sembrar dificultades en su marcha. «Está visto que siempre será Jicotencatl, nuestro enemigo: al principio con las armas y despues con el consejo, nos ha hecho una guerra tenaz. Preciso es, pues, poner término á sus traiciones. Basta lo pasado y el presente para aplicar el remedio al mal, que á no cortarlo, podria producir consecuencias funestas para lo futuro.» (1)

Sin pérdida de momento, dispuso que saliese una partida de cuatro hombres de caballería, con un alguacil y cinco nobles principales de Texcoco, con órden de que, donde quiera que le alcanzasen, bien fuese en territorio texcocano ó tlaxcalteca, volviesen á invitarle amistosamente á que desistiese de la determinacion de retirarse; pero que si insistia, se le diese allí mismo la muerte de horca.

Para tomar esta determinacion contra una persona de las mas notables de la república de Tlaxcala que, al distinguido puesto de general en jefe del ejército de su nacion, reunia la recomendable cualidad de ser hijo de uno de los gobernantes mas respetables, Cortés contaba con la seguridad de que su disposicion seria aprobada por el senado y la nacion tlaxcalteca. Desde algunos dias antes de

(1) «E dijo: Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos, y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

la desercion, habia enviado el general español algunas quejas contra Jicotencatl, suplicando que le llamasen al órden. Habia sabido, por los demás jefes tlaxcaltecas, que el jóven Jicotencatl se expresaba en términos altamente ofensivos contra los españoles y el senado, y que trataba de persuadirles á que se retirasen con sus escuadrones, abandonando aquella campaña, en la cual, en vez de alcanzar triunfos y gloria, encontrarian todos la muerte, como la hallarian los hombres blancos. (1)

La contestacion de los cuatro gobernantes á las quejas de Hernan Cortés, fué autorizarle para que, como jefe superior, á cuyas órdenes la república habia puesto sus ejércitos, castigase á Jicotencatl como juzgase conveniente; y que si continuaba en la conducta desleal que, con notable pena del senado y de la república entera observaba, le aplicase, si preciso era, la pena de muerte, pues las leyes tlaxcaltecas castigaban, lo mismo que las castellanas, las faltas graves en el ejército, con la pena de muerte.

Pedro de Alvarado, que estaba presente cuando se dió la órden de castigar al fugitivo con la horca, donde quiera que se le alcanzase, si insistia en abandonar sus filas, suplicó encarecidamente que no se le privase de la vida. Apreciaba al jóven Jicotencatl por su valor, así como porque era hermano de la hermosa Luisa, que el anciano Jicotencatl le dió por mujer, cuando llegaron, por primera vez, á Tlaxcala. Hernan Cortés le dió una contestacion

(1) «Decian los tlascaltecas... que siempre conocieron del Xicotenga, no tener voluntad de ir á la guerra de Méjico, porque le oian decir muchas veces que todos nosotros y ellos habian de morir en ella.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

halagadora; pero secretamente mandó al alguacil y á los que le acompañaban, que cumpliesen exactamente con lo ordenado. (1)

La fuerza de caballería, unida á los nobles texcocanos, alcanzó al fugitivo casi al llegar á los confines del reino de Texcoco. El jóven Jicotencatl marchaba con algunos servidores de su casa, y fué capturado sin oponer resistencia. Pocos momentos despues, moria ahorcado en un pueblecito próximo al sitio en que habia sido alcanzado, perteneciente á la corona texcocana. (2) Sus bienes, que consistian en esclavos y esclavas, en algunas tierras y en una ligera cantidad de oro, le fueron confiscados para la corona. La sentencia se hizo saber antes de la ejecucion, por medio de pregonero, así como la causa que habia habido para dictarla, que era la de haber desertado de las filas en campaña, y excitado á los tlaxcaltecas contra los españoles.

Así terminó su vida, á los treinta y seis años de su edad, el guerrero mas notable de la república de Tlaxcala. Antes de la llegada de los españoles á las playas del Anáhuac, se habia distinguido en cien combates, defendiendo la integridad del territorio de la república, contra las invasiones de los ejércitos mejicanos. Con el mismo denuedo se presentó á combatir contra los osados extranjeros; y si el éxito no correspondió á su valor, su constancia y su esforzado

(1) «Y como Pedro de Alvarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés ó le dió buena respuesta, ó secretamente mandó al alguacil é á los de á caballo que no le dejasen con la vida.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «En un pueblo sujeto á Texcoco le ahorcaron.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

ánimo, le colocaron á una altura honrosa, conquistándole el aprecio de la juventud guerrera de su país, y la admiracion de los mismos españoles. Sensible es que tuviese una muerte infamante, quien poseia las relevantes cualidades de los héroes; pero es preciso convenir, por sensible que nos sea el fin trágico que tuvo, que despues de haberse comprometito solemnemente á combatir al lado de las tropas de Cortés, no tenia derecho para abandonar sus filas. La desercion era castigada lo mismo entre las naciones de Anáhuac que en el ejército español, con la pena de muerte. El caudillo castellano, para no verse obligado á castigar el delito, con arreglo á las leyes de todos los países, procuró antes, hacerle volver al cumplimiento del deber. La ejecucion de muerte, fué consecuencia de la persistencia en la desercion. (1) Jicotencatl fué el único tlaxcalteca que faltó á la lealtad ofrecida á los españoles.

Antonio de Herrera dice, que la sentencia de muerte se ejecutó en la capital de Texcoco, á donde asegura que fué

(1) El apreciable escritor mejicano, D. Ignacio Alvarez, en su obra intitulada «Estudios sobre la historia general de México,» no teniendo presente sin duda ese paso y otros dados por Cortés, dice que: «El amor á su patria manifestado en estas diferentes ocasiones» (por Jicotencatl) «fué considerado por el conquistador, como un imperdonable crímen, que le hizo expiarlo en una horca.» Si el deseo del general español hubiera sido la muerte del jóven Jicotencatl, pudo alcanzar que se la aplicase el senado, librándose él de toda responsabilidad, cuando le arrojó de la sala del Consejo, le privó de sus honores, le puso preso y trataba de sentenciarle á muerte. Pero lejos Cortés de manifestarse deseoso de su muerte, abogó por el valiente contrario, y merced á sus ruegos, le volvieron el mando y los honores, y le pusieron en libertad. Al tener noticia de la desercion, lejos de intentar castigarle, envió, como se ha dicho, personas que le persuadieran á que volviese al campamento, para seguir al frente de su ejército.



conducido Jicotencatl por órden de Cortés, y que fué ahorcado públicamente en medio de la plaza, ante un concurso numeroso. Esta asercion del apreciable cronista real de las Indias, ha sido seguida por otros distinguidos escritores. Sin embargo, yo he preferido la asercion de Bernal Diaz del Castillo, como preferiré siempre la del testigo ocular, cuya veracidad está reconocida por todos, á la de aquellos que no han presenciado los hechos.

Bernal Diaz del Castillo se hallaba en aquellos instantes en Texcoco, segun lo asegura él mismo. Se hallaba tambien Pedro de Alvarado, cuyo vivo interés por la vida de Jicotencatl, se manifestó al dictarse la órden de capturar al fugitivo. Se hallaban, en fin, todas las tropas españolas, pues se habia detenido, por aquel desagradable incidente, la salida de la division de Alvarado, á que pertenecia el bravo soldado historiador, y la de Cristóbal de Olid; y si la ejecucion del reo se hubiera verificado en aquella corte, nos la hubiera descrito con los detalles que acostumbra, el franco soldado, en vez de referirnos que sufrió la pena «en un pueblo sujeto á Texcoco.» (1)

Cada autor ha manifestado las razones que ha tenido para admitir, unos lo que dice Herrera, y otros lo que afirma Bernal Diaz del Castillo, respecto del sitio en

(1) Prescott es de los que han aceptado la asercion de Herrera, y aunque pone en una nota lo que refiere Bernal Diaz, cree que pudo equivocarse respecto del sitio en que fué ejecutada la sentencia, «porque probablemente estaba entonces con la division de Alvarado, en que servia.» Pero en esto sufre el señor Prescott un error. Bernal Diaz, lo mismo que Alvarado y su division, permanecian aun en Texcoco, cuando sufrió la pena de muerte Jicotencatl. Esto se ve claramente por las palabras mismas del soldado historiador. «Y cuando Pedro de Alvarado lo supo,» dice, «rogó mucho por él; y Cortés ó le dió buena respuesta, ó secretamente mandó al al guacil, etc.» Estas súplicas y

que se ejecutó la sentencia de muerte contra Jicotencatl. Solis, que sigue al segundo, cree que no es verosimil que Hernan Cortés mandase conducir á Texcoco al fugitivo, para hacer público su castigo, «porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.» Prescott, encontrando lógica la observacion de Solis, pero abrazando el aserto de Herrera, hace que desaparezca el inconveniente de que la ejecucion se verificase en Texcoco, asegurando que «los tlascaltecas estaban ya en camino para Tacuba, y que solo quedaban unos pocos en Texcuco.»

Yo creo que á Hernan Cortés no le preocupó ninguna de las ideas que al filosofar sobre aquel acto hacen los referidos autores. Facultado como estaba por el senado para obrar libremente, punto en que están de acuerdo todos los historiadores, y conociendo que la república entera miraria con desagrado á cualquiera de sus hijos que fuese desleal á los españoles, como tuvo ocasion de verlo cuando el senado arrojó ignominiosamente del Consejo al mismo Jicotencatl, llamándole traidor, no podia inquietarle el mas mínimo recelo. Este afecto hácia los españoles tomó considerables creces desde que unidos á ellos, habian lle-

estas respuestas no podian haberse verificado por medio de cartas, puesto que no daba lugar á ellas, la prontitud con que se habia enviado en alcance del reo, y las pocas horas que transcurrieron para alcanzarle. Pero hay otro párrafo que no deja duda de que aun se hallaba Bernal Diaz en Texcoco. Hé aquí ese párrafo que no tiene réplica: «Dejemos esta plática así:» (la de la ejecucion de Jicotencatl) «y diré que por esta razon *nos detuvimos aquel dia sin salir de Tescuco.*»

vado sus armas triunfantes por varias provincias, separándolas del poder de Méjico. El ejército tlaxcalteca miraba á Cortés como á su general mas querido; y lo mismo que la república entera, consideraba como á enemigo de la patria, á cualquiera que se manifestase desafecto á los castellanos. Por esto Jicotencatl habia caido de la estimacion de sus tropas, y el senado, segun Clavijero, «le consagraba un odio particular, por la altanería con que llegaba á conducirse.» (1) Todo esto era bien conocido del caudillo español, y lo sabian hasta sus soldados. Bernal Diaz dice que su mismo padre, el anciano Jicotencatl, fué el primero en condenar la conducta de su hijo para con los aliados y en facultar á Cortés á que obrase con él severamente y aun á que le quitase la vida, si era preciso. (2)

Con la seguridad de que su determinacion contra el jóven general, seria aprobada por el senado, el ejército y el pueblo, mandó que se le quitase la vida donde quiera que se le alcanzase. Nada le importaba el sitio en que se efectuase la ejecucion, toda vez que estaba seguro de que todos los tlaxcaltecas mirarian como un acto de justicia lo dispuesto contra un general, de cuya conducta se habian quejado ya á él los principales jefes del ejército de la aliada

(1) «El consentimiento del senado de Tlaxcala... y el odio particular que tenian á aquel príncipe, cuya altanería no podian ya tolerar.»—Clavijero. Historia ant. de Méjico.

(2) «Algunos tlaxcaltecas hubo que dijeron que su padre D. Lorenzo de Vargas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo» (debe entenderse malo en el sentido político; contrario á los españoles) y que no se fiase dél y que procurase de le matar.» (Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.) Esto es; le facultaba aun para quitarle la vida, si la deslealtad llegaba á un grado que juzgase digna de muerte.

república. Si hubiera sido aprehendido en Texcoco, allí hubiera sufrido la pena de muerte. Lo que á Hernan Cortés le importaba era la pronta ejecucion del castigo, para no detener las operaciones de la campaña, y por lo mismo, ordenó que se le diese muerte en el sitio en que fuese capturado.

Con el permiso que le habia concedido el senado, y con el disgusto manifestado por los capitanes y jefes tlaxcaltecas contra el jóven general, desaparecen todas las dificultades con que los escritores han revestido ese pasaje, y que no debió, sin duda, presentarlas, cuando Hernan Cortés no lo menciona siquiera, y Bernal Diaz no hace ningun mérito de él, como lo hace al ocuparse de la prision de Moctezuma, de los sucesos de Cholula y de la entrada primera en la capital azteca. Hay un dato de marcado relieve, que deja conocer que el ejército tlaxcalteca habia retirado su antiguo aprecio al general, desde que se manifestó contrario á las ideas políticas de la nacion: la permanencia de los dos hermanos de Jicotencatl en las filas de los aliados y su adhesion constante á Cortés aun en los momentos mas críticos del sitio de Méjico.

Sus servidores y parientes recogieron el cadáver; hicieron vivas manifestaciones de cariño y de respeto hácia su desventurado príncipe, llorando su muerte, repartieron entre sí, como apreciable recuerdo, sus vestidos, y celebraron sus exequias con régia magnificencia.

Al siguiente dia, 13 de Marzo de 1521, las divisiones de Pedro de Alvarado y de Cristóbal de Olid, salieron con direccion á Tacuba. (1) Tenian órden de avanzar juntas

(1) Hernan Cortés dice que salieron el 10 de Mayo; pero yo sigo á Bernal

hasta Chapultepec, y destruir la cañería que conducia el agua á la ciudad de Méjico. Practicada esa operacion, Pedro de Alvarado debia formar su campamento en Tacuba, y Cristóbal de Olid en Coyohuacan, distante legua y media del primero. (1)

Hernan Cortés y Gonzalo de Sandoval se quedaron en Texcoco, de cuya ciudad debian salir dentro de breves dias.

Las tropas de Alvarado y de Olid pasaron la primera noche en Acolman, distante dos leguas y media de Texcoco. Con motivo de los alojamientos, pues cada division trató de ocupar los mejores, se trabó una disputa entre los soldados de uno y otro capitan. Exaltados los ánimos, de las palabras pasaron á las obras, echando mano á las espadas para resolver la cuestion. Los capitanes, tomando cada cual la defensa de los derechos de su division, se desafiaron. Por fortuna no faltaron oficiales respetables de uno y otro cuerpo, que mediasen inmediatamente, logrando calmar en algo, las pasiones. Avisado Hernan Cortés de lo que pasaba, envió inmediatamente para poner término á las discordias, al sacerdote Fray Pedro Melgarejo y al capitan Luis Marin, caballero no menos apreciable por su valor y esfuerzo, que por su ilustre cuna y claro talento. Con ellos escribió á Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Olid, suplicándoles que, en obsequio de su amistad, pero muy

Diaz, por las varias erratas que, respecto á números, se encuentran en la edicion de las cartas de Cortés.

(1) Solis dice que partieron juntos Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval; pero esta ha sido, sin duda, una equivocacion, poniendo Gonzalo de Sandoval en vez de Pedro de Alvarado.

especialmente en servicio del rey y de la religion, pospusiesen sus resentimientos personales á los intereses del procomunal. Idénticas razones á las que presentaba Cortés, expusieron los dos respetables enviados, logrando conjurar la tormenta y restablecer la buena armonía. (1) Sin embargo, aunque reconciliados, al parecer, los dos jefes, no pasaba lo mismo en el fondo del corazon. Las palabras que habian cruzado entre ellos, impedian que la amistad, rota por unos instantes, volviese á unirse íntimamente sin dejar señal de su ruptura. Se trataban con atencion y deferencia; pero nunca llegaron, desde entonces, á ser amigos. (2)

Siguieron juntas las dos divisiones su marcha, al siguiente dia, pernoctando en Cuautitlan, cuyos habitantes habian abandonado la ciudad al aproximarse los españoles, para ir á reunirse á los ejércitos situados en las montañas y en la capital. La misma soledad encontraron al pasar por Tenayocan y Azcapozalco. Las poblaciones se hallaban desiertas, y todo indicaba que el país entero habia cambiado sus hogares por el campamento, y los instrumentos de labranza por las armas.

Avanzando con las precauciones que exigia la pruden-

(1) «Y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas de los de nuestra capitanía contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos: y desde allí le hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á Fray Pedro Melgarejo y al capitan Luis María... y como llegaran nos hicieron amigos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí.»—El mismo.

cia, y esperando encontrar á cada instante fuertes ejércitos dispuestos á disputarles el paso, llegaron á Tacuba, capital importante entonces de una parte de la desmembrada nacion tepaneca, y hoy ligera aldea, á quien solo le quedan los notables recuerdos históricos de su memorable pasado.

Completa soledad reinaba en sus calles y en sus casas. Ni una sola persona habia quedado en la ciudad.

Era el punto señalado á Pedro de Alvarado, para situar su campamento. Las tropas españolas se alojaron en el palacio del jefe de la nacion, situando una guardia en el *teocalli* mayor, y los tlaxcaltecas ocuparon los principales edificios de la ciudad.

Desde el momento en que el sol empezó á ocultar su luz, se fueron presentando á los alrededores de la ciudad numerosos escuadrones mejicanos, dando espantosos alaridos y provocando á sus contrarios á que saliesen á batirse. El ejército castellano, no haciendo caso de las provocaciones, pero duplicando los centinelas y las rondas, pasó la noche escuchando sin cesar los gritos y los instrumentos de guerra.

Al brillar la luz del siguiente dia, las tropas de las dos divisiones se hallaban de pié, dispuestas para emprender alguna operacion militar. Los dos jefes españoles habian resuelto dirigirse á Chapultepec, para cortar la cañería, y privar á la ciudad del agua que de allí recibia. Era domingo. El ejército, despues de haber asistido á la misa, que la dijo el sacerdote Juan Diaz, emprendió la marcha.

Los escuadrones mejicanos habian desaparecido. Comprendiendo que la primera disposicion de sus enemigos,

seria cortarles el agua, se habian dirigido á Chapultepec, para defender la importante cañería. (1)

Los españoles caminaron la media legua que hay de Tacuba á Chapultepec, sin encontrar mas que ligeras partidas de guerreros, que lanzaban sobre ellos algunas flechas y piedras; pero al llegar al punto objetivo, descubrieron un ejército lucido y considerable, preparado á impedir el logro de la empresa.

Pronto se trabó una lucha tenaz; pero la victoria se declaró al fin por los castellanos y tlaxcaltecas, y la cañería, que era en su mayor parte de piedra y mezcla, quedó destruida en aquel punto sin que por ella volviese á entrar agua durante el sitio, á la ciudad. (2)

Alcanzado el objeto que se habian propuesto los jefes españoles, determinaron bajar á la calzada de Tacuba, siempre funesta para los soldados de Cortés, y hacer un esfuerzo que les diese la posesion del primer puente. Las dificultades de la empresa, las palparon desde el instante que se presentaron en la calzada. Innumerables escuadrones de guerreros mejicanos, armados de largas lanzas, flechas, hondas y macanas, ocupaban toda la parte de tierra, y millares de canoas, apretadas de combatientes, cubrian completamente la laguna. La vista no acertaba á descubrir mas que batallones aztecas, en toda la inmensa extension del lago y de la calzada, causando asombro su

(1) «Porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podriamos dañar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y cortó y quebró los caños, que eran de madera y de cal y canto, y peleó reciamente con los de la ciudad.»—Tercera carta de Cortés.

infinito número en los castellanos (1). No se arredraron, por esto, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. Por el contrario, poniéndose á la cabeza de sus tropas, se lanzaron sobre los formidables escuadrones enemigos, sufriendo una espantosa tempestad de flechas, y tratando de romper la poderosa barrera de lanzas con que les cerraban el paso. Treinta españoles quedaron heridos en aquella primera descarga de dardos y de piedras, y tres además quedaron muertos. La lucha se hizo entonces sangrienta. De una y otra parte se combatia con heróico denuedo; y si las flechas, piedras, macanas y lanzas, causaban víctimas, no causaban menos las templadas hojas de las cortantes espadas toledanas. Los mejicanos, mas acaso por ardid que por no poder resistir el empuje de sus contrarios, se fueron retrayendo poco á poco, pero sin volver la espalda, hácia la fuerte posicion del puente. Los españoles siguieron el avance, encontrando siempre una resistencia tenaz y bajo una lluvia incesante de flechas y de piedras que, desde las canoas, situadas á uno y otro lado de la calzada, arrojaban los guerreros que ocupaban la laguna. Al llegar los castellanos al puente, resonaron por todas partes los alaridos de guerra lanzados por los aztecas, y el estrepitoso ruido de los caracoles marinos. Millares de nuevos escuadrones se dejaron ver de repente por todas partes, cerrando el paso á los cristianos y atacándoles por los flancos desde la laguna. Los españoles, reducidos á la

(1) «Eran tantas la canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros y en las mismas canoas é calzadas, que nos admiramos dello.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

estrecha calzada que tenia ocho varas de ancho, no tenian sitio para maniobrar, y los soldados de caballería apenas podian mover sus corceles. Inútiles eran tambien los diez y ocho arcabuces y número igual de ballestas con que contaban, pues los mejicanos habian puesto á cada canoa un parapeto de tablones, evitando así el daño que al principio les causaban aquellas armas.

El ejército cristiano se encontraba, por lo mismo, atacado por todas partes, y sin poder ofender. Los guerreros mejicanos, saliendo de repente de sus canoas por uno y otro lado de la calzada, acometian con indecible furia á sus contrarios; y cuando se encontraban acometidos, se arrojaban á la laguna dejando burlada la furia de los ginetes. (1)

La situacion de los españoles era crítica. No solamente se veian en la imposibilidad de atacar á sus contrarios, que enviaban sobre ellos una incesante lluvia de armas arrojadizas, sino que se encontraban de trecho en trecho, con gruesas trincheras construidas en las orillas del lago, desde donde recibian considerable daño.

Una hora llevaban de esta terrible lucha, cuando vieron que se dirigia una numerosa escuadra de canoas, con multitud de guerreros, hácia un punto de la calzada, con obje-

(1) «Porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer á tan gran poderío que estaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nosotros como á terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas, no les hacíamos daño, sino muy poco, porque las traian muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetiamos á los escuadrones que peleaban en la misma luego se echaban al agua, y habia tantos dellos que no nos podiamos valer.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

to de cerrar la retirada. (1) Entonces dispuso Pedro de Alvarado desistir de la toma del puente, y que la tropa retrocediese. A fin de que la caballería pudiese maniobrar, y la retirada se hiciese en órden, mandó que los tlaxcaltecas fuesen los primeros en salir de la calzada, quedando él con los suyos en la retaguardia, que era la peligrosa al retraerse.

Al notar los mejicanos el movimiento de retroceso, lanzaron el grito de triunfo, y acometieron con furia espantosa á sus contrarios, metiéndose por entre sus espadas y procurando desbaratar sus filas. (2)

Los españoles, acometiendo con su espadas y caballos á los que trataban de cerrarles el paso, y luchando sin cesar un solo instante, lograron salir al fin de la funesta calzada, teniendo ocho muertos y mas de cincuenta heridos.

Al verse los soldados en tierra firme, «dieron gracias á Dios,» dice el bravo veterano historiador, «porque les habia salvado del inminente peligro donde todos debian haber perecido.» (3)

Los mejicanos, contentos con la ventaja conseguida, y

(1) «Y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora... y aun vimos que venia por otra parte una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Pues cuando los mejicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlaxcaltecas, ¡qué grita y alaridos nos daban! Y como se venian á juntar con nosotros pié con pié, digo que yo no lo sé escribir.»—El mismo.

(3) «Y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos, y mas de cincuenta heridos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

CAPÍTULO XXVI.

Derrota de la flota mejicana.—Ocupacion de las calzadas y principio del sitio de Méjico.—Terribles combates.—Recibe Cortés un refuerzo de cincuenta mil hombres enviados por el rey de Texcoco.—Los otomites y los xochimilcos se unen á los españoles.—Incendio de los palacios.—Valor de los sitiados.—Se construyen barracas en el campamento de Cortés.

1521. Mayo. Siete dias llevaban de haber establecido sus campamentos Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, cuando salió de Texcoco la tercera division, bajo las órdenes de Gonzalo de Sandoval.

Era el 31 de Mayo, un dia despues de la festividad de Corpus. El jóven y valiente capitan, salió al rayar el alba al frente de su division. Tenia órden, como se ha dicho en el capítulo anterior, de pasar por Iztapalapan, y acabar de destruir la ciudad, para no dejar á la espalda un enemigo

poderoso. Despues debia marchar á unirse con Cristóbal de Olid en Coyohuacan.

La division emprendió su marcha por entre cultivadas campiñas y pueblos amigos, encontrando á su paso abundantes víveres y entusiasta acogida. En Chalco se agregaron á las tropas con que Sandoval habia salido de Texcoco, todas las de la provincia, las de Huexotzinco y de Cholula, que allí tenian órden de esperarle, y continuó su camino sin haberse detenido mas que un instante.

La fuerza aliada que llevaba, excedia de treinta y cinco mil hombres. (1) Ningun ejército mejicano salió á disputarle el paso; pero al llegar á corta distancia de Iztapalapan, vió numerosos escuadrones que le esperaban en órden de batalla, dispuestos á medir con él sus armas. Pronto se trabó una sangrienta lucha, en que los mejicanos, recibiendo continuos refuerzos de Méjico, combatian valerosamente. Largo tiempo duró la accion; pero vencidos al fin los aztecas, se vieron arrojados de la ciudad, acogiéndose á las canoas para salvarse. La poblacion fué entregada al saqueo y á las llamas.

En los momentos en que el incendio devoraba los edificios y reducia á cenizas las frágiles casas de los humildes barrios, Hernan Cortés, que fué el último que salió de Texcoco con su escuadra, llegaba á toda vela y remo, con sus veleros bergantines, al pié de un pico fuerte y alto, situado en el agua, dentro de la laguna de Texcoco, y próximo á Iztapalapan. Este fragoso pico, que despues fué conocido con el nombre de «el peñon del Marqués,» en

(1) «Iban con él mas de treinta y cinco ó cuarenta mil hombres nuestros amigos.»—Tercera carta de Cortés.

memoria de haberlo tomado el caudillo español, que mas tarde adquirió ese título, se hallaba defendido por una fuerza respetable de guerreros mejicanos. Al acercarse la flotilla española, hicieron grandes ahumadas en la parte mas elevada, avisando así que los pueblos se dispusiesen á combatirla. Cuando llegó á estar debajo del peñon, enviaron sobre ella una tempestad de flechas y piedras, al son de los instrumentos bélicos, y en medio de los silbidos, de las provocaciones y de los horribles alaridos de guerra.

El objeto de Cortés habia sido dirigirse á destruir la parte de Iztapalapan, situada en el agua; pero al encontrarse con aquel peñon, guarnecido por contrarios, resolvió atacarlo y dejar libre de enemigos la laguna.

Al pensamiento siguió inmediatamente la ejecucion. Saltó de los bergantines con ciento cincuenta hombres, y emprendió la difícil subida al cerro, en medio de un aguacero de armas arrojadizas, que lanzaban sin cesar los contrarios. A lo fragoso del terreno se agregaban las dificultades del arte. Los defensores habian construido espesas trincheras en la cima del peñon; pero todos los obstáculos fueron vencidos por los asaltantes, que al fin se apoderaron del cerro, pasando á cuchillo á toda la guarnicion. En lo mas alto encontraron un número considerable de mujeres y de niños, á quienes se perdonó, sin hacerles el mas leve daño. (1)

(1) Solís dice que fueron mas los perdonados que los que murieron: pero en esto sufre un error, como se ve por las siguientes palabras de Hernan Cortés, que mandó la accion y se apoderó del cerro:

«E entrámosles de tal manera, que ninguno dellos se escapó, excepto las

Casi en los momentos en que alcanzaban los españoles el triunfo del peñon, se dejaron ver sobre la laguna, considerable número de canoas, cubiertas de guerreros que avanzaban velozmente hácia donde estaban los bergantines. Era la escuadra mejicana, que, al ver la señal hecha del peñon, habia salido de los surgideros de Méjico, á disputar el dominio del lago á los que trataban de enseñorearse de él. Se componia de las canoas de Xochimilco, Coyohuacan, Iztapalapan, Churubusco, Mexicaltzinco y de otras muchas poblaciones edificadas sobre el agua ó próximas al lago. Difícil seria poder fijar su número; pero debe suponerse que excedería al mayor que hasta entonces se habia presentado á la vista de los españoles. (1)

Hernan Cortés se apresuró á volver á sus bajeles para disponer el combate naval. La escuadra mejicana habia avanzado entretanto, ocupando una inmensa extension de la laguna y marchando á toda fuerza de remo.

El general español mandó á los capitanes de los barcos que permaneciesen quietos, á fin de que los contrarios cobrasen confianza para atacarles. Consideraba, haciendo uso de sus mismas palabras, «los bergantines como la llave de toda la guerra,» y tenia verdadero empeño en que el primer encuentro infundiese invencible terror en los mejica-

mujeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles; pero fué muy hermosa victoria.»—Tercera carta de Cortés.

(1) Bernal Diaz del Castillo dice que se juntaron tantas flotas que verdaderamente se hacian temibles por su número «porque eran mas de cuatro mil canoas.» El cálculo de Cortés es mucho mas bajo, pues dice que «pasaban de quinientas canoas.» Es de advertir que Bernal Diaz no iba en los bergantines, pues se hallaba con Pedro de Alvarado, en el campamento de Tacuba.

nos. La flota azteca, continuó avanzando hácia la enemiga con admirable decision. Al llegar á la distancia de trescientas varas, hizo alto, en observacion de la actitud y órden que tomaban los bergantines españoles.

Hernan Cortés continuó quieto en su sitio, tratando de manifestar temor de entrar en combate con las numerosas canoas que enfrente tenia, á fin de infundir confianza en sus contrarios para que acometiesen. En aquellos momentos, en que ambas escuadras se contemplaban en silencio, sopló una brisa bonancible de tierra, rizando las ondas del grandioso lago. El jefe castellano miró el favorable viento como una protectora disposicion de la Providencia, y queriendo aprovechar el poderoso auxilio, formó en ala sus bajeles, mandando á los capitanes que acometiesen inmediatamente á la flota contraria. (1)

Los bergantines, henchidas de viento las velas, y cortando con maravillosa velocidad las suaves ondas del lago, marcharon con ímpetu terrible sobre la línea enemiga. No pudieron las planas canoas resistir el poderoso y violento choque, y centenares de ellas se vieron volcadas, sepultando á sus guerreros en el salobre lago, mientras otras, abiertas y destrozadas por el golpe, se iban llenando de agua, amenazando hundirse con los que dentro estaban. La confusion y el terror se esparció en la escuadra azteca, que habia visto irse á pique sus mejores embarcaciones. El lago se veia cubierto de remos abandonados que flota-

(1) «Plugo á nuestro Señor que, estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos.»—Tercera carta de Cortés.

ban sobre el agua; de pedazos de embarcaciones indias; de ahogados y de guerreros que, habiendo sido destrozadas sus piraguas, marchaban nadando hácia otras para acogerse á ellas y salvar la vida. (1) La flota mejicana, viéndose despedazada, y conociendo que era imposible resistir el choque de los bergantines, emprendió la retirada, procurando á fuerza de remo, refugiarse en las fortificaciones de la capital. La fuga no fué menos desastrosa que el combate naval. Las veleras naves, favorecidas por el viento, cortaban el agua con indecible rapidez, moviéndose hacia todas partes, á merced del piloto, mientras los soldados descargaban sus saetas y sus arcabuces, sembrando el estrago y aumentando el terror.

Casi toda la flota mejicana habia perecido. Solo una ligera parte de ella logró salvarse de la tenaz persecucion de los bergantines, que les siguieron hasta encerrarlos en la capital. La victoria excedió en resultados á las esperanzas y los deseos del afortunado general. (2) Era dueño absoluto de la laguna. El terrible enemigo que hasta entonces le habia combatido impunemente desde el agua, quedaba vencido.

Estaba al terminar la tarde cuando los bergantines llegaron en persecucion de los restos de la flota mejicana, hasta las puertas de la capital azteca. Hernan Cortés mandó que se reuniesen los trece barcos, y navegando á ori-

(1) «Embestimos por medio dellos, y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y en este alcance les seguimos bien tres leguas, fasta los encerrar en las casas de la ciudad; é así plugo á nuestro Señor de nos dar mayor y mejor victoria que nosotros habíamos pedido y deseado.»—Tercera carta de Cortés.

llas de la calzada meridional, dió fondo con su escuadrilla en un sitio próximo á un baluarte llamado Xoloc, actualmente puerta ó *garita* de San Antonio Abad, donde se reunian las calzadas de Iztapalapan y de Coyohuacan. (1)

El general español, conociendo que seria importante apoderarse del referido baluarte, saltó á tierra con parte de su gente. Despues de un combate obstinado, el fuerte quedó en poder de los españoles.

El pensamiento de Cortés, al salir de Texcoco con los bergantines, habia sido acampar con Cristóbal de Olid en Coyohuacan, para disponer allí las operaciones del sitio; pero al apoderarse del fuerte Xoloc, cambió de parecer, encontrando aquel punto altamente ventajoso para el buen éxito de su empresa, y resolvió establecer en él su campamento. Con efecto, Xoloc tenia condiciones que favorecian los designios del caudillo español. Situado allí su cuartel, se hacia dueño de la principal calzada, así como de la de Coyohuacan, para comunicarse libremente con el campamento de Cristóbal de Olid, y se encontraba en posesion de la parte del lago por donde podian entrar mayores socorros á la capital. Próximo á Tacuba y á Coyohuacan, podia enviar auxilios á cualquiera de los dos campamentos, en el momento que los necesitasen, y dar sus órdenes con oportunidad. A estas ventajas, se agregaba la no menos importante de su inmediacion á Méjico, pues esa proximidad contribuia á facilitar los asaltos.

(1) En Méjico se llaman garitas á las puertas que dan entrada á la ciudad. Así se dice: garita de San Antonio Abad, garita de Peralvillo, garita de San Cosme, etc.

Tomada la resolucion de formar allí su cuartel general, mandó sacar de los buques tres cañones de fierro que situó sobre la calzada: avisó á Cristóbal de Olid que le enviase la mitad de la gente que tenia en su campamento, y á Gonzalo de Sandoval le ordenó que dejando Iztapalapan, se dirigiese á Coyohuacan, y le enviase desde este último punto, cincuenta soldados de infantería. Dictadas las anteriores órdenes, se ocupó de poner en buen estado de defensa la fortificacion de Xoloc y en dar instrucciones á los capitanes que mandaban los bergantines, encargándoles que no descuidasen un solo instante la vigilancia. (1)

Los mejicanos comprendieron toda la importancia del punto de Xoloc, desde el momento en que lo vieron en poder de los españoles. No lo habian conocido antes, y por lo mismo, lo tuvieron, por decirlo así, desguarnecido. Anhelando recobrarlo á todo trance, se dispusieron á dar de

(1) Desde este dia 31 de Mayo, empezó el sitio de Méjico. Clavijero, como he dicho en la nota anterior, pone que «Olid marchó á Coyohuacan el dia 30 de Mayo, consagrado aquel año á la solemnidad del Corpus, en el cual comenzó, segun el cómputo de Cortés, el asedio de la capital.» Que siete dias antes por lo menos, esto es, el 23, se hallaba Olid en Coyohuacan, se ve por las siguientes palabras de Cortés: «Y aquel dia que Cristóbal de Olid se partió: (separándose del campamento de Alvarado) para Coyohuacan, él y la gente llegaron á las diez del dia... E otro dia de mañana fueron á dar una vista á la calzada... y esto continuaron seis ó siete dias... Y como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los de las dos guarniciones deseaban mi llegada con los bergantines, como la salvacion.» Despues marca Cortés su salida de Texcoco y la de Sandoval, diciendo: «E otro dia, despues de la fiesta de Corpus-Cristi, viernes, al cuarto del alba, hice salir de Tesaico á Gonzalo de Sandoval... Como hube despachado el alguacil mayor, luego me metí en los bergantines y nos hicimos á la vela.» Como el dia de Corpus cayó en 30, y la salida de Cortés fué al siguiente, esto es, el 31, siete dias despues de estarle esperando los de los campamentos, resulta, segun el cómputo de Cortés res-

noche un asalto, á pesar de no ser costumbre entre ellos combatir desde que se ocultaba el sol. Eran las doce de la noche, cuando millares de guerreros, en canoas unos y otros por la calzada, acometieron con ímpetu espantoso el campamento de Cortés. Los españoles, que siempre estaban apercibidos para el combate, recibieron á sus contrarios disparando sobre ellos sus ballestas y sus arcabuces. El combate se trabó de una manera terrible. Los mejicanos, dando horribles alaridos y sonando sus instrumentos de guerra, hacian esfuerzos inauditos por penetrar en el baluarte, arrojando un diluvio de flechas sobre sus contrarios. Grande era el conflicto en que se encontraban los castellanos al verse acometidos por todas partes y con terrible furia; pero resueltos á morir antes que abandonar el importante punto de que eran dueños, luchaban con heróico denuedo. Los bergantines, auxiliando á la corta guarnicion, disparaban sus falconetes sobre los asaltantes y las canoas, causando considerable estrago. Los mejicanos, despues de haberse batido con terrible tenacidad, se vieron

pecto á la duracion del sitio, que empezó el 31, en que él cerró la calzada que faltaba por cubrir, pues de referirse al dia que acampó Olid, que fué hácia el 23, resultarian siete dias mas de los que él ponia de asedio. Que no fué el dia 30 sino hácia el 23, cuando acampó Sandoval, se ve tambien por lo que dice Bernal Diaz: Asegura éste que la division de Alvarado en que él iba, y la de Sandoval, salieron de Texcoco el 13, y cinco que tardaron hasta llegar á Tacuba y atacar á Chapultepec, son 18, y cinco dias que debieron estar juntos entre el ataque que dieron en la calzada y entre componer algunos malos pasos, pues en esto último se tardaron, segun Cortés, «tres ó cuatro dias,» resulta que Sandoval acampó, sin duda ninguna hácia el 23, y de ninguna manera el 30. Cierto es que Cortés dice que el sitio empezó el dia 30 de Mayo y que salió el 31; pero bien puede ser esto una errata de fecha del editor de poner 30 en vez de 31, pues incluyendo este dia en la cuenta, resultan hasta el 13 de Agosto, los setenta y cinco que duró el sitio.

precisados á retirarse, tristes de no haber conseguido su objeto; pero resueltos á volver á la lucha. (1) Con efecto; al siguiente dia, acaudillados por espertos capitanes, acometieron en número prodigioso por agua y tierra, lanzando sobre sus contrarios una tempestad de flechas y de piedras. Empeñados en recobrar el punto perdido, acudian nuevos batallones á la lucha, lanzando toda aquella multitud alaridos espantosos que «parecia, dice Hernan Cortés, que se hundia el mundo.» En esos momentos recibió el general español el refuerzo que habia pedido á Cristóbal de Olid, y haciendo una salida atacó á las tropas aztecas, que se formaron inmediatamente en órden de batalla sobre la calzada. El combate se sostuvo con admirable denuedo por una y otra parte; pero los mejicanos, destrozados al fin por la caballería y los disparos de los tres cañones, emprendieron la retirada, perseguidos de cerca por sus contrarios. La lucha se renovó en uno de los puentes que tenian cortados; pero cargando con ímpetu la infantería española y las tropas auxiliares, lo abandonaron, como abandonaron otra trinchera, refugiándose en la ciudad.

Por seis dias continuaron los escuadrones mejicanos dirigiendo por agua y tierra sus ataques al punto cuya importancia conocieron demasiado tarde.

Viendo el general español que por la parte de la laguna que estaba al Poniente de la calzada, se presentaban las

(1) «Y á media noche llega mucha multitud de gente en canoas y por la calzada á dar sobre nuestro real, y cierto nos pusieron en gran temor y rebato, en especial porque era de noche, y nunca ellos á tal tiempo suelen acometer, ni se ha visto que de noche hayan peleado, salvo con mucha sobra de victoria.»—Tercera carta de Cortés.

canoas sin que pudiese acometerlas, hizo ensanchar un foso de la calzada, para que pudiesen pasar por él los bergantines. Terminada á los pocos momentos la obra, por el gran número de aliados que se ocuparon en ella, los barcos encontraron libre paso, quedando desde entonces dueños del interior del lago, como lo eran del exterior.

Entre tanto, Gonzalo de Sandoval, cumpliendo con las órdenes de su general, habia salido de Iztapalapan hácia Coyohuacan. Al pasar por Mexicaltzinco, ciudad edificada sobre el agua, un número considerable de tropas mejicanas salieron á disputarle el paso de la calzada. Alcanzada la victoria por el capitan español, penetró en Mexicaltzinco y puso fuego á la poblacion. Sabiendo Hernan Cortés que los mejicanos habian cortado la calzada para impedir que Sandoval pudiese continuar su marcha, le envió dos bergantines que, sirviéndole de puentes, facilitaron el paso á las tropas. Vencida la dificultad, la division llegó á Coyohuacan, sin ningun otro contratiempo. Gonzalo de Sandoval, dejando su ejército en esta poblacion, y sin descansar de la fatiga de la batalla, se dirigió, con diez ginetes, al campamento de Cortés, para darle cuenta de lo acaecido y recibir sus instrucciones. Cuando llegó al sitio en que se acampaba el general, se encontraban las fuerzas que guarnecian el punto, empeñadas en un terrible combate con los escuadrones aztecas. Gonzalo de Sandoval y los ginetes que con él iban, desmontaron de sus caballos, porque solo á pié se podia combatir en la parte de la calzada en que se hallaba empeñada la accion, y se unieron á sus compatriotas, acometiendo á los contrarios con extraordinario brio. Los soldados españoles y mejicanos an-

tés, no queriendo esperar pasivamente los resultados de un sitio que podria prolongarse demasiado, si se concretaba á rendir por hambre, á los sitiados, dispuso dar un asalto simultáneo á la capital, atacando cada uno de los jefes de los campamentos, el barrio que tuviese mas cercano. En virtud de la disposicion tomada, Pedro de Alvarado debia avanzar desde Tacuba, por la calzada del mismo nombre, hoy de San Cosme, hácia la calle actual de Tacuba: Gonzalo de Sandoval, por la calzada de Guadalupe, llamada entonces, como he dicho, de Tepeyacac, se dirigiria sobre Santiago Tlatelolco; y Hernan Cortés, que ocupaba el punto de Xoloc, que es la actual garita de San Antonio Abad, avanzaria, con Cristóbal de Olid, que era el maestre de campo y á quien habia llamado á su lado, sobre la calle del Rastro, llamada en aquella época de Iztapalapan.

A la primera luz de la aurora, el ejército estaba en pié. En cada campamento se celebró el santo sacrificio de la misa, como era costumbre siempre que se acometia una empresa difícil, al que asistieron los soldados con profundo recogimiento. Las tropas indias auxiliares, miraban con respeto la augusta ceremonia, y contemplaban con admiracion, el respeto con que estaban los hombres blancos, deduciendo de la humildad que demostraban, la grandeza del Dios á quien adoraban. (1)

por aquella parte el agua de la laguna. Tampoco podia acampar en Texcoco, Sandoval, porque desde este punto ningun daño se podia causar á Méjico, y mucho menos impedir que le entrasen recursos.

(1) «Así como fué de dia se hizo una misa de Espíritu Santo, que todos los christianos oyeron con mucha devocion: é aun los indios, con simples, é no entendiendo de tan alto misterio, con admiracion estaban atentos notando el silencio de los cathólicos y el acatamiento que al altar, y al sacerdote los christianos tuvieron hasta recibir la bendicion.»—Oviedo. Hist. de las Ind. MS.

Dejando en los campamentos alguna fuerza española de caballería con mas de diez mil indios aliados, emprendió cada jefe la marcha con direccion al barrio mas próximo de la capital.

Componian los tres cuerpos que marchaban al asalto, una fuerza de quinientos castellanos y mas de setenta mil aliados de Texcoco, Tlaxcala, Chalco, Huexotzinco y Cholula. Hernan Cortés, dejando resguardada la espalda por una fuerza de caballería, avanzó á pié, acompañado de varios caballeros, tambien desmontados, y al frente de sus tropas, perfectamente ordenadas, hácia la ciudad. Los bergantines iban flanqueando la calzada, para evitar que las canoas se aproximasen á ella.

Muy poco llevaba de haber emprendido el avance, cuando se encontró el general español con un largo y profundo foso y una espesa trinchera del lado opuesto, de tres varas de alto. Al detenerse en la orilla de la ancha cortadura, cayó sobre el ejército español un diluvio de flechas, arrojadas por un cuerpo numeroso de guerreros aztecas, colocado detrás de los parapetos. Los españoles hicieron notables esfuerzos para desalojar á los contrarios del sitio que ocupaban; pero las saetas lanzadas de sus ballestas lo mismo que las balas de sus arcabuces, quedaban muertas en la muralla, sin hacer el mas leve daño á los mejicanos que se hallaban parapetados detrás de ella. En aquellos instantes llegaron los bergantines que iban flanqueando la calzada; y haciendo fuego cada uno con el falconete que llevaba, obligaron á los mejicanos á abandonar la fortificacion. Los castellanos pasaron el foso inmediatamente, y siguieron el alcance de los aztecas, hasta la entrada de la

misma ciudad. Una nueva cortadura les obligó allí á detener el paso. Era un puente que habian quitado en una calle por donde atravesaba un ancho y profundo canal. Aquí se renovó el combate, haciendo los mejicanos prodigios de valor por defender el paso; pero batidos por los bergantines, que disparaban su artillería de uno y otro lado, emprendieron la retirada por la calle de Iztapalapan, hoy del Rastro. Los soldados de los bergantines saltaron á tierra, en la parte que habian ocupado los mejicanos, y Cortés y sus tropas, pasaron libremente, por el agua, al otro lado del puente, haciendo lo mismo el ejército aliado que pasaba de ochenta mil hombres, segun asegura el mismo general. (1) Mientras un número considerable de las tropas auxiliares se ocupaba, por órden de Cortés, de cegar el puente para no dejar detrás paso ninguno peligroso, otra parte del ejército que marchaba en persecucion de los mejicanos, se apoderó de otra trinchera no menos fuerte que las anteriores.

Los españoles se hallaban ya en la calle principal de la corte azteca, que atravesaba la ciudad de Sur á Norte. Era la misma por donde hicieron su primera entrada cuando fueron recibidos con respeto y benevolencia por el emperador Moctezuma. Se llamaba, como tengo repetido, calle de Iztapalapan, hoy del Rastro, y seguia por la del Reloj, hasta la calzada de Guadalupe ó Tepeyacac. Podia

(1) «E como empezaron á desamparar el albarrada, los de los bergantines saltaron en tierra, y nosotros pasamos el agua, y tambien los de Tlaxcaltecal, y Guaxocingo, y Calco, y Tesaico, que eran mas de ochenta mil hombres.»—Tercera carta de Cortés.

considerarse como la calle de la aristocracia azteca, pues á uno y otro lado de ella se levantaban los espaciosos edificios habitados por los señores de las provincias que estaban obligados á residir una gran parte del año en la corte, dejando en rehenes, cuando se ausentaban, algúno de sus hijos, con que los emperadores aztecas habian asegurado hasta entonces, la obediencia de los reinos feudatarios.

Cegadas sólidamente las cortaduras ganadas hasta dejar nivelado el suelo, Hernan Cortés continuó el avance, llevando en la vanguardia una pieza de artillería del calibre de dos libras. Los mejicanos, colocados en las azoteas de los edificios, descargaban una nube de flechas y de piedras sobre sus contrarios; pero alcanzados por las balas de los arcabuces y las saetas salidas de las ballestas, se veian precisados á continuar su retirada. El general español, para avanzar con mas seguridad y sin dejar enemigos en los flancos, dispuso que las tropas aliadas fueran demoliendo de trecho en trecho las casas, á uno y otro lado de la calle.

Así fueron perdiendo los mejicanos una tras otra todas las fortificaciones levantadas en la ancha calle de Iztapalapan, oyéndose en cada uno de aquellos triunfos, el grito de victoria de los vencedores. A medida que se ganaban los fosos y cortaduras, se iban cegando con la tierra y piedra de las trincheras, precaucion prudente de Cortés para evitar todo conflicto en los instantes de retirarse al campamento.

De esta manera llegó una parte de la fuerza española hasta un puente, inmediato á la plaza en que se hallaban los principales edificios y el magnífico templo en que hoy

se levanta majestuosa, como notable obra del arte arquitectónico, la grandiosa catedral.

Los mejicanos que no se habian podido imaginar que los contrarios penetrasen en pocas horas hasta el centro de la ciudad, no habian levantado allí fortificacion ninguna ni habian quitado el puente. (1) Resueltos, sin embargo, á combatir, se formaron en la inmensa plaza, cubriendo á la vez las anchas azoteas de las sólidas casas que la rodeaban.

El número de escuadrones aztecas allí reunidos, era imponente. (2) Los españoles se detuvieron para colocar el cañon en la entrada de la plaza, y pronto dirigieron sus tiros sobre la multitud, haciendo horrible estrago en ella. La confusion y el terror empezó entonces á introducirse entre los mejicanos. El considerable número de guerreros aliados que se presentó en aquel instante, acabó de intimidarles. Los españoles, habian pensado esperar á su general y demás compañeros para penetrar en la plaza; pero viendo que en todo aquel inmenso espacio no habia acequias ni canales, que era de donde solian recibir el daño, se lanzaron resueltamente sin esperar á que llegase. (3)

(1) «Hasta otra puente que está junto á la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad; y esta puente no la tenian quitada ni tenian hecha albarrada en ella; porque ellos no pensaron que aquel dia se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aun nosotros pensamos que fuese la mitad.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Eran tantos,» dice Cortés, «que no cabian en ella.»

(3) D. Antonio de Herrera, en su Historia general, asienta que Hernan Cortés fué el que infundió valor á los soldados que se habian detenido: «Y con todo eso,» dice, «no se determinaban los christianos de entrar en la plaza; por lo cual diciendo Hernan Cortés, que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el pri-

La asombrosa multitud de indios confederados que con ellos iba, se arrojó como impetuoso torrente sobre sus contrarios, dando horribles alaridos. Las tropas mejicanas, comprendiendo que era imposible luchar con buen éxito, se retiraron al átrio inferior del vasto *teocalli*, cuyos sólidos edificios les ofrecian un excelente punto de defensa. Allí estaban sus dioses; allí el venerado y sangriento númen de la guerra Huitzilopochtli, por quien juzgaban que debian luchar hasta morir.

El combate se renovó en el recinto consagrado á los

mero.» Varios historiadores han seguido al expresado D. Antonio de Herrera en ese pasaje, presentando á los soldados españoles temerosos de entrar en la plaza, y haciendo llegar en aquellos momentos á Hernan Cortés para animarlos. «No se atrevian los españoles,» dice Clavijero, «á entrar en ella, (en la plaza) hasta que el mismo general, reprendiéndoles aquel ignominioso miedo y arrojándose intrépidamente contra los enemigos, dió valor á sus soldados.» Prescott, adoptando la misma opinion, se expresa en los siguientes términos: «Detuviéronse los españoles á la entrada de la plaza, oprimidos por los tristes recuerdos que en aquel instante que se agolparon á imaginacion; pero su intrépido caudillo, inquieto por el temor que mostraban, les mandó avanzar antes de que los aztecas tuviesen tiempo de reunirse; y llevando en una mano la adarga y blandiendo con la otra la espada, dió el grito de guerra de «Santiago,» y cargó sobre el enemigo.» Comprendo que el presentar á los soldados irresolutos, y luego 'arrastrados al combate por el heroismo del general, es de agradable efecto, puesto que hace resaltar la interesante figura del caudillo español. Sin embargo, como el mismo Hernan Cortés manifiesta en su tercera carta, que no se encontró en la plaza, y dice lo diametralmente opuesto á lo dicho por Herrera y los que le han seguido, no he titubeado en poner los hechos, como él refiere. «E los españoles,» dice el general, «como vieron que allí no habia agua, de donde se suele recibir peligro, determinaron de les entrar en la plaza.» No dice vimos y determinamos, que es el modo con que suele expresarse cuando indica que tomó parte en el hecho. «E como los de la ciudad vieron su determinacion puesta en obra,» añade, «vuelven las espaldas.» Se ve, pues, que acometieron sin que el general tuviese necesidad de darles ejemplo de valor.

ídolos, con ira espantosa. Los sacerdotes y los augures aztecas, vestidos con sus ensangrentadas túnicas, exhortaban á los guerreros, desde el átrio superior del templo, á que luchasen contra los enemigos de sus dioses. Excitados los mejicanos por las palabras de los ministros de su religion, se arrojaban sobre sus contrarios, despreciando la muerte; pero sintiendo los estragos de la pieza de artillería y no pudiendo resistir al filo de las espadas toledanas, abandonaron el punto, refugiándose á las calles inmediatas. Muchos de los guerreros que defendian las torres del elevado *teocalli*, que eran los santuarios en que se hallaban sus divinidades, quedaron muertos al pié de los altares, teniendo á dicha morir en defensa de sus dioses, y otros fueron precipitados al patio inferior, quedando despedazados en la caida.

Dueños los españoles del recinto consagrado á la religion, penetraron en el santuario del dios Huitzilopochtli, que lo formaba una de las dos torres colocadas en la parte superior del templo. El monstruoso ídolo que estaba adornado de una careta de oro y de diversas alhajas, representando corazones y cráneos humanos, fué despojado de ellas por los soldados primeros que subieron, y arrojado por las escaleras del *teocalli*. (1)

(1) En la 13.ª relacion de Ixtlilxochitl, que D. Cárlos María Bustamante dió á luz, y en la cual se comprende entre otras cosas algo sobre la toma de Méjico, se dice que Cortés fué el que se apoderó de la máscara de oro que cubria el rostro del númen de la guerra. Ya he manifestado en la nota anterior que el general español no llegó á la plaza, y por lo mismo, mal pudo subir á las torres del templo donde estaba Huitzilopochtli. Pero las palabras que voy á copiar del mismo Hernan Cortés, acabarán de convencer de que no subió al santuario. «Y los españoles y nuestros amigos se lo ganaron,» dice, «y estuvieron en

Desde aquel punto dominante, descubrian la ciudad entera, y fijaban la vista en varios sitios de imborrables recuerdos para ellos. A muy corta distancia, en la inmediata calle, llamada actualmente de Santa Teresa, se levantaba el vasto palacio de Axayacatl, donde tuvieron sus cuarteles y encontraron el tesoro de Moctezuma: al lado opuesto, en la que lleva el nombre de Empedradillo, se veian los suntuosos edificios en que aquel infortunado emperador azteca habitó al principio de su reinado y que, ocupando toda la parte que lleva ese nombre, y llegando por la calle de Plateros y de Tacuba hasta la de San José el Real, formaban uno de sus sitios de recreo, donde se hallaban, en inmensas pajareras, las bellísimas y variadas aves de brillante plumaje, que pueblan los bosques y las selvas del Anáhuac. Al otro lado, y un poco mas adelante, se destacaba el grandioso palacio, en que á la llegada de Hernan Cortés, habitaba Moctezuma, ocupando el mismo sitio en que hoy se levanta el de los presidentes, aunque entonces se extendia hasta la esquina de la calle de Flamencos, cogiendo toda la plaza del Volador y la Universidad, hasta la del Correo Mayor. Pero á separarles de los recuerdos despertados por los sitios que les eran conocidos, llegaron bien pronto los espantosos alaridos de guerra, lanzados de

él y en las torres un buen rato.» No dice les ganamos y estuvimos, ni estuve, sino les *ganaron* y *estuvieron*. Por lo mismo no es de admitirse lo que con referencia á ese hecho trae Ixtlilxochitl y que el laborioso escritor D. Cárlos María Bustamante dió á luz y dice así: «En la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli que llegaron Cortés é Ixtlilxochitl á un tiempo, y ambos embistieron con el ídolo. *Cortés cogió la máscara de oro,* con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella.» En la historia la verdad debe estar ante todo.

repente, por toda la ciudad. Guatemotzin, queriendo castigar la osadía de los que habian penetrado hasta el templo, envió contra ellos millares de escuadrones, mandados por sus mas bizarros capitanes. La plaza se inundó, por decirlo así, de guerreros mejicanos, que penetraban á ella por todas las calles inmediatas, como desembocan en el mar los caudalosos rios que marchan por diversos cauces.

Las tropas aliadas y los españoles, que habian quedado en el átrio inferior del templo, se vieron acometidos con furia espantosa. Los soldados que habian subido al *teocalli*, bajaron precipitadamente para unirse á sus compañeros. Formando un cuerpo compacto, trataron de resistir, á pié firme, el empuje de sus contrarios. Confiaban que, entre tanto, marcharia en auxilio de ellos Hernan Cortés, que se habia quedado atrás, haciendo cegar los fosos y los puentes. Pero todos sus esfuerzos, por sostenerse quietos en un punto, fueron inútiles. Los mejicanos, sedientos de vengar los ultrajes inferidos á sus dioses, cayeron como un torrente impetuoso sobre sus contrarios, arrollándolos hasta arrojarlos del circuito del templo. Los españoles, alentados con la esperanza de que serian auxiliados por el general, y conociendo que si se desordenaban, serian perdidos sin remedio, se detuvieron en la plaza, presentando las puntas de sus espadas á sus furiosos enemigos. Una descarga de arcabucería, disparada á quema ropa, detuvo á las primeras filas aztecas. Los españoles trataron de aprovechar esta detencion para disparar el cañon que tenian y abrir un claro en las filas contrarias; pero no lograron realizar su intento. Antes de que acabasen de cargar, los mejicanos se precipitaron sobre ellos, y se vieron arrojados por la

multitud fuera de la plaza, dejando el cañon en poder de los mejicanos.

Acosados entonces por todas partes, emprendieron su retirada con bastante desórden por la calle actual de Flamencos, hácia la del Rastro, en línea recta, llamadas de Iztapalapan en la época de los acontecimientos que refiero. (1) Todo fué confusion en aquellos instantes. Los escuadrones aliados, viendo desordenados y sin concierto á los cristianos, comprendieron que el peligro era muy grande, y emprendieron la fuga, atropellándose en ella.

El capitan que mandaba la fuerza castellana, manifestando un valor heróico, arengó á sus soldados para que combatieran unidos, haciéndoles ver que era la única manera de poder salvarse. Su voz fué escuchada, y todos se detuvieron á hacer frente al enemigo, retirándose poco á poco y en concierto. (2) Pero el órden y la formacion fué imposible conservarlos por mucho tiempo. Acometidos de continuo por un número incalculable de guerreros que se precipitaban sobre ellos con imponderable arrojo, volvieron á desorganizarse, dando á la retirada todo el aspecto de una fuga. En aquellos críticos momentos aparecieron,

(1) «E por fuerza,» dice Cortés en su tercera carta, manifestando así que no se halló entre los que llegaron á la plaza, «los echaron de las torres y de todo el patio y circuito, en que se vieron en muy grande aprieto y peligro; y cómo iban mas que retrayéndose, hicieron rostro debajo de los portales del patio. E como los enemigos los aquejaban tan réciamente, los desampararon y se retrajeron á la plaza, y de allí los echaron por fuerza hasta los meter por la calle adelante; en tal manera, que el tiro que allí estaba lo desampararon.»

(2) Prescott pone á Cortés entre los que se retiraban del templo y de la plaza; pero ya he manifestado que el error tiene su orígen en lo que refiere D. Antonio de Herrera.

como brotados de la tierra, tres soldados de caballería, derribando á la multitud victoriosa y esparciendo el terror en ella.

La escena cambió entonces completamente. Los españoles, al verse auxiliados por los ginetes, se lanzaron sobre los escuadrones mejicanos que, aterrados por la súbita aparicion de los corceles, y creyendo que llegaba toda la fuerza de caballería, emprendieron precipitadamente la retirada.

No nacia el terror de los mejicanos hácia los caballos, de supersticion ni de error ninguno. Tenian demasiada capacidad y buen criterio para que no se les infiera la injuria de creerles dominados de una preocupacion que estaban muy lejos de abrigar. En la larga permanencia de los españoles en la capital azteca, se habian familiarizado con la vista de aquellos briosos animales. Despues, cuando llegaron los dias de combate en los cuarteles y en las calles, se habian presentado delante de los ginetes, hiriendo á muchos de éstos y matando á no pocos de los corceles que montaban. En la retirada de la Noche Triste, los fosos quedaron cubiertos de caballos muertos, y en todas las entradas que pocos dias antes de emprender el sitio se habian hecho por la calzada de Tacuba, los mejicanos rechazaron á los ginetes, hiriendo á los bridones que montaban. El terror á los caballos, reconocia una causa enteramente natural. Los mejicanos, llenos de valor, y resueltos á luchar contra la caballería á pié firme, habian hecho lanzas muy largas, muchas de las cuales presentaban, por punta, las cortantes espadas quitadas á los españoles. Pero no bastaba el valor ni las armas. Faltaba una cosa

esencial: el conocimiento de la esgrima de la temible lanza, para defenderse de la caballería. Los mejicanos se habian presentado mil veces, llevados de su heróico denuedo, á combatir contra los ginetes; pero á pesar de su arrojo y de su esfuerzo, se habian visto siempre atropellados por los corceles, debido á la causa que dejo referida. Los funestos resultados obtenidos en todos los encuentros en que habian tratado de resistir á la caballería, llegó á infundir en ellos el justo y natural terror que le cobraron. Por eso al verse de repente acometidos por los ginetes que acudieron en auxilio de sus compatriotas, se sobrecogieron de espanto, y emprendieron en confuso tropel su retirada hácia la plaza, desapareciendo de ella y del átrio á los pocos instantes, abandonando el cañon que antes habian dejado los españoles.

Recobrada por los castellanos la pieza de artillería y reforzados por otros seis ginetes mas que llegaron en aquellos momentos, siguieron por un instante el alcance de los fugitivos. Todos los edificios inmediatos al templo, habian sido abandonados por los aztecas. Unicamente se habian quedado en el átrio superior del *teocalli*, doce nobles guerreros mejicanos, resueltos á morir defendiendo el santuario de sus dioses. Aunque el templo tenia ciento catorce escalones y los castellanos se hallaban fatigados del largo combate sostenido, cinco de los mas fuertes y ligeros emprendieron la subida. Los nobles aztecas les esperaron con valor, y al llegar á la cúspide, se trabó un reñido combate. El *maquahuitl* mejicano y la espada toledana se cruzaron, mostrándose los que las manejaban dignos de la reputacion de valientes, justamente adquirida

por los hijos de los dos países. Pero en este combate, la destreza en el manejo de las armas dió el triunfo á los españoles. Los doce guerreros mejicanos quedaron muertos en la lucha, sin haber dado un paso atrás; sin haber querido rendirse. (1)

Eran ya las seis de la tarde. Hernan Cortés viendo que se aproximaba la noche, envió órden para que se retirasen, pues la prudencia exigia volver al campamento antes de que se ocultase la luz del sol. Al ver los mejicanos que las tropas españolas emprendian su movimiento de retroceso, se lanzaron por todas partes dando horribles alaridos y acosándoles por los flancos y la retaguardia. Los nueve ginetes, colocados al fin de la columna, acometian de vez en cuando á los aztecas, persiguiéndoles un gran rato y causándoles terribles daños. Así llegaron hasta el sitio en que se habia detenido Cortés á cegar la última cortadura, emprendiendo juntos la retirada hácia el campamento.

El número de guerreros mejicanos aumentaba á cada instante, arrojando un diluvio de flechas y de piedras. Si Hernan Cortés no hubiera tenido la precaucion de cegar los fosos, la vuelta al campamento hubiera presentado graves dificultades; «pero todos los malos pasos de la calle y calzada que presentaban peligro al tiempo de retirarse, los habia compuesto, como él asegura, y los soldados de caballería, que eran los que intimidaban á los contrarios, podian correr de un lado á otro libremente.»

El general español, colocando á la vanguardia á las tro-

(1) «Hiciéronse fuertes allí diez ó doce indios principales de los de la ciudad, y cuatro ó cinco españoles subiérongela por fuerza; y aunque ellos se defendian bien, ge laganaron y los mataron á todos.»—Tercera carta de Cortés.

pas aliadas, y en el centro á la infantería española, montó á caballo y se puso con los ginetes en la retaguardia para contener á los contrarios, sobre los cuales se lanzaban varias veces, causándoles considerable número de muertos. Sin embargo del daño que los aztecas recibian en aquellas acometidas, continuaban con admirable tenacidad, molestando á sus contrarios, siguiéndoles, dice Hernan Cortés, «como perros rabiosos, á quienes de ninguna manera podian contener ni evitar que les siguieran.»

El caudillo castellano, viendo que de las azoteas disparaban sobre ellos una incesante tempestad de flechas y de piedras, mandó poner fuego á las principales casas de la calle. Era el punto por donde habia de volver á penetrar en la ciudad, y quiso destruir los edificios de donde pudiera ser atacado. (1)

Alumbrados por la roja luz de las incendiadas habitaciones, cuyas llamas se elevaban al cielo, entraron los españoles á sus cuarteles de Xoloc, hoy garita de San Antonio Abad.

Al mismo tiempo que la division de Hernan Cortés habia penetrado hasta el centro de la ciudad por la calle de Iztapalapan y habia alcanzado notables ventajas, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval atacaron bizarramente la ciudad por los puntos que les correspondian. Ninguno de los dos penetró hasta los suburbios de la capital; pero tampoco habian tenido para ello barcos que les auxiliasen por el agua. Sin embargo, Pedro de Alvarado, acometiendo

(1) «Y dejamos puesto fuego á las mas y mejores casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrásemos, dende las azoteas no nos hiciesen daño.» —Tercera carta de Cortés.

por la calzada de Tacuba, derrotó varias veces á sus contrarios; y Gonzalo de Sandoval puso en dispersion á los numerosos escuadrones que le salieron al paso al aproximarse á Santiago Tlatelolco. Las tropas aliadas se batieron con notable valor, y el general castellano elogia la bizarría de ellas, diciendo que «pelearon muy bien.»

Las fuerzas auxiliares recibieron, al terminar la accion, un aumento considerable. El rey de Texcoco, el jóven Fernando Ixtlilxochitl, que profesaba una adhesion profunda á los españoles, armó un ejército de cincuenta mil hombres, y poniendo al frente de él á un hermano suyo, jóven de reconocido valor, llamado Cárlos Ixtlilxochitl, lo envió al campamento de Cortés.

El general español recibió al gallardo jóven con las mas altas demostraciones de afecto. Conocia la importancia del refuerzo, no solo por la fuerza material que le prestaba, sino por el efecto moral que debia producir en los mejicanos, como asegura el caudillo español. La nacion texcocana ó acolhua, habia sido hasta entonces la fiel aliada de Méjico. Desde 1425, en que se celebró la alianza ofensiva y defensiva entre el rey de Texcoco Nezahualcoyotl, el monarca mejicano Itzcoatl y el de Tacuba, Totoquihuatzin, nombrado por el segundo, los texcocanos habian manifestado una amistad firme á los emperadores aztecas: en sus principales conquistas les habian ayudado; y puede decirse que á esa alianza debian los mejicanos su engrandecimiento. La proximidad de las dos naciones y la amistad que se profesaban, dió por resultado el enlace de muchas familias nobles, encontrándose unida una parte bastante considerable de la grandeza, por el parentesco y los

intereses. Al ver, pues, á esa misma nacion, á esa misma nobleza, armada contra ellos, debian perder toda esperanza de auxilio, y sentir desmayar su brio. (1)

Despues de haber obsequiado á los jefes del ejército texcocano, el jefe español dispuso que el esforzado jóven Ixtlilxochitl, se quedase en su campamento con treinta mil hombres, y los otros veinte mil los destinó á los cuarteles de Pedro de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval.

La vista de las numerosas tropas aliadas reunidas para destruir el poder de los mejicanos y el asalto dado á la capital, penetrando en pocas horas hasta el centro de ella, llenó de asombro á las ciudades próximas á Méjico, y muchas enviaron sus embajadores á Cortés, pidiendo entrar en la confederacion y separándose de la obediencia de los emperadores mejicanos. Entre esas ciudades se contaba la de Xochimilco, donde el caudillo español se vió en inminente peligro de caer prisionero, y que fué entregada á las llamas. Los xochimilcos habian sido conquistados por el emperador mejicano Itzcoatl, en 1427, despues de una sangrienta batalla que sostuvieron contra las aztecas huestes conquistadoras, que habian dominado ya á los tepanecas, á los valientes coyohuacanos y á otros diversos reinos situados en el valle de Méjico. La proximidad de la corte de sus dominadores, hizo que nunca intentasen recobrar su independencia, temiendo ser destruidos. Tambien enviaron sus embajadores varias tribus de otomites, raza

(1) «Bien podrá V. C. M. considerar si era buen socorro y buena amistad la de don Hernando, y lo que sintirian los de Tenuxtitan en ver venir contra ellos á los que ellos tenian por vasallos y por amigos, y por parientes y hermanos, y aun padres y hijos.»—Tercera carta de Cortés.

valiente y guerrera, que habitaba todo el país de Tula al Poniente, donde aun se conserva su lengua. Estas alianzas eran de suma importancia para Cortés, no solo por el aumento del ejército auxiliar, sino tambien, porque así quedaban libres de toda hostilidad, las fuerzas que acampaban en Coyohuacan. (1)

La fortuna sonreia al favorecido general español. Todas las naciones y señoríos de Anáhuac se unian á sus banderas para derrocar el imperio azteca que les habia dominado y tomar sangrienta venganza. Para perfeccionar el sitio, no le faltaba mas á Hernan Cortés, que impedir los socorros de víveres y agua que se introducian por el lago en la ciudad. Con el objeto de privar á la capital hasta del mas mínimo recurso exterior, envió tres bergantines á cada uno de los otros dos campamentos, situados en Tacuba y Tepeyacac, quedándose él con seis, pues uno de los barcos se habia dejado sin gente, por haber salido, como queda dicho, un poco pesado. Los bergantines enviados á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, debian cruzar constantemente la parte de la laguna que se extendia entre los dos expresados campamentos, procurando capturar todas las canoas que se dirigiesen con víveres á la capital. Cuando cualquiera de los dos jefes quisiese disponer de los barcos para alguna operacion militar, los marineros y soldados debian obedecerles, pues estaban á las órdenes de ellos.

Distribuidos los bergantines de la manera que queda referido, y contando el general español con ciento sesenta

(1) «Y holgué mucho de su venida, porque si algun daño podian recibir los de Coyoacan, era de aquellos.»—Tercera carta de Cortés.

mil aliados, pues habian enviado los xochimilcos y otomites una fuerza de veinte mil guerreros, dispuso dar otro asalto general á la ciudad. Puesto de acuerdo con Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, se convino en que el ataque se efectuaria por los mismos puntos que el anterior, y de igual manera.

Llegado el dia señalado para el asalto, el ejército, despues de oir misa, se puso en marcha hácia los puntos de ataque. Las divisiones iban en el mismo órden observado en el asalto anterior; en la vanguardia la infantería española, con los arcabuceros y ballesteros en primera fila; seguian los ginetes; en la retaguardia iba el numeroso ejército aliado, y á los lados de la calzada los bergantines.

Hernan Cortés avanzó por la calzada de Iztapalapan, cuyas cortaduras habia cegado pocos dias antes, con el fin de facilitar el segundo asalto; pero bien pronto se vió detenido en su marcha. Los fosos, los puentes y las zanjas, estaban abiertos de nuevo; se habian levantado gruesos parapetos en el opuesto lado, y estaban defendidos por numerosos escuadrones. Sin embargo, las cortaduras no podian ser ya obstáculo peligroso para los españoles: eran dueños de la laguna, y podian seguir su marcha sin mas contratiempo que la detencion de algunos momentos. Los bergantines avanzaron por uno y otro lado de la calzada; y cogiendo por los flancos á los mejicanos, descargaron sobre ellos un fuego de artillería y de arcabuz, que les obligó á abandonar la fortificacion. Así fueron tomadas todas las demás zanjas, puentes y trincheras, hasta llegar á la calle de Iztapalapan, hoy del Rastro.

Aunque los mejicanos se presentaban á defender palmo

á palmo el terreno, luchando con extraordinario valor, no podian oponer la resistencia que en el anterior ataque. Hernan Cortés habia incendiado en su primer asalto los edificios de aquella calle, para evitar que le ofendiesen de las azoteas; y como las casas se encontraban reducidas á escombros, los aztecas no contaban allí para defenderse, mas que con las trincheras que habian levantado. Desalojados de todas partes y arrojados de la plaza y del templo que en ella se ostentaba, el general español, dió órden á sus soldados de que no pasasen adelante, hasta no dejar cegados todos los puentes y zanjas ganados. Diez mil aliados ocupó en la obra de cubrir con adobes y piedra las cortaduras, dejando plana la calle para que pudiese correr sin peligro la caballería. (1) Entre tanto que una parte de las tropas auxiliares se ocupaban en allanar los pasos difíciles, los españoles y las demás fuerzas aliadas, atacaban los edificios inmediatos á la plaza, desde donde los mejicanos se defendian bizarramente.

La tenaz resistencia y el daño que los soldados castellanos recibian de las azoteas, le hicieron comprender á Hernan Cortés que no habia esperanza de ningun arreglo de paz. Vió que los sitiados estaban resueltos á hacer una guerra de esterminio, y creyó, como él dice, que no le quedaba otro medio para aterrarlos, «que el de destruir los mas notables edificios; aquellos en que cifraban su orgullo y su gloria, pues le forzaban á ello, cosa que le causaba profundo sentimiento y le pesaba en el alma.» (2)

(1) «Andaba cegando con piedra y adobes toda el agua, que era tanto de hacer, que aunque para ello ayudaban mas de diez mil indios, etc.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y la otra, que daban ocasion y nos forzaban á que totalmente les des-

Los principales palacios se ostentaban precisamente al rededor de la ancha plaza, hasta donde las tropas castellanas habian llegado en su avance. A pocos pasos, se levantaba majestuoso el palacio de Axayacatl, donde habian tenido los españoles sus cuarteles hasta que fueron arrojados de la ciudad. Aquel palacio tenia gratos recuerdos de felicidad, á la vez que tristes memorias de amargura para los soldados de Cortés. Allí habian sido regalados por Moctezuma y obsequiados por la grandeza mejicana la vez primera que bajaron al valle: allí habian descubierto los tesoros del monarca azteca; los habian recibido despues como un regalo digno de su magnificencia, y los habian repartido; pero allí fueron tambien, pasado algun tiempo, los asaltos, los combates, el asedio, el hambre; y allí, por último, donde se vieron precisados á dejar abandonados los mismos tesoros que constituian su escasa fortuna. Los soldados españoles se lanzaron sobre el grandioso edificio, y desalojando á los que le defendian, penetraron en él, con teas encendidas, poniéndole fuego en todas direcciones. Aunque las paredes exteriores estaban hechas de piedra tezontle (amagdaloide porosa), los adornos del interior, los techos, los torreones y los adornos, eran de madera. Pronto, por lo mismo, prendió el fuego en las habitaciones, convirtiéndose el palacio en una inmensa hoguera, cuyas llamas, elevándose á una altura prodigiosa, extendian su

truyésemos. Y desta postrera tenia mas sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma ternia para les atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas.»—Tercera carta de Cortés.

siniestra luz sobre las calles inmediatas, envolviéndolas en una atmósfera abrasadora. El elemento devorador, cebándose en el aromático maderámen, que formaba la bella techumbre de las espaciosas habitaciones, habia convertido los salones en otros tantos hornos, que iban cubriéndose de ceniza, á medida que los inflamados techos caian desplomados con ruido espantoso. La régia mansion levantada por el valiente Axayacatl, padre de Moctezuma, en la época mas floreciente del imperio: la notable morada construida con todas las comodidades que tenian las suntuosas habitaciones de los emperadores aztecas, y que, mas tarde destinó Moctezuma para retirarse á sus ejercicios religiosos, permaneciendo así hasta que sirvió de alojamiento á Hernan Cortés, desaparecia en aquellos instantes, quedando el vasto edificio reducido á escombros y ceniza. Las ruinas de ese extenso palacio, notable por su capacidad, fueron reconocidas casi á mediados del presente siglo, al abrirse los cimientos de algunos edificios construidos en la acera que mira al Sur de la calle de Santa Teresa, pertenecientes al convento de la Concepcion.

Al mismo tiempo que las llamas devoraban el palacio de Axayacatl, se repetia igual escena con el vasto edificio de recreo que pertenecia á la familia de Moctezuma, destinado á las aves mas raras y exquisitas por su brillante plumaje. Se hallaba situado, como tengo ya referido, en la calle del Empedradillo, torciendo por la de Plateros y Tacuba, hasta San José el real. Aunque menos sólido este edificio, era mas elegante y esbelto que los otros. En él se veian en inmensas pajareras de madera, perfectamente labradas, las diversas aves que pueblan los espesos bosques,

las selvas y los prados de las regiones de Anáhuac, desde el diminuto colibrí, de matizados colores, hasta el águila real, de altiva cabeza y mirada penetrante. Era un palacio de recreo, mas gracioso que sólido, como correspondia al objeto para que se habia destinado, y que evidenciaba el refinamiento y gusto de los monarcas aztecas. El fuego, encontrando abundante combustible por donde quiera que se aplicaba la incendiaria tea, envolvió en breves instantes el edificio entre abrasadoras llamas. Los multiplicados peces que en espaciosos estanques, construidos en los patios y en los jardines, cruzaban el agua, corrian desalados en todas direcciones, asustados por la roja hoguera que reflejaba en las ondas, cayendo sobre ellos de vez en cuando algun pedazo de madera incendiado, desprendido de los miradores. Las canoras aves, agitando sus pintadas alas, buscaban inquietas la manera de salir de la mansion en que estaban encerradas, para librarse del elemento destructor, elevando el vuelo á la region del aire. ¡Inútil afan! Mas desgraciadas ellas que los peces, cayeron abrasadas, sin haber podido cruzar la bóveda de fuego que llegó á cubrirlas.

Mucho sentia el general español, segun él mismo repite, destruir aquellos palacios, cuya grandeza elogia; pero juzgaba que era preciso hacerlo, para obligar á los sitiados á pedir la paz. Queria hacerles sensibles los males que sufrian, y nada, con efecto, les causaba mas profunda pena que ver destruidos aquellos edificios que formaban su orgullo y el mas notable ornato de la grandiosa capital. (1)

(1) «E porque lo sintiesen mas, este dia hice poner fuego á estas casas grandes de la plaza, donde la otra vez que nos echaron de la ciudad, los espa-

Profunda era la pena que los mejicanos sentian al ver convertirse en cenizas y escombros los palacios de sus mayores; pero aun les era mas sensible ver á los xochimilcos y á los habitantes de otros pueblos, que hasta entonces habian sido vasallos del imperio, dirigirles insultos y amenazas, manifestándose inexorables con los prisioneros aztecas que cogian. Allí veian á sus antiguos aliados los texcocanos, acaudillados por el jóven general Cárlos Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, convertidos en sus mas implacables enemigos, llevando la desolacion y el espanto por todas partes. Al lado de sus antiguos amigos, veian á los bravos tlaxcaltecas, sus capitales enemigos, mostrándoles las piernas y los brazos de los mejicanos que habian matado, diciéndoles que aquella noche los comerian bien condimentados en la cena, como realmente lo hicieron. (1)

Los mejicanos, aunque desalojados de todas partes, volvian á la lucha, penetrando muchas veces hasta la plaza, trabando sangrientos combates con los aliados. En uno de esos combates, el esforzado general texcocano y el que acaudillaba las tropas mejicanas, se encontraron en medio

ñoles y yo estábamos aposentados; que eran tan grandes, que un príncipe con mas de seiscientas personas de su casa y servicio se podia aposentar en ellas; y otras que estaban junto á ellas, que aunque algo menores eran muy mas frescas y gentiles, y tenia en ellas Muteczuma todos los linajes de aves que en estas partes habia; y aunque á mí me pesó mucho dello, porque á ellos les pesaba mucho mas, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y tambien los otros sus aliados de las ciudades de la laguna.»—Tercera carta de Cortés.

(1) «Los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habian de comer aquella noche y almorzar otro dia, como de hecho lo hacian.»—Tercera carta de Cortés.

de la pelea. Ambos se lanzaron el uno sobre el otro, rivalizando en valor y en destreza; pero al fin el jóven Ixtlilxochitl, descargando su formidable maza ó *maquahuitl* sobre la cabeza de su intrépido contrario, le dejó sin vida á sus piés. Los mejicanos, al ver muerto á su general, se retiraron á los edificios de las calles inmediatas, perseguidos hasta el extremo de la plaza por sus contrarios que tenian órden de no pasar de allí. Colocados en las azoteas y disparando una granizada de piedras y de flechas, dirigian al general texcocano denigrantes epítetos y terribles insultos. Llamábanle traidor á su patria y á sus deudos, pretendiendo que combatia contra la opinion de sus compatriotas; pero como la nacion entera se hallaba dispuesta á combatir contra los mejicanos, el bravo Ixtlilxochitl, sin hacer caso de los denuestos arrancados por el despecho, continuaba acosándoles sin descanso.

Cuando el incendio habia devorado los vastos edificios que embellecian el centro de la capital azteca, Hernan Cortés, viendo que se acercaba la noche, dispuso la vuelta al campamento. La jornada habia sido de penosa fatiga para los españoles y los aliados; pero al mismo tiempo de notables ventajas, pues habian logrado vencer á sus contrarios y dejar cegadas todas las zanjas, nivelándolas perfectamente con la calle.

Colocados los numerosos escuadrones aliados en la vanguardia, la infantería española en el centro y la caballería en la retaguardia, se emprendió el movimiento de retroceso hácia los cuarteles.

Los mejicanos, viendo entonces el momento oportuno de ofender á sus contrarios, se arrojaron sobre ellos con

furia inaudita, descargando una tempestad de armas arrojadizas; pero acometidos por la caballería, que podia correr libremente por la calle, se veian precisados á retirarse, dejando algunos muertos. Sin embargo, tenaces en su resolucion de hostilizar al enemigo, volvian con mayor ira á picar la retaguardia, sufriendo iguales descalabros, pero sin desistir jamás de su empeño.

Enfurecidos contra los aliados, les dirigian todo linaje de insultos, especialmente el de cobardes, que era el mas ofensivo entre aquellas naciones. La contestacion de los provocados, era enseñarles los brazos y piernas de los que habian vencido; repitiendo que iban á servirles de exquisito manjar, y que al siguiente dia volverian para llevarse mayor número, pues seria mas completa la victoria.

Era casi de noche cuando Hernan Cortés llegó á su campamento de Xoloc, para descansar de las fatigas sufridas en el dia.

Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, lograron notables ventajas por las calzadas de Tepeyacac y de Tacuba, retirándose á sus cuarteles despues de la victoria.

Al amanecer del siguiente dia, con el objeto de llegar al centro de la ciudad antes de que los mejicanos pudiesen abrir los fosos cegados, salió de sus cuarteles el general español, al frente de sus tropas, en el mismo órden que en el ataque anterior. La tropa emprendió su marcha á paso redoblado; pero á pesar de la rapidez con que anduvo, no consiguió evitar lo que temia. Los mejicanos, con su actividad asombrosa y á fuerza de gente, habian vuelto á descegar los puentes y á levantar fuertes trincheras para impedir el paso. Los españoles se vieron precisados á

entrar en combate para recobrar los puntos que habian ganado el dia anterior. La lucha empeñada entre mejicanos y españoles fué tenaz. Los aztecas se batian con un valor extraordinario. El combate habia empezado á las ocho de la mañana y aun no terminaba á la una de la tarde. Hernan Cortés hizo entonces un esfuerzo extraordinario, y animando á su tropa, se arrojó sobre sus bravos enemigos obligándoles á emprender la fuga.

Dueños los sitiadores de la plaza, el caudillo español se dirigió hácia la calle de Tacuba. Su anhelo era ponerse en libre comunicacion con Pedro de Alvarado, que tenia á su cargo el ataque de la calzada del mismo nombre. Varios puentes habia cortados y defendidos por espesas trincheras. Hernan Cortés emprendió el asalto y se apoderó de dos, despues de un reñido combate. Era ya avanzada la tarde cuando terminó la lucha. El general castellano, precisado á volver á su campamento antes de que se ocultase el sol, emprendió el movimiento de retroceso, molestado en la retaguardia, como de costumbre, por numerosos escuadrones mejicanos.

La conviccion de que al siguiente dia encontraria abiertas las zanjas que, con excesivo trabajo, se habian cegado, le atormentaba. En cada uno de los asaltos tropezaba con las terribles dificultades que en los anteriores, y tenia que empezar la obra que habia dejado terminada. Sin duda que llamará la atencion ver que no tomaba una medida que remediase el mal que lamentaba, y que prolongaria notablemente el sitio; pero en su carta tercera á Cárlos V explica los motivos que le impedian obrar de otra manera. Dice que para conservar lo ganado, hubiera sido preciso, bien

establecer los cuarteles en el centro de la ciudad, ó dejar en los puentes ganados, gente que los defendiese. Lo primero era exponerse á mantener de dia y de noche una constante lucha con todo el poder de Méjico, cortarse la comunicacion con el resto del país, y no poder impedir que entrasen socorros á los sitiados, como impedia, teniendo su campamento en Xoloc, actual garita de San Antonio Abad. Lo segundo, exigia situar en las cortaduras cegadas, destacamentos españoles, pues no eran los nativos propios para ese servicio á que no estaban acostumbrados; pero era imposible pedir mayores sacrificios á los soldados castellanos. Luchando todo el dia, sin dejar sus pesadas armas, quedaban rendidos de fatiga al llegar la noche; y pedir de ellos la vigilancia y defensa de los puentes durante la noche, hubiera sido solicitar un trabajo superior á las fuerzas del hombre. (1)

Sin embargo, Pedro de Alvarado adoptó el sistema de poner en los puentes ganados, una fuerte guardia que los defendiese de noche. En los momentos que oscurecia, enviaba á los fosos cegados, un destacamento de cuarenta hombres, que velaban hasta la media noche. Llegada esa hora, era relevado por otro destacamento, igual en número, y éste por otro que se presentaba á las cuatro de la

(1) «Pero sabrá V. M. que en ninguna manera se podia facer, porque para ponerse así en efecto se requerian dos cosas: ó que el real pasáramos allí á la plaza ó circuito de las torres de los ídolos, ó que gente guardara los puentes de noche... teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora... nos diesen mil rebatos... Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, que no se podia sufrir poner gente en guarda dellos.»—Tercera carta de Cortés.

mañana, quedando los dos primeros en el puesto; resultando que se encontraban en el punto del peligro, ciento veinte hombres, dispuestos al combate. Cuando se temia algun ataque, entonces pernoctaba toda la fuerza española en los puentes cegados, esperando sobre las armas á sus contrarios desde que se ocultaba el sol hasta que volvia á asomar en el horizonte. (1)

Preciso es confesar que esta vida de constantes combates y vigilias, debia ser altamente penosa aun para las naturalezas de hierro de los españoles. Bernal Diaz del Castillo, que se hallaba en las filas de Pedro de Alvarado, pinta, en su estilo franco y sincero, la vida de fatiga que llevaban. «Velábamos, dice, durante la noche entera, y aunque el cielo se desatase en agua, rugiese el viento ó nos helase el frio, permaneciamos metidos en medio del lodo, mal curados de las heridas recibidas el dia anterior, y sin movernos del sitio del peligro. (2) La época no podia ser mas penosa para hacer la campaña. Era precisamente la estacion de las lluvias que desde fines del mes de Mayo á principios de Octubre, caen generalmente en aquel país, diariamente, de tres á cuatro y media de la tarde, ó bien de noche, y muy rara vez durante la mañana, que son muy hermosas, y en que se ostenta un cielo azul trasparente y bellísimo. Las calzadas, anegadas por los fuer-

(1) «Y algunas noches, cuando sentiamos mucho peligro, desde que anochecia hasta que amanecia todos los del real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mejicanos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos, allí habiamos de estar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tes aguaceros que caen con ímpetu espantoso en medio de imponentes truenos, se encontraban convertidas en inmensos lodazales, que aumentaban las penalidades de los soldados españoles. Precisados á permanecer á la intemperie, mojados, heridos casi todos y metidos en el fango, formado por la tierra removida por las pisadas de millares de guerreros, se veian precisados á dormir sin despojarse de las armas, viéndose con frecuencia despertados en medio de la mas profunda oscuridad, por los horrendos alaridos de los escuadrones aztecas, que se presentaban como brotados de la tierra. «Ni un solo instante de reposo encontraban á las fatigas del dia, segun afirma el soldado historiador. Ya se veian acometidos á media noche, ya al ocultarse el sol, ya al brillar el alba; dando horribles gritos unas veces, otras en el mayor silencio; pero siempre con furia espantosa.» (1)

La nueva táctica de atacar de noche y de tener en continua vela á los tres campamentos, cargando todas sus fuerzas unas veces sobre un campamento y atacando otras á los tres simultáneamente, revelan que el emperador Guatemotzin, tenia un talento militar, muy superior al desplegado hasta entonces por los demás generales aztecas.

Dotado de un espíritu guerrero y de una actividad asombrosa, situaba sus tropas en puntos convenientes, de

(1) «Y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otras al cuarto del alba, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

donde podian acudir inmediatamente á los sitios amenazados. Su cuartel general lo habia establecido en la gran plaza de Tlatelolco, punto el mas fuerte de la ciudad, y el palacio en que vivia, se hallaba situado en la actual calle del Factor que, algun tiempo despues de la conquista, se llamó de «Guatimuz,» que conducia en línea recta al notable mercado. (1)

Desde aquella plaza, junto á la cual se levantaba el gigantesco *teocalli*, construido en 1468 por Moquihuix, al dios Huitzilopochtli, dirigia el infatigable Guatemotzin sus operaciones militares. Reflexivo y organizador, seguia un plan sistemado, que facilitaba los movimientos del ejército y tenia á los contrarios en continua vela. Habia establecido sobre las elevadas torres del grandioso templo de Tlatelolco, diversas señales que indicaban los movimientos de los españoles, y marcaban á sus tropas lo que debian practicar. Al escuchar el tremendo sonido del monstruoso tambor que ocupaba una de las torres del *teocalli*, ó descubrir grandes fogatas en los altares del átrio superior, los pueblos de la laguna debian acudir, unos en canoas y otros por tierra, así como los escuadrones de la ciudad, al sitio que determinaba la señal, bien para prestar auxilio, bien para dar una sorpresa. Con este fin tenia nombrados los capitanes y escuadrones que habian de acudir á cada una de las calzadas.

(1) Se deduce que el palacio de Guatemotzin se halló situado en la actual calle del Factor, por el acta que se encuentra en el libro de cabildo de 17 de Noviembre de 1525 al hablar del solar que se le dió en aquella fecha á Juan Tirado, que lindaba por dos partes una de las cuales era «la calle que va al tianguis del Tlaltelolco, que se llama de Guatimosa.»

De noche se observaban en el campamento mejicano las mismas precauciones que guardaban los españoles en los suyos. Sus puestos avanzados se hallaban á distancia de pocas varas de los que ocupaban los sitiadores. En cada uno de ellos encendian una gran lumbrada, que mantenian en continuo vigor toda la noche. Tenian por objeto iluminar el paso intermedio entre las dos avanzadas, para poder descubrir á los españoles en caso de que pasaran la línea y quisieran sorprenderles. Para evitar ser vistos, se colocaban á bastante distancia de las fogatas y guardaban el mas profundo silencio. Relevaban las guardias en tiempo determinado; operacion que llegaba á conocimiento de los españoles, porque era el único momento en que hacian algun ruido que duraba muy pocos instantes. Contra la costumbre observada hasta entonces en los ejércitos aztecas, los alaridos habian desaparecido durante la noche, de los puntos avanzados, y solamente se escuchaba de vez en cuando algun silbido con que se daban á entender. (1) Para destruir los bergantines que se habian enseñoreado de la laguna, el activo Guatemotzin ocurrió á un medio ingenioso y sagaz. Viendo que las canoas eran impotentes para resistir el choque de los veleros barcos, mandó que en determinados puntos del lago, próximos á tierra, se cla-

(1) «Hacian grande lumbre, que ardia toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde lejos no les podíamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardia, no podíamos ver los indios que velaban; mas bien sentíamos cuando se remudaban y cuando venian á atizar su leña... y sin hacer ruido ni hablar entre ellos palabra, se entendian con unos silbos que daban.»—Bernal Diaz del Castillo.

vasen estacas en el fondo que, quedando cubiertas por el agua, no pudiesen ser vistas por los marineros españoles. Todas estas estacadas se encontraban delante de espesos cañaverales en que podian ocultarse grandes piraguas, y caer sobre la tripulacion de los bergantines al quedar varados en la estacada. Previsor y cuidadoso, habia acopiado una cantidad inmensa de víveres, que llenaban los edificios mas espaciosos de la ciudad, y aunque es cierto que habia sido cortada la cañería de Chapultepec, no por esto se carecia de agua dulce en la ciudad, al menos los principales personajes, pues la introducian de noche, en enormes vasijas, en sus canoas, los habitantes de los pueblos de la laguna.

Todas las medidas expresadas revelan el genio, el valor y la constancia del jóven emperador azteca.

Sabiendo Hernan Cortés que además de los víveres acopiados en la capital, entraban diariamente, para los sitiados, abundantes aves y agua, dispuso que los bergantines de los tres campamentos se ocupasen, durante la noche, en recorrer el lago por diversos puntos para dar caza á las canoas que se dirigian con víveres á la ciudad. Muchas fueron capturadas, y los indios que en ellas iban se vieron colgados de las entenas de los buques españoles. (1) Esta vigilancia desplegada por los que mandaban los bergantines, y el castigo aplicado á los indios capturados, atemorizó á los que se habian ocupado en proveer de lo

(1) «No habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca presa de canoas, y muchos indios colgados de las entenas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

necesario á la ciudad, y les retrajo de continuar proporcionando recursos. Entonces hizo Guatemotzin que se dispusiese una celada contra los bergantines. Por órden suya se colocaron, durante la noche, treinta piraguas con excelentes remeros y escogidos guerreros detrás de unos espesos carrizales, en la ribera meridional del ancho lago. Dispuesta la emboscada, cruzaron á distancia regular de los bajeles españoles que recorrian la laguna, dos canoas, fingiendo temor de ser vistas y mostrando afan por llegar á tierra, marchando en las direccion en que estaban ocultas las piraguas. Dos bergantines se lanzaron inmediatamente á dar caza á las canoas, no dudando que llevaban provisiones para la plaza. Uno de ellos iba mandado por Pedro Barba, capitan de ballesteros, notable por su valor; y el otro por otro distinguido oficial llamado Portillo, bravo militar que habia combatido en los tercios de Italia. Las canoas penetraron en los carrizales, y los bergantines que iban persiguiéndolas, quedaron varados entre las estacas. Inmediatamente se vieron los españoles rodeados por las piraguas y acometidos por los guerreros aztecas. Casi todos los soldados y remeros fueron heridos; muerto el oficial Portillo y gravemente herido el bravo capitan Pedro Barba que sucumbió al tercer dia de resultas de las heridas. En medio de la lucha, los castellanos hicieron esfuerzos por poner á flote uno de los bergantines, y en él lograron salvarse, quedando en poder de los mejicanos el otro abandonado. Las dos embarcaciones pertenecian al campamento de Hernan Cortés. Profunda pena recibió el general español con esta desgracia; pero le sirvió de provechosa leccion para lo sucesivo.

Aquel sitio era una sucesion de sangrientos combates en los tres campamentos. De noche y de dia se escuchaba el estruendo de las armas y los gritos de los combatientes. Nadie descansaba ni por tierra ni por agua. El valiente emperador Guatemotzin, infatigable y activo, presentaba en donde quiera que acometian los sitiadores, fuerzas considerables, que atacaban por todas partes á sus contrarios.

Si el imperio azteca habia visto desaparecer todas sus conquistas, no habia perdido ni su valor, ni su constancia, ni el espíritu guerrero que le habia hecho dueño de las mas ricas provincias y señoríos del Anáhuac. Contaba con los habitantes de poderosas ciudades del valle y con los numerosos ejércitos reconcentrados en la capital azteca. La ciudad entera, excepto las mujeres y los niños habian empuñado las armas; y por donde quiera que se tendia la vista, no se encontraban mas que escuadrones de guerreros, llenos de confianza en la victoria y resueltos á morir en defensa de la patria.

Deberá sorprender sin duda al lector, ver que una ciudad sitiada, que no podia recibir bastimentos de otra parte, atendiese por largo tiempo al mantenimiento de centenares de miles de guerreros. Pero además de que, como he dicho, el emperador Guatemotzin, habia abastecido en tiempo oportuno la ciudad con abundantes víveres, debe tenerse en cuenta la extraordinaria sobriedad de los mejicanos.

Su principal alimento era el maíz, de que se hizo un gran acopio, y bastaba á cada individuo algunas cuantas *tortillas* hechas del expresado cereal, para sustentarse

y combatir todo el dia. (1) A este alimento se agregaba otro verdaderamente horrible; el que les proporcionaba diariamente el número de víctimas humanas sacrificadas á sus dioses, en los prisioneros que cogian, pues justo es confesar que ni aun en el mayor extremo de hambre que en los últimos dias del sitio sufrieron, se sustentaron con la carne de los suyos. (2)

Sistemado por el emperador Guatemotzin el plan de defensa de la capital, tenia en continua alarma los tres campamentos, enviando con frecuencia numerosas tropas á combatirlos. Sin embargo, precisados siempre á retirarse á la ciudad con sensibles pérdidas, veian penetrar en las calles á los españoles y aliados, incendiando los edificios y reduciendo á escombros sus moradas. Los bergantines, sin encontrar oposicion en su marcha, cruzaban en distintas direcciones, y los soldados que en ellos iban, sal-

(1) El pan de maíz, llamado *tortilla*, de que he hablado en el primer tomo, no se parece en nada al pan del mismo grano que se hace en España. En Méjico ponen á cocer el maíz en agua, con un poco de cal. Cuando está bastante blanco, le quitan el pellejo, estrujándole entre las manos. Hecha esta operacion muelen el grano en el *Metall (metate)* que es una piedra, como de dos tercias de largo y una de ancho, sirviéndose de otra larga y redonda que tienen en las manos, como muelen en algunos puntos de España el cacao. Hecha la masa, toman un pedazo de ella y la redondean dándola golpes entre las palmas de las manos hasta dejarla de la forma de una oblea grande, del diámetro de siete dedos y de poco mas de una línea de grueso. Dada esa forma orbícula y plana á la masa, le dan el último cocimiento en el *comalli*, llamado por los españoles *comal*, que es un plato ancho, plano, poroso y muy delgado de barro. Hoy se hacen las tortillas de la manera misma que se hacian entonces, y es el pan de la gente pobre.

(2) «Tambien quiero decir que no comian las carnes de sus mejicanos, sino eran de los enemigos tlascaltecas y las nuestras que apañaban.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tando en las casas edificadas junto al agua, las saqueaban y quemaban.

En medio de aquella lucha, en que eran actores en una y otra parte las principales provincias y pueblos del Anáhuac, se mantenian en una prudente neutralidad, los habitantes de las ciudades situadas á las márgenes y en las isletas de la laguna de Chalco, que antes de formalizar el sitio, habian sido enemigos de los españoles. Sin embargo, los chalqueños y los demás aliados de Hernan Cortés, pertenecientes á otras ciudades del lago, mirando con recelo la neutralidad de sus antiguos rivales, les hostilizaban con sus canoas, causándoles considerables daños y vejaciones. Viéndose acosados por los pueblos inmediatos y calculando que nada tenian ya qué temer de los mejicanos, cuya ciudad miraban cercada y en gran parte destruida, se resolvieron á tomar parte con los españoles. Poniendo inmediatamente en ejecucion el pensamiento, se presentaron en el campamento del general castellano, para confederarse con él, los nobles de Iztapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, hoy Churubusco, Mizquic y Cuitlahuac. Manifestaron que de las hostilidades pasadas no eran culpables, pues habian sido impelidos por el emperador de Méjico; dijeron que desde aquel momento se declaraban súbditos de la corona de Castilla, y terminaron suplicando á Cortés que mandase á los de Chalco y demás pueblos vecinos, que no volviesen á causarles daño ninguno. Guatemotzin perdió, con la separacion de aquellas ciudades, que formaban una parte notable del valle de Méjico, un fuerte y poderoso apoyo. Los españoles alcanzaron con su alianza, ventajas de considerable importancia.

El caudillo castellano se mostró afectuoso y agradecido con los nuevos aliados. Viéndoles deseosos de prestar sus servicios en las filas del ejército, les hizo saber que su resolucion era no levantar el sitio hasta no haberse apoderado de la ciudad por un arreglo de paz, ó por medio de las armas: les suplicó que aprestasen el mayor número de canoas y guerreros que les fuese posible, para que apoyasen por el agua sus operaciones, y acabó rogándoles que enviasen alguna gente al campamento para que construyesen las chozas que pudiesen, á fin de que los soldados pudieran guarecerse de las tremendas lluvias.

Los deseos manifestados por el general español fueron cumplidamente obsequiados por los nuevos aliados. Mas de tres mil canoas, con sus correspondientes guerreros, pusieron á disposicion de Hernan Cortés; y en breve tiempo construyeron á uno y otro lado de la calzada, con adobes y madera, que en ligeras piraguas condujeron de los edificios demolidos en la ciudad, una prolongada fila de chozas, perfectamente hechas. (1) La anchura de la calzada en que estaba el fuerte de Xoloc, hoy garita de San Antonio Abad, era considerable, pues transitaba con holgura el ejército en el espacio que mediaba entre las dos hileras de barracas que orillaban ambos lados. (2)

(1) «Y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habia mas de tres ó cuatro tiros de ballesta.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y vea V. M. que tan ancha puede ser la calzada que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer, á pié y á caballo, ibamos y veniamos por ella.»—Tercera carta de Cortés.

Los soldados del campamento de Hernan Cortés se encontraron desde aquel momento á cubierto de la lluvia, en los cortos instantes de reposo que tenian en la noche. No participaron de igual fortuna los del campamento de Pedro de Alvarado y de Sandoval. Uno y otro carecian de buenas chozas, y la fatigada gente, vivia casi sobre el lodo y el agua.

A las incomodidades propias de la estacion de las lluvias, se agregaba la falta de alimentos sólidos y nutritivos. Cierto es que en cada campamento habia un número suficiente de indias, cuya única ocupacion era hacer *tortillas* para las tropas castellanas; pero el maíz solo, no es suficiente para mantener en vigor al hombre que ha combatido durante todo el dia y que permanece en vela la mayor parte de las horas de la noche. Aquellos soldados, que se veian precisados á luchar á cada instante, contra numerosos y valientes escuadrones aztecas, no encontraban otro alimento que la referida tortilla, una yerba llamada *quelite*, y *tunas*, esto es, higos chumbos, aunque ni aun esto les era fácil conseguir á todos. (1)

Puede decirse que eran los que mas necesidad pasaban en la campaña, pues el ejército aliado, acompañaba con demasiada frecuencia, por desgracia, al frugal alimento indicado, la carne de los muchos y desgraciados prisioneros que diariamente hacian en las continuas acciones que

(1) «Lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra mientras las habia, y despues tunas.» (Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.) Y en otra parte dice el mismo soldado historiador: «Y cenar de las tortillas que nos traian de Tacuba, é yerbas y tunas, quien lo tenia.»

se daban. Cierto es que Hernan Cortés y su gente miraban esto con horror; pero las circunstancias críticas en que el general español se encontraba, le obligaban á no darse por entendido de lo que repugnaba su corazon. (1) Únicamente podia aconsejarles y pedirles que proscribiesen de sus alimentos el de la carne humana; pero carecia de poder para exigirlo, pues como dice en su tercera carta al emperador, «solo contaba con novecientos españoles, y los aliados pasaban de ciento cincuenta mil.» (2)

Con la alianza de las últimas ciudades situadas en las márgenes y las isletas del lago, la capital se encontró rodeada por todas partes de tenaces enemigos, que se habian propuesto no levantar sus reales hasta presenciar su ruina. Pero no decayó el ánimo del intrépido Guatemotzin ni de los valientes mejicanos, ante la tempestad que sobre ellos estallaba con violenta furia. Conquistadores hasta entonces de los demás señoríos del Anáhuac, no podian resolverse á ser conquistados. Entre la muerte ó la pérdi-

(1) Oviedo, en su Historia de las Indias, hablando sobre el horror que causaba á los españoles el ver á sus aliados alimentarse con carne humana, dice: «Ni podian ver los ojos de los christianos é católicos, mas espantable y aborrecida cosa, que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada ó cocida de los indios enemigos, é aun de los que mataban en las canoas ó se ahogaban, é despues el agua les echaba en la superficie de la laguna, ó en la costa, no los dejaban de pescar, é aposentar en sus vientres.»

Hernan Cortés, en su tercera carta á Cárlos V, dice: «Y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer.»

(2) «Porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos mas de ciento y cincuenta mil hombres, y ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar.»—Tercera carta de Cortés.

da de su independencia, habian optado, sin titubear, por lo primero.

Si Hernan Cortés habia tomado la determinacion irrefragable de no levantar el sitio, resuelto á morir en él ó rendir la ciudad, el jóven Guatemotzin, no con menos inquebrantable propósito, habia tomado la heróica resolucion de vencer á sus enemigos, ó de perecer entre los escombros y ruinas de la capital azteca.

El caudillo español y el emperador mejicano eran dignos el uno del otro.

La historia presenta pocos hombres como el primero, y no es mas abundante en designar héroes que rivalicen en patriotismo y noble constancia con el segundo.

Los acontecimientos del memorable sitio de Méjico forman la epopeya en que se destacan esas dos admirables figuras, modelos de valor y de constancia.

Sigamos refiriendo esos acontecimientos que ilustran la memoria del caudillo español y del distinguido monarca mejicano.

CAPÍTULO XXVII.

Asaltan los mejicanos los tres campamentos españoles; pero son rechazados.—Trata de ganar Alvarado la plaza de Tlatelolco; pero se retira á sus cuarteles con sensibles pérdidas.—Son sacrificados á Huitzilopochtli, cuatro prisioneros españoles.—Actividad de Guatemotzin.—Se continúan los ataques sobre la ciudad.—Se resuelve en junta de oficiales, asaltar el mercado de Tlatelolco.

1521. Dueño Cortés de las calzadas principales de Méjico; dominando el lago con sus bergantines, y viéndose al frente de un ejército numeroso, hizo varias entradas por la ciudad, venciendo numerosos escuadrones y destruyendo los edificios y trincheras de donde se defendian los sitiados. Sus armas victoriosas esparcian la desolacion y la muerte en los puntos en que encontraban resistencia. Los aliados, sedientos de botin y de víctimas,

se lanzaban en las habitaciones, y despues de apoderarse de lo que en ellas habia, las entregaban á las llamas, lanzando horrendos alaridos de triunfo.

Por espacio de tres dias consecutivos se repitieron esas destructoras entradas á la capital, acompañando la victoria á los sitiadores.

El propósito de Hernan Cortés era inclinar el ánimo de los mejicanos á pedir la paz, al ver que no les era dable resistir á las fuerzas que les sitiaban. Con la idea de ver realizado su ardiente deseo, resolvió continuar su sistema, no dudando que las incesantes hostilidades, decidirian al fin á los aztecas á solicitar un convenio.

Acariciando la esperanza de alcanzar el objeto que se habia propuesto, dispuso atacar al siguiente dia la ciudad por varias partes. Ordenó á las poblaciones amigas, situadas en las márgenes de la laguna, que se presentasen con el mayor número de canoas y guerreros que les fuese dable, y encargó á sus soldados que tuviesen listas y limpias sus armas. Llegado el momento, formó de los seis buques pertenecientes á su campamento, dos escuadrillas que llevaban de auxiliares mil quinientas canoas cada una. La mision de ellas era acercarse á la ciudad para hacer todo el daño posible á los mejicanos y pegar fuego á sus casas. Dió órden á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval para que obrasen de igual manera por sus correspondientes puntos; y él, poniéndose al frente de los españoles y de ochenta mil aliados, avanzó por la calzada de Iztapalapan, sin encontrar obstáculo ninguno en su marcha. Derribados desde un principio los edificios que orillaban de uno y otro lado la calle del mismo nombre,

el general castellano continuó su avance hasta la plaza próxima á sus antiguos cuarteles, sin que estuviese abierto ninguno de los puentes cegados en los dias anteriores. Deseando ponerse en comunicacion con las fuerzas de Alvarado, se dirigió á la calle de Tacuba, donde los mejicanos se propusieron resistirle. Despues de un reñido combate, en que incendió algunas casas, logró apoderarse de tres puentes que mandó cegar inmediatamente. No fueron menos notables las ventajas que los demás capitanes alcanzaron por el rumbo que atacaron. Pedro de Alvarado especialmente habia conseguido desalojar á sus contrarios de varios puntos fortificados, y apoderarse de un templo situado en una plazuela de la calzada de Tacuba. Cegados los fosos ganados, se continuó el avance, sufriendo los mejicanos considerables pérdidas. Llegada la hora de volver al campamento, las tropas emprendieron su marcha de retroceso, molestadas en ella, como de costumbre, por los escuadrones mejicanos. Pedro de Alvarado, viendo que era defendible el templo de que se habia apoderado, colocó en él una guarnicion que, á pesar de los continuos asaltos que le daban los mejicanos, logró conservar, obligando á retirarse á los contrarios.

Graves fueron los daños y grandes las pérdidas que los sitiados sufrieron en ese dia y el siguiente. No dudó Hernan Cortés que, en vista de los estragos causados y de las derrotas sufridas, Guatemotzin se resolviese á enviarle proposiciones de paz. Muy lejos estaba del espíritu levantado del emperador azteca, el proponer arreglo ninguno pacífico. Digno jefe de una nacion valiente y guerrera, que apreciaba en menos su vida que su libertad, los reveses,

lejos de abatir su espíritu, redoblaban su esfuerzo. Vencer ó morir era la resolucion tomada por el pueblo y el monarca, y nada habia que fuese capaz de hacer cambiar esa heróica determinacion.

Animado del noble sentimiento de amor á la patria y queriendo arrancar á la fortuna el laurel de la victoria que hasta entonces le negaba, dispuso lanzarse con todo su poder sobre los tres campamentos enemigos para destruirlos y aniquilarlos. Eligió para dar el golpe, la víspera de San Juan Bautista, aniversario del dia en que los españoles hicieron su segunda entrada en la capital en auxilio de Pedro de Alvarado. (1) Puestos los mas distinguidos capitanes aztecas al frente de sus guerreros, se acercaron, en la oscuridad de la noche, al campamento contrario que á cada uno se le habia señalado, y cayeron de improviso y simultáneamente sobre los españoles. El ataque fué terrible, y muchos castellanos quedaron heridos en la furiosa acometida; pero despues de un reñido combate, los mejicanos se vieron precisados á retirarse con numerosas pérdidas.

Las tropas sitiadoras seguian diariamente su obra de destruccion sobre la plaza.

Pedro de Alvarado, ambicioso de gloria, y anhelando ser el primero en penetrar en la gran plaza de Tlatelolco, en que se hallaba situado el real azteca, emprendió sus

(1) «Y es que como otro dia era fiesta de San Juan de Junio, que entonces se cumplia un año puntualmente que habiamos entrado en Méjico, cuando el socorro del capitan Pedro de Alvarado, y nos desbarataron... parece ser que tenia cuenta dello el Guatemuz.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

ataques con extraordinario ímpetu sobre los puntos defendidos por los mejicanos. A pesar de la vigorosa resistencia que le oponian sus contrarios, ganó varios fosos y trincheras, contándose, entre los primeros, uno cuya anchura excedia de cuarenta piés y de mas de siete de profundidad. Engolosinado con el placer de la victoria, descuidó cegar las cortaduras ganadas, olvidando las instrucciones recibidas de Cortés que prevenian que no se avanzase hasta no dejar nivelado el foso ganado. Advirtiendo los mejicanos el descuido del capitan español, y viendo que habian pasado cosa de cincuenta españoles y algunos aliados, cayeron sobre ellos con furia espantosa. Entre los soldados que habian pasado, se encontraba Bernal Diaz del Castillo. Acometidos por todas partes y no pudiendo ser socorridos de sus compañeros, que tambien luchaban con fuerzas considerables que se presentaron por los flancos, retrocedieron, haciendo esfuerzos para contener á sus contrarios, y al llegar á la ancha zanja se arrojaron al agua para pasar nadando. Pero allí tambien fueron acometidos por muchos guerreros que acudieron en sus canoas á la abertura. Muchos tlaxcaltecas perecieron ahogados y cuatro españoles fueron hechos prisioneros. Bernal Diaz del Castillo, al llegar cerca de la orilla, en donde el agua le daba al pecho, se vió agarrado por varios guerreros aztecas que saltaron de una canoa para llevarle prisionero. El bravo veterano, conociendo el sangriento fin que le esperaba, «puso, dice el mismo, su pensamiento en Dios y en su bendita Madre,» y luchando con esa fuerza prodigiosa que el valiente saca en los peligros extraordinarios, logró desprenderse con su espada, de los enemigos que le tenian

asido, y salir á tierra, aunque herido de un brazo. Cuando salió del agua y se halló entre sus compañeros, cayó al suelo, falto de respiracion y de sentido, efecto del sobrehumano esfuerzo que habia hecho para desprenderse de las manos de sus enemigos. (1)

La calzada se llenó inmediatamente de guerreros aztecas; y los españoles, acosados por los flancos, la retaguardia y el frente, retrocedieron al campamento, llegando heridos la mayor parte, y contando entre los muertos un ginete de los últimos que habian llegado de España, cuyo caballo pereció tambien en la lucha. Pocos momentos despues de haberse retirado, se escuchó el espantoso tañido del monstruoso tambor que dominaba el gran templo de Tlatelolco, donde se hallaba la colosal estátua del sangriento númen de la guerra Huitzilopochtli. Alvarado y sus soldados dirigieron la vista hácia las torres del piramidal *teocalli*, y sus ojos se encontraron con los cuatro desgraciados compañeros que habian caido en poder del enemigo y que iban á ser sacrificados en aquel instante. Profunda pena inundó el corazon de todos los españoles, y la tristeza se apoderó de ellos al ver consumado el sacrificio.

Cuando llegó al campamento de Cortés la noticia del des-

(1) «De mí digo que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y Nuestro Señor Jesucristo me dió esfuerzo para que á buenas estocadas que les dí me salvase, y bien herido en un brazo: y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido sin me poder sostener en mis piés y sin huelgo ninguno; y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

calabro sufrido en el de Alvarado, se llenó de indignacion el general castellano. Aquella derrota sufrida por no haber cumplido con las órdenes que tenia dadas de no avanzar sin cegar antes el foso ganado, debia alentar á los mejicanos, haciendo mas difícil un arreglo de paz. Disgustado altamente, pasó inmediatamente al real de Alvarado, con objeto de reprenderle severamente por su desobediencia y temeridad; pero asombrado de los muchos puntos que tenia ganados y sabedor del heróico esfuerzo con que habia combatido, se limitó á hacerle una suave amonestacion, recomendándole que no se apartase de las instrucciones que tenia recibidas.

Los mejicanos, enorgullecidos con el triunfo alcanzado, continuaron asaltando todo el dia, los puntos avanzados de Alvarado; pero rechazados constantemente, desistieron de su empeño al llegar la noche.

Entre tanto el jóven emperador Guatemotzin, conociendo que el punto objetivo de los sitiadores era el mercado y gran templo de Tlatelolco, se ocupaba en hacer levantar formidables trincheras y abrir anchos fosos que hiciesen inespugnable la posicion. Con el fin de que sus tropas entrasen en el combate con pujanza y brio, procuraba aliviar la fatiga de los guerreros, relevando con frecuencia los escuadrones. Los españoles conocian esa acertada disposicion del jefe contrario, en las diferentes divisas y uniformes de los capitanes aztecas que se presentaban á todas horas en el combate, sin dejar descansar un solo instante á los sitiadores.

Hernan Cortés, para compensar el revés sufrido por Alvarado, penetró varias veces en la ciudad por la calle de

Iztapalapan hasta llegar á la de Tacuba, causando graves daños á los sitiados. Mientras él con la infantería y los aliados, sembraba la muerte y el terror, en el punto por donde acometia, los bergantines y canoas marchaban por dos partes, incendiando y destruyendo los edificios próximos al agua. Se singularizaban por su osadía y encono contra los mejicanos, los habitantes de Xochimilco, de Cuitlahuac y de los demás pueblos de la laguna que se habian confederado últimamente con Cortés. Conocedores del terreno, penetraban con sus canoas en todas partes y ponian á saco las casas de los sorprendidos habitantes, entregándolas luego á las llamas.

Terrible era el daño que los mejicanos recibian de los bergantines. No eran únicamente los estragos que causaban en los edificios los que resentian los sitiados, sino tambien los que resultaban de la constante vigilancia que desplegaban para impedir que las canoas entrasen con víveres en la ciudad. Dia y noche andaban al corso algunos bergantines por diversos rumbos del lago, dando caza á las embarcaciones mejicanas. Guatemotzin, viendo el buen resultado que dió, algunos dias antes, la celada puesta á los bajeles, dispuso otra que produjese iguales ventajas á su escuadra. Hizo que se ocultasen en unos espesos carrizales que abundaban en muchas partes del lago, cuarenta piraguas con buenos remeros y excelente gente de guerra. Para evitar que las balas de los arcabuces hicieran daño, se pusieron á las piraguas, gruesos tablones, tras de los cuales se parapetaban los guerreros. Dos canoas mercantes se presentarian de modo que pudiesen verlas alguno de los buques de Cortés, y entonces, fingiendo que llevaba víve-

res, huir hácia donde estaba la celada, á donde sin duda le seguirian. Todo estaba dispuesto para lograr el objeto. Una casualidad hizo que el caudillo español tuviese noticia de lo dispuesto y que sacase de ella grandes ventajas. Acababa uno de los bergantines de capturar una canoa en que iban dos mejicanos principales. Por ellos supo Hernan Cortés la celada que le tenian dispuesta. Inmediatamente dispuso él otra en que cayesen las mismas piraguas escondidas. Al llegar la noche hizo que se dirigiesen seis bergantines, con el mayor silencio, á otros espesos cañaverales que se encontraban á corta distancia de donde estaban las embarcaciones enemigas, y que se ocultasen perfectamente entre el ramaje. Al brillar la luz del siguiente dia, ordenó que un bajel de los que cruzaban el lago, pasase por el rumbo en que estaban las piraguas; pero á bastante distancia, fingiendo andar vigilando que no entrasen víveres en la ciudad. En aquellos momentos aparecieron las dos canoas dispuestas por los mejicanos para conducir á la celada al bergantin. Al verlas, corrió tras ellas, como anhelando alcanzarlas; pero, al llegar cerca del cañaveral, que estaba ya cerca de tierra, manifestó recelo de continuar persiguiéndolas, y se detuvo como dudando de lo que debia de hacer. Luego manifestando temor, empezó á retraerse despacio, aunque aparentando prisa. Al notar las piraguas que se retiraba, salieron á todo remo á darle alcance. Los marineros del bergantin, simulando miedo, marchaban, como huyendo, hácia el sitio en que se hallaban ocultos los seis bajeles. Las piraguas, acompañadas de otro gran número de canoas, corrian en su alcance. Los del bergantin perseguido, dispa-

raron entonces algunos arcabuces, como si tratasen de evitar que los abordasen. Los mejicanos creyeron segura la captura del barco; pero se equivocaron. Los tiros eran la señal convenida; y al escucharlos, salieron del cañaveral los seis bergantines, haciendo horrible estrago en las piraguas mejicanas. Casi todas fueron destrozadas y echadas á pique. Los guerreros que en ellas iban, perecieron en su mayor parte, y los demás cayeron prisioneros. Este golpe terrible, hizo que no intentasen los sitiados nuevas celadas por el lago.

Continuaba abrigando el general español la esperanza de que con los daños que causaba á sus contrarios, les decidiria á que solicitasen la terminacion de las hostilidades, sin necesidad de llevar al último extremo la lucha; pero los dias pasaban, y la decision de los sitiados en vencer ó morir sepultados entre los escombros de los edificios, se manifestaba cada vez mas marcada.

Habian transcurrido veinte dias en continuos combates y entradas en las calles, y el fin de la lucha parecia hallarse á igual distancia que al principio del sitio. Cierto es que iban faltando los víveres á los sitiados y que empezaba á dejarse sentir entre ellos con algun rigor el hambre; pero no era mucho mas lisonjera la situacion de los españoles. Obligados á vivir de noche y dia á la intemperie; sufriendo cotidianamente los torrentales aguaceros sobre el fangoso terreno en que, por decirlo así, se hallaban enterrados; sin chozas en que guarecerse, excepto los soldados del campamento de Cortés, que contaban con las construidas por los aliados de las poblaciones situadas en las márgenes del lago; sin mas alimento que el maíz, la

yerba llamada *telique* y las tunas ó higos chumbos; no teniendo un solo instante de descanso; durmiendo con sus armas y combatiendo á todas horas contra numerosos escuadrones, la vida de ellos, repito, no era mas lisonjera que la de sus contrarios.

Aunque constantes y sufridos por naturaleza los españoles, anhelaban dar pronto término á la empresa comenzada. Creian que esperar á que la necesidad obligase á los mejicanos á solicitar la paz, equivalia á prolongar el sitio hasta una fecha remota. Sabian que se habian hecho por Guatemotzin grandes acopios de maíz, y que bastando á los frugales mejicanos muy reducida cantidad para vivir y guerrear, esperar á que se rindieran por hambre, equivalia casi á renunciar á la toma de la ciudad.

Varios oficiales y soldados, mirando lejano el triunfo si no se hacia un impulso para atacar á los sitiados en su mismo cuartel general, importunaban á Hernan Cortés, pidiéndole que se determinase á dar el asalto al mercado de Tlatelolco, que era el sitio en que se hallaba el emperador con las fuerzas mayores del imperio. El general español, conociendo las dificultades de la empresa que le proponian, procuraba disuadirles de su pensamiento; pero la opinion general estaba porque se aventurase el todo á la decision de una batalla, y nada era capaz de hacerla cambiar. La plaza de Tlatelolco, rodeada de espaciosos portales y de vastos edificios, proporcionaria al ejército español cómodos alojamientos para guarecerse de las lluvias, y una vez arrojados de ella los sitiados, la defensa del resto de la ciudad, seria cuestion de breves dias.

Los que veian en la toma del mercado de Tlatelolco, la

terminacion del sitio, encomendaron al tesorero Julian de Alderete, que inclinase el ánimo de Cortés á dar el asalto. Era Alderete persona muy considerada en todo el ejército, no menos por su elevado rango, que por su talento, su valor y el ardiente celo que habia manifestado siempre en el servicio. Hernan Cortés trató de excusarse; pero viendo que el tesorero afirmaba que aquella era la opinion de todo el ejército y que, en su concepto, debia obsequiarla, el general resolvió nombrar una junta de capitanes para que se resolviese el punto. (1) Reunido el consejo de oficiales, el general español expuso los inconvenientes que presentaba el proyecto de atacar en aquellos momentos el mercado, palacios y *teocallis* de Tlatelolco; pero la mayor parte de la oficialidad, manifestó, en contestacion, que eran preferibles los peligros de un combate que resolveria pronto la cuestion, á los padecimientos que sufria el ejército, y que se prolongarian indefinidamente. Habló el tesorero Alderete, apoyando el pensamiento de atacar el mercado; y creyendo Hernan Cortés que la prudencia exigia aceptar la opinion de la mayoría, resolvió obrar de acuerdo con ella, por mas que no juzgase la mas acertada.

Aceptado el parecer general, se fijó el dia para el asalto. Para que diese un buen resultado, el caudillo español ordenó á Gonzalo de Sandoval que el dia convenido, deja-

(1) «Y como yo me excusaba, el tesorero de V. M. me dijo que todo el real afirmaba aquello, y que lo debia de hacer... Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haria en este caso lo que yo pudiese, concertándome primero con la gente de los otros reales.»—Tercera carta de Cortés.

se emboscada una fuerza de caballería cerca de su campamento, y que él, con diez ginetes, cien soldados de espada y quince de arcabuz y ballesta, se marchase al real de Alvarado, llevándose los bagajes. De esta manera, los mejicanos, creyendo que levantaba el asedio, saldrian á perseguirle, y entonces cayendo sobre ellos la fuerza de caballería emboscada, podria destrozarlos. Hecho esto, la division de Pedro de Alvarado y la de Hernan Cortés, atacarian simultáneamente por sus respectivos puntos la plaza, dirigiéndose al mercado de Tlatelolco. Gonzalo de Sandoval debia, despues de derrotar al enemigo por el ardid proyectado, emprender el asalto á la ciudad por el rumbo que le correspondia, pero en direccion tambien al mismo punto de Tlatelolco. La primera providencia de Pedro de Alvarado, segun las instrucciones del general, era cegar el ancho foso en que pocos dias antes habia sufrido el descalabro. Para facilitar la operacion de la toma y paso del expresado foso, debia hacer uso de los bergantines que tenia á su disposicion.

El general español volvió á recomendar á sus capitanes que no avanzasen un solo paso, sin haber cegado antes las cortaduras y puentes que ganasen, á fin de que la caballería pudiese maniobrar libremente, quedando segura la retirada.

Desde aquel momento, todos esperaron con impaciencia la hora del asalto.

[illegible]

[illegible]

CAPÍTULO XXVIII.

Asalto general.—Derrota de los españoles.—Angustiosa situacion de Cortés.—Muere Cristóbal de Olea por salvarle.—Caen prisioneros muchos españoles y son sacrificados.—Se envian sus cabezas por los pueblos y provincias.—Abandonan el campo la mayor parte de las tropas aliadas.—Constancia de Hernan Cortés y sus soldados.

Brilló la luz del dia señalado para el asalto. Las tropas españolas, siguiendo la costumbre cristiana de no emprender una obra sin implorar el favor del cielo, asistieron al santo sacrificio de la misa con fervorosa devocion. Terminada la augusta ceremonia, las dos divisiones avanzaron, á la hora convenida, por sus respectivas calzadas sobre la ciudad. Hernan Cortés, con veinticinco ginetes, toda su infantería y mas de ochenta mil aliados, salió de su campamento de Xoloc, dejando en él una corta guarnicion. A uno y otro lado de la calzada, formando las alas del ejército, marchaba la escuadra, surcando las ondas del lago, compuesta de siete bergantines y de mas de tres mil ca-

noas auxiliares, cubiertas de guerreros. Sin encontrar oposicion ninguna á su paso, avanzó por la calle de Iztapalapan, llegó á la plaza de los palacios de Moctezuma, convertidos ya en ceniza por el incendio, y tomó á la izquierda, penetrando en la calle de Tacuba, donde tenia cegados varios puentes de que se habia hecho dueño los dias anteriores. Aquí dividió su ejército en tres columnas que avanzasen por igual número de calles paralelas que iban á parar á la plaza de Tlatelolco. Estas calles eran las llamadas hoy del Factor, en que estaba el palacio de Guatemotzin, la de Manrique, y otra mas estrecha que, al formarse la ciudad actual, desapareció con los edificios fabricados en ella. El mando de una de las columnas dió Cortés al tesorero Julian de Alderete, que habia sido uno de los mas empeñados en que se diese el ataque. Se componia su fuerza de setenta infantes españoles, quince mil indios aliados, y ocho ginetes que marchaban en la retaguardia. La otra la puso bajo las órdenes de Andrés de Tapia, jóven de veinticuatro años, capitan esforzado y valiente, y de Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, dotado de la intrepidez que distinguia á toda la familia. Llevaban ochenta españoles y diez mil aliados. Hernan Cortés escogió para sí, la calle mas estrecha, y por lo mismo, la mas peligrosa. Tenia bajo su mando cien infantes españoles, ocho ginetes y sesenta y cinco mil guerreros auxiliares. Para conservar defendida la espalda, dejó de reserva, á la entrada de la ancha calle de Tacuba, algunos artilleros con dos cañones y ocho soldados de caballería.

Dispuesto el órden con que habian de marchar, las tres columnas avanzaron paralelamente por sus calles respec-

tivas. Hernan Cortés, á pié, empuñando la espada y embrazando la rodela, iba á la cabeza de sus soldados, atacó denodadamente á los mejicanos, que le esperaban trás una formidable trinchera situada al otro lado de un puente que tenian roto. Despues de un reñido combate, los españoles forzaron el paso, retirándose los sitiados á otra cortadura que tambien les fué tomada. Las tropas aliadas, cayendo como un torrente sobre las casas y apoderándose de las azoteas, descargaban una tempestad de flechas y de piedras sobre los aztecas, que se hallaban en las inmediatas, obligándoles á retirarse y persiguiéndoles por la calle adelante con furia espantosa. La victoria parecia segura. Los escuadrones auxiliares, invadiéndolo todo y contando con el apoyo de una fuerza española que iba á la vanguardia, pasaban las cortaduras y seguian el avance dando horrendos alaridos de triunfo. Hernan Cortés, cauto y previsor, marchaba con veinte españoles en la retaguardia, para evitar que los contrarios llegasen por las calles transversales, cortando la retirada á los que iban por delante.

Viendo la facilidad con que las tropas ganaban los puentes, las casas y las trincheras, receló que la retirada de los mejicanos, mas que nacida del terror, fuese obra de la estrategia. Deteniéndose, por lo mismo, con sus veinte hombres en una isleta que se formaba en la parte de la calle á donde habia llegado, envió á decir á los de la vanguardia, que casi se habian ya perdido de vista, que no avanzasen un solo paso sin dejar cegados antes los fosos y nivelado el piso. Engolosinadas las tropas con el triunfo, y viendo que solo les separaba un corto espacio de la gran plaza de Tlatelolco, punto objetivo de la jornada, se afa-

naban por llegar pronto, sin cuidarse de tomar las precauciones recomendadas por el general. Cada una de las tres columnas que marchaban por las tres calles paralelas, queria alcanzar la gloria de ser la primera en colocar sobre las elevadas torres del gran *teocalli* de Tlatelolco, la bandera de Castilla. Era un noble estímulo, pero que si no iba acompañado de la prudencia, podia producir resultados funestos.

El tesorero Julian de Alderete, aunque afanoso por distinguirse en la toma del cuartel general enemigo, pues era, como se ha dicho, el que con mas calor abogó por la idea, contenia su natural ímpetu en medio de los triunfos que por su calle alcanzaba, cegando los puentes á medida que avanzaba, cumpliendo fielmente con las instrucciones dictadas por Cortés. Igual cosa observaban los valientes capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, por mas que les costase detenerse en cada punto que ganaban, dejando sin perseguir al enemigo.

Menos reflexivos los fogosos oficiales que marchaban á la vanguardia de la columna mandada por el caudillo español, continuaban avanzando sin recelo, no queriendo perder ni un solo instante en la persecucion de sus contrarios. Ufanos de la victoria que iban alcanzando, enviaron á decir á Hernan Cortés, que llevaban ganada la mayor parte de la calle; que encontrándose á corta distancia del mercado, iban á continuar avanzando hasta apoderarse de él. El general volvió á decirles que no diesen un paso mas, sin dejar cubiertas de tierra las cortaduras, pues se encontraba en ellas el peligro y la muerte.

Aunque la contestacion fué satisfactoria, pues asegura-

ron que todos los pasos quedaban nivelados, Hernan Cortés receló que algo hubiesen descuidado, y se adelantó para reconocer por sí mismo los fosos. Pronto vió que no se equivocaba en sus sospechas. Halagados con la aparente victoria, habian dejado sin cegar una zanja de mas de treinta piés de ancho, donde el agua tenia cuatro varas de profundidad, creyendo que bastaban á dejar seguro el paso algunos maderos y cañas que habian arrojado en ella.

El caudillo español trató inmediatamente de salvar el descuido de sus oficiales, poniéndose á trabajar con los que le acompañaban, en cegar el foso; pero apenas habia emprendido la difícil tarea, cuando se escuchó el imponente sonido de la corneta del dios Painalton, númen de la guerra y vicario del sanguinario Huitzilopochtli. Era la deidad á quien se invocaba en un asalto inesperado del enemigo y en los casos repentinos de hostilidad. El gran sacerdote, colocado sobre el átrio superior del templo, tocaba en los momentos supremos de lucha, el bélico instrumento, á la vez que otros ministros de la terrible deidad recorrian las calles llevando en la mano una imágen del dios, llamándole á gritos y ofreciéndole sacrificios. A esa terrible señal, todos los que empuñaban las armas estaban obligados á correr al combate, despreciando el peligro por inminente que fuese. Cuando los aztecas, que estratégicamente habian ido abandonado los fosos, escucharon el toque de la tremenda trompeta, se volvieron sobre sus contrarios, y arrojándose en medio de ellos con furia indescriptible, los arrastraron en su marcha, como arrastra el desbordado torrente cuanto se opone á su paso. En vano los españoles hacian esfuerzos para conservar la union en

su retirada. Los mejicanos, metiéndose por entre sus espadas, los atropellaban con la fuerza de la multitud, sin dejarles afirmar el pié en ninguna parte. Pronto se introdujo la confusion y el desórden en las filas castellanas. Viendo que la resistencia era imposible, emprendieron la retirada sin oponer resistencia, procurando cada soldado poner en salvo su vida. Las tropas aliadas, cubriendo la calle con su número infinito y huyendo en confuso tropel, se estorbaban el paso, sufriendo terribles estragos de las descargas de flechas y piedras que sobre ellas arrojaban los victoriosos aztecas. Españoles y aliados corrian juntos hácia el punto de donde habian salido, atropellándose mútuamente.

Hernan Cortés al verlos llegar en completo desórden, les gritaba desde la orilla opuesta que hiciesen alto; pero su voz se perdia entre el ruido de las armas, el sonido de los caracoles marinos y los ahullidos de guerra lanzados por los vencedores. La muerte era segura, deteniéndose. Todos, por lo mismo, se arrojaban al foso unos sobre otros, quedando ahogados los de abajo, y nadando los de arriba entre los cadáveres de sus compañeros. La zanja se veia cubierta de indios y españoles, heridos la mayor parte, y cuya sangre enrojecia el agua del profundo foso.

El caudillo español, viendo á sus compatriotas en aquel terrible conflicto, se propuso salvarles ó perecer allí con ellos. (1)

Tendiéndose en el suelo y poniéndose á la orilla de la zanja, tendia la mano á los que se ahogaban, ayudándoles

(1) «E como el negocio fué tan de súpito, y vi que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando.»—Tercera carta de Cortés.

á salir del agua, despreciando la lluvia de flechas que sobre él y los compañeros que le ayudaban en igual obra, arrojaban de la opuesta orilla los contrarios. La mayor parte de los soldados salian del foso heridos; varios sin armas, y algunos casi desfallecidos por la sangre que habian perdido y los esfuerzos hechos para no ahogarse. Hernan Cortés, sin quererles detener en el sitio del peligro, les enviaba hácia el campamento, á medida que les sacaba, quedando él con una fuerza de veinte hombres, defendiendo el paso para proteger á los fugitivos.

En aquellos momentos se acercaban á toda prisa, con direccion á la zanja, centenares de canoas, cubiertas de guerreros, para apoderarse de los que trataban de ganar la orilla. Al ver al caudillo español, los mejicanos lanzaron terribles gritos de alegría. Era muy conocida de los aztecas su persona, y la esperanza de cogerle prisionero llenó de regocijo á los guerreros. La voz de «Malinche, Malinche,» resonó por todas partes, y pronto se vió rodeado de un crecido número de enemigos. Hernan Cortés, diestro en el manejo de la espada, se defendia bizarramente. El afan de los mejicanos era hacerle prisionero para presentar á su dios Huitzilopochtli, una víctima notable: al hombre que habia derribado las imágenes de todas las divinidades aztecas. Animados por este deseo, se arrojaron sobre él, hiriéndole en una pierna, logrando seis guerreros apoderarse de su persona. En vano, conservando su serenidad y sangre fria, se esforzaba en desprenderse de los que le tenian asido y le conducian hácia la orilla para llevarle en una canoa. Asido fuertemente de ambos brazos por los aztecas, se veia arrastrado al sitio en

que estaba la canoa. En aquellos momentos en que nada parecia que pudiera salvarle, se presentó Cristóbal de Olea, valiente soldado, notable en el ejército por su esfuerzo y bizarría. Era el mismo que en la batalla de Xochimilco le arrancó del poder de los aztecas, recibiendo tres heridas graves, ayudando al bravo tlaxcalteca que habia acudido el primero. Jóven de veintiseis años, de ancha espalda, elevado pecho y de musculatura atlética, se lanzó en medio de los contrarios como un leon furioso, matando á estocadas á los que tenian asido á su general, aunque recibiendo muchas y graves heridas en su temeraria acometida. Pronto llegó en su auxilio otro soldado no menos notable por su esfuerzo, llamado Lerma, y ambos, acuchillando á los que aun rodeaban á Cortés, lograron salvarle. El heróico Cristóbal de Olea logró arrancar á su general de las manos de los aztecas; pero él cayó muerto á su lado, dando su vida por la de su querido jefe. (1) La noticia de la crítica situacion en que se hallaba el general, habia llegado entre tanto á las filas de los que continuaban la retirada. Inmediatamente corrieron al sitio del peligro, el capitan de su guardia Antonio de Quiñones, con sus soldados, el general texcocano D. Cárlos Ix-

(1) «Me dió la vida; é por dármela como valiente hombre, perdió allí la suya.» (Tercera carta de Cortés.) Hablando del mismo hecho, Bernal Diaz ensalza el valor del heróico soldado, diciendo: «En aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja... y desque allí le vió asido de tantos indios, peleó luego tan bravosamente, que mató á estocadas cuatro de aquellos capitanes que tenian engarrafado á Cortés, y tambien le ayudó otro muy valiente soldado que se decia Lerma, y les hicieron que dejasen á Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea.»

tlilxochitl y un jefe tlaxcalteca llamado Tecamatzin.

Acometidos los aztecas con furia espantosa por los nuevos combatientes, se vieron precisados á retraerse á sus canoas, abandonando la presa que habian juzgado segura; pero sin renunciar á apoderarse de nuevo de ella. Unidos á otros muchos guerreros que llegaban en aquel instante en canoas para apoderarse de los españoles y aliados, que aun no acababan de pasar la ancha zanja y se arrojaban al agua, renovaron el combate, lanzando una lluvia de flechas sobre el caudillo castellano y los que le acompañaban.

Hernan Cortés, deseando impedir que cayesen en poder de los aztecas los castellanos que aun no pasaban el foso, se detuvo en el sitio del peligro para protegerles. Viendo el capitan de su guardia Antonio de Quiñones, que permanecer mas tiempo allí, era detenerse á esperar una muerte segura, le advirtió que seria prudente que se retirase, pues los enemigos se extendian por una y otra parte, para cerrarles la retaguardia. El jefe castellano no podia resignarse á dejar en el peligro á sus compatriotas. «Señor, le dijo entonces el valiente oficial; vuestra vida es importante para todo el ejército: sin vos la ruina de él seria segura; marchemos, por lo mismo, de aquí, que antes que la existencia de unos cuantos, es la de toda la division.» Aun se resistia Cortés á abandonar á sus desgraciados compañeros, que veia lanzarse al agua del otro lado del puente. Entonces el noble capitan le tomó del brazo para que diese vuelta y se retirase. Hernan Cortés, comprendiendo la razon del bravo oficial de su guardia, emprendió la retirada, aunque, como él dice, «preferia en

CAPÍTULO XXVIII.

Asalto general.—Derrota de los españoles.—Angustiosa situacion de Cortés.—Muere Cristóbal de Olea por salvarle.—Caen prisioneros muchos españoles y son sacrificados.—Se envian sus cabezas por los pueblos y provincias.—Abandonan el campo la mayor parte de las tropas aliadas.—Constancia de Hernan Cortés y sus soldados.

Brilló la luz del dia señalado para el asalto. Las tropas españolas, siguiendo la costumbre cristiana de no emprender una obra sin implorar el favor del cielo, asistieron al santo sacrificio de la misa con fervorosa devocion. Terminada la augusta ceremonia, las dos divisiones avanzaron, á la hora convenida, por sus respectivas calzadas sobre la ciudad. Hernan Cortés, con veinticinco ginetes, toda su infantería y mas de ochenta mil aliados, salió de su campamento de Xoloc, dejando en él una corta guarnicion. A uno y otro lado de la calzada, formando las alas del ejército, marchaba la escuadra, surcando las ondas del lago, compuesta de siete bergantines y de mas de tres mil ca-

rada, habian sido considerables. Habian quedado prisioneros sesenta y dos españoles; los demás se hallaban heridos; se dejó abandonada la pieza de artillería que llevó la columna; se perdieron muchos arcabuces, ballestas y espadas; murieron siete caballos, y perecieron cerca de dos mil aliados. El estado en que llegaban las tropas que se salvaron, era, por lo mismo, lamentable. El general español hizo alto para ordenar las destrozadas filas de su ejército. Los mejicanos, continuando la persecucion, se presentaron bien pronto; pero destrozados por el fuego de la artillería y acometidos luego por los ginetes, se detuvieron á regular distancia. Entonces envió á decir al tesorero Julian de Alderete y al capitan Andrés de Tapia, que se replegasen á la plaza con sus respectivas divisiones. Aunque ambos jefes habian tenido reñidos encuentros en las calles por donde habian avanzado, no sufrieron descalabro ninguno al retirarse, pues «habian tenido el cuidado, dice Cortés, de cegar sólidamente todos los puentes que habian ganado.»

Reunidas en la plaza las tres columnas que formaban la division del caudillo castellano, se dispuso el órden en que se debia volver al campamento. Puso á la vanguardia á los aliados, porque por ella no habia que temer ningun ataque; colocó en el centro la infantería española, y él, con la caballería, se quedó en la retaguardia, que era el punto de mas peligro en la retirada.

Impaciente se hallaba Hernan Cortés por llegar á su real. Ignoraba lo que habia acontecido en los puntos atacados por Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval. El descalabro sufrido por él, le hacia temer igual desgra-

cia en las otras divisiones. Cuando le preocupaba ese agitador pensamiento y se disponia á salir de la plaza, vió levantarse de los braseros que ocupaban el átrio superior del gran templo de Tlatelolco, el humo del odorífero copal que los mejicanos quemaban en honor del dios Huitzilopochtli, porque les habia concedido la victoria. Los himnos de triunfo, los gritos y los instrumentos de guerra resonaron en seguida por las calles inmediatas á la plaza. Millares de guerreros mejicanos que llegaban del rumbo de Tlatelolco, invadieron la calle de Tacuba, y subiéndose á las azoteas, enseñaron á los españoles varias cabezas ensangrentadas de sus compatriotas de los que acababan de ser sacrificados. «Sandoval,» «Tonatiuh» gritaban con furioso acento teniendo asidas las cabezas del cabello y de las barbas. *Tonatiuh* era el nombre que daban á Pedro de Alvarado por el color rubio que tenia, y que significa *hijo del sol*. «Sandoval,» «Tonatiuh» repetian sin cesar: «vedlos, ellos son: han muerto con todos los suyos, reconocedlos.» Y entonces enseñaron mayor número de cabezas de españoles sacrificados.

Hernan Cortés y su gente sintieron oprimido el pecho con el terrible peso de la angustia. Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval eran las personas mas queridas del ejército: los capitanes de mas importancia y de mayor prestigio. Para el general español eran, además, sus amigos predilectos. Si habian perecido, á la pena de la pérdida de las personas queridas, se agregaba la consideracion de que sus divisiones se encontraban destrozadas y prisioneras. Afectado profundamente su corazon, pero sin que por esto desmayase su ánimo invencible, emprendió

la vuelta hácia el campamento, ansioso de llegar pronto á él, para informarse de la suerte que habian corrido las otras dos divisiones y sus dos leales amigos. Los mejicanos continuaron molestando la retaguardia, enseñando sin cesar las cabezas ensangrentadas de los españoles, pronunciando siempre los nombres de «Tonatiuh» y «Sandoval,» y asegurando que el mismo fin les esperaba á todos los hombres blancos.

Al verse Hernan Cortés con sus tropas en su campamento y libre de la persecucion de los batallones aztecas, se propuso informarse de lo que habia pasado á las otras divisiones. Veamos nosotros lo que habia acontecido en ellas.

Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, habian marchado al asalto por sus respectivos rumbos, con un órden admirable. No encontraron obstáculo que no fuese vencido, foso que no pasasen, ni trinchera de que no se hiciesen dueños. Observando las instrucciones dadas por el general, habian cegado los puentes y cortaduras, dejando así segura la retirada. Los tlaxcaltecas y texcocanos, formando tambien dos cuerpos, avanzaban en la misma direccion. Los primeros, al mando del valiente Chichimecatl, iban de auxiliares de Alvarado. Los segundos, mandados por un notable jefe texcocano, iban en las fuerzas de Gonzalo de Sandoval. Los dos capitanes españoles, marchando de triunfo en triunfo y auxiliados eficazmente por sus valientes aliados, llegaron hasta muy cerca de la plaza de Tlatelolco, punto objetivo de las operaciones. Cuando alegres y resueltos se disponian á seguir el avance, soñando cada cual en la gloria de ser el primero en

penetrar en el cuartel general mejicano, vieron llegar sobre ellos, por los distintos puntos que llevaban, un número fabuloso de nuevos escuadrones de guerreros, lanzando horribles alaridos de guerra. La aparicion repentina de fuerzas numerosas mejicanas, llamó la atencion de Pedro de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval. Habian escuchado algun tiempo antes, el ruido del combate de la division de Cortés, que avanzaba por el opuesto lado; oyeron luego el terrible toque de la trompeta del dios Painalton; los gritos y el estruendo de las armas que solian seguir á ese llamamiento de guerra, y por último alejarse el estruendo, escuchándose en seguida los gritos de victoria lanzados por los aztecas. Todo esto les hizo temer que la division del general hubiese sufrido algun funesto descalabro.

La espantosa corneta volvió á sonar, cuando así pensaban, y en el instante mismo se vieron acometidos simultáneamente, uno y otro con furia espantosa, por los mejicanos que se metian por entre las espadas españolas, afanosos por cogerles prisioneros para ofrecerlos á sus dioses. La decision y el ímpetu con que acometian no pueden describirse. Bernal Diaz del Castillo, que pertenecia á la division de Pedro de Alvarado, dice que él no acierta á ponderar la ira y el esfuerzo con que se metian entre las filas españolas al escuchar el toque de la tremenda trompeta, ansiosos de hacerles prisioneros. « Era cosa de espanto,» agrega el bravo soldado historiador, «que ahora que me pongo á pensar en ello, no me es posible describir; y es indudable que, á no mediar la misericordia de Dios, ninguno de nosotros hubiera vuelto vivo á su cam-

pamento.» (1) Pedro de Alvarado, en la calle en que se hallaba, y Gonzalo de Sandoval en la suya, resistieron el empuje sin perder un palmo de terreno y disponiéndose á continuar avanzando. Entonces los mejicanos, para intimidarles y hacer que entrase el desórden y el desaliento en las tropas que mandaban, arrojaron de las azoteas, á los soldados de Pedro de Alvarado, cinco cabezas de españoles, gritando: «ahí teneis las cabezas de vuestros compañeros;» y luego mostrando otras dos que tenian asidas del cabello, exclamaban á grandes voces: «Malinche,» «Sandoval,» indicando que eran las del general y su valiente amigo.

La misma escena se repetia donde atacaban á Sandoval, gritando: «Malinche,» «Tonatiuh.»

A la vista de este horrible espectáculo, se conmovieron una y otra division. Comprendieron que habia acontecido una terrible desgracia; pero hallándose cada cuerpo de ejército á distancia de media legua una de otra, les era imposible averiguar en el instante lo que habia de positivo en lo que escuchaban. (2) Entonces cada capitan dis-

(1) «Y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metia en los oidos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y ansí es verdad, que si Dios no nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y no sabíamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus ejércitos, si los habian muerto ó desbaratado, como los mejicanos nos decian cuando nos ar-

puso retroceder á su campamento. Los mejicanos, al conocer la intencion, cargaron con ímpetu indescriptible, procurando desordenar las filas de sus contrarios. Gonzalo de Sandoval, sereno siempre en el peligro, dirigió la palabra á sus oficiales y soldados en medio de la lucha. Les dijo que, entonces mas que nunca, debian mostrar el ánimo esforzado con que se habian distinguido en todas las batallas; y que si algun descalabro habian sufrido las otras divisiones, nadie debia desmayar por ello. Sandoval terminó recomendando que no se retrocediese un solo paso sin combatir, á fin de que la retirada fuese digna del ejército español. (1) La vuelta al campamento se emprendió en el mayor órden, aunque sosteniendo una lucha terrible con los escuadrones mejicanos, que acometian con ímpetu indecible. Acometida la fuerza española por todas partes, apenas contaba con un soldado que no estuviese herido, y aun el mismo Gonzalo de Sandoval recibió tres heridas, una en la cabeza, otra en el brazo y otra en la pierna.

Cuando las tropas españolas llegaron á sus cuarteles, los mejicanos trataron de asaltarlos; pero batidos por la artillería de los bergantines y por los cañones colocados

rojaron las cinco cabezas que tenian asidos por los cabellos y de las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y tambien á Sandoval é á todos los teules... y no podíamos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y á donde desbarataron á Cortés era mas lejos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Y de aquello vió el buen capitan Sandoval, mandó á sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo, más que de antes, é que no desmayasen, é que mirasen que al retraer no hubiese algun desman ó desconcierto en la calzada, porque era angosta.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

sobre las calzadas, se retiraron á la ciudad para entregarse á la celebracion de la victoria alcanzada.

Los castellanos respiraron al verles alejarse. Se hallaban fatigados, heridos y con necesidad de algun alimento.

No fueron mas felices en el combate los soldados que marcharon en los bergantines, que los que asaltaron por tierra. Varados algunos en las estacas que en el fondo del agua habian clavado los aztecas, luchaba con desesperacion su gente para impedir que entrasen en ellos sus contrarios. Uno de los barcos varados, se vió abordado por varias piraguas de guerreros. La lucha que se trabó fué obstinada: casi todos los marineros y soldados españoles se hallaban heridos, y el bravo capitan que lo mandaba, se veia cubierto de sangre, de varias heridas graves que habia recibido. En aquellos instantes, fueron socorridos por otro bergantin mandado por el capitan Juan Jaramillo. La gente del barco encallado, pasó inmediatamente al que llegó felizmente en auxilio, y así logró salvarse, abandonando la nave encallada. Tres dias despues el capitan murió de resultas de las heridas. No se encontraba en mejor situacion el bergantin que mandaba el capitan Juan de Limpias Carbajal. Metido en medio de una estacada, combatia con extraordinario denuedo contra un número crecido de canoas que le rodeaban. Animando á su gente, logró al fin de imponderables afanes, derribar á fuerza de remo las estacas que cerraban el paso y surcar libremente las aguas. Fué el primero que rompió estacadas, y cuyo ejemplo siguieron en lo sucesivo los otros bergantines con feliz éxito. La ira de que estaba dominado al verse metido

en la celada, y los esfuerzos supremos que hizo para salvar su barco, luchando contra los que le acometian, llegaron, dice el bravo soldado historiador, á ensordecerle. (1)

En cada campamento reinaba la ansiedad de saber lo que habia sido de los otros. Hernan Cortés, para averiguar la verdad, ordenó al capitan Andrés de Tapia que, acompañado de Guillen de la Leoa, de Juan Valdenebro y de Juan de Cuellar, hombre de notable esfuerzo y valor, marchase al real de Alvarado, á darle cuenta de lo acontecido y á informarse á la vez de lo que habia pasado. Montados en briosos corceles, partieron inmediatamente hácia Tacuba.

Guatemotzin, para impedir la comunicacion entre los campamentos españoles, habia situado algunas fuerzas en puntos convenientes; pero Andrés de Tapia y sus compañeros, atropellando con sus caballos al destacamento azteca que trató de impedirles el paso, llegaron al campamento de Pedro de Alvarado.

Entre tanto Gonzalo de Sandoval, cuidadoso de la suerte de su general y deseando conocer el plan de campaña que se debia seguir en lo sucesivo, resolvió pasar en persona á su real, sin cuidarse de las heridas recibidas en el combate. Dejó mandando sus cuarteles al capitan Luis

(1) «Y tambien tenian zabordado en otra parte otro que no podia salir, de que era capitan Juan de Limpias Carbajal, que en aquella ocasion ensordeció de coraje..... y peleó por su persona tan valerosamente; y esforzó á todos los soldados que en el bergantin remaban, que rompieron las estacadas... aqueste fué el primero que rompió estacadas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

Marin, hombre de valor y de prudencia, recomendándole la vigilancia, y montando en su arrogante corcel, llamado *Montilla,* uno de los caballos mejores que habian pasado de España á Méjico, marchó hácia el real de Cortés con algunos ginetes. (1)

Eran las doce del dia cuando se puso en camino, pues el descalabro habia acontecido á las diez. Despues de haber tenido una escaramuza en el camino con las fuerzas mejicanas, llegó al alojamiento del caudillo español. Los soldados, al verle, se llenaron de alegría, pues miraban desmentida la noticia de su muerte dada por los aztecas. Hernan Cortés, le recibió con el placer que se siente al ver con vida al amigo á quien se sospechaba muerto. Ambos se estrecharon la mano afectuosamente, expresando la satisfaccion que cada uno experimentaba con la presencia del otro. Pasado aquel instante de mútua satisfaccion, el semblante de Cortés se veló, aunque ligeramente, por una sombra de tristeza que denunciaba su pena por el golpe sufrido, por mas que tratase de manifestarse tranquilo y sereno.

Ansioso Sandoval por saber el motivo del descalabro sufrido, le preguntó, con impaciencia, lo que habia pasado. Hernan Cortés, profundamente conmovido, le contes-

(1) El caballo perteneciente á Sandoval, se habia hecho notable en el ejército de Cortés. Bernal Diaz del Castillo habla de él en los siguientes términos: «El mejor caballo y de mejor carrera, revuelto á una mano y otra, que decian que no se habia visto mejor en Castilla ni en esta tierra, era castaño acastañado, y una estrella en la frente y un pié izquierdo calzado, que se decia el caballo Montilla; é cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos, suelen decir: «Es en bondad tan bueno como Montilla.»

tó: «Mis pecados han permitido esta desgracia, hijo Sandoval,» epíteto afectuoso con que distinguia á su predilecto amigo. En seguida, con el acento del mas profundo dolor, le refirió la falta de precaucion de los oficiales que habian ido en la vanguardia de su columna; falta que dió por resultado los amargos frutos de una derrota.

Se ha llegado á culpar del golpe sufrido en el asalto dado al mercado de Tlatelolco, al tesorero Julian de Alderete. Solis, Prescott y otros escritores que les han seguido, le hacen aparecer como causa de la derrota sufrida cuando la victoria debió coronar los esfuerzos de los españoles. Pero nada está menos justificado que ese cargo. El tesorero Julian de Alderete, se mostró leal observante de las órdenes de su general; y lejos de hacerse acreedor á la censura, se hizo digno del aprecio de sus compañeros de armas. Hernan Cortés es el primero en elogiar, al emperador Cárlos V, la conducta observada por el tesorero real en el expresado asalto. Le dice que él, lo mismo que Andrés de Tapia, cumpliendo fielmente con las instrucciones que les habia dado, tuvieron el cuidado de «cegar muy bien todos los puentes que habian ganado» en sus respectivas calles. Debido á ese celo en el cumplimiento de esos deberes «lograron,» segun agrega el mismo general, «retirarse sin recibir daño de sus enemigos.» (1) En vista de

(1) «Y retrayéndome lo mejor que pude, envié á decir al tesorero y al contador que se retrujesen á la plaza con mucho concierto; lo mismo envié á decir á los otros dos capitanes que habian entrado por la calle que iba al mercado; y los unos y los otros habian peleado valientemente y ganado muchas albarradas y puentes, que habian muy bien cegado; lo cual fué causa de no recibir daño al retraer. E antes que el tesorero y contador se retrujesen, ya los

un documento irrecusable, como es la relacion del general en jefe que dispuso el asalto, es sensible ver adulterados los hechos por él referidos, con perjuicio de la verdad histórica y del nombre de un leal caballero, que no se apartó de la pauta de su deber.

Hernan Cortés, despues de una larga conversacion con su leal amigo sobre los tristes sucesos de aquel dia, le suplicó que marchase al campo de Pedro de Alvarado para que se informase del estado que guardaba su division. «He enviado, le dijo, al capitan Andrés de Tapia; pero temo, segun lo que tarda, que le hayan matado en el camino.» Sandoval se dispuso inmediatamente á obedecer. El general le abrazó con cariño al despedirse, y añadió: «A vos, amigo mio, encomiendo, en estos instantes, mis trabajos. La herida de la pierna me impide acudir, como quisiera, á todas partes. Velareis, por lo mismo, por la seguridad de los tres campamentos, haciendo mis veces.

de la ciudad, por encima de una albarrada donde peleaban, les habian echado dos ó tres cabezas de cristianos, aunque no supieron por entonces si eran de los del real de Pedro de Alvarado ó del nuestro.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

No puede quedar mas justificada la conducta del tesorero Julian de Alderete. Si hubiera sido el culpable en el descalabro sufrido, el general hubiera tenido buen cuidado de manifestarlo para salvarse él de todo cargo que pudiera hacérsele. Hé aquí, sin embargo, lo que dice Solis: «Y Julian de Alderete, con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los españoles, aprendió que no era decente á su persona la ocupacion á su parecer mecánica, de cegar un foso cuando estaban peleando sus compañeros; y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía... El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su desobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito.»

Bien sé que Pedro de Alvarado es un valiente capitan, que se habrá batido con el heroismo que le distingue y que continuará luchando siempre como esforzado caballero; pero temo que los astutos y tenaces mejicanos espien el momento de cogerle desprevenido.» Nada habla mas alto en favor del ventajoso concepto que el general español tenia formado del buen juicio, valor y rectitud de Sandoval, que el confiarle el cuidado de los tres campamentos, prefiriéndole á todos los demás capitanes.

El jóven y favorecido capitan montó en su brioso caballo acastañado Montilla, y acompañado de Francisco de Lugo y de los ginetes que habia llevado, se dirigió al real de Pedro de Alvarado.

Eran las cinco de la tarde. La division del hombre llamado por los indios «hijo del sol,» se habia detenido á descansar en un sitio próximo á sus cuarteles. Un brazo de agua de bastante profundidad, se interponia entre las fuerzas españolas y mejicanas, impidiendo á las últimas ofender á sus contrarios. Bajo la sombra de unos copudos árboles, donde se disfrutaba de una fresca y agradable brisa, se encontraban reunidos Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y, otros distinguidos caballeros. El asunto de la conversacion que les ocupaba, era el descalabro sufrido en el asalto dado á la plaza del mercado de Tlatelolco. Cada capitan refirió lo que en la division que mandaba habia sucedido y el estado en que se hallaban sus tropas. Referidos los hechos con franca y leal sinceridad, Gonzalo de Sandoval, comunicó á Pedro de Alvarado las disposiciones de Hernan Cortés y lo resuelto que estaba á continuar con ma-

yor vigor el sitio, despues de que hubiesen transcurrido algunos dias de descanso, en que solo se debia estar á la defensiva.

Las tristes reflexiones á que se encontraban entregados por los funestos resultados del asalto, contrastaba con la apacible suavidad de la atmósfera y con el risueño aspecto que presentaba el limpio azul del transparente cielo que comunicaba á las ondas del lago su suave y delicado color. Las risueñas esperanzas de triunfo, concebidas en la víspera, habian desaparecido como desaparece para el desgraciado el rápido y deslumbrador ensueño de ventura, despertando para palpar la desgracia. Sin embargo, nuevas esperanzas empezaron á lisonjear en aquellos mismos instantes la mente de los valientes caballeros allí reunidos. El revés sufrido, se decian, reconoce por única causa un descuido de los oficiales que iban en la vanguardia de la columna de Cortés. Si hubieran cumplido con las órdenes dictadas por el general, serian ya dueños de Tlatelolco. El descalabro sufrido, serviria de leccion para lo sucesivo, y la ciudad, en consecuencia, sucumbiria. La derrota, segun ellos, no habia hecho mas que retardar algunos dias la caida del imperio azteca.

Estas seductoras reflexiones, que acariciaban la mente de los oficiales castellanos, fueron interrumpidas por el melancólico sonido de un instrumento que en el campamento español era demasiado conocido. El colosal tambor, llamado *teponaxtli*, sonó en una de las altas torres del gran templo del sangriento dios Huitzilopochtli. Estaba hecho de pieles de serpiente y de otros animales grandes. Bernal Diaz del Castillo, que escuchó con frecuencia su terrí-

fico tañido, dice que «su sonido era muy triste, como instrumento de demonios, cuyo estruendo espantoso se escuchaba á distancia de dos leguas.» (1) Al oirlo, todos dirigieron la vista hácia las torres del *teocalli*. Sabian que el pavoroso toque de aquel ronco instrumento, anunciaba siempre una de esas sangrientas escenas religiosas con que procuraban saciar la sed de sangre de sus inhumanos dioses. El lúgubre son del horrible *teponaxtli* traia á la memoria de los españoles las desastrosas escenas de la *Noche Triste,* en que, al compás de los crueles tañidores, iban siendo sacrificados, al númen de la guerra, los desventurados compatriotas que habian caido prisioneros. Pero aun estaba mas reciente su terrífico sonido. En los momentos del asalto lo habian escuchado, y pocos momentos despues, las cabezas ensangrentadas de varios españoles sacrificados, les fueron arrojadas de las azoteas. Nuevas escenas de horror debian, por lo mismo, anunciar los toques recientes del colosal tambor. Su sonido se escuchó en los tres campamentos; y los soldados, con el corazon oprimido de pena, salian de sus barracas y subian á las azoteas, para enviar su mirada hácia el sitio de donde salia la aterradora señal de alguna funesta hecatombe. (2)

(1) «Tañian un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oia dos ó tres leguas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que le habia acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilobos...y miramos hácia el alto cu.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Al fijar la vista en el *teocalli* del dios Huitzilopochtli, los soldados de Pedro de Alvarado, cuyo campamento era el mas próximo al templo de la funesta deidad, se estremecieron ante el triste espectáculo que se presentó á sus ojos. Una larga procesion se descubria, subiendo despacio las gradas que rodeaban el templo por la parte exterior desde su base á la cúspide. Varios sacerdotes, con las vestiduras manchadas de sangre y atado en trenzas su largo y enmarañado cabello, rompian la marcha, entonando himnos de alabanza al númen de la guerra, al son de inarmónicos instrumentos; seguian á los ministros de las falsas deidades, las víctimas que debian ser sacrificadas, y cerraba la procesion un numeroso acompañamiento de guerreros y de nobles, vestidos con sus mas lujosas galas. Cuando la procesion llegó al átrio superior del templo que dominaba los edificios de la capital, Alvarado, Sandoval y todos los que se hallaban en el campamento, fijaron con ansiedad la vista en los que formaban el concurso de la fiesta idolátrica. No les separaba del sitio de la escena mas que una milla escasa. La atmósfera estaba limpia y transparente, y á la corta distancia á que se hallaban, fácilmente podian distinguir el color de los objetos y aun los actos mas marcados de las ceremonias religiosas. Formando á un lado los sacerdotes que iban por delante, dejaron despejado el centro de la cúspide plana ó átrio superior del *teocalli*, entregando á los sacrificadores las tristes víctimas que debieran ser sacrificadas. Llevaban estas desnudo el cuerpo, de la cintura para arriba; y por el color blanco del cútis, comprendieron los españoles, que los destinados á la muerte eran compatriotas suyos, hechos

prisioneros en el combate de la mañana. Les habian adornado la cabeza con profusion de plumas de brillantes colores, y llevaban en las manos abanicos de palma, de la forma de los aventadores. Los desdichados miraban desde allí el campamento de sus camaradas, sin poder ser socorridos de ellos. Conducidos delante de la horrible estátua de Huitzilopochtli, les daban terribles golpes para obligarles á tomar parte en las danzas con que se honraba á la sangrienta divinidad. Terminada esta ceremonia, se les despojó de sus adornos, y uno despues de otro fueron conducidos á la gran piedra de los sacrificios, donde tendidos en la superficie convexa, y sujetados los brazos, las piernas y la cabeza, por los que ejercian el oficio de verdugos sacerdotales, eran heridos por el sacerdote sacrificador, quien abriéndoles el pecho con un agudo cuchillo de obsidiana, les arrancaba con la mano el corazon que, palpitante, lo presentaba á la falsa divinidad. El cuerpo de la desventurada víctima se arrojaba por las gradas del templo al átrio inferior, donde los dueños de ella, lanzándose como hambrientos buitres sobre su presa, le cortaban los brazos y las piernas para comerlos en sus banquetes de caníbales, con que completaban el horrible cuadro de una de sus fiestas religiosas.

La impresion de horror que causó en el campamento de Pedro de Alvarado el terrible espectáculo que acababan de presenciar, no es dable á la pluma poder expresarlo. Una profunda tristeza se apoderó del corazon de oficiales y soldados, al ver á sus desgraciados compatriotas en medio de los sacerdotes del horrible ídolo de Huitzilopochtli, sin poder favorecerles, cuando se hallaban á un paso de

ellos. (1) Conmovidos profundamente con la idea de los sufrimientos de sus pobres compañeros, elevaban su corazon á Dios, bendiciéndole porque se habia dignado salvarles aquel dia de la espantosa muerte del sacrificio, y pidiéndole que les libertase de ser conducidos á la piedra de la mentida divinidad. (2) La impresion causada por las conmovedoras escenas que acababan de presenciar fué profunda, y nunca llegó á borrarse, desde entonces, de la imaginacion de los soldados. El bravo militar cronista, frecuentemente citado en esta obra, dice que desde entonces, al entrar en accion, sentia, sin que pueda él mismo explicarse la causa, una extraña tristeza que pasaba inmediatamente; y pide á los prácticos en el arte de la guerra, la explicacion de aquella instantánea melancolía; pues asegura «que no dimanaba de falta de ánimo, sino mas bien de sobra de esfuerzo.» (3)

Cuando los españoles del campamento de Pedro de Al-

(1) «Miren los curiosos lectores que esto leyeren, que lástima ternîamos dellos... Y tambien tengan atencion que no estábamos lejos dellos y no los podíamos remediar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist de la conq.

(2) «Y decíamos entre nosotros: ¡Oh gracias á Dios que no me llevaron hoy á sacrificar... rogábamos á Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte.»—El mismo.

(3) «Agora que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mejicanos... quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es, que despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar á aquellos sesenta y dos... antes de entrar en las batallas se me ponia por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazon; y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba. Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á que achacaran mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo ó á mucho esfuerzo.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

varado se hallaban afectados por el horrible espectáculo que acababan de presenciar, los mejicanos, sintiendo crecer su valor con aquel acto religioso, que juzgaban grato á sus dioses, se lanzaron sobre los españoles, ansiosos de nuevas víctimas para ofrecer al númen de la guerra. «Mirad,» gritaban al mismo tiempo que acometian con furia espantosa; «como han muerto vuestros amigos, morireis vosotros; nos lo han prometido nuestros dioses.» Los soldados castellanos, que siempre estaban prevenidos para el combate, recibieron á sus contrarios con notable serenidad, obligándoles á retirarse con el fuego de sus mosquetes y la artillería de sus bergantines.

Hernan Cortés se habia propuesto suspender todo ataque sobre la ciudad durante algunos dias. Casi todos los soldados se hallaban heridos, lo mismo que los caballos, y era preciso que se atendiese á su curacion para continuar los asaltos. Tambien los bergantines tenian necesidad de algunas reparaciones, y no menos se necesitaba componer las ballestas y algunos arcabuces.

Los continuos aguaceros, la falta de víveres, la carencia de barracas para guarecerse de las lluvias y la constante vigilancia desplegada noche y dia en los campamentos, eran sufrimientos terribles, que parecian superiores á la resistencia del hombre. A estas funestas calamidades, se agregaba la falta de medicinas para los enfermos y heridos. Todas las curaciones se hacian con aceite y oprimiendo las heridas con lienzos de algodon. Por fortuna creyeron encontrar en uno de los soldados, la ciencia de curar á los que padecian. Se llamaba el soldado Juan Catalan. La medicina que aplicaba y que fué reputada como la pa-

nacea de todas las dolencias, no podia ser mas sencilla. Se reducia á santiguar las heridas despues de practicar la curacion, y á rezar algunas oraciones. La facilidad con que los soldados españoles sanaban, merced á sus robustas naturalezas y á la vida frugal que hacian, fué atribuida á la eficacia de los rezos y al haber sido santiguada la parte dolorida. La fama del ensalmador, se extendió por todo el ejército; y hasta los indios aliados acudian en tropel á donde estaba el bienaventurado médico, para que les aplicase la sencilla medicina que, en honor del facultativo, es preciso decir que la daba gratis. (1)

Los mejicanos celebraron por espacio de varios dias consecutivos, el triunfo alcanzado sobre los sitiadores. Se iluminaron de noche los templos y las casas con leña de ocote, colocada en las azoteas y átrios superiores, pues desconocian las velas y el aceite para alumbrarse; hubo grandes danzas y músicas, vistosos juegos y comedias, y grandes banquetes dados con los miembros de los españoles y de los aliados hechos prisioneros.

En cada uno de esos dias se dejó escuchar el aterrador sonido del ronco *teponaxtli* ó monstruoso tambor del *teocalli*, anunciando á los españoles el sacrificio de algunos de sus compatriotas, pues habian reservado parte de los prisioneros, para irles ofreciendo por algun tiempo á su dios Huitzilopochtli.

(1) «Curábamos nuestras heridas con aceite, é un soldado que se decia Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba... Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veian que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenia que curar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Todo era alegría y esperanza en la capital del imperio azteca. Los ídolos, por medio de sus ministros, habian ofrecido á los mejicanos, nuevas victorias sobre los hombres blancos, hasta exterminarlos por completo. El plazo que habian puesto para la realizacion de la promesa hecha por sus dioses, no excedia de diez dias. El entusiasmo llegó á rayar en frenesí al escuchar la lisonjera promesa del triunfo. El emperador Guatemotzin, lleno de fé en la infabilidad del supremo sacerdote, á quien el númen de la guerra habia revelado la completa victoria sobre los enemigos del imperio, envió por las ciudades y provincias que se habian separado de su obediencia, las cabezas de varios españoles, dándoles parte del espléndido triunfo alcanzado, haciéndoles saber lo ofrecido por los dioses, y amonestándoles á que abandonasen la alianza de los hombres blancos, si no querian tener el mismo fin sangriento que les estaba reservado.

Al mismo tiempo que los emisarios del jóven monarca azteca recorrian las poblaciones, mostrando los descuartizados miembros de los cristianos sacrificados, los escuadrones aztecas asaltaban noche y dia los campamentos de los sitiadores y amenazaban á los ejércitos auxiliares con el castigo que les reservaban los dioses á quienes ofendian. «Comed,» les decian, arrojándoles brazos y piernas asadas de sus compatriotas y de los españoles, «saciad vuestra hambre, con la carne de vuestros hermanos y con la de los hombres blancos, que pronto la vuestra la comeremos en los banquetes con que celebramos la victoria.» (1) No era mas lisonjero el porvenir que anunciaban á

(1) «Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los tlas-

los castellanos, fijando como plazo seguro para el exterminio de todos, el término de diez dias, que era el tiempo señalado por sus ofendidos dioses. Los españoles escuchaban la prediccion comunicada al pueblo mejicano por los ministros de Huitzilopochtli, burlándose de ella; pero no pasaba lo mismo con los aliados. Existian entre las diversas provincias y señoríos del Anáhuac, las mismas creencias religiosas; todas participaban de las mismas preocupaciones; adoraban unos mismos dioses; tenian iguales sacrificios, y no dudaron que la promesa del númen de la guerra se realizaria, cayendo sobre ellos la venganza y el castigo del cielo, por haberse apartado de la religion de sus mayores. Profesaban implacable odio á los mejicanos, como dominadores de los demás pueblos; pero les veian fuertes y poderosos, combatiendo con heróico esfuerzo contra todo el poder de las provincias coligadas, y atribuyeron el triunfo alcanzado, á proteccion visible de los dioses. Nada podian hacer los españoles, por valientes que fuesen, contra la voluntad del poderoso Huitzilopochtli. Los juzgaron impotentes contra la que ellos juzgaban invencible divinidad; trajeron á la memoria las palabras del jóven Jicotencatl, anunciando que «Méjico seria la tumba de los hombres blancos y de sus aliados,» y juzgando por la triste situacion que los castellanos guardaban, que se aproximaba su ruina, trataron de alejarse del

caltecas eran tan lastimosas y malas, que les hacian desmayar, y les echaban piernas de indios asadas y brazos de nuestros soldados y les decian: Comé de las carnes de estos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellas, y deso que nos sobra bien os podeis hartar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

sitio del peligro, antes de que descargase la tempestad. Dominados por el terror de sus preocupaciones religiosas, empezaron á abandonar sus cuarteles durante la oscuridad de la noche; y al tercer dia, los numerosos ejércitos que sedientos de venganza habian acudido á sitiar á la capital de la nacion dominadora, habian desaparecido, dirigiéndose los numerosos escuadrones á las diversas provincias á que pertenecian. Los cholulеses, los huexotzincos, los chalqueños, los texcocanos, tepeaqueños y aun los leales tlaxcaltecas, desertaron de las banderas de Hernan Cortés, procurando llegar á sus hogares antes de que brillase la luz del décimo dia, señalado por los dioses para el esterminio de los hombres blancos y de los aliados que permaneciesen con ellos.

Solamente se quedaron firmes en el sitio del peligro, haciéndose superiores á las preocupaciones de sus compatriotas y prefiriendo la muerte á la falta de la fé jurada á los amigos, algunos distinguidos jefes, cuyo valor y esfuerzo habian llamado varias veces la atencion de los españoles. En el campamento de Hernan Cortés permaneció el jóven general texcocano, D. Cárlos Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco. Era, dice Bernal Diaz, «hombre muy esforzado,» y con él quedaron varios parientes y amigos suyos, con una corta fuerza. Tambien permanecieron, en el mismo campamento, los jefes otomites, con los pocos escuadrones que tenian. En el real de Pedro de Alvarado, quedaron el valiente jefe tlaxcalteca Chichimecatl, que se habia distinguido en todos los combates, y dos hermanos del jóven Jicotencatl, con algunos escuadrones formados de sus vasallos. En el campamento de Gonzalo de Sando-

val permaneció, con muy pocos guerreros, uno de los señores de Huexotzinco.

La desercion del numeroso ejército aliado, llenó de sobresalto á los soldados españoles. Habian contado con él para rendir la capital azteca, llena de valerosos escuadrones, y se encontraron de repente solos, heridos y sin el apoyo que les habia lisonjeado. La situacion era verdaderamente alarmante y triste. Hernan Cortés, haciéndose superior á los contratiempos y á los embates de la fortuna, no perdió su sangre fria y su serenidad en aquel momento de prueba. Cualquiera otro hombre, al mirarse abandonado por las fuerzas en que habia confiado para lograr su empresa, hubiera desistido de sus proyectos, procurando alejarse del inminente peligro á que quedaba expuesto. Pero el caudillo español, dotado de un ánimo extraordinario y de una constancia heróica, se presentaba entre sus soldados con el semblante risueño, alentándoles con su palabra, y asegurándoles que la tempestad que amenazaba, pasaria sin llegar á caer sobre los defensores de la cruz. Comprendiendo que al quedar sin realizarse, al plazo prometido, las predicciones de los sacerdotes, los que se alejaban temerosos, volverian al campamento, avergonzados de su credulidad, envió unos mensajeros á los jefes de las tropas que se alejaban, suplicándoles que suspendiesen su marcha desde el sitio en que se hallaban. Les decia que respetaba la determinacion que habian tomado; pero que les pedia únicamente que aguardasen allí hasta el plazo señalado por los ministros de las falsas divinidades, que estaba ya muy cerca. Si la prediccion se cumplia, irian á sus provincias sin haber sido contrarios á sus dioses ni

desleales á sus amigos: si no se realizaba, como no podia realizarse, entonces, patentizada la falsedad de la profecía, podrian volver á unirse con los que solos ó acompañados, habian resuelto no levantar el sitio, hasta no haber visto vencido, con la capital, el poder de los dominadores del Anáhuac.

En las angustiosas circunstancias en que se hallaban los españoles; á los dos dias del funesto descalabro sufrido; cuando veian alejarse á los aliados y tenian sobre sí todo el poder de los victoriosos aztecas, se presentaron nuevos cuidados que vinieron á hacer mas comprometida su difícil situacion. (1) Cuatro mensajeros, enviados por los habitantes de Quauhuahuac (Cuernavaca) ciudad situada á diez y ocho leguas de la capital de Méjico, llegaron á la presencia de Hernan Cortés, solicitando su favor contra sus vecinos de Malinalco, que les destruian sus sementeras y hacian desoladoras incursiones en la provincia, por haber reconocido al soberano de Castilla. Agregaron, que no contentos con los daños que les habian causado, trataban de confederarse con los cohuizquez, nacion muy numerosa, para destruir la ciudad y marchar en seguida en auxilio de los mejicanos, cruzando las montañas.

No podia haber sido hecha la peticion en momentos mas aciagos. Los españoles se encontraban, como dice Hernan Cortés, «mas para recibir auxilio que para darlo.» (2) Los

(1) «Dende á dos dias del desbarato, que ya se sabia por toda la comarca, los naturales de una poblacion que se dice Cuarnaguacar... vinieron al real y dijéronme cómo los de la poblacion de Marinalco, que eran sus vecinos, les hacian mucho daño.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y teniamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro.»—Idem.

capitanes, juzgando que no debia atenderse á la solicitud, le aconsejaron que se disculpase, manifestando que le era imposible alejar ninguna fuerza del campamento; pero el caudillo castellano pensaba de manera opuesta. Desatender á los que llegaban pidiéndole favor contra los que les destruian por haberse declarado adictos á Castilla, hubiera sido faltar á la promesa que les habia hecho; mostrarse impotente. Aunque conocia el peligro que habia en disminuir la corta fuerza que tenia, creyó que era preferible desafiar á la fortuna, que manifestarse débil á los ojos de sus amigos y de sus contrarios. Enviando el auxilio que con instancia le pedian, alentaba á los aliados, y demostraba á los aztecas la seguridad que tenia en el triunfo, desprendiéndose de una parte de su fuerza, cuando ellos le juzgaban temeroso y abatido. Con esta conviccion, mandó al capitan Andrés de Tapia, que saliese inmediatamente hácia Cuernavaca con los mensajeros y una fuerza de ochenta infantes y diez ginetes. (1) Despues de encargarle que no emplease mas de diez dias desde su salida hasta su vuelta al campamento, salió el valiente capitan con su gente, que era la que menos herida habia salido de los combates recientes.

Hernan Cortés quedó cuidadoso del éxito de la expedi-

(1) «Despaché con aquellos que pedian socorro, ochenta peones y diez de caballo, con Andrés de Tapia.» (Tercera carta de Cortés.) El señor Clavijero dice que se componia la fuerza de «doscientos infantes españoles, diez caballos y un buen número de aliados.» Pero sin duda el apreciable historiador mencionado ha sufrido una equivocacion, así en el número de españoles, puesto que Cortés dice que eran noventa por todo, como en el de darle aliados, cuando casi todos se habian alejado de los campamentos.

cion, y triste de encontrarse obligado á permanecer á la defensiva. Notando el esforzado general texcocano, Cárlos Ixtlilxochitl, la pena que le oprimia, le dijo: «No esteis triste, Malinche, por haber suspendido los asaltos sobre la ciudad. Basta para que sucumba, el que impidais con vuestros bergantines, que reciban víveres, pues por tierra nada puede llegarles. El número de guerreros que hay dentro, es muy crecido y pronto agotarán los comestibles. Por lo que hace al agua, no la pueden beber mas que salobre, de algunos pozos que han abierto. No hay necesidad, por lo mismo, de combates para ganar la capital. Basta el hambre para que la rindais, y así lograreis apoderaros de ella, sin arruinar los edificios que manifestais interés en que no se destruyan.» (1)

El general español le abrazó al escuchar su consejo, no porque á él no le hubiese ocurrido antes la idea, sino porque veia en las palabras del hermano del monarca texcocano, la constancia y la fidelidad.

Mientras Andrés de Tapia marchaba en auxilio de los habitantes de Cuernavaca, y los aliados que se habian alejado esperaban el resultado del vaticinio, el reducido ejército español, sufria penalidades que solo hombres de una complexion de acero, como parecian los soldados de Cor-

(1) «D. Cárlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: Sr. Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquillac (Tepeyacac), y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua. ¿Qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que tendrán con la hambre y sed?»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

tés, podian soportar. Pocos en número y casi todos cubiertos de heridas, se veian precisados á redoblar sus fatigas, sosteniendo continuos combates en los tres amenazados campamentos. Escasos de víveres y en la penosa estacion de las lluvias, en que los caminos se convertian en verdaderos pantanos, se encontraban en la necesidad de salir á buscar provisiones, dejando debilitado el campamento, sobre el cual se lanzaban furiosos los sitiados, orgullosos con el triunfo alcanzado, y alentados por la promesa de sus deidades. A las batallas del dia, seguia la fatigosa vigilancia de la noche, sonando al principio de todas ellas, en la cúspide plana del piramidal *teocalli* de Tlatelolco, el ronco tambor ó *teponaxtli,* que anunciaba alguna sangrienta ceremonia. Los españoles se extremecian de horror al escuchar el espantoso sonido. Sabian que indicaba la muerte de algunos de los sesenta y dos compañeros hechos prisioneros en el desgraciado asalto que, como he dicho, habian dispuesto irlos sacrificando durante la semana destinada á las fiestas por la victoria alcanzada. Conmovidos y arrastrados por ese impulso natural que nos obliga á dirigir la vista hácia lo mismo que nos aterra, fijaban sus ojos en el punto de donde salia el horrible tañido. Una gran hoguera, encendida sobre uno de los altares del átrio superior, iluminaba el lugar de la fatal escena, y á la roja luz que derramaba, veian tender sobre la piedra de los sacrificios á sus desventurados compatriotas, que morian heridos por el agudo cuchillo de pedernal con que el sacerdote sacrificador les abria el pecho, arrancándoles el corazon que palpitante lo presentaba al númen de la guerra. La última víctima con que se cerró la lista de los desgraciados que

perecieron en aquella funesta hecatombe, fué Cristóbal de Guzman, el fiel mayordomo de Cortés, que cayó en poder de los aztecas al llevar al general un caballo para que montara. Diez y ocho dias permaneció preso en la jaula de madera en que colocaban á los prisioneros que destinaban al sacrificio, escuchando la lúgubre señal que le indicaba la muerte de sus compañeros, y esperando el instante en que seria conducido á la funesta piedra. (1)

Los mejicanos que defendian los puntos próximos á los cuarteles españoles, hacian resonar el aire con espantosos y prolongados gritos de guerra, despues de las sangrientas ceremonias. Confiando en las promesas de sus orácu-los, amenazaban á los castellanos diciéndoles que se preparasen para servir de presente al poderoso Huitzilopochtli, dirigiéndoles al mismo tiempo los insultos que juzgaban mas ofensivos. «Nada hay bueno en vosotros,» les decian, «y aun vuestra carne es mala para comerla, pues amarga como la hiel, y la garganta resiste el pasarla.» (2)

Nada, sin embargo, hacia desmayar el ánimo esforzado

(1) «Digamos ahora lo que los mejicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañian su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos, y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo lo tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Mirá cúan malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amar-

de los soldados españoles. Por el contrario; parecia que las dificultades y los peligros aumentaban el espíritu y la constancia del reducido ejército. Hasta las mismas mujeres castellanas que habian acompañado á sus esposos en la penosa campaña, daban ejemplo de valor y de fortaleza, compartiendo con ellos las fatigas del servicio y los peligros del combate. Allí se encontraba embrazando la rodela y empuñando la espada, la valerosa María de Estrada que se habia hecho notable en la Noche Triste y en la batalla de Otumba; y allí, Isabel Rodriguez, Beatriz de Palacios, Juana Martin y Beatriz Bermudez, no menos notables que ella por su ánimo varonil. Ellas se dirigian muchas veces al sitio en que estaban de centinela sus esposos, y tomando sus armas, vigilaban para que ellos descansasen. Cuando Hernan Cortés, antes de salir de Tlaxcala, queriendo ahorrarles las penalidades del sitio, les aconsejó que se quedasen en la república amiga, contestaron con resolucion invariable, «que no era accion digna de mujeres castellanas abandonar en el peligro á sus maridos; y que ellas, cumpliendo con el sagrado deber que tenian, estaban resueltas á morir donde ellos muriesen.» (1) Las obras no desmintieron jamás las palabras de las nuevas amazonas.

gas.» (Bernal Diaz del Castillo.) El bravo veterano con la fé cristiana que tenia atribuye á disposicion de Dios el que les supiese mal la carne de los cristianos: «Y parece ser,» dice, «como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso Nuestro Señor que les amargasen las carnes.»

(1) «Que no era bien que mugeres castellanas dejasen á sus maridos, iendo á la guerra, y que donde ellos muriesen moririan ellas.»—Herrera. Historia general.

Resueltos los españoles á no abandonar la empresa acometida, se entregaron con doble afan á las operaciones de la campaña, desde el instante en que se alejaron de su lado los escuadrones aliados. Redoblando su vigilancia en los campamentos, impedian, con sus bergantines, la entrada de víveres en la capital, rechazaban los rudos ataques de los valientes sitiados y fortificaban sus puntos avanzados, amenazando con nuevos asaltos á los de la ciudad. Al mismo tiempo que atendian á mantener en todo su rigor el sitio, trabajaban en preparar el terreno para emprender nuevos asaltos sobre la plaza. Las tropas de Pedro de Alvarado empezaron á ocuparse en cegar y tapar la ancha zanja que se encontraba á corta distancia del campamento. Los soldados, remudándose por compañías, acarreaban adobes y madera, con infatigable empeño, y sus esfuerzos quedaron coronados á los cuatro dias de esa penosa tarea, dejando sólidamente nivelado el piso. Igual operacion practicaban, en sus respectivos reales, las divisiones de Hernan Cortés y de Gonzalo de Sandoval, dando ejemplo de laboriosidad el mismo general, conduciendo personalmente adobes y madera. (1)

Por su parte nada descuidaba el activo emperador Guatemotzin para combatir á sus contrarios. Aunque no dudaba de la realizacion de la promesa del oráculo, hizo que se abriesen los fosos de la calle de Iztapalapan, cegados antes del asalto; construyó nuevas y formidables obras de

(1) «Y otro tanto hacia Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

fortificacion, y fijando estacadas en los puntos convenientes de la laguna, ordenó que las canoas saliesen en todas direcciones para proveer de víveres á la capital.

Sin embargo, eran muy pocas las canoas que podian burlar la vigilancia de los bergantines, que cruzaban en diversas direcciones el lago. Habian encontrado la manera de romper á fuerza de vela y remo las estacadas, y perseguian sin temor de ninguna celada á las piraguas. (1) Sensible fué para los mejicanos ver inutilizado el ardid de que hasta entonces se habian valido con buen éxito; pero no por esto cesaron de poner nuevas celadas, ni de salir en busca de provisiones.

Comprendiendo el monarca azteca que el cansancio y la fatiga, eran dos armas terribles con que podria destruir á sus contrarios, multiplicaba dia y noche los ataques sobre los campamentos, no dejándoles ni un solo instante de reposo.

Viendo el valiente jefe tlaxcalteca Chichimecatl que, desde la derrota sufrida, los españoles se mantenian á la defensiva, determinó, llevado de su amor á los combates y de su odio á los mejicanos, hacer una entrada en la ciudad con solo sus tlaxcaltecas. Residia en el campamento de Alvarado, y era muy estimado de los españo-

(1) «Y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas que los mejicanos les habian hecho en la laguna para que zabordasen; y es desta manera: que remaban con gran fuerza, y para que mas furia trujesen tomaban de algo otras, y si hacia algun viento, á todas velas, y con los remos muy mejor; y así eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

les, por su extremado valor, su caballerosidad y su ambicion de gloria militar. Despues de arengar á sus guerreros y de excitar su odio de venganza contra los mejicanos, salió del campamento español, al frente de sus legiones. Resuelto á dejar bien puestas las armas de la república ó á perecer en el combate, acometió con espantosa furia á los mejicanos que defendian los puntos avanzados. Ganó todos los fosos que tenian los sitiados en la calzada de Tacuba, y dejando cuatrocientos flecheros escogidos en la cortadura mas ancha y difícil, con el fin de que en la retirada le asegurasen el paso, penetró con las demás fuerzas en la ciudad, dando espantosos alaridos de guerra, y gritando, «Tlaxcala, Tlaxcala.» Los mejicanos sostuvieron con admirable esfuerzo la lucha en la calle en que entró, asombrados de la osadía de sus contrarios. El combate fué reñido, y se sostuvo con igual valor de una y otra parte, siendo crecido el número de muertos y de heridos que ambos ejércitos tuvieron. Despues de haber dejado bien puesto Chichimecatl el nombre de su provincia y de haber combatido alcanzando ventajas sobre sus enemigos, dispuso la vuelta hácia el campamento. Los mejicanos se lisonjearon con desbaratarle, destruirle y hacer gran número de prisioneros en el paso del ancho foso, en los momentos de replegarse. Al notar, por lo mismo, su movimiento de retraccion, le acosaron de cerca en la retirada, persiguiéndole con espantosa furia. Los tlaxcaltecas se arrojaron al agua al llegar al foso, y cuando los mejicanos creyeron hacer una horrible carnicería en ellos, se encontraron con los cuatrocientos flecheros que descargaron una mortífera lluvia de dardos que les obligó á retroceder, mientras los

tlaxcaltecas pasaban tranquilamente la cortadura. Los aztecas, «quedaron, dice Cortés, admirados de la osadía de Chichimecatl,» y los españoles le recibieron con vivo entusiasmo en el campamento. (1)

De grande alivio sirvió en aquellos instantes la llegada del capitan Andrés de Tapia, con sus noventa hombres, al campamento, de vuelta de su expedicion á Cuernavaca. Habia encontrado al ejército enemigo entre esta ciudad y Malinalco; le habia derrotado completamente; y despues de perseguirle con terrible tenacidad, logró terminar felizmente la campaña, dejando tranquilos á los pueblos aliados que habia ido á favorecer. Pero no parecia sino que la suerte se habia propuesto poner á prueba la constancia de Cortés, sembrando de dificultades el camino, oponiendo obstáculos á la realizacion de su empresa. A un contratiempo seguia otro: á una dificultad otra mayor.

No habian transcurrido mas que dos dias desde la llegada de la expedicion, cuando se presentaron á Hernan Cortés nuevos mensajeros, enviados por los pueblos otomites que habitaban el valle de Tollocan (Toluca) distante diez y seis leguas de la capital azteca. Manifestaron los otomites que los matlanzinquez, nacion belicosa que habitaba el mismo valle, les habian incendiado varios lugares, hecho muchos prisioneros y arruinado sus siembras. Agregaron que se hallaban en combinacion con los defenso-

(1) «Y como ya se venian retrayendo, los de la ciudad cargaron sobre ellos muy de golpe, y los de Tlascaltecal echáronse al agua, y con el favor de los flecheros pasaron; los enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, y aun bien espantados de la osadía que habia tenido Chichimecatecle.»—Tercera carta de Cortés.

res de la capital de Méjico, para atacar, con numerosos escuadrones, los campamentos españoles por la parte de tierra firme, al mismo tiempo que tropas sitiadas debian asaltarles en sus cuarteles.

No era la primera vez que Hernan Cortés oia pronunciar el nombre matlanzinquez. Los mejicanos le habian amenazado con el poder de la guerrera nacion matlanzinca, y no dudó que se disponian á realizar la amenaza. Con efecto, los matlanzinquez, al ver las cabezas de los españoles sacrificados, enviadas por el emperador Guatemotzin, anunciando la victoria alcanzada y la promesa del oráculo, empuñaron las armas para destruir á los otomites que se habian aliado á los castellanos.

La situacion de los españoles en aquellos momentos, era aun mas aflictiva que algunos dias antes. Los esfuerzos que los mejicanos hacian para apoderarse de los campamentos, crecian á medida que se aproximaba el plazo señalado por los dioses. No cesaban un instante en la lucha, y sus «bravos escuadrones, dice el soldado cronista, se iban á juntar pié con pié con los enemigos, sin que bastasen á retraerles ni los arcabuces ni las ballestas ni las espadas.» (1)

(1) «Volvamos á los grandes escuadrones que á la contínua nos daban guerra, que muy bravosos y victoriosos se venian á juntar pié con pié con nosotros... Pues digamos el ruido y alarido que traian, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venian á echar mano; y como despues de Dios, nuestro buen pelear nos habia de valer, teníamos muy reciamente contra ellos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Para atender á la solicitud de los otomites era preciso hacer un sacrificio. La posicion no podia ser mas crítica, ni el haber pedido el auxilio en tiempo mas borrascoso. (1) Enviar una parte de las fuerzas á larga distancia del campamento, contra una nacion guerrera y bien poblada, era exponerla á perecer, y dejar en inminente peligro á los que quedaban al frente de la plaza. Pero Hernan Cortés estaba resuelto á perecer antes que manifestar que era impotente para socorrer á los que acudian á pedirle amparo. Conocia que, para sostener el prestigio, era preciso ocultar la debilidad bajo las apariencias de un poder sólido y fuerte. «Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun en el que nosotros quedábamos,» dice en su tercera carta á Cárlos V; «pero como nos convenia mostrar mas esfuerzo y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos como con los enemigos.» Siendo difícil y de suma importancia la expedicion, la confió al entendido y valiente capitan Gonzalo de Sandoval. El caballeroso jóven, aunque no acababa de sanar aun de sus heridas y habia trabajado sin descanso, vigilando en los tres campamentos, desempeñando las veces de general en jefe, se puso en camino sin pérdida de momento. La fuerza que llevaba se componia de cien infantes de espada y rodela, excepto uno que era ballestero, diez y ocho de caballería y los escuadrones otomites que habian permanecido en el campamento. (2)

(1) «Y aunque lo pedian en muy recio tiempo, etc.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «A Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con diez y ocho de caballo y

La marcha de Gonzalo de Sandoval dejó en inminente peligro al fatigado y corto ejército español que quedaba enfrente de la plaza. (1) No era menor el que la expedicion llevaba. El uno quedaba expuesto á ser aniquilado

cien peones, en que habia solo un ballestero, el cual se partió con ellos y con otra gente de los otomies, nuestros amigos.» (Tercera carta de Cortés.) Hay historiador que dice que el número de aliados que llevaba, ascendia á «sesenta mil.» Creo que entre lo que asegura Cortés, que fué quien los envió y debia por lo mismo saber lo que enviaba, y lo que diga cualquiera otro sobre ese punto, no debe titubearse. Las palabras, «el cual se partió con ellos» (con los soldados españoles) «y con otra gente de los otomies,» manifiestan bien claramente que era corto el número y que solo se componia de otomites. Ni podia existir aun ese número en todos los campamentos cuando salió Gonzalo de Sandoval. Veamos. Salió Andrés de Tapia á Cuernavaca dos dias despues de la derrota, y diez que estuvo fuera, son doce. Dos dias despues de su llegada al campamento, esto es, á los catorce dias del asalto pidieron favor los otomites, saliendo á las pocas horas Gonzalo de Sandoval. Cotejemos ahora esta fecha con la que Bernal Diaz señala empezando á llegar á sus campamentos á las tropas aliadas que habian abandonado el sitio. «Y en aquestos trances y batallas, dice el referido Bernal Diaz, «se habian pasado en el desbarate de Cortés, doce ó trece dias; y como este Suchel, hermano de don Hernando, señor de Tezcoco, vió que volvíamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mejicanos decian, que dentro diez dias nos habian de matar..... envió á decir á su hermano don Hernando, que luego enviase á Cortés todo el poder que pudiese sacar de Tezcoco, y vinieron dentro en dos dias que él se lo envió á decir mas de dos mil hombres... y asimismo en aquella sazon volvieron muchos tlascaltecas.» Es decir que á los quince dias despues de la derrota, empezaron á llegar los aliados; esto es un dia despues de salir Sandoval. Que no habia en los campamentos españoles fuerzas aliadas, de alguna consideracion á la salida de Sandoval, lo demuestran estas otras palabras de Cortés: «Y Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun el en que nosotros quedábamos.» No creo que con sesenta mil hombres marchase en peligro la division, ni quedase en muy grave, quien si los enviaba, seria porque contaba con muchos mas. El mismo temor que Cortés, manifiesta Bernal Diaz, probando así que se hallaban sin aliados: «Y sabe Dios cuales quedábamos con gran riesgo de nuestras personas.»

(1) «Y sabe Dios cuales quedábamos con gran riesgo de nuestras personas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

por las numerosas fuerzas de Guatemotzin que, envalentonadas con el triunfo, amenazaban de continuo destruir á los sitiadores. La otra marchaba á combatir contra una nacion belicosa y muy poblada. (1)

Del éxito de la expedicion, pendia la suerte de las tropas sitiadoras. De la firmeza de éstas, el porvenir de los que formaban la expedicion.

El descalabro de uno, envolveria en su ruina al otro.

(1) «Bien sabíamos que era grande.»—Tercera carta de Cortés.

CAPÍTULO XXIX.

Vuelven á sus campamentos los indios aliados.—Resultado de la expedicion de Sandoval contra los matlatzinques.—Se unen nuevas provincias á los españoles.—Llega á Veracruz un barco con armas y pólvora.—Heróica constancia de Guatemotzin.—Nuevo plan de Cortés en sus ataques á la ciudad.—Acuden millares de indios con azadas para destruir los edificios.—Desecha Guatemotzin las proposiciones de Cortés.—Varios combates en la ciudad.—Demolicion de muchos edificios.—Horrible hambre en los sitiados.—Cortés se apodera de un templo en que encuentra varias cabezas de los españoles sacrificados.—Ganan las tropas de Cortés la plaza de Tlatelolco.—Situacion penosa de los mejicanos y noble determinacion:—Se construye una catapulca.—Desafío entre un capitan mejicano y un paje de Hernan Cortés.

Habian transcurrido trece dias desde la derrota sufrida por los españoles en el asalto dado al mercado de Tlatelolco. (1) El plazo de diez auroras señaladas por el oráculo, habia espirado. (2)

(1) «Habian pasado cuando el desbarate de Cortés, doce ó trece dias.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Lo que los mejicanos decian que dentro de diez dias nos habian de matar.»—El mismo.

La promesa de los sacerdotes que habian consultado con los dioses, quedó sin realizarse. Los ataques á los campamentos, no habian dado otro resultado que la muerte de millares de aztecas. Los guerreros mejicanos quedaron tristes al ver desvanecida su esperanza. En cambio, los españoles se habian apoderado de algunas trincheras, habian cegado varias cortaduras, alcanzado algunas victorias y cogido numerosos prisioneros, entre los cuales se encontraban personas distinguidas.

Los jefes indios que, prefiriendo la muerte á la deslealtad se habian quedado al lado de los castellanos, quedaron convencidos de la impotencia de los ídolos, y orgullosos de haber hecho un esfuerzo heróico sobre sí mismos, para sobreponerse á la preocupacion general de sus compatriotas.

El jóven general texcocano D. Cárlos Ixtlilxochitl fué el primero que, viendo desmentida la profecía de los sacerdotes mejicanos, y mas que nunca serenos á los españoles, envió á decir á su hermano Fernando, señor de Texcoco, que comunicase á los jefes texcocanos el resultado de la falsa prediccion, y que le enviase el mayor número de gente que pudiese. Dos dias despues, llegaban al campamento español dos mil guerreros texcocanos, que formaban la vanguardia de su ejército. Casi al mismo tiempo llegaron al campo de Pedro de Alvarado, los tlaxcaltecas, avisados por el bravo Chichimecatl, de lo acaecido, y avergonzados de haber dado crédito á las palabras de sus odiados enemigos. El ejemplo de unos y otros fué seguido por los huexotzincos y los choluleses, y en breves dias se vió Cortés al frente de un numeroso ejército auxi-

liar que volvia resuelto á despreciar en lo sucesivo los oráculos aztecas.

Hernan Cortés envió un recado á los jefes aliados que se hallaban en sus campamentos respectivos, diciéndoles que se presentasen en el suyo, porque deseaba hablarles. Para evitar que los mejicanos pudieran atacarles, colocó una fuerza de caballería en el camino. Cuando estuvieron en su presencia, les trató con extrema amabilidad y se felicitó de verles reunidos. Por medio de sus intérpretes Marina y Gerónimo de Aguilar, elogió la conducta observada por Chichimecatl, los Jicotencatl, Ixtlilxochitl y otros jefes aliados que habian permanecido al frente del enemigo en los instantes de prueba; les dijo que habian cometido una falta grave, digna de un severo castigo abandonando los puntos que les habian sido confiados; pero que se las perdonaba por el aprecio que les tenia y por los buenos servicios que habian prestado anteriormente. Añadió que, al aceptar su cooperacion para poner sitio á Méjico, no tuvo otra mira que la de procurarles la satisfaccion de la venganza contra sus opresores y los ricos despojos que alcanzarian al apoderarse de la grandiosa capital azteca; que no tenia mas que palabras de elogio respecto del valor y eficacia que habian manifestado en todos los combates; pero que ya veian que sin su ayuda habian seguido el sitio, estrechando mas y más á los mejicanos, á los cuales no les quedaria al fin mas remedio que rendirse ó perecer, pues el auxilio principal y por quien alcanzarian la victoria, lo recibian los cristianos del Redentor del mundo. El general español terminó su breve discurso, felicitándoles porque habian borrado su falta al reconocer

su error, y diciendo que se alegraba infinito de su vuelta, pues así tendria la satisfaccion de ver que los que habian participado de sus peligros, participaban tambien del triunfo y de la gloria. (1)

Abrazó en seguida afectuosamente al esforzado Ixtlilxochitl, á los jóvenes Jicotencatl, al valiente Chichimecatl y otros jefes distinguidos de los que habian permanecido en los tres campamentos, y recomendando á todos que no matasen en lo sucesivo á ningun mejicano, pues anhelaba que pidiesen la paz, les dijo que volviesen á sus respectivos cuarteles. (2)

La fortuna empezaba á sonreir de nuevo al caudillo español. La tempestad que por un momento parecia dispuesta á descargar su furia sobre el ejército sitiador, habia desaparecido. Los campamentos que se vieran por espacio de quince dias solitarios, volvieron á verse animados por millares de escuadrones indios, que ostentaban brillantes penachos y que invadian la campiña entera.

Todo era vida y animacion en el campo sitiador; todo

(1) «Y les dijo que bien habian creido y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene así por haber servido á su majestad como por las buenas obras que dellos hemos recibido, y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los mejicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volviesen ricos á sus tierras y se vengasen de sus enemigos, que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado... é que ya les habian dicho y amonestado otras veces que el que nos da victoria y en todo nos ayuda es nuestro Señor Jesucristo.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «E que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos mejicanos, porque les quiere tomar de paz.»—El mismo.

esperanza y satisfaccion. Los bergantines, dominando la laguna y auxiliados de millares de canoas de las ciudades aliadas, cruzaban en todas direcciones, impidiendo la entrada de víveres á la ciudad sitiada.

Entre tanto Gonzalo de Sandoval habia obtenido un brillante éxito en su expedicion contra los matlatzinquez. Desde que se aproximó al valle á que se dirigia, se unieron nuevos escuadrones otomites á los que llevaba, aumentándose su ejército á medida que avanzaba. Aldeas incendiadas y sementeras destruidas, indicaban el paso devastador de los matlatzinquez por los pueblos otomites. Los españoles conjeturando por las señales desoladoras que veian, que los enemigos no debian hallarse á gran distancia, marchaban preparados para el combate. No se equivocaron. Pronto descubrieron un respetable ejército contrario, cargado con los despojos de una poblacion que acababa de entregar á las llamas. Al ver á los españoles, dejaron el rico botin, á fin de estar libres para el combate, y se situaron en un punto ventajoso, á corta distancia de la márgen de un rio que atravesaba el valle. Gonzalo de Sandoval lo pasó con su gente, se arrojó al frente de la caballería sobre sus contrarios; y despues de un reñido combate, los matlatzinquez fueron completamente derrotados. Los españoles y otomites persiguieron tenazmente á los fugitivos por espacio de tres leguas, matándoles dos mil hombres, hasta obligarles á encerrarse en su principal ciudad. Sandoval se dispuso atacarla, y los matlatzinquez, abandonándola, se refugiaron á una fortaleza situada en la alta cima de un fragoso monte. El ejército vencedor entró victorioso en la ciudad enemiga, saqueándola y po-

niendo fuego á sus edificios. Al siguiente dia marchó al asalto de la fortaleza, donde se esperaba que los contrarios opusieran una tenaz resistencia; pero los matlatzinquez no se atrevieron á esperar, y la dejaron abandonada.

Terminada así la campaña, Gonzalo de Sandoval dispuso regresar á Méjico, marchando por algunos pueblos que, creyendo en la promesa del oráculo, se habian declarado en favor de los mejicanos; pero no tuvo la triste necesidad de apelar á las armas. Los caciques se presentaron al jefe español pidiendo que les perdonase, y Sandoval les trató con la benignidad que le distinguia. Al verles satisfechos y agradecidos, les suplicó que inclinasen á los gobernantes matlatzinquez á que formasen alianza con los españoles, ponderándoles las ventajas que de ella les resultaria; ventajas que nunca alcanzarian de los mejicanos.

Los caciques prometieron obsequiar su deseo, y Gonzalo de Sandoval, despidiéndose de ellos, continuó su marcha hácia Méjico.

Las expediciones de Andrés de Tapia y de Gonzalo de Sandoval, dieron resultados de importancia para Hernan Cortés. Cuatro dias despues haber vuelto el segundo á su campamento, se presentaron al caudillo castellano algunos señores matlatzinquez y de los demás pueblos combatidos, solicitando la alianza de los españoles y manifestándose pesarosos de haber tomado las armas contra ellos.

La amistad de las nuevas provincias, dejó á Hernan Cortés libre de enemigos por el continente, y le proporcionó considerable aumento en el número de guerreros que sitiaban la capital azteca.

Para que los favores de la fortuna fuesen completos,

llegó al puerto de la Villa-Rica un buque con armas y municiones. Pertenecia á una flotilla destinada á la costa de la Florida, y que mandaba el anciano y novelesco caballero español Ponce de Leon, que, en un tiempo, recorrió las islas, en busca de la maravillosa fuente del rejuvenecimiento y de la salud. La llegada del bajel fué de suma importancia para Cortés, pues tenia, como el dice, «estrema necesidad de pólvora y ballestas.» Comprado el cargamento por el comandante que mandaba en el puerto, fueron enviados inmediatamente al general castellano todos los objetos de guerra, quedando así en disposicion de activar las operaciones del sitio, siguiendo un plan mas seguro y firme.

Mientras la fortuna prodigaba sus favores al caudillo español, los horizontes de la esperanza se habian cerrado para el valiente emperador mejicano Guatemotzin, y la tempestad de las desgracias rugía sobre la cabeza de los sitiados, amenazando su ruina. Los pueblos les habian abandonado; las provincias de donde habian esperado cooperacion y auxilio, acababan de aumentar las fuerzas de sus contrarios; las naciones que habian sido feudatarias del imperio, acumulaban sus escuadrones sobre la ciudad para destruirla, en venganza de la opresion en que les habian tenido los emperadores aztecas; no contaban mas que con los ejércitos encerrados en la capital: los víveres escaseaban, pues aunque tenian la horripilante costumbre de comer los miembros de las víctimas sacrificadas, no podian estas proporcionar alimento al número considerable de tropas que defendian la ciudad, y el hambre se dejó sentir bien pronto, acompañada de todo el horrible cor-

tejo de calamidades que forman su espantoso séquito.

Pero ni el hambre, ni las enfermedades, ni el incendio, ni los estragos causados por las armas, desalentaban á los valientes defensores. En medio de la terrible tempestad que amenazaba aniquilar á la que habia sido señora del Anáhuac, se destacaba la noble figura de Guatemotzin, desafiando el peligro y conduciendo al combate á sus valientes compatriotas. «Nunca generacion ninguna, dice haciéndoles justicia Hernan Cortés, estuvo mas determinada á morir.»

Comprendiendo lo difícil que es apoderarse de una ciudad cuando los defensores están resueltos á perecer bajo sus escombros, y deseando sinceramente no verse precisado á destruirla «porque era,» dice con entusiasmo el caudillo español, «la mas hermosa cosa del mundo,» quiso, antes de tomar una determinacion severa, procurar un avenimiento con los defensores. Envió, al efecto, á la presencia de Guatemotzin á dos nobles mejicanos, hechos prisioneros en una de las acciones, proponiéndole, por medio de ellos, la terminacion de las hostilidades. Le decia que no se obstinase en sostener un sitio que no daria otro resultado que la muerte de sus defensores y la desaparicion completa de la bella capital; que viese que el país entero habia tomado las armas contra el imperio; que los socorros que esperaba de los matlatzinques, no los conseguiria ya, puesto que habian hecho alianza con los españoles despues de haber sido derrotados, y que viese que el hambre y la miseria que padecia la poblacion, serian suficientes para dar el triunfo á los sitiadores, aun cuando no hiciesen uso de las armas. Hernan Cortés terminaba ofreciéndole olvido

de lo pasado y dejarle gobernando á su pueblo, si celebraba la paz, reconociendo por soberano al monarca de Castilla. Para que se convenciese de que ningun auxilio podia esperar de los matlatzinquez, en quienes habia cifrado su esperanza, hizo que, con los enviados mejicanos, fuesen dos nobles de aquella nacion, que Sandoval habia hecho prisioneros, diciéndole que se informase de ellos mismos de la verdad de los hechos. «Si todos me abandonan, no me abandonarán mi deber ni mi esfuerzo,» contestó Guatemotzin. Luego, sin querer responder á las proposiciones de Cortés, mandó á los enviados y á los matlatzinques, que saliesen inmediatamente de la ciudad. Pocas horas despues, tres fuertes divisiones aztecas, mandadas por los mas valientes capitanes, asaltaban á la vez, con imponderable furia, los tres campamentos españoles. Nunca se habian manifestado con mas arrojo que en esos momentos. «Parecia,» dice el soldado cronista, «que deseaban morir peleando.» Metiéndose por entre las espadas de sus contrarios, trataban de destruirles y hacerles prisioneros; pero atropellados por la caballería y acribillados por el fuego de cañon de los bergantines, se vieron precisados á retirarse, dejando considerable número de muertos en las calzadas.

Viendo Hernan Cortés que las proposiciones de paz eran contestadas con furibundos asaltos y que la resolucion tomada por Guatemotzin era morir antes que ceder de su derecho, tomó una determinacion que hasta entonces habia resistido adoptar: no avanzar un solo paso en las calles de la ciudad, sin dejar llano el terreno para poder acometer y retirarse sin temor de sufrir un descala-

bro. Todas las casas de uno y otro lado, debian derribarse á medida que se fuese entrando en la poblacion. Así se evitaba que las tropas recibieran daño de las azoteas, y se les obligaria acaso á los sitiados á pedir la paz, al convencerse de que su ruina era inevitable. Mucho sintió Cortés verse obligado á recurrir á un extremo que hubiera querido evitar á toda costa; pero tomada una vez su resolucion, se propuso, como él dice, llevarla á cabo, aunque fuese necesario tardar mucho tiempo en la toma de la ciudad. (1) Ni era posible de otra manera hacerse dueño de la capital azteca. Cada edificio era una fortaleza con un puente levadizo, por cuyo frente y costados corria un profundo canal. Los guerreros, colocados en las azoteas, arrojaban una lluvia mortífera de flechas y de piedras sobre sus contrarios, sin que pudiesen ser ofendidos. La experiencia le habia demostrado al caudillo español, que mientras esas multiplicadas fortalezas quedasen en pié, y no se cegasen sólidamente los puentes y cortaduras que impedian maniobrar á la caballería, era de todo punto imposible apoderarse de la poblacion. Llevaba cuarenta y cinco dias de haber puesto sitio á la plaza, y los sitiados se hallaban con la misma energía que al principio.

Hernan Cortés convocó á todos los jefes y señores de las provincias aliadas, que se hallaban en los tres campamentos; les hizo saber el plan que habia concebido, y les suplicó que hiciesen venir al real, el número mayor de operarios que fuese posible, para dar principio á la obra.

(1) «Aunque hubiese toda la dilacion que se pudiera seguir.»—Tercera carta de Cortés.

El pensamiento fué acogido con extraordinario placer por los aliados, y pronto se presentaron en los campamentos, millares de trabajadores, armados de *coas*, que eran las azadas del país, atronando el viento con gritos de alegría porque iban á arrasar, á reducir á escombros, la ciudad de sus dominadores; que era para ellos la satisfaccion mayor del mundo. (1)

Pronto se dió principio al trabajo de cegar las zanjas y los puentes mas próximos, con el fin de continuar avanzando.

Los mejicanos, comprendiendo que se disponia algun ataque formidable, se prepararon para la defensa. Levantaron nuevos parapetos, abrieron mayor número de zanjas y cubrieron de grandes piedras las calles y la plaza para impedir que los caballos pudiesen correr por ellas.

Viendo el caudillo español dispuestos á los trabajadores indios á poner en práctica el derribo de las casas, formó su tropa, y poniéndose al frente de la caballería, penetró por la calle de Iztapalapan, seguido de cincuenta mil aliados. Avanzando hasta la plaza y dirigiéndose á la calle de Tacuba, se derribaron edificios, se incendiaron otros, y se cegaron puentes y zanjas, que jamás volvieron á abrir los sitiados. Los bergantines y las canoas de los confederados, ayudaban eficazmente en la obra de destruccion.

Por varios dias se repitieron los ataques á la ciudad,

(1) «Y ellos me respondieron que así lo harian de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo; y holgaron mucho con esto, porque les pareció que era manera para que la ciudad se asolase; lo cual todos ellos deseaban mas que cosa del mundo.»—Tercera carta de Cortés.

entrando por diversas calles, y nivelando el piso con las ruinas de los edificios derribados. En estas entradas, se encontraban siempre, al lado de sus esposos y combatiendo con admirable arrojo, María de Estrada, Isabel Rodriguez, Beatriz Bermudez de Velasco y algunas otras amazonas, cuyos nombres dejo ya consignados en anteriores páginas.

Aunque la fortuna se manifestaba contraria á los mejicanos, no por esto dejaban de combatir con menos denuedo, ni desistian de la heróica resolucion que habian tomado de morir antes que rendirse ni capitular. El hambre se dejaba sentir cada vez mas terrible, y era ya considerable el número de víctimas que habia causado en las desventuradas familias. El poco maíz que aun quedaba, era para la gente que empuñaba las armas. Los ancianos, las mujeres y los niños, se alimentaban de raices, de yerbas, de ratones y de los huevecitos que los mosquitos depositan sobre las espadañas de la laguna, conocidos con el nombre de *ahuautle*, y que todavía usan como alimento.

Queriendo evitar Hernan Cortés al pueblo inerme la miseria á que se hallaba entregado, se valió de tres jefes aztecas que tenia prisioneros para que llevasen un mensaje á Guatemotzin, que diese por resultado la conclusion de la guerra. El general español decia al emperador azteca «que ahorrase á sus leales vasallos nuevos padecimientos, puesto que el resultado del sitio seria la toma de la plaza; que la constancia y el valor con que habia defendido la ciudad, le honraban como monarca y como mejicano; pero que desde aquel momento el esfuerzo se convertiria en temeridad, pues se veian él y sus vasallos, sin esperanza

de auxilio ninguno, sin víveres, sin otra agua que la salobre de la laguna, y que se compadeciese de las calamidades á que condenaba á su pueblo con una resistencia estéril. Añadia que viese que no solamente le habian abandonado las provincias que antes le obedecian, sino sus mismos dioses, como debia conocerlo en que no se habia cumplido la promesa del oráculo; que se compadeciese de los inocentes niños, mujeres y ancianos que perecian víctimas del hambre y de la miseria, y que no le obligase á destruir los hermosos edificios de la ciudad mas bella del Nuevo-Mundo. El jefe castellano terminaba diciéndole que volviese á reconocer la soberanía del monarca de Castilla, como la reconoció la nacion entera en tiempo de Moctezuma; que se respetarian las personas, las propiedades y los empleos, y que él continuaria al frente de los destinos de sus compatriotas.

Con indignacion escuchó Guatemotzin la proposicion de que ofreciese vasallaje á otro monarca. Pensó que la nacion que habia impuesto la ley á todas las del Anáhuac, no podia declararse subordinada á otra, sin que la mancha de la humillacion y la deshonra no empañase el glorioso lustre de su historia. Guatemotzin amaba con todas sus potencias su patria, y sintió vivos impulsos de arrojar de su presencia á los que habian osado tomar á su cargo presentarle las proposiciones de Cortés; pero haciendo un esfuerzo supremo para sobreponerse á su carácter, logró que su espíritu recobrase la calma, dando entrada á la reflexion para obrar con acierto. No era de su persona solamente de la que se trataba, sino de la vida de todos sus vasallos. Guatemotzin convocó un consejo de las personas

mas notables del clero, de la nobleza y del ejército; les hizo saber las proposiciones hechas por Cortés y pidió que emitiesen su opinion con toda libertad. Algunos jefes que se habian distinguido por su valor y patriotismo, pero que comprendian que la prolongacion del sitio no haria mas que aumentar las calamidades de las familias, sin resultado ventajoso ninguno, opinaron porque se entrase en arreglos con el caudillo sitiador. De opuesto parecer fueron otros muchos bravos capitanes y todos los sacerdotes. Manifestaron que debian desecharse las proposiciones como indignas de una nacion que estima en mas la honra que la vida. Dijeron que la paz que proponia el jefe castellano no era admisible, porque exigia el vasallaje del monarca de una gran nacion acostumbrada á imponer leyes, no á recibirlas. Aconsejaron al monarca que no olvidase el fin lamentable de su tio Moctezuma, que habia recibido benignamente á los españoles; la prision de Cacamatzin, rey de Texcoco, y la escena sangrienta verificada en la nobleza azteca por Pedro de Alvarado, al celebrar la fiesta de sus divinidades. (1) Los nobles y los sacerdotes terminaron diciendo que para los hombres blancos, destructores de los templos y enemigos de sus dioses, no debia haber otra palabra ni otro pensamiento que la guerra. «Pues hagámosla sin tregua;»—exclamó con noble ardimiento Guatemotzin, satisfecho de ver que

(1) «Porque le aconsejaron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tio el gran Montezuma y sus parientes y la destruccion de todo el linaje noble de los mejicanos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

se hallaban animados de sus mismos sentimientos.—«Nadie, añadió con severidad, se presente con proposiciones de paz, porque pagará con la vida su atrevimiento.»

Los españoles esperaron por espacio de dos dias la contestacion á sus proposiciones. Los sitiados, con el objeto de ganar tiempo para hacer nuevas fortificaciones, les decian que el emperador enviaria sus embajadores, procurando entretenerles mientras ellos aprovechaban las horas de suspension de hostilidades, de parte de sus contrarios. Cuando los sitiadores se lisonjeaban con la esperanza de un próximo arreglo, los mejicanos cayeron como tres desbordados torrentes sobre los tres campamentos, derramándose en infinito número de escuadrones por las calzadas. Nunca, con mayor ímpetu y furia, se habian presentado los aztecas á los ojos de los sitiadores. «Parecia, dice el soldado historiador, que entonces empezaba el sitio.» Conducidos por los mas bravos capitanes del imperio, se precipitaron sobre los españoles, descargando formidables golpes y disparando una horrible tempestad de flechas y de piedras. Como los castellanos se hallaban algo descuidados porque creian que se presentarian algunos enviados de Guatemotzin, sufrieron la terrible descarga cuando el huracan estuvo encima, quedando heridos muchísimos soldados, algunos muy gravemente, muertos dos caballos y heridos no pocos. (1) Sin embargo, las guardias estaban

(1) «Y dijeron que Guatemuz vernia para cuando estaba acordado, y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir... Pues como estábamos aguardando al Guatemuz y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de mejicanos con sus divisas y dan á Cortés tanta guerra, que no se podia valer; y otro tanto fué

en sus puestos y pronto la artillería situada sobre las calzadas, auxiliada del fuego de los bergantines que cuidaban los flancos, arrojaron sus destructores proyectiles sobre las enormes masas de asaltantes, abriendo inmensos claros en ellas. Los escuadrones aztecas retrocedieron ante el fuego destructor de las armas de sus contrarios, y entonces la caballería, saliendo como un rayo de la oscura nube producida por los arcabuces y los cañones, cayó sobre las desconcertadas columnas, haciendo horrible estrago en ellas y persiguiéndolas hasta encerrarlas en la ciudad.

Hernan Cortés se propuso entonces continuar el plan de guerra que habia abrazado. Sensible le era destruir la ciudad; pero no le quedaba otro remedio para vencer la heróica constancia de los mejicanos.

Diarios eran los ataques que se daban á la ciudad, y en todos ellos la *coa* de los zapadores indios se ocupaba en destruir los edificios que los españoles ganaban, y en poner las zanjas al nivel de las calles, cegándolas sólidamente con los materiales de los edificios derribados. La empresa de ir estrechando el círculo de los sitiados, reduciendo á escombros lo que perdian para que no volviera á servirles de punto de defensa, demandaba mucho tiempo. Todas las casas se hallaban aisladas unas de otras y casi rodeadas de agua; y cegar con sus derrumbadas paredes y

por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar: y como estábamos algo descuidados creyendo que estaban ya de paz, hirieron á muchos de nuestros soldados.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.



techos las multiplicadas acequias que contaba la ciudad, no podia menos que prolongar el sitio. Pero Cortés se habia propuesto hacerlo así para la seguridad de su ejército, sin limitar el tiempo que fuese necesario para apoderarse de la poblacion, y su determinacion era irrevocable. El número de zapadores indios fué creciendo diariamente; pues anhelantes de hacer desaparecer de la lista de las ciudades, la capital del imperio que habia dominado el país, se presentaban de todos los pueblos millares de hombres armados de sus *coas,* queriendo tener parte en la destruccion de la corte de sus dominadores. La operacion se hacia larga, mas por el considerable número de acequias que era preciso cegar, que por la resistencia que oponian los edificios. Cierto es que eran ámplios y hermosos todos los que pertenecian al emperador y á la nobleza; pero como construidos sobre cimientos poco sólidos, no tenian generalmente mas que un piso y contaban con poca solidez, aunque sus materiales se componian de piedra tezontle, porosa y colorada. Lo bajo de ellos, facilitaba su destruccion, pues derribada la azotea seguia inmediatamente el derrumbe de las paredes, que presentaban poco espesor, por la razon de que no tenian que recibir peso ninguno. Las casas habitadas por la gente pobre oponian menos resistencia; pues siendo de adobe la mayor parte de ellas, aunque bien techadas y blanqueadas, fácilmente cedian á los golpes de la *coa,* despues de haber sido incendiados sus techos. Pero la obra mas difícil era, como he dicho, la de cegar las innumerables acequias, fosos, puentes y cortaduras que hacian de Méjico una plaza de las mas fuertes.

Los mejicanos miraban con ira á los aliados ocuparse

en la destruccion de los edificios. Todos habian sido feudatarios de Méjico; y al ver á los que antes les temian y respetaban, derrocar atrevidos las casas y palacios de la corte de los reyes aztecas, les decian á grandes gritos: «Sí; afanaos en destruir los edificios, mejor; así, cuando venzamos, os haremos que los construyais mejores y mas espaciosos para nosotros; y si los hombres blancos quedan vencedores los levantareis para ellos.» (1)

La destruccion de cada casa costaba, sin embargo, un combate á los sitiadores, no terminando la lucha ni un solo momento durante la demolicion. A la caida de la tarde, los escuadrones aztecas, se reunian en considerable número en cada uno de los tres puntos por donde las divisiones de Cortés, de Sandoval y de Pedro de Alvarado operaban. Era la hora en que los españoles volvian á sus cuarteles, y en cuya retirada se veian acosados siempre por los sitiados. Los españoles, para evitar que en la marcha de retroceso reinase la menor confusion, hacian que los numerosos escuadrones aliados marchasen por delante en que no habia peligro ninguno, dejando libre la calzada; pues el excesivo número podia entorpecer los movimientos de la retaguardia, formada por los arcabuceros y la caballería. Los mejicanos se arrojaban como feroces tigres sobre los castellanos, desde que daban el primer paso

(1) «Los de la ciudad, como veian tanto estrago, por reforzarse decian á nuestros amigos, que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se los harian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros.»—Tercera carta de Cortés.

hácia su campamento. Ansiosos de hacer algunos prisioneros, para ofrecerlos á sus dioses, llegaban á meterse hasta los piés de los caballos, dando horribles alaridos y descargando una lluvia de flechas. Bernal Diaz y Hernan Cortés manifiestan que la osadía con que eran acometidos por los mejicanos al retraer, tocaba los límites de la temeridad. Para salvarse de aquellos furiosos ataques, el caudillo español, así como Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, recurrian á las celadas ; pero no alcanzaban atemorizar á sus contrarios. Hernan Cortés dispuso al fin una, que le dió el resultado que anhelaba.

Ordenó que diez soldados de caballería se dirigiesen muy de mañana con la infantería y los aliados, hácia los puntos ganados de la ciudad. La fuerza debia ocuparse, como siempre, de ganar nuevas zanjas, que los zapadores indios cegarian con los escombros de los edificios contiguos que derribarian inmediatamente. La columna seguiria el avance hasta donde le fuera posible, despues de dejar nivelado el piso, y emprenderia su marcha hácia los cuarteles á la hora de costumbre. Para entonces, el general tendria ocultos, en los palacios de la plaza, treinta ginetes que dejarian pasar á los mejicanos que marchasen picando la retaguardia, cayendo luego sobre ellos. Dispuesto el plan de la manera referida, Hernan Cortés, para llamar la atencion de los sitiados, subió, con algunos soldados, á la cúspide plana del grandioso *teocalli* que ocupaba el sitio en que hoy luce su régia arquitectura la hermosa catedral. Los mejicanos, al ver á los españoles pasearse en la elevada meseta, lanzaron terribles gritos de indignacion, teniendo por cierto que los hombres blancos

dirigirian insultos á sus dioses. Mientras el jefe español recorria con la vista los puntos ocupados por los suyos y los contrarios, los que con él estaban abrieron, por curiosidad, uno de los sepulcros en que se hallaban depositadas las cenizas de uno de los nobles del reino. La sorpresa fué grande, pues en él encontraron, en diversos objetos de oro, algo mas de mil duros, pues era costumbre entre las naciones de Anáhuac, colocar en las sepulturas de los elevados personajes, objetos de valor. (1) Llegada la hora de retraer, el caudillo español bajó de la torre y se dirigió al sitio en que se hallaban ocultos los ginetes. Entre tanto, la division que estaba á distancia muy avanzada, emprendió su retirada al cuartel, perseguida, como siempre, en su retaguardia, por los mejicanos. Al llegar á la plaza, los catorce ginetes que marchaban con la columna hicieron alto, manifestando intencion de arrojarse sobre sus contrarios, pero volviendo á continuar la retirada, como temerosos de ser destrozados. Los aliados, que habian comprendido que se trataba de una celada, fingian tambien deseos de llegar al campamento. Los mejicanos, engañados por las apariencias, se lanzaron entonces sobre los españoles «con tanto furor, dice Cortés, que se acercaban hasta los piés de los caballos, siguiendo á la columna hasta la entrada de la calle de Iztapalapan.» En aquellos instantes sonó un tiro de arcabuz; y á esta señal conveni-

(1) «Y me subí en la torre alta, y estando allí unos españoles, abrieron una sepultura, y hallaron en ella, en cosas de oro, mas de mil y quinientos castellanos.» (Tercera carta de Cortés.) El castellano era una moneda cuyo valor era de catorce reales vellon y 14 maravedises.

da, salieron los treinta ginetes de los edificios, y al grito de «Santiago,» se lanzaron sobre los aztecas, atropellando á unos, matando á otros y poniendo en desórden á todos. Los aliados, con la ligereza de la pantera, corrieron en alcance de los fugitivos que se hallaban atajados en la plaza por la caballería, y llegaron á hacer en ellos terrible carnicería. Pasaron de quinientos los muertos hechos en aquel instante, la mayor parte personas de valía y de notable esfuerzo. Los aliados se apresuraron á cortar las piernas y los brazos de los que habian perecido, y en la noche se regalaron con ellos en sus horribles banquetes de caníbales, que no tenia poder Cortés para evitarlos. (1) Desde ese dia, los mejicanos no se atrevian á perseguir de cerca á los españoles cuando se retraian á sus cuarteles. (2)

Hernan Cortés continuó entrando los siguientes dias en la ciudad, ganando fosos y cubriéndolos con los escombros de los edificios que se destruian. La calle por donde avanzaba con objeto de ponerse en comunicacion con el campamento de Pedro de Alvarado, era la de Tacuba. Activando los trabajos de la demolicion y tomando despues de repetidos combates los fosos y puentes defendidos heróicamente por los sitiados, logró el 24 de Julio hacerse dueño de

(1) «De manera que desta celada se mataron mas de quinientos, todos los mas principales y esforzados y valientes hombres; y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Cobraron desta nuestra victoria los enemigos tanto temor, que nunca mas en todo el tiempo de la guerra osaron entrar en la plaza ninguna vez que nos retraíamos, ó qué hacíamos.»—El mismo.

ella. Abierta así la comunicacion, el jefe castellano emprendió su avance, en el mismo dia, por la calle principal que conducia al mercado de Tlatelolco, la misma que hoy lleva el nombre de calle del Factor, y que despues de la conquista se llamó de Guatemotzin. Los mejicanos la habian puesto en un estado de defensa formidable. Anchos fosos con espesas trincheras levantadas en el opuesto lado, se veian á lo largo de ella. Las azoteas se hallaban coronadas de bravos guerreros, provistos de armas arrojadizas. Los españoles emprendieron el ataque sobre un vasto edificio de piedra tezontle que estaba guarnecido por guerreros de la mas distinguida nobleza. Aquel edificio era el palacio del emperador Guatemotzin, vasta fábrica que se extendia en una área considerable y que tenia todo el aspecto de una fortaleza. Era un conjunto de edificios de un solo piso, como casi todos los de la capital; pero defendido por anchas torres colocadas convenientemente, y cercados de agua, con puentes levadizos en diversos puntos. No se hallaba habitado en aquellos momentos por Guatemotzin, que tenia su alojamiento en uno de los palacios de Tlatelolco, en que estaba el cuartel general; pero lo guarnecia, como he dicho, una fuerza escogida de guerreros aztecas. La defensa fué tenaz y brillante; pero al fin los mejicanos se vieron precisados á retirarse, y el palacio fué entregado á las voraces llamas, que pronto lo convirtieron en un monton de negras ruinas. (1)

(1) «Y quemamos las casas del señor de la ciudad... que se decia Guatimucin... y en estas casas tenian los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua.»—Tercera carta de Cortés.

Los españoles siguieron avanzando, apoderándose de todos los puntos que atacaban, y obligando á los defensores á replegarse á Tlatelolco. Varios puentes fueron ganados, y destruidas todas las casas que hasta ellos llegaban. Hernan Cortés se veia dueño, el 24 de Julio, de tres cuartas partes de la ciudad. Los mejicanos se encontraban reducidos á la cuarta parte restante, que se conocia con el nombre de Tlatelolco. Sin embargo, era la mas fuerte, por haber en ella mas agua y grandes obras de defensa.

Nuevos ataques dados al siguiente dia á la ciudad, le hicieron á Cortés dueño de una ancha calle en que los mejicanos habian hecho un foso de extraordinaria anchura, defendido por formidables parapetos. Era uno de los puntos que los sitiados consideraban inespugnable y en que esperaban alcanzar un gran triunfo. Pero aunque combatieron con el valor y ardimiento que distinguia á los mejicanos, se vieron precisados á retirarse. No expresa el conquistador la anchura ni la profundidad de ese foso; pero se concibe que fué de enormes dimensiones, cuando no pudo ser cegado en todo el dia, no obstante la actividad desplegada por los aliados zapadores y del considerable número de gente ocupada en la demolicion de los edificios que ostentaba la calle de uno y otro lado, cuyos escombros se arrojaban para nivelar el piso. (1)

La situacion de los mejicanos era cada vez mas penosa. Por los prisioneros hechos en la toma del ancho foso, supo

(1) «Y ganámosles una calle muy ancha de agua, en que ellos pensaban que tenian mucha seguridad... y en todo este dia no se pudo, como era muy ancha, de acabar de cegar...»—Tercera carta de Cortés.

Hernan Cortés el estado de penuria y de miseria en que se hallaban los habitantes de la plaza. Llevaban muchos dias de no sustentarse mas que de raíces: los árboles habian sido despojados de sus hojas, mirándolas como un precioso alimento, y cuando quedaron sin ellas, se alimentaron de sus cortezas. No era la bebida que tenian mejor que los comestibles. Era una agua salobre y hedionda que tomaban de los pozos que habian abierto en varios puntos de la ciudad, y que únicamente una necesidad extrema puede resolver al hombre sediento á tomarla. (1) Con estos miserables y malsanos alimentos, las enfermedades mas extrañas se desarrollaron por toda la ciudad, causando diariamente millares de víctimas que quedaban insepultas en las calles, en las casas y en las plazas. Niños y mujeres, en número infinito, debilitados por el hambre, vagaban escuálidos y macilentos por las orillas de las acequias, buscando algunas yerbas ó reptiles con que sustentar sus desfallecidos cuerpos. Unicamente para los que empuñaban las armas, habia aun algun poco de maíz que se repartia en escasos granos, que apenas bastaban para conservar la vida. Estenuados por el hambre, ya no volvian á abrir por la noche las zanjas y puentes que cegaban los sitiadores. Carecian de vigor en los brazos para entregarse á ese duro y penoso trabajo que al principio esterilizaba las ventajas obtenidas durante el dia por los castellanos.

(1) «No tenian agua dulce para beber, ni para ninguna manera de comer; bebian de la agua salada y hedionda, comian ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles; y desta manera enfermaron muchos y murieron muchos.»—Sahagun. Hist. de N. España, MS.

El nuevo plan de Cortés de no avanzar un paso sin derribar los edificios para cegar los fosos, les fué verdaderamente fatal. Abandonados de la victoria desde ese instante, no lograban hacer ya prisioneros que, despues de ser sacrificados á sus dioses, calmasen su hambre devoradora.

Hernan Cortés, esperando que hostilizándoles sin descanso, lograria que solicitasen la paz, continuaba avanzando y destruyendo; pero se equivocaba. Los mejicanos habian resuelto defenderse hasta morir, y firmes en su invariable propósito, levantaban nuevas trincheras y abrian nuevos fosos. No esperaban ya el triunfo; pero querian la muerte del valiente y del patriota.

El esforzado Guatemotzin, manifestaba con su heróica resistencia, que si sucumbia, seria correspondiendo con sus hechos al significado de su nombre. Significando *águila que cae ó que se precipita,* queria caer como la emperatriz de las aves, luchando con gloria, y alcanzando en esa lucha desgraciada, pero honrosa, la gloria de los héroes.

Los ataques sobre la ciudad, siguieron, de parte de los sitiadores, con la misma actividad y fortuna. Hernan Cortés se apoderó el 26 de Julio, despues de un reñido combate, de dos profundas y anchas acequias que cortaban una de las calles principales, próximas al mercado de Tlatelolco. Cegadas inmediatamente con los escombros de las casas que se levantaban de uno y otro lado, avanzó hasta un *teocalli* de segundo órden, que tambien fué tomado. Un espectáculo triste se presentó á la vista de los españoles al subir al átrio superior del idolátrico templo piramidal. Al lado de la torre que constituia el santuario en que estaban los horrendos ídolos de la abominable religion

azteca, se encontraba la piedra de los sacrificios, con todos los espantosos instrumentos de muerte con que los ministros de las sangrientas divinidades hacian espirar á sus víctimas. Dentro del recinto, en que los falsos dioses se ostentaban sobre sólidos altares salpicados de sangre, se veian colocadas en un largo palo, las cabezas de algunos españoles que habian sido sacrificados. Todas conservaban su barba y su cabello, y los castellanos reconocieron en el lívido semblante de ellas, á los desgraciados compañeros de armas que habian caido prisioneros el funesto dia de la derrota. Conmovidos ante aquel triste espectáculo, sintieron asomar las lágrimas á sus ojos, que rodaron por sus varoniles semblantes al considerar la terrible angustia de sus compatriotas al verse tendidos en la superficie convexa de la piedra y en manos de los implacables sacerdotes del dios Huitzilopochtli. «Yo conocí, dice Bernal Diaz que tres dias despues llegó al mismo sitio, tres soldados mis compañeros; y cuando los vimos de aquella manera, se nos saltaron las lágrimas de los ojos.» Estos tristes restos fueron recogidos doce dias despues por los españoles, y conducidos con respeto y consideracion á un sitio sagrado, que convirtieron en Campo Santo, en el que los conquistadores edificaron una iglesia llamada de los mártires, que ocupaba el mismo lugar en que actualmente se encuentra San Hipólito.

Desde aquel *teocalli* partia una calle recta que iba á dar á la calzada del real de Gonzalo de Sandoval, y á la izquierda otra que conducia al mercado de Tlatelolco, hácia el cual se dirigian, por sus respectivos puntos, las tres divisiones.

Eran las nueve de la mañana del 27 de Julio. Hernan Cortés se preparaba á salir de su campamento para entrar en la ciudad y continuar avanzando hácia el gran mercado, punto objetivo de las operaciones. De repente llamó su atencion y la de todos sus soldados, dos inmensas columnas de fuego que se elevaban al cielo entre densas nubes de humo, de la cúspide plana del gigantesco *teocalli* de Tlatelolco. Era el templo en que los prisioneros castellanos solian ser sacrificados al monstruoso númen de la guerra. El caudillo español y su gente, fijaron los ojos con terror, en el sitio de donde las rojas columnas salian, temiendo que alumbrasen algunas de las horribles ceremonias en que perecia tendido sobre la piedra de los sacrificios, algun desventurado compatriota. Pero no sonaba el ronco y espantoso *teponaxtli* ó tambor que los sanguinarios ministros de Huitzilopochtli solian tañir en los momentos del sacrificio. Esto llegó á tranquilizarles, y á que fijasen con mas calma la vista en el objeto que llamaba su atencion. Entonces pudieron percibir que las llamas no procedian de haces de leña colocados en los altares exteriores del átrio superior, sino que eran producidas por el maderámen de las torres que habian sido incendiadas. La idea de que Pedro de Alvarado con su division se habia apoderado del templo de Tlatelolco y puesto fuego á los ídolos y á las torres, se aceptó sin titubear. Un grito de alegría resonó en el campamento de Cortés, al suponer que sus compañeros eran ya dueños del punto ambicionado. No se engañaban. (1)

(1) Prescott dice que fué durante la noche cuando Cortés y sus soldados vieron con sorpresa, levantarse aquella luz del *teocalli*. Varios escritores mo-

Pedro de Alvarado, que ocupaba la calzada mas próxima á la plaza de Tlatelolco, se habia esforzado en ser el primero en penetrar en el cuartel real enemigo. Activo y valiente logró, tras de reñidas batallas, pasar varios fosos y puentes que los aliados fueron cegando, y llegar frente al gran *teocalli*, que se hallaba junto al espacioso mercado, en el sitio en que hoy se encuentra la iglesia católica llamada Santiago de Tlatelolco. El número de escuadrones mejicanos que ocupaban el templo y los puntos inmediatos, era considerable. Alvarado dividió su fuerza en tres secciones, y envió á un capitan llamado Gutierrez de Badajoz, á que asaltase el templo, mientras las otras atacaban las trincheras de las demás posiciones colocadas á corta distancia del *teocalli*. El valiente oficial cumplió la órden, y emprendió la subida al santuario con extraordinario arrojo. Los mejicanos que ocupaban los diversos terrados que formaban los cuerpos del templo, recibieron á los asaltantes con una tempestad de flechas y con las puntas de las enormes lanzas con que formaban una muralla matadora. Los sacerdotes, colocados en la cúspide y vestidos con las negras túnicas en que se veian los signos extraños de su sangrienta religion, corrian de un punto á otro, dando enormes gritos y excitando á los guerreros al com-

dernos le han seguido; pero aunque ciertamente es mas poético presentar ese espectáculo durante la noche, no está de acuerdo con la historia. Hernan Cortés dice que fué de dia: «Estando aderezando para volver á entrar en la ciudad, á las nueve horas del dia vimos de nuestro real salir humo de las torres muy altas que estaban en el Tatelulco.» Tambien Bernal Diaz dice que incendiaron el templo de dia, y que en la noche se retrajeron al real.

bate. Notables esfuerzos hacian el capitan Gutierrez y su valiente compañía, en subir á la cúspide del templo; pero acometidos con furia por los defensores, bajaban precipitadamente los escalones ganados, para volver á subirlos y verse de nuevo precisados á descender por ellos. Viendo Pedro de Alvarado la crítica situacion del bravo oficial y de su gente, envió en su auxilio la otra seccion que se hallaba combatiendo en sitio diferente. Los escuadrones aztecas que habian estado combatiendo con la segunda seccion, al ver á sus contrarios dirigirse al *teocalli*, salieron tras ellos, cerrando así á los asaltantes la retirada. Acudió entonces Alvarado al átrio inferior, y acometiendo con su seccion y algunos ginetes, á los batallones aztecas que allí se encontraban, les obligó á retirarse, causándoles gran número de muertos y de heridos. Los asaltantes, al ver que no tenian enemigo á la espalda, emprendieron la subida, descargando mortales cuchilladas sobre sus contrarios y cubriéndose con sus rodelas de la lluvia de armas arrojadizas que sobre ellos lanzaban. Mas de dos horas llevaban de combate. Los mejicanos, juzgándose protegidos por los dioses, cuyo templo defendian, luchaban con entusiasmo indescriptible. Casi todos los soldados españoles se hallaban heridos; pero resueltos á subir á la cúspide ó perecer en la demanda, continuaban subiendo los escalones, atravesando con sus hojas toledanas á los guerreros que les disputaban el paso. Así llegaron á poner el pié en el átrio superior, á donde habian ido retirándose los aztecas. Allí se trabó de nuevo la lucha entre asaltantes y asaltados. En aquella imponente elevacion, no habia retirada. Los combatientes se veian precisados á luchar hasta morir. Las espadas de

los españoles y el terrible *maquahuitl* de los mejicanos se cruzaban causando profundas heridas. La victoria se mantuvo indecisa por un momento; pero al fin se declaró por los asaltantes, quedando muertos sobre el pavimento de la cúspide plana, todos los aztecas que defendian la posicion. Los soldados españoles penetraron en el santuario del funesto númen de la guerra, manchado aun con la sangre de las víctimas de los prisioneros castellanos. Al pié de los altares de los horribles ídolos, se veian los diversos símbolos del sanguinario culto, que costaba mas de veinte mil víctimas al año á los pueblos del Anáhuac, sin que en este número, el mas bajo de los computados por los historiadores, se incluya el de los desdichados que hacian prisioneros en sus continuas guerras y cuyo destino era el sacrificio. Al fijar los soldados castellanos la vista en las paredes del santuario, se extremecieron de horror al descubrir las cabezas de algunos españoles que, como las encontradas por Cortés, en el otro *teocalli*, conservaban su barba y cabello. Emocionados con la vista de los tristes restos de sus desgraciados camaradas, y queriendo hacer desaparecer al monstruoso ídolo á quien habian sido sacrificados, le prendieron fuego lo mismo que á las torres del santuario, cuyas devoradoras llamas anunciaban á Cortés la toma del templo principal. Pedro de Alvarado trató de ganar algunos fosos y trincheras que le faltaban para llegar al gran mercado, y avanzó á tomarlas; pero viéndose acometido con furia terrible por todo el ejército azteca, emprendió la vuelta hácia su campamento, acosado de cerca por sus valientes enemigos. El general español que, al ver el incendio de las torres, penetró en la ciudad con

objeto de avanzar por su rumbo hasta donde fuese dable, se ocupó el dia entero en componer todos los pasos malos, á fin de que pudiese maniobrar la caballería. Para penetrar en la anhelada plaza de Tlatelolco, solo tenia por obstáculos un canal y una trinchera.

Lleno de esperanza en el triunfo, penetró en la mañana del siguiente dia en la ciudad, con su division. Sin detenerse un instante, emprendió el ataque sobre los que defendian una trinchera al otro lado del canal que habia reconocido el dia anterior. Los mejicanos lanzaron una lluvia de flechas sobre los españoles que buscaban la manera de pasar al ancho canal. Impaciente el abanderado y algunos que le seguian, de llegar pronto á la plaza, se arrojaron al agua, y pasando el canal, se lanzaron sobre los aztecas con ímpetu extraordinario. El ejemplo de ellos fué seguido por la division entera, y los mejicanos, no pudiendo resistir el ataque, se retiraron hácia la plaza, abandonando el punto. En los momentos en que el general y su gente se ocupaban en cegar el canal, para que la caballería pudiese correr libremente, recibieron una agradable sorpresa. Pedro de Alvarado, con otros cuatro ginetes, se presentó á caballo en la misma calle, llegando del opuesto lado. La alegría de los jefes y de los soldados de ambas divisiones, fué intensa al encontrarse. Era la primera vez que se veian desde que se dió principio al sitio. Todos se abrazaron cordialmente y se dieron el parabien del éxito alcanzado.

Pedro de Alvarado habia dejado su gente detrás y en los lados, para asegurar lo ganado. El caudillo español, siguiendo fielmente el plan que se habia propuesto, no

quiso apartarse del canal ganado, hasta verle sólidamente cegado. Entonces, ordenando á su division que permaneciera quieta hasta nueva órden, montó á caballo, y acompañado de algunos ginetes, entró al galope en la ancha plaza del mercado, en union de su leal amigo Pedro de Alvarado.

La plaza ó mercado de Tlatelolco era, como he dicho en otra parte de esta obra, notable por su capacidad y por el activo comercio que en ella habia. Estaba rodeada de ámplios y cómodos portales, y para cada artículo habia un departamento separado. En ella solian reunirse los traficantes de todas las poblaciones fundadas en las márgenes del lago, que acudian con los productos y manufacturas en que cada provincia se distinguia. En su espacioso circuito que, segun Hernan Cortés, era doble que el de la plaza de Salamanca, se veian diariamente, en tiempo de paz, mas de sesenta mil personas, ocupadas en la compra y venta de los efectos.

El caudillo español, con los que le acompañaban, se puso á dar algunos paseos por esta plaza, entonces desierta, examinando detenidamente cuanto le rodeaba. Las azoteas de los edificios, correspondientes á los portales, se hallaban cubiertas de guerreros mejicanos. Pronto asomaron en los terrados de las demás casas, centenares de mujeres y de niños.

Los ojos de todos estaban fijos en el arrogante general español y sus compatriotas que, cubiertos de acero, lo mismo que sus corceles, habian osado penetrar donde poco hacia se encontraba el emperador Guatemotzin rodeado de sus valientes capitanes. El asombro dominaba á la multitud.

Nadie lanzó un grito de guerra, ni hizo salir de su arco una sola flecha.

Despues de haber permanecido un rato largo paseándose, observando los edificios y la gente, salió de la plaza y subió á la alta torre del *teocalli* que se encontraba contiguo á ella. Lo primero que se presentó á la vista de Cortés y de los que le acompañaban, fueron las cabezas de los desventurados españoles sacrificados allí al sanguinario dios Huitzilopochtli. Conservaban, como las encontradas en el templo ganado hacia pocos dias, su barba y su cabello. Hernan Cortés se conmovió al contemplarlas, recordando á los fieles soldados que le habian acompañado en todos los peligros. Junto á ellas se hallaban otras muchas, pertenecientes á los indios aliados que habian caido prisioneros el funesto dia de la derrota, y que perecieron sacrificados á las deidades aztecas. (1) Los restos de las víctimas españolas, encontrados en este sitio, se condujeron con todo respeto y decencia, al mismo Campo Santo, á donde se llevaron las cabezas halladas en el otro templo.

El general español tendió la vista desde la dominante altura del gigantesco *teocalli* principal de Tlatelolco, sobre la ciudad, el lago y los pueblos que le rodeaban. El espectáculo que contemplaban sus ojos en aquel instante, era muy distinto del que miró cuando, obsequiado por el benigno emperador Moctezuma, contempló, desde el mismo sitio, lleno de agradable asombro, la vida, el movi-

(1) «Hallamos ofrecidos ante sus ídolos, las cabezas de los cristianos que nos habian muerto y de los indios de Tascaltecal nuestros amigos, entre quien siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad.»—Tercera carta de Cortés.

miento, el comercio de la populosa capital azteca. Los ámplios palacios, los espaciosos edificios, las casas de recreo de los emperadores ostentando bellísimos jardines, estanques, baños y pajareras, todo habia desaparecido: no quedaba de ellos sino un monton de ruinas ennegrecidas por las llamas que los habian devorado. Los canales, por donde vió cruzar las ligeras canoas, cubiertos de verdura, de semillas y de flores, se encontraban cegados con los escombros de las casas derruidas por las *coas* de los aliados. Todo lo que constituyó la belleza de la corte de los reyes mejicanos, habia concluido. Siete octavas partes de la ciudad estaban reducidas á escombros: era una llanura cubierta de ruinas, asolada por el fuego y la barreta. De estas siete partes devastadas eran dueños los sitiadores. La otra octava parte, que venia á formar el distrito de Tlatelolco, era el único terreno que les quedaba á los sitiados. Allí se encontraba literalmente apiñada la numerosa poblacion azteca, hambrienta y enfermiza por las necesidades sufridas en el prolongado asedio; sin habitaciones donde guarecerse de las abundantes lluvias; sin techos donde cubrirse de los abrasadores rayos del sol, y sin espacio, por decirlo así, para poder moverse.

Era el punto que menos recursos presentaba para los sitiados. No habia mas que miserables casuchas, situadas entre el agua, convertida cada una en un hospital donde estaban aglomerados los enfermos y los moribundos. Afligidas madres, estenuadas de hambre y sin fuerzas para continuar buscando algunas yerbas ó raíces que difícilmente se encontraban ya en la orilla de los canales, morian estrechando en sus brazos al tierno niño que llevaban en ellos y

que espiraba á poco al lado de la desventurada que le dió el sér. La peste, consecuencia funesta de la miseria de un prolongado sitio en que faltan el agua y el sustento, se cebaba en aquella muchedumbre hacinada en un corto espacio, rivalizando con el hambre en hacer víctimas. Las calles, las plazas, las acequias, las estrechas habitaciones, se encontraban amontonadas de muertos, sobre los cuales pasaban los escuálidos habitantes, cayendo muchos de ellos espirantes sobre los cuerpos corruptos que alfombraban el estrecho circuito en que los sitiadores tenian encerrados á sus valientes contrarios. La atmósfera se hallaba impregnada de eflúvios malignos que exhalaban las aguas corrompidas por los cadáveres, haciendo aspirar un aire mefítico y letal. «No habia,» dice el conquistador, «por las calles en que estaban los mejicanos, mas que montones de muertos, y no habia persona que acertase á poner el pié sino sobre cadáveres.» (1) No es menos terrible la pintura que hace el sincero soldado historiador, del número de víctimas que el hambre, la peste y la guerra habian acumulado en el estrecho circuito á que se veian reducidos los sitiados. «Juro amen,» dice, «que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba.» Mas de cincuenta mil personas habian perecido, víctimas de la salobre agua que bebian, de los malos ali-

(1) «Y así por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese poner los piés.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

mentos, del hambre y de la atmósfera corrompida que respiraban.» (1)

La permanencia de los cadáveres sin darles sepultura, manifestaba que se hallaban reducidos al último extremo, los aztecas. Estaba considerado como uno de los deberes mas sagrados de su religion, enterrar á los finados, y este deber lo llenaron escrupulosamente, hasta muchos dias despues del nuevo plan puesto en planta por el general español. Mas tarde, cuando todos los combates fueron desgraciados para los sitiados, procuraron ocultar los muertos de la vista del público, llevándolos á determinadas casas; hasta que, por último, siendo su número considerable, y faltando edificios donde depositarlos, se vieron precisados á dejarlos en las calles, aunque alejándolos de aquellas en que pudiesen ser vistos por los sitiadores.

Conmovido Hernan Cortés de ver á un pueblo numeroso, reducido á la estrechez de un pequeño circuito y sufriendo los rigores del hambre y de la peste, dispuso que cesasen por entonces las hostilidades, y resolvió tocar de nuevo los medios de una capitulacion con que terminasen los horrores de la guerra. «Queria, como él dice, evitar la muerte de millares de inocentes séres, de cuya suerte se compadecia, y para conseguirlo, buscaba un partido que pusiese término al mal.» (2)

(1) «Segun pareció, del agua salada que bebian, y de la hambre y mal olor, habia dado tanta mortandad en ellos, que murieron mas de cincuenta mil ánimas.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Acordé de los dejar de combatir por algun dia, y movellos algun partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponia en

Pero todos los esfuerzos del caudillo español fueron inútiles para llegar á un acuerdo de paz. Los mejicanos habian tomado la irrevocable y heróica resolucion de luchar hasta morir, y ni el hambre, ni la peste, ni el verse rodeados por todas partes de enemigos, pudieron hacer desmayar su espíritu levantado y patriótico. Al dirigir el general castellano la palabra á algunos jefes aztecas que estaban próximos, proponiéndoles un avenimiento, contestaron con estas notables palabras, dignas de los héroes: «Jamás cederemos á vuestras pretensiones; y cuando solo quede de los mejicanos un solo guerrero, ese morirá combatiendo sin ceder jamás de su derecho.» (1)

Viendo Hernan Cortés que aun era preciso seguir combatiendo, y que la pólvora que habia era ya poca, aceptó la idea que le sugirió un soldado llamado Sotelo, que habia hecho la guerra en Italia. El soldado ofreció construir una catapulta, con la cual, arrojando enormes piedras sobre los edificios, supliria á los cañones. Estas máquinas se usaban en las guerras de aquella época, y Sotelo las habia visto funcionar en las campañas de Italia. La obra se habia puesto en planta hacia algunos dias, aunque el general español, segun él asegura, no creyó que habia en el soldado ingeniero, el saber necesario para construirla. (2) Llevadas las piezas de la catapulta á la plaza de

mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacia.»—Tercera carta de Cortés.

(1) «Y ellos decian que nunca se habian de dar, y que uno solo que quedase habia de morir peleando.»—Tercera carta de Cortes á Cárlos V.

(2) «Y aunque yo tuve pensamiento que no habíamos de salir con esta obra, consentí que la siguiesen.»—Tercera carta de Cortés.

Tlatelolco, se dió principio á armarla sobre la plataforma de un teatrito azteca que se hallaba en medio del mercado. Era este teatro de cal y piedra, de figura cuadrada, de cinco varas de altura y de treinta pasos en cuadro. En esta plataforma ó teatro, solian dar sus funciones los saltimbanquis, siendo los espectadores todos los que se hallaban en el mercado y los que se colocaban en las azoteas de los portales, pues de todas partes se veia perfectamente á los actores colocados á la altura referida. Tres dias se emplearon en colocar el aparato sobre la sólida plataforma, sin que en todo ese tiempo se hubiera hostilizado en lo mas mínimo á los sitiados. Pero si no hubo asaltos ni batallas, en cambio se verificaron algunos combates personales que revelaban el espíritu guerrero que animaba á sitiados y sitiadores.

El mas notable de los combates personales efectuados en uno de esos tres dias, fué el sostenido entre un valiente capitan mejicano y un paje de Hernan Cortés. Presentóse el atlético azteca en punto intermedio de los dos ejércitos, armado de espada y rodela de las quitadas á los prisioneros españoles que sacrificaron. Blandiendo el arma cortadora y dirigiendo la palabra hácia los oficiales que estaban con el general español, retaba á que saliese á batirse con él, en singular batalla, al mas valiente de los castellanos. Un paje de Hernan Cortés, llamado Juan Nuñez de Mercado, jóven de diez y siete años, pero valiente y diestro en el manejo de las armas, pidió licencia al general para combatir con él. Obtenida la licencia, tomó su espada y rodela, y separándose de sus compatriotas, se adelantó hácia el arrogante guerrero azteca que le esperaba.

Las tropas sitiadoras y sitiadas fijaron la vista, con interés, en los dos combatientes. En cuanto se colocaron los dos al alcance de sus armas, el vigoroso capitan mejicano, descargó un furibundo golpe sobre su contrario, con que esperó dividirle; pero el jóven paje, diestro en la esgrima, paró con facilidad la tremenda cuchillada, y dirigió á su vez una á fondo á su antagonista que, á no haber dado un salto hácia atrás para librarse de ella, le hubiera atravesado el corazon. La lucha siguió, aspirando cada uno de los combatientes á la gloria del triunfo. El jóven paje, despues de simular algunos golpes para ver si acudia su contrario á las paradas, fintó una estocada en alto, y al levantar el capitan azteca la rodela para pararla, Juan Nuñez de Mercado le dió la estocada en el pecho. El guerrero mejicano lanzó un ¡ay! espantoso, y cayó muerto á los piés del valiente jóven. Contento el paje del triunfo, se apoderó de la rodela y espada de su vencido antagonista y se dirigió á donde le esperaban contentos sus compatriotas. Al llegar á donde estaba Hernan Cortés, le presentó las armas quitadas á su contrario, y el general, pagado de su temprano valor, le abrazó, celebrando su hazaña, y le ciñó la espada que habia ganado, confirmándole así en la opinion de valiente. Los camaradas le estrecharon la mano con efusion de cariño, y los mismos aztecas quedaron sorprendidos de la destreza y valentía del jóven.

Varios desafíos se verificaron tambien durante esos tres dias de suspension de hostilidades entre los guerreros aliados y los aztecas, con variado éxito.

Los mejicanos, entre tanto, veian construir la máquina con temor, no dudando que los estragos que causase, se-

rian terribles, como les aseguraban los aliados, amenazándoles una muerte segura. Terminado el aparato, se dispuso hacer la prueba para ver si los resultados correspondian al objeto á que se le destinaba. Se colocó una enorme piedra sobre el madero que debia arrojarla sobre los edificios fronteros, haciendo estragos donde cayese. Los mejicanos que ocupaban las azoteas de las casas hácia donde la máquina miraba, se pasaron á las de los costados, y esperaron con sobresalto el temible disparo. Puesta la máquina en movimiento, la enorme piedra fué despedida por la catapulta con fuerza extraordinaria; pero en vez de marchar en direccion á los edificios que se hallaban enfrente, se elevó perpendicularmente en el aire, cayendo con horrible estruendo al pié de la misma máquina. Aunque los aztecas no podian saber si el objeto de los españoles, al probar el aparato, fué arrojar horizontal ó perpendicularmente la piedra, se alegraron de que no hubiese marchado en direccion á ellos, y Hernan Cortés quedó mortificado de haber dado crédito á las palabras de un soldado sin conocimientos y sin instruccion.

Visto el mal resultado de la catapulta, el caudillo español, se propuso continuar los ataques al siguiente dia.

Habia creido que durante los tres dias que transcurrieron en disponer el aparato, los mejicanos hubieran dado algun paso hácia la paz. ¡Vana esperanza! Solamente las armas podian resolver la cuestion pendiente.

Uno y otro campo se dispusieron á esgrimirlas.

CAPÍTULO XXX.

Hambre horrible de los sitiados.—Se manifiesta que las madres no se comian á sus hijos, como algunos han dicho.—Notables padecimientos de los mejicanos.—Propone la paz Cortés; pero no se le quiere escuchar.—Da un ataque donde mueren muchos mejicanos.—Vuelve Cortés á solicitar un arreglo de paz.—Cortés ordena á los aliados que no hagan daño á los mejicanos.—Envía á un noble prisionero con proposiciones de paz.—No son admitidas.—Por no destruir la ciudad, invita nuevamente Cortés á Guatemotzin á un arreglo.—Guatemotzin, por ganar tiempo, ofrece asistir á una entrevista con Cortés; pero no acude.—Sangrienta accion y horrible mortandad entre los mejicanos.—Estrecho lugar á que quedan reducidos los sitiados.—Invita de nuevo Cortés á la paz.—Guatemotzin se niega á todo convenio.—Ultimo asalto.—Prision de Guatemotzin y punto en que cayó prisionero.—Le presentan á Cortés, que le recibe con afabilidad.—Notables frases que Guatemotzin dirige á Cortés.—Toma de la capital.—Número de muertos de los sitiados.—Se lleva á Guatemotzin á Coyohuacan.—Salen los mejicanos de la ciudad.—Manda Cortés que se entierren los muertos y que se limpie la arruinada ciudad.—Se sitúa él con sus tropas en Coyohuacan.—Despide á las tropas aliadas, llevando estas un rico botin.—Reflexiones sobre la conquista de Méjico.

Reducidos al extremo á que se hallaban los sitiados, hubiera bastado á los sitiadores permanecer en sus puestos para apoderarse de la parte de la ciudad que les faltaba. El hambre y la peste, que habian establecido su destructor imperio en el campo azteca, eran auxiliares invencibles que parecian haberse propuesto acabar con los últimos res-

tos de la valiente nacion que, con la fuerza de sus armas y la disciplina de sus aguerridas legiones, habia convertido en feudatarias suyas á todas las naciones del Anáhuac. Cada dia que pasaba, se aumentaba considerablemente el número de víctimas y se hacia mas insoportable la fetidez de la corrompida atmósfera que respiraban. Para las mujeres, los niños y los ancianos, pertenecientes á la clase del pueblo; para esos desgraciados que no podian empuñar por su sexo ó por su edad las armas; para esos se habian agotado en absoluto los alimentos. No se encontraba ni una sola yerba, ni una sola raíz, ni un solo insecto, ni un reptil, por repugnante que fuese, en el estrecho local en que estaban amontonados los muertos y los vivos. Aun las cosas menos comestibles habian servido de sustento, y nada quedaba ya que pudiera servir de alimento. El hambre habia llegado al último extremo. Sin embargo, jamás llegaron á violar las leyes de la naturaleza, alimentándose unos de otros. Así lo asegura el sincero soldado cronista. Prescott cree, no obstante, por lo que afirma el historiador Sahagun, «que muchas madres, en medio de su agonía devoradora, devoraban á sus hijos, á quienes no tenian ya modo ninguno de mantener. «La historia, añade, presenta ejemplares semejantes en mas de un sitio, y es mas probable que haya así sucedido en Méjico, donde la sensibilidad es preciso que estuviera embotada con las brutales prácticas de la supersticion nacional, que eran tan familiares á sus habitantes.»

Por fortuna, los hechos contradicen lo referido por Sahagun, en cuya autoridad descansa la opinion del apreciable historiador norte-americano. «De los niños, no quedó

nadie, que las mismas madres y padres los comian,» dice el primero; y sin embargo, por la estimable y autorizada relacion de Hernan Cortés, se ve que el dia mismo que terminó el sitio, pocas horas antes de que se hiciese dueño de la ciudad, «no hacian sino salir de ella, hácia los puntos ocupados por los españoles, un número infinito de hombres, de mujeres y niños.» (1) La misma cosa asegura Bernal Diaz, probando así que, á pesar de la terrible necesidad en que los mejicanos se hallaban, si cumplieron como patriotas defendiendo el suelo en que habian nacido, supieron cumplir, con no menos fidelidad, con las leyes de la naturaleza. Si casos de la especie referida se hubie-

(1) La verdad histórica exige que cite algunos otros párrafos que prueban, de una manera concluyente, que lejos de ser verdad «que de los niños no quedó nadie, porque los comian sus padres,» como refiere Sahagun, su número era crecido en los últimos dias del sitio. «Otro dia despues de asentado el trabuco,» dice Hernan Cortés, «volvimos á la ciudad, y como ya habia tres ó cuatro dias que no los combatíamos, hallamos las calles por donde íbamos, llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se morian de hambre.» Que la misma abundancia de niños habia despues de terminado el sitio entre los que lo habian sufrido, se ve por las siguientes palabras de Bernal Diaz: «Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos de bote en bote que nunca acababan de salir.» Tiene fuerza para Prescott lo afirmado por Sahagun, porque dice que la relacion la tuvo de los mejicanos, poco despues de los sucesos; pero demostrado de una menera terminante por la carta del general y por lo dicho por el soldado cronista, que existian millares de niños, no debemos admitir, en ese punto, lo asentado por Sahagun, y que dice así: «De los niños, no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comian que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir.» Cierto es que Prescott y algunos otros que admiten la noticia, dicen que hubo «muchas madres» que lo hicieron; pero es preciso admitir en absoluto lo que dice Sahagun, ó dejarlo. Si se le cree bien informado, es preciso decir, como él dice, que «de los niños no quedó nadie,» de lo contrario es dudar de lo que afirma, debiendo darse entero crédito al veraz Bernal Diaz que asegura «que no comian las carnes de sus mejicanos.»

ran efectuado, no ya en la enorme escala que presenta Sahagun, sino en muy inferior, no hubieran quedado sin mencionarse por el caudillo español. El que refiere á su emperador que «por las calles hallaban roidas las raíces y cortezas de los árboles,» con mayor motivo le hubiera dado noticia de un hecho que habria llamado tristemente su atencion.

A la horrible calamidad del hambre, se agregaba la incomodidad y estrechez del reducido circuito en que se hallaban encerrados. Hombres y mujeres, niños y ancianos, enfermos y moribundos, heridos y convalecientes, se hallaban juntos, oprimidos, amontonados, viviendo á la intemperie, helados de frio durante la noche, en que el cielo se desataba en espantosos aguaceros, y abrasados por los ardientes rayos del sol durante el dia. (1) A ninguna parte podian dirigirse donde no tropezasen con montones de cadáveres y donde no respirasen una atmósfera corrompida. Cada casa era un hospital, un cementerio y una habitacion de séres macilentos. No habiendo edificios donde pudiese alojarse el crecido número de personas allí aglomeradas, la gente vivia en las calles, en las canoas, y gran número de infelices, no cabiendo en ninguna parte, se hallaban metidos en el agua de las acequias y en los pantanos.

(1) «Estaban los tristes mejicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrechos y bien apretados los unos con los otros y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte.»—Sahagun. Hist. de la N. España, MS.

No existe, por desgracia, en esta pintura la mas leve exageracion. Todo lo contrario. El cuadro original era infinitamente mas horrible que la descripcion con que mi débil pluma lo presenta. Un escritor del siglo XVII, el padre Torquemada, refiere que dos ilustres damas, de la principal nobleza azteca, permanecieron tres dias metidas en el lago, con el agua hasta los hombros, entre unos carrizales, sin tomar otro alimento que algunos granos de maíz.

Nada, sin embargo, hacia cambiar el ánimo resuelto del jóven y valiente emperador Guatemotzin. Las dolorosas escenas que pasaban á su derredor, en que miraba espirar á sus vasallos de hambre y de miseria, le conmovian; pero no le desalentaban. Firme en su propósito de continuar la lucha hasta vencer ó morir, hizo construir nuevas trincheras durante los tres dias que transcurrieron en la colocacion de la catapulta ó trabuco, y se preparó á resistir á sus contrarios con el mismo furor que al principio.

Hernan Cortés, viendo el mal resultado de la máquina de guerra, penetró al siguiente dia en la ciudad, al frente de su division. Al marchar por la parte conquistada, su vista tropezó con un doloroso espectáculo que lo conmovió profundamente. Millares de mujeres, de niños y de ancianos, espirantes de hambre, macilentos y estenuados, que habian salido de noche á buscar en la parte abandonada por los sitiados, algunas raíces, llenaban las calles por donde iban los españoles. El general castellano, compadecido de la triste suerte de los desgraciados que salian á buscar el sustento, mandó á los escuadrones aliados que no les hi-

ciesen daño ninguno ni les dirigiesen la menor palabra ofensiva. (1) Siguiendo su marcha, llegó pronto á los últimos puntos ganados los dias anteriores.

Hernan Cortés, queriendo evitar que se repitiesen las escenas de sangre y de devastacion que diariamente se habian presenciado, se ocupó en proponer á los sitiados arreglos de paz en que les garantizaba la vida, la propiedad y los empleos ; pero todo fué en vano. La respuesta de los mejicanos se redujo á decirle, que se ahorrase el tiempo de solicitar lo inadmisible: que la cuestion era de armas y no de palabras. Dos nobles capitanes de los que hablaban con Cortés, tratando de hacer creer que sobraban víveres en la ciudad y que, por lo mismo, estaban muy lejos de hallarse en la necesidad que los sitiadores creian, sacaron de un costalito de manta, tortillas, cerezas y una pierna de gallina, y se sentaron tranquilamente á comer. Para aparentar mejor que los comestibles abundaban, arrojaron algunas tortillas hácia la avanzada española, diciendo á los tlaxcaltecas que comiesen de lo que á los de la ciudad les sobraba.

Obligado Hernan Cortés á la lucha, mandó á Pedro de Alvarado que entrase á mano armada, con su division, por una calle de mas de mil casas, donde los mejicanos se hallaban fortificados, mientras el mismo Cortés avanzaba por el lado opuesto. Cumplida la órden,

(1) «Hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se morian de hambre, y salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver: y yo mandé á nuestros amigos que no les ficiesen daño alguno.»—Tercera carta de Cortés.

el combate se trabó á los pocos instantes con furor indescriptible por una y otra parte. Los guerreros aztecas, aunque reducidos á una escasa racion de maíz, combatian con el mismo esfuerzo que antes de haber dado principio al asedio. El espíritu de independencia y el ejemplo del emperador y de los nobles, les daba esfuerzo. La lucha duró largo tiempo; pero la fortuna habia vuelto la espalda á los mejicanos, y al fin fueron desalojados de toda la calle, perdiendo en el combate mas de doce mil hombres, entre muertos y prisioneros. (1) Las tropas aliadas, dejándose llevar del implacable odio que profesaban á los mejicanos, bajo cuyo dominio habian estado por un siglo, se ensañaron en ellos, no dando cuartel á ninguno de los que caian en sus manos; pasando á cuchillo á niños, mujeres y ancianos, sin que bastase á contenerles, ni las órdenes severas de Cortés, ni aun el castigo. (2)

Reducidos los sitiados á un circuito mucho mas estrecho con la pérdida de la calle, vieron aumentarse las incomodidades á un grado sin ejemplo. Muchas desgraciadas mujeres, niños y ancianos, no pudiendo soportar el hambre, marchaban al campamento castellano, buscando algo con que alimentar sus desfallecidos cuerpos. El general español mandó que nadie les molestase ni ofendiese. (3)

(1) «Y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil ánimas.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna via á ninguno daban la vida, aunque mas reprendidos y castigados de nosotros eran.»—El mismo.

(3) «Muchos pobres indios que no tenian qué comer; y se venian al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre.»—Bernal Diaz del Castillo.

Pero si una parte de la gente inerme, salia, obligada por la imperiosa necesidad á buscar en el campo sitiador el preciso sustento, jamás salió un solo guerrero, un solo mejicano de los que hubiese empuñado las armas para combatir en defensa de la patria. (1)

Hernan Cortés reunió al siguiente dia sus numerosas fuerzas aliadas, y poniéndose al frente de los españoles, se dirigió de sus cuarteles hácia los puntos ocupados por los sitiados. Habia dado órden á las tropas auxiliares, de que no disparasen arma ninguna sobre los mejicanos ni les hiciesen mal ninguno. (2) El objeto del general castellano, era obligarles á solicitar la paz, haciéndoles ver que no les quedaba ni la mas leve esperanza de salvarse.

El ejército sitiador se acercó á los puntos en que se hallaban los aztecas, ostentando sus estandartes y divisas. Los mejicanos, al ver á los que hasta entonces habian sido sus vasallos, sus feudatarios, sus conquistados, enseñoreados de la capital y amenazándoles con la muerte, sintieron una pena terrible; mezcla extraña de tristeza y desesperacion difícil de explicarse. Viéndose reducidos al último extremo cuando habian sido señores de todas las provincias del Anáhuac; no quedándoles de su propia capital mas que un rincon de tierra, y que aun en ella no podian estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, lanza-

(1) «Pero de la gente de guerra no salia ninguna.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y mandé que no peleasen ni ficiesen mal á los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

ban gritos de rabia, pidiendo con ahinco la muerte. (1) Varios jefes aztecas suplicaron á Cortés que se acercase á distancia conveniente para hablarle. El general español accedió inmediatamente á la peticion, abrigando la esperanza de que propusiesen algun arreglo que pusiese término á los males. No era, sin embargo, para hablarle de paz para lo que le llamaban. Al presentarse enfrente al parapeto de los sitiados, en que estaban los jefes que solicitaron hablarle, exclamaron con el acento de la desesperacion: «Si eres, como muchos creen, hijo del sol, y el sol en el breve espacio de veinticuatro horas da la vuelta al mundo entero, ¿por qué tú con la misma brevedad no acabas de quitarnos la vida con la cual terminarán nuestros padecimientos? Sé rápido en tus obras, como el astro rey en su carrera, pues con la vida desaparecerán los males que nos abruman, y al recibir la muerte iremos al cielo, donde nuestro dios Huitzilopochtli, nos tiene preparada la felicidad y la ventura.» (2)

Conmovido Hernan Cortés por la sincera y amarga expresion con que habian sido pronunciadas las palabras que

(1) «Y conocian que les venian á matar sus vasallos y los que ellos solian mandar, y veian su extrema necesidad, y como no tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos... decian que por qué no les acabábamos ya de matar.»—Tercera carta de Cortés.

(2) Y llegado al albarrada, dijéronme que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus que les estaba esperando para descansar.»—Tercera carta de Cortés.

acababa de escuchar, les respondió que, lejos de tratar de matarles, deseaba tenerles por amigos. Haciendo justicia al valor de sus contrarios, trató de persuadirles, agotando todas las razones que juzgó mas convincentes, para inclinarles á que capitulasen. «Les dió, como él dice, señales de paz y de consideracion, que jamás se han dado á vencido ninguno.»

Los jefes mejicanos escucharon atentamente las palabras del general español; pero respondieron que no estaba en el arbitrio de ellos el arreglar la paz, ni tenian esperanza de que el emperador admitiese proposicion ninguna. Entonces Hernan Cortés se retiró, resuelto á no disparar un solo tiro sobre los valientes y desgraciados defensores de la ciudad, sin procurar antes, por medio de un ilustre personaje, atraer al monarca azteca á un arreglo que pusiese término á la sangrienta lucha.

El ilustre personaje era un noble azteca, que tres dias antes, en un reñido combate, habia sido herido y hecho prisionero por un tio del rey de Texcoco. (1) El general español le dijo si queria presentarse á desempeñar una mision de arreglo de paz, marchando á ver á su emperador, y habiendo contestado afirmativamente, se dirigió, aunque se hallaba malo de sus heridas, á cumplir con el encargo del jefe castellano. El pueblo le recibió con el acatamiento debido á una persona principal. Llegado á la presencia de Guatemotzin, empezó á exponer las proposiciones de Cor-

(1) «Una persona bien principal entre ellos, que teníamos preso, al cual dos ó tres dias antes habia prendido un tio de D. Fernando, señor de Tesaico, peleando en la ciudad.»—Tercera carta de Córtés.

tés. No le dejó acabar el jóven emperador. Apenas pronunció las primeras frases del avenimiento, cuando, segun refiere el mismo caudillo español, mandó que fuese sacrificado, como habia prometido que lo haria con todo el que se atreviese á hacerle proposiciones de paz. (1) Pocos momentos despues, numerosos escuadrones aztecas, dando alaridos espantosos y lanzando una tempestad de flechas y de piedras, cayeron sobre los españoles que esperaban la respuesta. La lucha fué terrible; los castellanos tuvieron en ella muchos heridos y un caballo muerto; pero derrotados al fin los mejicanos, se vieron precisados á retirarse con sensibles pérdidas. (2)

Cada vez se le hacia mas sensible á Hernan Cortés verse precisado á entrar en nuevos combates que no hacian mas que aumentar las víctimas de los valientes sitiados y la miseria de los desgraciados inermes. Persistiendo en su empeño de atraer al emperador á un arreglo, se aproximó á caballo, á una formidable trinchera de los contrarios, y llamó á los jefes que la guarnecian, y á quienes en tiempo de Moctezuma les trató bastante. «¿Por qué se niega vuestro emperador Guatemotzin, les dijo, á entrar en arreglos de paz y venir á conferenciar conmigo, cuando sabe que

(1) «Y como lo llevaron delante de Guatemucin, su señor, y él le comenzó á hablar sobre la paz, diz que luego lo mandó matar y sacrificar.»—Tercera carta de Cortés.

(2) Algunos escritores pintan á los guerreros mejicanos débiles por el hambre, languideciendo, sin que sus golpes hiciesen daño á sus contrarios. No los presenta así Hernan Cortés ni Bernal Diaz, sino «peleando reciamente» y de tal manera «que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar.»

nada debe temer de mí? Bien conocereis que si yo quisiera, bastaria una hora para destruir á todos; pero me duele ver vuestros padecimientos, y tengo empeño en que se evite la efusion de sangre.» El general español les dijo en seguida, que ellos podian libertar al pueblo de que se prolongasen los sufrimientos, si se dirigian á Guatemotzin, y le persuadian á que entrase en un arreglo de paz. Aceptada por los nobles la mision, se presentaron al jóven monarca que siempre les habia mirado como á sus mas fieles vasallos y distinguidos capitanes. Despues de un corto exordio en que manifestaron que jamás hubieran aceptado el cargo que llevaban, si no estuviesen persuadidos de que en nada se oponia al amor patrio ni á la consideracion al monarca, expusieron, en buenos términos, los deseos del general castellano, en tener una entrevista con el monarca azteca.

Guatemotzin viendo en los que desempeñaban la comision de Cortés, personas de cuyo patriotismo no podia dudar, escuchó en silencio las proposiciones del jefe sitiador. Si pocos dias antes castigó con la muerte al que osó presentarse desempeñando igual comision, ahora, consultando acaso con la política, y reprimiendo los impulsos de su fogoso corazon, se manifestó tranquilo y atento. No habia cambiado de resolucion de morir antes que ceder de su derecho; pero juzgó conveniente cambiar la forma de su política con respecto al general enemigo. Guatemotzin manifestó que estaba dispuesto á ir á la entrevista propuesta, eligiendo como punto el mas próximo, la plaza de Tlatelolco; pidió que la conferencia se efectuase el mismo dia; y suplicó á Cortés que no permitiese á las

tropas aliadas entrar en la ciudad mientras se daban los pasos para un arreglo.

Hernan Cortés ofreció obsequiar el deseo del emperador azteca, y satisfecho de la buena disposicion en que le veia de poner término á las hostilidades, regresó, como de costumbre, á sus cuarteles, acariciando la lisonjera idea de que iba á terminar la sangrienta lucha sin nuevos combates y desgracias.

A la mañana siguiente, despues de ordenar á los aliados que no entrasen á la ciudad, sino que permaneciesen en los campamentos, montó á caballo, y poniéndose al frente de los soldados españoles, marchó al sitio convenido para la conferencia. Cauto y previsor, encargó á sus tropas que estuviesen con cuidado, por si era una celada dispuesta por los jefes, para acometerles de improviso. Igual advertencia hizo á Pedro de Alvarado. Dadas las anteriores instrucciones, mandó cubrir de tapetes la plataforma de piedra que estaba en el centro de la plaza, se colocó un toldo de finas mantas, se pusieron los asientos que se juzgaron necesarios, y se dispuso una comida abundante para el monarca mejicano y los nobles que le acompañasen. El general español envió en seguida un recado al valiente Guatemotzin, avisándole que le esperaba en el sitio por él señalado. Poco despues se presentaron en la plaza cinco personajes aztecas, de los mas respetables de la ciudad. Eran enviados por Guatemotzin. Al llegar á donde estaba Hernan Cortés, manifestaron, de parte de su emperador, que le disimulase el no haber acudido á la cita, á causa de encontrarse algo indispuesto en su salud; pero que ellos estaban allí para representarle. Mucho sintió el ge-

neral español la falta del monarca azteca; pero recibió con marcadas señales de distincion y de aprecio á los representantes, pues consideró que eran un medio poderoso para llegar á un arreglo pacífico. Invitados por el jefe castellano á que pasasen á la adornada plataforma, les obsequió con el banquete que tenia dispuesto, en que «mostraron bien,» dice el conquistador, «la necesidad que tenian de alimento.»

Terminada la comida, Hernan Cortés les dijo que tratasen de persuadir al monarca á que fuese á verle, sin temor ninguno, pues le empeñaba su palabra de que seria respetado como ellos eran, pues su presencia era absolutamente indispensable para cualquier arreglo. Al decir esto les dió un presente de víveres para Guatemotzin, que entonces era el obsequio de mas estima que podia enviarle. Partieron los embajadores prometiendo cumplir lealmente con los deseos del general español, y dos horas despues, volvieron á la presencia de Hernan Cortés. Presentaron á éste un regalo de mantas finas, de parte del monarca mejicano; pero manifestaron que Guatemotzin rehusaba conferenciar personalmente. Instó el caudillo español á los embajadores, á que hiciesen comprender á su soberano, que nada tenia qué temer, y los males que caerian sobre la única parte de la poblacion que aun se hallaba en pié, si se obstinaba en no presentarse. Los enviados ofrecieron volver á hablarle, y se retiraron. El jefe castellano se dirigió á poco hácia su campamento, pues era la hora de volver á él.

A la siguiente mañana se presentaron los cinco personajes aztecas en el real de Hernan Cortés, diciéndole que mar-

chase á la plaza del mercado, porque Guatemotzin habia resuelto hablarle allí. Pocos momentos despues, el general español, seguido de sus compatriotas, marchó al sitio de la cita. Las azoteas estaban llenas de guerreros mejicanos en actitud pacífica, embozados en sus mantas. El jefe castellano se puso á pasear por la plaza con algunos oficiales, esperando á que llegase el emperador azteca. El tiempo transcurria y Guatemotzin no llegaba. Tres horas permaneció Hernan Cortés en espera del gobernante mejicano; pero viendo que ni él ni ninguno de su comitiva se presentaba, comprendió que lo que se habia tratado fué de ganar tiempo para hacer nuevas fortificaciones y prepararse á la defensa. Conoció que la indisposicion de salud y el temor de presentarse indicados por los embajadores, excusando la presencia de su soberano, no habian sido mas que pretestos con que habia logrado detener su avance. Furioso de verse burlado y agotada su paciencia, resolvió dar el asalto. Mandó llamar á las tropas aliadas que estaban en los campamentos, á distancia de una legua, y la misma órden envió á Pedro de Alvarado. Pronto se presentaron todos en donde estaba el general. Mientras todas estas considerables fuerzas atacaban la ciudad por las calles, Gonzalo de Sandoval debia entrar, con los bergantines, por el otro lado de las casas en que los sitiados se habian fortificado, impidiendo así su salida por el agua. Dispuesto el plan y dadas las instrucciones á los capitanes, se dió la señal de asalto. Los escuadrones aliados al escucharla, lanzaron espantosos alaridos con que expresaban su alegría. Anhelaban cebarse en la sangre de los que por espacio de una centuria les habian hecho sentir el yugo

de su despótico dominio. Los españoles avanzaron á tomar las trincheras construidas al otro lado de anchos fosos y zanjas que habian abierto los sitiados, y que eran las mas formidables que tenian que tomar. Los mejicanos, resueltos á defenderlas, esperaron á sus contrarios con denuedo. El combate empezó con ahinco extraordinario. Los mejores y mas esforzados capitanes que contaba en sus ejércitos el emperador Guatemotzin, se hallaban al frente de los escuadrones aztecas. Al acercarse los asaltantes á las anchas cortaduras, recibieron una horrible tempestad de flechas, dardos y piedras, enviada desde las trincheras y las azoteas. Los españoles la recibieron cubriéndose con sus rodelas, y apresurando el paso, se arrojaron á la cortadura para pasarla á nado y ganar el parapeto. La multitud de aliados que, en número exhorbitante les acompañaban, siguieron su ejemplo, dando horribles ahullidos de guerra y amenazando con el esterminio á los mejicanos. Los sitiados hicieron esfuerzos heróicos para impedir que los asaltantes se apoderasen del parapeto; pero era humanamente imposible. Cuando el desbordado torrente encuentra en su camino alguna presa, si no la arrastra consigo, salta por encima de ella cubriéndola con sus aguas y continuando su devastadora marcha. Las tremendas olas del inmenso océano de gente que formaban los numerosos escuadrones auxiliares, cayendo sobre la muralla levantada por los mejicanos, llegaron á destruirla, precipitándose en seguida á lo largo de la calle. Al mismo tiempo que las fuerzas de Cortés y de Alvarado atacaban, unidas, por un lado, Gonzalo de Sandoval, con sus bergantines, estrechaba á los sitiados por el lado del Norte. Los mejicanos,

cercados por todas partes y sin espacio suficiente para moverse, «no tenian, dice Hernan Cortés, paso por donde andar sino por encima de los muertos y por las azoteas que les quedaban.» Sobre los montones de cadáveres insepultos y en estado de putrefaccion que cubrian las calles, caian nuevas víctimas heridas por las armas de los asaltantes. Los españoles, al penetrar en el circuito en que se defendian los sitiados, quedaron sorprendidos de horror, con la vista del infinito número de víctimas insepultas, causadas por el hambre y las armas. Las acequias, los fosos, los edificios, los patios y las calles, se hallaban literalmente apretados de finados. «No podiamos andar,» dice Bernal Diaz, «sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.»

La lucha se trabó, por lo mismo, sobre los cadáveres que cubrian todo el circuito á que estaban reducidos los sitiados; pero esa lucha tenia que ser desgraciada para los mejicanos. No teniendo á donde moverse, porque los bergantines les tenian acorralados, se vieron bien pronto faltos de flechas y de piedras con que defenderse, puesto que á su derredor no tenian mas que enemigos que les herian, y compatriotas sin vida que cubrian el pavimento, impidiéndoles el que pudiesen tomar alguna piedra para defenderse. (1) La matanza fué entonces horrible. Los aliados, sedientos de sangre y henchidos de implacable odio contra sus dominadores, se lanzaron con ímpetu espantoso sobre ellos, oprimiéndoles con el peso de sus

(1) «Y á esta causa no tenian ni hallaban flechas, ni varas, ni piedras con que nos ofender.»—Tercera carta de Cortés.

numerosos escuadrones, y agregando á los montones antiguos de cadáveres, otros no menos altos de nuevas víctimas. Mientras sucumbian luchando en las calles millares de aztecas, otros, queriendo librarse del furor de sus terribles enemigos, se refugiaban á las azoteas de las casas, cubiertas en aquellos instantes de infelices mujeres y de niños que se habian subido á ellas huyendo del peligro. Los aliados, implacables en su odio, subian tras ellos, persiguiéndoles tenazmente, y convirtiendo cada azotea en un horrible matadero, donde no daban cuartel ni aun á las mujeres, los niños, ni los ancianos. Todo era desolacion y espanto; estrago y ruina; lamentos y maldiciones: habia sonado la hora del exterminio de aquella conquistadora nacion que habia sujetado á su coyunda á casi todas las naciones de Anahuac, haciendo temblar á los pueblos que á fuerza de heroismo y de sacrificios mantenian su independencia. Aquella era una horrible carniceria. La tierra se hallaba cubierta de cadáveres de todos sexos y edades, y la sangre corria en arroyos, como el agua en los instantes de un fuerte aguacero. (1) Los gritos de terror de las mujeres y el llanto de los niños, llegaron á los oidos de los españoles que combatian á corta distancia. Hernan Cortés, conmovido al escucharlos, pues dice «que no habia persona á quien no quebrantasen el corazon,» comprendió que los aliados se ensañaban con los vencidos, y envió algunos castellanos para impedir que siguiesen matando. Pero era imposible atraer al órden á mas de cien

(1) «Corrian arroyos de sangre por las calles como puede correr de agua cuando llueve, y con ímpetu y fuerza.»—Torquemada: Monarquía Indiana.

mil guerreros que se habian derramado por calles, azoteas y patios, en busca de víctimas, deseando vengar antiguos ultrajes. Todos los esfuerzos hechos para refrenar su violencia, fueron inútiles. Ensañados contra los que habian sido sus dominadores, no encontraban mas placer que en matar: habia llegado para ellos la hora de la venganza, y la saciaban hiriendo y matando sin ver edad, sexo, ni clase. «Nunca, dice Hernan Cortés, se ha visto crueldad tan inaudita en generacion ninguna, ni tan fuera de órden de naturaleza; y mas trabajo teniamos en contener esa crueldad inconcebible y en evitar que matasen, que en combatir con nuestros contrarios.» (1) Nunca se habia hecho mas estrago en los escuadrones aztecas, que en ese terrible asalto. En él perecieron, por agua y tierra, segun asegura el mismo conquistador, «mas de cuarenta mil personas.»

Este número de cadáveres amontonados encima de los que ya cubrian las calles, las casas y las acequias, siguió aumentándose por instantes, con las víctimas causadas por el hambre y por la fetidez.

Siendo ya tarde y haciéndose insoportable el pestilencial olor que envolvia la atmósfera con la corrupcion de los insepultos cuerpos, dispuso Hernan Cortés la vuelta á los cuarteles. (2)

(1) «Y que nosotros teníamos mas que hacer en estorbar á nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios: la cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió ni tan fuera de todo órden de naturaleza, como en los naturales destas partes.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y porque ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos

El botin cogido por los aliados, fué abundante y rico. Invadiéndolo todo y conociendo las costumbres de los mejicanos, puede asegurarse que ellos se apoderaron de casi todas las alhajas y preciosas joyas que en Méjico quedaron pertenecientes al tesoro de Moctezuma.

Los sitiados quedaron tristes y abatidos con el funesto golpe recibido aquel dia. No habia uno solo que no contase entre los cadáveres que tapizaban la tierra y sobrenadaban en el lago, algun sér querido de su corazon.

No les quedaba á los sitiados mas que un reducido espacio de lo que formaba la parte de Tlatelolco. Ese corto espacio, en que se hallaban aglomerados y oprimidos, era el que hoy se encuentra entre el convento del Carmen y Santa Ana.

La noche tendió sus negras sombras, aumentando el aspecto de aquel cuadro aterrador en que los vivos velaban sobre los muertos, esperando acompañarles muy en breve.

Ni una fogata, ni una luz se descubria en el estrecho recinto en que estaban apiñados los sufridos mejicanos. Un silencio sepulcral reinaba en aquel vasto cementerio, en que la muerte habia asentado sus reales. Riqueza, tranquilidad, familia, amigos, todo habia perecido para los heróicos defensores de la capital azteca: hasta la esperanza habia muerto para ellos. Solamente una cosa querida vivia, que conservaba todos sus encantos, que nunca llegarian á perder; el amor á la patria. Entonces debieron

que habia de muchos dias por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos volvimos á nuestros reales.»—Tercera carta de Cortés.

comprender, sin duda, todo lo que debieron sufrir los pueblos á quienes habian privado de la libertad al engrandecerse ellos con sus conquistas. Siendo conquistadores, habian incendiado las ciudades de los que luchaban por su independencia, destinando al sacrificio á millares de individuos que lucharon por conservar su independencia. Ahora veian reducidos á cenizas y escombros sus palacios, pasados á cuchillo á sus amigos, á sus deudos, á sus hijos, á sus mujeres, por los mismos pueblos á quienes habian oprimido en su sed de engrandecimiento. ¡Terribles cambios de la fortuna, que hoy da agravios á los que ayer favoreció con dichas y felicidades!

Las horas de la noche iban pasando lentamente para los mejicanos, que anhelaban que terminase de una vez la triste situacion á que se veian reducidos. No tenian esperanza, y por lo mismo deseaban la muerte; pero la muerte honrosa; la muerte del valiente que perece en el combate defendiendo la libertad y la patria.

Los centinelas aztecas, pisando sobre la alfombra de cadáveres y apoyándose sobre el arco, permanecian quietos detrás de las trincheras y en las azoteas de los edificios avanzados, fija la vista en las calles por donde podia presentarse el enemigo.

El cielo estaba oscuro y cargado de negros nubarrones. Los escuadrones aztecas, fatigados del combate y sin haber tomado mas alimento que algunos granos de maíz, que únicamente para los soldados habia, dormian entre las víctimas hechas por la guerra, el hambre y la peste, despertándoles á cada instante el ¡ay! desgarrador de los heridos, el lamento del moribundo, y el triste quejido de la

madre y del niño que espiraban de miseria y de necesidad.

El mismo emperador Guatemotzin, no teniendo ya edificio donde habitar, pues todos se hallaban apretados de muertos y de heridos, se trasladó con su familia y los principales del reino, á una canoa, donde apenas tenian espacio para moverse. (1)

Aspecto diametralmente opuesto presentaba el campamento de los sitiadores. En él todo era esperanza y vida. Los escuadrones aliados entonaban himnos de triunfo, y cantaban la próxima devastacion de la capital de sus dominadores.

Al brillar la luz del siguiente dia, el general español runió sus tropas, para dar el ataque definitivo á la parte insignificante que de Tlatelolco les quedaba á los mejicanos. Desde el dia anterior, pocas horas despues del triunfo alcanzado, habia ordenado á Pedro de Alvarado que se situase en la plaza del mercado, y no emprendiese ataque ninguno hasta que él llegase. Gonzalo de Sandoval debia, con todos los bergantines, entrar á una especie de puerto, á donde llegaban en tiempo de paz, las canoas mercantes que iban al mercado de Tlatelolco, y en donde en aquel instante se encontraban las piraguas con que contaba Guatemotzin. La señal para emprender simultáneamente el ataque, era un tiro de arcabuz. Hernan Cortés encargó

(1) «Y ya tenian tan pocas casas donde poder estar, que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa con ciertos principales, que no sabian qué hacer de sí.»—Tercera carta de Cortés.

á los capitanes, que tratasen de obligar á los sitiados á arrojarse al agua, hácia el sitio por donde debia presentarse la escuadrilla de Sandoval, encargando que procurasen apoderarse del monarca azteca, respetando su real persona, pues su captura bastaria á que sus vasallos entregasen la ciudad. (1) Anhelando que se economizase, cuanto fuese posible, el derramamiento de sangre de los sitiados, recomendó al mismo tiempo, que no se matase ni hiriese á ningun mejicano, excepto en defensa propia, procurando, aun en este caso extremo, de hacerles el menos daño posible. (2)

Era el 13 de Agosto de 1521, dia de San Hipólito, memorable en los fastos de la conquista de Méjico. El caudillo español, montando á caballo y poniéndose al frente de sus tropas, se dirigió, de su campamento de Xoloc, á la plaza de Tlatelolco, cruzando por las solitarias calles, cuyos arruinados edificios orillaban el camino de su marcha. Al llegar á corta distancia de la línea que defendian los sitiados, Hernan Cortés quiso recurrir aun á los medios de conciliacion, y subió á una azotea para hablar desde ella á los jefes aztecas que mandaban la línea. El caudillo español, al dirigir la vista por el estrecho circuito que ocupaban los sitiados, se conmovió profundamente con

(1) «Y aviseles mucho que mirasen mucho por Guautimucin, y trabajasen de lo tomar á vida, porque en aquel punto cesaria la guerra.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra; é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

el triste espectáculo que se descorrió á sus ojos. Los desgraciados habitantes de la ciudad, que habian sobrevivido á la peste, al hambre y á la guerra, estaban unos sobre los muertos, otros metidos en el agua, por faltarles terreno donde pisar; nadando los que sabian; ahogándose los que ignoraban, como se habian ahogado multitud de niños y de mujeres, cuyos cadáveres flotaban sobre las ondas del lago en que se hallaban encerradas las canoas. (1) Llenas éstas de gente y de guerreros, no podian recibir á los desgraciados que se acercaban pidiendo que les salvasen, pues el peso de cualquiera que recibiesen, las hubiera hundido sin remedio. Era una situacion espantosa, «cuyos horrores,» dice el general español, «no puede concebir el entendimiento humano.» (2)

Profundamente emocionado Hernan Cortés con las desgarradoras escenas que presenciaba, solicitó tener una entrevista con los jefes que defendian la línea sitiada. Pronto se presentaron en la trinchera, dispuestos á escuchar lo que se deseaba decirles. Eran todos conocidos de Cortés, á quienes trató cuando fué recibido por Moctezuma. El general castellano les dijo «que ignoraba la causa que existia para que Guatemotzin se negase á escucharle, cuando con una entrevista con él, se le podian haber evitado á la ciudad los males que habia sufrido; que siendo

(1) «Y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar cómo lo podian sufrir.»—Tercera carta de Cortés.

inútil ya toda resistencia, tratasen de inclinar el ánimo de su señor á tener inmediatamente una conferencia, para que así no fuesen causa de que todos pereciesen.»

Dos de los nobles aztecas, se encargaron de persuadir al monarca, y partieron inmediatamente á verle. Pocos momentos despues volvieron á la presencia de Cortés, acompañando al *cihuacoatl,* que era el supremo magistrado de la corte. El caudillo español le recibió con marcadas demostraciones de respeto y de cordialidad. El noble azteca, tratando de manifestar un ánimo superior á las calamidades que sufrian, dijo á Cortés con tranquilo continente: «Mi rey y señor Guatemotzin, está resuelto á morir antes que á tener una entrevista con vos. Esta es su resolucion irrevocable; ahora,» añadió con heróica resignacion, «obrad como os parezca.» (1) El jefe castellano, viendo que ante la heróica determinacion del valiente monarca mejicano, no quedaba otro medio de terminar la guerra, que apelando á las armas, le contestó: «Id, pues, á vuestro campamento, y preparad vuestro ánimo y el de vuestros compatriotas á la muerte, porque dentro de un momento daré el ataque donde todos perecereis.»

Durante estas conferencias, en que transcurrieron cinco horas, millares de mujeres, de niños y de ancianos, aprovechando la suspension de hostilidades, se apresuraban á salir del estrecho circuito en que se hallaban, y se dirigian hácia el campo de los sitiadores, antes de que empezase

(1) «Me dijo que en ninguna manera el señor vernia ante mí y que antes querria por allá morir, y que á él pesaba mucho desto; que hiciese yo lo que quisiese.»—Tercera carta de Cortés.

el combate. Cada desgraciado queria ser el primero en ponerse en salvo, y corrian á competencia para sustraerse al extremo peligro que les amenazaba. Estenuados por el hambre y sin fuerzas para resistir la mas leve fatiga, muchos quedaban ahogados en los fosos que trataban de pasar á nado. Hernan Cortés mandó á los aliados que no hiciesen daño á ninguno de los que salian; pero temiendo que no obsequiasen su deseo, colocó varios españoles en diversos puntos ocupados por los indios auxiliares, para que así no cometiesen actos de inhumanidad. Mucho se alcanzó con esa providencia de Cortés; pero á pesar de sus órdenes y de sus medidas en favor de los desventurados que salian, perecieron á manos de los sanguinarios escuadrones aliados, mas de quince mil, entre hombres, niños y mujeres. (1) Ni un solo soldado azteca abandonó, en medio de aquel gentío, la ciudad. Los que habian empuñado las armas en defensa de la patria, habian tomado su resolucion de luchar hasta vencer ó morir, y ocupaban las trincheras y las azoteas, esperando el asalto.

Hernan Cortés retardaba el ataque con objeto de ver si Guatemotzin, viendo segura la ruina de los sitiados, se

(1) «Y no hacian sino salirse infinito número de hombres y mujerse y niños hácia nosotros. Y por darse prisa á salir, unos á otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos... Y como la gente de la ciudad se salia á nosotros, yo habia proveido que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen á aquellos tristes que salian, que eran sin cuento. Y tambien dije á todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar á los que salian; y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel dia no mataran y sacrificaran mas de quince mil ánimas.»—Tercera carta de Cortes.

determinaba á un arreglo. Buscando los medios de obligarle á pedir la paz, mandó hacer algunos disparos de cañon sobre los puntos que ocupaban. Se resistia á dar la señal de ataque, porque temia que los aliados repitiesen las sangrientas escenas del dia anterior, no dando cuartel á ninguno de los que cayesen en sus manos. (1)

Viendo el caudillo español que era tarde y que los contrarios se mantenian en actitud hostil, mandó disparar un arcabuz, que era la señal convenida para el ataque. Las tropas españolas se arrojaron con ímpetu sobre los parapetos, pasando á nado los fosos, recibiendo una tempestad de armas arrojadizas que lanzaban sobre ellos de las azoteas y de las trincheras. Los ciento cincuenta mil aliados, derramándose como un torrente por las calles, dieron principio á una espantosa carnicería, matando sin distincion á inermes y á soldados, á niños y á mujeres, á guerreros y á sacerdotes, á heridos y á enfermos sin distincion. Estrechados los mejicanos por todas partes, unos se arrojaban al agua, otros se tiraban de las azoteas para salvarse de los que á ellas subian, cayendo sobre los muertos que cubrian las calles. Los bergantines, entrando por el lago al puerto en que se hallaban las canoas mejicanas, rompieron por en medio de ellas, volcando unas, echando á pique otras, y capturando gran número de ellas. El agua se cubrió de cadáveres de los guerreros pertenecientes á la escuadra. Sin embargo, algunas pira-

(1) «Fice asentar los dos tiros gruesos hácia ellos para ver si se darian, porque mas daño recibieran en dar licencia á nuestros amigos que les entraran, que no los tiros.»—Tercera carta de Cortés.

guas lograron escapar del puerto y cruzaban la laguna tratando de llegar á tierra. Entre las que habian conseguido salir del cerco, se encontraba la que conducia al emperador Guatemotzin. Gonzalo de Sandoval advirtió bien pronto que, entre las piraguas que habian escapado, se hallaba la del emperador. Inmediatamente ordenó al capitan García de Holguin, que mandaba el bergantin mas velero de la escuadra, que diese caza á la canoa en que iba Guatemotzin; recomendándole que le tratase con la mas alta deferencia, sin ofenderle ni causarle el mas leve daño. Pronto descubrió Holguin, entre las canoas que huian procurando ganar la orilla del lago, una que, por su capacidad, por los numerosos y excelentes remeros que llevaba y por la gente principal que en ella iba, se imaginó que era la que conducia al monarca azteca. El viento, aunque poco, era bonancible, y el bergantin, ayudado de los remos, pronto llegó al costado de la embarcacion india. Entonces mandó que los arcabuceros dirigiesen la puntería de sus armas sobre los que en ella iban, no con el objeto de hacer fuego, sino de obligarles á detenerse. «No tireis,» gritaron algunos nobles, haciendo que la canoa se detuviera, «que aquí va la persona del emperador.» Entonces los arcabuceros bajaron las armas, y García de Holguin entró en la piragua con algunos soldados. Guatemotzin se puso en pié, y dirigiéndose al capitan español, le dijo con noble entereza: «Yo soy Guatemotzin, rey de Méjico, y soy vuestro prisionero: llevadme ante Malinche: solo os pido que nadie ofenda á la reina mi esposa, ni á ninguna de las personas que me acompañan.» (1)

(1) «Y soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me

El capitan español le prometió que sus deseos serian obsequiados cumplidamente, y con el mayor respeto y acato, le ayudó á trasbordarse con su esposa y su comitiva, al bergantin. Veinte eran las personas que acompañaban á Guatemotzin, todas ellas de la mas distinguida nobleza azteca. Entre los notables personajes que le acompañaban, se encontraban el destituido rey de Texcoco, llamado Coanaco, el de Tlacopan y otros caciques de importancia. (1)

El atento capitan García de Holguin, mandó á la tripulacion que pusiesen algunos petates y mantas en la popa del bergantin para que se sentasen los distinguidos prisioneros. (2) Todos los objetos que llevaban en la canoa, les fueron entregados religiosamente, sin examinarlos siquiera.

Guatemotzin fué hecho prisionero en el sitio llamado hoy «Puente del Clérigo,» que entonces era lago.

El combate, entre tanto, continuaba en la ciudad, sufriendo los sitiados pérdidas considerables. Pronto corrió la noticia de la prision de Guatemotzin, y al escucharla, los valientes aztecas, dejaron de luchar, quedando prisioneros. El combate lo sostuvieron sin duda los sitiados, para dar lugar á que su monarca se pusiera en salvo. Se habian propuesto sacrificar su vida por la del soberano. Los guerreros que cruzaban la laguna con algunas canoas,

lleguen á mi mujer, ni á ninguna mujer, ni á ninguna cosa de la que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

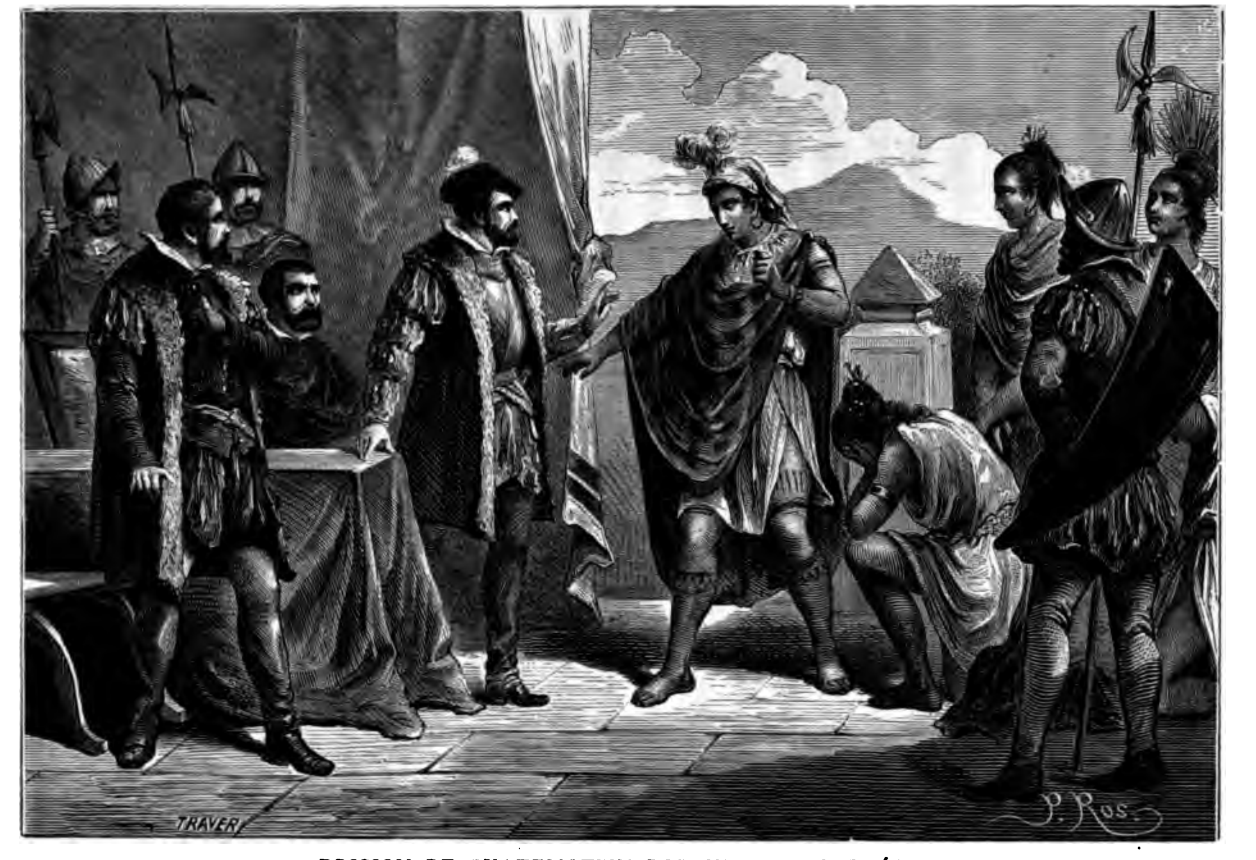
(1) El rey de Tlacopan se llamaba Tetlepanquetzaltzin.

(2) «Y les hizo sentar en la popa en unos petates y mantas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

al saber el triste acontecimiento, arrojaron sus armas, y abrumados de tristeza, seguian á los bergantines que convoyaban al real prisionero.

Inmediatamente que Gonzalo de Sandoval recibió la noticia de la prision de Guatemotzin, se acercó con su buque al costado del de García de Holguin, pidiéndole que le entregase el monarca mejicano, reclamándole como prisionero suyo, por ser el jefe encargado del mando de la escuadra. Holguin se negó á su deseo, manifestando que él habia logrado su aprehension. La cuestion sobre el derecho al prisionero, fué bastante acalorada, pues cada uno ambicionaba la gloria de haberle capturado, agregándose acaso el deseo de que la hazaña la recordase la posteridad en el escudo de armas de su casa. Sabedor Hernan Cortés de la cuestion suscitada, envió, sin pérdida de momento, desde la azotea en que se habia colocado, á los capitanes Luis Marin y Francisco de Lugo, para que dijesen á Holguin y á Sandoval, le presentasen á Guatemotzin, prometiéndoles que despues quedarian zanjadas satisfactoriamente las diferencias con respeto al prisionero, y recomendándoles que le tratasen con las mas altas distinciones.

Entre tanto, el general español se dispuso á recibir al ilustre prisionero con las consideraciones debidas al elevado puesto que habia ocupado. Mandó formar en la azotea, con finos petates y mantas, un ámplio salon, cubierto con un toldo de blanca lona. Terminado en pocos momentos, hizo que se dispusiese una excelente comida para obsequiar á los ilustres prisioneros, y que se colocasen los asientos necesarios en que descansasen al llegar. Dispuesto



PRISION DE GUATEMOTZIN POR HERNAN CORTÉS.

ya todo, Hernan Cortés esperó la llegada del monarca azteca, teniendo á su lado á sus dos intérpretes, la amable Marina y Gerónimo de Aguilar.

Al saltar á tierra, Guatemotzin, recibiendo siempre las consideraciones de respeto de García de Holguin y de Sandoval, y escoltado por una compañía de infantería española, llegó á la presencia del jefe castellano. Su gentil apostura, su noble continente, sus modales dignos y su mirada franca, daban á conocer al valiente emperador azteca entre los nobles de su comitiva. Tenia Guatemotzin de veintitres á veinticuatro años de edad; era de buena estatura y de flexibles movimientos, de ojos negros y grandes, en cuya mirada se encontraba esa agradable mezcla de gravedad y de benevolencia que indica grandeza y generosidad de alma ; su rostro era aguileño y agradable; de color mas claro que el generalmente bronceado de sus compatriotas; de frente despejada; de cabeza bien formada, y de cabello negro, largo y lustroso. Carecia de barba, como toda la raza india, y únicamente se indicaba un imperceptible bozo que sombreaba ligeramente su labio superior. (1)

Hernan Cortés se adelantó á recibirle con noble agrado, abrazándole con sincero afecto, y recibiéndole con todas

(1) «Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

las demostraciones de honor y de grata deferencia. (1) Con sumo agrado recibió tambien á los nobles que le acompañaban, manifestándose benévolo y atento.

El monarca azteca, conservando en medio de la desgracia, su ánimo levantado, fué el primero en romper el silencio, diciendo: «He hecho todo lo que tenia obligacion de hacer en defensa de mi patria y de mi pueblo. Ahora soy vuestro prisionero, y nada puedo. Tratadme, Malinche, como gusteis.» Poniendo en seguida la mano sobre el puñal que Hernan Cortés llevaba colgado al cinto, añadió con vehemencia: «Quitadme con esta arma la vida que no pude perder combatiendo como rey y como patriota.» (2) Cautivado el caudillo español del noble aliento del jóven monarca azteca, que mostraba en su infortunio la entereza y dignidad de los antiguos romanos, le contestó con dulce afabilidad: «Nada teneis que temer: habeis defendido vuestra capital como valiente, y esto os enaltece á mis ojos: los españoles saben respetar el valor aun en sus mismos enemigos.» (3)

No puede uno menos que sentir una grata satisfaccion, al ver respetado el valor y el esfuerzo de un patriota, por

(1) «Y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus capitanes.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «Díjome en su lengua que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defender á sí y á los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora que ficiese dél lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Y Cortés le respondió... que por haber sido tan valiente y haber vuelto y defendido su ciudad, se le tenia en mucho y tenia en mas á su persona, y que no es digna de culpa ninguna, é que antes se lo ha de tener á bien que á mal.»—Bernal Diaz del Castillo.

el mismo que ha alcanzado la victoria. Hernan Cortés, al manifestarse generoso y atento con el valiente Guatemotzin, daba mayor realce al triunfo conseguido. Nunca aparece mas grande el vencedor, que cuando sabe apreciar las virtudes y el heroismo del vencido. Por desgracia son pocos los que saben respetar el patriotismo del que les ha combatido sin tregua ni descanso: muy pocos los que, en aquellos tiempos, guardaban consideraciones con los prisioneros. Luis XII, no obstante ser un príncipe celebrado por su bondad, mandó ahorcar al gobernador de Peschiera, Andrés de Riva, con su hijo, solo porque habia defendido heróicamente la plaza que el senado de Venecia le habia confiado. Con igual rigor habia tratado pocos dias antes á la guarnicion de Caravaggio, y no fué mas noble la conducta observada, á principios de nuestro siglo, por la nacion mas ilustrada, con el valiente defensor de Zaragoza, con el ilustre Palafox.

No han titubeado algunos autores modernos, de calificar de fingidas, las consideraciones del caudillo español con su prisionero, fundando su opinion en los hechos posteriores. Pero no hay derecho, en justicia, para esa acusacion. No tenia necesidad Hernan Cortés, en aquellos momentos, de fingir una generosidad que no sintiera. El imperio mejicano habia acabado con la toma de la capital, y el país entero era su aliado; aliado que no daba cuartel, y que se complacia en humillar á los reyes vencidos. Yo creo sinceras las muestras de aprecio mostradas por Hernan Cortés á Guatemotzin en aquellos instantes de indescriptible satisfaccion. Ninguno de sus contemporáneos que presenciaron la recepcion hecha al ilustre prisionero,

creyó que iba envuelta la falsedad en las atenciones del general castellano. Bernal Diaz, que no hubiera callado esa circunstancia, como no habia callado otras relativas á la política observada en diversas circunstancias por su jefe, convence de la espontaneidad de las atenciones usadas por el vencedor. «Le hizo mucho acato, dice; le abrazó con alegría y le mostró mucho amor.» Si mas tarde se guardó con el valiente prisionero, conducta diametralmente opuesta, veremos que el sensible cambio, fué originado por las circunstancias, no porque hubiese estado preconcebido por el conquistador.

Hernan Cortés preguntó en seguida al emperador azteca, dónde habia dejado á su esposa la reina. Guatemotzin respondió que la habia dejado bajo la proteccion de Sandoval y de Holguin, en el bajel que les habia capturado, hasta saber lo que resolvia su vencedor. Hernan Cortés dispuso que la condujesen con el mayor respeto á su presencia.

Era la noble soberana, la hija menor del emperador Moctezuma, jóven que apenas se hallaba en la edad de la pubertad. Guatemotzin, su primo, se habia enlazado á ella al subir al trono, tomándola por legítima esposa. (1) La jóven Tecuichpo, en cuya dulce y simpática fisonomía se revelaban la pureza y bondad del corazon, fué recibida por el jefe castellano con respetuosa atencion y agrado. Se consideraba con el sagrado deber de obsequiarla y fa-

(1) Como existia en aquellas naciones la poligamia, los matrimonios legítimos se distinguian por ciertas ceremonias que el lector podrá hallar en el primer tomo de esta obra, en la parte en que se habla del matrimonio.

vorecerla, pues habia prometido solemnemente al emperador Moctezuma, mirar por el bien de los hijos que dejaba.

Despues de las atenciones de la recepcion, Hernan Cortés les obsequió con una comida en que se les sirvió los manjares mejores que tenia.

Terminado el banquete, el general español ordenó á Gonzalo de Sandoval, que condujese á Guatemotzin y á su esposa, lo mismo que á los demás ilustres prisioneros, á Coyohuacan, á donde él marcharia en cuanto acabase de dictar otras providencias. A Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Olid, les mandó que volviesen á sus respectivos campamentos. La fetidez que exhalaban los millares de insepultos cadáveres, corrompiendo la atmósfera, hacia imposible la permanencia de las tropas en la ciudad, y solamente se dejó una guardia insignificante en los suburbios con el objeto de conservar el órden.

Hernan Cortés, en la cuestion suscitada entre Gonzalo de Sandoval y García de Holguin, respecto á la gloria de haber hecho prisionero á Guatemotzin, tomó una determinacion que satisfizo á los dos caballeros. Dijo que escribiria al monarca el hecho, para que él resolviese á quien se debia dar la honra de la hazaña, y lo tuviese por escudo de armas. Cuatro años despues, el rey, como generalmente acontece en esos casos, concedió al general español, que en el cuartel de arriba de la izquierda de sus armas, pusiese tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las otras dos, en memoria de haber vencido á los tres emperadores de Méjico, Moctezuma, Cuitlahua y Guatemotzin. (1)

(1) El señor Prescott padece un error cuando dice que el monarca español

El caudillo español, despues de haber dado las órdenes necesarias, marchó á Coyohuacan á media tarde, en los momentos en que el cielo se cubria de negras nubes, amenazando una próxima tempestad. Al llegar, se hizo cargo de los prisioneros, y Gonzalo de Sandoval se dirigió inmediatamente á su campamento de Tepeyacac.

Durante la noche, el cielo se desató en torrentes de agua, acompañados de incesantes relámpagos y truenos, inundando las calzadas y los caminos. (1) Parecia que las sangrientas divinidades, al verse arrojadas para siempre de los altos *teocallis,* donde habian presenciado las horribles hecatombes en que se gozaban, despedian gritos de infernal ira, encontrándose impotentes para la venganza. Un rayo, desprendiéndose del centro de las negras nubes, cayó sobre el enorme tambor ó *teponaxtli,* despedazando aquel espantoso instrumento de horrible sonido, que mil veces habia anunciado al pueblo los sanguinarios actos en honor del inhumano dios Huitzilopochtli. Los míseros habitantes de la capital, sin encontrar techo donde guare-

concedió á Cortés «el derecho exclusivo de tener en recuerdo de la aprehension de Guatemotzin su cabeza y las de otro siete príncipes prisioneros en la orla de su escudo.» La cédula de la concesion de las armas á Cortés por el emperador Cárlos V, fechada en Madrid el 7 de Marzo de 1525, dice: «Y en la mitad del otro medio escudo de la mano izquierda, á la parte de arriba, tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las dos en memoria de tres señores de la gran ciudad de Tenustitan y sus provincias que vos vencisteis, que fué el primero Moteczuma, que fué muerto por los indios, teniéndole vos preso, y Cuotaoazin su hermano que sucedió en el señorío y se rebeló contra vos y os echó de la dicha ciudad, y el otro que sucedió en el dicho señorío Cuantematcin.»

(1) «Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho mas.»—Bernal Diaz del Castillo.

cerse, ni casa donde descansar, se arrimaban á los negros escombros de los edificios incendiados, procurando librarse, en lo posible, del ímpetu de la lluvia.

Al siguiente dia, pidió Guatemotzin á Hernan Cortés, que permitiese salir á los mejicanos á la campiña, sin que fuesen molestados de nadie, antes de que la peste y el hambre acabasen con los que habian sobrevivido á las calamidades sufridas hasta aquel instante. El general español accedió gustoso á la peticion, pues de esta manera podria proceder á quitar los cadáveres amontonados en las casas, calles y acequias y á purificar la corrompida atmósfera, cuya fetidez se hacia insoportable. Dadas las órdenes para la evacuacion de la plaza, de la cual debian salir todos sin armas, mandó á los aliados que se abstuviesen de hacer el menor daño ni ofensa á nadie, ni de poner obstáculo ninguno en el rumbo que quisiesen llevar. Las calzadas se llenaron inmediatamente de millares de personas de todos sexos y edades, ávidas de salir del horrible cementerio en que habian vivido sobre los muertos, y de respirar el aire puro de la campiña. Mujeres, niños, ancianos, jóvenes, enfermos y heridos, sin fuerzas para sostenerse, macilentos, flacos y debilitados por el hambre, sucios, amarillentos, cubiertos de harapos y despidiendo un olor pestilente, marchaban en confusa mezcla, sin poder apenas sostenerse de pié. Hay variedad en los historiadores, respecto del número de las personas que salieron de la ciudad despues de la terminacion del sitio. No incluyendo á las mujeres ni á los niños, cuya cifra era bastante alta, Ixtlilxochitl dice que fueron sesenta mil los que rindieron las armas. Torquemada baja á treinta mil el

número de los rendidos que pertenecian al ejército, y Oviedo le hace subir á setenta mil. Aventurado seria escoger, como axacta cualquiera de las tres aserciones; pero lo que se puede asegurar es que el número fué considerable. Bernal Diaz del Castillo, que presenció la desocupacion de la capital, dice que por espacio de tres dias con sus correspondientes noches, las calzadas se veian llenas de personas de todos sexos y edades que salian de la ciudad en el estado mas lamentable. (1)

Terminada al tercer dia la salida de los capitulados, envió Hernan Cortés, á varios de sus capitanes á la ciudad, para ver lo que en ella quedaba. Ruinas y cadáveres, fueron los objetos con que se encontraron al pisar el circuito en que habian hecho sus últimas defensas los sitiados. Todas las casas á donde se habia retirado Guatemotzin, al fin del sitio, se hallaban literalmente, llenas de muertos y de moribundos, pugnando algunos de éstos desgraciados por salir de entre los finados. Las calles, la laguna, las zanjas y las acequias, en vez de agua ó tierra, presentaban cuerpos de desgraciados séres que habian perecido víctimas del hambre ó de las armas. La tierra de las orillas del lago la encontraron removida, sin una raíz, sin una yerba, pues hasta la corteza de los árboles les habia servido de alimento. (2)

(1) «Digo que en tres dias iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Envió Cortés á ver la ciudad, y estaban como dicho tengo, todas las

Los mejicanos habian llevado al grado mas heróico la defensa de la ciudad, como llevaron los españoles la de Sagunto, Numancia y Zaragoza. El valiente soldado que presenció los hechos y los ha dejado consignados en las páginas de su sencilla y veraz obra de la conquista, dice «que no ha existido generacion ninguna en el mundo que sufriese el hambre, la sed y los continuos combates, como lo sufrieron los mejicanos.» (1) No es posible hacer un cálculo que fije el número de víctimas que tuvieron los sitiados durante los setenta y cinco dias de asedio. Hernan Cortés, que es el que presenta la cifra mas baja, aprecia la pérdida de los sitiados, en los tres asaltos, en sesenta y siete mil personas que, agregadas á cincuenta mil que asegura el mismo que perecieron de hambre y de peste, arrojan una suma de ciento diez y siete mil muertos. Si á este número se agrega el de los guerreros que debieron perecer en los ataques dados varias veces á los campamentos españoles, la suma total podria calcularse, sin temor de incurrir en exageracion, en ciento veinticinco mil individuos. El historiador texcocano Ixtlilxochitl, hace subir la cifra de los que perecieron, á doscientos cuarenta mil; pero creo que es demasiada elevada. (2) De los novecientos

casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos, que no podian salir..... y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raices de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) Bernal Diaz sin fijar el número, dice: «Yo he leido la destruccion de Jerusalen; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé; porque

hombres de que constaba la fuerza española, pasaron de cien los que murieron, y del numeroso ejército aliado, perecieron algunos millares de guerreros.

La primera providencia de Cortés, en cuanto salieron los mejicanos de la ciudad, fué sepultar los muertos y purificar la atmósfera por medio de grandes hogueras encendidas con maderas aromáticas, en todas las calles, pero muy especialmente en Tlatelolco, donde fué mayor la mortandad.

El botin fué mucho menor de lo que esperaban encontrar los españoles. Todo el oro que se hizo fundir, no pasó de 19,200 onzas. (1) Algunas alhajas que por su trabajo artístico, se consideraron dignas de conservarse, se reservaron para enviarlas de regalo al emperador Cárlos V.

Siendo insoportable la fetidez que reinaba en la ciudad, que, segun Bernal Diaz, «no habia hombre que sufrirlo pudiera,» Hernan Cortés se situó en Coyohuacan, en tanto que se daba sepultura á los cadáveres y se purificaba la atmósfera.

faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Méjico que allí se habian acogido, todos los mas murieron; que, como he dicho, así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos.» Oviedo, al hablar sobre este punto en su Historia de las Indias, dice: «Yo he conversado con muchos hidalgos y con otras personas, y les he oido decir que el número de muertos fué incalculable, mayor que el que hubo en Jerusalen, segun la descripcion de Josepho.» Esto no se puede tomar al pié de la letra, sino como un medio de que se valieron para espresar la horrible mortandad sufrida por los mejicanos, pues segun el historiador judío, en Jerusalen perecieron un millon y cien mil personas.

(1) «Recogiólo el oro y otras cosas, con parecer de los oficiales de V. M.,» dice Cortés, «se hizo fundicion dello, y montó lo que se fundió mas de ciento y treinta mil castellanos.» Esta cantidad de castellanos equivale á 18,200 onzas.

La toma de la poderosa capital azteca, acaeció el 15 de Agosto de 1521, dia de San Hipólito, motivo por el cual se le declaró patron de la ciudad; á los ciento noventa y seis años de haber sido fundada, tiempo en que vió sucederse en el trono once reyes, y dos años cuatro meses de haber desembarcado en Veracruz Hernan Cortés. Este suceso se celebraba anualmente, durante el gobierno español, con una solemne procesion, en que el alferez real, acompañado del virey, de la audiencia y de los mas distinguidos personajes, todos á caballo, llevaba la bandera real con que se hacian las juras, á las vísperas del dia de San Hipólito. Al siguiente dia, despues de la misa cantada, volvia á llevarse la bandera, con la misma solemnidad, á la sala ayuntamiento, donde se conservaba. (1)

No siendo ya necesaria la fuerza de los aliados, el general español llamó á los jefes de los diversos escuadrones, que acudieron inmediatamente á su llamamiento. Allí se hallaban el valiente Chichimecatl y los dos hijos del anciano Jicotencatl, «que habian guerreado muy valerosamente contra el poder de Méjico,» dice el sincero soldado cronista, «y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente bien.» Allí el apuesto jóven Cárlos Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco que, segun el mismo Bernal Diaz, «hizo cosas de muy esforzado y valiente varon;» allí un distinguido jefe de una de las ciudades de la laguna, cuyo nombre no pudo consignar el veterano historiador por ha-

(1) Prescott dice que se llevaba en la procesion «el venerable estandarte del conquistador;» pero sufre una equivocacion, pues era, como he dicho, la bandera real con que se hacian las juras.

bérsele olvidado, pero que «hacia maravillas;» y allí, en fin, otros muchos capitanes «que guerrearon muy poderosamente.»

Hernan Cortés, despues de ponderar su valor y el esfuerzo que habian mostrado en los combates, les dió las gracias por su importante cooperacion en la caida del imperio mejicano, y les dijo que haria presente al soberano de Castilla, los brillantes servicios que habian prestado en aquella penosa campaña. Como manifestacion de gratitud y de amistad, les hizo algunos presentes valiosos; les prometió que pondria en conocimiento de su soberano la lealtad y la constancia por ellos desplegada; y terminó diciéndoles que podian regresar á sus provincias, llevando el rico botin adquirido en los combates.

Los jefes aliados quedaron cautivados con las palabras del general español, y se manifestaron dispuestos á acudir á su llamamiento en el momento que los juzgase útiles. Habian destruido el poder de los emperadores aztecas, y estaban contentos. Vueltos á los campamentos en que tenian sus tropas, dispusieron la marcha. Formados los escuadrones, mandó cada legion á sus indios de carga, que cargasen el botin ganado en la campaña. Los despojos que llevaban se componian de telas y vestidos de algodon, oro, alhajas, plumas, sal, y una cantidad considerable de cecina, hecha de la carne de los mejicanos matados durante el sitio. (1)

(1) «Y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de indios mejicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fiestas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

No habian sido los españoles y Cortés los que pusieron sitio á Méjico: fué el deseo de venganza, el odio de los pueblos vejados y oprimidos, el anhelo de sacudir el opresivo yugo que sobre las diversas naciones del Anáhuac habia pesado por espacio de un siglo, los que hicieron desaparecer la ciudad y el poder de la nacion azteca. El caudillo español no habia hecho mas que hacer olvidar á los diversos señoríos, sus rencillas particulares, para unirlos con una sola idea, con un solo pensamiento; el aniquilamiento de sus despóticos dominadores. Diestro político, habia sabido aprovecharse del odio y de los resentimientos de los pueblos conquistados por la nacion mejicana, y dirigirlos contra el poderoso enemigo que él intentaba vencer como único obstáculo que se oponia en su maravillosa empresa. Las naciones supeditadas por los conquistadores aztecas, acogieron con el entusiasmo con que acoge todo el que anhela recobrar la libertad, el pensamiento de Cortés; y viendo en él la inteligencia y el poder, le eligieron expontáneamente, por jefe principal, reconociendo por soberano al monarca de Castilla. Querian vengar todos los agravios, todas las injusticias, todas las tiranías que habian recibido de los mejicanos por espacio de una centuria, y marcharon, con intensa alegría, á destruir el imperio de sus conquistadores. Los tlaxcaltecas, los tepeaqueños, los cempoaltecas, los cholulteses, los huexotzincas, los chinantecos, los xochimilcos, los otomites, los chalqueños, todos los pueblos, en fin, del Anáhuac, que hoy son mejicanos, y que entonces, lejos de serlo, odiaban hasta el nombre de Méjico, volaron con extraordinario júbilo, á reducir á cenizas la capital de sus dominadores, siendo un espectáculo de los

mas notables que la historia puede presentar, ver á Cortés con un puñado de españoles, en medio de numerosos ejércitos de indios aliados, de distintas costumbres, idioma y religion, utilizando los esfuerzos de todos, y siendo considerado como el protector y el benéfico sér de las provincias oprimidas. La conquista de Méjico no queria decir, entonces, la conquista del país, que en aquella época se dividia en tantas denominaciones, cuantas eran las naciones que en él habia, contrarias todas entre sí. La conquista de Méjico, fué la conquista de la capital de Moctezuma, que constituia entonces la nacion mejicana. El país, que habia sido conquistado por el imperio azteca, conquistó á su vez á éste, uniéndose á los españoles para convertirse de conquistados en conquistadores.

Hase dicho por varios escritores, que al romper el yugo de los mejicanos, se sujetaron á otro mas difícil de sacudir. Lo que ellos veian era que pesaban sobre su existencia los actos de una tiranía que se les hacia intolerable, y escogieron por soberano, á quien juzgaron que podria proporcionarles mas bienes, y darles mas garantías. Llevaban cien años de ser conquistados, y los monarcas conquistadores no habian hecho por los pueblos vencidos nada digno, nada que revelase afectuoso interés. Todo lo contrario; el oro, la plata, los productos de mas estima de todas las provincias, se llevaban á la capital como tributo debido á la corona, y los desgraciados, á quienes su pobreza les impedia poder entregar su impuesto, eran vendidos como esclavos. (1) Nadie tenia segura la honra de su mujer y de

(1) «Aquel que no pagaba el tributo, era vendido como esclavo, para sacar

sus hijas, pues con frecuencia veian á los empleados de sus dominadores, arrebatarles esos queridos séres, sin que tuviesen derecho á reclamarlos. (1) El menor movimiento hecho para recobrar su independencia, era terriblemente castigado, y por la mas leve falta, se les obligaba á los pueblos dominados, á dar un número de víctimas para el sacrificio. (2) Los impuestos que pesaban sobre las provincias conquistadas, casi eran iguales á sus productos, y los colectores que estaban distribuidos por todo el reino, eran temidos por el desapiadado rigor de sus exacciones. (3) Los impuestos «se hicieron tan gravosos,» dice Prescott, «en los últimos tiempos de la dinastía y tan odiosos por la manera de colectarlos, que crearon un desafecto general en todo el país, y prepararon á los españoles el camino para su conquista.» Las naciones conquistadas no podian olvidar el rigor con que habian sido tratadas desde el instante en que los conquistadores aztecas les privaron de su libertad,

de su libertad lo que no se podia de su industria.»—Clavijero. Hist. antigua de Méjico.

(1) «Dieron tantas quejas de Moctezuma y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenian; é las mujeres é hijas si eran hermosas... se las tomaban, é que les hacian trabajar como si fueran esclavos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq., cap. 76.

(2) «Y despues que hubieron comido» (los recaudadores mejicanos) «mandaron llamar al cacique gordo» (de Cempoala) «é á los demás principales, y les dijeron muchas amenazas y les riñeron que por qué nos habian hospedado en sus pueblos... E que su señor Montezuma no era servido de aquello, porque sin su licencia y mandado no nos habian de recoger en su pueblo ni da joyas de oro... é que luego les diesen veinte indios é indias para aplacar á sus dioses por el mal oficio que habia hecho.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq. cap. 46.

(3) Prescott. Hist. de la conq. de Méjico, cap. II.

«enriqueciendo la capital con los despojos de los países conquistados, y llevando millares de prisioneros destinados al sacrificio.» (1) Varias tentativas habian hecho antes de la llegada de los españoles para recobrar su independencia; pero todas las rebeliones fueron sofocadas inmediatamente por las guarniciones aztecas y castigadas con terrorosa severidad. Todos los pueblos conquistados anhelaban cortar las alas á la potente águila imperial que les sujetaba con su terrible garra; pero faltaba una inteligencia que dirigiese ese pensamiento, haciéndoles deponer ante él, sus odios particulares. Hernan Cortés fué el político y el guerrero que supo poner en movimiento los odios contra el dominador, y todos, reconociéndole por jefe, marcharon á conquistar á sus conquistadores.

Viéndose reducidos á llevar una vida envilecida y miserable, juzgaron que un cambio de señor, por malo que fuese, podria proporcionarles algunas garantías de que entonces carecian. Si ellos y el país entero alcanzaron ventajas ó perdieron en el cambio operado, los acontecimentos nos lo manifestarán en las páginas siguientes de esta obra. Si los ricos países que formaron el antiguo Anáhuac hubiesen llegado á ser, bajo el dominio de los emperadores aztecas, lo que fueron bajo el gobierno de los reyes de España, y si la ilustrada sociedad de la actual república mejicana que tiene el idioma, las leyes, las costumbres y la religion de los descubridores del Nuevo Mundo; que nada conserva de los antiguos aztecas; que es una sociedad enteramente distinta de la de los primitivos

(1) Prescott. Hist. de la conq. de Méjico, cap. I.

habitantes de Anáhuac en ideas, en lenguaje, en usos y hasta en color; si para esta sociedad, resultado de la conquista, fué un mal ó un bien el que los españoles estableciesen su imperio en Méjico, es el punto bajo el cual debe verse la cuestion. Muchos errores y preocupaciones perjudiciales, que han originado odios y rencillas se hubieran evitado, si los escritores hubieran examinado la conquista de Méjico en el terreno de la verdadera filosofía; del bien general de los pueblos.

Los hechos que se irán sucediendo y que presentaré con la verdad que exige del escritor la imparcial historia, pondrán al lector en aptitud de juzgar con acierto, de si el cambio operado en las diversas naciones asentadas en el vasto territorio que se denominó Nueva-España, produjeron resultados benéficos ó lamentables para los habitantes de los países descubiertos y de la humanidad entera.

Sin embargo, bien resulte favorable ó contrario á los intereses de la familia humana, de la civilizacion y de los adelantos, el paso que dieron, á ellos corresponde, en gran parte, la gloria ó la censura. Ninguno de los habitantes de los pueblos que forman la actual república mejicana, puede, por lo mismo, sin faltar á la verdad histórica, aun cuando la pura sangre india circule por sus venas sin mezcla ninguna de castellana, incluirse entre los descendientes de los antiguos mejicanos conquistados, sino entre los de sus conquistadores. Las diversas naciones de Anáhuac, reconociendo por soberano al monarca de Castilla, se unieron á la España, formando una parte integrante de ella, para conquistar á la nacion azteca, que entonces se reducia, propiamente, á la capital de Méjico. Puede ase-

gurarse que ninguno de los habitantes de la actual nacion mejicana, desciende de los antiguos mejicanos conquistados, sino de las demás naciones conquistadoras de ellos. Los españoles hicieron cabeza en esa conquista, pero los reinos todos del Anáhuac, unidos á ellos, fueron los conquistadores de Méjico.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Páginas.

CAPÍTULO I. La antigua Tenochtitlan.—Diminucion de los lagos desde la conquista.—Causas que han influido en ello.—Terreno que ocupaba el palacio de Moctezuma, situado en el lugar del actual palacio nacional.—Extension del *teocalli* que estaba donde se halla la catedral. —Visita Cortés á Moctezuma.—Tratan de diversas materias.—Cortés le propone que abrace el catolicismo.—Contestacion de Moctezuma.—Regalos que hace á los españoles. 5

CAP. II. Visitan los españoles el gran *teocalli*. Se manifiesta que estaba en Tlatelolco.—Gran mercado de Tlatelolco.—Número de personas que concurren al mercado.—Gran templo de Huitzilopochtli.—Los españoles contemplan la ciudad desde sus elevadas torres ó santuarios.—Cortés indica á Moctezuma que seria conveniente colocar allí una cruz.—Contestacion del monarca azteca.. 25

CAP. III. Cortés solicita de Moctezuma el permiso de convertir en capilla católica una de las salas del cuartel, y le es concedido.—Hallan el tesoro que guardaba Moctezuma de su padre Axayacatl.—Se vuelve á tapar la puerta por órden de Cortés, sin tocar una sola alhaja.—Palacios y casas de recreo de Moctezuma.—Rumores de un ataque contra

Páginas.

los españoles.—Hostilidades de un gobernador azteca contra la guarnicion de la Villa-Rica.—Manda matar alevosamente á cuatro soldados castellanos que solicita vayan á su ciudad.—Muere en una accion el gobernador de la Villa-Rica.—Crítica posicion de Cortés.—Consulta con sus capitanes sobre el partido que se debe tomar para salir bien de la terrible situacion en que se hallan.—Se dividen las opiniones. —Cortés emite la suya y es admitida.—Se resuelve prender á Moctezuma en su propio palacio. 49

CAP. IV. Prision de Moctezuma.—Es conducido á los cuarteles españoles.—Dice al pueblo que va por su voluntad.—Ejerce su autoridad como en su palacio.—Llega Quauhpopoca y los que tomaron parte en la muerte de los españoles.—Moctezuma les reprende y los entrega á Cortés.—Se les condena á ser quemados.—Se ejecuta la sentencia enfrente al palacio de Moctezuma.—Se le ponen grillos á éste durante la ejecucion.—Despues de terminada, le quita los grillos el mismo Cortés.—Opinion de algunos escritores sobre este hecho y errores en que han incurrido. 65

CAP. V. Envía Cortés nuevo comandante á la Villa-Rica de la Veracruz. —Atenciones de Cortés con Moctezuma.— Le dice que puede marchar ya á su palacio.—Moctezuma no admite.—Marcha con gran pompa al templo principal.—El pueblo le recibe con aclamaciones.—Moctezuma sale á paseo con frecuencia.—Cortés le pide licencia para construir dos bergantines.—Estreno de los bergantines.— Va en uno de ellos Moctezuma.—El rey de Texcoco se dispone á hacer la guerra á los españoles.—Cortés le envía una embajada recordándole su amistad.—Altiva contestacion del monarca texcocano.—Cortés se dispone á marchar contra él.—Moctezuma le disuade.—El rey de Texcoco se ve reducido á prision por órden de Moctezuma.—Pone á disposicion de Cortés al preso.—Coloca Moctezuma en el trono de Texcoco á Cuicuitzca, hermano del destronado.—Algunas reflexiones sobre la prision del rey de Texcoco. 97

CAP. VI. Moctezuma jura vasallaje al rey de España.—Cortés se informa de la extension, riqueza y clima del país.—Envía á reconocer la costa á varios individuos; las producciones de cada provincia; sus rios y sus minas.—Todos los señores de las provincias envian su tributo para el rey de España.—Moctezuma da sus tesoros á Cortés, como obsequio al monarca castellano.—Suma á que ascendian los tesoros de Moctezuma.—Como se recogia el oro y la plata antes de la conquista. —Disgustos sobre el reparto del tesoro.—Lo que le tocó á cada soldado.—Algunos rehusan recibir su parte.—Cortés renuncia al quinto de la cantidad en favor de los soldados.—Cortés pide á Moctezuma que

Páginas.

prohiba los sacrificios humanos, ó que arrojará los ídolos.—Respuesta de Moctezuma.—Cortés consigue que se le permita colocar un altar en el *teocalli* principal.—Excitacion que produce en el país aquel hecho.—Moctezuma dice á Cortés que salga de la ciudad y del país, pues la nacion se prepara á hacerle la guerra.—Cortés pide que se le permita estar en tanto que construye tres bergantines.—Se le concede, y se le da gente para que los empiece inmediatamente.—Crítica posicion de Cortés. 127

CAP. VII. Obstáculos que hallaron en España los comisionados de Cortés.—Reune el gobernador de Cuba una escuadra para enviarla contra Cortés.—Nombra á Pánfilo de Narvaez jefe de la armada.—La audiencia de Santo Domingo se opone á que salga la expedicion.—El gobernador Diego Velazquez la desobedece.—Sale la escuadra.—Número de buques y de tropas que salen.—Salta el ejército á tierra en el mismo sitio en que desembarcó Cortés.—Envía Narvaez sus comisionados á la Villa-Rica de la Veracruz.—Gonzalo de Sandoval los despacha para Méjico. . , ... 167

CAP. VIII. Sabe Cortés, por Moctezuma, la llegada de la escuadra de Narvaez.—Llegan á Méjico los presos enviados por Gonzalo de Sandoval.—Afectuoso recibimiento que les hace Cortés.—Los capitanes y soldados ofrecen á Cortés serle fiel.—Hernan Cortés escribe á Pánfilo de Narvaez y no recibe contestacion.—El padre Olmedo marcha al campo de Narvaez para procurar un avenimiento y lleva cartas de Cortés para varios oficiales.—Narvaez destierra al oidor Ayllon porque habla en favor de un arreglo.—Cortés dispone ir al encuentro de Narvaez.—Envía órdenes á Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon para que se dirijan á un punto donde irá á reunirse con ellos. —Moctezuma le ofrece cinco mil guerreros, que no acepta.—Cortés dispone su salida de la capital. 185

CAP. IX. Sale Cortés de Méjico con setenta hombres.—Llega á Cholula, donde se le reune Juan Velazquez de Leon con su fuerza.—Continúa Cortés la marcha y encuentra en el camino al padre Olmedo que le entrega una carta de Velazquez.—Llega Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres á unirse á Cortés.—Envía Narvaez unos mensajeros á Cortés.—Contestacion de éste á los enviados.—Manda Cortés á Juan Velazquez de Leon á proponer un avenimiento á Narvaez.—Leal conducta que observa.—Cortés se aproxima con su gente á Cempoala.—El padre Olmedo y Juan Velazquez de Leon van á unirse con Cortés en el camino.—Requerimiento de Cortés á Pánfilo de Narvaez. . . 217

CAP. X. Hernan Cortés sorprende á Narvaez y le derrota.. 243

CAP. XI. Llegan á Cempoala los dos mil indios de Chinantla.—Cortés

Páginas.

les obsequia.—Todo el ejército de Narvaez se queda con Cortés.—Manda éste que se les vuelvan sus armas y caballos.—Disgusto que esto causa en los soldados vencedores.—Palabras que Cortés dirige á Alonso de Avila y contestacion de éste.—Orígen de las viruelas en Méjico.—Cortés recibe noticias del levantamiento de la capital.—Vuelve en socorro de Alvarado.—Acto sangriento y reprobable de Alvarado con la nobleza azteca.—Cortés le reprende por su conducta.—Algunas aclaraciones y reflexiones sobre el hecho de Alvarado. 273

Cap. XII. Hostilidades de los mejicanos contra Cortés.—Asaltan los cuarteles españoles.—Cuitlahua, hermano de Moctezuma dirige los ataques.—Varios combates en las calles.—Salva Cortés á Andrés de Duero.—Moctezuma habla al pueblo y recibe una pedrada.—Nuevos combates. 313

Cap. XIII. Sale Hernan Cortés con las máquinas de guerra.—Asaltan los españoles el gran *teocalli* y lo toman despues de una tenaz resistencia.—Queman los ídolos.—Nuevos combates al volver á los cuarteles. 349

Cap. XIV. Hernan Cortés solicita un parlamento.—Resultado de él.—Cortés hace una salida y quema trescientas casas.—Muerte de Moctezuma.—Sentimiento de los españoles por la muerte de Moctezuma.—Cortés envía con todo respeto el cadáver á los jefes mejicanos.—Reflexiones respecto de su muerte.—Continúan los combates. . . 369

Cap. XV. Hernan Cortés celebra una junta de guerra.—Se resuelve el abandono de la ciudad.—Se emprende la salida.—Noche Triste.—Terrible matanza. 401

Cap. XVI. Penosa retirada del ejército de Cortés con direccion á Tlaxcala.—Batalla de Otumba. 437

Cap. XVII. Llegan los españoles á territorio tlaxcalteca.—Son acogidos hospitalariamente.—Los jefes de la república salen de la capital para recibir á Hernan Cortés.—Lealtad de los tlaxcaltecas.—Hernan Cortés marcha á la ciudad de Tlaxcala donde es recibido con entusiasmo.—El emperador de Méjico propone al senado de Tlaxcala alianza ventajosa, si la república combate á los españoles.—Se reune el senado á tratar la cuestion.—El senador Maxixca pide que se deseche la proposicion: el jóven Jicotencatl opina lo contrario.—Los senadores arrojan del salon al jóven Jicotencatl por manifestarse contrario á los españoles, le destituyen del mando del ejército y de sus honores y le ponen preso.—Se desecha la proposicion del emperador de Méjico.—Hernan Cortés, suplica al senado que le devuelvan el mando y los honores al jóven Jicotencatl.—Parte del ejército español hace un re-

Páginas.

querimiento á Cortés para volver á la Villa-Rica.—Cortés logra persuadirles á permanecer en Tlaxcala. 469

CAP. XVIII. Marcha Cortés á castigar á la provincia de Tepeaca.--Jicotencatl le acompaña al frente del ejército tlaxcalteca.—Cortés, despues de dos batallas ganadas á los mejicanos, entra en la capital de Tepeaca.—Los señores de la provincia ofrecen su alianza á los españoles.--Cortés levanta algunos edificios y fortalezas en Tepeaca, y le da el nombre de Segura de la Frontera.—El señor de Quauhquechollan solicita el ausilio de Cortés para arrojar de su ciudad y provincia á los mejicanos.--Cortés le favorece y las tropas mejicanas son derrotadas.--Los pueblos solicitan ser admitidos por vasallos del rey de España. 503

CAP. XIX. Toma Cortés la ciudad de Itzocan.—Varias provincias y ciudades solicitan aliarse á los españoles.—Triunfos de Cortés.—Muchas ciudades del Estado de Oajaca se confederan con los españoles.—Gran prestigio de Cortés entre los nativos de las diversas provincias de Anáhuac.—Envía á Martin Lopez á Tlaxcala para construir trece bergantines.—Muere de viruelas el senador tlaxcalteca Maxixca.—Sentimiento de Cortés por su muerte.--Sucumbe tambien, víctima de las viruelas, el emperador de Méjico Cuitlahua.--Solicitan algunos de los de Narvaez volver á Cuba.--Cortés les deja marchar.—Recibe Cortés algunos refuerzos de españoles.--Escribe á Cárlos V su segunda carta, desde Tepeaca ó Segura de la Frontera.--Deja una guarnicion en Tepeaca y se dispone á volver á Tlaxcala. 525

CAP. XX. Marcha Cortés á Tlaxcala.—Entra vestido de luto, lo mismo que sus capitanes, por la muerte de Maxixca.--Brillante recepcion que le hace la ciudad.--Un hijo de Maxixca ocupa el puesto de su padre en el gobierno.--Abraza el catolicismo.--Cortés le arma caballero.--Pasa revista Cortés á sus tropas.--Jicotencatl hace lo mismo con las tlaxcaltecas.—Ordenanzas que da Cortés.--Marcha Hernan Cortés con parte de sus tropas á Texcoco para hacer un reconocimiento de los pueblos próximos á Méjico, antes de poner sitio á la plaza.--Deja en Tlaxcala á Martin Lopez construyendo los bergantines. 545

CAP. XXI. Guatemotzin, emperador de los aztecas.--Sus cualidades.—Ordenes que da para hacer la guerra á los españoles y disposiciones que toma para combatir contra ellos.—Descripcion del camino que llevó Hernan Cortés para ir á Texcoco.—Llega á esta ciudad, de donde habia huido ya el rey texcocano.--Cortés ordena que no se cause el mas leve daño á los habitantes.--La nobleza texcocana manifiesta á Cortés el deseo de nombrar un nuevo monarca y le indican la persona á quien le correspondia la corona.—Se elige rey al joven Ixtlil-

Páginas.

xochitl, que poco despues abraza la religion católica.—Su adhesion á los españoles. 563

CAP. XXII. Hernan Cortés fija su cuartel general en Texcoco.--Condiciones ventajosas que reunia la ciudad para ese objeto.--Varios embajadores de diversas poblaciones y provincias se presentan á Cortés, solicitando su favor y ofreciéndose por vasallos del rey de España.—Guatemotzin amenaza á algunos caciques con destruirles, si no se separan de la alianza con los españoles.--La contestacion es poner presos á los enviados y presentarlos á Cortés.—Este los deja en libertad.--Cortés invita la paz á Guatemotzin y no recibe respuesta.--Marcha Cortés sobre Iztapalapan.—Toma la ciudad á viva fuerza.--Muchas ciudades situadas en el valle, se adhieren á los españoles.--Los señores de la importante provincia de Chalco, se declaran expontáneamente vasallos de la corona de Castilla.—Los chalqueños piden auxilio á Cortés contra los mejicanos.—Invita segunda vez Hernan Cortés á Guatemotzin á la paz.--La contestacion es prepararse á la guerra.--Envía Cortés á Sandoval por los bergantines.--Al pasar por Zoltepec halla en un *teocalli* las cabezas de algunos españoles sacrificados.--Encuentra Sandoval en el camino á los tlaxcaltecas conduciendo los buques á Texcoco.---Espíritu guerrero del jefe tlaxcalteca Chichimecatl. 587

CAP. XXIII. Cortés manda hacer un canal para conducir por él los bergantines desde Texcoco á la laguna.--Expedicion sobre la capital para reconocer el campo.--Ocupacion de Tacuba.--Encuentros con los mejicanos.--Expedicion de Sandoval.--Batalla ganada por los chalqueños contra los mejicanos.--Llegan algunos buques á Veracruz con refuerzos.---Nuevas provincias se presentan á Cortés, declarándose sus señores, vasallos del rey de España.---Los chalqueños piden ausilio á Cortés. 629

CAP. XXIV. Marcha Cortés en auxilio de los chalqueños.—Nuevo reconocimiento de los pueblos de la laguna.---Combates en la sierra.---Toma de Cuernavaca.---Terrible sed del ejército.---Batalla de Xochimilco.---Inminente peligro que corrió Cortés en ella.---Marcha á Tacuba.---Dos de sus asistentes caen prisioneros en el camino.---Tristeza que este acontecimiento causa en Cortés.---Entra en Tacuba.---Pensamientos que preocuparon su mente. 655

CAP. XXV. Conspiracion de algunos descontentos para asesinar á Cortés.---La revela uno de los comprometidos.---Es ahorcado el jefe de la conspiracion.---Se echan al agua los bergantines.---Cortés pasa revista á sus tropas.---Disposiciones para la marcha sobre Méjico.---Ejecu-

Páginas.

cion del jóven Jicotencatl.---Marcha del ejército.---Principio del sitio de Méjico. 723

CAP. XXVI. Derrota de la flota mejicana.—Ocupacion de las calzadas y principio del sitio de Méjico.—Terribles combates.--Recibe Cortés un refuerzo de cincuenta mil hombres enviados por el rey de Texcoco.--Los otomites y los xochimilcos se unen á los españoles.--Incendio de los palacios.--Valor de los sitiados.--Se construyen barracas en el campamento de Cortés. 779

CAP. XXVII. Asaltan los mejicanos los tres campamentos españoles; pero son rechazados.--Trata de ganar Alvarado la plaza de Tlatelolco: pero se retira á sus cuarteles con sensibles pérdidas.---Son sacrificados á Huitzilopochtli, cuatro prisioneros españoles.---Actividad de Guatemotzin.---Se continúan los ataques sobre la ciudad.---Se resuelve en junta de oficiales, asaltar el mercado de Tlatelolco. 833

CAP. XXVIII. Asalto general.---Derrota de los españoles.---Angustiosa situacion de Cortés.---Muere Cristóbal de Olea por salvarle.---Caen prisioneros muchos españoles y son sacrificados.---Se envían sus cabezas por los pueblos y provincias.---Abandonan el campo la mayor parte de las tropas aliadas.-- Constancia de Hernan Cortés y sus soldados. . 847

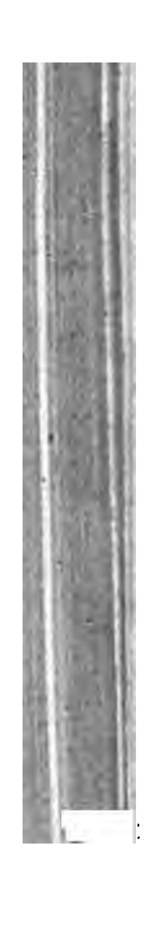
CAP. XXIX. Vuelven á sus campamentos los indios aliados.---Resultado de la expedicion de Sandoval contra los matlatzinques.---Se unen nuevas provincias á los españoles.---Llega á Veracruz un barco con armas y pólvora.---Heróica constancia de Guatemotzin.---Nuevo plan de Cortés en sus ataques á la ciudad.---Acuden millares de indios con azadas para destruir los edificios.---Desecha Guatemotzin las proposiciones de Cortés.---Varios combates en la ciudad.---Demolicion de muchos edificios.---Horrible hambre en los sitiados.--Cortés se apodera de un templo en que encuentra varias cabezas de los españoles sacrificados. ---Ganan las tropas de Cortés la plaza de Tlatelolco.---Situacion penosa de los mejicanos y noble determinacion.---Se construye una catapulca.--Desafío entre un capitan mejicano y un paje de Hernan Cortés. 895

CAP. XXX. Hambre horrible de los sitiados.—Se manifiesta que las madres no se comian á sus hijos, como algunos han dicho.—Notables padecimientos de los mejicanos.—Propone la paz Cortés; pero no se le quiere escuchar.—Da un ataque donde mueren muchos mejicanos.—Vuelve Cortés á solicitar un arreglo de paz.—Cortés ordena á los aliados que no hagan daño á los mejicanos.—Envía á un noble prisionero con proposiciones de paz.—No son admitidas.—Por no destruir la ciudad, invita nuevamente Cortés á Guatemotzin á un arreglo.—Guatemotzin, por ganar tiempo, ofrece asistir á una entrevista con

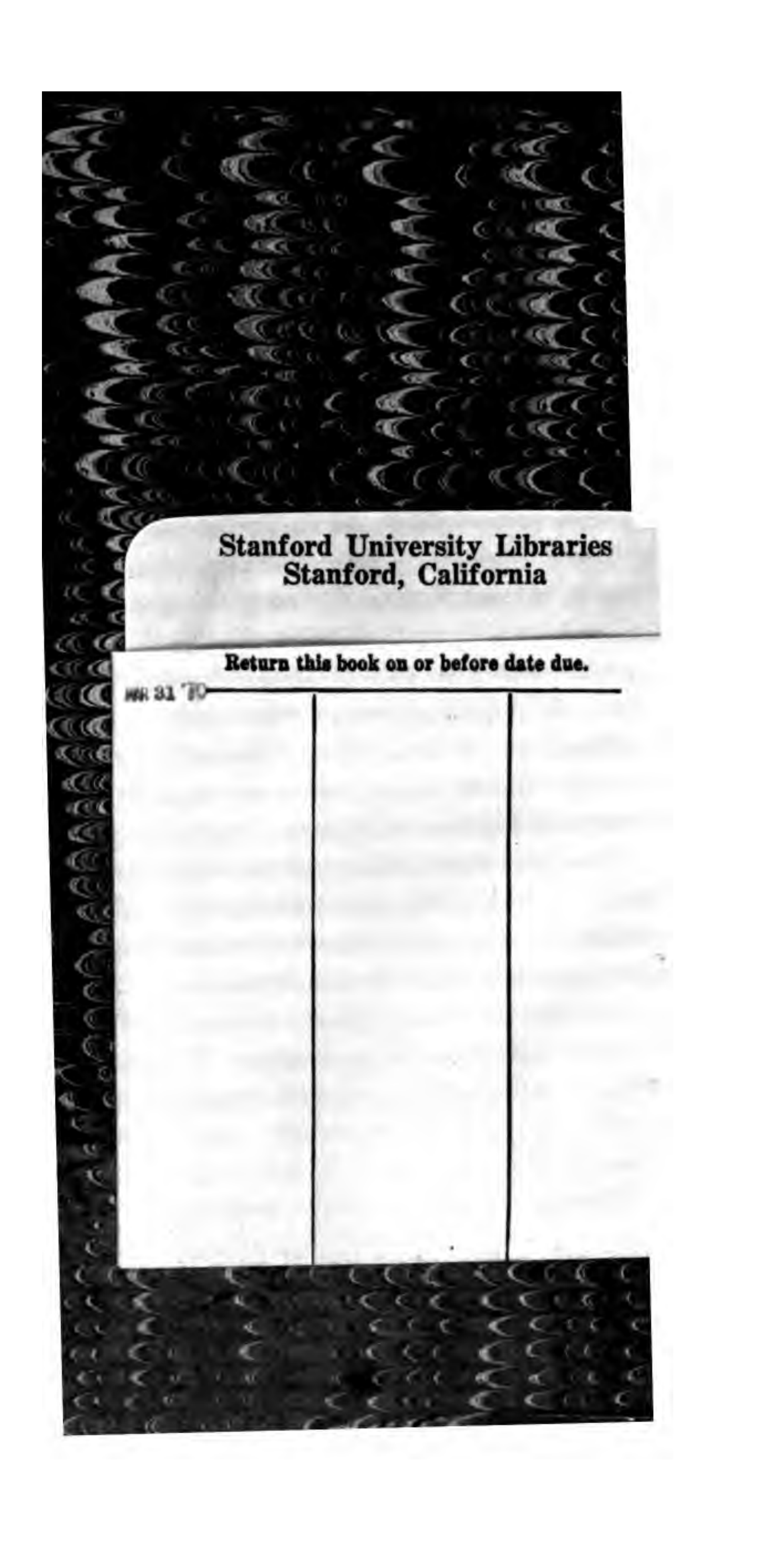
Páginas.

Cortés; pero no acude.—Sangrienta accion y horrible mortandad entre los mejicanos.—Estrecho lugar á que quedan reducidos los sitiados.—Invita de nuevo Cortés á la paz.—Guatemotzin se niega á todo convenio.—Ultimo asalto.—Prision de Guatemotzin y punto en que cayó prisionero.—Le presentan á Cortés, que le recibe con afabilidad. —Notables frases que Guatemotzin dirige á Cortés.—Toma de la capital.—Número de muertos de los sitiados.—Se lleva á Guatemotzin á Coyohuacan.—Salen los mejicanos de la ciudad.—Manda Cortés que se entierren los muertos y que se limpie la arruinada ciudad.—Se sitúa él con sus tropas en Coyohuacan.—Despide á las tropas aliadas, llevando estas un rico botin.—Reflexiones sobre la conquista de Méjico. 935

FIN DEL ÍNDICE.






Stanford University Libraries
Stanford, California
Return this book on or before date due.